

# CONN IGGULDEN

BEST SELLER INTERNACIONAL N° 1

## LOS HUESOS DE LAS COLINAS

The book cover features a dramatic scene with a large, tattered yellow banner flying from a wooden pole against a dark, stormy blue sky. In the foreground, a group of warriors on horseback, dressed in dark, medieval-style armor, are charging across a field of tall, golden grass. In the background, a fortified city with stone walls and towers is visible under a hazy, yellowish light. The overall atmosphere is one of intense action and historical fantasy.

Lectulandia

Gengis Khan, el poderoso líder de una nación surgida de la unión de las tribus mongolas, obtiene la victoria en la larga guerra contra los Chin, su enemigo ancestral. Ahora los problemas proceden de otro lugar: sus embajadas en Occidente han sido rechazadas y sus enviados, asesinados.

La nación debe embarcarse en su mayor viaje, a través de los actuales Irán e Irak, hasta los confines de India. Se enfrentan a los enemigos más poderosos que hayan conocido nunca y las decisiones de su khan les llevarán, o bien a la victoria, o bien a la absoluta destrucción.

Gengis ha demostrado su capacidad como guerrero y como líder. Ahora debe afrontar los desafíos de la civilización. Sus hijos han sido ascendidos a generales y ha de elegir entre ellos antes de que destruyan todo lo que ha construido.

**Lectulandia**

Conn Iggulden

# **Los huesos de las colinas**

**Conquistador - III**

ePub r1.2

Maki 16.11.14

Título original: *Bones of the Hills*  
Conn Iggulden, 2008  
Traducción: Teresa Martín Lorenzo

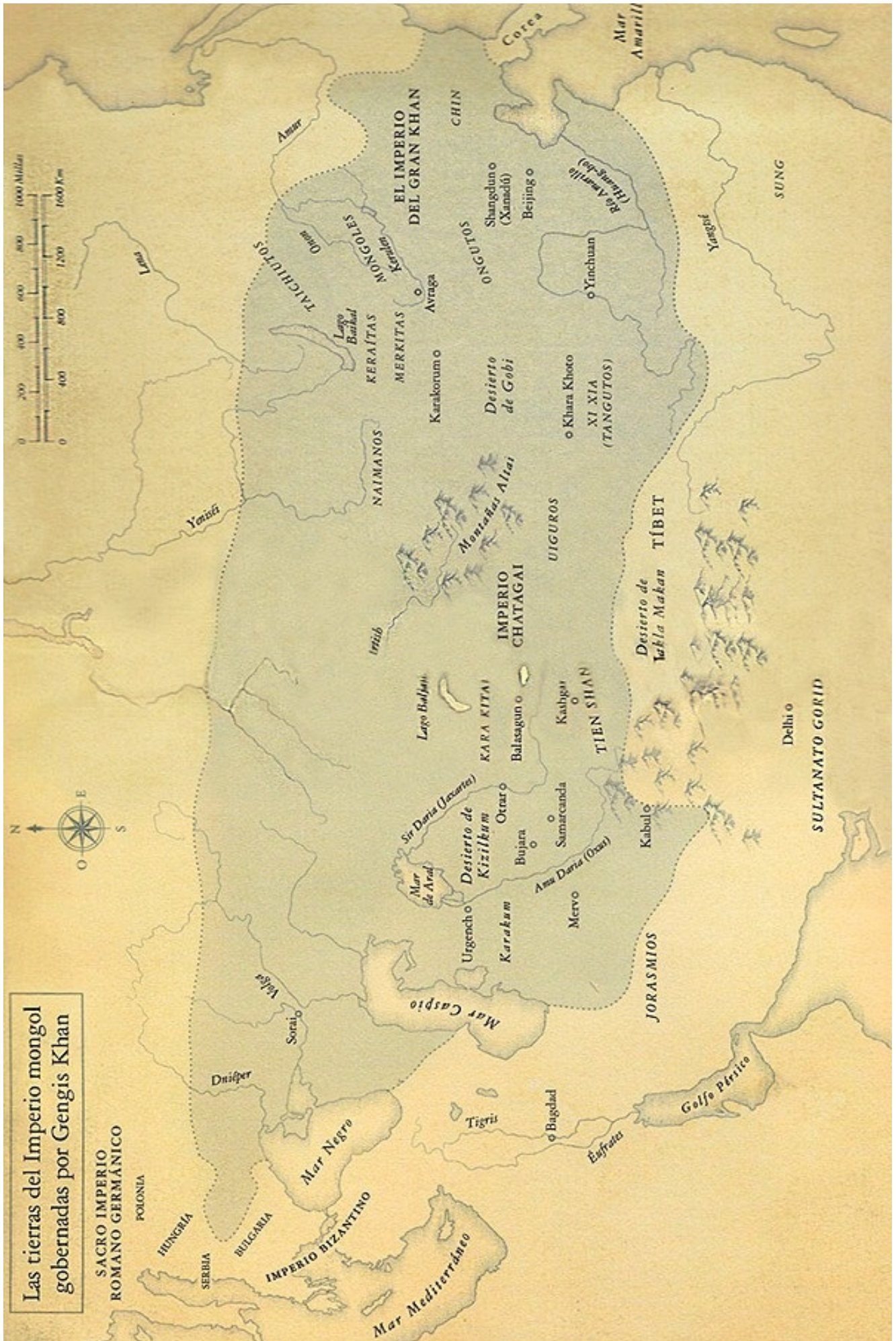
Editor digital: Maki  
Fuente/scan: maperusa  
Revisión y corrección de erratas: simio y asunsao  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi hijo Arthur*



## PRÓLOGO

**E**l fuego crepitaba en el centro del círculo. A su alrededor, las sombras danzaban al compás de las oscuras siluetas, que saltaban y bailaban blandiendo sus espadas. Vestidas con túnicas ondulantes, las figuras lanzaban aullidos que se superponían al ulular de unas voces que cantaban. Varios hombres, con instrumentos apoyados en las rodillas, punteaban sus cuerdas creando melodías y cadencias que acompañaban marcando el ritmo con los pies.

A un lado de la hoguera había una fila de guerreros mongoles arrodillados, con el pecho desnudo y las manos atadas a la espalda. Sus rostros, sin excepción, presentaban una expresión impasible ante sus triunfantes captores. Durante la batalla, el oficial mongol, Kurkhask, había recibido una salvaje paliza. La sangre le cubría la boca y tenía el ojo derecho tan hinchado que no podía abrirlo. Había sufrido heridas mucho peores. Kurkhask se enorgullecía al ver que los demás se negaban a mostrar su miedo. Observó a los guerreros del desierto, de tez oscura, gritando y salmodiando a las estrellas, esgrimiendo unas hojas curvas que llevaban las marcas de la sangre de hombres a quienes habían conocido. Eran una extraña raza, pensó Kurkhask, aquellos hombres que se envolvían la cabeza con múltiples capas de tela y vestían túnicas flojas sobre pantalones de anchas perneras. La mayoría llevaba barba, de modo que sus bocas eran sólo un tajo rojo entre la masa de pelo negro. En conjunto, eran, con diferencia, más altos y más musculados que los más corpulentos de los guerreros mongoles. Apestaban a raras especias y muchos de los hombres masticaban raíces oscuras que luego escupían en el suelo transformadas en grumos marrones. Kurkhask escondió el desagrado que le provocaban mientras se sacudían y aullaban y bailaban, próximos al paroxismo.

El oficial mongol meneó la cabeza, cansado. Se había confiado demasiado, ahora lo sabía. Todos y cada uno de los veinte hombres que Temuge le había mandado eran guerreros experimentados, pero no eran una partida de asalto. Al tratar de proteger los carros de regalos y sobornos, habían reaccionado con demasiada lentitud y los habían capturado. Kurkhask recordó los meses anteriores y se dio cuenta de que la pacífica misión le había adormecido, haciendo que bajara la guardia. Sus hombres y él se habían encontrado en una tierra dura plagada de vertiginosos pasos entre montañas. Habían dejado atrás valles en los que las cosechas crecían sin orden alguno y habían trocado sencillos regalos con los granjeros más pobres que habían conocido jamás. Sin embargo, había mucha caza y sus hombres habían asado rollizos ciervos en sus fogatas. Quizá ése habría sido el error. Los granjeros habían señalado hacia las montañas advirtiéndoles, pero no los había comprendido. No tenía nada en contra de las tribus de las colinas, pero durante la noche un grupo de guerreros los había asaltado, saliendo de la oscuridad lanzando gritos salvajes y acuchillando a los hombres dormidos. Kurkhask cerró los ojos un instante. Sólo ocho de sus compañeros habían sobrevivido a la lucha, aunque no había visto a su hijo mayor

desde el primer choque de armas. El muchacho había sido enviado a reconocer el camino que pensaban tomar y Kurkhask esperaba que hubiera sobrevivido para poder informar al khan de lo sucedido. Ese pensamiento por sí solo le proporcionó un placer con el que pudo compensar su feroz resentimiento.

Los carromatos habían sido despojados de sus baratijas, la plata y el jade robados por los hombres de la tribu. Bajo el ceño fruncido, la mirada atenta de Kurkhask notó que muchos de ellos vestían ahora deels mongoles con oscuras manchas de sangre en la tela.

El cántico se intensificó y Kurkhask vio que sus captores tenían babas blancas alrededor de las comisuras de la boca. Mantuvo la espalda muy recta mientras el líder de la tribu desenfundaba una espada y avanzaba hacia la línea de guerreros arrodillados, gritando. Kurkhask intercambió miradas con los demás.

—Después de esta noche, estaremos con los espíritus y veremos las colinas de nuestro hogar —les gritó—. El khan se enterará y arrasará estas tierras.

Su tono calmado pareció llevar al espadachín árabe a un grado aún más alto de furia. Las sombras parpadearon contra su rostro mientras hacía girar la hoja sobre uno de los guerreros mongoles. Kurkhask observaba impasible. Cuando la muerte fue inevitable, cuando sintió su aliento en el cuello, se dio cuenta de que podía dejar a un lado todo su temor y enfrentarse a él con tranquilidad. Al menos eso le hizo experimentar cierta satisfacción. Confiaba en que sus esposas derramaran muchas lágrimas cuando les dieran la noticia de su muerte.

—Sé fuerte, hermano —exclamó Kurkhask.

Antes de que pudiera contestar, la espada le cercenó la cabeza al guerrero. La sangre empezó a salir a chorros y los árabes chillaron y golpearon el suelo con los pies en señal de aprobación. El espadachín esbozó una ancha sonrisa: sus dientes relucieron muy blancos contra la piel oscura. De nuevo, la espada cayó y otro mongol se derrumbó hacia un lado sobre el polvoriento suelo. Kurkhask sintió que se le cerraba la garganta por la ira hasta que estuvo a punto de ahogarse en ella. Aquella era una tierra de lagos y cristalinos ríos de montaña, a más de tres mil kilómetros de Yenking. Los aldeanos que se habían encontrado se habían asombrado al ver sus extrañas caras, pero fueron amistosos. Esa misma mañana, Kurkhask había sido despedido con bendiciones y unos empalagosos caramelos que se le habían pegado a la dentadura. Había cabalgado bajo el cielo azul sin llegar siquiera a imaginar que las tribus de las montañas estaban haciendo correr la voz de que estaban allí. Todavía no sabía por qué los habían atacado, a menos que fuera simplemente para robar los regalos y los artículos para el trueque que llevaban consigo. Recorrió las colinas con la vista tratando de encontrar a su hijo, confiando una vez más en que su muerte tuviera testigos. No podía morir mal si el chico le estaba observando. Era el último regalo que podía hacerle.

El espadachín necesitó tres golpes para seccionar la tercera cabeza. Cuando por fin se separó del cuello, la sostuvo en alto por el pelo ante sus compañeros, riéndose y



cantando en su extraño idioma. Kurkhask había aprendido unas cuantas palabras de la lengua pashto, pero aquel torrente de sonido le superaba. Observó sumido en un adusto silencio el progreso de la matanza hasta que, finalmente, él fue el único hombre que quedaba con vida.

Kurkhask alzó la cabeza y miró hacia arriba, sin miedo. El alivio le inundó cuando percibió un movimiento en la distancia, muy lejos de donde ardía la hoguera. Algo blanco se desplazó en la penumbra y Kurkhask sonrió. Su hijo estaba allí, haciéndole señas. Antes de que el muchacho se descubriera, Kurkhask hundió la cabeza. El lejano parpadeo desapareció, pero Kurkhask se relajó: toda la tensión le abandonó. El khan sabía qué había sucedido.

Elevó la vista hacia el guerrero árabe mientras éste llevaba hacia atrás la sangrienta hoja de acero.

—Mi pueblo te volverá a ver —dijo Kurkhask.

El afgano vaciló, incapaz de comprender.

—¡Que el polvo te llene la boca, infiel! —exclamó, pero sus palabras fueron un mero balbuceo en los oídos del oficial mongol.

Kurkhask se encogió de hombros con cansancio.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —afirmó.

La espada cayó.

# PRIMERA PARTE

## I

**E**l viento soplaba en la alta cadena de montañas. Las oscuras nubes se desplazaban por el cielo, creando franjas de sombra que avanzaban a través de las rocas. La mañana estaba tranquila y las tierras parecían vacías mientras los dos hombres cabalgaban a la cabeza de una estrecha columna, un jagun de cien jóvenes guerreros. Los mongoles habían estado solos durante más de mil quinientos kilómetros, y únicamente el crujido del cuero y los bufidos de los ponis rompían el silencio. Cuando se detuvieron a escuchar, fue como si el silencio se replegara ante ellos sobre el suelo polvoriento.

Tsubodai era uno de los generales del gran khan y su posición resultaba evidente en su porte y actitud. Llevaba una armadura muy gastada de escamas de hierro sobre cuero, con agujeros y herrumbre en muchos sitios. Su casco exhibía las marcas de las ocasiones en las que le había salvado la vida. Todo su equipo estaba abollado, pero el propio hombre se mantenía tan duro e implacable como la tierra invernal. En tres años de razias en el norte, sólo había perdido una escaramuza menor y regresó al día siguiente para destruir a la tribu responsable antes de que la noticia se difundiera. Había dominado su oficio en una tierra que parecía tornarse cada vez más fría con cada kilómetro que avanzaban por aquel yermo territorio. No tenía mapas para orientarse en su viaje, sólo rumores de ciudades distantes construidas sobre ríos helados, tan sólidos que podían asarse bueyes sobre el hielo.

A su derecha cabalgaba Jochi, el hijo mayor del khan. Aunque apenas contaba con diecisiete años de edad, ya era un guerrero que podría llegar a heredar la nación y quizá incluso comandar a Tsubodai en la guerra. Jochi llevaba un conjunto similar de cuero engrasado y hierro, así como las mismas alforjas y armas que todos los demás guerreros. Tsubodai sabía sin preguntar que Jochi se tomaría su ración de sangre seca y leche, a la que sólo hacía falta añadirle agua para hacer un nutritivo caldo. La tierra no perdonaba a aquéllos que se tomaban en broma la supervivencia y ambos hombres habían aprendido las lecciones del invierno.

Jochi notó el escrutinio al que estaba siendo sometido y sus oscuros ojos se alzaron, siempre en guardia. Había pasado más tiempo con el joven general del que había pasado nunca con su padre, pero era difícil romper con los antiguos hábitos. Le resultaba difícil confiar, aunque su respeto por Tsubodai no tenía límites. El general de los Jóvenes Lobos tenía intuición para la guerra, aunque lo negara. Tsubodai creía en el reconocimiento del terreno, el entrenamiento, las tácticas y el arte del tiro con arco por encima de todo, pero lo único que los hombres que le seguían veían era que ganaba, independientemente de cuántas probabilidades tuvieran de vencer en un principio. Como otros sabían fabricar una espada o una silla de montar, Tsubodai creaba ejércitos, y Jochi era consciente de que era un privilegiado por poder aprender a su lado. Se preguntó si a su hermano Chagatai le habría ido igual de bien en el este. Era fácil soñar despierto mientras recorrían las colinas, imaginar cómo sus hermanos

y su padre se quedaban sin habla al ver cuánto se había fortalecido y había crecido Jochi.

—¿Qué es lo más importante que llevas en tus alforjas? —preguntó Tsubodai de repente. Jochi levantó la vista hacia el tormentoso cielo por un instante. A Tsubodai le gustaba ponerle a prueba.

—La carne, general. Sin carne no puedo luchar.

—¿No es tu arco? —inquirió Tsubodai—. Sin arco, ¿qué eres?

—Nada, general, pero sin carne estoy demasiado débil para utilizar el arco.

Tsubodai gruñó al escuchar cómo repetía sus propias palabras.

—Cuando se haya acabado toda la carne, ¿durante cuánto tiempo puedes vivir a base de sangre y leche?

—Dieciséis días como máximo, con tres monturas para repartir las heridas. —A Jochi no le hacía falta pensar. Tsubodai le había estado inculcando las respuestas desde que habían partido con diez mil hombres de la ciudad del emperador Chin.

—¿Cuánta distancia puedes recorrer en ese tiempo? —dijo Tsubodai.

Jochi se encogió de hombros.

—Unos dos mil kilómetros con monturas frescas. La mitad si duermo y como sin bajarme de la silla.

Tsubodai notó que el joven no estaba concentrado y los ojos le brillaron cuando cambió de táctica.

—¿Cuál es el problema que tiene la cresta de la montaña que tenemos enfrente? —preguntó.

Jochi alzó la cabeza, sobresaltado.

—Eh...

—¡Deprisa! Los hombres están esperando que tomes una decisión. Hay vidas que dependen de tu palabra.

Jochi tragó saliva, pero en Tsubodai había tenido un buen maestro.

—Tenemos el sol a la espalda, así que nos verán durante kilómetros al llegar a ella. —Tsubodai empezó a asentir, pero Jochi continuó—: Hay mucho polvo en el suelo, si avanzamos con cierta velocidad, vamos a levantar una nube.

—Bien, Jochi —aprobó Tsubodai. Mientras hablaba, clavó los talones en su montura y dirigió su caballo hacia la cresta de las montañas. Como Jochi había predicho, los cien jinetes levantaron una niebla de tierra rojiza que quedó flotando por encima de sus cabezas. Sin duda alguien los vería y daría noticia de su posición.

Tsubodai no se detuvo al alcanzar el risco. Avanzó con su yegua al trote hasta más allá del borde y las patas traseras removieron las piedras sueltas. Jochi le imitó y, a continuación, tragó una bocanada de polvo que le obligó a toser contra su mano. Tsubodai había parado a unos cincuenta pasos después de la cresta, donde el terreno accidentado empezaba a descender convirtiéndose en valle. Sin esperar órdenes, sus hombres formaron una amplia fila doble a su alrededor, como un arco dibujado en la tierra. Hacía mucho tiempo que se habían familiarizado con el carácter ardiente del

general que Gengis había elegido para liderarlos.

Tsubodai miró con fijeza hacia lo lejos, frunciendo el ceño. Las colinas rodeaban una plana llanura a través de la cual discurría un río, cargado de lluvia primaveral. A lo largo de sus orillas, una lenta columna avanzaba al trote, portando brillantes banderas y estandartes. En otras circunstancias, la visión le habría dejado sin aliento y, aun cuando se le encogió el estómago, Jochi no pudo evitar sentir una punzada de admiración. Diez, quizá once mil caballeros rusos cabalgaban juntos, con los colores de su casa en oro y rojo ondeando tras sus cabezas. Un número casi igual de personas los seguían en una hilera formada por monturas de refresco y carromatos cargados con el bagaje, las mujeres, los niños y los sirvientes. El sol eligió ese momento para atravesar las oscuras nubes y encender el valle con un potente rayo que hizo que los caballeros resplandecieran.

Sus caballos eran animales inmensos, lanudos, que parecían pesar casi el doble que los ponis mongoles. Incluso los hombres que los montaban eran una raza extraña a los ojos de Jochi. Cabalgaban como si estuvieran hechos de piedra, sólidos y pesados en la armadura metálica que les cubría desde las mejillas hasta las rodillas. Sólo sus ojos azules y sus manos quedaban desprotegidos. Los caballeros estaban pertrechados para la batalla y portaban largas lanzas acabadas en una punta de acero. Llevaban las armas enhiestas, con los extremos apoyados en una especie de copa de cuero que colgaba junto a los estribos, por detrás. Jochi vio hachas y espadas pendiendo de los cinturones y notó que todos los hombres llevaban un escudo en forma de hoja enganchado a la silla. Los banderines serpenteaban por encima de sus cabezas y su aspecto era imponente bajo las móviles franjas de sol y sombra.

—Tienen que estar viéndonos —murmuró Jochi, lanzando una ojeada a la nube de humo que volaba sobre ellos.

El general le oyó hablar y se volvió en la silla.

—No son hombres de las estepas, Jochi. A esa distancia es como si estuvieran medio ciegos. ¿Tienes miedo? Son tan altos y fornidos esos caballeros. Yo lo tendría.

Durante un instante, Jochi se encolerizó. Si el comentario hubiera venido de su padre, habría sido una burla. Pero Tsubodai hablaba con una luz en la mirada. El general todavía estaba en la veintena, era joven para mandar sobre tantos hombres. Sin embargo, Tsubodai no tenía miedo. Jochi sabía que al general no le impresionaban en absoluto los gigantescos caballos de guerra o los hombres que los montaban. En vez de eso, depositaba su confianza en la velocidad y en las flechas de sus Jóvenes Lobos.

El jagun estaba compuesto de diez arbans, cada uno de ellos comandado por un oficial. Por orden de Tsubodai, sólo esos diez hombres llevaban armadura pesada. El resto vestía túnicas de cuero bajo los acolchados deels. Jochi sabía que Gengis prefería la carga pesada a la ligera, pero los hombres de Tsubodai parecían seguir sobreviviendo. Podían atacar y galopar más deprisa que los pesados guerreros rusos y no había temor en sus filas. Como Tsubodai, miraban con avidez la columna al final

de la ladera y aguardaban a ser descubiertos.

—¿Sabes que tu padre envió a un jinete para decirme que debía regresar a casa?  
—dijo Tsubodai.

—Todos los hombres lo saben —asintió Jochi.

—Confiaba en poder llegar aún más al norte, pero soy uno de los hombres de tu padre. Él habla y yo obedezco, ¿comprendes?

Jochi clavó la mirada en el joven general, olvidando por un momento a los caballeros que cabalgaban por el valle.

—Por supuesto —dijo, sin dejar que su rostro revelara nada.

Tsubodai le devolvió la mirada, divertido.

—Espero que sea verdad, Jochi. Tu padre es un líder, el tipo de hombre que los demás siguen. Me pregunto cómo reaccionará cuando vea lo bien que has crecido.

Durante un momento, la ira desfiguró el rostro de Jochi, pero suavizó sus rasgos y respiró hondo. Desde muchos puntos de vista, Tsubodai había sido más un padre para él que su propio padre, pero no olvidaba cuál era la auténtica lealtad de aquel hombre. A una sola orden de Gengis, Tsubodai lo mataría. Mientras observaba al joven general, pensó que sentiría un cierto pesar, pero no el suficiente para detener el golpe.

—Necesitará hombres leales, Tsubodai —aseguró Jochi—. Mi padre no nos haría regresar para construir algo o para descansar. Habrá encontrado otro territorio que hacer pedazos. Como el lobo, siempre está hambriento, hasta el punto de arriesgarse a que le reviente el estómago.

Tsubodai frunció el ceño ante aquella descripción del khan. En tres años, no había percibido ningún tipo de afecto en Jochi cuando hablaba de su padre, aunque, en ocasiones, había notado una cierta añoranza, que fue apareciendo cada vez menos a medida que pasaban las estaciones. Gengis se había despedido de un muchacho, pero sería un hombre el que volviera ante él. Tsubodai se había asegurado de que fuera así. A pesar de su amargura, Jochi mantenía la cabeza fría en combate y los hombres le miraban con orgullo. Jochi estaba preparado.

—Tengo otra pregunta para ti, Jochi —dijo Tsubodai.

Jochi sonrió durante un instante.

—Como siempre, mi general —contestó.

—Hemos hecho que esos caballeros de hierro nos siguieran durante cientos de kilómetros, agotando a sus caballos. Hemos capturado a sus exploradores y los hemos interrogado, aunque no conozco esa «Jerusalén» que buscan, o quién es ese «Cristo blanco». —Tsubodai se encogió de hombros—. Quizá me encuentre con él un día al otro extremo de mi espada, pero el mundo es grande y soy un solo hombre.

Mientras hablaba, contemplaba a los caballeros con sus armaduras y las filas de bagaje que los seguían, esperando que vieran a sus jinetes mongoles.

—Mi pregunta, Jochi, es ésta. Esos caballeros no son nada para mí. Tu padre me ha pedido que vuelva y podría regresar ahora, mientras los ponis están gordos por la hierba del verano. ¿Por qué, pues, estamos aquí, esperando que nos lancen su

desafío?

Cuando respondió, los ojos de Jochi tenían un brillo frío.

—Mi padre diría que eso es lo que hacemos, que un hombre no tiene mejor manera de pasar sus años que luchando contra sus enemigos. Podría decir también que tú disfrutas de esto, general, y que no necesitas ninguna otra razón.

La mirada de Tsubodai no vaciló.

—Tal vez dijera eso, pero te escondes detrás de las palabras. ¿Por qué estamos aquí, Jochi? No queremos sus grandes caballos, ni siquiera por la carne. ¿Por qué arriesgaré las vidas de mis guerreros para aplastar la columna que tienes frente a ti?

Jochi se encogió de hombros, irritado.

—Si no es por eso, no lo sé.

—Por ti, Jochi —contestó Tsubodai con seriedad—. Cuando vuelvas junto a tu padre, habrás participado en todo tipo de batallas, en todas las estaciones. Tú y yo hemos tomado pueblos y asaltado ciudades; hemos cabalgado a través de desiertos y de bosques tan tupidos que apenas podíamos abrirnos paso a través de ellos. Gengis no encontrará ninguna debilidad en ti. —Tsubodai sonrió brevemente al ver la expresión impasible de Jochi—. Me sentiré orgulloso cuando los hombres digan que aprendiste tus habilidades a las órdenes de Tsubodai el Valiente.

Jochi no pudo evitar sonreír al escuchar el apodo de los propios labios de Tsubodai. En los campamentos no había secretos.

—Ahí está —dijo Tsubodai entre dientes, señalando a un distante mensajero que corría a la cabeza de la columna rusa—. Tenemos a un enemigo que dirige a sus ejércitos desde el frente, un líder muy valeroso.

Jochi se imaginó la súbita consternación que habría surgido entre los caballeros al avistar a los guerreros mongoles en la hondonada entre las colinas. Tsubodai emitió un suave gruñido cuando toda una fila se separó de la columna enemiga y empezó a ascender las laderas al trote, con las largas lanzas en ristre. La distancia que los separaba empezó a disminuir y el joven enseñó los dientes. En su arrogancia, iban a cargar en una cuesta arriba. Estaba deseando hacerles ver el error que habían cometido.

—¿Tienes ahí tu paitze, Jochi? Enséñamelo.

Jochi se dio media vuelta y alargó la mano hacia la funda de su arco, que estaba atada a la silla. Levantó una solapa de rígido cuero y sacó una tabla de oro macizo, que llevaba grabada una cabeza de lobo. Con veinte onzas, resultaba pesada, pero era lo suficientemente pequeña para cogerla en una mano.

Tsubodai hizo caso omiso de los hombres que ascendían obstinadamente la colina para enfrentarse al hijo mayor de Gengis.

—Te he dado ese paitze y el derecho a comandar a mil hombres, Jochi. Los que lideran un jagun poseen uno de plata, como éste. —Tsubodai sostuvo en alto un bloque más grande de metal blanquecino—. La diferencia es que el de plata se le da a un hombre elegido por los oficiales de cada uno de los arbans que tiene a su mando.

—Lo sé —dijo Jochi.

Tsubodai lanzó una rápida mirada a los caballeros que subían trabajosamente, cada vez más cerca.

—Los oficiales de este jagun me han pedido que los líderes tú, Jochi. No ha sido cosa mía. —Le tendió el paitze de plata y Jochi lo cogió con alegría, pasándole a su general la placa de oro. Tsubodai actuaba con solemnidad y deliberada formalidad, pero le brillaban los ojos—. Cuando regreses junto a tu padre, Jochi, habrás pasado por todos los rangos y posiciones. —El general hizo un gesto, cortando el aire con la mano—. A la derecha, a la izquierda y en el centro. —Miró hacia las cabezas de los esforzados jinetes que trotaban colina arriba, notando el parpadeo de un movimiento en un peñasco lejano. Tsubodai asintió bruscamente—. Es la hora. Sabes lo que tienes que hacer, Jochi. El mando es tuyo. —Sin una palabra más, Tsubodai palmeó al muchacho en el hombro y se alejó por el risco, dejando el jagun de jinetes al cuidado de un líder repentinamente nervioso.

Jochi sintió las miradas sumadas de cien hombres sobre su espalda mientras se esforzaba por ocultar su placer. Cada arban de diez elegía a un hombre para liderarlos, después esos hombres elegían a uno de su grupo para liderar a los cien en la batalla. Ser elegido era un honor. Una voz en su mente susurró que sólo estaban honrando a su padre, pero la acalló, negándose a dudar. Se había ganado el derecho y la confianza que sentía crecer en su interior.

—¡Líneas de arqueros! —exclamó Jochi. Aferró las riendas con fuerza para esconder su tensión mientras los hombres formaban una línea más amplia con el fin de que hubiera espacio para que todos los arcos pudieran disparar. Jochi lanzó una mirada por encima del hombro, pero Tsubodai se había ido de verdad, dejándole solo. Los hombres seguían observándole y se obligó a mantener una expresión impasible, sabiendo que recordarían que había mostrado calma. Mientras alzaban los arcos, Jochi sostuvo el puño cerrado en alto, esperando con el corazón batiendo dolorosamente en su pecho.

Cuando sus rivales estuvieron a cuatrocientos pasos, Jochi dejó caer su brazo y la primera ráfaga de flechas silbó en el aire. Había demasiada distancia y aquéllas que alcanzaron a los caballeros se astillaron contra sus escudos, que ahora sostenían en alto y hacia delante de modo que sus cuerpos quedaban protegidos casi por completo. Los largos escudos mostraron su eficacia cuando la segunda descarga golpeó las filas sin que cayera un solo jinete.

Los poderosos caballos no eran rápidos, pero, aun así, la distancia disminuía mientras Jochi, inmóvil, los observaba. A doscientos pasos, levantó el puño una vez más y otras cien flechas aguardaron en las tensas cuerdas. No sabía si la armadura de los caballeros los salvaría a esa distancia. Hasta entonces eso nunca había sucedido.

—Disparad como si nunca hubierais poseído un arco —gritó.

Los hombres que le rodeaban sonrieron y las flechas partieron con un chasquido. Jochi se estremeció instintivamente al ver que los proyectiles pasaban con claridad



por encima de las cabezas de sus enemigos, como si los hubieran lanzado unos necios asustados. Sólo unas cuantas flechas hicieron blanco y, de éstas, un número aún menor derribó un caballo o un hombre. Ahora podían oír el estruendo de la carga y vieron las primeras filas empezar a bajar sus lanzas, preparándose.

Al tenerlos frente a sí, Jochi dominó su miedo con un súbito arrebató de ira. No había nada que deseara más que desenfundar su espada y espolear a su montura para descender la ladera hacia el enemigo. Pero, temblando de frustración, dio una orden diferente.

—Retirada hacia el risco —gritó. Tiró de las riendas y su caballo corcoveó y salió a la carrera. Los hombres de su jagun lanzaron gritos incoherentes, girándose caóticamente tras su general. Detrás de él, oyó voces guturales emitiendo aullidos triunfales y notó cómo le subía un sabor ácido por la garganta, aunque ignoraba si era por miedo o por rabia.

Ilya Majaev parpadeó para quitarse el sudor de los ojos cuando vio que los mongoles daban media vuelta como los sucios cobardes que eran. Como había hecho mil veces antes, tomó las riendas de su montura con suavidad y se dio varios golpecitos en el pecho, rezando a santa Sofía para que los enemigos de la fe cayeran bajo sus cascos. Por debajo de la cota de malla y la túnica acolchada, llevaba un fragmento del hueso de su dedo en un relicario de oro, su posesión más valiosa. Los monjes de Novgorod le habían asegurado que no le matarían mientras lo llevara consigo y se sintió fuerte mientras sus caballeros superaban el risco con un ruido atronador. Sus hombres habían abandonado la ciudad de la basílica dos años antes, llevando al este mensajes para el príncipe antes de dirigirse finalmente hacia el sur y comenzar la larga marcha que los llevaría a Jerusalén. Ilya, junto con los otros, había consagrado su vida a defender ese lugar santo de los infieles que intentaban destruir sus monumentos.

Debería haber sido un viaje de oración y ayuno para poder prepararse antes de utilizar su destreza con las armas contra hombres impíos. Por el contrario, habían sido provocados una y otra vez por el ejército mongol, que estaba haciendo incursiones de asalto en la zona. Ilya ansiaba tenerlos lo suficientemente cerca para poder matar y se inclinó en la silla hacia delante mientras su montura arremetía contra los jinetes en fuga.

—Entrégamelos, oh, Señor, y les romperé los huesos y pisotearé a sus falsos dioses —susurró para sí.

Los mongoles corrían como locos pendiente abajo, pero los caballos rusos eran fuertes y la brecha que los separaba se reducía poco a poco. Ilya sentía el estado de ánimo de los hombres que lo rodeaban, que gruñían y se llamaban entre sí. Habían perdido algunos compañeros bajo las lluvias de flechas que habían caído sobre ellos en la oscuridad. Varios exploradores habían desaparecido sin dejar rastro, o peor, habían sido hallados con heridas cuya sola visión era insoportable. En un año, Ilya

había visto más pueblos arder de los que podía recordar y las nubes de humo negro le habían hecho emprender muchas persecuciones desesperadas. Todas las veces, cuando llegó, se había encontrado con que las partidas de mongoles se habían ido. Espoleó a su montura para que se pusiera al galope, aunque los costados del cansado animal ya subían y bajaban palpitantes y escupiduras de saliva blanca saltaban desde su boca golpeando los brazos y el pecho de Ilya.

—¡Oh, hermanos! —gritó Ilya a los demás. Sabía que no desfallecerían teniendo a los hombres de las tribus por fin a su alcance. Los mongoles eran una afrenta contra todo lo que Ilya valoraba, desde las pacíficas calles de Novgorod, pasando por la tranquila calma y dignidad de la catedral, hasta su bendita santa.

Delante, los guerreros mongoles corrían en confusión a través de una nube de su propio polvo. Ilya chillaba órdenes y sus hombres se unieron formando una sólida columna, cincuenta filas de veinte en fondo. Ataron sus riendas a los cuernos de las sillas de montar y se echaron sobre los cuellos de los caballos con el escudo y la lanza en ristre, impulsando a los animales sólo con las rodillas. ¡Sin duda nunca había habido una fuerza así de hombres y hierro en la historia del mundo! Ilya enseñó los dientes anticipando la primera sangre.

La ruta que los mongoles habían tomado en su huida les llevó al otro lado de una colina cubierta por viejos olmos y hayas. Al atravesarla como un rayo, vio que algo se movía en la verde penumbra. Apenas tuvo tiempo de gritar una advertencia antes de que el aire se llenara de silbantes saetas. Aun entonces, no vaciló. Había visto cómo se rompían las flechas contra los escudos de sus hombres. Vociferó la orden de mantener la formación, sabiendo que podrían abrirse paso y arrollarlos.

Un caballo relinchó y chocó contra él desde su izquierda, le aplastó la pierna y estuvo a punto de desmontarle. Ilya, dolorido, soltó una maldición y se giró, cogiendo una brusca bocanada de aire al ver al jinete colgando sin vida del animal. De los oscuros árboles llegaba descarga tras descarga de flechas y, horrorizado, vio a varios de sus hombres caer al suelo desde las sillas de montar. Las saetas atravesaban las cotas de malla como si estuvieran hechas de lino, haciendo brotar un chorro de sangre con cada disparo certero. Ilya gritó como un salvaje, espoleando a su montura para que avanzara y, entonces, frente a él, vio cómo los mongoles daban media vuelta al unísono, como una máquina perfecta, y se encontró con la mirada fija de su comandante clavada directamente en él. Los mongoles no se detuvieron para tensar los arcos: sus ponis se arrojaron hacia delante como uno solo y los guerreros dispararon sus flechas mientras cabalgaban.

Ilya notó que una flecha se hundía en su brazo, pero, al instante, las dos fuerzas chocaron y se dispuso para la lucha. Su larga lanza alcanzó a un guerrero en el pecho, pero éste se la arrancó de la mano con tanta rapidez que pensó que le había roto los dedos. Con una mano demasiado entumecida para aferrar nada, sacó la espada. Había polvo rojo por todas partes y, en medio de la nube, los mongoles cabalgaban como diablos, arrojando con calma flecha tras flecha sobre las apretadas filas de sus

hombres.

Ilya levantó su escudo y el envite de una saeta, cuya cabeza surgió claramente a través de la madera, le empujó hacia atrás. El pie derecho se le salió del estribo y se tambaleó, perdiendo completamente el equilibrio. Otro proyectil le hirió en el muslo antes de que pudiera recuperarse y chilló de dolor, alzando la espada mientras cabalgaba hacia el arquero.

Mientras se acercaba, el mongol lo observó con el rostro vacío de toda emoción. Ilya se percató de que no era más que un muchacho imberbe. El ruso blandió su acero, pero el mongol se agachó esquivando el golpe y le empujó al pasar por su lado. El mundo giró en silencio durante un momento y, a continuación, Ilya se estrelló contra el suelo, aturdido.

La pieza de nariz de su casco se había hundido por el impacto, rompiéndole los dientes delanteros. Ilya se puso en pie, cegado por las lágrimas y escupiendo sangre y fragmentos de diente. Le falló la pierna izquierda y cayó torpemente, buscando desesperado la espada que se le había caído de la mano.

Oyó el ruido de cascos a su espalda en el mismo momento en que descubría su arma tirada sobre el polvoriento terreno. Alargó la mano hacia el relicario que colgaba de su pecho y murmuró una oración mientras la hoja mongola hendía su cuello, casi seccionándole la cabeza. No vivió para ver cómo eran asesinados el resto de sus hombres, demasiado pesados y lentos para defenderse de los guerreros de Tsubodai, el general de Gengis Khan.

Después de ordenar a una docena de hombres que peinaran el área e informaran de cualquier movimiento de la columna principal, Jochi desmontó para examinar a los muertos. La cota de malla rusa no los había salvado. Muchos de los cuerpos despatarrados habían sido heridos más de una vez. Sólo los cascos habían aguantado. Jochi no pudo encontrar a un solo hombre derribado con una flecha en la cabeza. Recogió uno de los cascos y frotó con el dedo una brillante raja de metal donde había rebotado una flecha. Era un buen diseño.

La emboscada había funcionado tal como Tsubodai había planeado, pensó Jochi con ironía. El general parecía poder leer la mente de sus enemigos. Jochi respiró profundamente, haciendo un esfuerzo para controlar el temblor que le invadía después de cada batalla. No podía dejar que los hombres le vieran temblar. No sabía que observaban cómo avanzaba a grandes zancadas con los puños apretados y sólo veían que seguía hambriento, sin darse nunca por satisfecho fuera lo que fuera lo que consiguiera.

Otros tres jaguns habían tomado parte en la emboscada. Jochi vio a los oficiales salir a caballo de detrás de los árboles donde habían aguardado durante toda la noche. Después de pasar años con Tsubodai, conocía a todos esos hombres como a hermanos, como Gengis le aconsejó en una ocasión. Mekhali y Altan eran hombres

sólidos, leales, pero sin imaginación. Jochi saludó a ambos con una inclinación de cabeza cuando pasaron trotando con sus ponis en dirección al campo de cadáveres. El último de ellos, Qara, era un guerrero bajo, nervudo, cuyo rostro estaba atravesado por la cicatriz de una antigua herida. Aunque era impecablemente formal, Jochi percibía en él un rechazo que no conseguía comprender. Quizá el adusto hombre estuviera resentido con él por causa de su padre. Jochi se había encontrado con muchos que consideraban sospechoso su ascenso en la tropa. Tsubodai no había sido sutil a la hora de incluir a Jochi en todos los planes y estrategias, actuando del mismo modo que Gengis con el chico de los uriankhai que había llegado a ser su general. Tsubodai miraba hacia el futuro, mientras que hombres como Qara imaginaban que sólo veían a un mimado principito, ascendido por encima de sus habilidades.

Cuando Qara se aproximó con su montura y gruñó a la vista de los caballeros muertos, Jochi se dio cuenta de que ya no era el superior de aquel hombre. Había aceptado la plata con la batalla cerniéndose sobre ellos y todavía sentía el honor de que le hubieran confiado cien vidas. Sin embargo, significaba que, por un tiempo al menos, Qara ya no tenía que estar alerta junto al hijo del khan. Una sola mirada le dijo a Jochi que el menudo y enjuto oficial ya había reflexionado al respecto.

—¿Por qué estamos esperando aquí? —preguntó Qara de pronto—. Tsubodai atacará mientras nosotros olemos la hierba y permanecemos mano sobre mano.

A Jochi le ofendieron sus palabras, pero habló con ligereza, como si Qara no hubiera hecho más que saludarle. Si aquel hombre hubiera sido un verdadero líder, ya habría iniciado el regreso con Tsubodai. Con una súbita intuición, Jochi comprendió que Qara todavía esperaba órdenes de él, a pesar de su descenso en rango. Mirando a Mekhali y a Altan, descubrió que ellos también le estaban observando. Tal vez fuera sólo un hábito que tenían, pero notó que una idea empezaba a formarse en su mente y supo que no debía dejar pasar el momento.

—¿Ves su armadura, Qara? —inquirió—. La primera pieza cuelga del casco, cubriendo todo el rostro excepto los ojos. La segunda capa de anillos de hierro llega hasta las rodillas.

—No detuvo nuestras flechas —replicó Qara encogiéndose de hombros—. Cuando no van a caballo, se mueven tan despacio que es fácil derribarlos. No necesitamos una protección tan mala, yo creo.

Jochi le sonrió de oreja a oreja, disfrutando de la confusión que provocaba.

—Sí que la necesitamos, Qara.

En lo alto de las colinas que descendían hacia el valle, Tsubodai aguardaba a pie, mientras su poni olfateaba las agujas de pino del suelo. Casi cinco mil hombres descansaban a su alrededor, esperando su decisión mientras él aguardaba a los exploradores que había enviado a rastrear. Doscientos hombres habían salido en todas

direcciones y sus informes le permitirían al general hacerse una idea de las características de la zona en muchos kilómetros a la redonda.

Sabía que la emboscada de Jochi había sido un éxito casi antes de que concluyera. Mil enemigos menos dejaban sólo diez mil, pero todavía eran demasiados. La columna de caballeros avanzaba despacio a través del valle fluvial, aguardando que el grupo de ataque regresara victorioso. No habían traído arqueros a aquellas tierras desiertas y eso había sido un error que les costaría caro. Con todo, eran hombres corpulentos y tan fuertes que Tsubodai no podía arriesgarse a enfrentarse a ellos en un simple asalto frontal. Había visto caballeros atravesados por varias flechas que habían seguido luchando y habían matado a dos o hasta tres de los suyos. Eran guerreros de gran valor, pero Tsubodai creía que su coraje no sería suficiente. Los hombres valientes avanzaban cuando los atacaban y el general elaboró sus planes teniendo eso en cuenta. Cualquier ejército podía ser aplastado en las condiciones adecuadas, de eso estaba seguro. No el suyo, por supuesto, sino el de cualquiera de sus enemigos.

Dos de los exploradores llegaron al galope para señalar la última posición de la fuerza rusa. Tsubodai los hizo desmontar y dibujarla en el suelo con un palo para estar seguro de que no había ningún malentendido.

—¿Cuántos exploradores han mandado ellos de reconocimiento? —preguntó.

El guerrero que estaba dibujando respondió sin vacilar.

—Diez en retaguardia, general, en una batida muy amplia. Veinte al frente y a los lados.

Tsubodai asintió. Por fin sabía lo suficiente para avanzar.

—Deben morir, sobre todo los que están detrás de la columna de caballeros. Asaltadlos cuando el sol esté más alto y no dejéis que escape ni uno. Atacaré tan pronto como me indiquéis con la bandera que han sido abatidos. Repite tus órdenes.

El guerrero habló deprisa, repitiendo sus órdenes palabra por palabra, como había sido entrenado para hacer. Tsubodai no permitía que hubiera ningún tipo de confusión en el campo de batalla. Por mucho que emplearan las banderas para comunicarse en grandes distancias, seguía estando obligado a confiar en el amanecer, el mediodía y el anochecer como los únicos indicadores de tiempo. Alzó la vista entre los árboles al pensarlo, viendo que el sol no estaba lejos del mediodía. Lo alcanzaría pronto y sintió el familiar cosquilleo en el estómago que llegaba antes de cada batalla. Le había dicho a Jochi que los atacaba para formarle y era verdad, pero no era toda la verdad. Tsubodai le había ocultado que los caballeros transportaban forjas portátiles en los carros de bagaje. Los herreros eran más valiosos que ningún otro artesano que pudieran capturar y a Tsubodai le habían intrigado los informes que hablaban de carros de hierro que escupían humo mientras rodaban.

Tsubodai sonrió para sí, disfrutando de su creciente exaltación. Como Gengis, no lograba amar el saqueo de aldeas y ciudades. Era algo que había que hacer, por supuesto, como un hombre derramaría agua hirviendo en un nido de hormigas. Pero

eran las batallas lo que Tsubodai ansiaba, ponerse a prueba o aumentar su maestría en cada nuevo combate. Nunca había sentido mayor satisfacción que cuando vencía a sus enemigos con el ingenio, confundiéndolos y destruyéndolos. Había oído hablar de la extraña empresa que llevaba a los caballeros hacia una tierra tan distante que nadie conocía su nombre. No importaba. Gengis no permitiría que unos hombres armados cabalgaran por sus tierras... y todas las tierras eran suyas.

Tsubodai borró los dibujos del suelo con la punta de la bota. Se giró hacia el segundo explorador que esperaba pacientemente, sobrecogido por el respeto que le inspiraba su general.

—Ve hasta Jochi y averigua qué le ha retrasado —ordenó Tsubodai—. Lo situaré a mi derecha en este ataque.

—Como desees, señor —dijo el explorador, haciendo una reverencia antes de subir apresuradamente a su caballo y partir como alma que lleva el diablo a través de los árboles. Tsubodai entrecerró los ojos para mirar al sol entre las ramas. Se pondría en marcha muy pronto.

Rodeado por el ruido atronador de diez mil caballos, Anatoly Majaev echó una mirada por encima del hombro hacia el risco por el que había desaparecido el pequeño Ilya. ¿Dónde se había metido su hermano? Seguía pensando en él como el pequeño Ilya, a pesar de que le superaba tanto en músculos como en la fuerza de su fe. Cansado, Anatoly meneó la cabeza. Le había prometido a su madre que cuidaría de él. Ilya los alcanzaría, estaba seguro. No se había atrevido a detener la columna ahora que los mongoles habían hecho notar su presencia en la zona. Anatoly había enviado exploradores en todas direcciones, pero ellos también parecían haber desaparecido. Volvió a mirar hacia atrás, esforzando la vista para intentar vislumbrar los estandartes de un grupo de mil hombres.

Más adelante, el valle se estrechaba formando un puerto entre montañas que podría haber pertenecido al Jardín del Edén. Las laderas estaban cubiertas de una hierba tan verde y tupida que un hombre tardaría más de medio día en cortarla de raíz. Anatoly amaba esa tierra, pero sus ojos no se apartaban del horizonte y un día vería Jerusalén. Murmuró entre dientes una oración a la Virgen y en ese momento el paso se oscureció y vio al ejército mongol abalanzándose sobre él.

Entonces, como había temido, los exploradores estaban muertos. Anatoly lanzó una maldición y no pudo evitar mirar hacia atrás una vez más buscando a Ilya.

Oyó gritos a sus espaldas y Anatoly se giró completamente en la silla, volviendo a maldecir al ver otra oscura masa de jinetes aproximándose a toda velocidad. ¿Cómo habían pasado por su lado sin que los vieran? La forma en que sus enemigos se movían como fantasmas entre las colinas resultaba casi increíble.

Sabía que sus hombres podían dispersar a los mongoles cargando contra ellos. Ya habían descolgado y alzado sus escudos, y le miraban esperando órdenes. Como hijo

mayor de un barón, Anatoly era el oficial de más alta graduación. De hecho, había sido su familia la que financiaba todo el viaje, utilizando parte de su vasta fortuna para ganarse la buena voluntad de los monasterios, que tanto poder habían llegado a acumular en Rusia.

Anatoly sabía que no podía cargar dejando expuestos los carros de equipaje y las filas traseras. Nada perturbaba más a los combatientes que ser atacados por delante y por detrás al mismo tiempo. Comenzó a vociferar una orden para tres de sus oficiales: debían tomar sus centenas y dar media vuelta para cargar contra los hombres que atacaban por la retaguardia. Al girarse, captó un movimiento en las colinas y sonrió aliviado. A lo lejos, divisó una línea de caballería pesada rusa regresando por encima de la cresta de los montes, con sus estandartes volando ligeros en la brisa. Anatoly calculó las distancias y tomó una decisión. Llamó a uno de los exploradores.

—Cabalga hasta mi hermano y dile que ataque a la partida que tenemos a la espalda. Debe evitar que se unan a la batalla.

El joven se alejó a la carrera, sin sentir el peso de la coraza o las armas. Anatoly se volvió hacia el frente, ahora con creciente confianza. Teniendo la retaguardia segura, superaba en número a los guerreros que galopaban hacia él. Sólo había perdido un instante dando las órdenes y sabía que podía perforar el grupo de mongoles como un puño blindado.

Anatoly pasó su larga lanza por entre las orejas de su montura.

—¡Cambio de formación! ¡Por el Cristo blanco, avanzad!

El explorador de Anatoly atravesó el polvoriento terreno a galope tendido. Con dos ejércitos abalanzándose a la vez sobre la columna, la velocidad lo era todo. Cabalgaba con el cuerpo tan apretado contra la silla como podía y la cabeza de su caballo subía y bajaba junto a la suya. Era joven y estaba nervioso y casi había llegado hasta los hombres de Ilya Majaev cuando frenó en seco, aturdido. Sólo cuatrocientos habían regresado del risco y los supervivientes habían vivido un infierno: muchos de ellos exhibían manchas marrones de sangre y, mientras se aproximaban a él, percibió algo extraño en su manera de cabalgar.

De repente, el explorador comprendió y, presa del pánico, dio un fuerte tirón de las riendas. Era demasiado tarde. Una flecha se clavó bajo su brazo levantado y el joven se desplomó por encima de las orejas de su caballo, haciendo que el animal echara a correr desbocado.

Jochi y los demás mongoles pasaron al galope junto a la figura tendida sin mirarla. Habían tardado mucho tiempo en despojar a los muertos de su cota de malla, pero el ardid estaba funcionando. Ninguna fuerza enemiga les salía al encuentro y, aunque los rusos lo ignoraban, estaban siendo atacados por tres frentes. Cuando la pendiente se suavizó, Jochi clavó los talones en su montura y sacó la pesada lanza de su bolsillo de cuero. Era un objeto voluminoso y difícil de manejar, y tuvo que hacer

un esfuerzo para mantenerla inmóvil mientras él y sus hombres progresaban con enorme estruendo hacia el flanco ruso.

Anatoly avanzaba a galope tendido: más de media tonelada de carne y hierro focalizada en la punta de una lanza. Vio cómo las primeras filas se estremecían cuando los arqueros mongoles arrojaron sus primeras flechas. El enemigo era rápido, pero, a esa velocidad, era imposible contener la columna o hacer que girara. El ruido de los cascos y de los impactos contra los escudos era ensordecedor, pero oyó gritos a su espalda y logró obligarse a recuperar la claridad mental. Estaba al mando y, cuando su mente se despejó, sacudió la cabeza horrorizado. Vio cómo Ilya atacaba el flanco principal, abriendo una brecha en los mismos hombres que se habían comprometido con la familia Majaev en la peregrinación.

Mientras los observaba boquiabierto, Anatoly notó que los hombres eran más bajos y que sus corazas estaban ensangrentadas. Algunos habían perdido los cascos en el primer encontronazo y habían quedado al descubierto los rostros aulladores de guerreros mongoles. Entonces palideció, sabiendo que su hermano había muerto y que ese ataque simultáneo arrollaría las filas de retaguardia. No podía volverse y, aunque se desgañitaba gritando órdenes frenéticas, nadie le oía.

Frente a él, los mongoles permitieron entrar a los suyos mientras disparaban miles de flechas contra los jinetes rusos. Los escudos estaban abollados y la columna corcoveaba como un animal herido. Los hombres caían a cientos. Era como si una guadaña estuviera pasando por el frente de la columna, segando hombres vivos con su filo.

Detrás, los mongoles subían y bajaban a lo largo de la columna de bagaje, matando a cualquiera que blandiera un arma desde los carros. Anatoly se esforzó en pensar, en distinguir detalles, pero los enemigos le rodeaban por completo. Su lanza desgarró el cuello de un caballo, abriendo un largo tajo que le salpicó de sangre caliente. Una espada relampagueó junto a él y Anatoly recibió un impacto en el casco que casi le hizo perder la conciencia. Algo le golpeó el pecho y de pronto notó que no podía respirar, ni siquiera para pedir ayuda. Luchó por aspirar al menos un poco de aire, aunque fuera un sorbo, pero el aire no llegó y se derrumbó, golpeando el suelo con tanta fuerza que apenas sintió nada durante su agonía final.

Aquella noche, a la luz de las hogueras, Tsubodai cruzó a caballo el campamento de sus diez mil. Los caballeros muertos habían sido despojados de todo objeto de valor y el general había complacido a los hombres rechazando su diezmo personal. Para aquéllos que no recibían ningún pago por sus batallas, la colección de relicarios, anillos y gemas manchados de sangre era algo codiciable en la nueva sociedad que Gengis estaba creando. Un hombre podía enriquecerse en el ejército de las tribus, aunque los guerreros siempre medían su fortuna en términos de cuántos caballos podrían comprar con ella. A Tsubodai le interesaban más las forjas de los caballeros,



así como las propias ruedas con radios de sus carros, reforzadas con círculos de hierro y más fáciles de reparar que los discos macizos que utilizaban los mongoles. Tsubodai ya había dado instrucciones a los armeros capturados de que enseñaran la técnica a sus carpinteros.

Jochi estaba examinando la pezuña delantera de su poni favorito cuando Tsubodai llegó trotando a su lado. Antes de que el muchacho pudiera hacer una reverencia, Tsubodai inclinó la cabeza ante él, honrándole. Los hombres del jagun que Jochi había comandado se llenaron de orgullo.

Tsubodai levantó la mano y le mostró a Jochi el paitze de oro que el chico le había entregado antes del mediodía.

—Hiciste que me preguntara cómo podían los rusos regresar de entre los muertos —dijo Tsubodai—. Ha sido una apuesta audaz. Coge esto otra vez. Vales más que la plata.

Lanzó la placa de oro al aire y Jochi la cogió al vuelo, esforzándose por guardar la compostura. Sólo el elogio del propio Gengis habría significado más para él en ese momento.

—Mañana nos vamos a casa —continuó Tsubodai, tanto para los hombres como para Jochi—. Estad listos al amanecer.

## II

**C**hagatai sintió un tremendo picor en la axila izquierda: bajo su mejor armadura resbalaban gruesas gotas de sudor. Aunque era el segundo hijo del khan, intuía que no estaría bien rascarse ahí mientras esperaba al rey de Koryo.

Se arriesgó a echar un vistazo al hombre que le había llevado hasta la remota ciudad amurallada de Songdo. La sala de los reyes resultaba asfixiante en el calor del mediodía, pero Jelme no dejaba traslucir ninguna incomodidad en su armadura lacada. Como los cortesanos y la guardia real, el general mongol podría haber estado tallado en madera.

Chagatai podía oír el rumor de un curso de agua a lo lejos: de algún modo, el opresivo calor y silencio reinantes magnificaba el suave sonido. El picor llegó a ser exasperante y luchó por pensar en otra cosa. Mientras su mirada descansaba en el alto techo de escayola blanca y antiguas vigas de pino, se recordó que no tenía ningún motivo para sentirse intimidado. A pesar de su dignidad, la dinastía Wang no había sido capaz de aplastar a los Kara-Kitai cuando aquel pueblo entró en sus tierras llegado desde el territorio Chin y construyó sus fortalezas. Si Jelme no hubiera ofrecido su ejército para acabar con ellos, el rey de Koryo todavía estaría semiprisionero en su propio palacio. Con quince años de edad, Chagatai sintió una vaga petulancia al pensarlo. Tenía todo el orgullo y la arrogancia de los jóvenes guerreros, pero en este caso sabía que estaba justificado. Jelme y sus guerreros habían llegado desde el este para averiguar qué ejércitos podrían enfrentarse a ellos y ver el mar por primera vez. Los Kara-Kitai se habían revelado como sus enemigos y los mongoles los habían expulsado de Koryo como perros apaleados. Chagatai sabía que era justo que el rey pagara un tributo, independientemente de que hubiera pedido ayuda o no.

Sudando en aquel aire tan cargado, Chagatai se torturó con el recuerdo de la brisa que salía del mar en el sur. El fresco viento había sido la única cosa buena de aquella vastedad azul, en su opinión. A Jelme le habían fascinado los barcos de Koryo, pero la idea de querer viajar sobre las aguas desconcertaba a Chagatai. Si no se podía cabalgar sobre ellas, a él no le servían de nada. El recuerdo de la barcaza real balanceándose mientras estaba anclada hizo que el estómago se le encogiera.

Sonó una campanada en el patio. El eco de su tono resonó a través de jardines en los que los enjambres de abejas zumbaban en torno a las flores de acacia. Chagatai se imaginó a los monjes budistas moviendo con esfuerzo el tronco que tañía la gigantesca campana y se enderezó una vez más, consciente de su postura. El rey estaría de camino y su tormento tocaría a su fin. Podía soportar el picor un poco más: sólo pensar en el momento en que lo aliviaría lo hacía parecer tolerable.

La campana retumbó de nuevo y unos sirvientes corrieron con suavidad varias mamparas, abriendo la sala al aroma de los pinos de las colinas circundantes. Sin

poder evitarlo, Chagatai exhaló un suspiro cuando el intenso calor empezó a disminuir. La multitud se desplazó ligeramente en su esfuerzo por ver al rey y Chagatai empleó ese momento de distracción para hundir dos dedos en su axila y rascarse vigorosamente. Notó la mirada de Jelme posarse un instante en él y recompuso su expresión impasible mientras el rey del pueblo Koryo entraba por fin.

«Ninguno de ellos es alto», pensó Chagatai cuando vio al diminuto monarca pasar como flotando por una entrada adornada con tallas. Supuso que su nombre era Wang, por su familia, pero ¿quién sabía o a quién le importaba cómo se llamaban entre sí esas gentes menudas y nervudas? Chagatai miró a un par de jóvenes siervas que formaban parte del séquito del rey. Con su delicada piel dorada, eran mucho más interesantes que el hombre al que servían. El joven guerrero las miró con fijeza mientras revoloteaban alrededor de su amo, colocando sus ropas cuando tomó asiento.

El rey no parecía consciente de la presencia de los mongoles mientras aguardaba a que los miembros de su séquito concluyeran su labor. Sus ojos tenían casi el mismo color amarillo oscuro de los de Gengis, aunque carecían de la capacidad de los de su padre para infundir terror. Comparado con el khan, el rey de Koryo era sólo un cordero.

Por fin, los siervos terminaron sus tareas y la mirada del rey se posó en el arban de diez guerreros que Jelme había traído consigo. Chagatai se preguntó cómo podía soportar aquel hombre un traje tan grueso en un día de verano.

Cuando el rey habló, Chagatai no entendió ni una sola palabra. Como Jelme, tenía que esperar a la traducción en la lengua Chin, que había aprendido con grandes dificultades. Aun así, casi no pudo entender lo que decía y su frustración fue creciendo a medida que seguía escuchando. No le gustaban las lenguas extranjeras. Una vez que un hombre conocía la palabra que designaba a un caballo, ¿por qué utilizar otra? Evidentemente, Chagatai comprendía que los pueblos de tierras lejanas ignoraran la forma correcta de hablar, pero sintió que deberían obligarse a sí mismos a aprender en vez de persistir en su galimatías, como si todas las lenguas tuvieran igual valor.

—Habéis mantenido vuestras promesas —dijo solemnemente el traductor, interrumpiendo los pensamientos de Chagatai—. Las fortalezas de los Kara-Kitai han ardido durante muchos días y ese inundo pueblo ha desaparecido de las altas y hermosas tierras.

El silencio cayó de nuevo y Chagatai, incómodo, cambió de posición. La corte de Koryo parecía deleitarse en la lentitud. Rememoró su experiencia con la bebida que ellos llamaban «nok cha». Jelme había fruncido el ceño al ver el modo en que Chagatai apuraba la taza de un sorbo y la alargaba pidiendo otra. Al parecer, ese líquido de color verde pálido era demasiado valioso para beberlo como si fuera agua. ¡Como si un guerrero debiera preocuparse por cómo otro bebía o comía! Chagatai comía cuando tenía hambre y con frecuencia olvidaba asistir a las elaboradas comidas

de la corte. No podía entender el interés de Jelme en esos rituales sin sentido, pero nunca había expresado sus pensamientos en voz alta. Se prometió a sí mismo que cuando él gobernara la nación mongola no permitiría tantas pretensiones. La comida no debería ser algo en lo que demorarse, o que se preparara con mil sabores distintos. No era de extrañar que el pueblo Koryo hubiera estado tan cerca de ser conquistado. Les exigiría que hablaran una sola lengua y que comieran quizá no más de dos o tres platos diferentes, preparados con rapidez y sin tantos aspavientos. Eso dejaría más tiempo para el entrenamiento con las armas y el ejercicio para fortalecer el cuerpo.

Las divagaciones de Chagatai se detuvieron cuando Jelme habló por fin, aparentemente tras haber meditado cada palabra.

—Fue una suerte que los Kara-Kitai decidieran atacar a mis exploradores. En su destrucción, nuestras mutuas necesidades se unieron. Hablo ahora en nombre del gran khan, cuyos guerreros han salvado a tu país de un terrible enemigo. ¿Dónde está el tributo prometido por tus ministros?

Cuando escuchó la traducción, el cuerpo del rey se puso ligeramente rígido en su asiento. Chagatai se preguntó si aquel tonto se sentía insultado por las palabras de Jelme. A lo mejor se le había olvidado que el ejército estaba acampado en las afueras de la ciudad. A una sola orden de Jelme, prenderían fuego a las relucientes vigas que rodeaban la cabeza del rey. De hecho, para Chagatai seguía siendo un misterio por qué no habían ardido. Gengis los había enviado para poner a punto sus habilidades, ¿no? Chagatai comprendía lejanamente que había un arte en las negociaciones, que él todavía tenía que aprender. Jelme había intentado explicarle que era necesario tratar con las potencias extranjeras, pero Chagatai era incapaz de verlo. Un hombre era un enemigo o un amigo. Si era un enemigo, podían arrebatarse todo lo que poseía. Chagatai sonrió mientras contemplaba la idea. Un khan no necesitaba amigos, sólo sirvientes.

Una vez más, se perdió en ensoñaciones sobre cómo gobernaría a su pueblo. Las tribus nunca aceptarían a Jochi, su hermano, si es que era siquiera hijo del khan. Chagatai había contribuido a propagar el rumor de que Jochi era el fruto de una violación, acaecida hacía muchos años. Con su trato distante hacia el chico, Gengis había permitido que los cuchicheos desarrollaran hondas raíces. Chagatai sonrió para sí al recordarlo y dejó que su mano resbalara hasta la empuñadura de su espada. Su padre se la había entregado a él en vez de a Jochi, un acero que había sido testigo del nacimiento de una nación. En lo más íntimo de su corazón, Chagatai sabía que nunca prestaría juramento de lealtad ante Jochi.

Uno de los ministros del rey se inclinó hacia el trono para intercambiar unas palabras, en susurros. La conversación se prolongó lo bastante como para que las filas de cortesanos languidecieran visiblemente en sus ropajes y joyas, pero, por fin, el ministro se retiró. El rey habló de nuevo, y sus palabras fueron traducidas con fluidez.

—Espero que nuestros honorables aliados acepten varios regalos como símbolo de una nueva amistad, como hemos hablado —dijo el rey—. Se han preparado cien

mil láminas de papel aceitado para vosotros, el trabajo de muchas lunas. —La muchedumbre de nobles de Koryo murmuró al oír aquellas palabras, aunque Chagatai no lograba imaginar por qué el papel podría considerarse tan valioso—. Se han tejido diez mil prendas de seda y se ha añadido el mismo peso en jade y plata. Se han traído doscientos mil kwan de hierro y la misma cantidad de bronce de nuestras minas y del gremio de los trabajadores del metal. De mis propios almacenes, se han tomado sesenta mil pieles de tigre y se han envuelto en seda para disponerlas para vuestro viaje. Por último, ochocientos carros de roble y haya componen el regalo de la dinastía Wang, como agradecimiento por la victoria que habéis obtenido para el pueblo de Koryo. Ahora, id en paz y honor y contad siempre con nosotros como aliados.

Jelme asintió con fría formalidad cuando el traductor terminó.

—Acepto vuestro tributo, majestad.

Un ligero rubor había aparecido en su cuello. Chagatai se preguntó si el general ignoraría el intento del rey de mantener las apariencias. El tributo se entregaba a los conquistadores y Jelme permaneció en silencio largo tiempo mientras consideraba las palabras del rey. Cuando volvió a hablar, su voz era firme.

—Sólo pido que añadáis seiscientos jóvenes de entre doce y dieciséis años de edad. Los entrenaré en las habilidades de mi pueblo y vivirán muchas batallas con gran honor.

Chagatai se esforzó en no mostrar su aprobación. Que se atragantaran con esa matización, con toda su palabrería sobre regalos y honorables aliados. La demanda de Jelme había revelado el auténtico equilibrio de poder en la estancia y los cortesanos estaban visiblemente consternados. El silencio se extendió por la sala y Chagatai observó con interés cómo el ministro del rey se inclinaba una vez más hacia el rey. Vio cómo los nudillos del rey se ponían blancos al aumentar la fuerza con la que se agarraba a los apoyabrazos. Chagatai estaba cansado de sus gestos cara a la galería. Hasta las mujeres de suaves miembros acomodadas a los pies del rey habían perdido su encanto. Quería salir al aire fresco y quizá bañarse en el río antes de que el sol perdiera su calor.

Sin embargo, Jelme no movió ni un músculo y su mirada desafiante pareció poner nerviosos a los hombres que le rodeaban. Sus rápidas miradas carecían de efecto sobre los silenciosos guerreros, que esperaban de pie un resultado seguro. La ciudad de Songdo tenía menos de sesenta mil habitantes y un ejército de no más de tres mil. El rey podía darse todos los aires que quisiera, pero Chagatai conocía la verdad de la situación. Cuando por fin llegó la respuesta, no hubo sorpresas.

—Nos sentimos honrados de que aceptéis tantos jóvenes a vuestro servicio, general —dijo el rey.

Su expresión era amarga, pero Jelme miró al intérprete, que recitaba nuevas expresiones de buena voluntad que Chagatai no escuchó. Su padre había mandado a Jelme regresar a casa tras tres años de explorar el este. Sería estupendo ver las

montañas de nuevo y Chagatai apenas podía contener su impaciencia al pensarlo. Jelme parecía pensar que ese papel era importante, aunque Chagatai dudaba de que Gengis lo valorara. En eso, al menos, su padre era predecible. Era una suerte que Jelme hubiera exigido la seda y las maderas duras. Eran cosas que valía la pena poseer.

Sin una señal evidente, la campana sonó de nuevo en el patio exterior, concluyendo la audiencia. Chagatai observó a las siervas mientras preparaban a su amo para que se pusiera en pie y salían tras él cuando se marchó. Suspiró cuando la habitación se relajó ligeramente a su alrededor, disfrutando de poder rascarse la axila una vez más. Casa. Jochi regresaría también, con Tsubodai. Chagatai se preguntó cuánto habría cambiado su hermano en tres años. A los diecisiete años, habría crecido del todo y seguro que Tsubodai le habría entrenado bien. Chagatai se cogió el cuello entre las manos y lo hizo crujir, entusiasmado ante la perspectiva de los retos que le aguardaban.

En la mitad meridional de las tierras Chin, los guerreros del tercer ejército de Gengis estaban bebiendo hasta perder el sentido. A sus espaldas, los ciudadanos de Kaifeng esperaban detrás de sus altos muros y puertas, perdida ya toda esperanza. Algunos de los Chin habían acompañado al propio emperador cuando se había trasladado al sur desde Yenking tres años antes. Habían visto el humo en el cielo del norte mientras su ciudad ardía. Durante un tiempo, creyeron que los mongoles les habían pasado por alto, pero entonces el ejército de Khasar fue a por ellos, dejando marcas de destrucción en la tierra al avanzar, como un hierro al rojo las deja en la carne.

Kaifeng era una ciudad sin ley, incluso en las calles del corazón de la ciudad. Aquéllos que contaban con guardias armados podían escalar los muros y observar el ejército de sitio. Lo que vieron no les consoló ni les dio esperanzas. Para los Chin, incluso la naturaleza informal del asedio de Khasar era un insulto.

Ese día, el hermano del gran khan se estaba divirtiendo con una competición de lucha entre sus hombres. La disposición de las numerosas gers de Khasar carecía de un patrón claro y sus vastos rebaños de animales vagaban sin rumbo por la llanura, importunados en raras ocasiones por los largos látigos de los pastores. Los mongoles, más que cercar Kaifeng, lo que habían hecho era acampar allí. Para los Chin, que los odiaban y temían, era mortificante ver cómo el enemigo disfrutaba con sus juegos y deportes, mientras Kaifeng empezaba a pasar hambre. Aunque los Chin no eran ajenos a la crueldad, los mongoles eran más insensibles de lo que podían comprender. Al ejército de Khasar no le importaba en absoluto el sufrimiento de los habitantes de Kaifeng y sólo pensaban en ellos como la molestia que retrasaba la caída de la ciudad. Llevaban allí tres meses y mostraban una terrible paciencia sin límites.

La ciudad imperial de Yenking había caído ante esos primitivos jinetes. Sus grandes ejércitos no los habían detenido. Con ese precedente, nadie en Kaifeng tenía

verdaderas esperanzas. Las calles estaban gobernadas por bandas despiadadas y sólo los fuertes se atrevían a salir de sus casas. La comida era distribuida desde el almacén central, pero había días en los que no tenían nada. Nadie podía saber si la comida se estaba acabando o si la habían robado por el camino.

En el campamento, Khasar se puso en pie, rugiendo de emoción con Ho Sa cuando el luchador conocido como Baagbai, el Oso, alzó a su oponente por encima de la cabeza. Al principio, el perdedor se debatió, pero Baagbai se mantuvo inamovible, sonriendo como un niño tonto a su general. Las apuestas disminuyeron hasta que sólo se hizo alguna que otra y después nada. El hombre que sostenía en alto estaba tan destrozado y exhausto que sólo podía tirar débilmente de las cuadradas yemas de los dedos de Baagbai.

Khasar había hallado al luchador entre sus reclutas Chin, y lo había apartado de inmediato de los demás por su tamaño y su fuerza. Esperaba que ese gigantesco idiota retara a uno de los campeones en casa. Si había juzgado bien las apuestas, podía desplumar a unos cuantos hombres en un enfrentamiento, a su hermano Temuge entre ellos.

Baagbai aguardaba impasible la orden de Khasar. Pocos hombres podrían haber soportado el peso de un guerrero adulto durante tanto tiempo y el rostro de Baagbai se tornó rosado y reluciente de sudor.

La mirada fija de Khasar atravesó al corpulento luchador y sus pensamientos regresaron al mensaje de Gengis. El explorador que su hermano había enviado seguía estando donde Khasar lo había situado unas horas antes. Las moscas estaban absorbiendo la sal de la piel del explorador, pero el joven no osaba moverse.

El buen humor de Khasar se desvaneció e hizo un gesto irritado a su campeón de lucha.

—Pártelo en dos —exclamó.

La muchedumbre ahogó un grito mientras Baagbai, de repente, se apoyaba sobre una rodilla y dejaba caer a su oponente sobre el muslo extendido. El crujido de la columna vertebral al romperse resonó en el claro y todos los hombres bramaron e intercambiaron los vales de las apuestas. Baagbai los miró esbozando una sonrisa desdentada. Khasar retiró la vista mientras el lisiado era degollado con un tajo en la garganta. Era un gesto compasivo no dejarle vivo a merced de los perros y las ratas.

Notando que sus pensamientos se oscurecían, Khasar hizo una seña ordenando el inicio del siguiente combate y un odre de airag negro: cualquier cosa para distraerse de su melancolía. Si hubiera sabido que Gengis iba a llamar a los ejércitos, habría aprovechado mejor el tiempo en su invasión de las tierras Chin. Con Ho Sa y Ogedai, el hijo de Gengis, había pasado años de ocio quemando ciudades y ejecutando a sus habitantes, aproximándose cada vez más al lugar donde el emperador niño se había refugiado. Había sido una época muy feliz para él.

Khasar no era un hombre dado a pensar demasiado en sí mismo, pero había llegado a disfrutar de estar al mando. Para hombres como Gengis, era algo natural.

Khasar no podía imaginar a Gengis permitiendo que nadie le guiara hacia una letrina, no digamos hacia una batalla. Para Khasar, su adaptación al liderazgo se había producido lentamente, la necesidad había crecido como el musgo. Durante tres años, no había hablado con ninguno de sus hermanos, Gengis, Kachiun o Temuge. Sus guerreros habían esperado que supiera hacia dónde debían dirigirse y qué hacer una vez llegaran. Al principio, a Khasar le había resultado agotador, igual que un perro guía aguanta sólo un tiempo a la cabeza de la jauría. Eso lo sabía bien, pero había descubierto otra verdad: que ser el líder era tan emocionante como agotador. Los errores que cometía eran sus errores, pero también el triunfo era suyo. A medida que transcurrían las estaciones, Khasar había ido cambiando sutilmente y no deseaba regresar al hogar. Mientras aguardaba a que cayera Kaifeng, era el padre de diez mil hijos.

Miró a su alrededor a los hombres que le habían acompañado tan lejos de casa. Su lugarteniente, Samuka, estaba tan serio como siempre, y observaba la lucha con un distante gesto de diversión. Ogedai, pequeño al lado de los guerreros, gritaba y sudaba a causa de la bebida. Khasar recorrió al muchacho con la mirada, preguntándose cómo se tomaría la noticia de que debían volver. A la edad de Ogedai, todo era nuevo y emocionante y Khasar pensó que se alegraría. Su humor se agrió más todavía mientras estudiaba a sus hombres. Cada uno de ellos había demostrado su valía. Habían capturado millares de mujeres, caballos, monedas y armas, tantos que catalogarlos llevaría toda una vida. Khasar exhaló un largo suspiro. Sin embargo, Gengis era el gran khan y a Khasar le resultaba tan inimaginable rebelarse contra su hermano mayor como que le salieran alas y sobrepasara volando los muros de Kaifeng.

Ho Sa pareció percibir el desánimo del general y le tendió un odre de airag negro en medio del creciente ruido del combate de lucha. Khasar sonrió con tensión, sin placer. Junto con Samuka, Ho Sa también había oído el mensaje del explorador. El día estaba arruinado y ambos hombres lo sabían.

En otro tiempo, el oficial Xi Xia se habría estremecido al pensar en beber con los piojosos guerreros de las tribus, Antes de que llegaran los mongoles, Ho Sa había vivido una vida de sencilla austeridad, orgulloso de su lugar en el ejército del rey. Se había despertado cada amanecer para hacer una hora de ejercicio antes de bañarse, para luego comenzar el día con un té negro y un trozo de pan untado en miel. La existencia de Ho Sa había sido casi perfecta y, en ocasiones, la añoraba, aunque a la vez le horrorizaba lo rutinaria que era.

En noches muy oscuras, cuando todas las pretensiones humanas quedaban al descubierto, Ho Sa sabía que había encontrado un lugar y una vida que nunca habría disfrutado entre los Xi Xia. Había ascendido hasta ocupar el tercer puesto en el mando de un ejército mongol y hombres como Khasar le confiaban sus vidas. Las picaduras de pulgas y piojos eran un pequeño precio a cambio de eso. Siguiendo la oscura mirada de Khasar, Ho Sa, borracho, también observaba Kaifeng con el ceño



fruncido. Si todo lo que un emperador sabía hacer era encogerse asustado tras altas murallas, entonces no era un emperador, por lo que a Ho Sa respectaba. Tomó otro trago del claro airag e hizo una mueca al sentir el escozor del líquido pasando por un corte en sus encías.

A veces, Ho Sa echaba de menos la paz y las rutinas de su antigua vida, pero sabía que continuaban existiendo en algún lugar. Ese pensamiento le confortaba cuando se sentía cansado o estaba herido. También le ayudaba saber que poseía una fortuna en oro y plata. Si algún día retornaba a casa, tendría esposas, esclavos y riqueza.

El segundo encuentro finalizó con un brazo roto y ambos hombres se inclinaron ante Khasar antes de que les permitiera marcharse para que curaran sus heridas. Las luchas celebradas ese día le costarían quizá una docena de heridos y unos cuantos muertos, pero merecía la pena para inspirar a los demás. No estaba tratando con unas delicadas jovencitas, al fin y al cabo.

Khasar miró con gesto adusto al explorador. Había sido el propio Khasar quien había tomado los solitarios fuertes que los mongoles utilizaban ahora como estaciones de paso para sus mensajeros. Se extendían en una línea ininterrumpida hasta los calcinados restos de Yenking, en el norte. Si Khasar se hubiera dado cuenta de que la nueva ruta comercial permitiría a Gengis enviar la orden de regreso con sólo dieciocho días de antelación, quizá no la hubiera creado. ¿Entendería su hermano que esperara un año más a que cayera la ciudad fortificada? Khasar le dio una patada a una piedra, sobresaltando al explorador que esperaba frente a él. Conocía la respuesta. Gengis esperaría que lo dejara todo y regresara, llevando al hijo del khan, Ogedai, con él. Era mortificante y Khasar clavó la mirada en Kaifeng como si pudiera derribar los muros sólo con su ira. Apenas atendió al tercer combate de lucha, aunque a la alcoholizada multitud que le rodeaba le estaba gustando mucho.

—Recita otra vez las órdenes —dijo de pronto Khasar. Los ensordecedores gritos de los guerreros le obligaron a repetir dos veces la frase para hacerse oír.

El explorador asintió con la cabeza, incapaz de comprender el estado de ánimo que había provocado su mensaje.

—Ven a casa y bebe airag negro con nuestro pueblo, hermano mío. En primavera, beberemos leche y sangre.

—¿Eso es todo? —exclamó Khasar con agresividad—. Dime qué cara tenía cuando te dije que partieras.

El explorador se movió incómodo en su sitio.

—Señor, el gran khan estaba hablando con sus hombres de confianza sobre sus planes. Tenían ante sí mapas sujetos con pesos de plomo, pero no oí nada de lo que dijeron antes de que el khan me hiciera llamar.

Ho Sa alzó la cabeza al escuchar esas palabras, con los ojos vidriosos por el alcohol.

—La leche y la sangre significan que planea una nueva guerra —dijo.

El ruido de la multitud disminuyó de repente ante sus palabras. Ogedai se había quedado totalmente inmóvil para escucharle. Incluso los luchadores se detuvieron, sin saber si debían continuar. Khasar parpadeó y luego se encogió de hombros. Le daba igual quién pudiera oírle.

—Si mi hermano ha sacado sus preciosos mapas, entonces es por eso. —Suspiró, ensimismado. Si Gengis supiera que su hermano estaba ante las murallas de Kaifeng, seguro que esperaría. El niño emperador se les había escapado en Yenking. La idea de que la corte imperial Chin viera cómo se marchaban los mongoles era casi insoportable.

—¿Ha llamado mi hermano a Tsubodai y a Jelme? —preguntó Khasar.

Nervioso bajo la mirada de todos, el mensajero tragó saliva.

—Yo no llevé esos mensajes, señor.

—Pero lo sabes. Los exploradores siempre lo saben. Dímelo o haré que te arranquen la lengua.

El joven mensajero se tragó sus dudas y habló con rapidez.

—Otros dos hombres partieron para decirles a los generales que regresaran junto al khan, señor. Eso es lo que he oído.

—¿Y los ejércitos que se quedaron en casa? ¿Están entrenándose y preparándose, o están a la espera?

—Les han ordenado que entrenen para librarse de la grasa del invierno, señor.

Khasar vio a Samuka sonreír y soltó una maldición entre dientes.

—Entonces se trata de una guerra. Regresa por el camino que yo mismo creé y dile a mi hermano: «Ya voy». Eso bastará.

—¿Debo decirle que estarás allí antes del final del verano, señor? —inquirió el explorador.

—Sí —contestó Khasar. Cuando el mensajero se alejó a toda velocidad, escupió en el suelo. Había conquistado todas las ciudades en un radio de cientos de kilómetros alrededor de Kaifeng, sembrando la destrucción en torno al emperador e interrumpiendo la entrada de sus suministros. Sin embargo, se marcharía justo cuando la victoria estaba asegurada. Vio que los ojos de Ogedai brillaban de emoción y Khasar tuvo que mirar hacia otro lado.

Se dio cuenta de que se alegraría de ver a sus hermanos de nuevo. Se preguntó despreocupadamente si Jelme o Tsubodai podrían igualar las riquezas que les había arrebatado a las ciudades Chin. Bosques enteros habían sido talados para construir suficientes carros para transportarlas todas. Incluso había reclutado hombres entre los Chin, de manera que ahora retornaba con un efectivo que superaba en dos mil hombres a aquél con el que partió. Suspiró otra vez. Lo que había deseado era llevarle a Gengis los huesos de un emperador. Los demás botines de guerra le daban exactamente igual.

### III

**G**engis dejó que su yegua corriera libre por la abierta llanura: a galope tendido, el cálido aire le golpeaba el rostro y hacía ondear en el viento sus largos y negros cabellos. Llevaba sólo una túnica ligera que dejaba los brazos al descubierto, revelando una tupida telaraña de blancas cicatrices. Los pantalones que se apretaban contra los flancos de la yegua estaban viejos y tenían el tono oscuro que daba la grasa de oveja, como las suaves botas que se apoyaban en los estribos. No llevaba espada, aunque una funda de arco de cuero descansaba sobre su muslo y un pequeño carcaj de caza se balanceaba sobre sus hombros, con la correa de cuero cruzándole el pecho.

El aire estaba ennegrecido por multitud de pájaros y se oía el ruido de sus alas cada vez que los halcones arremetían contra ellos y regresaban junto a sus amos con una presa en las garras. En una amplia distancia, tres mil guerreros habían formado un círculo y avanzaban cabalgando despacio y empujando hacia delante a todo ser vivo a su paso. No pasaría mucho tiempo antes de que el centro estuviera lleno de marmotas, ciervos, zorros, ratas, perros salvajes y otros mil animales pequeños. Gengis veía cómo sus dispares formas habían ido oscureciendo el terreno y sonrió anticipando la cacería que les esperaba. Un ciervo atravesó el círculo corcoveando aterrorizado y Gengis lo derribó con facilidad, clavándole una flecha en el pecho tras la pata delantera. El ciervo se desplomó, pataleando, y el khan se giró para comprobar si su hermano Kachiun había visto su disparo.

La cacería en círculo tenía poco de deporte, pero ayudaba a alimentar a las tribus cuando la carne estaba mermando. Con todo, Gengis disfrutaba con ella y concedía posiciones centrales a los hombres a los que deseaba honrar. Además de Kachiun, también estaba allí Arslan, el primer hombre que prestó juramento de lealtad ante él. El viejo espadero tenía sesenta años de edad y era delgado como un junco. Cabalgaba bien, aunque algo rígido, y Gengis vio cómo acababa con una paloma en el aire cuando el pájaro le sobrevoló.

El luchador Tolui cruzó al galope por su campo de visión, muy agachado sobre la silla, y tumbó a una marmota que, presa del pánico, pasaba como una centella por la hierba. De improviso, salió un lobo desde una zona de hierba más alta y el poni de Tolui dio un respingo que casi le desmonta. Gengis se echó a reír mientras el gigantesco guerrero se enderezaba con esfuerzo. Era un buen día y el círculo estaba a punto de cerrarse. Cien de sus más valiosos oficiales corrían de aquí para allá mientras el suelo se convertía en un sólido y oscuro río de animales. Había tantos amontonándose unos sobre otros que morían más aplastados por los cascos de los caballos que por las flechas de los guerreros. El círculo de jinetes se cerró hasta que estuvieron hombro con hombro y los hombres del medio vaciaron sus carcajes, disfrutando de la diversión.

Gengis divisó a un gato montés en el agolpamiento y hundió los talones en su

montura para ir tras él. Vio que Kachiun iba en la misma dirección y se alegró cuando su hermano viró dejándole a él el disparo. Ambos estaban al final de la treintena, eran hombres fuertes y extremadamente en forma. Cuando regresaran los ejércitos, llevarían a su nación a nuevos territorios y Gengis estaba deseoso y contento de emprender viaje.

Había regresado de la capital Chin cansado y atormentado por la enfermedad. Había tardado casi un año en recuperar la salud, pero la debilidad no era ahora más que un mal recuerdo. A medida que se aproximaba el final del verano, había ido volviendo a sentir su antigua fuerza y, con ella, el deseo de aplastar a aquéllos que se habían atrevido a matar a sus hombres. Quería que sus enemigos fueran orgullosos y fuertes, para que su venganza les hiciera caer desde más alto, con más violencia.

Gengis alargó la mano hacia otra flecha y, al notar que sus dedos se cerraban en el vacío, suspiró. Los niños y las niñas de los campamentos se precipitarían ahora sobre los animales con martillos y cuchillos para concluir la matanza y empezar a cocinar las presas para celebrar un gran banquete.

Los exploradores del khan habían informado de que los ejércitos de Khasar y Tsubodai estaban a sólo unos cuantos días de camino. Honraría a sus generales con vino de arroz y airag negro cuando volvieran. Gengis se preguntó cómo habrían crecido sus hijos en los años de separación. Era emocionante pensar en ir a la guerra con Chagatai y Ogedai, conquistar nuevas tierras para que ellos también pudieran ser khanes. Sabía que Jochi también volvería, pero ésa era una vieja herida y no se demoró en ella. Había disfrutado de unos años de paz con sus esposas y sus hijos pequeños, pero si el padre cielo tenía un propósito para él, sabía que no era pasar sus días tranquilamente mientras el mundo dormía.

Gengis se dirigió hasta Kachiun, que palmeaba a Arslan en el hombro. Entre ambos, el suelo estaba rojo de sangre y piel, y los muchachos pasaban como flechas, casi metiéndose bajo las pezuñas de los caballos, gritando y llamándose unos a otros, llenos de excitación.

—¿Vistéis el gato que tumbé? —preguntó Gengis a los dos hombres—. Era tan grande que tuve que utilizar dos flechas sólo para frenarlo.

—Fue un lance excelente —gritó Kachiun, con la cara brillante de sudor. Un niño flacucho se acercó demasiado a los estribos de Kachiun mientras éste hablaba y el guerrero se agachó para darle un coscorrón que le tiró al suelo para diversión de sus compañeros.

Arslan sonrió cuando el muchacho se levantó y lanzó una mirada airada al hermano del khan antes de alejarse a la carrera.

—Son tan jóvenes, esta nueva generación —dijo—. Yo casi ni me acuerdo de haber sido tan pequeño.

Gengis asintió. Los niños de las tribus nunca conocerían el temor de ser perseguidos que sufrieron sus hermanos y él mismo. Al escuchar sus risas y sus agudas voces, no podía dejar de admirarse de lo que había conseguido. Sólo unos

pocos pastores seguían vagando por los valles y montañas de su tierra natal. Había reunido al resto y los había convertido en una nación liderada por un solo hombre bajo el padre cielo. Tal vez ése fuera el motivo por el que anhelaba responder al desafío de las tribus del desierto. Un hombre sin enemigos se ablandaba y engordaba con rapidez y a una nación le iría mal si no tenía a alguien que vigilara con atención sus campamentos. Sonrió ante la idea. No había escasez de enemigos en el mundo y dio las gracias a los espíritus porque hubiera millones de ellos. No podía imaginar una forma mejor de pasar la vida. Los años que estaban por venir serían buenos.

Arslan volvió a hablar y la ligereza había abandonado su voz.

—Llevo muchos meses pensando, señor, que es hora de que renuncie a mi puesto de general. Me estoy haciendo demasiado viejo para soportar una campaña invernal y quizá demasiado cauteloso. Los hombres necesitan a alguien más joven que pueda arriesgarlo todo en una sola tirada de tabas.

—Todavía te quedan años —respondió Kachiun con igual seriedad.

Arslan meneó la cabeza, mirando a Gengis para ver cómo reaccionaba ante sus palabras.

—Es el momento. Esperaré a que regrese mi hijo Jelme, pero no deseo volver a abandonar mi patria. Es ante ti ante quien presté juramento, Gengis, y no lo romperé. Si dices que cabalgue contigo, cabalgaré hasta caerme. —Hablaba de la muerte. Ningún guerrero podría caerse de la silla mientras siguiera con vida. Arslan hizo una pausa para cerciorarse de que el khan comprendía su lealtad antes de proseguir—. Ningún hombre puede luchar eternamente. Me duelen las caderas y los hombros y se me entumecen las manos al primer roce del frío. Quizá sea por todos estos años de golpear el metal; no lo sé.

Gengis frunció la boca, arrimando la montura a su general para poder agarrarle por el hombro.

—Has estado conmigo desde los primeros días —dijo con suavidad—. Nadie ha servido con más honor que tú. Si quieres pasar tus últimos años en paz, te liberaré de tu juramento.

Arslan hizo una inclinación de cabeza, visiblemente aliviado.

—Gracias, mi señor khan. —Cuando alzó la vista, su rostro estaba enrojecido por la emoción—. Te conocí cuando estabas solo y acorralado. Vi grandeza en ti entonces cuando te entregué mi vida. Sabía que este día llegaría y he preparado al lugarteniente de mi tumán. Es decisión tuya, pero recomiendo a Zurgadai para sustituirme.

—Nadie podría sustituirte —dijo Gengis al instante—, pero honraré tu elección y tu sabiduría una última vez. Conozco a ese Zurgadai, al que llaman Jebe, la flecha.

—Como mandes. Le conociste por primera vez cuando te enfrentaste al clan Besud hace años. Mató a tu caballo —explicó Arslan haciendo una leve mueca.

Gengis soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Ya me parecía que conocía el nombre! Por todos los espíritus, sabía utilizar un arco. ¿Qué había, trescientos pasos? Me acuerdo de que casi me abro la cabeza.

—Se ha sosegado un poco, señor, pero no demasiado. Ha sido totalmente leal a ti desde que le perdonaste la vida aquel día.

Gengis asintió.

—Entonces, entrégale a él tu paitze de oro y luego invítale a mi tienda de consejos. Convertiremos el banquete en una celebración de tu vida. Los narradores cantarán tus alabanzas al padre cielo y todos los jóvenes guerreros sabrán que un gran hombre ha abandonado las filas. —Se quedó un momento pensativo mientras Arslan se sonrojaba, orgulloso—. Te daré mil caballos de mi propia manada y doce siervas para tu mujer. Enviaré a tres jóvenes para que sean tu guardia en la vejez. No estarás solo en tu retiro, general. Tendrás suficientes ovejas y cabras para ponerte gordo durante cien años.

Arslan desmontó y tocó con su frente el pie que Gengis apoyaba en el estribo.

—Es un gran honor para mí, mi señor, pero necesito muy poco. Con tu permiso, me llevaré a mi esposa y sólo un rebaño pequeño de cabras y caballos en edad de procrear. Juntos, encontraremos un lugar tranquilo junto a un arroyo y allí nos quedaremos. Ya no hay ladrones en las colinas y si por casualidad encontramos alguno, mi arco y mi espada seguirán respondiendo por mí. —Sonrió al muchacho que había visto convertirse en un conquistador de naciones—. Puede que construya una pequeña forja y haga una última espada para que me entierren con ella. Aún ahora oigo los sonidos del martillo en mi cabeza y estoy en paz.

Gengis notó que las lágrimas brotaban de sus ojos al mirar al hombre que había sido un segundo padre para él. Desmontó también y le dio a Arslan un rápido abrazo, haciendo que los niños que gritaban a su alrededor enmudecieran de repente.

—Es un buen sueño, viejo.

No había verde más profundo que el de las tierras que se extendían a ambos lados del río Orkhon. El propio río era ancho y claro. Tenía que serlo para proveer de sustento a doscientos mil hombres y mujeres, más el doble de esa cifra en caballos, cuando llegaron Khasar y Tsubodai con una diferencia de un día entre ellos. Bajo el liderazgo del khan, la nación había crecido y siempre había niños chillando en alguna parte. Desde que volvió de la capital Chin, Gengis había construido un campamento casi permanente junto al río, rechazando la llanura de Avraga. Ciertamente Avraga siempre sería un lugar sagrado por haber sido testigo del nacimiento de su nación, pero era una tierra seca y plana. En comparación, una catarata próxima transformaba las aguas del Orkhon en blanca espuma y los caballos y las ovejas podían beber hasta saciarse. Gengis había nadado multitud de veces en sus hondas pozas, recobrando su fuerza.

Khasar había sido el primero en llegar y abrazó a sus hermanos: Gengis, Kachiun, incluso a Temuge, que no era un guerrero, sino que coordinaba los campamentos y solucionaba las disputas entre familias. Khasar traía consigo a Ogedai. El chico apenas había cumplido los trece años, pero era musculoso y tenía largos miembros

que prometían que alcanzaría la altura de su padre. En los afilados rasgos de la cara de Ogedai, los hermanos podían ver un eco del muchacho que una vez los había mantenido con vida cuando habían sido desterrados y se habían quedado solos, a escasos bocados de morirse de hambre. Khasar aferró a Ogedai por la nuca y le empujó hacia su padre, mostrando lo orgulloso que estaba de él.

—Es muy hábil con el arco y la espada, hermano —aseguró Khasar, inclinando un odre de airag negro y dirigiendo un chorro del licor hacia su garganta.

Gengis oyó el grito encantado de su esposa Borte en la ger familiar y supo que su hijo estaría rodeado por mujeres en unos instantes.

—Has crecido, Ogedai —dijo, algo violento—. Esta noche me gustará escuchar todo sobre tus viajes. —Observó cómo Ogedai, cuyo rostro ocultaba cualquier emoción, hacía una inclinación formal.

Tres años eran mucho tiempo, pero a Gengis le complació el mozalbete guerrero que había regresado a su lado. Ogedai tenía sus mismos ojos amarillos y Gengis aprobó su tranquilidad y su calma. No las puso a prueba abrazándole, no ante tantos guerreros que tal vez un día seguirían a Ogedai en una carga.

—¿Tienes edad para beber, muchacho? —preguntó Gengis levantando un odre en la mano. Cuando su hijo asintió, se lo lanzó y Ogedai lo cogió con limpieza, abrumado con las imágenes y los sonidos de su pueblo, que le circundaban por todas partes. Cuando su madre se adelantó y le abrazó, se quedó tieso, tratando de demostrarle a su padre que ya no era un niño y no se desharía en sus brazos. Borte apenas pareció notarlo y sostuvo su cara en ambas manos, llorando al verle retornar sano y salvo.

—Déjalo tranquilo, Borte —murmuró Gengis junto a ella—. Es suficientemente mayor para luchar y cabalgar a mi lado. —Su esposa hizo caso omiso de sus palabras y Gengis suspiró, embargado por un humor apacible.

Gengis sintió una opresión en el pecho al ver a Tsubodai avanzar trotando hacia él a través de la abarrotada llanura, con Jochi junto a él. Ambos desmontaron y Gengis vio que Jochi caminaba con el paso ágil de un guerrero nato. Había crecido hasta ser un par de centímetros más alto que el khan, aunque sus ojos oscuros le seguían recordando a Gengis la posibilidad de que su padre no fuera él. Hasta entonces no había sabido cómo reaccionaría al encontrarse con Jochi, pero instintivamente Gengis se dirigió a Tsubodai, ignorándole.

—¿Los has llevado a todos ante ti, general? —dijo.

Tsubodai respondió riéndose entre dientes.

—He visto muchas cosas extrañas, mi señor khan. Habría llegado más lejos si no nos hubieras hecho volver. Es la guerra, ¿entonces?

Una sombra cruzó el rostro de Gengis, pero meneó la cabeza.

—Más tarde, Tsubodai, más tarde. Te daré algunos perros que azotar, pero Arslan deja su puesto de general y cuando llegue Jelme, celebraremos su vida.

Tsubodai se entristeció al oír las noticias.

—Le debo mucho, señor. Mi poeta es un hombre excelente. ¿Puedo ofrecer sus servicios?

Gengis sonrió.

—Para el general espadero, tengo docenas de poetas y narradores peleándose como perros por ese honor, pero tu hombre puede unírseles también.

Gengis notaba que la madre de Jochi le estaba observando mientras hablaba. Borte estaría esperando algún tipo de aceptación pública de su primogénito antes de darle la bienvenida al hogar ella también. Cuando cayó el silencio, Gengis se giró por fin hacia Jochi. Hacía mucho tiempo que en los campamentos ningún hombre se había atrevido a devolverle la mirada al khan de esa manera y Gengis sintió que su corazón se aceleraba, como si se enfrentase a un enemigo.

—Me alegra ver que estás sano y fuerte, padre —intervino Jochi, con una voz más grave de lo que Gengis esperaba—. Cuando me marché, todavía estabas debilitado por el veneno del asesino.

Gengis vio que la mano de Tsubodai se movía ligeramente, como si hubiera estado a punto de alzarla para advertir a Jochi. El general era más listo que Jochi, por lo visto. El joven guerrero se erguía orgulloso frente a él como si no fuera un mocoso nacido de una violación, apenas bienvenido en las gers de su familia.

Gengis se esforzó por contener su ira, muy consciente de la presencia silenciosa de su mujer.

—Parece que soy difícil de matar —dijo con suavidad—. Te doy la bienvenida a mi campamento, Jochi.

Su hijo permaneció inmóvil, aunque el hecho de que Gengis le concediera derechos de invitado como a cualquier guerrero era una provocación sutil. No le había dicho esas mismas palabras a Tsubodai o Khasar; no eran necesarias entre amigos.

—Me honras, mi señor khan —contestó Jochi, haciendo una inclinación de cabeza para que su padre no pudiera ver la furia de sus ojos.

Gengis asintió, considerando al joven mientras tomaba las manos de su madre con dulzura en las suyas y hacía una reverencia, con el rostro pálido y tenso. Los ojos de Borte se llenaron de lágrimas de alegría, pero había más compostura entre madre e hijo de la que había habido con Ogedai. En ese ambiente, no podía abrazar al joven y alto guerrero. Antes de que Gengis pudiera volver a hablar, Jochi se giró hacia su hermano menor y toda su rigidez se desvaneció de repente.

—Te he visto, hombrecito —dijo Jochi.

Ogedai esbozó una ancha sonrisa y se adelantó para darle a Jochi un puñetazo en el hombro, provocando un combate de lucha que terminó con su cabeza atrapada bajo la axila de Jochi. Gengis los observaba irritado, deseando decir algo más que pudiera arrebatarse a Jochi esa espontaneidad. En vez de eso, Jochi se llevó a Ogedai, que protestaba mientras su hermano le frotaba la cabeza con el puño. El khan, en realidad, no le había dado a su hijo permiso para retirarse y Gengis abrió la boca para hacer



que volviera.

—Tu hijo ha aprendido bien, señor —aseguró Tsubodai antes de que llegara a llamar a Jochi—. Ha comandado a mil hombres en batalla contra los guerreros de Rusia y los hombres le respetan.

Gengis frunció el ceño, sabiendo que el momento de hablar había pasado.

—¿No le has ascendido demasiado pronto? —preguntó.

Tal vez un hombre más débil se hubiera mostrado de acuerdo con él, pero Tsubodai meneó la cabeza de inmediato, leal al joven que había tenido a su cargo durante tres años.

—Aprendió muy deprisa lo que significa estar al mando, señor, que todos los hombres miren sólo hacia ti en busca de fuerza. Mi poeta ha escrito muchos versos sobre Jochi y los hombres hablan bien del hijo del khan. Sabe liderar. Para mí no hay elogio mejor.

Gengis lanzó una mirada fugaz hacia donde Jochi se reía con Ogedai. Juntos parecían más jóvenes, se parecían más a los niños que habían crecido en su tienda. Asintió a regañadientes, pero cuando volvió a hablar, las esperanzas de Tsubodai se desvanecieron.

—La mala sangre puede salir a la superficie en cualquier momento, general. En una carga, en una batalla, podría cambiar. Cuídate de no dejar tu vida en manos de ése.

Tsubodai no podía replicar al khan porque sería un insulto, aunque ardía en deseos de contradecir esa injusticia. Al final, su lucha fue interna e inclinó la cabeza.

—Jelme y Chagatai están sólo a tres días de camino —dijo Gengis, y su expresión se iluminó—. Entonces verás a un hijo mío, Tsubodai, y sabrás por qué estoy orgulloso de él. Iluminaremos la tierra con lámparas y comeremos y beberemos tanto que los hombres hablarán de ello durante años.

—Como desees, señor —respondió Tsubodai, ocultando su disgusto. A lo largo de tres años, había visto cómo Jochi se convertía en un hombre excelente, un hombre capaz de liderar ejércitos. Tsubodai no había encontrado ninguna debilidad en él y sabía que tenía talento para juzgar a las personas. Mientras seguía la mirada del khan hasta su hijo mayor, Tsubodai se entristeció por el dolor que Jochi debía de sentir. Ningún hombre debería jamás ser rechazado por su padre. Si Jochi llegaba a tener a todos los demás generales a sus pies y el desprecio de Gengis, únicamente sentiría ese desprecio. Cuando Gengis se alejó con Khasar y Kachiun, Tsubodai meneó la cabeza ligeramente antes de recomponer su expresión impasible y unirse a los otros hombres en los preparativos del festín. Jelme y Chagatai estaban llegando y Tsubodai no sentía ningún deseo de presenciar cómo Gengis elogiaba a su segundo hijo ante el primero.

## IV

**A**lgo arrancó a Jelme de un sueño profundo. En completa oscuridad, se incorporó escuchando con máxima atención. El agujero para el humo de la ger estaba cubierto y no podía ajustar su visión a la falta de luz. A su lado, una mujer Chin se revolvió y Jelme alargó la mano para tocarle la cara.

—No hables —susurró. Conocía los sonidos del campamento: el relincho de los ponis, las risas o los llantos nocturnos que le acunaban hasta dormirse. Conocía los sonidos que emitía su pueblo y el más mínimo cambio que se producía en ellos. Como en un perro salvaje, había una parte de él que nunca dormía del todo. Era demasiado veterano para desechar la consquilleante sensación de peligro achacándola a una pesadilla. En silencio, retiró las pieles que le cubrían, quedándose con el pecho desnudo, ataviado sólo con un viejo par de pantalones.

Era bajo y lejano, pero el sonido del caballo de un explorador era inconfundible. A medida que el ruido se iba extinguendo, Jelme se estiró para agarrar una espada que colgaba de la estaca central de la tienda. Se puso unas botas suaves, se echó un pesado abrigo por los hombros y se agachó para atravesar la puerta y salir a la noche.

El campamento ya estaba despertándose a su alrededor: los guerreros montaban entre murmullos, chasqueando la lengua para calmar a sus animales. Estaban apenas a un día a caballo de Gengis, y Jelme no tenía ni idea de quién podía estar tan loco como para arriesgar las patas de caballos tan valiosos haciéndoles cabalgar en la oscuridad. Una madriguera de marmota en el lugar equivocado podía quebrar una pata delantera. Jelme no podía imaginar que hubiera un enemigo en las desiertas llanuras, nadie que se atreviera a atacarle. Aun así, se prepararía. No le sorprenderían en su propio campamento.

Chagatai llegó corriendo hasta él a través de la oscura hierba, dejando ver con sus traspiés la cantidad de airag que había bebido la noche anterior. Cuando las luces se encendieron en torno a la tienda de Jelme, el joven hizo una mueca, pero el general no sentía compasión por él. Un guerrero siempre debía ser capaz de cabalgar e hizo caso omiso del amarillento rostro del hijo de Gengis.

—Toma cien hombres, Chagatai —exclamó con brusquedad, revelando su tensión—. Reconoce el terreno a ver si hay un enemigo, cualquier cosa. Alguien está ahí fuera esta noche.

El joven príncipe se alejó con rapidez, silbando ya para llamar a sus suboficiales. Jelme reunió a los hombres, organizándolos sin una sola vacilación. Los exploradores le habían dado tiempo y no pensaba desperdiciarlo. Las filas se formaron en la oscuridad y, de pronto, la noche se llenó de ruidos cuando todo hombre, mujer y niño empezó a preparar armas o a esconder suministros y a amarrar objetos a los carros. Guardias bien provistos de armas atravesaban en parejas el campamento buscando atacantes o ladrones.

Jelme estaba situado en el ojo del huracán, sintiendo el remolino de movimiento a

su alrededor. No había gritos de alarma, todavía no, aunque oyó el distante cuerno del explorador resonar una vez más. En la parpadeante y silbante luz de las lámparas de grasa de oveja, sus sirvientes trajeron a su caballo castrado favorito y él tomó el carcaj repleto que le entregaron.

Para cuando Jelme se adentró al trote en la oscuridad, su ejército estaba ya alerta y listo. Los primeros cinco mil guerreros cabalgaban a su lado, una fuerza de hombres con experiencia, que habían luchado en muchas batallas. A nadie le gustaba pelear en la oscuridad y, si tenían que cargar, morirían hombres y caballos. El frío, que Jelme notaba ahora por primera vez desde que se levantara, hizo que apretara con fuerza la mandíbula.

Gengis galopaba en la oscuridad, completamente borracho y tan ligero que sentía que los estribos le servían para impedirle salir volando. Como exigía la tradición, él había sido el encargado de comenzar todos los odres de airag y de tomar unas cuantas gotas por los espíritus que guardaban a su pueblo. Había escupido más de lo que había bebido en las hogueras del banquete y las llamaradas subsiguientes habían hecho que se tambaleara envuelto en humo dulce. A pesar de todo, una cantidad considerable había alcanzado su garganta y había perdido la cuenta del número de odres que había acabado tirando al suelo.

El festín había comenzado dos días antes. Gengis había dado oficialmente la bienvenida a sus hijos y sus generales honrándolos delante de su pueblo. Incluso el constante ceño de Jochi se había suavizado cuando aparecieron las grandes bandejas de carne procedente de la caza. También Khasar y Ogedai se habían abalanzado sobre los mejores pedazos con un grito de placer. Habían comido muchos manjares extraños en aquellos años pasados en países remotos, pero nadie de Koryo o de las tierras Chin podría haber servido una bandeja de cordero alimentado con la más verde hierba en las mesas de los rugientes guerreros. Esa carne había sido enterrada el invierno anterior y toda había permanecido allí hasta el regreso de los generales. Los ojos de Khasar se llenaron de lágrimas, aunque aseguraba que era por el amargor de la carne podrida y no por la nostalgia de aquella rara *delicatessen*. Nadie le creyó, pero tampoco importaba.

La intensidad del ruido y la disipación del banquete había ido *in crescendo*. Los guerreros más corpulentos merodeaban las gers, buscando mujeres. Las de la tribu estaban a salvo, pero ninguna veda protegía a las esclavas Chin o las cautivas rusas. Sus fuertes chillidos rasgaban la noche, casi ahogados por los tambores y los cuernos que retumbaban alrededor de las fogatas.

Se habían empezado a recitar poemas que tardarían un día entero en concluir. Algunos se cantaban al estilo antiguo: con dos tonos emitidos por la misma garganta. Otros, compitiendo con el caos reinante, eran leídos en voz alta para los que quisieran escuchar. Las hogueras en torno a Gengis fueron llenándose de más y más gente a

medida que la primera noche se convirtió en día.

Khasar no se había acostado ni siquiera entonces, pensó Gengis, buscando la sombra de su hermano en la oscuridad. Cuando finalizó el segundo día, Gengis había visto cómo los poetas se guardaban sus baladas para Arslan, aguardando a que llegara el hijo del general. Había sido en aquel momento cuando Gengis rellenó la taza de Arslan personalmente.

—Chagatai y Jelme están sólo a una breve cabalgata de aquí, Arslan —le había dicho por encima de los rasgueos y acordes de los instrumentos de viento y cuerda—. ¿Vienes conmigo al encuentro de nuestros hijos?

Arslan había sonreído, borracho, y había asentido al instante.

—Me llevaré a los poetas para escuchar historias sobre ti, viejo —le dijo Gengis, arrastrando las palabras. Era una magnífica idea y, con una sensación cálida en el pecho, convocó a su consejo de generales. Tsubodai y Jochi habían pedido sus caballos, mientras Khasar y Ogedai llegaban tambaleándose. Ogedai tenía un tono ligeramente verduoso, pero Gengis no había tenido en cuenta el ácido olor a vómito que desprendía su hijo.

Fue Kachiun quien había traído la yegua gris del khan, un animal excelente.

—¡Es una locura, hermano! —exclamó Kachiun con alegría—. ¿Quién se lanza a cabalgar por la noche? Alguno se caerá.

Gengis señaló con un ademán la oscuridad y luego a sus compañeros.

—¡No tenemos miedo! —había declarado y los ebrios hombres que le rodeaban le habían vitoreado al oírle—. Tengo a mi familia y a mis generales. Tengo al espadero Arslan y a Tsubodai el Valiente.

Que el suelo nos tenga miedo a nosotros si nos caemos. ¡Lo abriremos en dos con nuestras duras cabezas! ¿Estáis listos?

—¡Haré todo lo que tú hagas, hermano! —había contestado Kachiun, contagiándose del alocado estado de ánimo. Ambos hombres se situaron al trote a la cabeza de la pequeña columna, que fue creciendo a medida que más guerreros se le unían. El chamán, Kokchu, estaba allí, uno de los pocos que parecía sobrio. Gengis había buscado al último de sus hermanos, Temuge, y le vio de pie, meneando su redonda cabeza con gesto desaprobador. No importaba, pensó Gengis. Ese inútil berzotas nunca había aprendido a montar.

Había mirado en torno suyo, a su familia, comprobando que todos llevaban odres llenos de airag y vino de arroz. Era fundamental cerciorarse de que no se quedarían sin reservas. Una docena de poetas se unieron a ellos, con los rostros brillantes de emoción. Uno de ellos había empezado ya a declamar unos versos y Gengis se sintió tentado de darle una patada a su poni y dejarle atrás.

Las estrellas iluminaban suavemente la noche, permitiéndole ver a sus hijos, hermanos y generales. Por un momento, se rió entre dientes imaginándose que algún pobre ladrón se topara con ese grupo de expertos asesinos.

—Le daré una yegua blanca a cualquier hombre que llegue antes que yo al

campamento de Jelme y de mi hijo Chagatai —había hecho una pausa de un segundo para que los guerreros asimilaran sus palabras y observar las salvajes sonrisas de sus hombres—. ¡Cabalgad a toda velocidad, si os atrevéis! —había bramado entonces, hincando sus talones en los flancos de su yegua y poniéndola al galope instantáneamente a través del campamento. Los otros, casi tan rápidos como Gengis, salieron tras él dando gritos. Unos dos mil hombres habían seguido al khan hacia la profunda oscuridad, todos los que tenían a sus monturas cerca cuando el khan se encaramó a la suya. Ninguno de ellos vaciló, aunque el terreno era duro y caerse era arrojar una vida al aire y no saber si volvería a bajar.

Cabalgar a toda velocidad a través del negro suelo ayudó a Gengis a despejarse un poco, aunque un dolor había empezado a martillearle tras el ojo izquierdo. Recordó que había un río en alguna parte, allí cerca. La idea de sumergir la cabeza en el agua helada era muy tentadora.

Súbitamente, su ánimo alegre se hizo pedazos: percibió un movimiento en su flanco, en la oscuridad. Por un instante, se preguntó si había arriesgado su vida, sin estandartes, tambores, ni ninguna otra cosa que le identificara como khan. Después, hincó los talones en su montura y aulló como un loco. Tenían que ser los hombres de Jelme colocándose en formación de cuerno a ambos lados de su grupo. Cabalgó como alma que lleva el diablo hacia el centro de la línea, donde sabía que encontraría a su general.

Khasar y Kachiun le seguían muy cerca y, a continuación, Gengis vio pasar a Jochi, tumbado sobre la silla y espoleando a su montura para animarla a avanzar más deprisa.

Juntos, la punta de lanza de la desordenada columna, se lanzaron hacia las líneas de Jelme, adelantando al khan. Dos cayeron cuando sus caballos chocaron contra obstáculos invisibles. Otros hombres, incapaces de frenar, se estrellaron contra los guerreros y ponis que habían quedado despatarrados en la oscuridad. Otros tres animales se rompieron una pata y sus jinetes fueron arrojados al suelo. Algunos hombres se pusieron en pie tambaleándose y riéndose, indemnes, mientras que otros no se levantarían nunca más. Gengis era ajeno a todo eso, demasiado concentrado en la amenaza de los hombres de Jelme y en alcanzar a su veloz hijo.

Jochi no había alertado con un grito a las líneas de Jelme, de modo que Gengis tampoco podía hacerlo. Si su hijo elegía penetrar directamente hasta el fondo de las gargantas de hombres nerviosos con arcos en ristre, todo lo que Gengis podía hacer era tragarse el repentino frío que le había quitado de un tirón la borrachera. Todo cuanto podía hacer era cabalgar.

Jelme escudriñó la negra noche, con sus hombres preparados en los flancos. Aquellos guerreros que montaban como salvajes en la oscuridad estaban casi encima de ellos. Había extendido dos alas de hombres envolviendo a su columna, de modo

que se dirigían hacia el fondo de una copa. A pesar de que apenas podían ver más que una negra masa bajo la luz de las estrellas, en un segundo podía hacer que el aire se llenara de flechas.

Vaciló. Tenía que ser Gengis, cabalgando a la cabeza. ¿Quién si no podía ser tan temerario? Sin embargo, no se había oído ningún grito de aviso. Jelme sabía que no dejaría que un enemigo se estrellara contra sus mejores hombres. Antes de eso, enviaría un diluvio de flechas contra ellos.

Entornó los ojos, girando la cabeza a izquierda y a derecha para distinguir con claridad las móviles sombras. ¿Podía ser el khan? Habría jurado haber oído a alguien cantar en la columna que estaba cargando contra él. En la oscuridad, sólo él estaba iluminado por la luz de una antorcha, para ser visto. Alzó un brazo y a lo largo de las líneas miles de arcos se tendieron a la vez.

—¡Preparados! —bramó Jelme, tan fuerte como pudo. Sentía cómo el viento enfriaba el sudor en su cara, pero no tenía miedo. No había nadie a quien preguntar, nadie que le dijera qué debía hacer. La decisión era sólo suya. Jelme echó una última ojeada a los jinetes negros que se aproximaban y esbozó una pequeña sonrisa, meneando la cabeza como si tuviera un tic nervioso. Era imposible saber.

—¡Bajad las armas! —rugió de pronto— Dejadles pasar. Ampliad la formación.

Sus oficiales repitieron las órdenes a lo largo de las filas. Jelme sólo podía esperar a ver si los jinetes se detendrían o golpearían sus líneas, iniciando una masacre. Observó las borrosas sombras llegar a cien pasos de él, en pleno centro de la copa que formaban las alas. Cincuenta pasos y todavía seguían a su líder, que los conducía directamente hacia la destrucción.

Jelme vio que unos cuantos jinetes aflojaban la marcha y desde las alas algunos de sus hombres saludaban al reconocer las voces de amigos y familiares. Jelme se relajó, agradeciendo al padre cielo que su instinto hubiera sido correcto. Se volvió hacia el frente y se quedó con la boca abierta al ver que la apretada fila frontal chocaba contra sus guerreros con un estruendo que hería los oídos. Varios caballos y jinetes cayeron y, de repente, todas las manos aferraron una espada o un arco una vez más.

—¡Antorchas! ¡Traed antorchas, aquí! —gritó Jelme. Los esclavos corrieron hacia las filas para iluminar la escena de hombres gimiendo y bestias pataleando despatarradas.

Jelme reconoció a Gengis en el centro de la melé y palideció ligeramente, preguntándose si el khan pediría su cabeza. ¿Debería haberse retirado o haber abierto un camino para ellos entre sus tropas? Exhaló un lento suspiro mientras Gengis abría los ojos y maldecía, sentándose con esfuerzo. Jelme indicó con un gesto a dos guerreros que ayudaran al khan a ponerse en pie, pero éste apartó de él sus manos.

—¿Dónde estás, general? —exclamó Gengis, sacudiendo la cabeza. Jelme se adelantó, tragando saliva cuando vio que Gengis se tocaba la mandíbula y se dejaba un rastro de sangre junto a la boca.

—Estoy aquí, mi señor khan —dijo, enderezándose tanto que le dolía. No se atrevía a mirar a los demás hombres que seguían tendidos y quejándose, aunque reconoció la airada voz de Khasar, que intentaba quitarse a un hombre inconsciente de encima.

Gengis se giró hacia Jelme y, por fin, su mirada se enfocó.

—Notarás, general, que ningún otro hombre ha llegado a tus líneas antes que yo...

Jelme parpadeó.

—Eso creo, mi señor khan —contestó.

Gengis se volvió hacia los hombres que estaban tras él, asintiendo con una expresión satisfecha en su rostro aún aturdido.

—La noche acaba de empezar y ya me duele la cabeza.

Gengis esbozó una ancha sonrisa y Jelme vio que se había roto un diente en el lado derecho de la cara. Observó cómo Gengis escupía sangre en la hierba y fulminaba con la mirada a un guerrero cercano que se echó para atrás visiblemente.

—Enciende hogueras, Jelme. Tu padre está por algún lado, aquí cerca, aunque no ha sido tan rápido como yo, ni mucho menos. Si Arslan sigue vivo, brindaremos por su vida con vino de arroz y airag y lo que puedas ofrecernos para comer.

—Te doy la bienvenida a mi campamento, mi señor khan —anunció Jelme, formalmente. Al notar el humor que reinaba entre los hombres que habían cabalgado hasta él, empezó a sonreír. Incluso su padre se reía entre dientes, incrédulo, mientras se incorporaba y se apoyaba en un estoico joven guerrero.

—Así que no frenaste, ¿eh? —le susurró, con humor, Jelme a su padre.

Arslan se encogió de hombros, meneando la cabeza, y los ojos se le encendieron al recordar la escena.

—¿Quién podía parar? Él nos arrastra a todos.

Los diez mil de Jelme continuaron el festín en aquel desierto terreno. Hasta los niños más pequeños fueron despertados para que vieran al gran khan, que recorría a grandes zancadas el campamento. Gengis se preocupó de poner la mano en las cabezas de los pequeños, pero estaba distraído e impaciente. Había oído el sonido de los cuernos llamando a los jinetes de los flancos y sabía que Chagatai se estaba acercando. No podía censurar a Jelme que se dedicara a los preparativos, pero él quería ver a su hijo.

Los sirvientes de Jelme trajeron vino y comida fría a los recién llegados mientras, con la mejor madera de Koryo, se construían y encendían enormes hogueras, que creaban zonas de oro y oscuridad en el campamento. La hierba húmeda estaba cubierta de pesadas sábanas de fieltro y lino. Cuando ocupó su lugar de honor, Gengis se sentó con las piernas cruzadas, con Arslan a la derecha. Kachiun, Khasar y Tsubodai se unieron a él delante de las rugientes llamas, y fueron pasándose un odre

de vino de arroz de mano en mano. A medida que el círculo se iba completando, Jochi se aseguró un lugar a la derecha de Khasar, de manera que Ogedai quedó más alejado en la fila. Los adultos no parecieron darse cuenta, aunque Jochi pensó que Kachiun lo había visto todo. El chamán, Kokchu, dio gracias al padre cielo por las conquistas de Jelme y las riquezas que había traído consigo. Jochi miraba cómo el chamán giraba y chillaba, arrojando gotas de airag a los vientos y los espíritus. Jochi notó que una le caía en la cara y resbalaba por su barbilla.

Cuando Kokchu regresó a su sitio, los músicos empezaron a hacer sonar sus ritmos por todo el campamento, como si los hubieran liberado. El golpe de los palos se hizo menos claro y algunas notas gimientes se mezclaron y giraron sobre sí mismas, yendo y viniendo a través de las llamas. Había hombres y mujeres que recitaban canciones y poemas a la luz de las fogatas, danzando hasta que el sudor salía salpicando de sus cuerpos. Los que habían llegado con Jelme estaban encantados de poder honrar al gran khan.

El rostro de Jochi ardía al calor del fuego, que se propagaba por extraños senderos aéreos desde un corazón de brasas anaranjadas. Desde su puesto, Jochi miraba con fijeza a los generales de su padre y por un momento, antes de retirar la vista, se encontró con los ojos de Kachiun. Incluso en ese breve contacto, había existido una cierta comunicación. Jochi no volvió a mirar, sabiendo que Kachiun le estaría mirando con agudo interés. Los ojos dejaban ver el alma y siempre eran la parte más difícil de disimular.

Cuando Chagatai entró a caballo, lo hizo acompañado por el aullido de su jagun de guerreros. Jelme se sintió satisfecho al ver que el ebrio aletargamiento de Chagatai se había desvanecido tras la cabalgada. Cuando bajó de un salto de su caballo, el segundo hijo de Gengis tenía un aspecto vital y fuerte.

Gengis se puso en pie para saludarle y los guerreros gritaron contentos cuando el padre tomó el brazo de su hijo y le palmeó en la espalda.

—Has crecido mucho, muchacho —dijo Gengis. Tenía los ojos vidriosos por la bebida y la cara hinchada y con manchas.

Chagatai hizo una profunda inclinación ante su padre, como un hijo perfecto. Mantuvo una actitud distante al estrechar manos y palmear los hombros de los guerreros de su padre. Para irritación de Jochi, su hermano caminaba bien, con la espalda derecha y sus blancos dientes relucían cuando reía y sonreía. A sus quince años, apenas tenía cicatrices en la piel más allá de las muñecas y los antebrazos, así como tampoco marcas de enfermedad. Gengis lo miraba con evidente orgullo. Cuando Jochi vio que Chagatai era invitado a sentarse en un puesto próximo a Gengis, se alegró de que una alta hoguera ocultara el rubor de la ira que le invadió. Chagatai había echado una fugaz mirada de frío reconocimiento hacia Jochi. No se había preocupado por encontrar unas palabras para su hermano mayor, aun después de tres años. El rostro de Jochi se mantuvo calmado, pero se asombró al notar cómo la furia se encendía en él con sólo una mirada. Por unos segundos, todo cuanto deseó



era poder atravesar por entre aquellos idiotas borrachos y derribar a Chagatai de un puñetazo. Podía sentir su propia fuerza crecer en sus hombros mientras imaginaba el golpe. Sin embargo, con Tsubodai había aprendido a tener paciencia. Mientras Gengis llenaba la taza de Chagatai, Jochi permaneció sentado, soñando con matar y sonriendo con todos los demás.

## V

**A**l rayar el alba, el poeta de Tsubodai estaba relatando la historia de la Boca del Tejón, donde Arslan se había enfrentado al mayor ejército nunca visto por ningún hombre de su pueblo. Con Gengis y los generales observándole, el poeta fue más honesto de lo habitual al describir las proezas de Arslan. Todos habían actuado bien en el paso entre montañas que había antes de llegar a Yenking. Todos ellos recordaban aquellos días sangrientos, y en sus venas el orgullo y la admiración se mezclaban con el vino. Nadie más podría comprender jamás lo que había significado luchar juntos allí contra el imperio Chin... y verlo humillado. La Boca del Tejón había sido el útero que los había expulsado a un nuevo mundo, más fuertes y más peligrosos. Después se habían dirigido al este y Yenking había ardido.

El sol naciente hizo visibles a los miles de jinetes que atravesaban las tierras para llegar allí desde el campamento junto al río Orkhon, muchos de ellos con mujeres y niños encaramados a las sillas de sus monturas. Gengis era el khan y podía ir donde quisiera, pero todos querían escuchar las historias sobre Arslan. A medida que el sol fue ascendiendo en el cielo, cientos de gargantas fueron declamando poemas y relatos, una y otra vez hasta que los poetas y los chamanes se quedaron roncós.

Ni siquiera Gengis había sido consciente de que habría tantos que quisieran oír hablar de los primeros días, pero su pueblo escuchaba absorto las intervenciones, incluso aquéllos que bebían sin parar y se llenaban ambos carrillos con cordero grasiento y carne de cabra. Oyó contar de nuevo cómo Arslan le había rescatado de un pozo y parpadeó recordando con dolor nombres que había olvidado durante años. Arslan había sido el primer hombre que le prestó juramento de lealtad, el primero en prometerle caballos, gers, sal y sangre cuando Gengis no tenía nada más que a su madre y su hermana, un puñado de hermanos salvajes y un hambre feroz como compañeros. Había sido un inmenso acto de confianza y Gengis se sintió de nuevo conmovido al recordar los cambios que Arslan había generado y presenciado. Ése era el propósito del relatar la vida de un hombre, que todos aquéllos que la oyeran recordaran cuánto había significado para ellos y lo que había logrado a lo largo de sus intensos años de vida.

Los recitales se detuvieron para que las gargantas de los narradores pudieran reposar y prepararse para las actuaciones de la tarde. Para entonces ya era evidente que toda la nación mongola acabaría reuniéndose en aquel lugar.

No era el entorno en el que Gengis había deseado honrar a su primer general. El río estaba demasiado lejos, el pasto era escaso y el propio terreno era accidentado y seco. Sin embargo, era esa falta de permanencia lo que le hizo gruñir con satisfacción mientras orinaba en la tierra. Su pueblo no debía habituarse al confort, se dijo medio adormilado. Su dura existencia los mantenía más fuertes que los que vivían en las ciudades.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por los gritos y vítores que resonaron en

una zona próxima. Parecía que algunos guerreros se estaban agrupando alrededor de un lugar como un enjambre de abejas. Gengis parpadeó y vio a Chagatai subirse a un carro para dirigirse a ellos. El khan frunció el ceño cuando otro sonido acalló al gentío, un aullido, un áspero rugido, que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Gengis se llevó la mano a la empuñadura de la espada mientras avanzaba entre sus hombres, que se retiraban a su paso para evitar tocar al khan y perder una mano o la cabeza.

Sus generales se habían reunido en torno a una jaula de hierro que estaba colocada sobre un carro, pero Gengis no los miró a ellos ni a Chagatai, que se erguía con gesto de orgulloso propietario. El animal atrapado tras los barrotes era más grande que ningún otro felino que hubiera visto nunca y Gengis sólo podía menear la cabeza asombrado, cerrando un ojo para aliviar el dolor de su diente roto y de una punzante migraña. Para anestesiarse la zona, pidió más airag con un ademán y vertió un chorro de líquido en su garganta. Ni siquiera entonces sus ojos abandonaron a la bestia que caminaba arriba y abajo, enseñando sus curvados dientes en una exhibición de furia. Había oído hablar del tigre de rayas naranjas y negras, pero ver sus fauces y oír el golpe de su cola contra el suelo mientras se movía sin parar de un lado a otro de la jaula hizo que el corazón le batiese con fuerza. Había un desafío en aquella mirada amarilla que recorría a la fascinada muchedumbre.

—Decid, ¿no es un regalo digno de un khan? —dijo Chagatai.

Gengis sólo lo miró un segundo, pero Chagatai perdió parte de su petulancia con ese aviso. La multitud que los rodeaba había enmudecido mientras esperaba la reacción del khan. Jelme se hallaba visiblemente incómodo, y Gengis se volvió hacia él y asintió, apreciativo.

—Nunca he visto un animal así, general. ¿Cómo lo capturasteis?

—El tigre es un regalo para ti, señor, del rey de Koryo. Lo criaron desde cachorro, pero estas bestias no pueden ser domesticadas. Me han contado que derribaría incluso a un hombre a caballo y mataría tanto a la montura como a su jinete.

Gengis se situó muy cerca de los barrotes y miró al tigre a los ojos. Cuando sus miradas se encontraron, el animal saltó sin previo aviso y su peso sacudió la jaula al golpear los barrotes. Gengis estaba demasiado borracho para esquivarlo y sintió el desgarrador impacto de una zarpa en su brazo. Miró con vaga sorpresa la sangre que brotó de su manga rota. Una única garra le había alcanzado, hendiendo su carne profundamente.

—¡Qué velocidad! —exclamó maravillado—. He visto serpientes más lentas. ¡Y con ese tamaño! Puedo creerme la historia de que mataría a un hombre y a su caballo. Esas fauces podrían romper un cráneo. —Gengis se balanceaba ligeramente al hablar, pero nadie de los presentes mencionó la herida por temor a avergonzar a su khan.

—En Koryo, hay guerreros que cazan tigres —explicó Chagatai, con más humildad—, aunque trabajan en grupo y utilizan arcos, lanzas y redes. —Mientras

hablaba, la mirada de Chagatai tropezó con Jochi y su expresión se tornó pensativa. Su hermano mayor estaba tan fascinado por la bestia como el propio Gengis y estaba situado demasiado cerca de los barrotes—. Ten cuidado, Jochi —le advirtió Chagatai en voz alta—. Te herirá a ti también.

Jochi le lanzó una mirada hostil. Hubiera deseado contradecirle, pero no podía alardear de su velocidad con su padre allí, sangrando.

—¿Has cazado alguno de estos tigres en las tierras de Koryo? —preguntó Jochi.

Chagatai se encogió de hombros.

—No son comunes en las tierras próximas al palacio del rey. —Bajo la impasible mirada de Jochi, no pudo evitar continuar—: Habría participado en una cacería, si hubieran encontrado uno.

—Puede ser —dijo Jochi, frunciendo el ceño—. Aunque dudo que Jelme hubiera arriesgado la vida de un muchacho contra un monstruo así.

La cara de Chagatai se puso roja como la grana y algunos hombres se rieron entre dientes. Momentos antes, había dominado al gentío como un maestro de ceremonias. De algún modo, su padre y Jochi le habían robado ese momento, así que tenía que defender su orgullo. A los quince años de edad, estaba lleno de rencor y atacó sin reflexionar al único que se atrevía a desafiar.

—¿Crees que podrías enfrentarte a un tigre, Jochi? Apostaría una fortuna para ver algo así.

Jelme abrió la boca, pero la ira de Jochi saltó como un resorte y habló con precipitación.

—Pon tú las condiciones, hermano —contestó—. Consideraré la posibilidad de enseñarle a tu gato un poco de respeto. Al fin y al cabo ha derramado la sangre de mi padre.

—Esto es una estupidez de borrachos —exclamó Jelme.

—No, déjale que pruebe —respondió Chagatai con igual rapidez—. Apuesto cien carros de mi parte del tributo de Koryo. Marfil, metal, oro y madera. —Agitó la mano como si no importara nada—. Si matas al tigre, todo será tuyo.

—Y te arrodillarás ante mí, delante de todas las tribus —añadió Jochi.

La ira le consumía, haciéndole mostrarse imprudente. Sus ojos destellaban mientras miraba a Chagatai, pero el joven siguió burlándose de él.

—Para eso, tendrás que hacer algo más que matar a un tigre, hermano. Para eso tendrás que ser khan. Tal vez ni siquiera eso bastaría. La mano de Jochi se deslizó hasta el puño de su espada y la habría desenfundado si Jelme no hubiera puesto una mano en su muñeca.

—¿Vais a pelearos como unos niños delante de todo el campamento? ¿La noche que se honra a mi padre? El tigre es un regalo para el khan. Nadie más puede decidir qué debe hacerse con él. —Sus ojos estaban llenos de furia y Chagatai bajó la mirada, instantáneamente sumiso. Durante su entrenamiento, había soportado duros castigos y cáusticos sermones del general. El hábito de la obediencia estaba muy arraigado.

Por fin, habló Gengis, tras observar todo el intercambio de palabras.

—Acepto el regalo —dijo.

Sus ojos amarillos parecían del mismo color que los del felino que rugía a sus espaldas. Jochi y Chagatai inclinaron la cabeza para evitar que estallara la cólera del khan. Cuando estaba borracho, Gengis podía muy bien tirar a un hombre al suelo sólo por mirarle fijamente.

—Podríamos formar un círculo apretado de guerreros armados con espadas y lanzas apuntando hacia el centro —añadió Gengis, pensativo—. Un hombre podría enfrentarse a la bestia entonces, si así lo desea.

—Esos animales son más peligrosos que nada que yo haya visto —objetó Jelme, con la voz cargada de tensión—. Con mujeres y niños por todas partes... —Se sentía atrapado entre la necesidad de obedecer a su khan y la conciencia de la locura que Gengis parecía estar considerando.

—Llévate a las mujeres y a los niños, general —contestó Gengis, encogiéndose de hombros.

La instrucción militar de Jelme estaba demasiado interiorizada para discutir e inclinó la cabeza aceptando lo inevitable. Chagatai no se atrevía a mirar hacia él.

—Muy bien, señor. Podría hacer que mis hombres ataran varias tablas pesadas para hacer el círculo. Podríamos usar las catapultas para formar la estructura.

Gengis asintió, sin importarle cómo se solucionaban los problemas. Se volvió hacia Jochi, que asistía atónito a la escena que su rabia y su orgullo habían desencadenado. Incluso Chagatai parecía impresionado, pero Gengis estaba tomando todas las decisiones y todo cuanto podían hacer era mirar.

—Mata a esa bestia y quizá tu hermano doble la rodilla ante ti —dijo Gengis con suavidad—. Las tribus están observando, chico. ¿Verán a un khan en ti?

—O a un cadáver, o a ambos —respondió Jochi sin vacilar.

No podía echarse atrás, no con su padre y Chagatai esperando que lo hiciera. Alzó la mirada hacia el tigre, que aguardaba en su jaula, y supo que le mataría, pero, por algún motivo, no conseguía que le importara. Había cabalgado con la muerte antes, en las cargas de Tsubodai. Con diecisiete años, podía jugarse la vida y no darle demasiada importancia.

Respiró hondo y se encogió de hombros:

—Estoy listo.

—Entonces formad el círculo y colocad la jaula en su interior —ordenó Gengis.

Mientras Jelme daba instrucciones a sus hombres para que trajeran madera y cuerdas, Jochi le hizo señas a Chagatai para que se acercara. Todavía aturdido, el muchacho descendió ágilmente del carro, haciendo que se tambaleara y provocando un gruñido del tigre que les puso los nervios de punta.

—Necesitaré una buena espada si voy a enfrentarme a ese animal —sentenció Jochi—. La tuya.

Chagatai entornó los ojos, esforzándose por ocultar su triunfo. Jochi no podía

sobrevivir ante un tigre. Sabía que los habitantes de Koryo nunca los cazaban sin contar al menos con ocho hombres y, además, bien entrenados. Estaba mirando a los ojos de un muerto y no podía creerse su buena suerte. Con un impulso repentino, desató la espada que Gengis le había entregado tres años antes. Sintió la pérdida cuando su peso le abandonó, pero su corazón seguía henchido de gozo.

—La recuperaré cuando esa bestia te haya arrancado la cabeza —murmuró. Nadie más le oía.

—Quizá —respondió Jochi. No pudo evitar lanzar una mirada al animal. Chagatai se dio cuenta y se rió con ganas.

—Realmente es muy apropiado, Jochi. Nunca podría haber aceptado como khan a un bastardo hijo de una violación. —Se alejó, dejando a Jochi furioso, con la mirada clavada en la espalda de su hermano.

Cuando se puso el sol, el círculo tomó forma sobre las llanuras de hierba. Bajo la mirada vigilante de Jelme, una sólida construcción de roble y haya traídos desde Koryo, amarrada con gruesas cuerdas y reforzada en todos los puntos con las plataformas de las catapultas, se levantó ante él. Con un diámetro de cuarenta pasos, sin entrada ni escapatoria. Jochi tendría que trepar por las barricadas y abrir la jaula él mismo.

Mientras Jelme ordenaba que se encendieran antorchas alrededor del círculo, la nación entera se apiñaba luchando por situarse lo más cerca posible. Al principio, daba la impresión de que sólo los que pudieran subirse a las barricadas podrían ver algo, pero Gengis quería que el pueblo presenciara el reto, por lo que Jelme había colocado carros que funcionaban como plataformas en el círculo exterior y había elevado a la gente sobre pirámides de escaleras de pino, claveteadas toscamente entre sí. Se movían sobre las torres como hormigas y más de un idiota borracho se cayó sobre las cabezas de los de abajo, que formaban un pelotón tan apretado que no se veía el suelo.

Gengis y sus generales estaban situados en los mejores sitios y el khan los había arrastrado a otra sesión desenfadada de alcohol durante el tercer día de festejos. Habían brindado una y otra vez por Arslan, le habían honrado, pero para entonces todo el campamento sabía que uno de los hijos del khan se enfrentaría a una bestia extranjera y estaban excitados por la proximidad de la muerte. Temuge había llegado en el último carro venido del campamento junto al río Orkhon. Fue él quien se ocupó de recopilar la mayoría de las apuestas de los guerreros, aunque sólo sobre la duración de la lucha que estaba a punto de tener lugar. Nadie apostaba por la victoria de Jochi sobre el monstruo rayado que golpeaba con su cola la jaula y la recorría arriba y abajo, mirándolos fijamente a todos.

Cuando cayó la noche, la única luz en las llanuras era ese círculo, un ojo dorado rodeado por la palpitante masa de la nación mongola. Sin que nadie se lo hubiera

pedido, los niños tambores habían empezado a tocar los sones de la guerra. Por la tarde, Jochi se había retirado a la tienda del propio Jelme para descansar y ahora todos le aguardaban, lanzando miradas constantes hacia allí para captar la primera imagen del hijo del khan cuando saliera.

Jelme, de pie, miró al joven que estaba sentado en una cama baja con la espada de su padre apoyada de través en sus rodillas. Jochi vestía la pesada armadura que le había dado Tsubodai, cuyas escamas de hierro de un dedo de grosor le protegían desde el cuello hasta las rodillas. Había un fuerte olor a sudor ácido en la ger.

—Te están llamando —dijo Jelme.

—Les oigo —contestó Jochi, apretando la boca.

—No puedo decir que no hace falta que vayas. Tienes que ir. —Jelme comenzó a mover una mano hacia él, con la intención de posarla en el hombro del joven. En vez de eso, la dejó caer y suspiró—. Puedo decir que lo que vas a hacer es una estupidez. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría liberado a ese tigre en los bosques de Koryo.

—Ya está hecho —murmuró Jochi. Alzó la vista hacia el general de su padre con una mueca amarga en los labios—. Ahora sólo tengo que matar a ese enorme gato, ¿no?

Jelme esbozó una sonrisa triste. Fuera, el volumen del ruido de la multitud había subido y ahora podía oír cómo entonaban el nombre de Jochi. Sería un momento glorioso, pero Jelme sabía que el muchacho no podía sobrevivir. Mientras se construía el círculo y la jaula era bajada desde el carro, había estado estudiando al animal y había visto el flexible poder de sus músculos. Más rápido que un hombre y cuatro veces más pesado, sería un rival imposible de detener. Se quedó en silencio, con un mal presentimiento, cuando Jochi se puso en pie y empezó a calentar los músculos de los hombros. El primogénito del khan había heredado la asombrosa velocidad de su padre, pero eso no bastaría. El general vio cómo una enorme gota de sudor resbalaba por la cara de Jochi. Gengis no le había dado oportunidad de interpretar sus órdenes, pero seguía enfrentándose a su arraigado sentido de la obediencia. Jelme le había traído el tigre al khan. No podía enviar a un muchacho a la muerte sin más. Cuando por fin habló, su voz era apenas un murmullo.

—Estaré sobre las barricadas con un buen arco. Si caes, intenta aguantar y lo mataré.

Vio que al oírle, se encendía un destello de esperanza en los ojos del joven. Jelme recordó la única cacería que había visto en Koryo, cuando un tigre había recibido una flecha en el corazón y todavía había logrado destripar a un hombre experto en el manejo de la red.

—No puedes mostrar tu miedo —añadió Jelme con suavidad—. Pase lo que pase. Si vas a morir esta noche, muere bien. Por el honor de tu padre.

Como respuesta, Jochi lanzó una mirada furiosa al general.

—Si depende de mí para mantener su honor, es más débil de lo que pensaba — exclamó.

—Aun así, todos los hombres deben morir —continuó Jelme, haciendo caso omiso de su arrebato—. Podría ser esta noche, el año que viene o dentro de cuarenta años, cuando estés desdentado y sin fuerzas. Todo lo que puedes hacer es elegir cómo te comportas cuando llegue.

Durante un instante, en la cara de Jochi apareció una sonrisa.

—No estás haciendo que crezca mi confianza, general. Apreciaría esos cuarenta años.

Jelme se encogió de hombros, conmovido por la manera en que Jochi mostraba su coraje.

—Entonces debería decirte esto: mávalo y tu hermano se arrodillará ante ti delante de las tribus. Tu nombre será famoso y, cuando te vistas con su piel, todos los hombres te mirarán con admiración y respeto. ¿Eso está mejor?

—Sí, mucho mejor —respondió Jochi—. Si me mata, ten preparado tu arco. No quiero que esa bestia me devore. —Lanzó un hondo suspiro, enseñó los dientes un momento, y luego se agachó para atravesar el bajo dintel y salir a la noche. Su pueblo rugió al verle y el sonido invadió las llanuras ahogando los gruñidos del tigre, que parecía esperarle.

La muchedumbre se apartó para dejarle pasar y Jochi no vio sus miradas fijas, sus rostros excitados que le vitoreaban mientras se aproximaba a los muros que cerraban el círculo. La luz de las antorchas se agitó y chisporroteó cuando subió con agilidad a la parte superior de las barricadas y luego saltó a la hierba del interior. El tigre lo observaba con una atención terrorífica y sintió que no quería abrir la jaula. Jochi levantó la vista hacia las caras de los miembros de su pueblo. Su madre era la única mujer que pudo ver y apenas se atrevió a sostener su mirada por miedo a que le amedrentara. Cuando su mirada se deslizó sobre ella, vio que las manos de Borte se movían sobre la madera, como si quisiera tenderlas hacia su primogénito.

El rostro de su padre permaneció inmóvil e impenetrable, pero su tío Kachiun le saludó con una inclinación de cabeza cuando sus ojos se encontraron. Tsubodai había adoptado la expresión impasible del guerrero y, al hacerlo, ocultaba el dolor que Jochi sabía que estaría sintiendo. El general no podía hacer nada para frenar la voluntad del khan, pero Jochi sabía que él, al menos, no disfrutaría de la lucha. Instintivamente, Jochi inclinó la cabeza ante su general y Tsubodai respondió con el mismo gesto. El tigre rugió y, frustrado e irritado por el círculo de aulladores, abrió su enorme boca para roer uno de los barrotes. Jochi vio que el animal era un macho joven, sin cicatrices y sin experiencia. Sintió cómo le empezaban a temblar las manos y la familiar boca seca de los momentos previos a la batalla. Su vejiga se hizo notar y



Jochi agarró con fuerza la espada con cabeza de lobo de su padre. Era un acero excelente y hacía tiempo que la deseaba. No había conocido a su abuelo Yesugei y sólo podía confiar en que el espíritu del anciano le diera fuerzas. Se irguió en toda su altura y, tras otra inspiración profunda, se llenó de calma.

Chagatai le observaba con los ojos relucientes a la luz de las antorchas. Jochi sostuvo su mirada durante un tiempo, mostrándole al chico su desprecio antes de girarse hacia la jaula. El ruido de los guerreros se acrecentó cuando se aproximó a los barrotes y alzó la mano hasta la barra de hierro que mantenía la puerta cerrada. El tigre pareció percibir su intención y se detuvo, expectante. Sus ojos se encontraron y Jochi saludó al felino con un murmullo.

—Eres poderoso y veloz —dijo entre dientes—, y yo también. Si te mato, llevaré tu piel con orgullo hasta el fin de mis días. —Quitó la barra y abrió la puerta de golpe, retirándose con presteza. El gentío enmudeció: todos los guerreros miraban la figura rayada que salió de la jaula deslizándose como un chorro de aceite.

Jochi dio seis amplias zancadas hacia atrás y se paró con la espada en ristre, hacia delante y hacia abajo, lista para entrar a fondo. El corazón le batía en el pecho y se sentía pesado y torpe en comparación con esa bestia a la que había venido a matar.

Al principio, el tigre le ignoró. Recorrió las barricadas arriba y abajo, buscando una salida. Cuando la multitud reanudó el griterío, agitó la cola, irritado e incómodo. Jochi observó cómo el animal se estiraba en toda su longitud contra uno de los muros, haciendo surcos en la dura madera con sus garras. En la jaula, su fuerza y su gracia habían sido menos obvias. En movimiento, era sencillamente mortífero y Jochi tragó saliva, nervioso, esperando a ser atacado.

La bestia era consciente de su presencia. Vio sus ojos dorados recorrer su cuerpo y luego clavarse en él, mientras se agazapaba con la cabeza levantada. La cola daba latigazos contra la hierba y, una vez más, la muchedumbre se quedó en silencio.

Jochi ofreció su alma al padre cielo. Ningún hombre podía oponer resistencia ante un monstruo así, estaba seguro. El temblor de sus manos desapareció y aguardó.

El tigre atacó. Cuando lo hizo, la explosión de velocidad fue tal que pilló a Jochi prácticamente inmóvil. En tres pasos había pasado de ser una estatua a convertirse en un borrón que saltaba directamente sobre él.

Jochi no intentó utilizar la espada. Se lanzó hacia un lado y aun así, fue demasiado lento. El hombro de la bestia le alcanzó y le hizo caer rodando sobre la hierba, desesperado por volver a levantarse. Por el rabillo del ojo, vislumbró al animal aterrizando y girando con una rapidez imposible antes de lanzarse sobre él de nuevo. Una mandíbula más grande que su cabeza se cerró en su protegido brazo izquierdo y gritó de dolor y horror cuando sintió la terrible presión. Avanzó su brazo derecho y hundió la hoja en el leonado pecho a la vez que se echaba hacia atrás. Rodaron juntos y el gentío se volvió loco, lanzando gritos de ánimo al valiente que luchaba en la hierba.

Jochi sintió cómo los terribles golpes de las patas traseras del felino le

desgarraban la carne. La armadura le protegía el vientre, aunque las escamas de hierro salieron disparadas al chocar contra garras tan largas como dedos. Oyó el crujido de los huesos de su brazo mientras los miembros inferiores del tigre seguían aporreándole, golpeándole sin cesar sobre la hierba. Sentía el caliente aliento del animal en su cara mientras clavaba la espada una y otra vez, notando que el terror le hacía más fuerte que nunca. No podía levantarse con su peso sobre él y, cuando el tigre trató de soltarle el brazo para morder de nuevo, a pesar del dolor, introdujo aún más la manga cubierta con armadura en su garganta.

El tigre rugió ante el obstáculo, torciendo la cabeza a un lado y a otro para liberar sus dientes. Jochi aguantó mientras le desgarraba los tendones y el terrible dolor le llenaba los ojos de lágrimas. ¿Le había herido de gravedad? No lo sabía. La hoja de acero se hundió y se hundió, perdida en la gruesa piel. Experimento un nuevo dolor en las piernas cuando la bestia redujo su coraza a jirones. La espada voló lejos de su mano y sacó un cuchillo, que clavó en el enmarañado y apelmazado cuello cuando su brazo izquierdo cedió.

Jochi chilló al sentir el chorro de apestosa sangre que cayó sobre su rostro, cegándole. No podía ver nada y, de pronto, los guerreros que le contemplaban se alejaron y sus voces sonaron como susurros de hojas. Sintió que la muerte llegaba como un fuerte viento, pero todavía volvió a hundir el cuchillo más hondo, serrando adelante y atrás.

De repente, el tigre se desplomó, aprisionándole bajo su peso. Jochi estaba perdido en un mundo de dolor y no vio a Tsubodai y a Jelme descender de un salto al círculo, con los arcos tendidos. Oyó la voz de su padre, pero no pudo distinguir las palabras con el áspero sonido de la respiración del tigre tan cerca de su cara. Todavía vivía, pero los golpes contra su vientre y piernas se habían detenido. Su jadeo llenaba el mundo y, aun entonces, Jochi siguió clavándole el cuchillo mecánicamente.

Mientras Jelme le cubría con el arco, Tsubodai empujó al tigre con un pie para retirarlo del cuerpo destrozado del guerrero. La enorme cabeza quedó colgando cuando el animal cayó de lado, pero el pecho seguía subiendo y bajando y la rabia y el odio centelleaban en sus ojos. La sangre goteaba de su garganta y el blanco pecho estaba pegajoso y manchado del viscoso líquido. Todos los que rodeaban el círculo observaban cómo la bestia hacía un último esfuerzo por ponerse en pie, para desplomarse de nuevo y por fin quedar inmóvil.

Tsubodai se agachó ante Jochi, apartando con brusquedad la mano que, aferrada al cuchillo, se lanzaba ciegamente contra él. El brazo izquierdo del joven colgaba sin vida y tenía las piernas llenas de tajos sangrantes que llegaban hasta las pantorrillas y los pies. No se veía ni un centímetro de piel bajo la capa de sangre animal que había estado a punto de ahogarle. Tsubodai le quitó el cuchillo a Jochi y le limpió los ojos con los pulgares para que pudiera ver. Aun entonces, el joven seguía claramente aturdido y no era consciente de que había sobrevivido.

—¿Puedes levantarte? ¿Me oyes? —le gritó Tsubodai.

Jochi se agitó, dejando una huella sangrienta en el deel del general. Tsubodai le cogió por la muñeca y le ayudó a ponerse en pie. Jochi no podía sostenerse por sí solo y se apoyó como un peso muerto sobre el general hasta que Jelme tiró su arco al suelo y lo sujetó por la axila. Los dos generales sujetaron al hijo del khan entre ellos y le hicieron girar hacia su padre.

—¡Está vivo, mi señor khan! —declaró Tsubodai, triunfante.

Había admiración y respeto en los rostros que se apiñaban en torno al círculo, como Jelme había predicho. Sólo Chagatai luchaba por ocultar su furia. Jelme vio el resentimiento en el joven que había entrenado durante tres años y el gesto de su boca se endureció. Jochi se había hecho merecedor de un gran honor por aquella exhibición de valor y Jelme habló un momento con Tsubodai antes de alejarse, dejándole soportar todo el peso. El general recogió la espada ensangrentada que había quedado tirada en la hierba y la empuñó.

—Se ha ganado este acero, mi señor, ¿no es verdad? —dijo, sosteniéndola en alto para que todos pudieran ver la cabeza de lobo en su empuñadura. Los guerreros mostraron su aprobación con un rugido y golpearon las barricadas que formaban el círculo. El rostro de Gengis, una máscara, no dejaba traslucir nada.

Jelme siguió esperando mientras la sangre del hijo del khan seguía manando. Los pensamientos de Gengis giraban como un torbellino y el orgullo y el placer que le había proporcionado el sanguinario espectáculo se mezclaban en su cerebro con una fuerte irritación. Él también había pensado que Jochi moriría y no había planeado una respuesta ante ese resultado. Su dolor de cabeza retornó mientras clavaba la mirada en el escenario de la lucha y notaba un gusto amargo en la boca. Por fin, asintió y Jelme inclinó la cabeza ante su voluntad.

Sin que la multitud circundante pudiera oírlo, Jelme le habló a Jochi mientras colocaba la espada entre sus insensibilizados dedos.

—Recordarán esto, muchacho —le susurró a Jochi al oído. El joven no dio ninguna señal de haberle oído y Jelme se dio cuenta de que estaba inconsciente.

—Todavía puede morir a causa de sus heridas —le dijo Tsubodai a Jelme.

El general se encogió de hombros.

—Eso está en manos del padre cielo. Lo que importa es que se enfrentó cara a cara con esa bestia. Nadie que lo haya visto lo olvidará.

Mientras hablaba, Jelme volvió a alzar la vista hacia Chagatai. El resentido rostro había desaparecido y el general suspiró. Estaba cambiando la mano con la que sujetaba el peso muerto de Jochi cuando unas voces resonaron fuera de la estructura. Gengis había gritado una orden hacia la oscuridad y la muchedumbre se arremolinaba en torno a un punto oculto para aquéllos que se encontraban dentro del círculo. Cuando Jelme miró a Gengis, el khan levantó una mano, indicándole que se mantuviera allí con Tsubodai y su carga.

Chagatai reapareció al lado de su padre, tambaleándose por los empujones de los guerreros que le impulsaban a avanzar. Todos habían escuchado sus condiciones y, al

parecer, Gengis no iba a permitir que se escabullera en la oscuridad. El khan no le miró, pero una orden mascullada hizo que Chagatai se sonrojara y se encaramara a la barrera de madera. Jelme y Tsubodai contemplaron en silencio cómo Chagatai bajaba de un salto y se aproximaba a ellos. Un hombre mayor podría haberlo hecho con elegancia, dando y recibiendo honor con grandeza, pero Chagatai carecía de la capacidad para volver la situación a su favor. Se quedó parado frente a su hermano inconsciente, temblando de ira y de humillación.

En silencio, Chagatai miró una vez más a su padre. No hubo indulto. El muchacho se dejó caer de prisa sobre una rodilla y la multitud rugió y silbó. Chagatai se alzó, más despacio, y mantuvo la expresión impasible mientras caminaba hacia los muros de madera y aceptaba la mano que le tendieron para volverle a subir.

Jelme movió la cabeza, cansado.

—Creo que te tocó entrenar al mejor hijo, amigo mío —le dijo en un murmullo a Tsubodai.

—Espero que su padre lo sepa —respondió Tsubodai.

Ambos hombres compartieron una mirada de comprensión antes de ordenar a algunos guerreros que bajaran y empezaran a despellejar al tigre. La carne alimentaria a tantos como fuera posible, trozos medio quemados que los guerreros se obligarían a tragar. Había muchos que deseaban la rapidez y la ferocidad de un animal así. Jelme se preguntó si Chagatai paladearía el sabor de la carne esa noche, o sólo el de su propia rabia.

## VI

**P**asaron otros tres días antes de que Gengis fuera a ver a Jochi. Tras la desenfrenada noche que siguió a la lucha con el tigre, casi todo el campamento se había dedicado a dormir y, tras tres días dedicados a beber sin parar, el propio Gengis se había levantado únicamente para vomitar durante todo un día y una noche. El traslado de las inmensas huestes de regreso a las orillas del río Orkhon había llevado otro día. El campamento de Jelme había sido un lugar excelente para festejar la vida de Arslan, pero los rebaños y los caballos necesitaban agua y hierba fresca. Con su habitual vitalidad, Gengis se había recuperado durante la cabalgada, aunque, cuando se detuvo frente a la tienda del chamán, Kokchu, seguía teniendo las tripas flojas. Le deprimió pensar que en otro tiempo habría superado los efectos del exceso de alcohol con una sola noche de sueño.

Gengis abrió la pequeña puerta: ante él se desarrollaba una apacible escena que le recordó a la muerte de su padre. Tragó ácida saliva y se agachó para entrar, sin dulcificar la mirada al posarla en la figura vendada que yacía en las sombras. Kokchu estaba lavando a Jochi y se giró irritado antes de ver de quién se trataba. El chamán se levantó e hizo una profunda reverencia ante el khan.

Fue un alivio entrar en la tienda en sombra tras cabalgar bajo la despiadada luz del sol y Gengis se relajó ligeramente, complacido de poder apartarse del bullicio del campamento.

—¿Se ha despertado? —preguntó.

Kokchu negó solemnemente con la cabeza.

—Sólo por breves momentos, señor. Sus heridas le han causado fiebre y todo lo que hace es despertarse y gritar antes de quedarse dormido otra vez.

Gengis se acercó, atraído por los recuerdos. Al lado de Jochi yacía la espada que había ganado, un acero que el propio Gengis había heredado. Allí guardada en su funda, le hacía remontarse a multitud de escenas del pasado y no pudo evitar olisquear el aire buscando el olor a podredumbre. Era doloroso evocar el momento en que llegó junto a su padre, que se estaba muriendo, víctima de un veneno que le había invadido todo el cuerpo. Kokchu le observaba atentamente y Gengis le devolvió la mirada con intensidad, antes que permitir que el chamán lo mirara así sin reaccionar.

—¿Vivirá, chamán? He perdido la cuenta de las veces que me lo han preguntado.

Kokchu volvió a mirar al joven guerrero que seguía tendido, inmóvil. El pecho apenas subía y bajaba, y no podía estar seguro. Hizo un ademán señalando las vendas que le envolvían ambas piernas y el brazo entablillado.

—Ves las heridas que tiene, señor. La bestia le rompió dos huesos del antebrazo además de tres costillas. Se le ha dislocado un dedo de la mano derecha, aunque eso es algo menor. Los cortes se han inflamado y supuran pus. —Meneó la cabeza—. He visto a hombres recuperarse de cosas peores.

—¿Has cerrado las heridas? —preguntó Gengis.

Kokchu vaciló, no quería precipitarse al hablar. Cuando cayó Yenking, se había llevado varios libros de medicina y magia que valían más que todo el oro y el jade que guardaban sus muros. No había previsto que su tratamiento fuera cuestionado y habló sin su habitual seguridad.

—Poseo textos Chin que son asombrosos, señor, por sus conocimientos sobre el cuerpo humano. Su práctica es verter vino hirviendo en el corte antes de coser. Eso es lo que he hecho, además de utilizar cataplasmas para bajar la fiebre.

—Entonces, no las has cerrado a la manera de nuestro pueblo —respondió Gengis, con la mirada fría—. Haz que traigan un brasero de cobre a la ger y quema las heridas como es debido. He visto cómo eso funcionaba.

Kokchu sabía bien que no debía continuar la discusión.

—Como deseas, señor.

Por el padre, presionaría hierro al rojo contra cada una de las heridas, aunque ahora lo consideraba una práctica rudimentaria, que estaba por debajo de un hombre de sus conocimientos. Ocultó su desagrado y Gengis pareció satisfecho. Kokchu notó que el khan se disponía a marcharse y volvió a hablar, intentando todavía comprender al hombre que lideraba las tribus.

—El dolor será intenso, señor. Si le despierta, ¿debo darle un mensaje de tu parte?

Gengis posó sus pálidos ojos en el chamán. Salió sin pronunciar una sola palabra más.

Los generales estaban reunidos en la tienda del khan, que tenía la mitad de altura y el doble de anchura que las demás del campamento. Khasar y Kachiun habían llegado con Temuge, aunque él sólo era responsable del campamento en sí y no se unía a ellos en las batallas. Tsubodai, Jelme y Chagatai habían sido convocados y ocuparon sus puestos en el círculo de camas bajas que hacía las veces de sofá para el consejo del khan. La ger estaba tan desnuda como la del más pobre de los pastores, lo que recordó a todos que Gengis era indiferente a la riqueza o sus símbolos.

La última pareja en entrar antes de Gengis fue Arslan y el joven que había elegido como su sucesor. Jebe, la flecha, no pareció impresionado por la presencia de tantos líderes de su pueblo en un solo lugar. Cuando Arslan le indicó con un ademán que se sentara, los saludó con una inclinación de cabeza como si tuviera todo el derecho de estar allí. Los demás sólo lo miraron, aunque saludaron a Arslan cálidamente, dejando a un lado la expresión impasible del guerrero para mostrar su aprecio por el anciano. Todos los presentes sabían ya que Arslan había amarrado varios fardos a tres yeguas y tres sementales y que se marcharía hacia tierras desiertas con su esposa y un pequeño rebaño.

Los ojos de Jelme brillaban llenos de orgullo por su padre, y le cedió el asiento a Arslan como un gesto significativo. Ambos intercambiaron una mirada y, aunque no hablaron, Arslan también pareció conmovido al percatarse de que el momento por fin

había llegado.

Cuando Gengis entró en la ger, los hombres que la ocupaban se enderezaron sutilmente. Se dirigió a su sitio, una pila de mantas y sillas de montar frente a la puerta, y le pidió con una seña a un sirviente una taza de leche de cabra para calmar su estómago.

Arslan aguardó hasta que el khan hubo terminado la bebida antes de hablar.

—Mi señor, te encomiendo a este hombre, Jebe, al que tú has nombrado.

La mirada de Gengis atravesó la tienda y se posó en el nuevo rostro, notando la anchura de sus hombros. Jebe llevaba una túnica abierta sobre el pecho desnudo y el tono rojizo de su piel relucía saludable, cubierto de grasa de cordero. Aun sentado, parecía listo y alerta, un guerrero nato. Hizo que Gengis se sintiera viejo.

—Te doy la bienvenida en mi tienda, Jebe. Siendo Arslan quien habla por ti, siempre serás bienvenido. En los próximos días, te pondremos a prueba. Asegúrate de honrar su nombre en todo lo que hagas.

—Así lo haré, señor —contestó Jebe. Su confianza era evidente y Khasar sonrió para sí cuando Gengis retiró la mirada.

Gengis respiró hondo y apoyó las manos en las rodillas. Sabía tan bien como cualquiera que la reunión que estaba a punto de celebrar con sus generales cambiaría el mundo, y disfrutó de ese momento de silencio mientras esperaban a que comenzara a hablar.

—Cuando me dejasteis para concluir el sitio de Yenking, envié emisarios a tierras lejanas. Algunos trajeron consigo bienes para comerciar y sellaron alianzas en mi nombre. Otros fueron atacados o, sencillamente, no regresaron. —Hizo una pausa, pero nadie habló. Casi ni respiraban mientras escuchaban al hombre que les haría salir al mundo como lobos de cacería. Todo el campamento sabía que se avecinaba una guerra y era un placer ser los primeros que escuchaban los detalles—. Un grupo se dirigió al oeste, a más de tres mil kilómetros de distancia. Sólo volvió un explorador, mientras que el resto de hombres fueron asesinados. Al principio, no le di demasiada importancia. No hace mucho tiempo que una partida de asalto en nuestras propias tierras habría sido aniquilada por la primera tribu que se los hubiera topado.

Algunos de los mayores asintieron, aunque Tsubodai y Jebe apenas podían recordar aquella época.

—El explorador me dijo que el líder de esa tierra es uno que se hace llamar sah Ala-ud-Din Mohamed —Gengis pronunció el nombre con dificultad, luego señaló a Temuge con un gesto—. Por consejo de mi hermano, envié un grupo de cuatrocientos guerreros, bien armados, pero sólo como amenaza. Llegaron hasta la ciudad más próxima, Otrar, y se reunieron con su gobernador. Llevaban cartas con mis palabras escritas en ellas para el sah. —Gengis hizo una mueca al recordarlo—. Esperaba que me entregara a los hombres implicados en el ataque, o que, al menos, me hiciera llegar la información de dónde tenían su campamento. Lo llamé «hijo querido» y sólo mencioné el comercio y la amistad. —Mientras pronunciaba esas palabras, clavó sus

fríos ojos en Temuge hasta que su hermano tuvo que desviar la mirada. Había sido su consejo el que había fracasado de manera espectacular—. El bazar de Otrar es un lugar público. Mandé a tres espías con los guerreros para observar cómo eran tratados. —La ira le invadió y enseñó los dientes durante un instante—. El gobernador comanda una guarnición de veinte mil soldados. Arrestaron a mis hombres e hicieron trizas mis palabras en un gesto público ante toda la muchedumbre reunida en el bazar. —De nuevo, fulminó a Temuge con la mirada—. ¡Aun entonces, no reaccioné! Ese sah tiene a un idiota sirviéndole, pero pensé que quizá aún podría hacer que tomara el camino recto. Supe de la existencia de ciudades más grandes que Otrar en el este y envié a tres oficiales de alta graduación a visitar al propio sah, exigiendo que el gobernador fuera capturado y entregado a mí para recibir su castigo, y que liberaran a mis hombres. También en esto se mofaron de mí. —Su rostro había enrojecido y los demás hombres de la ger sintieron que sus corazones se aceleraban con el de su khan—. El sah Mohamed me mandó sus cabezas —continuó Gengis. Apretó el puño derecho lentamente—. No soy el causante de este problema, pero he rezado al padre cielo para que me diera fuerzas para vengarme.

A lo lejos, se oyó el grito de un hombre y más de uno se sobresaltó. Gengis también escuchó y asintió, satisfecho.

—Es Jochi. Mi chamán está curando sus heridas. —Miró a Chagatai mientras hablaba y su hijo no pudo contenerse y le hizo una pregunta.

—¿Vendrá él con nosotros también?

Los ojos de Gengis se perdieron en la distancia.

—Mató a un tigre delante del pueblo. Y nuestros efectivos han aumentado. —Su expresión se endureció al recordar a Chagatai de rodillas ante él—. Así como tú tienes un lugar, también lo tendrá él, si sobrevive. Cruzaremos las montañas Altai hacia el oeste y les enseñaremos a esos hombres del desierto a quién han elegido insultar.

—¿Y las tierras Chin? —preguntó Khasar—. Hay ciudades más ricas que nada que hayamos visto nunca y siguen allí, intactas, en el sur.

Gengis se quedó en silencio al oírle. Todavía soñaba con poner el imperio Chin del sur bajo sus pies. Llevar a su nación al oeste tenía sus riesgos y era tentador enviar al menos a uno de sus hombres de la ger a aplastar a ese enemigo ancestral. Recordó los cálculos de los efectivos Chin y volvió a hacer una mueca. Contra millones de hombres, un tumán no sería suficiente. A regañadientes, había decidido que los Chin deberían esperar para verle aparecer en su horizonte.

—Seguirán allí, hermano, cuando volvamos a por ellos. Verás de nuevo las tierras de los Chin, te lo prometo.

Khasar frunció el ceño al oírle y habría vuelto a intervenir, pero Gengis continuó hablando.

—Preguntaos esto: ¿con qué fin vamos a la guerra y arriesgamos nuestras vidas? ¿Es por las monedas de oro y para construir el tipo de palacios que destruimos? A mí



no me interesan esas cosas. Un hombre se pasa la vida luchando, desde el dolor del nacimiento hasta su último aliento. —Miró a su alrededor a todos ellos, hasta que su mirada recayó finalmente en Jebe y Chagatai—. Hay algunos que os dirán que buscan la felicidad, que no hay nada más en nuestras vidas que esa sencilla meta. Yo os digo que las ovejas son felices en las llanuras y los halcones son felices en el viento. Para nosotros, la felicidad es algo pequeño, algo que debe descontarse de la vida de un hombre. Nos esforzamos y sufrimos porque conocemos a través de ese esfuerzo que estamos vivos. —Resopló—. Puede que quieras ver humilladas esas ciudades Chin, Khasar, pero ¿puedo dejar que este desafío quede sin respuesta? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que todos los reyezuelos se atrevan a escupir sobre mi sombra? —Su voz fue haciéndose más áspera a medida que hablaba, hasta llenar toda la ger. Fuera, se oyó otro grito de Jochi, un apropiado contrapunto bajo esa mirada amarilla—. ¿Puedo dejar sin venganza esas muertes de miembros de mi pueblo? Jamás en este mundo.

Todos estaban con él. Lo sabía, como siempre lo había sabido.

—Cuando no esté, no quiero que los hombres digan: «Mira sus montones de riqueza, sus ciudades, sus palacios y sus magníficas ropas». —Gengis se detuvo durante un momento—. Lo que quiero que digan es: «Asegúrate de que está realmente muerto. Es un viejo sanguinario y ha conquistado medio mundo». —Se rió entre dientes al pensarlo y parte de la tensión del grupo se desvaneció.

—No estamos aquí para hacernos ricos con un arco. El lobo no piensa en riquezas, sólo en que su manada sea fuerte y ningún otro lobo se atreva a cruzarse en su camino. Eso es suficiente.

Su mirada los recorrió uno por uno y se sintió satisfecho. Gengis se enderezó y sus maneras cambiaron, adoptando una actitud respetuosa al dirigirse a Arslan.

—Tus caballos están listos, general —dijo—. Pensaré en ti descansando tus huesos mientras cabalgamos.

—Larga vida y victoria, mi señor —contestó Arslan.

Cuando todos se pusieron en pie, de repente la ger estuvo abarrotada. Al tener el rango más alto, Gengis podría haberse marchado el primero, pero dio un paso atrás para dejar que Arslan saliera a la luz. Uno tras otro, le siguieron hasta que sólo quedó Jebe, que recorrió con la mirada toda la tienda del khan. El joven guerrero lo asimiló todo y asintió para sí, extrañamente satisfecho ante la falta de ornamento. Sentía que el khan era un hombre a quien seguir y todo lo que Arslan le había dicho había quedado confirmado. Sin nadie observándole, Jebe sonrió ligeramente. Había nacido en la ladera de una colina y había sido criado en inviernos tan terribles que su padre metía a las ovejas en el interior de la única ger para protegerlas. Sus ojos brillaron al recordarlo. Ahora lideraría uno de los tumanes del khan. Si Gengis supiera que había liberado a un lobo... Jebe asintió para sí, satisfecho. Le demostraría al khan lo que podía hacer. Con el tiempo, todo hombre y mujer de las tribus conocería su nombre.

Fuera, Arslan revisó su carga y sus monturas una vez más, negándose a que la

seriedad del momento alterara sus rutinas. Gengis vio cómo comprobaba cada nudo y daba instrucciones a tres pastorcillos, que le acompañarían hasta el primer campamento. Nadie habló hasta que el anciano estuvo preparado. Cuando se dio por satisfecho, Arslan abrazó a Jelme y todos pudieron ver el orgullo en los ojos del hijo. Por último, Arslan se dirigió hacia Gengis.

—Estuve allí en el principio, señor —dijo Arslan—. Si fuera más joven, cabalgaría a tu lado hasta el final.

—Lo sé, general —respondió Gengis. Señaló con un ademán el vasto campamento a las orillas del río—. Sin ti, nada de esto estaría aquí. Siempre honraré tu nombre.

Arslan nunca había sido un hombre al que le gustara el contacto físico, pero tomó la mano de Gengis en la suya con la fuerza de un guerrero y luego montó. Su joven esposa alzó la vista hacia su marido, orgullosa al ver que aquellos grandes hombres le honraban con su presencia.

—Adiós, viejo amigo —exclamó Gengis cuando Arslan chasqueó la lengua y los ponis se alejaron. Los muchachos pastores utilizaron sus palos para hacer que los animales avanzaran junto a su amo.

En la distancia, oyeron gritar al hijo del khan, un gemido de profundo dolor que parecía que no iba a acabar nunca.

Poner en marcha un grupo tan vasto de personas y animales no era tarea pequeña. Además de cien mil guerreros, había que arrear a un cuarto de millón de ponis, con el mismo número de ovejas, cabras, yaks, camellos y bueyes. La necesidad de tierras de pastos había llegado a un punto en el que la nación sólo podía permanecer en un lugar durante un mes antes de volver a partir.

En un amanecer helado, con el sol apenas rozando el este, Gengis cabalgaba a través del ajetreado campamento, tomando nota de cada detalle de las hileras de carros, con las figuras apiñadas de mujeres y niños pequeños sobre ellos. La columna se extendía durante kilómetros, siempre rodeada por los rebaños. Había vivido con sonidos de animales durante toda su vida y casi no se daba cuenta del constante balido de las cabras y las ovejas. Sus generales estaban listos; sus hijos también. Estaba por ver si las naciones árabes estaban listas para enfrentarse a ellos en una guerra. En su arrogancia, se habían buscado su total aniquilamiento.

Gracias a que le quemaron las heridas, Jochi había sobrevivido. Como Gengis había ascendido a Chagatai poniéndole a la cabeza de un tumán de diez mil guerreros, difícilmente podía hacer menos por un hijo mayor, en especial por uno que había triunfado en una lucha contra una bestia salvaje. La gente todavía hablaba de eso. Sin embargo, pasarían meses antes de que Jochi fuera capaz de ocupar su puesto como líder. Hasta entonces, viajaría con las mujeres y los niños, atendido por sirvientes mientras sanaba.

En medio de las huestes, Gengis pasó trotando junto a la ger de su segunda esposa, Chakahai, que había sido princesa del reino de los Xi Xia. Su padre había sido un vasallo leal durante casi una década y el tributo proveía a los mongoles de seda y valiosa madera. Gengis maldijo suavemente entre dientes al darse cuenta de que no había planificado la manera de que el tributo le siguiera hacia el oeste. No podía confiar en que el rey se lo guardara. Era una cosa más que debía decirle a Temuge antes de que las tribus se marcharan. Gengis dejó atrás el carro en el que iba Chakahai con los tres hijos que había alumbrado. Su hija mayor saludó con una inclinación de cabeza y sonrió al ver a su padre.

No salió del camino para buscar los carros de Borte y su madre, Hoelun. Las dos mujeres se habían hecho inseparables a lo largo de los años y estarían juntas, en algún lugar. Gengis hizo una mueca al pensar en ello.

Pasó junto a dos hombres que hervían carne de cabra en una pequeña fogata mientras aguardaban. Tenían una pila de bolsillos de pan sin levadura listos para llenarlos de carne para el viaje. Al ver al khan, uno de los hombres le ofreció una bandeja de madera en la que estaba la cabeza del animal, y tocó los blancos ojos con un dedo para asegurarse de que Gengis los veía. Gengis dijo que no con la cabeza y el hombre hizo una profunda reverencia. Cuando el khan continuó, el guerrero arrojó uno de los ojos al aire para entregárselo al padre cielo antes de meterse el otro en la boca y empezar a masticar con apetito. La escena hizo sonreír a Gengis. Su pueblo todavía no había olvidado los viejos días, ni se habían estropeado por las riquezas obtenidas en el saqueo. Pensó en las estaciones de la nueva ruta que se extendía hacia el este y hacía el sur, de las que se ocupaban guerreros mutilados y ancianos. Un explorador podía cambiar de caballo en doce estaciones, cubriendo terreno más rápido de lo que Gengis nunca hubiera creído posible.

Habían progresado mucho desde la época de aquellas tribus hambrientas y pendencieras que había conocido de niño, pero seguían siendo los mismos.

Rodeado por una masa de carros y animales, Gengis desmontó por fin, tras haberse alejado casi dos kilómetros de la cabeza de la columna. Allí estaba su hermana Temulun, que era sólo un bebé cuando su propia tribu le había abandonado años atrás. Se había convertido en una joven admirable y se había casado con un guerrero de los olkhun'ut. Gengis había conocido al hombre sólo en una ocasión, en la boda, pero le había parecido que estaba lleno de buena salud y Temulun estaba contenta con el casamiento. Mientras le ajustaba el cincho a su poni, vio que ella les ordenaba a unos sirvientes Chin que recogieran las últimas de sus pertenencias. Su tienda había sido desmontada y cargada antes del alba, dejando un círculo negro en la hierba. Cuando vio a Gengis, Temulun sonrió y se dirigió hacia él, cogiendo las riendas de su montura.

—No te preocupes, hermano, estamos listos, aunque no soy capaz de encontrar mi mejor olla de hierro. Seguro que está en el fondo de algún fardo, bajo todo lo demás.  
—Hablabas con tono alegre, pero en sus ojos había una interrogación. El khan no la

había visitado ni una vez desde que se había casado. Se sentía inquieta al verle allí cuando se encaminaban hacia una guerra.

—Ya no falta mucho —le dijo Gengis, perdiendo parte de su rigidez. Le gustaba Temulun, aunque para él en muchos aspectos siempre sería una niña. Ella no recordaba el primer invierno que pasaron solos, cuando los hermanos y su madre estaban siendo perseguidos y se morían de hambre.

—¿Está bien mi marido? —preguntó—. Hace tres días que no he visto a Palchuk.

—No lo sé —admitió Gengis—. Está con Jebe. He decidido que Palchuk comande a mil guerreros y lleve el paitze de oro.

Temulun aplaudió, encantada.

—Eres un buen hermano, Gengis. Se sentirá muy feliz. —Un leve ceño cruzó su rostro mientras consideraba darle a su marido las buenas nuevas—. ¿Lo has hecho por él, o por mí?

Gengis parpadeó, sorprendido por su cambio de humor.

—Por ti, hermana. ¿No debo ocuparme de mi propia familia? ¿Puedo tener al marido de mi única hermana entre la tropa? —Vio que su expresión continuaba preocupada. Ese tipo de cosas le superaban, aunque se esforzaba por comprender—. No lo rechazaré, Temulun —dijo Gengis.

—¡Eso ya lo sé! —contestó Temulun—. Pero le preocupará que el ascenso provenga de ti.

—Y así es —respondió Gengis.

Durante un instante, Temulun alzó los ojos al notar las carencias de su hermano.

—Quiero decir que le importará no haber ganado por sí mismo el nuevo puesto.

—Que pruebe que se lo merece, entonces —dijo Gengis, encogiéndose de hombros—. Siempre puedo quitarle el paitze.

Temulun fulminó a su hermano con la mirada.

—No te atreverías. Es mejor no ascenderle que promocionarle y degradarle según te apetezca.

Gengis suspiró para sí.

—Haré que se lo diga Jebe. Todavía está reorganizando el tumán de Arslan. No será tan extraño, a menos que tu preciado esposo sea un idiota.

—Eres un buen hombre, Gengis —contestó Temulun.

Gengis se volvió para ver si alguien estaba lo suficientemente cerca para haberla oído.

—¡Mantenlo en secreto, mujer! —exclamó y se rió entre dientes, montando de nuevo y recuperando las riendas—. Olvídate de la olla si no la encuentras, Temulun. Es hora de irnos.

La inquieta impaciencia que le había impulsado a recorrer los carros desapareció mientras regresaba al frente. Saludó con una inclinación de cabeza a sus generales y vio que ellos también sentían el mismo sencillo placer. Su pueblo se movía de nuevo y cada día traería un nuevo horizonte. No había nada como la sensación de libertad

que eso proporcionaba, con todo el mundo ante ellos. Cuando se reunió con sus hermanos y generales, Gengis hizo sonar una larga nota en un cuerno de explorador y puso a su poni al trote. Lentamente, la nación avanzó tras él.

## VII

**E**staba nevando en los altos puertos. Las montañas Altai estaban más al oeste de lo que la mayoría de las familias habían viajado jamás. Sólo las tribus turcas, los uighurs y los uriankhai, las conocían bien y sabían que era un lugar a evitar, un lugar de poca caza y muerte durante el invierno.

Aunque los guerreros a caballo podían haber cruzado la cordillera en un solo día, los carros, que iban muy cargados, avanzaban lentos y pesados. Habían sido contruidos para llanuras cubiertas de hierba y no estaban preparados para atravesar ventisqueros y senderos para cabras. Las nuevas ruedas con radios de Tsubodai funcionaban mejor que los discos macizos, que se rompían con excesiva facilidad, pero sólo unos cuantos carros habían sido transformados y el progreso era lento. Cada día que pasaban allí un nuevo obstáculo parecía surgir y había momentos en los que las pendientes eran tan empinadas que los carros tenían que ser bajados con cuerdas, sostenidos por equipos de esforzados guerreros. En las zonas donde el aire estaba más enrarecido y los hombres y los animales se quedaban agotados, tenían suerte si hacían ocho kilómetros en un día. Detrás de cada cumbre se extendía un retorcido valle y otro ascenso obstinado hacia el mejor pasaje entre las cimas. La cordillera parecía continuar infinitamente y las familias se acurrucaban abatidas en sus pieles, expuestas al viento. Cuando se detenían, la prisa por montar las gers antes de que se pusiera el sol se veía entorpecida por el entumecimiento de sus congelados dedos. Casi todos dormían bajo los carros todas las noches, cubiertos con mantas y rodeados por los cuerpos calientes de las cabras y ovejas que ataban a las ruedas. Necesitaban sacrificar cabras para alimentarse y los vastos rebaños fueron menguando durante el viaje.

Treinta días después de abandonar el río Orkhon, Gengis ordenó hacer una parada en las primeras horas del día. Las nubes habían descendido tanto que tocaban las cumbres que los circundaban. La nieve había empezado a caer mientras las tribus construían un campamento temporal al abrigo de una inmensa pared, que se elevaba hacia la blancura por encima de sus cabezas. En aquel lugar disfrutaban al menos de cierta protección frente al cortante viento y Gengis había dado la orden para evitar llevarlos por un risco expuesto donde la oscuridad los habría sorprendido mientras avanzaban. Había ordenado a varios jinetes que se adelantaran y a lo largo de unos ciento cincuenta kilómetros o más un grupo de jóvenes guerreros reconocían el terreno para encontrar el mejor paso y volvían para informar de todo lo que encontraban. Las montañas marcaban el final del mundo que Gengis conocía, y mientras contemplaba cómo sus sirvientes sacrificaban a un cabritillo, se preguntó qué aspecto tendrían las ciudades árabes. ¿Se parecerían a las fortalezas de piedra de los Chin? Por delante de los exploradores, había mandado a algunos espías para aprender cuanto pudieran de los mercados y las defensas. Cualquier cosa podía resultar útil en la campaña que estaba por venir. Los que habían salido los primeros

estaban empezando a regresar hasta él, exhaustos y hambrientos. Tenía el boceto de una imagen en su cabeza, pero seguía estando compuesta por meros fragmentos.

Sus hermanos estaban sentados a su lado en la tienda del khan, subida sobre el carro, más alta que todas las demás. Mirando hacia la blancura, Gengis vio el conjunto de gers como una infinidad de pálidas conchas, de las que brotaban delgadas estelas de humo que se elevaban hacia los cielos. Era un lugar frío y hostil, pero no había perdido el ánimo. Su nación no necesitaba las ciudades, y la vida de las tribus continuaba sin interrupción a su alrededor, desde las enemistades y amistades a las celebraciones familiares y las bodas. No tenían que detenerse para vivir: la vida continuaba pasara lo que pasara.

Gengis se frotó las manos y se las sopló mientras observaba cómo sus sirvientes Chin hacían un corte en el pecho del cabritillo antes de meter la mano dentro y apretar la principal vena en torno al corazón. La cabra dejó de patear y empezaron a despellejarla con mano experta. Utilizarían todas las partes y la piel serviría para envolver a uno de sus niños durante el frío invierno. Gengis observó cómo vaciaban el estómago en el suelo, sacando una masa de hierba medio digerida. Asar la carne dentro de la flácida bolsa blanca era más rápido que la cocción lenta preferida por las tribus. Al morderla, la carne estaría dura y correosa, pero en un frío tan atroz era importante comer rápido y cobrar fuerzas. Mientras pensaba en ello, Gengis se tocó el trozo de diente que se había partido en su ebria cabalgada hacia el campamento de Jelme e hizo una mueca. Le dolía constantemente y pensó que tal vez tendría que pedirle a Kokchu que le arrancara la raíz. Su humor se agrió ante tal perspectiva.

—Lo tendrán sobre el fuego dentro de un minuto —informó Gengis a sus hermanos.

—Eso no es suficientemente rápido para mí —contestó Khasar—. No he comido desde el amanecer.

A su alrededor, en el paso, se estaban preparando miles de comidas a la vez. Los propios animales recibirían apenas un puñado de hierba seca, pero era algo que no se podía evitar. Por encima del continuo balar, podían oír los sonidos y las charlas de su pueblo y, a pesar del frío, en sus voces había satisfacción. Se dirigían a la guerra y el estado de ánimo era alegre en el campamento.

A lo lejos, los generales oyeron unos vítores y miraron hacia Kachiun, que solía estar al tanto de todo lo que sucedía en las gers.

Bajo la mirada de sus hermanos, se encogió de hombros.

—Yao Shu está entrenando a los jóvenes guerreros —dijo.

Temuge chasqueó la lengua, desaprobador, pero Kachiun hizo caso omiso de él. No era ningún secreto que a Temuge no le gustaba el monje budista que Khasar y él habían traído desde las tierras Chin. Aunque Yao Shu siempre era cortés, había chocado con el chamán, Kokchu, cuando Temuge había sido su discípulo más servicial. Tal vez debido a esos recuerdos, Temuge se sentía irritado cuando pensaba en él, en especial cuando predicaba su débil fe budista a los guerreros. Gengis había

desoído las protestas de Temuge, viendo en ellas únicamente los celos que le provocaba ese hombre sagrado que sabía luchar con sus manos y sus pies mejor que la mayoría de los hombres con sus espadas.

Se quedaron escuchando y se oyó otra aclamación, más fuerte esta vez, como si el grupo de hombres reunidos a mirar hubiera aumentado. Las mujeres estarían preparando comida en el campamento, pero era habitual que los hombres lucharan o entrenaran cuando las tiendas estaban montadas. En los altos puertos, con frecuencia, era la única forma de mantenerse calientes.

Khasar se puso de pie e inclinó la cabeza ante Gengis.

—Si esa cabra todavía va a tardar un rato, voy a ir a mirar, hermano. Yao Shu hace que nuestros luchadores parezcan lentos y torpes.

Gengis asintió, viendo que Temuge hacía una mueca. Miró hacia el exterior y el hinchado estómago de la cabra y olfateó el aire, hambriento.

Kachiun se dio cuenta de que Gengis necesitaba una excusa para ir a observar el entrenamiento y sonrió para sí.

—Podría ser Chagatai, hermano. Ogedai y él pasan mucho tiempo con Yao Shu. Eso bastó.

—Iremos todos —dijo Gengis, y se le iluminó la cara. Antes de que Temuge pudiera protestar, el khan salió al frío viento. El resto le siguió, aunque Temuge se giró hacia la cabra que se doraba sobre la fogata y se le hizo la boca agua.

Yao Shu llevaba el torso desnudo, a pesar de la altitud. Parecía no sentir el frío y, mientras Chagatai caminaba en círculo obligándole a girarse, los copos de nieve iban posándose en los hombros del monje. Yao Shu respiraba tranquilamente, mientras que Chagatai estaba ya acalorado y magullado por el combate. Miró el palo del monje, temiendo un golpe súbito. Aunque el pequeño budista desdeñaba las espadas, utilizaba el palo como si hubiera nacido pegado a él. Chagatai sintió un dolor punzante en las costillas y en la pierna izquierda, donde le había golpeado. Por su parte él todavía no había conseguido asestarle un solo golpe y su mal humor parecía a punto de estallar.

La muchedumbre había ido creciendo a medida que se iban sumando más y más guerreros ociosos. Había poco más que hacer y los mongoles eran curiosos por naturaleza. El paso era demasiado estrecho para que más de unos pocos cientos de hombres pudieran observar la práctica y se empujaban y peleaban entre ellos en su intento de dejar espacio a los combatientes. Chagatai notó el movimiento que se produjo en el gentío antes de ver a su padre y tíos cruzar por entre los guerreros: la tropa se había retirado para no empujar a sus generales. Apretó la mandíbula, decidiendo que daría al menos un buen golpe mientras Gengis le observaba.

Pensar era actuar y Chagatai se abalanzó como una flecha, haciendo girar su palo con un golpe corto y cortado. Si Yao Shu hubiera permanecido quieto, le habría



abierto la cabeza, pero se agachó y le dio a Chagatai un golpe seco en las costillas inferiores antes de dar un paso atrás.

No había sido un golpe muy fuerte, pero Chagatai se puso rojo de ira. Yao Shu meneó la cabeza.

—Mantén la calma —murmuró el monje. Era el principal defecto del chico en los combates de entrenamiento. No tenía problemas con el equilibrio o los reflejos, pero su temperamento le traicionaba todas las veces. Yao Shu había trabajado durante semanas con Chagatai tratando de conseguir que mantuviera la calma en la batalla, que dejara a un lado la ira tanto como el miedo. Ambas emociones parecían estar permanentemente ligadas en el joven guerrero y Yao Shu se había resignado a que el progreso fuera lento.

Chagatai empezó a dar vueltas otra vez, cambiando de dirección justo cuando parecía que estaba a punto de atacar. Yao Shu se echó hacia atrás para detener el palo, que llegó por debajo. Lo bloqueó con facilidad y lanzó el puño izquierdo contra la mejilla de Chagatai. Vio que los ojos del joven llameaban y que la ira hacía presa de él, como había sucedido tantas otras veces. Chagatai arremetió con rapidez: su palo era sólo un borrón en el aire. La muchedumbre gritó al oír los chasquidos de los palos cuando fue bloqueado una y otra vez. Cuando trató de retirarse unos pasos, a Chagatai le ardían los brazos y, en ese momento, el monje enganchó su pie con el suyo, haciéndole caer despatarrado.

Sus movimientos les habían alejado del terreno abierto entre dos gers que habían elegido para entrenar. Yao Shu iba a hablar con Chagatai, pero percibió a alguien a sus espaldas, muy cerca, y se giró, siempre alerta.

El que estaba allí era Kachiun, con el rostro vacío de expresión. Yao Shu hizo una breve inclinación de cabeza al general, mientras seguía atento para oír a Chagatai cuando se abalanzara sobre él otra vez.

Kachiun se agachó hacia el monje, aunque la ruidosa multitud difícilmente podría oírle en cualquier caso.

—¿No le vas a dar nada, monje? —murmuró Kachiun—. ¿Con su padre mirando y hombres a quienes el muchacho comandará?

Yao Shu alzó la vista hacia el general mongol sin comprender. Había entrenado desde que era un niño para dominar su cuerpo. La idea de permitir que un bravucón como Chagatai le golpeará era un concepto extraño. Si hubiera sido un guerrero más modesto, uno que no fuera a pavonearse de ello durante meses, tal vez Yao Shu hubiera accedido. Por el mimado hijo segundo del khan, simplemente dijo que no con la cabeza.

Kachiun habría hablado de nuevo, pero ambos se sobresaltaron cuando Chagatai atacó desde atrás, buscando desesperado alguna ventaja. Kachiun apretó los labios fastidiado al ver cómo Yao Shu se hacía a un lado con un par de pasos suaves y flexibles, casi como si se deslizara por el suelo. El monje siempre estaba en equilibrio y Kachiun sabía que Chagatai no le tocaría ese día. Observó con frialdad cómo Yao

Shu bloqueaba otros dos golpes y luego atacaba con más fuerza y más rapidez que antes, dándole a Kachiun su respuesta.

Todos los guerreros oyeron el «uf» de Chagatai cuando el palo le sacó el aire de los pulmones. Antes de que pudiera recuperarse, Yao Shu le pegó en la mano derecha, haciendo que se abriera y soltara el palo. Sin detenerse, el monje pasó su arma entre las piernas de Chagatai, arrojando al joven contra el suelo congelado. El gentío no vitoreó cuando Yao Shu hizo una reverencia ante el postrado hijo del khan. Esperaban que Chagatai le devolviera el gesto, pero en vez de eso se puso en pie con las mejillas encendidas y se alejó indignado del espacio abierto sin mirar atrás.

Yao Shu alargó la postura más de lo necesario, mostrando su propia ira por haber sido ignorado. Su costumbre era hablar sobre los combates con los jóvenes guerreros, explicándoles dónde habían fallado y qué habían hecho bien. En cinco años con las tribus, había entrenado a muchos de los hombres que Gengis comandaba y tenía una escuela formada por los veinte guerreros más prometedores. Chagatai no era uno de ellos, pero Yao Shu había aprendido suficiente sobre el mundo para comprender que su permiso para quedarse allí tenía un precio. Hoy, había sido demasiado alto para él. Pasó junto a Kachiun sin mirar siquiera al general.

Aunque muchos de los reunidos miraban a Gengis para ver cómo reaccionaba ante la grosería de su hijo, el khan mantuvo la expresión impassible. Se volvió a Temuge y a Khasar después de ver al monje pasar junto a Kachiun.

—Esa cabra ya estará lista —dijo.

Temuge sonrió durante un instante, aunque no por la idea de la comida caliente. En su inocencia, el monje se había forjado algunos enemigos entre hombres violentos. Quizá eso le enseñaría humildad. El día había acabado mejor de lo que Temuge había esperado.

Yao Shu era un hombre menudo, pero aun así tenía que agacharse para entrar en la ger de la segunda mujer del khan. Cuando entró, saludó a Chakahai con una inclinación de cabeza, como correspondía a una princesa de los Xi Xia. En realidad, no le importaban nada los títulos de los humanos, pero admiraba la forma en que aquella mujer se había hecho un lugar en la sociedad mongola. A pesar de que esa sociedad no podría haber sido más distinta que la corte en la que vivió una vez, ella había sobrevivido y Yao Shu la miraba con simpatía.

Ho Sa ya estaba allí, sorbiendo el té negro que su padre enviaba al campamento. Yao Shu lo saludó y aceptó una minúscula taza humeante de manos de la propia Chakahai antes de acomodarse. En ciertos aspectos, el campamento era un lugar pequeño, a pesar de su enorme tamaño. Yao Shu sospechaba que Kachiun sabría exactamente cuántas veces se reunían ellos tres y quizá incluso hubiera apostado espías en el exterior de la ger. La idea hizo que el té se le amargara en la boca y Yao Shu hizo una ligera mueca. Aquél no era su mundo. Había ido a los campamentos

para difundir las delicadas enseñanzas de Buda. Todavía no sabía si su elección había sido la correcta. Los mongoles eran un pueblo extraño. Parecían aceptar cualquier cosa que les dijera, sobre todo si formulaba las lecciones como historias. Yao Shu había compartido con ellos buena parte de la sabiduría que aprendió de niño, pero cuando resonaban los cuernos de guerra, los mongoles hacían caso omiso de sus enseñanzas y se precipitaban a matar. No había manera de comprenderlos, pero había llegado a aceptar que ése era su camino. Mientras bebía, se preguntó si Chakahai aceptaba tan de buena gana como él su papel allí.

Durante largo tiempo, mientras Ho Sa y Chakahai hablaban sobre el bienestar de los soldados Chin en los tumanes del khan, Yao Shu apenas dijo nada. Tal vez ocho mil de los hombres del campamento habían vivido en el pasado en ciudades Chin, o habían sido soldados para el propio emperador. No obstante, prácticamente el mismo número de hombres procedía de las tribus turcas del norte. La influencia de los reclutas Chin debería haber sido escasa, pero Chakahai se había ocupado de que todos los hombres de alto rango fueran servidos por gente de su pueblo. A través de ellos, la princesa sabía tan bien como el propio Kachiun lo que sucedía en los campamentos.

Yao Shu observó a la delicada mujer mientras le aseguraba a Ho Sa que hablaría con su marido sobre los ritos mortuorios de los soldados Chin. Yao Shu apuró su té, disfrutando del sabor amargo y el sonido de su propia lengua en sus oídos. Eso era algo que añoraba, sin duda. Sus pensamientos vagabundos fueron súbitamente frenados cuando escuchó su propio nombre.

—... tal vez nos lo pueda decir Yao Shu —dijo Chakahai—. Ha pasado tanto tiempo con los hijos de mi esposo como cualquier otro.

Yao Shu se dio cuenta de que no había oído la pregunta y cubrió su vergüenza tendiendo su cuenco para que se lo llenaran otra vez.

—¿Qué queréis saber? —preguntó.

Chakahai suspiró.

—No nos has escuchado, amigo mío. Pregunté cuándo estaría Jochi suficientemente recuperado para ocupar su puesto junto a sus hombres.

—Quizá cuando la luna haya dado una vuelta más —respondió Yao Shu de inmediato—. Sus heridas se han mantenido limpias, aunque sus piernas y su brazo siempre exhibirán las cicatrices de los hierros al rojo. Tiene que reconstruir los músculos en esa zona. Puedo trabajar con él. Al menos, él escucha, a diferencia de su necio hermano.

Tanto Chakahai como Ho Sa se pusieron algo tensos mientras hablaba. Habían enviado a los sirvientes a hacer algún recado, pero siempre había orejas listas para escuchar.

—Observé la práctica, antes —dijo Ho Sa. Vaciló, consciente de que pisaba terreno delicado—. ¿Qué te dijo el general Kachiun?

Yao Shu alzó la mirada, irritado al notar que la voz de Ho Sa había descendido

hasta convertirse en apenas un susurro.

—No es importante, Ho Sa, no es más importante que controlar mis palabras en esta tienda. Digo la verdad tal como la pienso. —Suspiró—. Y sin embargo, una vez tuve quince años y fui un estúpido. Quizá Chagatai podría seguir creciendo y convertirse en un hombre fuerte, no lo sé. Tal como están las cosas, lo que es es un chico enfadado.

Aquél era un arrebato sorprendente en el monje y Ho Sa parpadeó, sorprendido.

—Ese «chico enfadado» puede liderar las tribus un día —dijo Chakahai suavemente.

Yao Shu resopló sobre su té.

—A veces pienso que he pasado demasiado tiempo entre las tribus. Debería serme indiferente qué hombre hereda el estandarte de las colas de caballo de su padre, o incluso si esos nuevos enemigos lo tiran por tierra y lo pisotean. —El monje frunció el ceño, ensimismado—. Hubo un tiempo en el que pensaba que podría ser la voz de la razón en este campamento. —Hizo un ruido desdeñoso con la garganta—. Ésa es la arrogancia de los jóvenes. Entonces, pensé que podría llevar la paz a los fieros corazones de los hijos. —Las mejillas de Yao Shu se sonrojaron ligeramente bajo su piel—. En vez de eso, al contrario, quizá vea cómo Chagatai llega a liderar al pueblo de su padre y le arrastra a más destrucción de la que nadie puede imaginar.

—Como dices, aún es sólo un muchacho —murmuró Chakahai, conmovida al ver a Yao Shu tan afligido—. Aprenderá, o Jochi liderará las tribus.

El rostro del monje se suavizó al percibir su tono y alargó la mano para darle unas palmaditas en el hombro.

—Ha sido un día difícil, princesa. No hagas caso de lo que he dicho. Mañana seré un hombre distinto, con el pasado desaparecido y el futuro desconocido, como siempre. Siento haber traído mi ira aquí. —Su boca se torció en un gesto irónico—. Hay veces que pienso que soy un mal budista, pero no estaría en ninguna otra parte.

Chakahai le sonrió, asintiendo. Ho Sa volvió a llenar su propia taza con el valioso té, perdido en sus pensamientos. Cuando habló, su voz era muy baja y costaba oírla.

—Si Gengis cae en la batalla, el khan será Kachiun. Tiene sus propios hijos y todo esto no sería más que hojas en el viento.

Chakahai inclinó la cabeza para escuchar. Bajo la luz de la lámpara, se la veía hermosa, e hizo que Ho Sa volviera a pensar que el khan era un hombre con suerte por tener a una mujer así aguardándole en sus gers.

—Si mi marido nombrara un heredero entre sus hijos, creo que Kachiun lo respetaría.

—Si le empujas a hacerlo, nombrará a Chagatai —dijo Ho Sa—. Todo el campamento sabe que su favor no está con Jochi, mientras que Ogedai y Tolui siguen siendo demasiado pequeños. —Hizo una pausa, sospechando que a Gengis no le gustaría nada saber que otros hombres hablaban con su esposa sobre ese tema. Con todo, sentía curiosidad—. ¿Has hablado con el khan sobre ello?

—Todavía no —contestó Chakahai—, pero tienes razón. No quiero que los hijos de Kachiun sean los herederos. ¿Dónde quedaría yo entonces? No hace tanto tiempo que las tribus abandonaban a las familias de los khanes muertos.

—Gengis lo sabe mejor que nadie —repuso Ho Sa—. No querría que sufieras como sufrió su madre.

Chakahai asintió. Era un placer tan grande poder hablar abiertamente en su propio idioma, tan diferente de los sonidos entrecortados de la lengua mongola. Se dio cuenta de que preferiría regresar con su padre que ver a Chagatai convertirse en khan, tal como estaba la situación. No obstante, lo que decía Ho Sa era cierto. Kachiun tenía sus propias esposas e hijos. ¿La tratarían con amabilidad si su marido caía? Kachiun la honraría, quizá incluso la devolviera al reino Xi Xia. Sin embargo, siempre habría quien considerara que las esposas y los hijos del khan eran figuras decorativas. Kachiun estaría más tranquilo si hacía que los mataran a todos el mismo día que su hermano cayera en combate. Se mordió los labios mientras lo meditaba, inquieta de que esos pensamientos tan oscuros entraran en su ger. Gengis no aceptaría a Jochi, estaba casi segura. Había estado tendido, curándose, durante más de un mes, y un líder necesitaba que sus hombres lo vieran si no quería que lo olvidaran. Aun así, no le conocía, sólo sabía que Chagatai sería una mala elección. Sus hijos no sobrevivirían a su ascenso, estaba segura. Se preguntó si tendría la habilidad para poner a Chagatai de su parte.

—Pensaré en ello —le dijo a ambos hombres—. Encontraremos el camino.

Fuera de la ger, se oía el viento gimiendo a través de los carros y los hogares de la nación mongola. Ambos hombres oyeron la tristeza en la voz de Chakahai cuando les despidió y ellos se dispusieron a regresar a sus tiendas para dormir.

Cuando Yao Shu salió al viento y a la nieve, le atravesó un escalofrío y se ciñó el deel en torno a los hombros. No se trataba únicamente del frío, que apenas notaba tras tantos años de llevar sólo una ligera túnica. En ocasiones, sentía que había adoptado la decisión equivocada al unirse al pueblo del caballo. Le gustaban, a pesar de su arrogancia infantil y su creencia en que podían ordenar el mundo como les conviniera. El khan era un líder nato y Yao Shu había quedado impresionado por él. Sin embargo, no había logrado encontrar los oídos apropiados para las palabras de Buda. Únicamente el pequeño Tolui parecía estar abierto a ellas y eso sólo porque era muy pequeño. Chagatai se reía con ordinareiz de cualquier filosofía que no implicara aplastar enemigos bajo sus pies y Jochi parecía escucharle con atención distanciada, dejando que las palabras e ideas fluyeran a través de él sin asimilarlas.

Yao Shu estaba perdido en sus pensamientos mientras avanzaba por los senderos nevados del campamento. Aun así, seguía estando alerta de su entorno y supo que los hombres estaban allí en cuanto empezaron a rodearle. Suspiró para sí. Sabía quién era el chico tonto que había enviado a unos guerreros contra él esa noche. Yao Shu ni

siquiera había traído consigo su palo de entrenamiento a la tienda de Chakahai, creyendo que estaba seguro.

Con todo, no era un niño al que unos idiotas pudieran tender una emboscada. Se preguntaba si Chagatai les había dicho que le mataran, o sólo que le rompieran unos cuantos huesos. No importaba: su respuesta sería la misma. Mientras la nieve se arremolinaba, veloz como el rayo, Yao Shu se deslizó entre dos gers y atacó a la primera figura oscura que apareció ante él. El hombre fue demasiado lento y Yao Shu le derribó limpiamente con un golpe en la barbilla, a la vez que bloqueaba el pie trasero con el suyo. No pretendía asesinar en ese puerto entre montañas, pero oyó que otras voces contestaban al sonido y supo que eran muchos. Se oyó el leve corretear de muchos pies en todas direcciones y Yao Shu controló la creciente ira que le invadía el pecho. Era poco probable que conociera a los hombres, o ellos a él. No habría maldad en el asalto, a menos que matara a uno de ellos. Se encogió de hombros, pensando una vez más que el tiempo pasado con las tribus le había cambiado sutilmente. Buda les habría dejado llegar hasta él sin levantarles la mano con ira. Yao Shu se agachó mientras caminaba sin hacer ruido hacia otra sombra. Al menos ya no tenía frío.

—¿Dónde está? —siseó un hombre, a sólo un paso de él.

Yao Shu se puso a su espalda, arrojándole al suelo de un empujón antes de que pudiera oponer resistencia, y luego se retiró. El sorprendido grito del guerrero resonó en las altas cimas y Yao Shu oyó que otros hombres se acercaban con paso rápido.

El primero en alcanzarle recibió un puñetazo explosivo en las costillas inferiores. El monje sintió cómo se rompían bajo su mano y la sacó antes de clavarle los fragmentos en algún órgano vital. Se agachó instintivamente cuando algo se movió cerca, pero en la blancura no había visto a dos guerreros y uno de ellos se lanzó sobre él y le agarró por la cintura, derribándole contra el duro suelo.

Yao Shu dio una patada y su pie rozó algo sólido, hiriéndole. Se puso en pie mientras un círculo de hombres se cerraba en torno a él y miró a los serios rostros que lo circundaban. Le afligió ver que tres de ellos pertenecían a su propio grupo de entrenamiento. Ellos, al menos, no le miraban a los ojos. Los otros eran extraños que llevaban pesados palos en las manos.

—Ya te tenemos, monje —gruñó uno de ellos.

Yao Shu se preparó, flexionando un poco las piernas para estar en perfecto equilibrio. No podía derrotar a tantos hombres, pero de nuevo estaba listo para enseñar.

Ocho hombres se abalanzaron sobre el centro del círculo y Yao Shu prácticamente se deslizó entre dos y se escabulló. Por casualidad, uno de ellos enganchó su túnica. Yao Shu sintió cómo los dedos resbalaban por la piel de su cráneo y echó la cabeza hacia atrás con brusquedad. Los duros dedos se desvanecieron y el monje lanzó un puntapié con su pie derecho. Otro hombre cayó gritando, con la rodilla destrozada, pero para entonces ya le habían golpeado muchas veces y Yao Shu estaba aturdido. Seguía dando golpes con las manos, las rodillas y la cabeza allí donde podía, pero le

tiraron al suelo. Los pesados palos se alzaron y cayeron con rabia salvaje. No chilló, ni siquiera cuando uno de ellos le pisoteó el pie derecho, rompiéndole varios huesecillos.

Antes de perder la consciencia, Yao Shu creyó oír la voz de Kachiun gritando y notó que las manos que le atacaban se retiraban. Mientras caía contra la nieve, las palabras de sus propios maestros empezaron a girar en su mente. Le habían enseñado que aferrarse a la ira era como aferrar una brasa al rojo. Sólo a él le quemaría. Sin embargo, cuando los hombres se desperdigaron y sintió que unos fuertes brazos le levantaban, Yao Shu apretó la brasa ardiente con fuerza y sólo sintió que le confortaba su calor.

## VIII

**Y**ao Shu alzó la vista cuando Kachiun entró en la ger donde se atendía a los heridos. Por el día, los hombres y mujeres enfermos viajaban sobre los carros, bien envueltos en pieles de animal. Siempre había alguien que necesitaba que le sajaran un dedo del pie infectado o que le vendaran una herida. Yao Shu conocía a tres de los hombres que estaban con él. Eran los que él mismo había herido. No les había hablado y parecían avergonzados por su silencio y no se atrevían a mirarle a los ojos.

El rostro de Kachiun se iluminó al saludar a Jochi, se sentó al borde de su cama y empezó a charlar alegremente con él. Admiró la piel rayada de tigre tendida a los pies del joven, pasando las manos por los rígidos pliegues y la aplastada cabeza mientras hablaban. Yao Shu notó que ambos hombres eran amigos. También Tsubodai le visitaba cada amanecer y, a pesar de su reclusión, Jochi estaba bien informado. Yao Shu observó cómo hablaba la pareja con cierta curiosidad mientras comprobaba el entablillamiento de su pie y hacía una mueca.

Cuando la conversación concluyó, Kachiun se giró hacia el monje, haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas. Sabía tan bien como cualquiera que el único que podía haber ordenado la paliza era Chagatai. También sabía que nunca se probaría. Chagatai se paseaba muy ufano por el campamento y había más de un puñado de guerreros que lo miraban con aprobación. Para ellos no había nada vergonzoso en la venganza y Kachiun podía imaginarse lo que Gengis pensaba al respecto. El khan no habría confiado en otros para dejar claro lo que pensaba, pero no habría perdido el sueño si lo hubiera hecho. El campamento era un mundo cruel y Kachiun se preguntó cómo podría explicarle eso a Yao Shu.

—Kokchu dice que podrás caminar en sólo un par de semanas —dijo.

Yao Shu se encogió de hombros.

—Me curo, general. El cuerpo es sólo un animal, después de todo. Los perros y los zorros se curan, y yo también.

—No he oído nada más sobre los hombres que te atacaron —mintió Kachiun. Los ojos de Yao Shu se posaron en los demás ocupantes de la pequeña tienda y Kachiun se sonrojó ligeramente—. Siempre hay alguna pelea en el campamento —dijo, extendiendo las manos.

Yao Shu le miró con calma, sorprendido de que el general pareciera sentirse culpable. Al fin y al cabo, él no había desempeñado ningún papel en el asalto, y ¿era él responsable de Chagatai? No lo era. De hecho, la paliza podría haber sido mucho peor si Kachiun no hubiera llegado y los hubiera dispersado. Los guerreros habían regresado a sus gers, llevándose a sus heridos. Yao Shu sospechaba que Kachiun podría recitar el nombre de todos ellos si quisiera, quizá los nombres de sus familias también. No importaba. A los mongoles les apasionaba la venganza, pero Yao Shu no sentía ninguna rabia contra unos estúpidos jóvenes que cumplían órdenes. Se había



prometido darle otra lección a Chagatai sin precipitarse, a su debido tiempo.

El monje se preocupó al notar que su fe ocupaba un segundo puesto tras un deseo tan malvado, pero, aun así, continuó deleitándose en meditar sobre la perspectiva. Difícilmente podía hablar de ello con los hombres del propio Chagatai compartiendo ger con él, pero ellos también estaban curándose y pronto se quedaría a solas con Jochi. Aunque era posible que se hubiera ganado un enemigo, Chagatai, Yao Shu había presenciado la lucha contra el tigre. Echando una ojeada a la inmensa piel que cubría la cama baja de Jochi, pensó que seguramente también se había ganado un aliado. La princesa Xi Xia se sentiría satisfecha, pensó con ironía.

Kachiun se puso en pie automáticamente cuando oyó la voz de Gengis en el exterior. El khan entró y Yao Shu vio que tenía la cara hinchada y roja, y que apenas podía abrir el ojo izquierdo.

El khan registró la presencia de los hombres en la tienda y saludó con una inclinación de cabeza a Yao Shu antes de dirigirse a Kachiun. Ignoró a Jochi, como si no estuviera presente.

—¿Dónde está Kokchu, hermano? Tengo que sacarme este diente roto.

El chamán entró mientras Gengis hablaba, trayendo consigo el extraño olor que hacía que Yao Shu arrugara la nariz. Le era imposible sentir simpatía por el flaco trabajador de la magia. Había descubierto que el chamán era competente a la hora de entablillar huesos rotos, pero Kokchu trataba a los enfermos como si fueran un incordio y luego adulaba a los generales y al propio Gengis sin ninguna vergüenza.

—El diente, Kokchu —gruñó Gengis—. Es el momento.

El sudor perlaba su frente y Yao Shu intuyó el terrible dolor que debía de sentir, aunque el khan se esforzaba de forma obsesiva en no mostrarlo jamás. A veces, Yao Shu se preguntaba si estaban locos esos mongoles. El dolor era únicamente una parte de la vida, que debía ser aceptada y comprendida, no acallada.

—Sí, señor khan —replicó Kokchu—. Te lo sacaré y te daré unas hierbas para la hinchazón. Tiéndete, señor, y abre la boca tanto como puedas.

Con movimientos torpes, Gengis ocupó el último camastro de la ger e inclinó la cabeza lo suficiente como para que Yao Shu pudiera ver la carne inflamada. Los mongoles tenían muy buenos dientes, se dijo. El trozo marrón parecía estar fuera de lugar entre los blancos dientes. Yao Shu se preguntó si su fuerza y su violencia provendrían de su dieta de carne. Él evitaba la carne, al considerar que creaba malos humores en la sangre. Con todo, parecía que a los mongoles les sentaba de maravilla, a pesar de los malos humores y todo eso.

Kokchu desenrolló un tubo de cuero dejando a la vista un pequeño par de pinzas de herrero y un juego de estrechos cuchillos. Yao Shu vio cómo los ojos de Gengis giraban para mirar las herramientas, después, sus miradas se encontraron y el monje presenció impresionado cómo se llenaba de una profunda calma. Comprendió que el khan había decidido enfrentarse a la dura experiencia como si fuera una prueba. El monje se preguntó si su autodisciplina resistiría.

Kokchu hizo chocar los extremos de las pinzas y respiró hondo para estabilizar el pulso de sus manos. Miró el interior de la boca abierta del khan y apretó los labios.

—Seré tan rápido como pueda, señor, pero tengo que extraer la raíz.

—Haz tu trabajo, chamán. Sácalo —soltó Gengis y, de nuevo, Yao Shu se dio cuenta de que, para que hablara así, el dolor debía de ser inmenso. Mientras Kokchu tanteaba el diente roto, el khan apretó los puños y luego dejó caer las manos sin fuerza, quedándose tumbado como si durmiera.

Yao Shu observó con interés cómo Kokchu introducía las pinzas hasta dentro, intentando agarrarse a algo. La herramienta de metal se resbaló dos veces cuando empezó a ejercer presión. Con una mueca, el chamán se volvió hacia su equipo y seleccionó un cuchillo.

—Tengo que seccionar la encía, señor —dijo, nervioso.

Yao Shu vio que el chamán temblaba como si su propia vida estuviera en juego. Y quizá lo estaba. Gengis no se molestó en contestar, aunque una vez más sus manos se tensaron y aflojaron como si luchara con su cuerpo por obtener el control. El khan se puso rígido mientras Kokchu se inclinaba sobre el cuchillo, hundiéndolo profundamente. Gengis se atragantó con un chorro de pus y sangre, y le indicó a Kokchu con un ademán que se retirara para poder escupir en el suelo antes de volver a la posición anterior. Yao Shu vio que sus ojos brillaban feroces, y admiró en silencio la fuerza de voluntad de aquel hombre.

De nuevo, Kokchu cortó y removió la hoja, luego metió las pinzas, agarró y tiró. El chamán estuvo a punto de caerse cuando un largo fragmento de diente salió y Gengis gruñó, levantándose a escupir otra vez.

Gengis lo fulminó con la mirada y luego volvió a tenderse. El segundo trozo salió enseguida y el khan se incorporó, sujetándose la dolorida mandíbula y claramente aliviado de que todo hubiera acabado. Tenía rojo el borde de la boca y Yao Shu observó cómo Gengis tragaba esa saliva con regusto amargo.

También Jochi había observado la extracción, aunque él había intentado fingir que no miraba. Cuando Gengis se puso de nuevo en pie, Jochi se tendió en su cama y clavó la vista en las varillas de abedul que conformaban el techo de la ger. Yao Shu pensó que el khan se marcharía sin dirigirle la palabra a su hijo y se sorprendió cuando Gengis hizo una pausa y dio a Jochi unas palmadas en la pierna.

—Puedes andar, ¿no? —preguntó Gengis.

Jochi giró la cabeza despacio.

—Sí, puedo andar.

—Entonces, puedes cabalgar. —Gengis vio la espada con la cabeza de lobo que Jochi nunca perdía de vista y su mano derecha se agitó por el deseo de empuñarla. Estaba apoyada en la piel de tigre y Gengis recorrió la rígida piel con los dedos—. Si puedes andar, puedes cabalgar —le repitió Gengis. Podría haberse dado media vuelta y haberse marchado en ese momento, pero un impulso le mantuvo en su sitio—. Pensé que ese felino te mataría —añadió Gengis.

—Casi me mata —respondió Jochi.

Para su sorpresa, Gengis le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, desnudando una hilera de dientes rojos.

—Aun así, lo venciste. Tienes un tumán y partiremos a la conquista.

Yao Shu notó que el khan estaba tratando de reparar los puentes que se habían roto entre ellos. Jochi comandaría a diez mil hombres, una posición de inmensa confianza, que no se otorgaba a la ligera. Con íntima decepción, Yao Shu vio que Jochi se burlaba.

—¿Qué otra cosa podría desear de ti, mi señor?

En la ger se extendió una gran quietud, hasta que Gengis se encogió de hombros.

—Como tú digas, muchacho. Te he dado más que suficiente.

El río de carros y animales tardó varios días en verterse desde las montañas a las llanuras. Hacia el sur y el oeste se encontraban las ciudades gobernadas por el sah Mohamed. Todo hombre y mujer de la nación había oído la historia del desafío que le habían lanzado a su khan y de cómo habían muerto sus emisarios. Estaban impacientes por vengarse.

En torno al núcleo de las tribus, los exploradores cabalgaban en amplios círculos mientras avanzaban, dejando atrás las frías montañas. Los generales se habían jugado a las tabas el derecho a liderar un asalto con un tumán y había sido Jebe el que lanzó cuatro caballos y ganó. Cuando Gengis se enteró, hizo llamar al sustituto de Arslan para darle las órdenes. Jebe se había encontrado al khan reunido con sus hermanos, inmersos en la planificación de la guerra que estaba por llegar. Cuando Gengis por fin vio al joven que esperaba junto a la puerta, lo saludó con una inclinación de cabeza, alzando apenas la vista de los nuevos mapas que estaban dibujando con carbón y tinta.

—Necesito información, más que montones de muertos, general —dijo Gengis—. El sah puede apelar a ciudades tan grandes como las de las tierras Chin. Debemos enfrentarnos a sus ejércitos, pero cuando lo hagamos, será en nuestros propios términos. Hasta ese día, necesito que averigües todo lo que puedas. Si una aldea tiene menos de doscientos guerreros, haz que se rindan. Envíame a sus comerciantes y mercaderes, porque éstos son hombres que conocen un poco el mundo que los rodea.

—¿Y sí se niegan a rendirse, señor? —preguntó Jebe.

Khasar se rió entre dientes sin levantar la vista, pero la amarilla mirada del khan se separó de los mapas.

—Entonces, despeja el camino —contestó Gengis.

Cuando Jebe se volvió para marcharse, Gengis emitió un suave silbido. Jebe se giró con mirada interrogante.

—Ahora son tus guerreros, Jebe, no los míos, ni los de ningún otro hombre de los que están aquí. Será a ti a quien miren antes de actuar. Recuérdalo. He visto guerreros

muy valientes que se han desmoronado y han echado a correr, para luego resistir cuando lo tenían todo en contra sólo unos meses más tarde. La única diferencia residía en los oficiales que los comandaban. Nunca creas que otro hombre puede hacer tu trabajo. ¿Comprendes?

—Sí, señor —respondió Jebe. Se había esforzado por no mostrar su alegría, aunque la cabeza le daba vueltas de la emoción. Era su primer mando independiente. Diez mil hombres seguirían únicamente sus órdenes, poniendo sus vidas y honor en sus manos.

Gengis sonrió con ironía para sí, totalmente consciente del sudor en las palmas y el batiente corazón del joven.

—Entonces, vete —dijo el khan, volviendo con sus mapas.

En una mañana primaveral, Jebe partió con sus diez mil veteranos, deseando labrarse un nombre. A los pocos días, entraron en el campamento unos mercaderes árabes como si los persiguiera el propio demonio. Estaban dispuestos a hacer trueques y vender información a esta nueva fuerza que había aparecido en sus tierras y Gengis dio la bienvenida a una avalancha de ellos en su ger, despidiéndolos con las bolsas llenas de plata. A sus espaldas, distantes columnas de humo se elevaban lentamente hacia el calor.

Jochi se unió a sus hombres dos días después de su charla con Gengis en la ger de los enfermos. Estaba delgado y pálido por las seis semanas de aislamiento, pero se montó con la espalda rígida sobre su caballo favorito, apretando la mandíbula para acallar el dolor. Llevaba el brazo izquierdo entablillado y las heridas de sus piernas se abrieron y empezaron a supurar, pero sonreía mientras trotaba hacia las tropas. Sus hombres habían sido avisados de que venía y habían formado para saludar a su general y al primogénito del khan. La expresión de Jochi se mantuvo severa, concentrándose en su propia debilidad. Alzó la mano para saludar y lanzaron vítores celebrando que hubiera sobrevivido y la piel de tigre que había colocado entre la silla y el lomo del caballo. La reseca cabeza gruñiría siempre a la perilla de su silla de montar.

Cuando ocupó su lugar en la primera fila, hizo dar la vuelta a su poni y miró a los hombres que su padre le había entregado. De los diez mil, más de cuatro mil procedían de las ciudades Chin. Estaban montados y armados al estilo mongol, pero sabía que no podían disparar flechas tan rápido o con tanta puntería como sus hermanos. Dos mil más procedían de las tribus turcas del norte y el oeste, hombres de tez oscura que conocían las tierras árabes mejor que los propios mongoles. Pensó que su padre se los había dado a él porque los consideraba de sangre inferior, pero eran feroces y conocían el terreno y la caza. Jochi se sintió satisfecho de tenerlos. Los últimos cuatro mil eran de su pueblo: los naimanos, los oirat y los jajirat. Jochi posó su mirada en sus filas y fue allí donde percibió la debilidad: en sus adustos rostros. Los mongoles sabían que Jochi no era el hijo favorito del khan, que tal vez no era ni

siquiera su hijo. Leyó una duda sutil en la forma en que se miraban entre sí y no le vitoreaban con tanta energía como los demás.

Jochi sintió que su energía decaía e hizo acopio de voluntad. Le hubiera gustado disponer de más tiempo para que su brazo sanara. Sin embargo, había visto a Tsubodai unir a un grupo de hombres y estaba ansioso por iniciar su labor.

—Veo hombres delante de mí —les gritó. Su voz sonaba fuerte y muchos sonrieron—. Veo armaduras, pero todavía no veo un ejército.

Las sonrisas vacilaron y Jochi señaló con un gesto la vasta hilera de carros que salían de las montañas detrás de ellos.

—Nuestro pueblo posee suficientes hombres para mantener alejados a los lobos —continuó—. Cabalgad a mi lado hoy y veré qué puedo hacer con vosotros.

Hincó los talones en su montura a pesar de que ya empezaban a dolerle las piernas. A sus espaldas, diez mil hombres comenzaron a trotar hacia las llanuras. Les haría sudar la gota gorda, se dijo, hasta que estuvieran ciegos de agotamiento, o hasta que los miembros de su líder dolieran tanto que no pudiera tenerse en pie. La idea hizo sonreír a Jochi: él resistiría. Siempre lo había hecho.

La ciudad de Otrar era una de las muchas joyas de Corasmia, que se había enriquecido por su situación en la encrucijada de antiguos imperios. Había guardado el oeste durante un milenio, participando de la riqueza que discurría por las rutas comerciales. Sus muros protegían miles de casas de ladrillo, algunas de las cuales tenían tres plantas y estaban pintadas de blanco como protección contra el ardiente sol. Las calles siempre estaban llenas de bullicio y en Otrar se podía comprar cualquier cosa del mundo, si tenías suficiente oro. Su gobernador, Inalchuk, hacía ofrendas diarias en la mezquita y exhibiciones públicas de su devoción a las enseñanzas del profeta. En privado, bebía vino prohibido y tenía una casa de mujeres seleccionadas entre esclavas pertenecientes a una docena de razas, todas elegidas para procurarle placer.

Mientras el sol descendía hacia las colinas, Otrar se fue enfriando lentamente y, a medida que los hombres y las mujeres regresaban a sus casas, las calles fueron perdiendo su frenética energía. Inalchuk se enjugó el sudor de los ojos y arremetió contra su instructor de esgrima. Era un rival rápido y había veces en las que Inalchuk creía que se dejaba ganar algunos puntos por su amo. No le importaba, siempre que el instructor fuera listo. Si dejaba una abertura demasiado obvia, Inalchuk golpeaba con más fuerza, haciéndole una contusión o una magulladura. Era un juego, como todas las cosas del mundo eran un juego.

Por el rabillo del ojo, Inalchuk vio que su primer escriba se detenía a la entrada del patio. Su instructor se lanzó como un rayo sobre él para castigar ese momento de distracción, pero Inalchuk se echó hacia atrás antes de lanzar un golpe bajo hundiendo la punta de su espada roma en el estómago de su rival. El instructor cayó

pesadamente e Inalchuk se rió.

—No me embaucarás para ayudarte a levantar, Akram. Los trucos sólo sirven una vez.

El instructor sonrió y se puso en pie de un salto, pero la luz estaba desvaneciéndose e Inalchuk se inclinó ante él antes de entregarle la espada.

Al llegar la puesta de sol, Inalchuk oyó las voces de los muecines cantar la grandeza de Dios sobre todo Otrar. Era la hora de las oraciones vespertinas y el patio empezó a llenarse de los miembros de su séquito. Llevaban consigo esterillas y se alinearon en filas, con la cabeza gacha. Inalchuk los guió en las respuestas y, al tomar la primera posición, los pensamientos y preocupaciones del día se desvanecieron.

Mientras salmodiaban al unísono, Inalchuk deseaba que llegara el momento de romper el ayuno. El ramadán estaba próximo a su fin y ni siquiera él osaba desoír sus disciplinas. Los sirvientes cotilleaban como comadres y sabía bien que no debía proporcionarles ninguna prueba en su contra para los tribunales sharia. Mientras se postraba, tocando el suelo con su frente, pensó en las mujeres que elegiría para bañarle. Aun en el mes sagrado, todo era posible después de la caída del sol, y en ese terreno, al menos, un hombre podía ser un rey en su propia casa. Haría que trajeran miel y la dejaría gotear sobre la espalda de su favorita mientras gozaba de ella.

—¡Allahu Akbar! —dijo en voz alta. Dios es grande. La miel era algo maravilloso, se dijo, el regalo de Alá a los hombres. Inalchuk la comería todos los días si no fuera por su creciente cintura. Todo placer tenía su precio, al parecer.

Volvió a postrarse de nuevo: un modelo de devoción delante de los miembros y personal de su hogar. El sol se había puesto durante el ritual e Inalchuk estaba hambriento. Enrolló su estera de rezos y atravesó el patio con paso rápido, con su escriba pisándole los talones.

—¿Dónde está el ejército del khan? —preguntó Inalchuk por encima del hombro.

Su escriba revolvió un fajo de papeles como siempre hacía, aunque Inalchuk no tenía ninguna duda de que tenía la respuesta preparada. Zayed bin Saleh se había hecho viejo a su servicio, pero la edad no había entorpecido su inteligencia.

—El ejército mongol se mueve despacio, amo —contestó Zayed—, demos gracias a Alá. Su rastro oscuro se extiende interminable desde las montañas.

Inalchuk frunció el ceño. La imagen de la piel cubierta de miel desapareció de su imaginación.

—¿Más de lo que pensábamos?

—Puede que sean cien mil guerreros, amo, aunque no puedo estar seguro con tantos carros. Cabalgan como una enorme serpiente sobre la tierra.

Inalchuk sonrió ante la imagen.

—Hasta una serpiente posee sólo una cabeza, Zayed. Si el khan se está poniendo difícil, haré que los Asesinos la corten.

El escriba hizo una mueca, mostrando unos dientes que parecían de marfil amarilleado.

—Preferiría abrazar a un escorpión que enfrentarme con esos místicos Shia, amo. Son peligrosos y no sólo por sus dagas. ¿No rechazan a los califas? No son verdaderos hombres del islam, en mi opinión.

Inalchuk se rió, dándole a Zayed una palmada en el hombro.

—Te asustan, pequeño Zayed, pero podemos comprarlos y no hay nadie tan bueno en su oficio. ¿No dejaron un pastel envenenado sobre el pecho del propio Saladín mientras dormía? Eso es lo que importa. Honran sus contratos y toda su oscura locura es puro cuento.

Zayed se estremeció ligeramente. Los Asesinos gobernaban sobre sus fortalezas de las montañas y ni siquiera el mismo sah podía ordenarles que salieran. Adoraban la muerte y la violencia y Zayed sintió que Inalchuk no debería hablar con tanta ligereza de ellos, aun en su propio hogar. Confiaba en que su silencio fuera considerado un reproche sutil, pero, cuando se le ocurrió otra cosa, Inalchuk continuó.

—No has mencionado la opinión del sah Mohamed —dijo—. ¿Puede ser que todavía no haya respondido?

Zayed meneó la cabeza.

—Todavía no hay refuerzos, amo. Tengo a hombres apostados al sur aguardándoles. Lo sabré en cuanto aparezcan.

Habían llegado al complejo de baños de la casa del gobernador. Como esclavo masculino, Zayed no podía traspasar el umbral e Inalchuk se detuvo con él, meditando sobre sus órdenes.

—Mi primo tiene a más de un millón de hombres armados, Zayed, más que suficiente para aplastar a ese ejército de carros y cabras flacuchas. Envía otro mensaje con mi sello personal. Dile... que doscientos mil guerreros mongoles han atravesado las montañas. Quizá comprenda que mi guarnición no tiene más opción que retirarse ante tantos soldados.

—Puede que el *sha* no crea que vayan a atacar Otrar, amo. Hay otras ciudades que no cuentan con nuestras murallas.

Inalchuk chasqueó la lengua en señal de desaprobación y se peinó los aceitados rizados de la barba con la mano.

—¿A qué otro sitio podrían ir? Fue aquí, en el mercado, donde ordené que azotaran a los hombres del khan. Aquí donde construimos una pila de manos tan alta como la cintura de un hombre. ¿No me guió mi primo en ese asunto? He seguido sus órdenes pensando que su ejército estaría listo para obligar a los mongoles a volver por donde han venido. Ahora le he llamado y se sigue retrasando.

Zayed no contestó. Las murallas de Otrar nunca habían sido destruidas, pero los mercaderes árabes estaban empezando a llegar desde las tierras Chin. Hablaban de que los mongoles utilizaban máquinas que podían destruir una ciudad. No se hallaba fuera de lo posible que el *sha* hubiera decidido dejar que la guarnición de Otrar probara el temple del khan mongol. Veinte mil hombres descansaban dentro de los

muros, pero Zayed no sentía demasiada confianza.

—Recuérdale a mi primo que en una ocasión le salvé la vida cuando éramos niños —dijo Inalchuk—. Nunca me ha pagado esa deuda.

Zayed inclinó la cabeza.

—Haré que sea informado, amo. Enviaré los caballos más rápidos.

Inalchuk asintió con brusquedad, y desapareció por la puerta. Zayed le miró irse y frunció el ceño. El amo estaría en celo como un perro al sol hasta el amanecer, dejando la planificación de la campaña a sus sirvientes.

Zayed no comprendía la lujuria, como tampoco comprendía a hombres como los Asesinos, que elegían comer los pegajosos pedazos marrones de hachís que eliminaban el miedo y les hacía estremecerse de deseos de matar. Cuando era joven su cuerpo le había atormentado, pero una bendición de la vejez era la liberación de las exigencias de la carne. El único placer verdadero que había conocido se lo habían producido la planificación y el estudio.

Zayed pensó vagamente que tendría que comer para sostenerse durante la larga noche que le esperaba. Había apostado más de cien espías a lo largo del camino del ejército mongol y sus informes llegaban cada hora. Empezó a oír el rítmico gruñido de su amo y meneó la cabeza como si estuviera ante un niño díscolo. Que alguien actuara de ese modo cuando el mundo estaba a punto de desplomarse le dejaba perplejo. Zayed estaba seguro de que el sah Mohamed soñaba con convertirse en un nuevo Saladín. Entonces Inalchuk era sólo un niño, pero Zayed recordaba el reinado del gran rey. Rememoró con deleite los recuerdos de los guerreros de Saladín atravesando Bujará en dirección a Jerusalén más de treinta años atrás. ¡Aquella había sido una época dorada!

Zayed estaba casi seguro de que el sah no dejaría que Otrar cayera. Había numerosos líderes que se habían unido a su bandera, pero estarían esperando una debilidad. Era la maldición de todos los hombres fuertes y el sah no podía renunciar a una ciudad rica. Después de todo, los Chin nunca habían estado más débiles. Si Gengis podía ser detenido en Otrar, había todo un mundo que conquistar.

Zayed oyó cómo la ruidosa pasión de su amo subía de volumen y suspiró. No cabía duda de que los ojos del propio Inalchuk estaban puestos en el trono del sah. Si podía vencer rápidamente a los mongoles, quizá estuviera incluso a su alcance.

El pasillo estaba fresco tras la caída del sol. Zayed apenas fue consciente de la presencia de los esclavos que iban encendiendo lámparas de aceite a lo largo de sus muchos metros. No estaba cansado. Ésa era otra de las bendiciones de la vejez, que necesitaba pocas horas de sueño. Desapareció en la penumbra arrastrando los pies, con la mente ocupada por el millar de cosas que tenía que hacer antes de que amaneciera.



## IX

**J**ebe había perdido la cuenta de los kilómetros que había recorrido en el mes que llevaban separados del ejército del khan. Al principio, se había dirigido hacia el sur, circunvalando un vasto lago con forma de media luna. Jebe nunca había visto una cantidad así de agua dulce, tan amplia que ni siquiera la aguda vista de los exploradores alcanzaba a ver la otra orilla. Durante días, sus hombres y él habían pescado con sus lanzas rollizos peces verdes cuyo nombre desconocían, dándose un festín con su carne antes de continuar. Jebe había decidido no intentar hacer que los caballos cruzaran a nado y condujo a su tumán por las arcillosas orillas. La tierra estaba repleta de animales que podían comer, desde gacelas y cabras montesas hasta un oso pardo que emergió bramando de un bosquecillo y casi alcanzó a un grupo de asalto antes de que las flechas lo derribaran. Jebe había cubierto el lomo de su caballo con la piel del oso, gruesa y rebosante de grasa en proceso de putrefacción. Confiaba en poder curar la piel ahumándola antes de que se pudriera demasiado. Por encima de sus cabezas, los halcones y las águilas planeaban sobre el viento y las colinas y los valles le recordaban el hogar.

Como Gengis había ordenado, dejó en paz las pequeñas aldeas: la oscura masa de sus hombres pasó junto a ellas sin desmontar mientras los granjeros huían o se les quedaban mirando con un sordo terror. A Jebe ese tipo de hombres le recordaban al ganado y la idea de vivir ese tipo de vida, atrapado en un solo lugar durante el resto de sus días, indefectiblemente le producía escalofríos. Había destruido cuatro pueblos grandes y más de una docena de fuertes por el camino, dejando el botín enterrado en las colinas en emplazamientos marcados. Sus hombres estaban empezando a descubrir qué tipo de líder era y cabalgaban con la cabeza alta, disfrutando de su estilo de ataques rápidos y de su costumbre de recorrer enormes distancias en pocos días. Arslan había sido un general más precavido, pero había enseñado bien a Jebe y el joven los guiaba con mano dura. Tenía que labrarse un nombre entre los generales y no permitía ninguna debilidad o vacilación en aquéllos que lo seguían.

Si una ciudad se rendía enseguida, Jebe enviaba a sus mercaderes al norte y al este donde calculaba que Gengis podía haber llegado con los carros más lentos. Les prometía oro y los tentaba con monedas Chin como prueba de la generosidad con que se les recibiría. Algunos habían tenido que ver sus hogares arrasados por las llamas y no sentían ningún aprecio por el joven general mongol, pero aceptaban los regalos y se marchaban. Tampoco podían iniciar la reconstrucción con Gengis dirigiéndose al sur y Jebe descubrió que eran más pragmáticos que su propio pueblo, que aceptaban mejor el destino que puede elevar a un hombre y destruir a otro sin ninguna causa o motivo. No admiraba esa actitud, aunque era bastante conveniente para sus propios fines.

Hacia el final de la luna nueva, cuya aparición Jebe había aprendido que marcaba el mes árabe del ramadán, llegó a una nueva cordillera montañosa al sur del lago en

forma de media luna. Otrar estaba situada al oeste y más adelante se hallaban las doradas ciudades del sah, cuyos nombres Jebe apenas sabía pronunciar. Había oído hablar de Samarcanda y Bujará y había hecho que los granjeros árabes marcaran su ubicación en toscos mapas que serían de gran valor para Gengis. Jebe no fue a ver esos lugares amurallados. Cuando lo hiciera, sería con las huestes mongolas a sus espaldas.

Mientras la luna iba desapareciendo, Jebe recorrió en un último barrido las colinas del sur, localizando fuentes de agua y manteniendo a sus hombres en forma. Estaba prácticamente listo para regresar e ir a la guerra. A pesar de que su tumán había estado fuera durante más de un ciclo lunar, no llevaban consigo ninguna ger y acamparon en un valle resguardado, con exploradores apostados en todos los picos circundantes. Fue uno de ellos quien regresó al galope al campamento, con su poni cubierto de sudor.

—He avistado a unos jinetes, general, a lo lejos.

—¿Te han visto? —preguntó Jebe.

El joven guerrero negó con la cabeza, orgulloso.

—Es imposible, general. Los vi con la última luz antes de la puesta del sol y vine hacia aquí de inmediato. —Había cierta vacilación en su voz y Jebe esperó a que volviera a hablar—. Pensé... podrían haber sido mongoles, general, por la forma en que montaban. Fue sólo una imagen fugaz antes de que se fuera la luz, pero vi a seis hombres cabalgando juntos y podrían haber sido de los nuestros.

Jebe se levantó, olvidando el guiso de conejo que tenía a sus pies.

—¿Quién si no habría venido tan al sur? —murmuró. Con un suave silbido, hizo que sus hombres dejaran sus raciones de comida y montaran. Estaba demasiado oscuro para cabalgar deprisa, pero antes de que se pusiera el sol había visto un sendero que serpenteaba a través de las colinas y Jebe no pudo resistirse a acercarse a ese grupo durante la noche. Al alba, estaría en posición. Pasó las órdenes a sus oficiales, que informaron a sus hombres. Al poco tiempo, estaban animando con delicadeza a sus monturas a avanzar y formando una columna.

La noche sin luna era muy oscura, pero obedecieron las órdenes y Jebe sonrió para sí. Si era Khasar, o aún mejor, Tsubodai... no había nada que le gustara más que sorprender a una fuerza mongola al amanecer. Mientras se dirigía con su montura a la cabeza de la fila, fue ordenando en susurros a varios batidores que se adelantaran, sabiendo que los generales del khan disfrutarían si pudieran hacerle lo mismo a él. A diferencia de hombres de más edad, tenía que hacerse un nombre y se deleitaba pensando en los desafíos que planteaba un territorio nuevo. El ascenso de Tsubodai demostraba que Gengis siempre valoraba el talento por encima de los vínculos de sangre.

Jochi se despertó de un sueño profundo en una ladera poblada de pinos, a medio

camino entre la falda y la cumbre de una montaña. Se quedó inmóvil, tendido en la oscuridad absoluta, y elevó la mano izquierda frente a su rostro, parpadeando cansado. Los árabes consideraban que el amanecer era el momento en el que un hilo negro podía distinguirse de uno blanco y todavía no había suficiente luz para eso. Bostezó y supo que no volvería a dormirse ahora que su maltrecho cuerpo le había arrastrado a la vigilia. Por la mañana tenía las piernas entumecidas y comenzaba cada día frotándose aceite en las abultadas cicatrices que habían dejado los hierros candentes y las garras del tigre. Lentamente, se masajeó la arrugada piel con los pulgares, gruñendo de alivio cuando los músculos se relajaron. Fue entonces cuando oyó el sonido de cascos en la oscuridad y la llamada de uno de sus exploradores.

—Aquí —exclamó.

El explorador desmontó y se aproximó, arrodillándose junto a él. Era uno de los reclutas Chin y Jochi le entregó la vasija del aceite para que continuara la friega mientras escuchaba. El explorador habló deprisa en su propio idioma, pero Jochi le interrumpió sólo una vez para preguntarle el significado de una palabra.

—En tres semanas, no hemos visto ningún indicio de una fuerza armada y ahora llegan hasta nosotros arrastrándose en la oscuridad —dijo Jochi, haciendo una mueca mientras los pulgares del guerrero Chin masajeaban una zona sensible.

—Al amanecer podríamos estar a kilómetros de distancia, general —murmuró el explorador.

Jochi meneó la cabeza. Sus hombres le permitirían huir si tuviera algún plan para atraer al enemigo hacia una emboscada. Retirarse sin más le desautorizaría ante todos los grupos de su tumán.

Maldijo en voz baja. En la noche sin luna, no podía saber dónde estaba el enemigo o cuántos se dirigían contra él. Sus mejores batidores serían inútiles. Su única ventaja es que conocía el terreno. El aislado valle situado al sur había sido su campo de entrenamiento durante medio mes y lo había utilizado para llevar a sus hombres a un nuevo nivel de dureza. Al igual que sus exploradores, conocía cada sendero recóndito y cada escondite en aquella extensión de tierra.

—Haz que vengan mis oficiales minghaan —dijo al explorador.

Los diez oficiales superiores podrían repartir las órdenes con rapidez a los distintos millares que conformaban su tumán. Gengis había creado el sistema y funcionaba bien. Jochi sólo había añadido la idea de Tsubodai de nombrar a cada mil y a cada jagun de cien hombres. Provocaba menos confusión en batalla y se sentía satisfecho con ellos.

El explorador Chin le devolvió el recipiente de aceite y saludó con una inclinación de cabeza antes de salir con premura. Jochi se puso en pie y se alegró al comprobar que sus piernas habían dejado de doler, al menos por un tiempo.

Para cuando sus hombres estaban dirigiendo a sus monturas hacia la cresta de las montañas tras las que se abría un amplio valle, habían llegado dos batidores más. El sol todavía no estaba alto en el cielo, pero la luz gris del alba iluminaba las colinas, y

los hombres sentían que la vida se agitaba en sus miembros. Jochi vio que los exploradores estaban riéndose entre dientes y les indicó con un ademán que se aproximaran. También ellos pertenecían al linaje Chin, pero algo había pintado una clara expresión divertida en esos guerreros habitualmente impasibles.

—¿Qué sucede? —preguntó Jochi, impaciente.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Los que se aproximan son mongoles, general.

Jochi parpadeó, confuso. Sí, podía distinguir los rostros de los exploradores en la mortecina luz, pero ellos habían cabalgado a través de la oscuridad para regresar junto a él.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió.

Para su sorpresa, uno de ellos se golpeó la nariz.

—El olor, general. La brisa sopla de norte a sur y no hay posibilidad de error. Los guerreros árabes no usan grasa rancia de oveja.

Era evidente que los batidores esperaban que Jochi se sintiera aliviado, pero, en vez de eso, entornó los ojos y los despidió con un gesto brusco. Sólo podía ser el tumán de Arslan, liderado por el nuevo hombre que su padre había ascendido. No había tenido la oportunidad de conocer a Jebe antes de que Gengis lo enviara fuera. Jochi enseñó los dientes en la oscuridad. Se encontraría con él en sus propios términos, en una tierra que Jebe no podía conocer tan bien como él.

Jochi repartió nuevas órdenes y los hombres aceleraron el paso para estar en el valle antes del alba. Todos habían oído la noticia de que había otro tumán en la zona y, como su general, estaban ansiosos por demostrar lo que eran capaces de hacer. Destruir los ejércitos del sah Mohamed no les producía tanta satisfacción como tener la oportunidad de sembrar la confusión entre los suyos.

Con el sol sobre el horizonte, Jebe progresaba despacio. Sus guerreros habían avanzado durante la última parte de la noche, rodeando con sigilo un valle donde podían oír moverse a guerreros y caballos. Los relinchos resonaban hasta muy lejos en la hondonada entre colinas y Jebe había dejado a cuarenta yeguas en celo a una buena distancia, donde no llamaran a los machos.

La primera luz hizo sonreír al general: veía el terreno que tenía por delante. Los guerreros avanzaban como manchas oscuras sobre la tierra, circundados por todos los lados por pendientes y riscos. Los chamanes contaban historias de grandes rocas que caían de las estrellas y daban lugar a los hundidos valles. El paisaje que los rodeaba parecía uno de esos lugares. Jebe localizó un risco prominente hacia donde podía dirigir a los grupos de los flancos y, aprovechando la cobertura de los árboles, permanecer en todo momento fuera de la vista de los hombres que ocupaban el valle. No pretendía quitar ninguna vida, sólo demostrarle al tumán mongol que podía haberles destruido. No olvidarían la visión de sus líneas armadas bajando las

pendientes en estruendoso galope.

La vista de Jebe era muy aguda y, aun en la distancia, comprobó complacido que no había ningún signo de alarma en aquéllos que observaba. Era evidente que estaban entrenando y distinguió una línea de discos distantes que sólo podían ser dianas de paja para el tiro con arco. Fila tras fila galopaban y lanzaban sus flechas a toda velocidad antes de dar media vuelta para disparar otra vez. Jebe se rió entre dientes cuando oyó la lejana llamada de los cuernos mongoles.

Junto a dos de sus mejores hombres y dos portaestandartes, Jebe ató las riendas a un pino, se puso en cuclillas y empezó a avanzar lentamente hacia la cresta de la montaña. Recorrió los últimos metros tendido sobre el estómago, arrastrándose hasta que su mirada pudo abarcar todo el valle esmeralda. Todavía estaba demasiado lejos como para reconocer al general, pero, con un asentimiento, Jebe aprobó la precisión con que las formaciones maniobraban y efectuaban conversiones. Fuera quien fuera, había entrenado bien a sus hombres.

A casi un kilómetro de distancia, Jebe vio un destello de rojo, que desapareció con tanta rapidez como había aparecido sobre un alto peñasco. Su flanco izquierdo se había instalado en una pendiente por la que podían descender a caballo y estaban listos. Esperó a que el derecho los imitara y su corazón se aceleró cuando vio parpadear una bandera azul.

En aquel momento notó la irritante sensación de que algo no cuadraba y perdió la concentración. ¿Dónde estaban los demás exploradores, los hombres que se suponía que tenían que vigilar para evitar precisamente ese tipo de ataques? El fondo del valle era un terreno vulnerable a cualquier fuerza hostil y Jebe no podía imaginar que uno de los generales de Gengis hubiera acampado allí sin apostar esos ojos en derredor. Sus hombres tenían órdenes de desarmar a los exploradores antes de que pudieran hacer sonar sus cuernos, pero eso dependía de la suerte. Tal vez el padre cielo estuviera contemplando sus esfuerzos ese día y los batidores hubieran sido capturados en silencio. Meneó la cabeza con recelo.

—¿Dónde están los exploradores? —murmuró.

El hombre que estaba más cerca de él era Palchuk, que se había casado con la hermana de Gengis, Temulun. Había descubierto que había sido una elección sólida, por mucho que sospechara que Gengis había contravenido sus propias normas para ascenderle.

—No hay ningún ejército de envergadura cerca de este lugar —dijo Palchuk, encogiéndose de hombros—. Quizá hayan enviado a los exploradores a zonas más alejadas.

Al otro lado del valle, Jebe vio un centelleo de luz. La distancia era demasiado grande para poder distinguir las banderas, pero su subalterno llevaba un trozo de vidrio Chin que utilizaba para reflejar el sol. Jebe dejó a un lado sus dudas y se puso en pie. Cien pasos por detrás del general, había dos mil hombres aguardando al lado de sus ponis. Los animales estaban bien adiestrados y apenas emitieron ningún sonido

cuando los hombres retiraron los brazos de sus pescuezos y les permitieron alzarse.

—Mantened los arcos en sus fundas —exclamó Jebe—. Vamos a entrenar a estos hombres, no a matarlos.

Palchuk se rió suavemente para sí mientras Jebe y él montaban como el resto. Cargarían en cuatro frentes, convergiendo en el centro, donde Jebe se encontraría con el general. Se recordó a sí mismo que no debía regodearse cuando el hombre le reconociera.

Al levantar el brazo para dar la orden, Jebe vio un destello rojo a la izquierda, como si su flanco estuviera haciendo señales de nuevo.

—¿Qué hacen? —preguntó en voz alta.

Antes de que Palchuk pudiera contestar, desde debajo de la tierra, de todas direcciones, empezaron a brotar guerreros. Los hombres de Jebe gritaron, confusos, mientras a su alrededor iban levantándose guerreros mongoles que salían con los arcos en ristre de zanjás poco profundas excavadas en el suelo. Habían aguardado durante las últimas horas de la noche en completo silencio, cubiertos por una gruesa capa de mantillo de hojas y agujas de pino. En apenas unos momentos, más y más arcos apuntaban a Jebe con sus afiladas flechas, que, atónito, hacía girar a su montura.

Vio a Jochi salir a grandes zancadas de entre los árboles y soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás. El hijo del khan no respondió hasta que hubo llegado junto al estribo de Jebe. Jochi llevó la mano a la empuñadura con cabeza de lobo de la espada.

—Tus hombres son nuestros prisioneros —dijo—. Nadie va a venir y sois míos. —Sólo entonces sonrió Jochi, y a aquéllos que estaban más cerca de Jebe, con expresión maliciosa.

—Sabía que tenía que haber más exploradores —replicó Jebe.

Aceptando la actitud marcada, le entregó su propia espada. Jochi hizo una inclinación de cabeza y se la devolvió, con la expresión iluminada por la alegría del éxito. Mientras Jebe observaba divertido, Jochi hizo sonar una larga nota en el cuerno de un batidor que resonó en todo el valle. Debajo, a lo lejos, los guerreros detuvieron sus maniobras y sus vítores alcanzaron incluso las alturas donde se encontraban.

—Te doy la bienvenida a mi campamento, general —anunció Jochi—. ¿Quieres bajar al valle conmigo?

Jebe inclinó la cabeza ante lo inevitable. Aguardó mientras los hombres de Jochi deponían las armas y sus caballos llegaban desde el valle hasta la cresta.

—¿Cómo supiste que situaría a mis hombres aquí para el ataque? —preguntó a Jochi.

El hijo del khan se encogió de hombros.

—Es el lugar que habría elegido yo.

—Y fuiste entrenado por Tsubodai —respondió Jebe, con ironía.

Jochi sonrió, decidiendo no mencionar que había colocado hombres en otros

cuatro lugares a lo largo del risco. Las horas de silenciosa espera habían sido húmedas y frías, pero ver la expresión de Jebe cuando se pusieron en pie ante él había hecho que la incomodidad mereciera la pena.

Los dos generales descendieron juntos la ladera hasta el valle, cómodos el uno con el otro.

—He estado dándole vueltas al nombre que le daría a mi tumán —confesó Jochi. Jebe le miró, enarcando las cejas—. Tsubodai tiene sus Jóvenes Lobos, que suena mejor que «Los guerreros de Jochi» o «El tumán de Jebe», ¿no crees?

Jebe había visto a ese extraño joven mantenerse firme mientras un tigre saltaba sobre él. La silla de montar de Jochi se asentaba sobre la piel rayada y Jebe, incómodo, se dio cuenta de que estaba sentado sobre una piel de oso en proceso de descomposición. Jochi no pareció notarlo.

—¿Estás pensando en tigres, o algo por el estilo? —preguntó Jebe, con cautela.

—Oh, no, no tiene por qué ser un animal —replicó Jochi, pero luego lanzó una mirada fugaz a la piel del oso.

Jebe sintió cómo sus mejillas se sonrojaban y se rió entre dientes otra vez. Le gustaba el hijo del khan, independientemente de lo que se dijera sobre él en los campamentos. Fuera o no fuera hijo del khan, Jebe se relajó. No percibía en él ni rastro de la arrogante bravuconería que había visto en Chagatai y eso le complacía.

Se habían dirigido hacia donde esperaban los hombres de Jochi formando perfectos cuadrados. Jebe inclinó la cabeza saludando a los oficiales, honrándoles delante de sus hombres.

—Tienen un aspecto bastante peligroso —dijo Jebe—, ¿qué te parece «lanza de Hierro»?

—«Lanza de hierro» —repitió Jochi, probando el sonido—. Me gusta la palabra «hierro», pero tengo demasiadas pocas lanzas para hacer que el nombre funcione. No parece justo hacer que se entrenen de nuevo para adaptarse al nombre.

—«Caballo de Hierro», entonces —contestó Jebe, enganchado en el juego—. Al menos todos ellos tienen monturas.

Jochi tiró de las riendas, deteniéndose.

—¡Me gusta! Tsubodai tiene a los Jóvenes Lobos. Yo tengo al Caballo de Hierro. Sí, es muy evocador. —Sonrió mientras hablaba y, de repente, ambos hombres se echaron a reír para desconcierto de los oficiales que los rodeaban.

—¿Cómo supiste que veníamos? —preguntó Jebe.

—Olí esa piel del oso —contestó Jochi, y ambos volvieron a estallar en carcajadas.

Los hombres de Jochi habían cazado bien y tenían carne suficiente para todos los guerreros de Jebe. Imitando el ejemplo de los dos generales que se sentaban juntos como viejos amigos, los tumanes se mezclaron con facilidad y el estado de ánimo

reinante era tranquilo y alegre. Sólo los exploradores se quedaron en lo alto de las colinas y, también en esta ocasión, Jochi envió a hombres a varios kilómetros de distancia como había hecho todos los días de entrenamiento. No podía dejar que le sorprendieran en aquel valle.

Jebe permitió a sus hombres que entrenaran con Jochi y pasó la mayor parte del día discutiendo tácticas y hablando sobre el terreno que habían cubierto. Aceptó la oferta de Jochi de dormir en el campamento improvisado y no se fue hasta el siguiente amanecer. Había sido un agradable descanso de las duras jornadas a caballo y las raciones de viaje. Jebe había comido bien y Jochi les había entregado el último odre de una reserva de airag para los hombres de más rango. Jochi no se había referido ni una sola vez a cómo había sorprendido al otro general en las alturas y Jebe sabía que estaba en deuda con él. Los hombres hablarían de ello durante meses.

—Te dejaré con tu Caballo de Hierro, general —dijo Jebe cuando subió el sol—. Quizá cuando llegue el momento encuentre un nombre para mis propios hombres.

—Pensaré en ello —prometió Jochi. Por un momento, dejó a un lado la ligereza de sus maneras—. Tengo pocos amigos, Jebe. ¿Puedo considerarte uno de ellos?

Al principio, Jebe no respondió. El camino que recorría el hijo del khan era duro y sintió un escalofrío ante la posibilidad de tener que elegir un día entre Gengis y ese alto joven. Tal vez fuera por la deuda que tenía con él, o simplemente porque realmente le gustaba Jochi, pero siempre había sido impulsivo. Con un rápido gesto, sacó un cuchillo, se hizo un corte en la palma de la mano y se la tendió.

Jochi se quedó mirándola fijamente un segundo y luego asintió. Hizo lo mismo que él y los dos hombres se estrecharon las manos derechas. No era un gesto baladí y los guerreros que los rodeaban se mantuvieron en silencio mientras los observaban.

A lo lejos, aparecieron dos exploradores que llegaban al galope y el momento se interrumpió cuando ambos generales se giraron hacia ellos. Por la enorme velocidad de los jinetes, supieron enseguida que los exploradores tenían noticias y Jebe retrasó sus planes de partir hasta que hubiera oído lo que tenían que decir.

Eran hombres de Jochi y todo cuanto Jebe podía hacer era escuchar mientras le informaban.

—El enemigo está a la vista, general. A unos cincuenta kilómetros al sur y viniendo hacia el oeste.

—¿Cuántos son? —preguntó Jebe, sin poder controlarse. El batidor vio que Jochi asentía y respondió.

—No puedo contar una fuerza tan inmensa de hombres y caballos, general. Más que todos los guerreros del khan, puede que el doble. Viajan sobre bestias enormes que no había visto nunca, cubiertas con una coraza de oro.

—El sah está en el campo de batalla —sentenció Jochi, con satisfacción—. Mi Caballo de Hierro cabalgará a su encuentro. ¿Tus Pielas de Oso vendrán con nosotros?

—«Pielas de Oso» no me gusta nada de nada —respondió Jebe.



—Es un buen nombre, pero lo hablaremos mientras cabalgamos —replicó Jochi, y lanzó un silbido para que le trajeran su caballo y su arco.

## X

**A**unque avanzaron con rapidez por los senderos de las colinas que Jochi conocía tan bien, los tumanes tardaron la mayor parte del día en alcanzar el punto donde el explorador había avistado el ejército del sah. En tierras montañosas, a veces era posible que dos ejércitos pasaran a sólo un valle de distancia sin llegar a saber que el otro también estaba allí. Sin embargo, si los cálculos de los exploradores eran acertados, unas tropas así no podían ocultarse. A media tarde, los generales estaban suficientemente cerca como para ver el rastro de polvo rojizo que flotaba en el aire creando un falso horizonte. Jebe y Jochi se reunieron para elaborar un plan para el primer contacto con el ejército del sah. Con hombres de más edad, decidir quién cabalgaría hacia quién hubiera sido un tema delicado. Jochi era el hijo del khan, mientras que Jebe tenía siete años más de experiencia. Con las líneas rojas todavía frescas en sus palmas, ninguno de ellos le dio importancia al asunto. Ambos cabalgaron hasta un punto medio para discutir sus planes y observar al enemigo.

Jebe había perdido el ánimo relajado de la mañana. Saludó a Jochi con la cabeza mientras trotaban el uno junto al otro, al frente de veinte mil hombres. Como hombre le gustaba el hijo del khan, pero no lo conocía como general y Jebe sintió el primer escozor de fastidio por tener que permitir que otra fuerza coincidiera con la suya en el campo de batalla.

Los ejércitos mongoles atravesaron un alto puerto siguiendo el rastro de polvo de los árabes. La luz iba aumentando a medida que la tierra se abría y ambos hombres dirigieron a sus monturas hacia un risco desde el que se divisaban las llanuras que se extendían ante ellos. Al menos, Jochi había recorrido la zona con anterioridad. El polvo flotaba en el aire como las nubes de una tormenta lejana y, al tragar, el joven notó la garganta seca mientras se imaginaba una fuerza enemiga lo suficientemente numerosa como para crear una imagen así.

Por fin, los generales se detuvieron y ambos hombres alzaron el brazo para frenar a los guerreros que los seguían. Su propio rastro de polvo se movía como una cola perezosa en la cálida brisa. El enemigo sabría que estaba siendo observado, pero, a la luz del día, era imposible desplazar contingentes grandes sin ser visto.

Jochi y Jebe permanecieron en adusto silencio sobre sus monturas mientras contemplaban la hueste y sus estandartes avanzando con estruendo hacia el oeste, a sólo kilómetro y medio de distancia. Era un ejército que hacía parecer pequeños los tumanes del khan, con soldados de infantería y un gran número de jinetes cabalgando en las alas. El fondo del valle se extendía, llano, durante kilómetros y kilómetros, pero, con todo, no parecía suficientemente grande para contener a tantos hombres.

Incluso a esa distancia, Jochi alcanzaba a ver las lanzas, como pinos en un bosque. Bajo la luz dorada del sol, las armaduras de hierro relucían entre las filas. Miró hacia Jebe para ver cómo reaccionaba y descubrió al general agachado sobre su silla, contemplando fascinado el espectáculo.

—¿Ves los arcos? —preguntó Jebe, entornando los ojos.

Jochi no los había visto, pero asintió, deseando que Tsubodai estuviera allí para evaluar la fuerza contra la que se enfrentarían en batalla.

Jebe habló como si ya estuviera haciendo un informe.

—De doble curva, como los nuestros. Tienen buenos escudos también, más grandes que los nuestros. ¡Y tantos camellos! Nunca he visto tantos en un solo lugar, ni he visto que los llevaran a la guerra. En terreno accidentado, serán más rápidos que nuestros caballos. Debemos asegurarnos de no permitirles sacarle partido a esa ventaja.

Había algo en Jebe que siempre mejoraba el estado de ánimo de Jochi.

—No olvides esas enormes bestias con cuernos —dijo—, o dientes, o lo que sean. También serán nuevos para nuestros hombres.

—Elefantes —contestó Jebe—. Jelme me contó que había visto uno en la corte de Koryo. Son animales temibles. —Señaló con un gesto las negras alas del ejército del sah, cortando el aire con la mano—. Utilizan la caballería en los extremos, protegiendo el centro. Allí es donde encontraremos a sus generales. —Desde el risco, podía ver toda la estructura del ejército del sah extendida ante él. Un grupo más pequeño de jinetes cabalgaba en el centro, sus filas en formación perfecta. Jebe sorbió aire entre los dientes mientras pensaba—. ¿Ves las cajas sobre el lomo de esos elefantes? ¿Ves que están rodeados de jinetes? Ésos serán los hombres de más rango. —Hizo una pausa y silbó para sí—. Son jinetes excelentes. Mira cómo mantienen la formación.

Jochi le miró de reojo cuando respondió.

—Terroríficos, ¿verdad?

Jebe se rió entre dientes.

—No tengas miedo, Jochi. Ahora estoy yo aquí.

Jochi resopló, aunque de hecho tenía miedo. El ejército de su padre podía ser engullido por una masa tan grande de soldados y no conseguía encontrar una sola debilidad en sus oscuras líneas.

Ambos hombres se dieron cuenta de que habían sido avistados casi en cuanto se situaron sobre el risco. Los jinetes corrían arriba y abajo por las filas del sah y los generales mongoles observaban con interés, absorbiendo toda la información que podían. Había muchas cosas que no comprendían. A pesar de que Jebe había oído la descripción de un elefante, ver de verdad a esos inmensos animales alzándose imponentes ante los jinetes era una experiencia que intimidaba. Las enormes cabezas parecían llevar una coraza de hueso además del reluciente metal. Si podían hacer que cargaran, no se le ocurría cómo podrían pararlos.

Cuando Jebe se giró para comentarle un detalle a Jochi, una vasta fuerza de jinetes árabes se separó de la columna principal y formó en un remolino de polvo. Una señal de los cuernos ordenó a los demás que se detuvieran y, hasta en eso, los generales mongoles notaron la férrea disciplina de los hombres del sah. Jebe y Jochi

se miraron el uno al otro conjeturando sobre lo que estaba sucediendo.

—¡Nos van a atacar! —exclamó Jebe—. Deberías retirarte, Jochi, y avisar a tu padre. Todo lo que hemos visto aquí será útil en los días por venir.

Jochi negó con la cabeza. Su padre no le miraría con buenos ojos si se marchaba sin más. La información podía transmitirla un único explorador y no habían llegado a las tierras del sah para retirarse frente a sus ejércitos.

Jochi sintió una punzada de resentimiento porque Jebe estuviera con él. Había recorrido un largo camino para liderar a sus guerreros y le fastidiaba tener que adherirse a la autoridad de un hombre de rango superior.

—Al menos somos nosotros los que estamos en terreno elevado —dijo Jochi.

Recordó a los caballeros rusos que habían tenido que ascender esforzadamente una colina para cargar contra él y conocía el valor de ese tipo de ventaja. En la distancia, las masivas formaciones árabes iniciaron el trote rápido y a Jochi le invadió un súbito pánico. Sabía que no podía enviar a su tumán directamente contra los jinetes rivales. Había formas más fáciles de desperdiciar vidas humanas. Se planteó lanzar un ataque con una falsa retirada, haciendo que los árabes salieran de la llanura persiguiéndoles. Sus hombres estaban en forma, tan en forma como sólo los mongoles podían estarlo, pero no sabía si los soldados Chin de sus filas se quedarían atrás y serían arrollados.

Cuando habló, la voz de Jebe sonaba despreocupada y parecía totalmente inconsciente del torbellino de ideas que cruzaba la mente de Jochi.

—Tendrán que venir hacia nosotros directamente, con su sah observando. No sabrán cuántos hombres tenemos detrás de este risco. Yo diría que están tan sorprendidos como nosotros de encontrarnos en este lugar, tan lejos de Otrar o del khan. ¿Puedes dar la vuelta para llegar al flanco?

Jochi miró a lo lejos antes de asentir. Jebe sonrió como si estuvieran hablando de un simple combate de lucha o una apuesta.

—Entonces ése será el plan. Yo aguardaré hasta que se hayan cansado de subir la pendiente, y luego caeré como un alud sobre sus cabezas. Tú llegarás desde el flanco y abrirás una cuña hacia el centro. Tus lanzas nos serán útiles allí, yo creo.

Jochi observó la empinada ladera.

—Es una pena que no tengamos rocas para tirarlas rodando contra ellos —dijo.

Jebe asintió, sorprendido.

—¡Es una idea excelente! Daría a mi segunda esposa por conseguir unos recipientes de aceite para tirárselos también, pero veré qué puedo encontrar.

Durante un instante, ambos hombres percibieron la tensión del otro e intercambiaron una mirada totalmente desprovista de la ligereza de sus palabras.

—No podemos vencer a tantos si son tan buenos como sus armas y sus corazas —aseguró Jochi—. Golpearé el flanco, pero luego me retiraré y dejaré que me sigan y se alejen de la fuerza principal.

—¿Es la voz de Tsubodai la que estoy oyendo? —preguntó Jebe.

Jochi no sonrió.

—Es mi propia voz, general. Haré que corran hasta agotarse, hasta que estén a mucha distancia de sus refuerzos.

Jebe inclinó la cabeza ante el hijo del khan. No mencionó que casi la mitad del tumán de Jochi pertenecían a la raza Chin. Aunque cabalgaban sobre fuertes ponis mongoles, no tendrían la resistencia de hombres nacidos sobre la silla de montar.

—Buena suerte, general —exclamó mientras hacía girar a su montura.

Jochi no contestó, ya estaba repartiendo órdenes entre sus hombres. Diez mil de los que aguardaban tras el escarpado peñasco se reunieron rápidamente y se dirigieron hacia el este para rodear la pendiente. No sería fácil cargar sobre ese terreno cubierto de fragmentos de pizarra, y, con toda honestidad, Jebe no sabía cuál de los dos tenía una tarea más difícil.

Mientras ascendía por la colina, Khalifa Al-Nayhan estaba preocupado: su excelente caballo castrado ya estaba resoplando en el calor y el polvo. Había crecido en esas mismas montañas y conocía el risco que estaba atacando. El sah le había dado la orden y había hecho formar a sus hombres sin vacilar, pero sentía un vacío en el estómago. Tras el primer *shock* que le había producido ver a los exploradores mongoles a cientos de kilómetros de donde deberían haber estado, el sah Mohamed había montado en cólera y Khalifa sabía que la ira podía durarle días o semanas. No era el momento para sugerir que esperaran a estar en un terreno mejor.

Khalifa espoleó a su montura para que siguiera subiendo por el accidentado terreno, y alzó la vista hacia el risco que parecía elevarse a una enorme distancia sobre su cabeza. Tal vez en lo alto no hubiera más que un campamento de exploradores. Para cuando hubieran llegado, es posible que se hubieran alejado al galope y, entonces, al menos, el sah se quedaría satisfecho. Nadie sabía cómo esos salvajes mongoles habían logrado que un emperador Chin se arrodillara ante ellos, y el sah necesitaba victorias rápidas para tranquilizar a sus caciques.

Khalifa sacudió la cabeza para expulsar esos pensamientos de su mente mientras seguía cabalgando, sintiendo el escozor del sudor en los ojos. Hasta entonces el verano había sido benigno, pero subir hasta ese peñasco era una ardua tarea. Confiaba en los hombres que le rodeaban, muchos de ellos pertenecían a su misma tribu de guerreros del desierto. El sah no había escatimado gastos a la hora de equiparlos para la guerra y, a pesar de que la nueva armadura y los escudos eran pesados, Khalifa sentía la confianza que conferían. Eran hombres selectos: los primeros que entraban en batalla, los que derribaban muros y ejércitos. Notó el golpear del arco contra su muslo, pero las flechas eran inútiles mientras ascendían por la pronunciada pendiente. Una vez más, pensó en el sah observando y meneó la cabeza para librarse de esos pensamientos de debilidad. Saldrían airosos o morirían. A Alá el resultado le era indiferente.

En el punto más empinado de la ladera, Khalifa supo que estaban en una situación comprometida. Los caballos continuaban avanzando, pero el suelo era más blando aún de lo que recordaba y el progreso era terriblemente lento. Khalifa se sintió expuesto y se encomendó a Dios mientras sacaba el curvo sable shamsher que le había servido durante tantos años. Con la mano izquierda, levantó el escudo y cabalgó descansando sólo los pies en los estribos. Como muchos de sus hombres, despreciaba en secreto esos puntos de apoyo de metal que hacían tan difícil desmontar con rapidez. Sin embargo, en una pendiente así y cuando necesitaba ambas manos para sostener sus armas, demostraron su utilidad. Una veloz palmada en su bota le confirmó que su daga seguía estando en su funda de cuero y se inclinó hacia delante en la cálida brisa que llegaba desde el risco.

En tiempos de paz, en la civilización no había sitio para carniceros como él, pero seguían siendo necesarios, y siempre lo serían, cada vez que las bellas ciudades y los verdes parques fueran amenazados. Khalifa se había librado de dos acusaciones de asesinato enrolándose en el ejército y adoptando un nuevo nombre. Era lo que se le daba mejor hacer. A veces le pagaban y a veces le perseguían, dependiendo de cómo y cuándo pusiera en práctica sus habilidades. Cabalgar con sus hombres hacia las fauces del enemigo era lo que amaba. El sah estaba observando y si ensangrentaban sus espadas, los comandantes serían recompensados con mujeres y oro.

—¡Mantén recta la línea, Alí, o haré que te azoten! —Khalifa bramaba órdenes a sus hombres. Vio que el polvo seguía ascendiendo desde el risco y comprendió que sus enemigos no habían huido. Apenas podía ver nada en las nubes de polvo que levantaban sus hombres, pero sólo había un objetivo y su caballo conservaba las fuerzas.

De repente, por encima de él, Khalifa vio cómo varias rocas aumentaban de tamaño: los mongoles las estaban empujando hacia el borde. Advirtió a sus hombres con un grito, pero no había nada que pudiera hacer y observó asustado cómo las enormes piedras descendían a trompicones, aplastando hombres y caballos con una serie de espantosos crujidos. Khalifa chilló cuando una cayó tan cerca de él que sintió el viento que creaba al pasar. Cuando rebotó alejándose de él, pareció saltar como si fuera un ser vivo, derribando al hombre que estaba a su espalda con un sonoro golpe. Sólo vio seis rocas cayendo como guadañas sobre sus hombres, pero cada una de ellas quitó numerosas vidas y dejó el suelo salpicado de armaduras y hombres despedazados. Cabalgaban en filas muy apretadas y no habían podido maniobrar para esquivar las piedras.

Cuando las rocas dejaron de caer, aquí y allá se oyeron algunos gritos de alegría y ánimo que brotaban de las gargantas de los que seguían esforzándose por subir la pendiente. La cresta de la colina estaba a menos de cuatrocientos pasos de distancia y Khalifa hincó los talones en su montura, ansioso ahora por vengarse de los que habían matado a sus hombres. Vio una oscura línea de arqueros frente a él y alzó el escudo instintivamente, metiendo la cabeza debajo. Estaba suficientemente cerca para

oír cómo daban las órdenes en su extraña lengua, y apretó los dientes. El sah había enviado a cuarenta mil hombres hasta lo alto de esa ladera: ninguna fuerza en el mundo podía aspirar a hacer otra cosa que mermar sus filas antes de que cayeran sobre ellos y los destruyeran.

Al disparar mientras descendían la colina, los arqueros mongoles podían arrojar sus flechas más lejos de lo habitual. Khalifa no podía hacer otra cosa que mantener la cabeza agachada mientras las flechas chocaban contra su escudo. La única vez que levantó la cabeza, recibió al instante un golpe de refilón que le arrancó el turbante y lo dejó colgando. Antes de dejar que se enganchara, lo cortó junto con parte de sus cabellos y el tocado cayó rebotando colina abajo.

Al principio, los escudos protegieron a los hombres, pero, a medida que llegaban a los cien últimos pasos, el aire estaba tan plagado de flechas que los hombres morían de veinte en veinte. El escudo de Khalifa estaba hecho de madera y cubierto con una piel reseca de hipopótamo: era la pieza mejor y más ligera del equipo del sah. El escudo aguantaba, aunque los músculos de su brazo estaban tan magullados y contusionados que apenas podían sostenerlo. Sin previo aviso, sintió cómo su caballo se estremecía, herido de muerte.

Khalifa quiso bajarse de un salto, pero los pies se le engancharon en los estribos y, durante un instante de pánico, el cuerpo del caballo moribundo le atrapó la pierna derecha. Otra montura se estrelló contra la suya al desplomarse y se liberó con un movimiento brusco, dando las gracias a Alá. Se levantó sobre el arenoso terreno, escupiendo sangre y ciego de ira.

Toda la fila frontal había sido derribada por los arqueros, obstruyendo a los que venían detrás. Muchos de sus hombres estaban aullando de dolor, tirando de los astiles de las flechas que les atravesaban piernas y brazos, mientras que otros yacían despatarrados e inmóviles. Khalifa vociferó nuevas órdenes y los hombres que le seguían desmontaron para guiar a sus monturas a pie a través de los destrozados cadáveres. La distancia disminuyó todavía más y Khalifa alzó la espada apuntando con ella al enemigo. A sólo cien pasos, su deseo de matar era brutal. A pie avanzaba más deprisa, aunque cada paso sobre ese blando suelo socavaba sus fuerzas. Tenía que subir prácticamente a gatas, pero mantenía la espada en ristre, lista para asestar el primer golpe. El sah estaba observando y Khalifa casi podía sentir los ojos del viejo posados en su espalda.

Los mongoles brotaron como una avalancha del risco y empezaron a bajar la inclinada pendiente. Sus ponis se deslizaban por el infirme terreno manteniendo las patas delanteras rectas y rígidas mientras que las traseras se agrupaban para no perder pie. Los guerreros del desierto se prepararon para recibir el primer envite, pero, para horror de Khalifa, otra descarga de flechas derribó a varios de sus hombres antes de que las fuerzas se encontraran. No podía comprender cómo los mongoles podían tensar y soltar mientras guiaban a sus monturas por una pendiente tan pronunciada, pero la lluvia de flechas arrolló a sus soldados. Cientos de ellos murieron, a pie o

guiando a sus caballos, y, esta vez, tras los proyectiles, la primera línea de guerreros mongoles se abalanzó sobre ellos. Khalifa oyó cómo iban creciendo sus gritos hasta que le pareció que el estruendo rebotaba en todas las montañas circundantes, envolviéndole.

Los jinetes mongoles cayeron como una ola rompiente, aplastando todo lo que encontraban en su camino con la pura fuerza de su peso. Khalifa estaba de pie detrás de los cadáveres de dos caballos y sólo podía observar atónito cómo la carga pasaba rugiendo junto a él: una cuña de tropas con lanzas en la punta que se iba adentrando más y más en las líneas que ascendían.

Todavía estaba vivo, pero los mongoles seguían llegando. Khalifa no podía subir más: el camino estaba bloqueado por miles de jinetes mongoles que guiaban a sus monturas sólo con las rodillas mientras disparaban a todo lo que se movía. Una larga flecha le rozó el costado, partiendo las ligaduras de metal de su armadura como si estuvieran hechas de papel. Cayó, gritando incoherencias, y fue entonces cuando vislumbró otra fuerza progresando a través de la ladera.

Los hombres de Jochi golpearon el flanco de los jinetes árabes situados por debajo de la carga de Jebe. Sus flechas abrieron una brecha en las filas de soldados y, a continuación, les atacaron con lanzas y espadas, segando la vida de los hombres atrapados en la melé. Khalifa se puso en pie para observar la escena y el miedo y la cólera subieron como bilis por su garganta. Las flechas continuaban pasando silbantes junto a su cabeza desnuda, pero aguantó sin inmutarse. Vio que las dos fuerzas mongolas se encontraban en el centro y la masa combinada empujaba a sus hombres hacia abajo, de modo que sus filas casi llegaban hasta el fondo del valle. Tras ellos, el suelo estaba cubierto de cadáveres y algunos caballos sin jinete habían salido corriendo desbocados, derribando a varios soldados de las sillas en su pánico.

La carga mongola que había salido del risco había pasado por su lado. Khalifa vio a un caballo con las riendas atrapadas bajo un muerto y corrió hacia él, haciendo caso omiso del agudo dolor que le atravesó el costado mientras montaba y arrojando el escudo a un lado con una maldición cuando los astiles de las flechas se engancharon en él. El aire estaba cargado de polvo y de los gritos de sus moribundos hermanos, pero tenía un caballo y una espada y nunca había pedido más. Calculó que quedaban unos treinta mil hombres del desierto con vida, luchaban más abajo para rechazar la doble carga. Khalifa vio que los mongoles habían apostado todas sus fuerzas en el ataque y, aullando, descendió la colina a galope tendido en dirección a sus tropas. Podían rechazarlos. Podían vencerlos, estaba seguro de ello.

Cuando llegó hasta sus hombres, repartió órdenes a voz en grito entre los oficiales más próximos. Empezó a formarse un sólido cuadrado, rodeado de escudos. Los mongoles se lanzaron sobre los extremos y empezaron a caer al encontrarse con las espadas de su tribu. Khalifa percibía la batalla como un ser vivo y sabía que todavía podía convertir las pérdidas en un triunfo. Ordenó a sus hombres que se retiraran en orden hacia el terreno llano y mientras se dirigían hacia el valle, fueron hostigados



incansablemente por los guerreros mongoles. Los alejó de la pendiente que habían utilizado con tanto éxito y, cuando notó que la tierra se endurecía bajo su montura, Khalifa ordenó que cargaran contra ellos, exhortando a sus hombres con palabras del profeta.

—Serán muertos sin piedad, o crucificados, o amputados de manos y pies opuestos, o desterrados del país. ¡Sufrirán ignominia en la vida de acá y terrible castigo en la otra!

Sus hombres eran árabes de pura raza. Le oyeron y recobraron la ferocidad, abalanzándose con violencia contra el enemigo. Al mismo tiempo, cuando los mongoles estuvieron más cerca, el sah avanzó por fin, enviando soldados de refuerzo en formación cuadrada. Las líneas se encontraron y un rugido brotó de sus gargantas cuando los mongoles, que se defendían desesperadamente de los ataques que llegaban de varias direcciones, fueron rechazados. Khalifa vio que las tropas del sah se abrían para rodearlos, progresando con paso firme y regular.

Los jinetes mongoles vacilaron, abrumados, mientras Khalifa se abría paso con su caballo a través de la fila frontal. Un joven guerrero se le acercó y Khalifa se preparó y le arrancó la cabeza cuando pasó por su lado. Los jinetes del sah avanzaron, con las espadas enrojecidas. La disciplina se mantenía y Khalifa se sintió orgulloso. Una vez más, percibió la incertidumbre de los atacantes y, de repente, rompieron filas y echaron a correr, dejando atrás a la infantería al alejarse al galope.

Khalifa ordenó a sus lanceros que se adelantaran y observó complacido cómo mantenían la formación y acertaban a muchos de los fugitivos en la espalda, derribándolos de sus sillas.

—¡Por el profeta, hermanos! —bramó—. ¡Destrozad a esos perros!

Los guerreros mongoles atravesaron la llanura al galope, cabalgando con el cuerpo echado sobre las grupas de sus ponis. Khalifa alzó la mano y la dejó caer: las líneas de soldados árabes clavaron los talones en sus monturas y se lanzaron tras ellos. Pasarían junto al flanco del ejército del sah y Khalifa deseó que el feroz viejo le viera y le diera las gracias. Mientras cabalgaba, volvió la vista hacia la ladera que ascendía hasta el risco. Los cadáveres la habían teñido de negro y la imagen hizo que una nueva fuerza brotara en él. Esos hombres se habían atrevido a entrar en su país y todo cuanto encontrarían allí sería el fuego y la espada.

## XI

**T**ras la carrera inicial hacia el este a lo largo del valle, ambos tumanes y sus perseguidores adoptaron un lento galope con el que fueron devorando el valle kilómetro a kilómetro. Antes de que se pusiera el sol, los hombres de Khalifa trataron de acortar la distancia tres veces y fueron repelidos por las flechas disparadas por los mongoles, girados sobre sus sillas de montar. A diferencia de los mongoles, los jinetes árabes no tenían precisión lanzando flechas a toda velocidad. Aunque sus monturas eran más rápidas en cortas distancias, se vieron obligados a disponerse para una larga persecución. Para cuando el sol tocó el oeste a sus espaldas, estaban a casi veinte kilómetros del ejército del sah. Los guerreros mongoles cabalgaban en adusta concentración, sabiendo que quedarse atrás significaba la muerte.

Jochi y Jebe se habían reunido a medio camino avanzando entre las filas de sus hombres. No sabían cuántos de los suyos habían perdido en las laderas bajo la cresta de la colina. Al final, los árabes habían luchado bien, pero ambos generales se sentían satisfechos con lo que habían logrado. Informarían a Gengis tanto de los puntos fuertes como de las debilidades del enemigo y lo que habían aprendido sería vital para el khan en los próximos días. Aun así, todavía tenían que sobrevivir a la obstinada persecución. Ambos sabían que era más fácil perseguir que ser perseguido. Al igual que las águilas y los lobos, los hombres tenían los ojos en la parte delantera del rostro. Cabalgar tras un enemigo mantenía el espíritu fuerte, como oír al enemigo siempre a las espaldas socavaba la confianza de los tumanes. Sin embargo, no vacilaron.

—¿Crees que nos seguirán a través de la oscuridad? —preguntó Jochi.

Jebe se volvió para mirar por encima de su hombro a la masa de jinetes. Les habían seguido unos treinta mil hombres, cuya calidad como guerreros desconocía. Jochi y él habían acabado con tantos en las laderas de la colina que pensó que la ira mantendría a los árabes tras su rastro durante largo tiempo. Les habían obligado a retroceder en desorden durante la batalla y no permitirían que se marcharan sin perseguirlos. Mientras observaba a sus rivales, Jebe admitió que los árabes eran excelentes jinetes. Habían mostrado disciplina y valor. Contra eso, los dos tumanes sólo podían responder con la estoica resistencia que habían aprendido de los brutales inviernos en las estepas. No desfallecerían, aunque tuvieran que seguir corriendo hasta el fin del mundo.

Jebe miró durante un instante al sol que se desvanecía tras el horizonte, una línea dorada que arrojaba temblorosas sombras frente a sus hombres. Se dio cuenta de que no había contestado la pregunta y se encogió de hombros.

—Parecen poseer suficiente determinación para ello. Además, son más rápidos en esfuerzos breves. Si yo fuera su comandante, esperarí a que la oscuridad fuera total y entonces reduciría distancias cuando no podamos verlos y nos sea más difícil

rechazarlos.

Jochi cabalgaba con cuidado, conservando su fuerza. Le dolía el brazo izquierdo y tenía las piernas anquilosadas. Las viejas cicatrices le provocaban pinchazos que se le clavaban en los muslos cuando los estiraba. Aun así, se esforzó en no dejar entrever el orgullo que le embargaba por la acción en la colina. Su carga por el flanco había barrido a los soldados árabes, pero Jebe no lo había mencionado.

—Entonces, cuando se haga de noche, deberíamos correr durante un par de kilómetros y abrir una distancia mayor que no puedan cubrir fácilmente.

Jebe torció el gesto ante la idea de salir disparados a galope tendido por un terreno desconocido. Su mayor temor era que los árabes supieran que el valle terminaba abruptamente, quizá en un cañón bloqueado. Los tumanes podrían estar cabalgando hacia su propia destrucción. Jochi aguzó la vista tratando de ver qué había más adelante, pero, a ambos lados, las cumbres parecían continuar hasta el infinito. Una punzada de hambre interrumpió sus pensamientos y metió la mano en el bolsillo para sacar un trozo de cordero seco. A la última luz del día, miró aquel amasijo oscuro con desconfianza, pero arrancó un bocado y empezó a masticarlo antes de extender el brazo y ofrecerle un poco a Jebe. El general lo aceptó sin hablar, partiendo un trozo con los dedos antes de devolverle el resto. No habían comido desde la mañana y ambos hombres estaban hambrientos.

—Cuando mi padre luchó contra el reino de los Xi Xia —dijo Jochi, sin dejar de masticar—, el rey desperdigó unos pinchos de hierro por el terreno que podían hacer caer una línea de jinetes a la carga.

—Nos serían útiles ahora —respondió Jebe, asintiendo—. Si cada hombre llevara sólo unos pocos, podríamos hacer que esos árabes pasaran por encima de un reguero de pinchos.

—La próxima vez, amigo —sentenció Jochi—, si es que hay una.

El sol se puso y una pálida luz grisácea atravesó el valle, pasando gradualmente por varios tonos de gris hasta llegar al negro carbón. Tenían poco tiempo antes de que saliera la ce invertida de la luna nueva. Jochi y Jebe repartieron órdenes apenas audibles en el estruendo de cascos y el paso se incrementó lentamente. Ambos líderes dependían de la resistencia de los ponis de las estepas. Los exploradores estaban acostumbrados a cabalgar más de ciento cincuenta kilómetros en un solo día y Jochi y Jebe contaban con esa ventaja para agotar a su enemigo. Como los hombres que los montaban, los ponis eran tan duros como el cuero viejo.

Tras ellos, los dos generales oyeron cómo se aceleraba el ritmo de los caballos árabes al iniciar el galope tendido, pero ya habían ampliado la distancia que los separaba. Jochi ordenó a las filas de retaguardia que dispararan tres flechas por cabeza hacia la oscuridad. Su decisión se vio recompensada por una serie de estrepitosas colisiones y gritos que resonaron en las colinas. Una vez más, los perseguidores se quedaron atrás y los generales ordenaron a sus hombres que adoptaran un trote rápido, listos para pasar al galope en cualquier momento. Los

ponis mongoles ya habían peleado y cargado ese mismo día. Muchos de ellos estaban fatigados y empezaban a sufrir por la falta de agua, pero no había manera de que reposaran.

—¿Has visto las banderas del ejército del sah? —preguntó Jochi.

Jebe dijo que sí con la cabeza, recordando el mar de medias lunas que exhibían las filas árabes. La nueva luna era importante para su enemigo, quizá debido a que marcaba el inicio y el fin de su mes sagrado. Jebe esperaba que no fuera un presagio de buena suerte para los que cabalgaban tras ellos.

La luna despedía una débil luz plateada sobre los ejércitos que recorrían el valle como un largo río. Algunos de los guerreros mongoles utilizaron esa pálida luminiscencia para lanzar algunas flechas hasta que Jochi dio orden de que mantuvieran las reservas de proyectiles. Era demasiado difícil matar a un hombre con escudo en la oscuridad y, cuando llegara el momento, necesitarían todas y cada una de las flechas.

A la cabeza de sus hombres, Khalifa cabalgaba inmerso en un silencio enfurecido. Nunca había vivido nada parecido a aquella persecución nocturna y no podía evitar la persistente sensación de que había dejado al sah sin su ala de jinetes en un territorio cuya hostilidad ya había quedado probada. En otras ocasiones había salido detrás de ejércitos en fuga, pero había sido siguiendo un breve impulso salvaje después de que sus enemigos se derrumbaran, un momento en el que un guerrero podía hundir alegremente su espada en el cuello de hombres que huían o lanzar flechas hasta vaciar sus carcajes. Recordaba esos momentos con emocionada satisfacción, en especial porque se habían producido después de batallas en las que había cabalgado cerca de la muerte.

La persecución de hoy era algo diferente y no conseguía comprender a los generales mongoles que le precedían. Cabalgaban en perfecta formación y todo intento de derribarlos antes de la puesta del sol había sido rechazado. ¿Habrían perdido el coraje? Su manera de montar no era la de alguien que fuera presa del pánico, sino que, más bien, parecían centrados en no derrochar las fuerzas de sus caballos, manteniéndose por delante de sus perseguidores, justo a la distancia necesaria para que no tuviera sentido ordenar a sus hombres que dispararan contra ellos.

Irritado, Khalifa rechinó los dientes, sintiendo el penetrante dolor de la herida de su costado. El sah había elegido ese valle porque era la ruta más rápida hacia el oeste para llegar a socorrer a Otrar. El paso entre montañas tenía más de ciento cincuenta kilómetros de largo y se abría a una amplia llanura próxima a la aldea donde Khalifa había nacido. Cada kilómetro que avanzaban le alejaba más del ejército principal y le hacía preguntarse si los mongoles no estarían arrastrándole de manera deliberada. Sin embargo, no podía frenar y dejar que se marcharan. Su sangre clamaba venganza por

aquéllos que habían masacrado.

La salida de la luna le trajo cierto alivio: pasó varias horas calculando ángulos desde Merreikh, el planeta rojo, hasta la luna y el horizonte oriental. No obstante, fue incapaz de determinar si los resultados prometían buena suerte o no y el juego mental no le satisfizo. ¿Era posible que los mongoles hubieran planeado una emboscada a tanta distancia del campo de batalla principal? No, no podía ser eso... Mientras la luna ascendía por el cielo, entornó los ojos tratando de encontrar en la penumbra algún indicio de que los mongoles estuvieran haciendo señas a otra fuerza que estuviera aguardándoles.

No podía ver nada más que sus espaldas y su galope no dejaba traslucir que estuvieran siendo perseguidos por un vasto ejército de hombres furiosos y resueltos a acabar con ellos. En el oscuro valle, era fácil imaginar enemigos en cada sombra. La ira de Khalifa le ayudó a aguantar cuando el penetrante frío empezó a calarle los huesos. Tomó un único trago de su odre de agua y lo sacudió con rabia. No había estado lleno al principio y ahora sólo le quedaban unas gotas. Notó que sus hombres habían empezado a mirarle esperando órdenes, pero no tenía nada que decirles. No regresaría junto a su sah sólo para decirle que el enemigo había escapado. No podía.

Jebe y Jochi habían pasado buena parte de la noche conversando. Entre ellos se había ido desarrollando un respeto mutuo que las horas a caballo no hicieron sino incrementar. Algunos hombres echaban cabezadas por turnos a su alrededor, siempre con la ayuda de un amigo que sujetaba las riendas por si acaso sus monturas empezaban a desviarse y meterse en las filas de los demás jinetes. Cabalgar dormidos era una práctica común entre los que habían sido pastores, pero, por lo general, lo hacían sólo cuando avanzaban al paso. Nadie se cayó, a pesar de que llevaban las cabezas apoyadas sobre el pecho. Los tumanes habían ralentizado la marcha cuando la luna empezó a descender y, al instante, la fuerza que les pisaba los talones había iniciado el galope, reduciendo de nuevo la brecha que los separaba. En cuatro ocasiones se habían visto obligados a igualar su frenética velocidad antes de volver a decelerar, pero cuando el amanecer estuvo próximo, ambos ejércitos iban al trote y sus caballos echaban espuma por la boca, resollando sin dejar de avanzar.

Jochi vio los primeros rayos del alba y alargó el brazo para avisar a Jebe. La luna era sólo una delgada línea sobre las colinas y el nuevo día estaba a punto de comenzar. Era probable que se produjera otro ataque y los hombres se restregaron los ojos para espabilarse. Les parecía que la noche que acababa de concluir había durado eternamente y, al mismo tiempo, que se había desvanecido en un instante. A pesar de tener un enemigo a la espalda, les embargó una extraña paz mientras compartían con los demás los últimos restos de carne seca y se pasaban los odres de agua tibia y amarga hasta que estuvieron vacíos.

A Jebe le dolía todo el cuerpo, tenía la boca seca y sentía como si tuviera arena en

las articulaciones. Notaba punzadas en la zona lumbar y, al mirar atrás, no pudo por menos que admirar al enemigo que aún los seguía. Cuando el día clareó, vio que los caballos de los árabes estaban agotados por la cabalgada. Sus perseguidores apenas podían sostenerse erguidos sobre las sillas de montar, pero no se habían caído ni habían permitido que los tumanes se alejaran demasiado.

Jochi se sintió orgulloso de los Chin que cabalgaban junto a su pueblo. Eran los que más habían sufrido y tantos de ellos se habían quedado rezagados que ahora constituían la retaguardia de los tumanes. Con todo, habían continuado. Menos de un kilómetro separaba a los dos ejércitos y eso no había cambiado desde la caída de la noche.

Cuando el sol lució con fuerza en el firmamento, Khalifa repartió las órdenes entre sus subalternos. La noche había sido muy dura para él por el frío y el agotamiento. El final del valle estaba a la vista y sabía que habían recorrido bastante más de ciento cincuenta kilómetros sin hacer una sola pausa. De joven, se hubiera reído ante tal desafío, pero con cuarenta años, las rodillas y los tobillos habían empezado a dolerle cada vez que su caballo daba un paso. También sus hombres estaban cansados, aunque poseían la adusta resistencia de los árabes del desierto. Cuando recibieron la orden de reducir la brecha entre ellos y sus rivales una vez más, alzaron la cabeza de inmediato. ¡Esta vez confiaba en poder hacer que los mongoles entraran en combate!

El aumento de la velocidad no fue brusco para no alertar al enemigo. Khalifa espoleó suavemente a su jadeante montura, disminuyendo la distancia a sólo cuatrocientos pasos antes de que los mongoles pudieran reaccionar. Entonces Khalifa levantó la mano y, rugiendo con la garganta llena de polvo, mandó a sus hombres que cargaran.

Sus hombres hincaron los talones en sus caballos y las exhaustas bestias respondieron, iniciando un galope irregular. Khalifa oyó a un caballo emitir un desesperado relincho y desplomarse contra el suelo, arrastrando consigo a uno de sus hombres. No pudo ver lo que había pasado hasta que estuvo a doscientos pasos y sacó una flecha larga y negra de la aljaba que llevaba a la espalda.

Los mongoles habían percibido la amenaza y habían respondido con una ráfaga de flechas que dispararon girándose sobre sus monturas. A pesar de la forzada postura, su precisión era terrorífica y Khalifa vio cómo derribaban hombres y caballos, que eran pisoteados por todos lados. Lanzó un grito de frustración mientras las plumas de su flecha le tocaban la mejilla. Su montura avanzaba dando traspiés por la velocidad y, aun así, lograron aumentar la distancia que los separaba. Soltó la flecha y rugió, triunfante, cuando se clavó en lo alto de la espalda de uno de sus rivales, derribándole de la montura. Hirió a varias docenas de mongoles más, aunque la armadura salvó a unos cuantos. Los que caían, eran pisoteados repetidas veces por los cascos árabes mientras se retorcían en el polvo, hasta que sus huesos quedaban

reducidos a una pulpa sanguinolenta.

Khalifa se desgañitó gritando a sus hombres, pero estaban acabados. Por la forma en que se tambaleaban sobre las sillas, comprendió que habían alcanzado el límite de sus fuerzas. Muchos de los caballos se habían quedado cojos durante la noche. Fueron quedándose atrás mientras sus jinetes agitaban en vano látigos y fundas de espada.

Barajó la posibilidad de ordenar un alto, pero el esfuerzo era excesivo. Siempre creía que podría aguantar un poco más, hasta que los mongoles mataran a sus caballos y ellos mismos empezaran a morir. Le ardían los ojos debido a la arenilla por la que habían avanzado toda la noche y todo cuanto podía hacer era quedarse mirando mientras el enemigo se distanciaba una vez más, alejándose casi un kilómetro de ellos. Allí se mantuvieron mientras el sol seguía subiendo y ninguno de los bandos lograba aumentar o reducir la brecha que los separaba. Khalifa volvió a colocar su arco en la funda de cuero que llevaba tras la pierna derecha y palmeó el pescuezo de su caballo.

—Sólo un poco más, gran corazón —murmuró al oído del desfallecido animal. Sabía que muchos de los caballos estarían sentenciados tras esa jornada. Les habían forzado más allá de ningún esfuerzo que hubieran realizado nunca y sus vías aéreas estarían permanentemente dañadas. Oyó un nuevo golpe y el relincho de un caballo que, en algún lugar detrás de él, se estrellaba tambaleante contra los que lo rodeaban antes de desplomarse. Sabía que caerían muchos más, pero las filas de retaguardia de los mongoles seguían atrayéndole como un imán y entrecerró los ojos para no perderlos de vista en medio del asfixiante polvo.

Cuando los tumanes emergieron de las sombras del valle y entraron en la llanura, sus ánimos se aligeraron. A lo lejos vislumbraron el humo de las hogueras matutinas proveniente de las aldeas y tomaron un camino de tierra apisonada en dirección al este. Frente a ellos, en algún lugar, se encontraban las ciudades del sah y los potenciales refuerzos para aquéllos que todavía los seguían. Jebe y Jochi no tenían ni idea de cuántos hombres podría situar el sah en el campo de batalla. Tal vez sus ciudades hubieran sido despojadas de sus guarniciones por las guerras, o tal vez estuvieran bien guarnecidas y repletas de soldados listos para responder a una incursión como la suya en su territorio.

El camino era ancho, quizá debido al inmenso ejército que había allanado la tierra al pasar por allí sólo unos días antes. La columna mongola se apretó para avanzar por el terreno endurecido, adoptando una formación en filas de cincuenta al salir de las montañas envuelta en una nube de polvo. El sol dejó atrás el mediodía y el fuerte calor hizo que varios hombres y caballos cayeran en ambos bandos y quedaran atrás, desapareciendo en un maremágnum de cascos. Los mongoles sudaban y no tenían agua o sal que les ayudaran a conservar las fuerzas. Desesperados, Jebe y Jochi

empezaron a echar ojeadas a sus espaldas cada vez con más frecuencia.

Los caballos árabes eran mejores que ninguna raza que hubieran conocido antes en combate, mucho mejores, desde luego, que las monturas Chin o las rusas. Y, sin embargo, a medida que el calor absorbía sus fuerzas, los perseguidores comenzaron a rezagarse hasta que Jebe ordenó adoptar un paso más lento. No quería perderlos ni darles tiempo para detenerse y reagruparse. Calculó que habrían arrastrado a los jinetes del sah tras ellos durante casi doscientos cincuenta kilómetros, rozando incluso los límites del más duro de los exploradores mongoles. Los ponis estaban cubiertos de regueros de espumosa saliva y tenían el pelaje oscurecido por el sudor y las llagas surgidas donde la silla de montar les había arrancado antiguas callosidades.

Cuando la sofocante tarde iba bastante avanzada, pasaron un fuerte, desde cuyas murallas los soldados los observaron boquiabiertos, desafiándolos a gritos mientras pasaban. Los mongoles no respondieron. Todos y cada uno de los hombres estaban perdidos en su propio mundo, resistiéndose a la debilidad de la carne.

Jochi pasó las horas de calor lleno de sufrimiento: debido al roce, en su muslo había aparecido una abrasión sangrante. Cuando la noche cayó de nuevo, la zona quedó entumecida, lo que resultó un alivio. El escozor de las cicatrices se calmó, pero su brazo izquierdo estaba muy débil y, al agarrar las riendas, le dolía como si le estuvieran aplicando un hierro candente. Para entonces, los mongoles ya no hablaban entre sí. Mantenían la boca cerrada como les habían enseñado, conservando la hidratación de sus cuerpos al aproximarse al límite de su resistencia. Jochi miraba a Jebe de vez en cuando, esperando que decidiera cuál era el mejor momento para detener la marcha. Jebe cabalgaba muy rígido y sus ojos apenas se despegaban del horizonte que tenían ante sí. Al mirarle, Jochi pensó que el joven general parecía dispuesto a cabalgar hasta el mismo horizonte.

—Es la hora, Jebe —le dijo Jochi por fin.

El general salió con lentitud de su aturdimiento, balbució algo incoherente y escupió, con tan poca energía que la flema le cayó sobre el pecho.

—Mis guerreros Chin están quedándose cada vez más rezagados —continuó Jochi—. Podríamos perderlos. Los árabes están dejando que la brecha se amplíe.

Jebe se giró sobre la silla de montar, haciendo una mueca de dolor al sentir la protesta de sus músculos. El enemigo estaba casi a un kilómetro y medio de distancia. Los animales que iban en cabeza se tropezaban y cojeaban y Jebe asintió, esbozando una fatigada sonrisa a medida que iba despertándose del todo.

—A este paso, un kilómetro y medio son sólo cuatrocientos latidos —dijo.

Jochi asintió. Habían pasado parte del amanecer midiendo la velocidad a la que avanzaban eligiendo marcas al pasar y luego tomando nota de cuándo llegaban las filas árabes a ese punto. Los cálculos les resultaban fáciles tanto a Jochi como a Jebe y se habían entretenido calculando la distancia y la velocidad.

—Entonces, incrementa el ritmo —respondió Jochi.

Mientras hablaba, obligó a su montura a ponerse a medio galope y los tumanes le



imitaron con obstinada resolución. Los enemigos menguaron con dolorosa lentitud mientras los generales decidían cuál era la marca. Cuando el primero de los jinetes árabes dejó atrás una roca de tono rosado seiscientos latidos después del último mongol, los generales se miraron y asintieron con gesto grave. Habían recorrido más distancia de la que ningún explorador había recorrido nunca. Todos los hombres estaban cansados y magullados, pero la hora había llegado. Jochi y Jebe hicieron pasar las órdenes a lo largo de la línea de mando instando a los guerreros a prepararse. Aunque habían llegado al límite de sus fuerzas, tanto Jochi como Jebe vieron algo en los ojos enrojecidos de los que los rodeaban que les llenó de orgullo.

Jochi había dado órdenes a los oficiales minghaan de sus reclutas Chin y fue uno de esos hombres quien avanzó entre las filas desde la retaguardia para hablar con él.

El soldado Chin estaba cubierto de un polvo tan espeso como la pintura y se habían formado grietas en torno a sus ojos y su boca.

Con todo, Jochi percibió su ira.

—General, debo haber entendido mal una de las órdenes que has dado —dijo, y su voz sonó como un seco graznido—. Al dar media vuelta para enfrentarnos al enemigo, mis hombres estarán en primera línea. La orden decía que teníamos que replegarnos, pero no es así, ¿verdad?

Jochi lanzó una rápida mirada a Jebe, pero el general mongol había fijado la mirada en el horizonte.

—Tus hombres están agotados, Sen Tu —respondió Jochi.

El oficial Chin no podía negarlo, pero meneó la cabeza.

—Pero hemos llegado hasta aquí. Mis hombres se sentirán humillados si, al final, son retirados de la línea de batalla.

Jochi notó el vivo orgullo de su oficial y se dio cuenta de que no debía haber dado esa orden. Muchos de los Chin perderían la vida, pero también estaban bajo su mando y no debería haber intentado salvarlos.

—Muy bien. La primera línea es vuestra cuando dé el alto. Enviaré a los lanceros para que se unan a vosotros. Demostradme que sois dignos de este honor.

El oficial Chin inclinó la cabeza desde su silla antes de regresar a la retaguardia. Jochi no volvió a mirar a Jebe, pero éste asintió con la cabeza, aprobador.

Pasó un tiempo hasta que las órdenes llegaron a todos los jinetes mongoles. Para los cansados hombres, la noticia tuvo el efecto de un trago de airag y los guerreros se sentaron más erguidos en sus sillas y prepararon sus arcos, sus lanzas y sus espadas. Mientras el grupo todavía avanzaba, Jebe envió a sus lanceros a respaldar la retaguardia y esperó hasta que estuvieron en posición.

—Hemos llegado muy lejos, Jochi —dijo Jebe.

El hijo del khan asintió. Tras pasar toda la noche cabalgando juntos, tenía la sensación de conocer a Jebe desde siempre.

—¿Estás listo, viejo? —preguntó Jochi, sonriendo a pesar del cansancio.

—Me siento como un viejo, pero estoy listo —contestó Jebe.

Ambos alzaron la mano izquierda muy alto en el aire y cerraron el puño. Los tumanes mongoles se detuvieron con estrépito y los guerreros hicieron girar a los resollantes caballos hacia el enemigo que cabalgaba hacia ellos.

Jebe desenfundó su espada y la apuntó hacia los polvorientos jinetes árabes.

—Esos hombres están cansados —rugió—. Demostradles que somos más fuertes que ellos.

Su montura resopló como si estuviera enfadada e inició el galope: sus costados subían y bajaban como un fuelle mientras los tumanes cargaban contra sus perseguidores.

Khalifa cabalgaba como en sueños, perdiendo y recobrando el estado de alerta intermitentemente. A veces, pensaba en el viñedo cerca de Bujará donde había visto por primera vez a su mujer cuidando la cosecha. Seguro que en realidad era allí donde estaba y ese continuo galopar no era más que un delirio febril de polvo y dolor.

A su alrededor, sus hombres empezaron a gritar con la garganta seca y Khalifa levantó la cabeza lentamente, parpadeando. Vio que los mongoles se habían detenido y, por un momento, respiró hondo, triunfante. Luego vio que las filas de retaguardia levantaban unas lanzas y, de repente, la distancia que separaba a ambos ejércitos era mucho menor que antes. Khalifa apenas tenía fuerzas para hablar. Cuando trató de gritar, su voz fue sólo un débil suspiro. ¿Cuándo había vaciado su odre de agua? ¿Esa mañana? No conseguía acordarse. Vio la línea que se acercaba y unos rostros Chin que, curiosamente, sonreían. Aun entonces, casi no fue capaz de levantar su escudo.

Alguna parte de él notó que los lanceros llevaban pequeños escudos en la mano izquierda. Los arqueros necesitaban ambas manos para disparar y eran vulnerables justo cuando empezaban a tensar el arco. Khalifa asintió para sí al pensarlo. El sah valoraría ese tipo de información.

Las dos fuerzas se encontraron en un choque abrumador. Las pesadas lanzas de abedul rompieron varios escudos y atravesaron a algunos hombres. En el estrecho camino, la columna abrió una brecha en el ejército árabe, más y más profunda, desgarrándolo.

Las flechas pasaban silbando cerca de sus oídos y Khalifa sintió una quemazón en el estómago. Bajó la vista y vio una flecha clavada allí, que trató de arrancar. En el mismo momento su caballo dejó de moverse, cayendo de rodillas con el corazón reventado en el pecho. Khalifa cayó con él y los malditos estribos se le enredaron en la pierna derecha: se le rompieron los ligamentos de la rodilla y su cuerpo se desplomó en una postura imposiblemente retorcida. Lanzó un grito ahogado cuando la flecha se hundió aún más en su carne. Por encima de su cabeza, vio a los mongoles cabalgando como reyes.

Todo cuanto Khalifa podía oír era el viento soplando con fuerza en sus oídos. Los mongoles les habían dado alcance y temió por los ejércitos del sah. El sah debía ser

informado, pensó Khalifa, pero al instante siguiente había muerto.

—¡Matadlos a todos! —gritó Jochi por encima del estruendo de los cascos y de los hombres.

Los árabes intentaron reagruparse para lanzar una nueva ofensiva, pero muchos de ellos apenas podían levantar sus espadas más de una vez y caían como espigas de trigo bajo los filos mongoles. Los generales arrasaron a los enemigos con su columna y parecían cobrar nuevas fuerzas con cada hombre que mataban.

Tardaron horas en teñir de rojo el polvoriento camino. La matanza continuó mientras se iba haciendo de noche, hasta que ya no podían ver suficiente para utilizar las espadas. Los que huían eran derribados con flechas o perseguidos como cabras descarriadas. Jebe envió a varios exploradores a buscar agua y, por fin, acamparon en las orillas de un pequeño lago situado sólo cinco kilómetros más abajo en el mismo camino. Los guerreros tenían que estar atentos, porque si se lo permitieran sus monturas habrían bebido hasta estallar. Más de uno tuvo que asestarle un buen golpe en el morro a su poni para que no bebiera demasiada agua. Sólo cuando los animales se hubieron saciado, los hombres se arrojaron al lago, tiñendo de rojo el color oscuro del agua con la sangre y el polvo de sus rostros mientras jadeaban y bebían y vomitaban, lanzando hurras por los generales que les habían proporcionado una victoria así. Jochi se preocupó de elogiar a Sen Tu por la forma en la que había liderado a los reclutas Chin. Se habían abierto paso con sus espadas por las líneas enemigas demostrando una ferocidad sin igual y ahora se codeaban en las hogueras con los hombres de los dos tumanes, orgullosos del papel que habían desempeñado en el combate.

Jochi y Jebe ordenaron a unos cuantos hombres doloridos regresar al campo de batalla para descuartizar caballos muertos y transportarlos hasta las fogatas. Los hombres necesitaban la carne tanto como el agua si querían volver junto a Gengis. Ambos generales sabían que habían logrado algo extraordinario, pero retornaron a las rutinas del campamento tras intercambiar una única mirada de triunfo. Le habían arrebatado al sah sus alas de caballería, brindándole a Gengis la oportunidad de triunfar.

## XII

**L**as puertas de la ciudad de Otrar estaban bloqueadas para impedir la entrada de Gengis. El khan llevó a su poni a una colina desde donde podía divisar toda la ciudad y observó el oscuro humo que se elevaba lentamente desde los suburbios en llamas. Durante tres días sus exploradores habían inspeccionado el terreno, pero ni siquiera aquellos hombres, que habían tomado ya docenas de ciudades Chin, pudieron encontrar un fallo claro en el diseño. Las murallas habían sido construidas en capas de caliza gris claro sobre una base de granito y cada bloque pesaba muchas toneladas. En los muros de la ciudad interior, dos puertas de hierro llevaban hasta un desordenado laberinto de calles y mercados abandonados. Había sido una experiencia extraña recorrer esos pasajes, en los que resonaba el eco de los cascos de sus monturas, con las inmensas murallas alzándose ante ellos. Hacía meses que el gobernador sabía que iban a llegar y no encontraron nada aparte de unos cuantos perros callejeros y vasijas rotas: todos los objetos de valor habían desaparecido. Mientras rastreaban, los exploradores de Gengis se habían ido topando con una serie de sutiles trampas preparadas para ellos. Un chico de sólo trece años había abierto una puerta de una patada y había caído hacia atrás con una flecha de ballesta clavada en el pecho. Después de que murieran dos hombres más, Gengis había encargado a Temuge la tarea de prender fuego a la ciudad exterior y Otrar todavía seguía asfixiándose en la nube negra que la envolvía. Entre las cenizas y los escombros que se acumulaban en la falda de la colina, los Jóvenes Lobos de Tsubodai utilizaban picas para derribar los muros y proporcionar al khan una ruta despejada hacia la ciudad interior.

Disponían de abundante información. A cambio de oro, los mercaderes árabes les dieron incluso la localización de los pozos en el interior de las murallas. Gengis le había dado la vuelta a la ciudad a caballo con sus ingenieros y habían comprobado el enorme grosor de los muros.

La debilidad más clara era la colina del lado norte de la ciudad, desde la que se divisaban las murallas. Sus exploradores habían encontrado allí jardines de recreo llenos de flores, e incluso un lago ornamental y un pabellón de madera. Dos días antes, Gengis había enviado a unos cuantos guerreros a despejar la cima, dejando el resto cubierto de pinos centenarios. Si situaba sus catapultas donde antes se elevaba el pabellón, dispondrían de la altura necesaria para arrojar sus proyectiles directamente a la garganta del gobernador.

Gengis contempló la ciudad, disfrutando de la sensación de tenerla casi en sus manos. Si hubiera sido el gobernador de un lugar así, habría ordenado rebajar la colina antes que ofrecerle esa ventaja a un posible enemigo. Sin embargo, no podía aprovecharla. A unos cincuenta kilómetros hacia el este, su propio campamento estaba protegido por su hermano Khasar, con sólo dos tumanes. El resto de ellos había salido al campo de batalla para conquistar Otrar. Antes de que los batidores que

más se habían alejado hubieran regresado al campamento, no había tenido ninguna duda de que podrían derribar las murallas.

Sin embargo, esa mañana, sus exploradores habían informado de que un inmenso ejército se aproximaba desde el sur. Más de dos hombres por cada uno de sus ochenta mil marchaban en dirección a esa posición y Gengis sabía que no podía dejarse atrapar entre Otrar y el ejército del sah. A su alrededor, en la cima de la colina, doce hombres trazaban mapas y escribían anotaciones diversas acerca de la ciudad. Dirigidos por Lian, un maestro de obras de una ciudad Chin, otro grupo de hombres se dedicaba a ensamblar catapultas y apilar vasijas de arcilla llenas de aceite. También Lian se había sentido seguro del éxito antes de que el ejército del sah hubiera sido avistado. Ahora las decisiones serían decisiones militares y el maestro de obras sólo podía extender los brazos impotente cada vez que alguno de sus trabajadores le preguntaba qué les depararía el futuro.

—Dejaría que el gobernador de Otrar se pudiera en su ciudad si no contara con veinte mil hombres para atacar nuestra retaguardia en el momento en que nos pusiéramos en marcha —dijo Gengis.

Su hermano Kachiun asintió, pensativo, mientras hacía que su caballo se volviera en el sitio.

—No podemos bloquear las puertas desde fuera, hermano —respondió Kachiun—. Darían la orden de que algunos de sus hombres descendieran por cuerdas y quitaran las vigas. Puedo quedarme aquí mientras te diriges con el ejército al encuentro del enemigo. Si necesitas refuerzos, manda a un explorador y me uniré a vosotros.

Gengis hizo una mueca. Los guerreros de Jebe y Jochi habían desaparecido en los valles y las colinas circundantes y, desde entonces, no habían dado señales de vida ni establecido contacto alguno. No podía dejar a las familias en el campamento sin protección y no podía permitir que Otrar quedara en pie con tantos hombres en su interior. No obstante, si los exploradores tenían razón, tendría que enfrentarse a ciento sesenta mil soldados con sólo seis de sus diez tumanes. Nadie tenía más fe en la habilidad de sus guerreros que el propio Gengis, pero los espías e informadores decían que ése era sólo uno de los ejércitos del sah. Gengis no debía únicamente aplastarlo, sino no sufrir demasiadas bajas en la batalla, o el siguiente ejército acabaría con ellos de forma definitiva. Por primera vez desde que llegara al oeste, se preguntó si no habría cometido un error. Con unas huestes tan vastas a su disposición, no era de extrañar que el gobernador de Otrar se hubiera mostrado tan arrogante.

—¿Has enviado a algunos hombres a buscar a Jochi y a Jebe? —preguntó Gengis de repente.

Kachiun inclinó la cabeza, asintiendo, aunque el khan ya le había hecho la misma pregunta dos veces esa mañana.

—Todavía no hemos encontrado nada. He ordenado a mis exploradores que rastrearán varios kilómetros en todas direcciones. Alguien los traerá de vuelta.

—¡No me sorprende que Jochi desaparezca cuando lo necesito, pero Jebe! —soltó Gengis—. ¡Si ha habido algún momento en que he necesitado a los veteranos de Arslan es éste! Con tantos hombres, será como arrojar piedras a un río. ¡Y tienen elefantes! ¿Quién sabe cómo podremos luchar contra esas bestias?

—Deja el campamento sin defensas —dijo Kachiun. Gengis le lanzó una mirada hostil, sin decir nada, y, simplemente, se encogió de hombros—. Si fracasamos, dos tumanes no bastarán para llevarles a casa. El sah caería sobre ellos con todos los efectivos que le quedaran. Por el mero hecho de estar aquí, sus vidas están ya en juego.

Gengis observó cómo se erguían los maderos de una catapulta, sin contestar. Si tuviera un mes más, dos como mucho, podría entrar en la ciudad y arrollarla, pero el sah nunca le daría una prórroga así. Frunció el ceño mientras barajaba las alternativas. Un khan no podía jugarse el destino de todo su pueblo a la respuesta de las tabas, se dijo a sí mismo. El riesgo de quedar aplastado entre el martillo y el yunque era demasiado alto.

Gengis meneó la cabeza, todavía en silencio. Un khan era libre de hacer lo que quisiera con las vidas de aquéllos que le seguían. Si apostaba y perdía, la vida y la muerte habrían sido mejores que una existencia de pastores de cabras en las estepas de su patria. Todavía recordaba la experiencia de vivir con miedo cada vez que aparecía un grupo de hombres en el horizonte.

—Cuando estábamos a las puertas de Yenking, hermano, te envié a debilitar y mermar los efectivos de una columna Chin. Sabemos adónde se dirige el sah y no esperaremos pacientemente en formación de cuadrados y columnas hasta que llegue a nosotros. Quiero que hostigéis a sus hombres durante todo el camino hasta Otrar.

Kachiun levantó la cabeza cuando vio que el brillo retornaba a los ojos de su hermano. Tomó uno de los mapas de exploración de las manos de uno de los sirvientes y lo desenrolló en el suelo. Gengis y su hermano se acuclillaron ante él, buscando un terreno que pudiera servirles.

—Con tantos hombres y animales, tendrá que dividir a su ejército aquí y aquí, o traerlos por este ancho pasaje en un solo grupo —dijo Kachiun. El territorio que se extendía al sur de Otrar era una agreste planicie salpicada de granjas y cosechas, pero para llegar a ella, el sah tenía que cruzar una cadena montañosa que obligaría a los árabes a formar una larga columna.

—¿Cuánto falta para que lleguen a los pasos? —preguntó Gengis.

—Dos días, quizá más, si avanzan con lentitud —respondió Kachiun—. Después, entrarán en tierra de labranza. Nada de lo que poseemos podrá detenerlos entonces.

—No puedes vigilar tres pasos, Kachiun. ¿A quién quieres llevarte?

Kachiun no vaciló.

—A Tsubodai y a Jelme.

El khan miró a su hermano pequeño y vio que su entusiasmo se encendía.

—Mis órdenes son mermar su número, Kachiun, no luchar hasta la muerte. Ataca

y retírate, luego ataca de nuevo, pero no dejes que te capturen.

Kachiun asintió, inclinando la cabeza, sin retirar la vista del mapa, pero Gengis le dio una palmada en el brazo.

—Repite las órdenes, hermano —le dijo con voz suave.

Kachiun esbozó una ancha sonrisa y las repitió.

—¿Te preocupa que no deje suficientes para ti? —le preguntó.

Gengis no respondió y Kachiun retiró la vista, sonrojándose. El khan se puso en pie y Kachiun se levantó con él. En un impulso, Kachiun hizo una reverencia y Gengis aceptó el gesto con una breve inclinación de cabeza. A lo largo de los años, había aprendido que el respeto se ganaba a costa de la calidez personal, incluso con sus hermanos. Buscaban en él todas las respuestas a los problemas de la guerra y, aunque eso le convertía en una figura distante, esa actitud había dejado de ser una máscara y ahora era parte de él.

—Manda llamar a Tsubodai y a Jelme —dijo Gengis—. Si consigues retrasar al sah lo suficiente, quizá Jochi y Jebe puedan prestarte apoyo. También estarán a tus órdenes. Te entrego a la mitad de mi ejército, hermano. Me quedaré aquí esperando.

Gengis se dijo que Kachiun y él habían recorrido un largo camino desde que fueran unos jóvenes mongoles que sólo emprendían incursiones de asalto. Diez generales se enfrentarían al ejército del sah y Gengis no sabía si vivirían o morirían.

Chakahai salió de su tienda para averiguar qué significaban aquellos repentinos gritos. Se detuvo bajo el ardiente sol mientras sus sirvientas Chin resguardaban de sus rayos su blanca piel y se mordió el labio al ver que los guerreros salían de sus hogares con armas y provisiones.

Chakahai había vivido entre los mongoles durante el tiempo suficiente para saber que lo que se estaba formando no era un mero grupo de exploración. Todos los hombres, excepto Khasar y su lugarteniente, Samuka, estaban en la ciudad, al oeste, y apretó los labios llena de frustración. Ho Sa estaría con Khasar, por supuesto, pero seguramente Yao Shu sabría qué estaba pasando. Con una breve orden, puso en marcha a las sirvientas que la rodeaban y partió en busca del monje budista mientras el ruido iba aumentando más y más en el campamento. Oía las airadas voces de algunas mujeres y pasó junto a otra que lloraba en el hombro de un joven guerrero. Chakahai frunció el ceño para sí y sus sospechas se afianzaron.

Mientras buscaba a Yao Shu, se encontró junto a la ger de Borte y Hoelun. Chakahai dudó si entrar, pero la decisión quedó tomada cuando Borte salió de la tienda, enfadada y con la cara roja. Las dos esposas de Gengis se descubrieron al mismo tiempo y ambas se miraron, rígidas, sin lograr deshacerse de la tensión que sentían.

—¿Sabes qué está sucediendo? —Chakahai fue la primera en hablar, honrando de forma deliberada a la esposa de más edad. Era una pequeñez, pero los hombros de

Borte se relajaron ligeramente y asintió.

—Gengis se va a llevar a los tumanes —dijo Borte—, Khasar y Samuka tienen órdenes de marcharse a mediodía.

Una de las sirvientas de Chakahai lanzó un chillido de terror y Chakahai alargó el brazo como un resorte y la abofeteó. Se volvió hacia Borte, cuya vista observaba cómo los hombres empezaban a formar en el campamento.

—¿Y si nos atacan? —preguntó Chakahai.

Borte hizo una mueca y meneó la cabeza.

—¿Cuántas veces me han hecho esa misma pregunta desde que llegaron las órdenes? —contestó. Vio que en los ojos de la princesa Xi Xia había auténtico miedo y suavizó su tono. Aquella mujer había sido un regalo de un padre derrotado para Gengis. Había conocido épocas de caos y sabía el terror con el que iba asociado—. ¿Crees que estaremos indefensas, hermana? —continuó Borte.

Chakahai había retirado la vista, pero el apelativo amistoso hizo que la mirara de inmediato.

—¿No lo estamos? —preguntó—. ¿Qué podría hacer un grupo de mujeres y niños contra los soldados, si vinieran?

Borte suspiró.

—Se ve que no creciste entre las tribus, Chakahai. Si nos atacan, las mujeres cogerán los cuchillos y lucharán. Los guerreros mutilados montarán lo mejor que puedan y atacarán. Los niños utilizarán sus arcos. Tenemos suficientes caballos y arcos para hacer daño a cualquiera que nos moleste.

Chakahai se quedó mirándola en silencio, con el corazón palpitante. ¿Cómo podía su marido dejarla indefensa? Sabía por qué Borte hablaba así. El pánico destruiría el campamento antes siquiera de que hubieran avistado al enemigo. Las familias se sentirían divididas entre la seguridad de los números y el hecho de que el propio campamento atraería el peligro. Al quedarse solas con la tarea de proteger a sus hijos, muchas esposas y madres estarían considerando marcharse en mitad de la noche para buscar un lugar seguro en las colinas. Para aquéllas que eran madres de hijos pequeños, la idea era tentadora, pero Chakahai se resistió. Como Borte, era la mujer del khan. Las demás buscarían en ellas el liderazgo. De todas las mujeres del campamento, ellas eran las únicas que no podían huir.

Borte parecía estar aguardando una respuesta y Chakahai meditó con cuidado antes de contestar. Los niños estarían aterrorizados cuando vieran marcharse al último guerrero. Necesitarían ver que ellas tenían confianza y seguridad, aunque fueran falsas.

—¿Es demasiado tarde para aprender a tirar con arco, hermana? —inquirió Chakahai.

Borte sonrió.

—¿Con esos hombros huesudos y estrechos? Sí. Pero búscate un buen cuchillo.

Chakahai asintió, aunque la incertidumbre la invadió.



—No he matado a un hombre en mi vida, Borte.

—Quizá no tengas esa oportunidad. El cuchillo es para recortar telas y fabricar guerreros para ponerlos en las sillas de los caballos sobrantes. En la penumbra, el enemigo no podrá ver que nuestros hombres se han ido.

Borte alzó los ojos de sus preocupaciones y las dos mujeres intercambiaron una mirada antes de separarse, satisfechas. No podía existir una verdadera amistad entre ellas, pero ni una ni otra había encontrado ninguna debilidad en la otra y ambas se sintieron confortadas por ello.

Cuando el sol alcanzó su cenit, Khasar volvió la vista hacia el campamento que le habían ordenado abandonar. La actividad era tan frenética como en un hormiguero, con todas las mujeres y niños corriendo de aquí para allá entre las gers. Aun sin los tumanes, era una gran multitud, más de cien mil personas y tiendas junto a un riachuelo. A su alrededor, los ganados pastaban, ignorantes de lo que estaba aconteciendo. Todo lo que le habían robado a los Chin estaba allí, desde el jade hasta el oro y las armas antiguas. Temuge y Kokchu tenían allí su colección de libros y manuscritos. Khasar se mordió el labio al imaginarse a los soldados del sah encontrando un premio así desprovisto de protección. Calculaba que en el campamento quedaban unos mil guerreros ancianos o mutilados, pero no tenía demasiadas esperanzas de que aquéllos que habían perdido brazos o piernas pudieran frenar a un enemigo decidido. Si los atacaban, las tiendas desaparecerían presa de las llamas... pero su hermano le había convocado y no le desobedecería. Tenía tres esposas y once hijos pequeños en distintos puntos del laberinto de tiendas y se lamentó de no haber sacado tiempo para hablarles antes de reunir a sus hombres.

Ya estaba hecho. El sol estaba alto en el cielo y había sido convocado. Khasar miró a su lugarteniente, Samuka. El hombre estaba dividido entre el orgullo que sentía por haber sido ascendido a líder de un tumán y la vergüenza de abandonar el campamento. Khasar chasqueó la lengua para llamar su atención, luego alzó el brazo y, por fin, lo dejó caer. Sus hombres clavaron los talones en sus monturas y le siguieron, dejando atrás todo cuanto tenían de valor.

Jochi y Jebe cabalgaban juntos a la cabeza de los tumanes. Mientras recorrían serpenteantes valles en su camino de regreso al oeste, Jochi se sentía de buen humor. Había perdido casi a mil hombres. Algunos habían caído en la salvaje carga que tuvo lugar frente a la pared de la montaña, mientras que otros habían caído víctimas del agotamiento por aquella larga marcha que ninguno de ellos olvidaría jamás. La mayoría de las bajas eran soldados Chin, pero los que sobrevivieron cabalgaban con la cabeza alta, sabiendo que se habían ganado el derecho a seguir a su general. Jebe había perdido a tantos hombres como él, pero eran hombres que conocía hacía años,

de cuando todos ellos estaban bajo el mando de Arslan. Habían muerto bien, pero, aun así, se les negaría el funeral del cielo, en el que los cuerpos eran transportados hasta las más altas cimas para alimentar a los halcones y a las aves de presa. Ambos generales sabían que no había tiempo para honrar a los muertos. El cuñado de Gengis, Palchuk, era uno de ellos: le habían encontrado con un tajo en el rostro asestado por una espada árabe. Jebe no sabía cómo reaccionaría Gengis al oír la noticia y pasó los dos días de descanso junto al lago inmerso en un adusto silencio.

Jebe y Jochi eran absolutamente conscientes de la amenaza que se cernía sobre el khan, pero los caballos estaban exhaustos. Se habían visto obligados a dejar que los animales recuperaran las fuerzas antes de volver a montar. Aun entonces, era demasiado pronto. Muchos de ellos seguían cojeando y, muy a su pesar, los hombres de más rango tuvieron que ordenar el sacrificio de los que no eran útiles y su carne fue distribuida entre los hombres. Docenas de guerreros transportaban un costillar o una pierna sobre sus sillas de montar, mientras que otros montaban los caballos árabes, que estaban en condiciones algo mejores que los suyos. Para hombres que consideraban los caballos como el verdadero botín de las guerras, la batalla del paso había sido un triunfo que merecía ser contado en torno a las hogueras durante una generación. Junto a cada uno de los guerreros, corrían dos o tres de las monturas árabes. Muchos de ellos estaban cojos y cortos de resuello, pero su fuerza podía aprovecharse y los mongoles no podían soportar la idea de dejarlos atrás.

Dieciocho mil hombres cabalgaban con los generales cuando salieron del valle principal y tomaron una ruta más tortuosa. Por muy tentador que fuera retornar sobre los propios pasos, el sah podría haber dejado una fuerza emboscada en algún punto del recorrido. Los hombres necesitaban tiempo para recobrase antes de enfrentarse de nuevo a un enemigo.

Al menos, tenían agua en abundancia. Muchos de los hombres habían bebido hasta hincharse la barriga. Mientras los perseguían, habían vaciado las vejigas cuando sintieron la necesidad, dejando que el agua tibia se abriera paso por la capa de polvo que recubría sus monturas. En el camino de regreso, iban llenos de comida y la marcha se había ralentizado en varias ocasiones cuando docenas de hombres desmontaban a la vez para acuclillarse en el suelo y luego limpiarse con un trapo antes de volver a subir de un salto a sus monturas. Estaban sucios, delgados y olían mal, pero la tierra por la que habían cabalgado durante tanto tiempo los había endurecido.

Fue Jochi quien vio a los exploradores regresando desde una cumbre del camino. Había encontrado en Jebe a alguien que comprendía la necesidad de conocer el terreno tan bien como Tsubodai y siempre iban rodeados por un círculo de jinetes que rastreaban muchos kilómetros a la redonda. Jochi silbó para llamar la atención de Jebe, pero el otro general también los había visto y sólo enarcó las cejas con gesto interrogativo.

—¿No había enviado a dos hombres en esa dirección? —preguntó Jochi. Los que

regresaban eran tres e, incluso a esa distancia, podían ver que el otro jinete era un explorador como los suyos, sin armadura ni ninguna otra cosa que pudiera retrasarle, excepto una espada. Algunos cabalgaban incluso sin esa arma, dependiendo sólo de su velocidad.

Sin hacer ninguna señal, los jóvenes generales hincaron los talones en sus monturas y avanzaron en la línea, ansiosos por obtener información.

El batidor no era de sus tumanes, aunque parecía tan cansado y polvoriento como sus propios hombres. Jochi y Jebe observaron cómo el joven desmontaba y hacía una inclinación de cabeza, manteniendo las riendas en las manos. Jebe alzó una mano y los guerreros se detuvieron. Al principio, el explorador titubeó al verse en presencia de dos generales, dudando a cuál debía dirigirse primero. La impaciencia de Jochi rompió el silencio.

—Nos has encontrado —dijo—. Infórmanos.

El explorador volvió a hacer una pequeña reverencia, abrumado por el hecho de estar hablando con uno de los hijos del khan.

—Estaba a punto de dar media vuelta cuando vi la nube de polvo de tus caballos, general. Tsubodai me ordenó salir a buscaros. El sah está en el campo de batalla con un enorme ejército.

Si el batidor había esperado despertar alguna emoción con las noticias, sus esperanzas se vieron frustradas.

—¿Y? —preguntó Jebe.

El batidor empezó a hundir la cabeza y vaciló de nuevo, perdiendo la compostura.

—Me enviaron para haceros regresar a toda velocidad, general. Mi señor Gengis atacará, pero no sé nada más. He estado fuera solo durante dos días, buscándoos.

—Podríamos atacar la retaguardia si volvemos a ese valle —le dijo Jochi a Jebe, haciendo caso omiso del explorador.

Jebe se giró para mirar a sus hombres, sabiendo que seguían estando cerca del agotamiento absoluto. Un guerrero de las tribus podía cabalgar todo un día y, aun así, luchar, pero la fuerza de los caballos tenía límites más claros. El valor de organizar un ataque contra las últimas filas del sah se perdería si un enemigo descansado se volvía y los destrozaba. Jebe asintió con gravedad mirando a Jochi.

Gengis esperaría que siguieran adelante.

—El ejército del sah se habrá movido de sitio desde que los dejamos —intervino Jebe—. Podían ser otros ciento cincuenta kilómetros y luego habría que ganar una batalla.

Jochi giró su poni, preparándose para partir.

—Entonces tendremos que darnos prisa, general —respondió.

El explorador observaba la conversación con recelo, sin saber si debía decir algo más. Miró las manadas de caballos con envidia, en las que se mezclaban los ponis y las monturas árabes.

—Si tenéis una montura fresca para mí, me adelantaré y le diré al khan que vais a

venir —dijo.

Por alguna razón, ambos generales compartieron una sonrisa al oír esas palabras.

—¿Ves algún caballo fresco? —preguntó Jebe—. Si lo ves, cógelo.

El explorador volvió a mirar el grupo de animales, notando por su postura que trataban de no forzar las doloridas patas. Echó un vistazo a las filas de los polvorientos y adustos guerreros que los acompañaban. Algunos tenían los brazos y las piernas vendados con tiras de tela rasgada, dejando ver manchas ensangrentadas bajo la suciedad. Por su parte, los guerreros le devolvieron la mirada con indiferencia, aguardando órdenes. Sus generales les habían mostrado su propia fuerza en esa larga marcha a través del valle. Los supervivientes habían salido de la experiencia con una confianza en sí mismos que nunca antes habían conocido. Si podían llevar a treinta mil árabes a la muerte, ¿qué no podrían hacer?

Decepcionado, el batidor se inclinó ante los generales una vez más antes de volver a montar su caballo. Era poco más que un muchacho y Jochi se rió entre dientes al notar su nerviosismo. El general contempló la masa de jinetes con nuevos ojos. Habían pasado una prueba de fuego y no le fallarían. Durante un instante, comprendió el placer que sentía su padre al liderar a otros hombres en la guerra. No había nada igual.

Jochi chasqueó la lengua y el batidor le miró.

—Dile a mi padre que vamos para allá. Si tiene nuevas órdenes, envíad exploradores a lo largo del valle que está justo al norte. Nos encontrarás allí.

El explorador asintió con seriedad y se alejó a la carrera, consciente de la importancia de su tarea.

## XIII

**E**l sah Ala-ud-Din Mohamed se removía en su silla, rabioso, mientras el elefante sobre el que montaba se balanceaba como un barco en el mar. La última vez que había visto a su caballería estaba desapareciendo en dirección al este, varios días atrás. Después de cada rezo matutino, no podía resistirse a girarse hacia el sol para ver si estaban de regreso, pero, todas las veces, sus esperanzas se vieron frustradas. No podía confiar en las tribus del desierto y estaba seguro de que Khalifa estaba descansando en algún pueblo distante, sin preocuparse en absoluto por la traición cometida. Ala-ud-Din juró que le pediría cuentas cuando los mongoles hubieran sido expulsados de sus montañas, o destruidos.

Alrededor del sah, su ejército marchaba imperturbable, dirigiéndose a las colinas que les llevarían hasta Otrar y el khan mongol. La imagen de las relucientes filas de soldados nunca dejaba de animar su envejecido corazón. A decir verdad, la invasión había llegado en el momento justo para él. Había pasado casi doce años haciendo que reyes y caciques entraran en vereda y, cuando se estaban mostrando especialmente rebeldes, un enemigo extranjero había entrado desde el norte obligándoles a elegir la lealtad y olvidarse de las mezquinas riñas y rivalidades internas.

Era natural pensar en Saladín al ver a su ejército avanzar con paso firme sobre ese agreste territorio. El gran rey había conquistado Jerusalén, haciendo que los cruzados salieran temblando de allí. Saladín se había enfrentado a enemigos tan terribles como el khan mongol e incluso más. Todas las noches, cuando el ejército levantaba el campamento, Ala-ud-Din leía a la luz de una lámpara algunas líneas del relato que el propio Saladín había escrito de sus batallas, aprendiendo cuanto podía antes de introducirlo bajo la delgada almohada y entregarse al sueño. Junto a su ejemplar del Corán, aquélla era su posesión más preciada.

Al descender las cortinas y sentarse en el *howdah* de su elefante, notó que seguía estando frío tras la cruda noche, aunque el sol brillaría con fuerza cuando ascendiera en el cielo. Ala-ud-Din rompió su ayuno con una bandeja de dátiles y albaricoques secos, que acompañó con un refrescante trago de yogur. Sus hombres llevaban carne seca de cordero y tortas de pan que hacía mucho que estaban rancias, pero no importaba. Otrar estaba a sólo unos cuantos días más de camino y su idiota primo, Inalchuk, le agasajaría con la mejor de las carnes y las frutas cuando salvaran su ciudad.

Ala-ud-Din dio un respingo cuando su sirviente carraspeó suavemente al otro lado de las cortinas.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz autoritaria. La cortina fue retirada y ante él apareció su criado, encaramado en el escalón situado en el grueso cinturón que rodeaba al elefante.

—El último sorbo de café, amo.

Ala-ud-Din asintió y alargó la mano para coger la taza. Llevaban casi una hora

avanzando y se sorprendió al comprobar que el negro líquido todavía humeaba. Lo inclinó con precaución para no desperdiciar ni una gota de la preciada bebida sobre su barba.

—¿Cómo lo has mantenido caliente? —preguntó.

El sirviente sonrió al notar la satisfacción de su amo.

—Metí el puchero en una bolsa de cuero, amo, que llené con las cenizas de las hogueras de la mañana.

Mientras sorbía, Ala-ud-Din emitió un gruñido. Sabía delicioso, ligeramente amargo.

—Has hecho muy bien, Abbas. El café está exquisito.

Su criado descendió y la cortina cayó. Ala-ud-Din le oyó trotar al lado de la enorme bestia durante un rato. Sin duda ya estaba pensando en lo que podía encontrar para la próxima comida de su amo después de las oraciones del mediodía.

Si sus hombres lo hubieran permitido, Ala-ud-Din habría considerado instaurar una dispensa de los rezos mientras marchaban. Perdían más de tres horas al día y los retrasos le irritaban. Aquéllos que buscaban oponerse a él lo tomarían como una debilidad de su fe y, una vez más, alejó el pensamiento de su mente. Era la fe lo que los mantenía fuertes, después de todo. Eran las palabras del profeta las que se pronunciaban para llamar a la oración y ni siquiera un sah podía resistirse.

Por fin había sacado a su ejército del gran valle y ahora se dirigían hacia el norte, a Otrar. Frente a ellos se elevaba una cadena de pardas colinas y, más allá, sus hombres caerían sobre las huestes mongolas con toda la ferocidad que los hombres desarrollaban en los duros desiertos del sur. Ala-ud-Din cerró los ojos en el bamboleante howdah y meditó sobre los efectivos con los que se enfrentaba a la guerra. Con la pérdida de los jinetes de Khalifa, contaba con sólo quinientos jinetes, su propia guardia de hijos nobles. Ya se había visto obligado a utilizarlos como mensajeros y exploradores. Para los hijos de las antiguas familias, era un insulto a su linaje, pero no tenía elección.

En una posición posterior en la columna, seis mil camellos caminaban lenta y pesadamente transportando las provisiones de todo el ejército sobre sus jorobas. Podían correr a la mitad de velocidad que los mejores caballos y eran capaces de acarrear pesos inmensos. El resto del ejército avanzaba a pie, mientras que el sah y los soldados de rango superior cabalgaban cómodamente. Adoraba el tremendo poderío y fuerza de sus elefantes, ochenta machos en la flor de la vida.

Observándolo desde su *howdah*, Ala-ud-Din se enorgulleció del ejército que había reunido. El mismo Saladín se habría sentido orgulloso de ellos. El sah podía ver a su primogénito, Jelaudin, cabalgando sobre su negro semental. El corazón del sah se alegró al ver al apuesto joven que un día le sucedería. Los hombres adoraban al príncipe y no era difícil soñar que su linaje gobernaría a todos los pueblos árabes en los próximos siglos.

Ala-ud-Din volvió a pensar en los jinetes de Khalifa e hizo un esfuerzo para

evitar que la ira le arruinara la mañana. Haría que los buscaran cuando la batalla hubiera concluido y no dejaría ni a uno solo de ellos con vida. Mientras su ejército continuaba la marcha y las colinas se iban acercando poco a poco, se lo juró a sí mismo en silencio.

Los batidores de Tsubodai llegaron como un rayo cuando se estaba arrodillando para contemplar el ejército del sah, que avanzaba por las llanuras que se extendían bajo las colinas. Las huestes árabes ocupaban muchos kilómetros y no necesitaba que aquellos jóvenes le dijeran que el enemigo estaba entrando por aquel amplio paso, el que él había elegido defender.

Mientras los exploradores desmontaban, Tsubodai agitó una mano en su dirección.

—Lo sé —dijo—. Id y decídselo a los demás generales. Los atacaremos aquí.

A lo lejos, vio cómo los escoltas del sah trazaban líneas de polvo en los matorrales en su avance hacia el norte. Tsubodai intentó ponerse en la posición del sah, pero era difícil. Nunca habría dirigido a un ejército tan nutrido a través de un único paso, sino que habría circundado las montañas por completo y habría permitido que Otrar cayera. Las distancias habrían forzado al sah a mantener a sus hombres un mes más fuera del cuartel, pero los tumanes mongoles se habrían visto obligados a encontrarse con él en campo abierto, perdiendo todas las ventajas.

Por el contrario, el sah había tomado la ruta más fácil, demostrando cuánto valor tenía para él Otrar. Tsubodai estaba aprendiendo todo lo que podía, tomando nota de cada decisión que pudiera ayudarle a destruir a su enemigo. Sabía tan bien como nadie que Gengis se había expandido más de lo razonable en aquel reino. Ya no se trataba de vengarse de una ciudad, sino de la mera supervivencia de su pueblo. Habían metido la mano en un nido de avispas tan furiosas como los Chin y, una vez más, era mucho lo que arriesgaban.

Tsubodai sonrió al pensarlo. Algunos de los hombres luchaban para conquistar nuevas tierras, para conseguir mujeres exóticas, incluso para obtener oro. Por sus conversaciones privadas con el khan, Tsubodai sabía que a Gengis y él no le importaban ninguna de esas cosas. Las tribus del khan estaban solas en las estepas y era una soledad muy cruel. Sin embargo, podían salir a la guerra y conquistar territorios, tomar ciudades e imperios uno a uno. Quizá con el tiempo los que los seguían serían tan débiles y tan blandos como los habitantes de las ciudades a las que se enfrentaban, pero eso a Tsubodai no le importaba. No era responsable de las elecciones de sus hijos y nietos, sino únicamente de la forma en que vivía su propia vida. Allí arrodillado en la dura piedra gris, mientras observaba la nube de polvo que se aproximaba, volvió a pensar que sólo tenía una norma que guiaba todo cuanto hacía.

—Lucha por cada aliento y por cada paso que das —murmuró en voz alta.

Aquellas palabras eran un talismán para él. Tal vez el gran ejército del sah no pudiera ser detenido y arrollara los tumanes de Gengis, devolviéndolos hasta las estepas de su hogar. Sólo el padre cielo lo sabía. Como el khan, Tsubodai siempre seguiría yendo a buscar a cualquiera que pudiera suponer una amenaza para ellos y los atacaría antes y con más violencia de lo que podían siquiera imaginar. Así, cuando llegara al final de su vida, sería capaz de mirar hacia atrás con orgullo y no con vergüenza.

Tsubodai interrumpió el flujo de sus pensamientos cuando unos jinetes procedentes de los tumanes de Kachiun y Jelme llegaron trotando a su posición. Después de pasar varios días en ese lugar, los conocía a todos por su nombre y los saludó. Desmontaron e hicieron una profunda reverencia, honrados por el hecho de que un general recordara ese tipo de detalles.

—Los tumanes se acercan, general —dijo uno de ellos.

—¿Tienes órdenes para mí? —respondió Tsubodai.

El explorador meneó la cabeza y Tsubodai frunció el ceño. No le gustaba que le hubieran puesto a las órdenes de Kachiun, aunque había descubierto que era un líder muy sólido.

—Dile a tus oficiales que no podemos esperar aquí. Todavía existe la posibilidad de que el sah decida llevar a sus hombres por un camino que rodee nuestras posiciones. Tenemos que hostigarlos para obligarle a tomar la ruta que hemos elegido.

Tsubodai y los demás alzaron la vista cuando Kachiun y Jelme llegaron a caballo, desmontaron de un salto de sus caballos y se dirigieron a grandes zancadas hasta el elevado risco. Tsubodai se puso en pie e inclinó la cabeza ante Kachiun.

—Quería verlos por mí mismo —dijo Kachiun, mirando con fijeza la tierra de labranza que se extendía ante sus ojos. El ejército del sah estaba a sólo unos cuantos kilómetros de distancia y, a través del polvo, todos podían ver ya las primeras líneas. Daba la impresión de que se tratara de un bloque macizo y su impresionante tamaño bastaba para alarmar a cualquiera.

—He aguardado tus órdenes antes de ponerme en marcha, Kachiun —replicó Tsubodai.

Kachiun le miró fijamente. Conocía al joven general desde que era sólo un guerrero más, pero Gengis había visto algo valioso en él. Se recordó a sí mismo que Tsubodai había respondido a la confianza de su hermano en numerosas ocasiones.

—Dime qué tienes en mente —inquirió Kachiun.

Tsubodai asintió.

—Es un ejército gigantesco, dirigido por un solo hombre. El hecho de que haya decidido atravesar este paso demuestra que no cuenta con una estructura de oficiales. ¿Por qué no ha confiado algunas columnas a dos de sus mejores hombres para que cruzaran por los otros pasos? Conoce al enemigo y sabrás cómo acabar con él. Es muy útil para nosotros.

Kachiun y Jelme se miraron. Por mucha experiencia que sumaran entre los dos, la



reputación de Tsubodai de mantener vivos a sus guerreros no tenía igual en las tribus. Habló sin prisas mientras, implacablemente, el ejército del sah se iba aproximando.

Tsubodai notó que Jelme miraba por encima del hombro y sonrió.

—Los atacaremos explotando esa debilidad —prosiguió—. Entre todos sumamos treinta minghaans, cada uno de ellos comandado por un hombre que puede pensar y actuar por sí mismo. Nuestra fuerza reside en eso y en nuestra velocidad. —Volvió a pensar en las avispas mientras continuaba—. Enviaremos a todos menos a cuatro a enfrentarse al enemigo. Como un enjambre. Dejaremos que el sah intente aplastarlos con sus torpes manos. Somos demasiado rápidos para ellos.

—¿Y los cuatro mil hombres que quedan atrás? —preguntó Kachiun.

—Los mejores arqueros —contestó Tsubodai—. Los mejores de los mejores. Se alinearán frente al paso, en un punto elevado sobre los riscos. Demostrasteis el poder de nuestros arcos en el paso de la Boca del Tejón, ¿no? No puedo encontrar un ejemplo mejor.

Kachiun torció la boca ante el halago. En una ocasión se había enfrentado a la caballería Chin con nueve mil hombres, lanzando lluvias de flechas contra ellos hasta que se derrumbaron.

—Si mantengo a los hombres en una posición suficientemente baja en las rocas para asegurar la precisión —contestó—, los arqueros del sah los derribarán con sus propias flechas. Ni siquiera sabemos cómo actuarán en la guerra esos elefantes.

Tsubodai asintió con evidente despreocupación.

—Ningún plan es perfecto, general. Por supuesto, la ubicación de los hombres debe meditarse con buen juicio, aunque el alcance de los arcos será mayor disparando hacia abajo que hacia arriba, ¿no? Os he explicado cómo me enfrentaría yo al sah y a su ejército. Aun así, seguiré tus órdenes.

Kachiun sólo se lo pensó un momento.

—Reza para que tengas razón, Tsubodai. Voy a ordenar a los hombres que salgan.

Tsubodai soltó una risita suave, sorprendiendo tanto a Jelme como a Kachiun.

—Yo no rezo a nadie, general. Creo que si lo hiciera, el padre cielo diría «Tsubodai, han puesto a tu disposición a los mejores combatientes del mundo, tienes generales que escuchan tus planes y un enemigo necio que avanza lentamente y, sin embargo, ¿sigues buscando una ayuda extra?». —Volvió a reírse al pensarlo—. No, usaré lo que tenemos. Y los haremos pedazos.

Kachiun y Jelme miraron una vez más al gigantesco ejército que marchaba en dirección al paso. Ciento sesenta mil hombres furiosos, pero, de algún modo, parecían menos terribles después de las palabras de Tsubodai.

El sah Ala-ud-Din Mohamed dio un respingo cuando sus hombres lanzaron un feroz grito a su alrededor. Había estado jugando al ajedrez consigo mismo para pasar el tiempo y el tablero se resbaló de la pequeña mesa del *howdah*, quedando las piezas

desperdigadas por todas partes. Juró entre dientes mientras retiraba con brusquedad las cortinas delanteras y oteaba la distancia con los ojos entornados. Su vista no era muy buena y sólo pudo distinguir las figuras de unos jinetes que se dirigían hacia su ejército. Los cuernos de alarma resonaron aquí y allá en las huestes árabes y Ala-ud-Din sintió un espasmo de miedo cuando se volvió buscando a su criado. Abbas ya estaba corriendo a su lado y se encaramó con agilidad al escalón de madera. Ambos hombres observaron fijamente hacia delante: a tres kilómetros de su posición, donde cabalgaban los jinetes mongoles.

—¿No vas a decir nada, Abbas?

Nervioso, el sirviente tragó saliva.

—Es... extraño, amo. En cuanto salen del paso, se desvían y toman direcciones diferentes. No hay ningún orden.

—¿Cuántos hay? —preguntó el sah, perdiendo la paciencia.

Abbas los contó con rapidez, moviendo la boca por la tensión.

—Habrá unos veinte mil, amo, pero se mueven constantemente, no puedo afirmarlo con seguridad.

Ala-ud-Din se relajó. El khan mongol debía de estar desesperado para mandar a tan pocos guerreros contra él. Ahora que se estaban acercando al galope a su ejército, podía verlos mejor. Cabalgaban en formaciones extrañas, mezclándose y abriéndose paso en zigzag por sus propias filas de manera que no lograba discernir dónde golpearían primero. Todavía no había dado ninguna orden y sus hombres continuaban marchando con actitud estoica hacia el paso. Deseó que la caballería de Khalifa estuviera allí, pero pensando en ellos sólo conseguiría realimentar una ira vacía.

Ala-ud-Din hizo señas a los tres hijos de los caciques que cabalgaban detrás de su elefante. Vio que su hijo Jelaudin también estaba cerca, con el joven rostro transfigurado por una justa furia y, orgulloso, Ala-ud-Din alzó una mano en señal de saludo. En ese momento, los exploradores llegaron hasta él.

—Llevad mis órdenes al frente —les dijo—. Haced que los flancos se separen ampliando la línea. Ataque donde ataque el enemigo, lo rodearemos.

—Amo —interrumpió Abbas. El criado había palidecido—. Ya están atacando.

—¿Qué? —exclamó Ala-ud-Din con brusquedad. Entrecerró los ojos, parpadeando sorprendido al ver lo cerca que estaban ya los mongoles. A lo lejos, oyó gritos cuando las primeras descargas de flechas cayeron sobre los soldados de las líneas del frente, que se defendieron levantando los escudos.

Varias columnas de jinetes mongoles estaban llegando al galope, dejando atrás el frente y cabalgando junto a los vulnerables flancos de su ejército. Ala-ud-Din se quedó boquiabierto. Khalifa podría haberlos rechazado, pero había traicionado a su amo. Podía sentir los ojos de su hijo clavarse ardientes sobre él, pero no haría que la guardia saliera todavía. Eran su escudo y montaban los únicos caballos que le quedaban.

—Dile a los generales que no vamos a detenernos por ellos. Seguid adelante y

utilizad los escudos. Si se acercan demasiado, que vuestras flechas tiñan el cielo de negro.

Los hijos nobles se dirigieron a toda velocidad hacia el frente dejando al sah inquieto sobre el elefante, que continuó su pesada marcha totalmente ajeno a las preocupaciones de su amo.

Tsubodai recorrió a galope tendido el flanco del ejército del sah. Se puso en pie sobre los estribos con el arco tensado, balanceándose contra los ritmos del poni. Se concentró en el golpe de cada casco contra el suelo y aguardó la llegada de ese momento de voladora quietud cuando las cuatro patas estaban en el aire. Duraba menos que un latido, pero disparó una flecha en ese instante y observó cómo hería a un soldado enemigo, haciéndole perder pie.

Oía a los oficiales árabes escupiendo órdenes, extrañas sílabas que quedaban flotando en el viento. El sah estaba bien protegido en el corazón de su ejército. Tsubodai meneó la cabeza, asombrado ante el núcleo de jinetes atrapado en el centro. ¿Qué bien hacían allí, donde no podían maniobrar? También los elefantes estaban muy metidos en el centro de las filas, demasiado lejos para acertarles con sus flechas. Tsubodai se preguntó si el sah los valoraba más que a sus propios hombres. Era una cosa más sobre la que tomar nota. Mientras pensaba y cabalgaba, miles de hombres a pie alzaron sus arcos de doble curva y dispararon. Las flechas salieron silbando hacia él y Tsubodai agachó la cabeza instintivamente. Los arcos del sah tenían más alcance que nada a lo que se hubieran enfrentado en las tierras Chin. Tsubodai había perdido a algunos hombres en su primer recorrido por el flanco, pero no podía permanecer fuera del alcance de las armas y seguir manteniendo la efectividad de sus propias flechas, así que dirigió a su columna hacia el interior de las filas del sah, bombardeando a los árabes con flechas para luego alejarse al galope cuando sus enemigos lanzaron la descarga de respuesta. Era una maniobra arriesgada, pero había empezado a cogerle el tranquillo al ritmo del enemigo y se mantenía cerca sólo el tiempo suficiente para poder apuntar bien. Los árabes tenían que acertarle a una columna que se movía a toda velocidad, mientras que sus hombres podían disparar contra cualquier punto de la masa de guerreros.

A su alrededor, sus minghaans adoptaron esa táctica y cada columna abría mil agujeros en las líneas árabes antes de alejarse a la carrera. El ejército del sah continuó avanzando y, a pesar de que los escudos salvaron a muchos, un rastro de cadáveres marcaba el sendero hacia el paso en las colinas.

A la cabeza de sus hombres, Tsubodai amplió la curva más que en las últimas tres acometidas, forzando la vista para distinguir el paso. Una vez que las filas del frente del sah lo alcanzaran, no habría ocasión para entrar y unirse a Kachiun. Las huestes del sah avanzaban como un tapón metido a la fuerza en una botella y no faltaba mucho para que el paso quedara bloqueado. Tsubodai vaciló y sus pensamientos se

sucedieron a una velocidad vertiginosa. Si el sah continuaba marchando a esa velocidad, dejaría atrás a las columnas volantes y se dirigiría por el paso hacia Otrar. Sin duda, los cuatro mil de Kachiun no serían capaces de detener una masa así. Cierto que Tsubodai podía proseguir los ataques en la retaguardia mientras avanzaban y sabía que era una decisión sensata. Él y sus hombres podían acabar con miles de las filas indefensas y el sah no podría pararlos. Aun entonces, había otros dos pasos para rodear al ejército. Tsubodai podía dirigir a los minghaans a través de ellos y prestar apoyo a Gengis en Otrar.

No era suficiente. Aunque los jinetes mongoles habían matado a miles de soldados, el ejército del sah apenas se estremeció bajo su pérdida: cerraron filas sobre los muertos y continuaron avanzando. Cuando llegaran a la llanura que se extendía frente a Otrar, Gengis se encontraría con el mismo problema que Tsubodai había sido enviado a resolver. El sah atacaría al khan por el frente, mientras la guarnición de Otrar esperaba a su espalda.

Tsubodai guió a sus hombres contra el sah una vez más, disparando mil flechas a la vez. Sin previo aviso, otro minghaan se cruzó por su camino y se vio obligado a parar para evitar estrellarse contra el necio joven que los lideraba. Las flechas partieron de las filas del sah en cuanto le vieron frenar el paso y, en esta ocasión, docenas de guerreros cayeron, mientras sus ensangrentados caballos lanzaban estridentes relinchos. Tsubodai maldijo al oficial que se había atravesado por su línea y alcanzó a ver su expresión desolada mientras las dos fuerzas se separaban, tomando distintas direcciones. En realidad, no era culpa suya, reconoció Tsubodai. Había entrenado a su propio tumán para un ataque exactamente así, pero era difícil entrecruzar las columnas en torno al sah sin que se creara cierta confusión. Eso no salvaría a aquel hombre de una humillación pública cuando Tsubodai fuera a buscarle más tarde.

Las huestes del sah alcanzaron el paso y la oportunidad de Tsubodai de adelantarlas y escurrirse dentro como un rayo se había perdido. Buscó a Jelme con la vista, sabiendo que el general estaba dibujando su propio recorrido sinuoso de ataque, pero no lo encontró. Tsubodai observó cómo la cola del inmenso ejército empezaba a disminuir a medida que el sah entraba en lo que él creía que era terreno seguro. Al tener menos espacio que cubrir, los hostigamientos de los mongoles contra los flancos no hicieron sino incrementarse. Mientras la retaguardia disminuía, los guerreros golpearon una y otra vez y Tsubodai vio a algunos de los hombres más salvajes liderar ataques con espadas, lanzándose en medio de las líneas que marchaban. Los árabes aullaban y luchaban, rechazándolos lo mejor que podían, pero, a cada paso, sus números mermaban a favor de los hombres de Tsubodai. Llegaría un momento en el que las columnas volantes superarían en número a los soldados que quedarán en la cola y decidió que aprovecharía la ocasión para cercenarla por completo.

Envío a sus hombres menos cansados hacia el paso para dar la orden, pero apenas

fue necesario. Los mongoles se habían reunido en torno a los últimos restos del ejército del sah, hostilizándolos desde tan cerca que casi se habían detenido. El terreno alrededor de la entrada al paso estaba teñido de rojo y Tsubodai vio miembros y cadáveres desperdigados por todas partes mientras el ritmo de la matanza se intensificaba.

Frente al paso, la columna árabe seguía contando con cuatro mil hombres, cuando un temblor los atravesó como una ola. Tsubodai inclinó la cabeza y le pareció oír gritos a lo lejos, resonando en las colinas. El ataque de Kachiun había comenzado. A su espalda, Tsubodai descubrió que su carcaj estaba vacío y desenfundó la espada, determinado a conseguir que la cola del sah se atrofiara bajo el sol.

Cuando estaba a punto de guiar a sus hombres en un nuevo ataque, esta vez directo, contra la columna, unos gritos de advertencia rompieron su concentración. Había elegido un lugar próximo al propio paso y, cuando espoléó a su montura para que se pusiera al galope, su corazón batía a toda prisa. Al principio no entendió los gritos pero, siguiendo su instinto, alzó la vista buscando la fuente y levantó la espada para frenar el ataque de sus hombres.

Durante un instante, Tsubodai maldijo entre dientes. Vio llegar a un grupo de jinetes y tuvo la terrible sospecha de que el sah había mantenido escondida una fuerza de retaguardia para sorprender a sus atacantes justo en ese momento. Pero ese temor se desvaneció tan rápido como había llegado. Reconoció en los jinetes a miembros de su propio pueblo y su corazón se llenó de alegría. Jochi aún vivía y Jebe cabalgaba a su lado.

De inmediato, Tsubodai miró a su alrededor con nuevos ojos. Unos treinta mil árabes seguían luchando por alcanzar el paso, atacados y hostigados desde todas las direcciones. Se dijo que, realmente, los minghaans se cernían sobre ellos como una nube de pequeñas abejas, pero al final un enjambre podía derribar incluso a un oso. No era necesario allí, aunque no podía marcharse sin informar a Jelme.

Le pareció que pasaba un siglo hasta que por fin encontró al otro general, ensangrentado y magullado pero lleno de júbilo, preparando a sus hombres para atacar una vez más.

—¡Como ovejas camino del sacrificio! —gritó Jelme cuando Tsubodai llegó hasta él a caballo. Estaba tan concentrado en la batalla que todavía no había descubierto a los jinetes y Tsubodai sólo hizo un gesto en su dirección.

Jelme frunció el ceño y dejó que sus dedos se posaran en una larga flecha que le había herido en el hombro. Había atravesado la armadura llegando a la carne, justo debajo de la piel. Jelme la manipuló con furia tratando en vano de sacarla. Tsubodai se acercó y agarró el astil, arrancando la saeta con un rápido tirón y arrojándola, rota, al suelo.

—Gracias —dijo Jelme—. ¿Son éstos los generales que habíamos perdido?

—¿Quién si no posee dos tumanes en este lugar? —respondió Tsubodai—. Podríamos haberlos utilizado antes, pero los mandaré por fuera al otro lado del paso

para atacar al sah cuando salga.

—No —contestó Jelme—. Tú y yo nos bastamos para hacer eso. Deja que los que han llegado tarde se queden con los restos que hemos dejado y sigan al sah al interior del paso. Sigo estando fresco, general. Hoy lucharé de nuevo.

Tsubodai esbozó una ancha sonrisa y dio a Jelme una palmada en el hombro. Envió a dos exploradores a llevarle las órdenes a Jebe y a Jochi antes de salir disparado gritándoles a sus hombres que le siguieran. El paso más cercano estaba a menos de dos kilómetros de allí.

En apenas unos momentos, el ataque contra la retaguardia había cesado y el último de los ensangrentados soldados del sah pasó entre las colinas. Cuando las sombras oscurecieron sus rostros por fin, se volvieron con expresión atemorizada hacia los feroces jinetes y vieron que se dirigían a toda velocidad a algún otro lugar. Nadie celebró con gritos de alegría la suerte de haber escapado de la muerte. Les embargaba un oscuro presentimiento. Y mientras los árabes contemplaban a sus espaldas la ancha estela de cadáveres que habían dejado, otro ejército se aproximaba a ellos más y más, listos para reiniciar la masacre.

Tsubodai obligó a su montura a avanzar por el accidentado terreno que llevaba a la cima de las colinas. El segundo paso era un estrecho sendero que el sah posiblemente hubiera descartado por la enorme cantidad de hombres que llevaba consigo, pero que para ellos sería suficientemente amplio si avanzaban en fila de diez. A medida que ascendía, Tsubodai observaba las tierras que se extendían a sus pies, donde el oscilante tajo rojo que marcaba el recorrido de la batalla iba tornándose marrón con rapidez.

Sobre ese reguero corrían los tumanes de Jochi y Jebe y, aun desde esa distancia, Tsubodai notó que cabalgaban a poca velocidad. Luego vio que las diminutas figuras de los batidores los alcanzaban y el ritmo se aceleraba.

Después de eso, la visión de Tsubodai quedó bloqueada y no vio cómo seguían al sah al interior del paso. A Kachiun se le habrían acabado las flechas y el ejército seguía siendo demasiado grande para las fuerzas con las que contaba Gengis en Otrar. Sin embargo, Tsubodai se sentía satisfecho con el resultado del ataque. Había demostrado la fuerza que podían tener las columnas por sí solas y la mejor manera de actuar contra un enemigo lento. Miró hacia delante, hacia donde cabalgaba Jelme, que instaba a sus hombres a seguir avanzando. Tsubodai sonrió al ver que, pese a no ser ya tan joven, su entusiasmo y energía no habían decaído ni un ápice. Todos los guerreros sabían que tal vez tuvieran otra oportunidad para atacar si lograban atravesar las colinas antes de que el sah llegara a campo abierto. Tsubodai se daba cuenta de que, si eso sucedía, un enjambre de abejas no tendría ninguna oportunidad contra ellos. Ahora bien, si lograban llegar en el momento oportuno, golpearían el flanco derecho del sah con una fuerza de casi veinte mil hombres. Habían disparado

la mayoría de las flechas. Los escudos y las espadas tendrían que concluir lo que ellas habían comenzado.

## XIV

**B**ajo el sol de la mañana, Gengis se volvió tan deprisa que Khasar se sobresaltó. Cuando vio que se trataba de su hermano menor, la expresión de la cara del khan se tornó ligeramente menos terrible, pero la evidente tensión no se disipó. Gengis llevaba dos días rebotando ira y frustración mientras sus hombres luchaban y morían más allá de los montes del sur. Si las murallas de Otrar hubieran sido un poco menos gruesas, habría hecho que las catapultas estuvieran funcionando durante todo ese tiempo, pero ante la anchura de los muros, habría sido un gesto inútil y había decidido esperar. La ciudad no era tan importante como sobrevivir ante el ejército del sah, pero la inactividad había ido acabando con su paciencia y estaba a punto de estallar.

—Dame buenas noticias —exclamó Gengis con brusquedad.

Khasar vaciló y, al notarlo, Gengis frunció el ceño.

—Entonces dime qué noticias tienes, sean las que sean —dijo.

—Los exploradores han informado de que hay una batalla en marcha delante de la entrada del paso. Los generales han mermado los efectivos del sah como ordenaste, pero el ejército sigue estando prácticamente intacto. Kachiun está listo con sus arqueros en lo alto de las lomas. Matarán a muchos, pero, a menos que el ejército se desmorone y huya en desbandada, el sah llegará al otro lado del paso. Sabías que pasaría, hermano.

Observó cómo Gengis apretaba el puño izquierdo con tanta fuerza que su brazo empezó a temblar.

—Dime cómo impedir que veinte mil guerreros caigan sobre nuestra retaguardia y resistiré el avance del sah cuando salga del paso —contestó Gengis.

Khasar desvió la vista hacia la ciudad que se burlaba de sus preparativos. El campamento había sido despojado de guerreros, cinco tumanes enteros aguardaban órdenes y a Gengis le irritaba cada momento perdido. No subestimaba el riesgo que había asumido. Además de sus esposas, sus hijos Ogedai y Tolui se habían quedado allí, desprotegidos, porque necesitaba utilizar todas las fuerzas que tenía a su disposición para obtener la máxima ventaja posible. Cuando el sol se elevó sobre el segundo día, sólo Khasar se había atrevido a hablar a su hermano, pero no había podido ofrecerle ninguna solución.

Khasar sabía tan bien como su hermano que si el sah conseguía atravesar las colinas con su ejército, la guarnición de Otrar iniciaría el ataque en cuanto viera aparecer sus estandartes. Los tumanes serían arrollados. Khasar era consciente de que no poseía la brillantez de Tsubodai o el ingenio de Kachiun, pero sabía que había una única orden posible. No podían tomar Otrar. Todo cuanto podían hacer era retirarse, llevándose a todos los generales con ellos. Con todo, esperó la decisión de Gengis.

El humo negro de la ciudad exterior, que había ardido presa de las llamas, había disminuido hasta desaparecer a lo largo de los pasados días. Mientras Gengis paseaba



la vista por su ejército, el aire estaba limpio y cálido. La ciudad estaba en silencio, aguardando que llegaran a liberarla.

—Habrás más años, hermano —dijo Khasar, a quien se le había acabado la paciencia—. Más batallas.

—¿Quieres que me retire, Khasar? —Gengis se volvió hacia su hermano una vez más.

Khasar se encogió de hombros.

—Mejor que ser aplastados. Si desplazas los tumanes quince kilómetros hacia el norte, el sah se unirá a la guarnición de Otrar y entonces, al menos, nos enfrentaremos a un solo ejército, y no tendríamos a nadie atacando la retaguardia.

Gengis resopló con desprecio ante la idea.

—Kilómetros de llanuras y montañas que conocen mejor que nosotros. Nos hostigarán durante todo el camino de vuelta a casa y ni siquiera mis generales pueden detener a un ejército tan numeroso. Sin embargo, si consigo llegar al paso, el sah no podrá maniobrar. Aun ahora, sería difícil alcanzarle antes de que el sol se ponga, hermano. El tiempo nos está matando.

De pronto, Gengis enmudeció: se le había ocurrido algo.

—Ese hombre que ha sido tu lugarteniente, Samuka. ¿Es leal?

Khasar entornó los ojos, preguntándose en qué estaría pensando Gengis.

—Por supuesto —contestó.

Gengis asintió con un movimiento seco y enérgico, tomando una decisión.

—Dale cinco mil hombres y ordénale que defienda esta posición hasta que regresemos. No tiene que obtener la victoria sobre ellos, sino evitar que lleguen al campo de batalla. Dile que necesito tiempo y que eso es lo que tiene que ganar para mí.

Al principio, Khasar no respondió. El tumán de Chagatai estaba más cerca de la ciudad que los hombres de Samuka, pero Khasar sabía que Gengis no enviaría a su hijo a una muerte segura, como parecía dispuesto a hacer con Samuka.

—Muy bien, hermano. Se lo diré —contestó.

Gengis ya estaba montando a su caballo y haciendo que diera media vuelta para ocupar su sitio al frente del ejército. Khasar regresó hasta donde estaban las filas y pasó entre ellas al galope en dirección al tumán de Samuka.

Encontró a su antiguo lugarteniente de pie junto a Ho Sa, hablando sobre el orden de avance. Sus rostros se iluminaron cuando vieron a Khasar y al general se le encogió el corazón al pensar en lo que tenía que decir. Con un gesto, Khasar les indicó que debían alejarse de los otros oficiales y habló en voz baja.

—Mi señor Gengis ordena que te quedes atrás, Samuka. Toma a cinco mil de los mejores arqueros y defiende nuestra posición en la ciudad hasta que regresemos.

Ho Sa se puso rígido, como si le hubieran golpeado. Los oscuros ojos de Samuka buscaron los de Khasar por un instante. Los tres hombres sabían que aquella orden era una sentencia de muerte. La guarnición los haría pedazos en su desesperación por

salir de la ciudad.

—Harán cuanto puedan por abrirse paso —continuó Khasar—. Es una misión muy difícil.

Samuka asintió, ya resignado. Cinco mil hombres no serían suficientes para defender dos puertas. Un pensamiento se formó en su mente y miró a Ho Sa.

—Éste no me hace falta, general. Que se vaya contigo —dijo Samuka, con una sonrisa cansada—. De todos modos es un inútil y no lo necesito.

Ho Sa sufrió unos instantes de desfallecimiento. No quería morir en unas tierras que apenas conocía. Samuka le había dado la oportunidad de vivir. Khasar retiró la vista para no ver la agitación de Ho Sa reflejada en su rostro.

—Me quedaré —replicó Ho Sa.

Samuka alzó la vista hacia el cielo y resopló, vaciando sus hinchados carrillos.

—Entonces es que eres un idiota —sentenció Samuka. Se volvió hacia Khasar y respiró hondo, adoptando de repente unas maneras enérgicas—. ¿Cuánto tiempo tengo que resistir?

Khasar no dejó traslucir que se había percatado del debate interno de Ho Sa.

—Un día, tal vez. Os relevaré yo mismo.

Tanto Ho Sa como Samuka inclinaron la cabeza, aceptando la misión que se les encomendaba. En un impulso, Khasar alargó la mano y la apoyó en el hombro de Ho Sa. Hacía muchos años que conocía al oficial Xi Xia, desde las primeras incursiones en territorio Chin.

—Mantente con vida, hermano —dijo Khasar—. Si puedo venir, vendré.

—Estaré esperándote —contestó Ho Sa, con voz ronca. Su cara no revelaba el miedo que le encogía el estómago.

Gengis se encontraba ya situado a la cabeza de sus huestes, mirando con frialdad a los tres mil hombres. Esperó hasta que Samuka, a voz en cuello, hubo dado las órdenes a los cinco oficiales de los minghaans y se hubieron alejado del ejército principal. Khasar se retrasó recogiendo cuatro flechas de cada guerrero del tumán de Chagatai, pasándolas en haces. Samuka y Ho Sa necesitarían todos y cada uno de los proyectiles. Si conseguían resistir ante la guarnición de Otrar aunque fuera sólo hasta que se hiciera de noche, quizá Gengis habría justificado las pérdidas humanas.

Cuando la orden de no avanzar se propagó entre los cinco mil designados para quedarse, muchas cabezas se volvieron hacia Khasar. Sabían lo que significaba esa orden. El hermano del khan se quedó quieto como una estatua sobre su silla, complacido al ver que nadie discutía. Su pueblo había aprendido disciplina, incluso a la hora de enfrentarse a la muerte.

Gengis clavó los talones en el lomo de su caballo, que partió dando un salto. Chagatai y Khasar le siguieron hacia las pardas colinas donde el sah combatía contra los generales. A sus espaldas, los habitantes de Otrar lanzaron vítores desde las murallas y sólo la pequeña y grave fuerza de Samuka y Ho Sa regresó hacia la ciudad, que pareció elevarse y cernirse sobre ellos.

Al salir del paso y encontrarse con la brillante luz del sol, las filas del frente del ejército del sah rugieron de júbilo por haber sobrevivido. Decenas de miles de flechas habían caído sobre ellos mientras se abrían camino entre las colinas. Sus escudos estaban erizados de saetas y muchos de los hombres utilizaron sus cuchillos para reducirlas a muñones mientras caminaban con amplias zancadas hacia Otrar.

En el valle, a sus espaldas, todavía se oían gritos: los mongoles estaban destrozando la retaguardia de su ejército, tal vez con la esperanza de que sus hombres fueran presa del pánico y echaran a correr en desbandada. El sah Ala-ud-Din esbozó una pequeña sonrisa al pensarlo. No había deshonor en una buena muerte y la fe de sus soldados era fuerte. Ninguno de ellos había salido huyendo de las sangrientas espadas del enemigo. Los arcos mongoles se habían quedado callados a sus espaldas y eso, al menos, era una muestra de la compasión de Alá. El sah se preguntó si se les habrían agotado las flechas luchando contra los jinetes de Khalifa y, en su excitado estado mental, confió en que así hubiera sido. La muerte era mejor final para ese ladrón del desierto que la traición.

Habían tardado mucho tiempo en atravesar la nube de flechas de los mongoles, que se habían encaramado a los riscos como halcones. Hacía mucho que el sol había dejado atrás el mediodía y el sah no sabía si aquellos diablos persistirían en su ataque hasta que entrara la noche. Otrar estaba a sólo treinta kilómetros al norte y se dijo que seguiría impulsando a sus hombres a continuar hasta que la ciudad estuviera a la vista. Acamparía donde los habitantes de la ciudad pudieran ver que el sah había llegado para salvarlos.

Oyó nuevos aullidos de agonía a sus espaldas y gruñó para sí. Los mongoles estaban por todas partes y, a pesar de que sus hombres se habían protegido juntando los escudos, era difícil rechazar a un enemigo que atacaba desde donde no podían verlo. Sus filas continuaron la marcha. Sólo la muerte impediría que llegaran a la ciudad.

Desde su elevada posición sobre el lomo del elefante, Ala-ud-Din fue de los primeros que vio a Tsubodai y a Jelme aproximarse desde las montañas que estaban a su derecha. Soltó una maldición entre dientes y llamó a sus mensajeros nobles una vez más. Lanzó una rápida mirada a su ejército, tomando nota de las fuerzas y los regimientos de los que disponía y luego llamó con un gesto al primer hombre que pasó cerca de él.

—Dile a mi hijo Jelaudin que destruya a las tropas que llegan por el flanco. Puede llevarse doce elefantes y diez mil hombres del general Faisal. Dile que le estaré observando.

El jinete se llevó los dedos a los labios y al corazón antes de partir como un rayo para transmitir la orden. Ala-ud-Din alejó la vista del flanco derecho, sabiendo que su hijo acabaría con ellos.

En el rostro del sah se dibujó una sonrisa tensa cuando todo su ejército dejó atrás

el paso de las montañas. Nada podía impedir que llegara a Otrar. En algún lugar allí delante, Gengis cabalgaba, pero había salido de la ciudad demasiado tarde. Aun cuando estuviera en camino, la guarnición de Inalchuk entorpecería su avance. Los mongoles eran veloces y tenían más movilidad de lo que el sah Mohamed había visto nunca, pero seguían siendo muy inferiores a ellos en número y sus hombres no echarían a correr mientras él viviera.

Sería una batalla excelente y Ala-ud-Din descubrió con sorpresa que estaba deseando ver caer al khan. Casi lamentaba tener que matar a un enemigo tan atrevido. El año pasado había sido un año emocionante y gratificante a la vez. Suspiró para sí, recordando un cuento infantil de un sah que temía a la depresión casi tanto como a las embriagadoras alturas del exceso de confianza. Cuando les pidió a sus consejeros una solución, forjaron un sencillo anillo con las palabras «También esto pasará» grabadas en el oro. Había verdad en esa afirmación tan sencilla y el sah se sintió satisfecho mientras su maltrecho ejército avanzaba hacia Otrar.

Las columnas de Tsubodai formaron una amplia línea de carga al salir de las colinas. El frente del ejército del sah estaba ya a la vista, pero Tsubodai dio el alto a sus hombres y ordenó que pasaran flechas a las primeras filas. Eran muy pocas. Tenían suficientes para que quinientos hombres hicieran tres rápidos disparos antes de verse limitados al uso de la espada.

Jelme se acercó para cabalgar a su lado mientras los ponis reiniciaban el avance.

—Jochi y Jebe están en la cola de esta serpiente —dijo Jelme—. ¿Podemos arrancarle la cabeza?

—Todo es posible —gritó Tsubodai por encima del hombro—. Apenas puedo creer que este enemigo haya soportado tantos ataques sin perder la formación. Es algo más sobre lo que debemos tomar nota, general: tienen una disciplina extraordinaria, casi tan buena como la de nuestros hombres. Aun cuando tengan a un necio por líder, será difícil vencerlos.

Menos de dos kilómetros los separaban del ala derecha. Tsubodai calculó mentalmente cuánto tardarían en recorrerlos. A esa velocidad, podían alcanzar las líneas enemigas antes de que su corazón hubiera latido doscientas veces.

Mientras se echaban encima del ejército que brotaba del paso, Tsubodai vio que una gran parte de la fuerza árabe se escindía para enfrentarse a ellos. Frunció el ceño cuando una fila de elefantes ocupó el primer plano, azuzados con lanzas y látigos por sus jinetes. Notó, más que vio, cómo sus hombres titubeaban, y empezó a lanzar gritos de aliento.

—Las cabezas están protegidas por una coraza. Disparad a las patas —gritó—. Si están vivos, nosotros podemos matarlos.

Los que le oyeron sonrieron mientras las órdenes pasaban volando de unos a otros a través de las líneas. Los arqueros, probando su fuerza, tensaron los arcos a la espera

del momento propicio.

Al principio, los elefantes avanzaron con paso lento y pesado, pero adquirieron velocidad enseguida. Tsubodai vio que algunos soldados de a pie corrían junto a ellos. Los elefantes, que iban creciendo y creciendo ante sus ojos, resultaban aterradores. Tsubodai preparó su espada, que silbó cortando el aire cuando la balanceó con suavidad junto al flanco de su caballo. Podía ver los tumanes de Gengis llegando desde el norte y se preguntó durante un instante cómo había dejado Otrar a sus espaldas.

—¡Matad antes a los elefantes! —ordenó el joven a sus arqueros con un rugido. Estaban listos y su general sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho y la garganta. El sol estaba descendiendo hacia el horizonte y aquél era un buen día para estar vivo.

Samuka había dispuesto a sus cinco mil en dos grupos situados en ambos extremos de la ciudad, cada uno de ellos mirando a las altas puertas que se abrían en los muros. Ho Sa comandaba el segundo y Samuka apreció el hecho de que el oficial Xi Xia hubiera aprendido a mantener la expresión impassible del guerrero en el tiempo que había pasado con las tribus. Una vez que ambos hombres estuvieron en posición, Samuka se calmó. Para protegerse de las flechas mientras defendían la puerta, sus guerreros habían levantado barreras improvisadas que apoyaron contra las rocas. Samuka suspiró para sí. Gengis le había dejado una única ventaja y la utilizaría lo mejor que supiera. Sus dedos recorrieron la seda de uno de los estandartes, disfrutando de su suave tacto. Veía rostros oscuros observándole desde las altas torres de Otrar y se dijo que no tendría que esperar demasiado tiempo.

Gengis había avanzado sólo unos cuantos kilómetros hacia el sur cuando Samuka oyó las órdenes de la guarnición resonando en el interior de las murallas. Asintió para sí y comprobó una vez más que sus oficiales estuvieran listos. Sus expresiones eran tan graves como la de su general y nadie era lo bastante necio para creer que iba a sobrevivir a la batalla que estaba a punto de comenzar.

La puerta de hierro de la muralla este se abrió con lentitud. Al mismo tiempo, varias filas de oscuros arqueros aparecieron sobre los muros, a millares. Samuka alzó la vista hacia ellos con indiferencia, calculando los números. A lo largo de los pasados días, los mongoles habían abierto un camino hacia la puerta utilizando picas para derribar los escombros de las casas calcinadas. En su momento había sido un buen plan, pero ahora facilitaba a los habitantes de Otrar la salida en tropel de la ciudad. Samuka gritó una orden y sus hombres prepararon los arcos, colocando las flechas con cuidado a sus pies, donde podían ir cogiéndolas con rapidez. Una de las barreras improvisadas se desplomó y Samuka oyó maldecir a un oficial antes de mandar a sus hombres a apuntalarla. Samuka esbozó una pequeña sonrisa. Gengis le había situado allí y no dejaría que le movieran fácilmente.

No sabía si la guarnición saldría sólo por ese lugar o trataría de forzar también la puerta de Ho Sa, que estaba oculta a su vista. Fuera como fuera, mientras aguardaba sentado sobre su poni justo al límite del alcance de las flechas y observaba cómo se abrían de par en par las puertas de hierro, su camino estaba escrito. En la soleada ciudad que se extendía al otro lado, hileras de hombres provistos de armadura esperaban montados en buenos caballos árabes. Samuka los miró entrecerrando los ojos. Ésos eran los que debía destruir. La infantería no alcanzaría a Gengis a tiempo.

Para alguien que amaba a los caballos, era una orden amarga, pero Samuka alzó la cabeza.

—Matad a los caballos —gritó y su potente voz resonó muy lejos. Como un eco, la orden se repitió, aunque con una fuerza tan reducida, no podían ser muchos los que no le hubieran oído. Los ponis mongoles servían para poco en una formación en media luna que no podía moverse, pero era reconfortante estar sobre la silla de montar y Samuka no habría querido estar a pie, en el suelo, con un enemigo corriendo hacia él.

En la ciudad se oyó un rugido de voces y el enemigo se abalanzó fuera de las murallas. La puerta comprimía sus filas de forma que sólo cinco soldados podían ponerse al galope cada vez. Samuka levantó el brazo izquierdo, aguardando el momento adecuado. Cien hombres tensaron sus arcos y apuntaron desde los huecos de las barricadas. Sabía que tenía que escalonar las descargas de flechas para conservar las existencias, pero quería que la primera de ellas fuera terrorífica.

Samuka comprobó que la guarnición había planificado bien lo que iba a hacer. Ampliaron sus filas al salir por la puerta, sacando tantos hombres como fuera posible en el periodo más corto de tiempo. Samuka observó sin inmutarse cómo pasaban junto a la marca que había dejado a cien pasos.

—¡Los caballos primero! —volvió a gritar y dejó caer la mano.

El chasquido que se oyó a continuación hizo que su corazón se acelerara. Cien largas saetas alzaron el vuelo sin apenas reducir su velocidad antes de hundirse en los jinetes árabes. La primera fila se desinfló como un odre que estalla: caballos y hombres cayeron sobre el polvoriento suelo. Samuka volvió a levantar la mano y la dejó caer casi de inmediato, sabiendo que las siguientes cien estarían listas. Nada podía resistirse a esos potentes disparos. Aunque los árabes llevaban armadura y escudos, se desplomaban junto con sus caballos y, a continuación, los que se levantaban tambaleantes eran empalados por una nueva lluvia de flechas.

Sobre las puertas, el aire se llenó de saetas silbantes cuando, desde las murallas, los arqueros enemigos tensaron los arcos y dispararon. Samuka se agachó instintivamente, aunque las barreras le protegían. Las que subieron suficientemente alto se hundieron en los escudos de sus hombres. Tenían experiencia y sabían defenderse de las flechas con habilidad, absorbiendo los impactos.

Pero los jinetes seguían saliendo. Samuka lanzó descarga tras descarga contra las líneas y pronto había grandes pilas de cadáveres de hombres y caballos frente a la

ciudad de Otrar. Algunos de sus hombres cayeron derribados por las flechas rivales, pero fueron sólo unos pocos.

Hubo varios momentos de tregua cuando la guarnición utilizó sus propias barricadas de madera para retirar a los muertos. La operación llevó su tiempo y los mongoles se alegraron de tener que esperar antes de reanudar la matanza una vez más. Con todo, Samuka perdió las esperanzas cuando calculó las flechas que quedaban. Aun contando con que cada disparo segara una vida, al final habría que llegar al enfrentamiento con espadas.

El brutal intercambio continuó. Si los soldados de la guarnición estaban dispuestos a salir directamente, Samuka estaba casi seguro de poder retenerlos hasta el anochecer. Su confianza estaba creciendo cuando vio que volvía a haber movimiento sobre las murallas. Alzó la vista con presteza, suponiendo que se trataba de un relevo de hombres o de una nueva remesa de flechas. Hizo una mueca al ver una serie de cuerdas desenrollándose por encima de las murallas y a varios soldados descendiendo por ellas y quemándose las manos por el esfuerzo para llegar al suelo deprisa.

Samuka lanzó una maldición, aunque había esperado esa acción. Vio que ya había cientos de hombres formando fuera de su alcance. Entretanto, sus hombres no dejaban de disparar flechas hacia la puerta y de matar a los jinetes que luchaban por salir de Otrar. Samuka hizo llamar a un explorador y le envió al otro extremo de la ciudad con un mensaje para Ho Sa. Si sus guerreros todavía no habían sido atacados, podría mandarle unas cuantas centenas de hombres y arrasar esa nueva amenaza. Bajo la mirada de Samuka, más y más cuerdas se llenaban de pequeñas figuras negras, mientras que las filas de los que ya estaban en el suelo estaban cada vez más nutridas y los hombres más seguros de sí. Se le encogió el corazón al ver que empezaban a correr hacia su posición, sus espadas y escudos reluciendo al sol del atardecer. Una vez más, dejó caer el brazo para ordenar que dispararan más flechas contra jinetes que instaban a sus monturas a saltar por entre los cadáveres de sus propios compañeros. No podía maniobrar hasta que se hubieran acabado las flechas.

Si los oficiales de Otrar hubieran decidido trazar un recorrido amplio para rodearle, Samuka se habría visto obligado a cortarles el paso. Era demasiado pronto para permitir que salieran al galope y llegaran a respaldar a las tropas del sah. Samuka los observó con atención con el fin de averiguar si ésa era su dirección, pero al poco no le cabía duda de que, en su ira y nerviosismo, el gobernador les había ordenado aplastar a los mongoles. Llegaron a galope tendido y Samuka ordenó a sus quinientos jinetes más ligeros dirigirse a su encuentro y hostigarlos con sus flechas mientras se acercaban. Los proyectiles abrieron varias brechas en las filas árabes pero, desde las murallas, más y más soldados salían de la ciudad. Samuka apretó la mandíbula, furioso y frustrado, cuando la primera guarnición se encontró con la suya.

Mientras sus hombres luchaban ferozmente, cuatrocientos jinetes mongoles aparecieron a galope tendido desde el otro lado de la ciudad y cargaron directamente

contra la infantería de Otrar. Al principio, penetraron entre sus filas, disparando una cruel oleada de flechas antes de sacar sus espadas y empezar la masacre. La guarnición vaciló bajo el ataque, pero por cada uno de los guerreros mongoles había tres o cuatro soldados árabes. Samuka vio cómo los efectivos rivales disminuían a manos de sus hombres hasta que la línea de carga, con un estremecimiento, se detuvo. Asaltados por todos lados, siguieron luchando bien y ninguno se vino abajo, pero los árabes los fueron eliminando hasta que en la masa de combatientes sólo quedaron unas cuantas docenas de mongoles que despedazaban con furia desesperada todo lo que se ponía al alcance de su espada. Finalmente, esos pocos cayeron también y Samuka gimió en voz alta cuando vio que casi diez mil hombres de la guarnición de Otrar recomponían la formación. Tenía al menos una última taba que arrojar al aire, pero no sería suficiente.

En el interior de las puertas de hierro, vio nuevas líneas de caballería, gritando y alzando sus escudos. Sabían que la victoria era suya.

Con cansancio, Samuka extrajo el estandarte de seda de donde lo había guardado, bajo la manta de su cabalgadura. Cuando lo alzó por encima de su cabeza, la suave tela ondeó en la brisa. Dirigió la mirada a lo alto de la colina que se elevaba detrás de la ciudad y notó una sombra pasar sobre su rostro antes de empezar a oír el estruendo de las catapultas.

Proyectiles de cerámica, tan grandes como para que pudiera transportarlos un hombre, se estrellaron contra la puerta de entrada a Otrar. Samuka extrajo de su carcaj una flecha con la cabeza envuelta en un trapo impregnado de aceite y le pidió a un guerrero que la encendiera con la llama de un farol. Vio cómo otras dos vasijas de arcilla se estrellaban contra la puerta, derribando a un jinete. Samuka apuntó con cuidado y luego disparó la flecha.

Su celo se vio recompensado: una llamarada envolvió la puerta y abrasó a todos los que estaban tratando de atravesarla. Los efectos del aceite Chin eran terribles y el calor era tan intenso que muchos de los ponis mongoles se alejaron de las llamas dando saltos hasta que sus jinetes recuperaron el control sobre ellos. Las catapultas de la colina siguieron lanzando vasijas de arcilla, que pasaban sobrevolando las cabezas de sus hombres e incrementaron las infernales llamaradas hasta que la propia puerta empezó a resplandecer en un tono rojo oscuro. Samuka supo que podía olvidarse de la puerta durante un tiempo. Nadie podía atravesar esas llamas y salir vivo. Su intención había sido unirse a Ho Sa al otro lado mientras ardía la primera puerta, pero la masa de soldados que había descendido por las cuerdas había arruinado su plan.

Mientras sus hombres cambiaban la trayectoria de sus arcos, dirigiéndolos contra la infantería árabe, Samuka sacudió la cabeza para despejarse. Se recordó a sí mismo que los soldados de a pie no serían un problema para Gengis. Con un potente y breve toque de cuerno, indicó a sus hombres que debían hacer que sus caballos se giraran hacia él.

Samuka utilizó su espada para señalar la dirección y clavó los talones en su



montura, que partió de inmediato, pasando lo suficientemente cerca de la puerta en llamas como para sentir su calor en las mejillas. Entretanto, por encima de las murallas, la ciudad seguía vomitando soldados para sustituir a los muertos, pero, al poco, no había ningún enemigo para enfrentarse a ellos.

Era extraño dar la espalda a una batalla. Otrar no era una ciudad pequeña y Samuka distinguió muchas figuras borrosas sobre las murallas mientras sus hombres y él corrían a lo largo de su sombra, solos con el ritmo de los cascos y el olor del humo. No sabía cuánto durarían las reservas de aceite Chin y se mortificó con la idea de que un pensador mejor habría hallado una forma de defender ambas puertas.

Oyó a los hombres de Ho Sa antes de que ellos los vieran a ellos y Samuka sacó el arco de su funda: una extensión de su poderoso brazo derecho. Los muros pasaban por su lado a toda velocidad y el sonido fue creciendo hasta que se encontró ante una escena de sangriento caos.

Con un vistazo, Samuka comprobó que Ho Sa estaba a punto de perder la posición en la segunda puerta. Sin las catapultas, sus hombres y él habían sido rechazados por nutridas oleadas de soldados. Los árabes atacaban a los mongoles aullando, enloquecidos hasta el punto de arrancarse las flechas de la propia carne mientras marchaban, dejando huellas ensangrentadas por el suelo.

Los últimos mil hombres de Samuka atacaron desde atrás, abalanzándose contra los regimientos árabes con un impacto tan colosal que, ya en la primera embestida, penetraron casi hasta el núcleo de las tropas de Ho Sa. Samuka notó cómo iban perdiendo velocidad a su alrededor a medida que más y más caballos morían o los jinetes quedaban encerrados entre enemigos moribundos. Alargó la mano para sacar una flecha, pero no encontró nada y se deshizo del arco para coger la espada otra vez.

Vio que Ho Sa peleaba cada centímetro de terreno con uñas y dientes, pero sus guerreros se veían obligados a retroceder. Samuka gruñó y se abrió camino hacia él dando brutales tajos a diestro y siniestro, pero las riadas de hombres que le habían seguido alrededor de la ciudad empezaron a llegar y sintió que a sus guerreros y a él les tragaba un oscuro y rugiente mar.

El sol se ponía hacia el oeste. Samuka se dio cuenta de que llevaba horas luchando y, sin embargo, todas esas horas no eran suficientes. La segunda puerta estaba a cien pasos de distancia y no estaba en llamas. Vio que de ella salía un grupo de jinetes y que no se unían a los demás. Samuka gritó, lleno de rabia y desesperación, cuando se alejaron en una columna irregular. El ataque de un contingente de caballería, aunque fuera pequeño, contra la retaguardia del khan podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Samuka parpadeó para expulsar la sangre de sus ojos y empujó a un hombre con una patada desde su estribo derecho. De los hombres que Khasar le había dejado, sólo unas cuantas centenas seguían con vida. Habían acabado con cifras muy superiores a las suyas, pero aquél era el fin. En cierto modo, Samuka había creído que sobreviviría, a pesar de tenerlo todo en contra. El pensamiento de su cadáver

enfriándose sobre el suelo superaba su imaginación.

Samuka gritó el nombre de Ho Sa por encima del hormiguero de cabezas y manos que se arrojaban sobre él. Sentía multitud de dedos agarrándole las piernas y estaba pataleando salvajemente y dando tajos con la espada cuando Ho Sa le vio. Quizá por un momento el oficial Xi Xia pensara que estaba pidiendo ayuda, pero Samuka le señaló con la espada a la caballería que había salido huyendo. Cuando Ho Sa se volvió siguiendo el gesto, Samuka vio cómo le abrían un profundo corte en el cuello y se desmoronaba mientras la sangre empezaba a manar a chorros.

Samuka rugió ciego de ira y golpeó con la hoja de su espada los dedos que se le clavaban en los muslos. Había tantos rostros con barba a su alrededor que su caballo tuvo que detenerse y, de repente, Samuka sintió una súbita calma, mezclada con sorpresa. Khasar no había vuelto. Estaba perdido y solo y todos sus hombres estaban muriendo.

Manos ajenas se aferraron a diversas partes de su armadura y Samuka notó con horror que estaban arrastrándole hacia abajo, tirándole del caballo. Mató a otro hombre con un salvaje golpe, pero entonces su brazo quedó atrapado y le arrancaron la espada de la mano. Su caballo se tambaleaba, herido por mil cortes invisibles, y los que le rodeaban estaban tan cerca que podía ver el rojo interior de sus gargantas cuando gritaban. Samuka cayó en medio de la masa humana, todavía debatiéndose. La luz del último sol se desvaneció mientras se desplomaba a los pies de aquellos hombres y sus cuchillos. El dolor era peor de lo que había temido. Se dijo que había hecho cuanto había podido, pero, aun así, era una muerte muy dura y la guarnición de Otrar había partido.

## XV

**P**ese al estruendo de los cascos al galope, Tsubodai oyó el crujido de las plumas en su oído mientras tensaba el arco. Se elevó sobre los estribos y apuntó a las patas delanteras de un elefante que caía sobre él como una avalancha. Por todas partes, sus hombres imitaron su acción y, cuando soltó la flecha, una negra nube de proyectiles oscureció el aire. Ninguno de los guerreros tenía que pensar sus acciones. Habían sido entrenados para el combate desde que, con dos o tres años de edad, los ataran a una oveja para enseñarles a cabalgar. Antes de que las primeras saetas hicieran blanco, ya había una segunda en la cuerda. Los poderosos haces de músculos se hinchaban en sus hombros derechos cada vez que volvían a tensar la cuerda.

Los elefantes barritaron de dolor y se irguieron sobre dos patas, agitando las cabezas de un lado a otro. Tsubodai vio cómo las saetas se clavaban en las gigantescas patas grises, acertándoles en plena zancada y rompiendo el ritmo de la carga. La mitad de los enormes animales tropezaron cuando les falló una de las patas. Otros levantaron la trompa y mostraron sus amarillentos colmillos en enfurecido desafío. En realidad, la velocidad se incrementó, pero la segunda ola de flechas partió y los elefantes se estremecieron bajo los impactos. Las flechas se les engancharon entre las patas, desgarrando las heridas abiertas.

Tsubodai alargó automáticamente la mano para coger otra saeta de su carcaj, pero sus dedos se cerraron en el vacío. Ya estaba casi al lado de la caballería del sah y volvió a dejar el arco en la funda de cuero de su silla para alzar la espada por encima de su hombro derecho, lista para cortar.

Los hombres que le rodeaban lanzaron una última flecha a las líneas que se aproximaban y Tsubodai se puso de pie sobre los estribos cuando vio a los elefantes más próximos elevarse sobre sus patas traseras, locos de dolor. Sus adiestradores gritaron, golpeándoles con violencia mientras giraban. El corazón de Tsubodai pareció ralentizarse cuando vio cómo uno de ellos era arrancado de un ancho lomo y arrojado al suelo con una fuerza terrible. Desesperados por el dolor, los elefantes se alejaron de la línea de jinetes al galope, derribando hombres y caballos en su huida.

Cuando los gigantes animales se retiraron corriendo a ciegas contra las filas del sah, Tsubodai lanzó un grito de triunfo. Penetraron en el contingente de soldados como si atravesaran un campo tupido, utilizando sus colmillos para quitar de en medio a hombres adultos como si fueran briznas de hierba. En ese estado de locura, nada podía frenarlos. Pocos momentos después, Tsubodai se encontró ante un frente destrozado, con hombres aturridos y heridos por el paso de las bestias. Algunos de los árabes se recobraron enseguida y volvieron a disparar desde sus arcos de doble curva. Cayeron varios guerreros y caballos mongoles, pero los demás enseñaron los dientes y avanzaron. En los últimos instantes previos al encuentro de las dos fuerzas, Tsubodai eligió su blanco y guió a su poni sólo con las rodillas.

Los guerreros mongoles atravesaron la primera línea árabe sembrando el caos. Tsubodai le arrancó la cabeza a un soldado, luego casi se cayó de la silla cuando otro hombre trató de golpearle y tuvo que agacharse con un gesto brusco. Cuando se volvió a erguir, alargó su hoja y se le dislocó el hombro al chocar contra una armadura enemiga. Gracias a su peso y a que todavía estaba encorvado, se mantuvo en la silla mientras que el árabe se desplomaba y Tsubodai se encontró en una de las sangrientas brechas que habían abierto los elefantes. Todavía podía verlos alejándose, atormentados e indiferentes a la destrucción que iban creando a su paso. En silencio, Tsubodai le dio las gracias a aquellos enormes animales mientras se volvía buscando nuevos enemigos. El *shock* ante la devastadora desbandada de los elefantes había paralizado las filas del sah. Los arqueros árabes se habían dispersado y morían dando órdenes a gritos, aterrorizados, mientras los mongoles lanzaban otro ataque brutal y encajaban las heridas sin emitir un solo sonido y sin dejar de blandir su espada con eficiente violencia. Las excelentes hojas se arruinaban contra las corazas árabes, pero sus brazos subían y bajaban sin descanso, y si un escudo detenía un golpe, asestaban otro por encima o por debajo, cercenando piernas y gargantas. Eran más rápidos que sus rivales. Tsubodai se enzarzó en combate con un enorme árabe barbudo, luchando con furia salvaje contra él, y pudo oler su sudor cuando utilizó el hombro de su poni para hacerle perder el equilibrio. Un instante antes de dejarle atrás, Tsubodai vio que la espada curva no tenía guardamano y pasó la hoja por la empuñadura cortando tres dedos con limpieza y haciendo que el arma cayera al suelo. Los hombres del sah eran altos y fornidos y Tsubodai se preguntó si habrían sido elegidos más por su fuerza que por su destreza. Sus golpes hacían tambalearse a sus guerreros, pero, una y otra vez, los mongoles los esquivaban agachándose o moviéndose a un lado, y devolvían el golpe cuando tenían ocasión antes de cambiar de posición. A muchos de los soldados del sah era necesario infligirles tres o cuatro heridas antes de que la pérdida de sangre les hiciera desplomarse.

Tsubodai vio cientos de soldados de infantería reunirse en torno a un jinete que montaba un semental negro. Aun a esa distancia, se veía que era un animal estupendo. Su jinete vociferó una orden y los hombres adoptaron la formación de cuña a sus espaldas. Tsubodai se preparó para un contraataque pero, en vez de eso, levantaron los escudos y, sin dejar de combatir, comenzaron a retirarse hacia el ejército principal.

El general mongol no tuvo que repartir nuevas órdenes. Los oficiales de sus minghaans actuaban por su cuenta y cuatro de ellos presintieron la retirada y se lanzaron al ataque. Las flechas habrían acabado con los soldados árabes, pero se habían agotado y tuvieron que ver cómo el enemigo se alejaba guardando un buen orden, dejando montañas de cadáveres tras de sí.

Tsubodai oyó los cuernos de los exploradores gimiendo a lo lejos. Alzó la vista y vio cómo llegaban los tumanes de Gengis. El khan había entrado por fin en el campo de batalla y Tsubodai se restregó el sudor de los ojos, embargado por un inmenso

placer.

Sus hombres habían arrollado a los jinetes que habían enviado contra ellos, pero Tsubodai seguía sintiéndose frustrado. Aquella retirada en orden había cumplido con su cometido, evitando que arrasara las líneas y le cortara la cabeza al ejército principal del sah. Sus hombres y él daban vueltas en torno al extremo de la batalla, algunos todavía combatiendo contra los últimos nudos de la fatigada infantería. Tsubodai se preguntó quién sería el joven oficial que había impedido una derrota aplastante. El hombre había contenido a sus hombres en lo más ardiente de la batalla y Tsubodai apuntó ese dato a lo demás que había aprendido del enemigo. Al parecer, el sah contaba al menos con un oficial competente a su mando.

Los minghaans volvieron a formar en un paisaje de hombres despedazados, y armaduras y armas abolladas. Algunos guerreros desmontaron para extraer las valiosas flechas de la carne de los muertos, pero sólo unas cuantas seguían siendo reutilizables. Tsubodai sintió que su pulso se normalizaba y observó el campo de batalla, juzgando dónde se le necesitaba. El ejército del sah había salido de los pasos y veía a los tumanes de Jebe y de Jochi hostigándolo con fiereza en retaguardia. El sol estaba bastante bajo en el oeste y pensó que Gengis apenas tendría tiempo para atacar antes de que oscureciera.

Tsubodai asintió para sí. Vio que la parte final de la infantería del sah había regresado al flanco y miraba torvamente a los guerreros mongoles que pululaban entre los caballos. La mayoría de los elefantes había desaparecido, aunque algunos habían quedado tendidos en el suelo, pataleando, heridos con flechas de las propias filas del sah, que les habían disparado antes que dejar que siguieran arrasándolo todo. Tsubodai estaba cansado y le dolía casi todo el cuerpo, pero a la batalla le quedaba mucho para acabar.

—¡Formad detrás de mí! —gritó y los que le oyeron, le obedecieron. Mientras las filas del sah pasaban por delante de ellos, la fría mirada de Tsubodai captó la aparición de nuevos soldados de infantería. Casi no podía creérselo, pero los soldados del sah estaban tan decididos a alcanzar Otrar, que seguían adelante haciendo caso omiso de las fuerzas atacantes.

Tsubodai meneó la cabeza. Los generales mongoles habían demostrado la efectividad de sus contingentes móviles, que contaban con oficiales que actuaban por sí mismos. Sin embargo, el ejército del sah continuaba avanzando, lento y pesado, obedeciendo a un solo mando independientemente de lo que les esperara. Tsubodai pensó que el sah era tan implacable como el propio Gengis a la hora de utilizar a sus hombres.

Mientras los hombres de Jelme adoptaban la formación en columnas, Tsubodai vio algunos rostros asustados en el ejército del sah girándose hacia él. Sabían lo que iba a suceder, casi antes de que hubiera acabado de tomar la decisión. Observó cómo tensaban los arcos y se preparaban.

Tsubodai alargó la mano hacia el cuerno de explorador que llevaba colgado del

cuello sólo para descubrir que estaba roto por la mitad, partido por un golpe que no podía recordar. Maldijo entre dientes, ajeno a las sonrisas que sus palabras producían en los que estaban más cerca de él.

—Seguidme —bramó. A su izquierda, los hombres de Jelme hundieron los talones en su montura y avanzaron.

Gengis había forzado la marcha durante más de treinta kilómetros para llegar a aquel lugar y habían cambiado sus monturas por otras frescas cuando la batalla estuvo a la vista. Vio que el sah había salido de las colinas, pero eso era inevitable. Recorrió las líneas con la mirada para encontrar a su hijo Chagatai, que avanzaba al galope, y más lejos, a Khasar. A sus espaldas, había un total de cincuenta mil hombres a caballo, con una larga cola de monturas sin jinete corriendo tras ellos. Y, sin embargo, se enfrentaban a un ejército que se extendía hasta donde no alcanzaba la vista. Los estandartes de Tsubodai, que atacaba por el flanco, apenas eran visibles a su izquierda. Tras las huestes árabes, se agitaban grandes nubes de polvo. Gengis pensó que Samuka y Ho Sa ya estarían muertos, pero Otrar estaba lejos y su guarnición no podría llegar al campo de batalla ese día. Había hecho cuanto estaba en su mano, pero ése era el último lanzamiento de las tabas. Eso era lo que le procuraba y no tenía otro plan aparte de atacar la columna del sah y envolverla con formaciones de media luna.

Gengis gritó una orden a un portaestandartes y oyó el aleteo de la bandera dorada al ascender. A lo largo de la línea de batalla, mil arcos crujieron. El ejército del sah trató de prepararse para el impacto, aunque sus oficiales les urgían a continuar. Nadie quería enfrentarse a esos adustos guerreros de nuevo, pero era imposible evitarlos. Cuando el estandarte dorado bajó y el cielo se tornó negro, lanzaron desafíos a voz en cuello.

Las líneas mongolas atacaron a máxima velocidad, rugiendo, y ese ritmo frenético era tan peligroso como las armas que blandían.

Los cuernos de la media luna se abrieron en torno a la cabeza del ejército del sah, corriendo a lo largo de los flancos y clavándose en ellos. La luz era ya gris cuando los ejércitos chocaron: el sol estaba desapareciendo por el oeste. La noche sería clara y perfecta. Los mongoles se abalanzaron contra las huestes enemigas.

El sah Ala-ud-Din Mohamed lanzó un grito de horror y sorpresa cuando una línea de mongoles atravesó su ejército y fue directa hacia él. Su guardia montada fue eliminando a todos y cada uno de ellos, pero estaba rodeado por todos lados y la mitad de sus hombres no podían utilizar las armas. El sah sintió que el pánico estaba a punto de invadirle cuando miró a su alrededor. Pronto sería de noche y, sin embargo, los mongoles luchaban como salvajes. No emitían ningún sonido, ni siquiera cuando les arrancaban la vida del cuerpo. El sah no podía sino menear la

cabeza ante tal exhibición de autocontrol. ¿Es que no sentían el dolor? Su hijo Jelaudin creía que se parecían más a los mudos animales que a los hombres y tal vez tuviera razón.

Aun así, el ejército del sah seguía marchando, avanzando a trompicones, luchando contra el impulso de salir huyendo de ese enemigo. Ala-ud-Din observó cómo, en los flancos, las brillantes columnas de sus hombres eran destruidas mientras el estruendo permanente de la lucha en retaguardia los impulsaba hacia delante.

Más y más guerreros del khan morían intentando abrirse camino hacia el centro. Los soldados del sah mantenían la formación y los despedazaban cuando llegaban galopando a su posición. No podían igualar la velocidad de los mongoles, pero sus escudos detenían muchas de las flechas y los que se aproximaban recibían tajos y mandobles y eran rechazados todas las veces. Mientras a su alrededor la luz perdía intensidad, Ala-ud-Din se regocijaba por cada enemigo que moría bajo las pesadas pezuñas de su elefante.

La oscuridad cayó y, por un momento, la escena que tenía ante sus ojos le pareció una visión infernal. Los hombres aullaban en su esfuerzo por sobrevivir en aquella palpitante masa de sombras y cuchillos. Los cascos de los caballos resonaban como truenos en sus oídos y daba la impresión de que un genio rugiente hubiera atrapado al ejército del sah. Sin dejar de avanzar, los soldados se giraban a un lado y a otro, aterrorizados al oír a los jinetes abalanzándose sobre ellos desde todas las direcciones. Por encima de sus cabezas, las estrellas lucían claras y relucientes mientras la luna creciente ascendía poco a poco.

El sah se dijo que el khan mongol podría continuar luchando hasta el amanecer y, mientras daba órdenes, rezaba constantemente, confiando en sobrevivir a las horas de oscuridad. Una vez más, sus guardias tuvieron que rechazar una columna de asaltantes salida de la nada, matando a ochenta o noventa hombres y obligando a los demás a alejarse para que otros se ocuparan de ellos. Ala-ud-Din notó que los hijos de las antiguas casas estaban disfrutando del combate. Sus dientes resplandecían mientras presumían de los mejores golpes repitiéndolos ante sus amigos. A su alrededor, el ejército estaba siendo masacrado, pero esos nobles hijos no tendrían en cuenta aquellas pérdidas. Al fin y al cabo, Alá daba y quitaba a voluntad.

Ala-ud-Din pensó que el amanecer dejaría a la vista los jirones ensangrentados de las huestes que había comandado. Sólo la idea de que su enemigo sufriera en igual grado le ayudó a mantener su resolución.

Al principio, no se dio cuenta de que el ruido disminuía. Le parecía que había vivido toda su vida con aquel estruendo de los cascos llegando desde todas direcciones. Cuando empezó a disminuir, todavía estaba llamando a sus hijos para obtener los últimos informes. El ejército continuó marchando. Sin duda, antes del alba, Otrar estaría muy cerca.

Por fin, uno de los primeros hombres del sah le informó con un grito de que el khan se había retirado. Ala-ud-Din dio las gracias por haberse salvado. Sabía que los

jinetes no podían atacar de noche. Bajo la pálida luz de la luna, no podían coordinar los golpes sin estrellarse unos contra otros. Cuando llegaron los exploradores, escuchó sus informes, el cálculo de la distancia que los separaba de Otrar y cada pequeño detalle que habían anotado sobre la posición del khan.

Ala-ud-Din inició los preparativos para levantar el campamento. Al amanecer llegaría la batalla definitiva y los malditos mongoles habían dejado sus flechas en los cadáveres de sus hombres. Con Otrar a la vista, ampliaría las líneas y emplearía más espadas en sus punzantes ataques. En la última hora, los mongoles habían perdido al menos tantos hombres como él mismo, estaba seguro. Antes de eso, habían mermado brutalmente sus huestes. Recorrió con la mirada las líneas de soldados preguntándose cuántos habrían sobrevivido a la lucha a través de las montañas. En una ocasión, había visto una partida de caza perseguir a un león herido que se alejaba renqueante de sus lanzas. El animal había dejado un rastro de sangre tan ancho como él mismo mientras se arrastraba sobre la panza abierta. No podía quitarse de la cabeza la visión de su propio ejército herido como ese león, dejando una estela rojo brillante a sus espaldas. Por fin, dio la orden de alto y a sus oídos llegó el masivo suspiro de miles de hombres a quienes se les permitía descansar. El sah empezó a desmontar, pero mientras lo hacía, vio unas luces aparecer por el este. Conocía bien los diminutos puntos luminosos de las hogueras de un ejército y permaneció subido a su elefante observando cómo iban surgiendo más y más hasta que el horizonte parecía un firmamento plagado de distantes estrellas. Allí estaba su enemigo, reposando y aguardando el alba.

En torno a Ala-ud-Din, sus propios hombres empezaron a encender fuegos con madera y los excrementos secos de los camellos. La mañana pondría el punto y final a la lucha. El sah oyó las voces que llamaban a los fieles a la oración y asintió con ferocidad para sí. Alá seguía estando con ellos, y el khan mongol estaba sangrando también.

La luna estaba atravesando el negro cielo cuando Gengis reunió a sus generales en torno al fuego. Mientras esperaban que hablara, no había júbilo entre los hombres del khan. Sus tumanes habían acabado con muchos de los hombres del sah, pero sus propias pérdidas eran espantosas. En la última hora antes de la oscuridad, cuatro mil soldados veteranos habían muerto. Se habían abierto paso entre los árabes y habían estado a punto de llegar hasta el propio sah, pero entonces las espadas enemigas se habían unido contra ellos y los habían expulsado.

Cuando Jebe y Jochi llegaron juntos al campamento, Kachiun y Khasar les habían saludado, mientras que Gengis simplemente se les había quedado mirando. Tsubodai y Jelme, que estaban al tanto de la historia de la larga marcha como todo el campamento, se pusieron en pie para felicitar a los dos jóvenes.

Chagatai también había oído la noticia y observó con expresión hosca cómo



Jelme le daba unas palmadas en la espalda a su hermano mayor. No entendía por qué todos parecían tan complacidos. Él también había luchado, y había seguido las órdenes de su padre en vez de desaparecer durante varios días. Al menos, él había estado allí donde Gengis le necesitaba. Chagatai había abrigado la secreta esperanza de que Jebe y Jochi fueran humillados por su ausencia, pero incluso su tardía llegada a la retaguardia del sah estaba siendo recibida como un golpe de genio. Se pasó la lengua por los dientes delanteros, mirando a su padre.

Gengis estaba sentado, con las piernas cruzadas, con un odre de airag apoyado contra la cadera y un cuenco de cuajos secos sobre su regazo. Tenía el dorso de la mano izquierda cubierto de sangre y llevaba una apretada venda en la espinilla, que aún sangraba. Chagatai retiró la mirada de la necia alabanza a su hermano y observó cómo Gengis limpiaba el cuenco con un dedo y masticaba los últimos restos de alimento. Cuando dejó el recipiente a un lado y se quedó perfectamente inmóvil, se hizo el silencio.

—Samuka y Ho Sa deben de estar muertos —dijo Gengis, al fin—. La guarnición de Otrar no puede estar lejos y no sé cuántos de ellos han sobrevivido al fuego y a las flechas.

—La oscuridad no les detendrá —observó Kachiun—. Quizá lleven a sus caballos a pie, pero alcanzarán al sah antes del amanecer. —Mientras hablaba, Kachiun fijó la vista en el negro vacío, en la zona por la que podría llegar la guarnición. A lo lejos, podía ver las hogueras del campamento del sah y, aun después de tantas muertes, seguía habiendo cientos de puntos de luz, a sólo unos cuantos kilómetros de distancia. Sin duda los batidores árabes estaban ya en camino hacia la guarnición de Otrar para guiarlos hasta su posición. La oscuridad les daría el amparo que necesitaban.

—He situado exploradores en un círculo a nuestro alrededor —dijo Gengis—. Si atacan por la noche, no habrá sorpresas.

—¿Quién ataca de noche? —replicó Khasar. Estaba pensando en Samuka y Ho Sa y apenas levantaba la vista de la carne seca de cabra que se estaba obligando a comer.

A la luz de las llamas, Gengis posó su fría mirada en su hermano.

—Nosotros —contestó.

Khasar tragó el bocado más rápido de lo que habría querido para responder, pero Gengis continuó antes de que pudiera decir nada.

—¿Acaso tenemos alternativa? Sabemos dónde están y, de todos modos, las flechas están perdidas. Si atacamos por todos los flancos, no entorpeceremos las líneas de los demás.

Khasar carraspeó y habló con voz ronca.

—Esta noche la luz de la luna apenas alumbra, hermano. ¿Cómo vamos a poder ver las banderas o saber cómo evoluciona la batalla?

Gengis alzó la cabeza.

—Cuando caigan o cuando mueras, lo sabrás. Es nuestra única opción. ¿Crees que debería esperar hasta que una guarnición de veinte mil hombres se una a ellos al

amanecer...? ¿Con hombres descansados que no han peleado como nosotros? —A la luz de la hoguera, miró a sus generales uno a uno. Muchos de ellos se movían con dificultad y el brazo derecho de Jelme estaba envuelto en un paño ensangrentado y todavía húmedo.

—Conociendo a Samuka, no serán ni la mitad de esa cifra —murmuró Khasar, pero Gengis no respondió.

Tsubodai se aclaró la garganta y los ojos de Gengis se posaron en el joven general.

—Mi señor khan, las columnas volantes funcionaron bien cuando teníamos flechas. Por la noche, hombres con escudos ordenados en filas compactas pararían los ataques. Podríamos perderlas todas.

Gengis resopló, pero Tsubodai continuó y su tranquila voz calmó a los demás.

—Una columna podría abrirse paso, pero eso ya lo vimos hoy. No huyen de nosotros esos árabes, al menos no con facilidad. Cada paso adelante trae a más y más hombres hacia el flanco de la carga hasta que se bloquea.

—¿Tienes alguna alternativa? —exclamó Gengis con brusquedad. Aunque su tono era seco, estaba escuchando. Conocía la aguda mente de Tsubodai y la respetaba.

—Tenemos que engañarlos, señor. Podemos hacerlo con un segundo ataque falso, dando una vuelta a su alrededor. Mandarán a más hombres para resistir y los arrollaremos desde nuestro lado.

Gengis meneó la cabeza, meditando. Tsubodai prosiguió.

—¿Y si hiciéramos que un pequeño contingente de hombres condujera algunos caballos hasta el ala izquierda del sah, señor? Que se lleven todas las monturas sin jinete y hagan tanto ruido como puedan. Cuando el sah dirija a sus soldados hacia allá, atacaremos el flanco derecho con todo cuanto tengamos. Podría marcar la diferencia.

Esperó a que Gengis lo considerara bien, sin darse cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Es un buen plan... —empezó a decir el khan. Pero entonces, el sonido del cuerno de un explorador rasgó la oscuridad y todos los hombres que rodeaban la fogata se pusieron tensos. Casi como si le respondiera, a lo lejos resonó un estruendo que se dirigía hacia ellos. Mientras hablaban y comían, el sah había lanzado un ataque contra sus hogueras.

Como un solo hombre, los generales se pusieron en pie, ansiosos por volver con sus tumanes.

—... Pero esto es más sencillo, Tsubodai —le dijo Khasar al pasar junto a él.

La insolencia del tono hizo sonreír a Tsubodai. Ya había previsto la posibilidad de que se produjera un ataque y sus guerreros estaban preparados.

## XVI

**M**ientras trotaba en la oscuridad, Jelaudin mantenía la vista fija en las hogueras que ardían frente a él. Los hombres que corrían a su espalda estaban exhaustos, pero había presionado a su padre hasta convencerle de que debían acometer una última carga en masa, consciente de que su mejor oportunidad era caer sobre los mongoles mientras dormían. Le hervía la sangre cada vez que pensaba en la preciosa guardia de su padre, que apenas había sufrido ninguna baja. El sah había denegado su petición de que le acompañaran, precisamente en el momento en que por fin habrían justificado su existencia. Jelaudin maldijo a su padre y también a Khalifa por perder la caballería y luego desechó su ira para poder concentrarse. Un único ataque contra el campamento enemigo podría bastar para acabar de hundirles definitivamente. La luna estaba oculta tras las nubes y Jelaudin cabalgaba despacio por el accidentado terreno, aguardando expectante el tumulto que estaban a punto de provocar.

Llegaría antes de lo que había previsto, porque los exploradores enemigos habían hecho sonar varias notas de aviso antes de ser eliminados por sus hombres. Jelaudin desenfundó su espada y arriesgó el cuello adoptando un ritmo más veloz. Los hombres que avanzaban a la carrera se quedaron atrás y él dirigió su montura hacia las fogatas mongolas.

Tras varios días de combate, el khan había decidido organizar únicamente un campamento improvisado. Jelaudin vio que en el flanco izquierdo había un enorme racimo de luces, lo que revelaba la presencia de muchos hombres. Las noches eran frías y supuso que se habrían apiñado en torno a las llamas. A la derecha, las fogatas nocturnas estaban mucho más espaciadas, iban menguando hasta que, en el extremo más lejano, no eran más que unos cuantos puntos de luz. Hacia allí dirigió a sus hombres tan deprisa como pudo, impaciente por disfrutar de la venganza por las terribles pérdidas que habían sufrido.

Oyó que los mongoles se alzaban contra el ataque, aullando con ira salvaje. Jelaudin también gritó, desafiante, hacia la noche, y su grito encontró eco en sus hombres. Las hogueras se aproximaron y, de repente, había hombres por todas partes y las fuerzas se encontraron. Jelaudin tuvo tiempo de lanzar un grito de sorpresa antes de que su semental sufriera una brutal arremetida y él saliera volando por los aires.

Tsubodai esperaba junto a Jochi, Jebe y Chagatai. Había sido idea suya disponer las hogueras de ese modo para atraer al enemigo hacia ellos. En la zona donde había más luces, había situado sólo a unos cuantos hombres vigilando los fuegos. En la oscuridad de la parte derecha, los tumanes de veteranos se apretaban junto a sus ponis, lejos del calor. Les daba igual el frío nocturno. Para quienes habían nacido en las heladas estepas del hogar, aquello no era nada. Con un fuerte grito, cargaron

contra las filas árabes que entraban en el campamento.

Cuando se produjo el encontronazo entre las dos fuerzas, los árabes se tambalearon, derribados por hombres que habían peleado y entrenado desde su más tierna edad: los brazos derechos de los mongoles apenas se cansaban mientras golpeaban al enemigo y le rechazaban. Tsubodai ordenó el avance con un bramido y sus hombres pusieron al trote a sus monturas, que pasaron con cuidado por encima de los moribundos.

La luna se elevó sobre ellos, pero el ataque fue sofocado enseguida y la fuerza árabe fue repelida y regresó en tropel a su campamento principal. Mientras corrían, se volvían para mirar por encima del hombro, temiendo que los mongoles pudieran alcanzarlos. Menos de la mitad lograron huir, aunque Jelaudin fue uno de ellos, humillado y a pie. Tambaleante, volvió junto a su padre, todavía aturdido por el caos y el miedo. A lo lejos, los mongoles remataban a los heridos y esperaban pacientemente el alba.

El sah Ala-ud-Din recorría su tienda arriba y abajo, mirando con furia a su hijo mayor cada vez que daba media vuelta. Jelaudin aguantaba el tipo, nervioso, no queriendo incrementar la rabia de su padre.

—¿Cómo podían saber que los atacarías? —exclamó el sah de repente—. No hay espías en las filas, aquí no. Es imposible.

Mortificado aún por su derrota, Jelaudin no se atrevió a responder. Para sí, pensó que la defensa de los mongoles significaba únicamente que se habían preparado para la posibilidad de un ataque, no que sabían que se produciría, pero no parecía apropiado elogiarlos mientras su padre se consumía de ira.

—¿Ves ahora por qué no te entregué a mi guardia personal? —preguntó el sah, con suficiencia.

Jelaudin tragó saliva. Si hubiera llevado consigo aquellos quinientos jinetes, no creía que la derrota hubiera sido tan fácil o tan aplastante. Haciendo un esfuerzo, respondió con voz estrangulada.

—Eres sabio, padre —contestó—. Mañana se enfrentarán al enemigo. —El joven retrocedió un paso cuando su padre se volvió hacia él, acercándose tanto que los pelos de su barba le tocaron la cara.

—Mañana, tú y yo estaremos muertos —gruñó el sah—. Cuando el khan vea cuántos hombres me quedan, se abalanzará sobre nosotros y todo terminará.

Jelaudin se sintió aliviado al oír que alguien carraspeaba a la entrada de la tienda. El criado personal de su padre, Abbas, se encontraba bajo la luz de la lámpara y sus ojos pasaban de padre a hijo para evaluar el ambiente que se respiraba entre ellos. Jelaudin le indicó con un ademán impaciente que se marchara, pero Abbas hizo caso omiso de él, entrando y saludando al sah con una inclinación de cabeza. Jelaudin vio que llevaba un fajo de papel de vitela y una pequeña vasija con tinta y vaciló antes de

ordenarle que saliera de la tienda.

Abbas se tocó la frente, los labios y el corazón en señal de respeto hacia el sah y colocó los materiales de escritura en una mesita que había a un lado de la tienda. El padre de Jelaudin asintió, aunque su furia todavía era evidente en su apretada mandíbula y en su tez enrojecida.

—¿Qué es esto? —preguntó por fin Jelaudin.

—Es mi venganza en nombre de los muertos, Jelaudin. Cuando haya firmado este papel, se convertirá en una orden para que los Asesinos liberen mis tierras de este khan.

Su hijo sintió que se le quitaba un peso de encima al pensar en ello, aunque, a la vez, reprimió un escalofrío. La secta de los fanáticos Shia tenía una oscura reputación, pero su padre hacía bien al hacerles entrar en juego.

—¿Cuánto les enviarás? —inquirió con suavidad.

Su padre se inclinó sobre el grueso pergamino y, en un primer momento, mientras leía las palabras que Abbas había redactado por él, no contestó.

—No tengo tiempo para negociar. Les he ofrecido un pagaré por cien mil monedas de oro, que podrán redimir de mi propio tesoro. No rechazarán una suma así, ni siquiera por la cabeza de un khan.

Jelaudin notó que las manos se le humedecían al pensar en una cantidad de oro tan inmensa. Era suficiente para edificar un gran palacio o iniciar la construcción de una ciudad. Sin embargo, no dijo nada. Esa noche había desperdiciado su oportunidad de acabar con los mongoles.

Una vez que el sah firmó el pagaré, Abbas enrolló las gruesas páginas y las ató con una tira de cuero, que anudó con mano experta. Hizo una profunda reverencia ante el sah y, a continuación, dejó solos a ambos hombres.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Jelaudin en cuanto hubo salido.

—Más que en mis propios hijos, según parece —contestó el sah, irritado—. Abbas conoce a la familia de uno de esos asesinos a sueldo. Se cerciorará de que el documento llegue hasta ellos y, entonces, ya nada salvará a ese perro que ha derramado tanta sangre de mi pueblo.

—Si el khan muere mañana, ¿devolverán el oro? —preguntó Jelaudin, pensando todavía en la vasta riqueza que su padre había entregado en un instante. Percibió que el sah avanzaba hacia él y giró la vista, que seguía clavada en la entrada de la tienda.

—A menos que Alá le derribe por su insolencia, no morirá mañana, Jelaudin. ¿No lo entiendes ni aun ahora? ¿No te diste cuenta cuando regresabas hasta mi tienda? —Habló con una monótona intensidad que Jelaudin no comprendía y, al tratar de responder, el joven empezó a balbucear.

—¿Darme cuenta... de qué? Yo...

—Mi ejército está vencido —exclamó el sah—. Con los hombres que has perdido esta noche, apenas quedan suficientes para resistir a uno de sus malditos generales por la mañana. Nos han reducido a menos de treinta mil hombres e incluso si la

guarnición de Otrar apareciera en este mismo instante, habríamos perdido. ¿Lo entiendes ahora?

Atemorizado por las palabras de su padre, a Jelaudin se le encogió el estómago. Llevaban días luchando y la masacre había sido brutal, pero el campo de batalla era enorme y no había sabido hasta entonces lo terribles que habían sido las bajas.

—¿Tantos muertos? —dijo, al fin—. ¿Cómo es posible?

Su padre levantó una mano y, por un momento, Jelaudin pensó que iba a pegarle, pero lo que hizo el sah fue girarse para coger otro fajo de informes.

—¿Quieres contarlos otra vez? —preguntó con voz airada—. Hemos dejado un rastro de cadáveres de casi doscientos kilómetros y los mongoles no han perdido su fuerza.

Jelaudin apretó la boca, tomando una decisión.

—Entonces, dame a mí el mando mañana. Coge a tu noble guardia y volved a Bujará y Samarcanda. Regresa en primavera con un nuevo ejército y venga mi muerte.

Por un segundo, la expresión furiosa del sah se desvaneció y su mirada se suavizó al mirar a los ojos a su primogénito.

—Nunca he dudado de tu valor, Jelaudin.

Alargó la mano y tomó el cuello de su hijo, atrayéndole y dándole un breve abrazo. Cuando se separaron, Ala-ud-Din suspiró.

—Pero no malgastaré tu vida. Vendrás conmigo y el año que viene traeremos cuatro veces más guerreros para acabar con estos invasores infieles. Armaré a todos los hombres que puedan sostener una espada y el fuego y la venganza más sangrienta caerá sobre ellos. Para entonces, los Asesinos habrán matado a su khan. Por una cantidad así de oro, actuarán con rapidez.

Jelaudin hizo una inclinación de cabeza. De la oscuridad que reinaba fuera de la tienda, le llegaron en el viento los ruidos del campamento y los gemidos de los heridos.

—Entonces, ¿nos marchamos esta noche?

Si el sah sentía el escozor del deshonor, no lo mostró.

—Reúne a tus hermanos. Entrégale el mando al hombre de más rango que quede con vida. Dile... —Enmudeció un instante y su mirada se tornó distante—. Dile que las vidas de nuestros hombres deben venderse caras si desean entrar en el paraíso. Se asustarán cuando descubran que nos hemos marchado, pero deben resistir.

—Los mongoles buscarán nuestro rastro, padre —respondió Jelaudin, pensando ya en las provisiones que debía reunir. Tendría que convocar a la guardia montada de su padre tan discretamente como fuera posible para no alarmar a los que se quedaban.

El sah agitó una mano, irritado.

—Iremos hacia el oeste, lejos de ellos, luego nos dirigiremos al norte y al este cuando hayamos dejado Otrar atrás. La tierra es vasta, hijo mío. Ni siquiera sabrán que nos hemos ido hasta mañana. Coge todo cuanto necesitemos y vuelve aquí

cuando estés listo.

—¿Y Otrar? —preguntó Jelaudin.

—¡Otrar está perdido! —gritó con rabia el sah—. Mi primo Inalchuk ha traído el desastre sobre nosotros, y si pudiera matar a ese necio, lo haría.

Jelaudin se tocó la frente, los labios y el corazón con la cabeza inclinada. Sus sueños de cabalgar al frente de un ejército victorioso habían sido frustrados, pero era el hijo de su padre y habría otros ejércitos y otros días. A pesar de la humillación y el horror de las batallas contra los mongoles, las vidas entregadas por su padre no pesaban en sus pensamientos. Eran los hombres del sah y cualquiera de ellos moriría para protegerle. Como era su deber, se dijo Jelaudin.

Se afanó en sus tareas con rapidez mientras la luna avanzaba sobre su cabeza. Se aproximaba el día y debían estar bien lejos de la batalla y los exploradores mongoles cuando rayara el alba.

Gengis esperaba a la luz de la luna, oscuras filas de hombres a sus espaldas. Khasar estaba con él, pero ninguno de los dos hermanos habló mientras aguardaban, listos. Los exploradores les habían avisado de que la guarnición de Otrar estaba entrando. Habían tenido el tiempo justo para prepararse después de rechazar el ataque nocturno contra su campamento. Por debajo de él mismo, Gengis le había otorgado el mando a Tsubodai, el más capaz de sus generales. No tenía esperanzas de poder dormir durante toda la noche, pero esa situación era algo bastante habitual para los guerreros que le rodeaban y, con carne, queso y el potente airag negro, seguían conservando las fuerzas.

Gengis ladeó la cabeza al oír un sonido que había brotado de la oscuridad. Chasqueó la lengua para alertar al hombre más próximo, pero ellos también lo habían oído. Sintió una punzada de arrepentimiento por las muertes de Samuka y Ho Sa, pero enseguida se le pasó. Sin su sacrificio, lo habría perdido todo el día anterior. Volvió la cabeza a izquierda y a derecha, buscando otros ruidos.

Ahí estaban. Gengis sacó la espada y toda la primera línea de batalla preparó sus lanzas. No tenían flechas. Tsubodai había pasado buena parte de la noche recopilando las últimas que quedaban y llenando carcajes con ellas, pero las necesitarían cuando llegara el amanecer. Gengis oyó el bufido de unos caballos y se restregó el cansancio de los ojos con la mano libre. En ocasiones, le parecía que había estado luchando toda la vida contra esos locos de piel oscura.

Con Jelme, había elegido un lugar para esperar justo debajo de una colina de escasa altura. A pesar de la luz de la luna, estaría oculto, mientras sus exploradores seguían moviéndose, dejando a un lado los caballos y corriendo en la oscuridad para mantenerle informado. Uno de ellos apareció bajo sus estribos y Gengis agachó la cabeza para oír las palabras susurradas: emitió un gruñido de sorpresa y placer.

Cuando el explorador se hubo marchado, Gengis empujó ligeramente a su caballo

hacia Khasar.

—¡Los superamos en número, hermano! Samuka y Ho Sa tienen que haber peleado como tigres.

Khasar asintió con gesto grave.

—Ya casi es la hora. Estoy cansado de luchar contra sus vastos ejércitos. ¿Estás listo?

Gengis resopló.

—Llevo varias vidas esperando a esta guarnición, hermano. Por supuesto que estoy listo.

Ambos hombres partieron en la oscuridad. Luego, la línea mongola saltó la colina de un salto. Delante de ellos, los restos de la guarnición de Otrar estaban abriéndose paso hacia el sur para unirse al sah. Se detuvieron sobresaltados al ver aparecer las líneas mongolas, pero no había nadie que pudiera salvarlos cuando las lanzas descendieron.

El sah Ala-ud-Din tiró de las riendas de su montura cuando oyó los sonidos de la batalla resonar en las colinas. A la luz de la luna, vio los borrones distantes de los combatientes, pero no podía adivinar lo que estaba sucediendo. Tal vez los malditos mongoles hubieran atacado de nuevo.

Acompañados sólo por los cuatrocientos jinetes supervivientes, sus hijos y él habían abandonado el ejército y cabalgaban enérgicamente. El sah echó una ojeada hacia el este y vio que estaba rayando el alba. Trató de ocupar su mente con planes para el futuro, cerrándola a los remordimientos. Era difícil. Había salido para aplastar a un invasor y, por el contrario, había presenciado cómo sus mejores hombres sufrían una terrible derrota. Los mongoles eran guerreros incansables; los había subestimado. Sólo le reconfortaba la idea de Abbas cabalgando en dirección al baluarte que los Asesinos tenían en las montañas. Los hombres de las sombras nunca fallaban y deseó poder ver el rostro del khan cuando sintiera sus negros cuchillos hundiéndose en su pecho.

Kokchu podía oler el miedo en el campamento, que impregnaba el cálido aire nocturno. Se notaba en las lámparas, colgadas de postes, que habían situado en cada intersección del laberinto de tiendas. Las mujeres y los niños tenían miedo de la oscuridad, que les hacía imaginar enemigos en todos los rincones. Para Kokchu, ese miedo latente era embriagador. Junto con los guerreros mutilados, Temuge, el hermano de Gengis, y Yao Shu, era uno de los pocos hombres que quedaban entre miles de mujeres asustadas. Era difícil esconder la excitación que le producían sus rostros encendidos. Vio cómo se preparaban lo mejor que podían para un ataque, rellenando ropas y armaduras con hierba seca para, a continuación, atar aquellos



espantajos a las monturas libres. Muchas de ellas se aproximaban a él a diario y le ofrecían todo cuanto tenían para que rezara para que sus maridos regresaran sanos y salvos. En aquellos momentos se controlaba estrictamente, obligándose a recordar que los guerreros regresarían y les preguntarían a sus esposas qué habían hecho durante su ausencia. Cuando las jóvenes se arrodillaban y entonaban salmodias ante él en su ger, con sus ridículas ofrendas posadas en el polvo, a veces les ponía la mano en el pelo y se excitaba mientras las guiaba en sus súplicas.

La peor de todas era la hermana de Gengis, Temulun. Era ágil y de piernas largas, con una estructura ósea que recordaba a la fortaleza de su hermano. Le había visitado tres veces para pedirle protección para Palchuk, su marido. La tercera vez, desprendía un intenso olor a sudor. Aunque unas vocecitas dentro de su cabeza le habían gritado que fuera precavido, había insistido en hacer un hechizo sobre su piel, un hechizo que se extendiera a todo cuanto amaba. Tuvo una erección al recordarlo, a pesar de su temor. Con qué esperanza le había mirado. ¡Cómo le había creído! Tenerla bajo su control le había tornado temerario. Le había hablado de un hechizo muy potente, uno que sería como un hierro que cayera sobre las espadas enemigas. Le había comunicado sus dudas con sutil habilidad y, al final, ella le había rogado que le brindara su protección. No había sido fácil ocultar la excitación que le embargó en aquel momento, mientras accedía con una inclinación de cabeza a su súplica.

Cuando se lo ordenó, ella se había despojado de la ropa y se había quedado de pie, desnuda ante Kokchu, mientras él comenzaba la salmodia. Recordaba el temblor de sus dedos cuando ella cerró los ojos y le permitió que le dibujara en la piel una telaraña con la sangre de una oveja.

Kokchu detuvo las divagaciones de su mente y maldijo entre dientes. Era un idiota. Al principio, Temulun, sin abrir los ojos, se había mantenido quieta y orgullosa mientras él trazaba línea tras línea presionando su carne con un dedo. Con el pulso tembloroso, la había seguido pintando hasta que su vientre y sus piernas quedaron cubiertos con una red de rayas rojas. Su deseo había crecido hasta ser insoportable y puede que su respiración se hubiera acelerado o que ella hubiera notado el enrojecimiento de sus mejillas. Hizo una mueca al pensar que pudiera haber notado cómo se había apretado contra su muslo al inclinarse sobre ella. La muchacha había abierto los ojos de golpe, saliendo del trance, y le había mirado a través del humo del incienso, desconfiando súbitamente de él. Se estremeció al recordar la expresión de su rostro. En aquel momento su mano llevaba un tiempo demorándose en el dibujo de los pechos y el olor de la sangre le llenaba los orificios nasales.

Había salido de la tienda como una exhalación, recogiendo sus ropas a toda prisa a pesar de que él le había dicho que el hechizo no había concluido. Kokchu se había quedado mirándola mientras se marchaba casi a la carrera y, de pronto, se le había encogido el estómago al darse cuenta de lo que había osado hacer. No temía a su esposo, Palchuk. Había pocos hombres que se atrevieran siquiera a hablar con el chamán y Kokchu no tenía ninguna duda de que sabría cómo despachar a aquel

hombre. ¿No era acaso el hechicero del propio khan, el que le había proporcionado a Gengis una victoria tras otra?

Kokchu se mordió el labio mientras meditaba. Si Temulun le confiaba a Gengis sus sospechas de que la mano del chamán había tocado con excesiva intimidad sus muslos y sus pechos, no habría protección en el mundo que pudiera salvarle. Trató de convencerse de que no lo haría. A la fría luz del día, la joven admitiría que no sabía nada del trato con los espíritus, de qué debía hacerse para invocarlos. Tal vez debería pintarrajar a uno de los lisiados de la misma manera, para que a Temulun le llegaran noticias del ritual. Lo consideró seriamente durante un momento, pero luego volvió a maldecir su lujuria, sabiendo que lo había arriesgado todo.

Kokchu estaba junto a una encrucijada y observó a dos jovencitas que conducían a unos ponis tirando de las riendas. Le saludaron con una inclinación de cabeza al pasar por su lado y él les respondió con cortesía. Su autoridad era absoluta, se dijo, sus secretos estaban a salvo. Muchos de los esposos de las mujeres del campamento no volverían al hogar. Entonces, tendría un montón de féminas entre las que elegir, mientras las consolaba de su dolor.

## XVII

**A**ntes de que la luz del amanecer iluminara la llanura, los restos de los diez tumanes abandonaron las cenizas de sus hogueras y se reunieron. Ninguno estaba completo y los que estaban peor habían quedado reducidos a unos pocos miles de hombres. Los guerreros que estaban demasiado malheridos para luchar se quedaron en el campamento improvisado, envueltos en vendajes ensangrentados o, simplemente, preparándose para morir junto a sus compañeros. Los chamanes que podrían coserles las heridas y sanarles estaban muy lejos. Muchos de ellos pidieron una muerte limpia y se les otorgó: un único mandoble con la espada, con los máximos honores.

En la penumbra, Gengis fue informado del recuento de muertos y la fresca brisa proveniente de la planicie le hizo estremecer. Cuando se pronunciaron los nombres de guerreros de alto rango como Samuka y Ho Sa, el khan hizo una breve inclinación de cabeza.

Eran demasiados para poder recitarlos todos. Un total de veintitrés mil habían perdido la vida, habían quedado lisiados o habían desaparecido durante las batallas contra el sah. Era el mayor número de víctimas que habían registrado nunca y suponía un golpe terrible para la nación. Gengis sentía la ira ascender lentamente por su pecho cada vez que buscaba un rostro y descubría que era uno de los que había desaparecido de sus filas. El marido de su hermana, Palchuk, se encontraba entre los fallecidos y sabía que su muerte desencadenaría una enorme ola de dolor cuando por fin retornara al campamento.

Gengis recorrió las líneas con la vista mientras formaban. Además de revisar su propio tumán de diez mil hombres, localizó los estandartes de Khasar y Kachiun, de Jebe y Tsubodai, Chagatai, Jelme y Jochi. Había dado orden de que los tumanes más mermados se utilizaran para completar los huecos de los muertos y, de ese modo, de las cenizas de su ejército habían salido ocho tumanes. Desde los muchachos de catorce años hasta los guerreros adultos, todos eran veteranos. Sabía que no le fallarían.

Gengis alargó la mano para tocarse la pantorrilla y torció el gesto ante la humedad y la sensación de infección que percibió. Había recibido la herida el día anterior, aunque no se acordaba cómo. No podía apoyarse sobre ese pie, pero lo había atado al estribo para poder cabalgar. Algunos de sus guerreros habían perdido parte de la armadura por el impacto de las flechas o las espadas y habían recibido cortes que ahora aparecían vendados con tiras de tela sucia. A otros, sus heridas les habían provocado fiebre y, en el helado amanecer, sudaban expuestos a una brisa incapaz de refrescarlos. Sobre sus caballos, esperaban con una ira lúgubre la primera luz del día para poder ver a su enemigo. Nadie había dormido la noche anterior y todos estaban exhaustos, pero no mostraban ninguna debilidad, ningún desfallecimiento. Todos ellos habían perdido a amigos y parientes. Los días de batalla lo habían arrasado todo

excepto el frío deseo de vengar a los caídos.

Cuando la luz fue suficiente, Gengis buscó con la mirada el ejército del sah. Oyó varios cuernos dar la alarma a lo lejos cuando los exploradores del sah avistaron las huestes mongolas acechándolos, pero los movimientos de los árabes eran demasiado lentos. Gengis notó que, nerviosos ante la visión del ejército mongol, pululaban sin rumbo por su campamento, todo orden perdido.

Dio la orden de partir al trote y sus tumanes se movieron con él. Los dos mil hombres de su fila frontal llevaban lanzas en la mano, y todos sintieron el esfuerzo de sus cansados y desgarrados músculos. El resto prepararon sus espadas mientras la distancia disminuía.

Gengis vio que dos hombres se adelantaban a las líneas en formación y enarbolaban unas banderas de tela blanca. Se preguntó si estaban rindiéndose, pero no importaba. Hacía mucho que el momento de la compasión había pasado. Conocía personalmente a muchos de los que habían fallecido y sólo tenía una respuesta, sólo una a la que los muertos darían su aprobación si sus espíritus todavía veían el mundo de abajo. Cuando la línea de mongoles pasó por su lado, alguien mató a los portadores de los estandartes blancos y, al verlo, un grave gemido brotó de los demás, que intentaron prepararse para la carga.

Condujeron a cuarenta elefantes hasta la línea del frente, pero Tsubodai ordenó a sus arqueros que dispararan a las patas y, de nuevo, los animales dieron media vuelta y echaron a correr hacia el ejército árabe, causando más destrucción de la que habrían causado jamás contra hombres a caballo.

La amplia línea de lanzas atacó casi como una sola y Gengis dio la orden de formar en media luna. Su hijo Chagatai se adelantó por la derecha, mientras Jochi lo imitaba por la izquierda. Los guerreros mongoles empezaron la matanza mientras el sol se elevaba por el este. Era imposible contenerlos. Era imposible rechazarlos.

El tumán de Chagatai se introdujo por el flanco derecho con tal velocidad y fiereza que llegaron al mismo centro del ejército árabe. En el ruido y el caos, no había manera de hacerle regresar. El ala de Jochi se expandió a lo largo del flanco izquierdo, arrancándole hombres muertos a las líneas de los vivos. A través del campo de batalla, vio que Chagatai se había adentrado demasiado en la aterrada masa de hombres. Le veía, a sólo unos cien pasos de distancia de él, cuando, de repente, las filas árabes parecieron tragárselo. Jochi lanzó un grito. Clavó los talones en su montura y dirigió a sus hombres como una lanza hacia las agitadas entrañas de las huestes árabes.

Jebe y Tsubodai golpearon con tanta violencia las filas frontales, que se doblaron al instante formando una copa de sangre. Nadie había tomado el mando y, en el caos, los tumanes de Chagatai y Jochi se abrieron paso entre los árabes hasta que los hermanos estuvieron separados sólo por un puñado de jadeantes combatientes.

Los árabes se desmoronaron, aterrorizados ante los guerreros del khan. Miles de soldados arrojaron las armas e intentaron salir huyendo, pero ninguno de los

generales vaciló. Los que dieron media vuelta fueron asesinados sin piedad y, al mediodía, el ejército del sah había quedado reducido a un caos de grupos que se debatían, desesperados. La masacre continuó sin descanso. Algunos de los hombres del sah se arrodillaron y sus voces estridentes empezaron a entonar rezos que duraban hasta que un hombre al galope los decapitaba con su espada. Era una labor de carniceros, pero los mongoles estaban dispuestos para la tarea. Muchos de ellos rompieron sus espadas con la fuerza de los golpes y tuvieron que recoger alguno de los curvados sables que plagaban el suelo. Las lanzas se partieron contra soldados árabes que estaban demasiado aturdidos para quitarse de en medio.

Al final, sólo quedaron unos cuantos cientos. No tenían armas y levantaban los brazos para mostrar las palmas vacías. Gengis escupió una última orden y una línea de lanceros aceleró. Los árabes aullaron aterrorizados y, al momento, callaron, arrollados por los jinetes que regresaron hasta ellos y desmontaron para seguir despedazando a los muertos hasta que su furia y su rencor se hubieron agotado.

Los tumanes mongoles no lanzaron hurras por la victoria. Desde la primera luz del día, el ejército árabe había dejado de oponer resistencia y, a pesar de que la matanza les había reportado un placer salvaje, no había en ella más gloria que en una cacería en círculo.

Cuando algunos guerreros desvalijaron a los muertos, cortando dedos con anillos y arrebatándoles a los cadáveres las botas buenas y la ropa de abrigo, se encontraron con que la sangre había reblandecido el terreno que pisaban. Las moscas se arremolinaban en grandes enjambres y los mongoles las alejaban a manotazos cuando se posaban en sus labios o sus ojos. Los zumbantes insectos rozaban íntimamente los cuerpos muertos, que ya empezaban a corromperse con el calor.

Gengis convocó a sus generales, que se reunieron con él magullados y doloridos, pero con un brillo de satisfacción en la mirada.

—¿Dónde está el sah? —le preguntó a cada uno de ellos. Habían encontrado algunos camellos cargados con tiendas de seda y los hombres de Jebe habían descubierto un cofre de joyas que ya habían empezado a utilizar para apostar o hacer trueques.

Cuando Gengis le preguntó a Tsubodai, el general meneó la cabeza, pensativo.

—Sus jinetes no están, señor khan —contestó—. No he visto a ninguno de ellos.

Gengis lanzó una maldición y el cansancio se evaporó de sus miembros.

—Mandad a los exploradores a buscar su rastro. Quiero que le den caza.

Los exploradores que le oyeron montaron de un salto y partieron al galope mientras Gengis hervía de rabia.

—Si se marchó anoche, ha tenido casi un día para alejarse. ¡No debe escapar! Los mercaderes árabes hablan de ejércitos cinco veces más grandes que éste, o más. Que vuestros hombres se unan a los exploradores. Nada es más importante que esto, ¡nada!

Los jinetes salieron en todas direcciones y no pasó mucho tiempo antes de que

dos hombres del tumán de Jochi regresaran a toda velocidad. Gengis escuchó el informe y palideció.

—¡Tsubodai! Hay caballos dirigiéndose hacia el este —dijo.

Tsubodai se puso rígido.

—Sus ciudades están al sur —replicó—. Está rodeándonos. ¿Me permites partir con mis hombres para proteger el campamento, señor?

Gengis maldijo entre dientes.

—No. Toma tu tumán y ve tras el sah. Si llega a la ciudad y consigue refuerzos frescos, estaremos todos muertos.

Jebe estaba al lado del khan cuando dio la orden. Había visto el ejército del sah en su momento de fuerza y esplendor. La idea de enfrentarse a tantos hombres de nuevo era escalofriante. Se volvió hacia Tsubodai y alzó la cabeza.

—Con permiso de mi señor khan, me uniré a ti —espetó.

Gengis agitó una mano y Tsubodai asintió a la vez que clavaba los talones en su caballo. Tsubodai gritó una orden al oficial más próximo, pero no se detuvo y el hombre salió corriendo para reunir a los Jóvenes Lobos de Tsubodai.

Cuando la noticia se propagó, Jochi apareció a caballo junto a su padre. Frenó e hizo una profunda reverencia desde la silla.

—¿Está en peligro el campamento? —preguntó.

Gengis posó su pálida mirada en el joven general, fijándose en la piel de tigre que cubría su poni. Todos ellos tenían familia allí, pero aun así se enfureció. El campamento había quedado desprotegido por orden suya. No había tenido elección.

—He enviado a Jebe y a Tsubodai a dar caza al sah —respondió Gengis al fin.

—Son buenos hombres, los mejores que tienes —dijo Jochi. Había frialdad en el rostro de su padre, pero, sin darse cuenta, continuó, pensando en su madre—. ¿Puedo ir al campamento con mi tumán y traer aquí a las familias?

Gengis consideró su propuesta, a regañadientes. El campamento estaba a menos de un día a caballo al este de Otrar. No le gustaba la idea de que fuera Jochi quien anunciara la victoria a las mujeres y a los niños. Sin duda el joven estaría ya imaginándose que le brindarían el recibimiento de un héroe. Gengis sintió que se le encogía el estómago al pensarlo.

—Te necesito en Otrar —dijo—. Dale a Chagatai la orden.

Durante un instante, Gengis vio un relámpago de ira en la mirada de Jochi. El khan se inclinó hacia delante en su silla y su mano tocó la empuñadura de su espada. Pero también al hacerlo le invadió el resentimiento, porque Jochi llevaba la espada con la cabeza del lobo en su cintura. Disimuló su rabia enseguida y Jochi inclinó la cabeza antes de alejarse al trote a hablar con su hermano menor.

Chagatai estaba en el centro de un ruidoso grupo de jóvenes guerreros. Al principio no vio a Jochi aproximarse. Estaba riéndose por algún comentario cuando lo descubrió y al instante se puso tieso. Los hombres que estaban con Chagatai siguieron su ejemplo y Jochi pasó con su poni entre las hostiles miradas.

Ninguno de los hermanos saludó al otro. Jochi apoyó la mano en la piel de tigre que llevaba sobre la montura y sus dedos jugaron con el rígido material. Chagatai esperó a que hablara, enarcando una ceja para hacer reír a sus compañeros.

—Tienes que volver con tu tumán al campamento y traer a las familias a las tierras que rodean Otrar —anunció Jochi, cuando se cansó del juego. Chagatai frunció el ceño. No quería hacer de niñera para mujeres y niños mientras Otrar temblaba, aterrorizada ante los mongoles.

—¿Quién ha dado esa orden? ¿De qué autoridad proviene?

Jochi controló su temperamento ante la insolencia del tono.

—Gengis te pide que vayas —contestó y dio media Vuelta a su montura para marcharse.

—Eso es lo que tú dices, pero ¿quién escucharía a un bastardo nacido de una violación?

Chagatai hablaba sabiendo que estaba rodeado por sus propios hombres, que aguardaban expectantes a oír una pulla que pudieran repetir con entusiasmo en las hogueras del campamento. Sobre la silla de montar, todo el cuerpo de Jochi se puso tenso. Debería haberse alejado de esos necios sonrientes, pero nada del mundo despertaba su ira con tanta facilidad como la bravucona arrogancia de su joven hermano.

—A lo mejor cree que eres la compañía más apropiada para las mujeres después de ver cómo te arrodillaste ante mí, hermano —contestó—. No puedo leerle la mente.

Con una pequeña sonrisa, Jochi contuvo a su poni para mantenerlo al paso. Aun teniendo a hombres armados a la espalda, no les daría la satisfacción de verle poner su caballo al trote.

Oyó el súbito estruendo de cascos y su mano cayó automáticamente sobre la empuñadura con cabeza de lobo de su espada, pero la retiró. No podía sacar una espada ante Chagatai delante de tantos testigos. Sería su final.

Jochi se volvió a mirar tan despreocupadamente como pudo. Chagatai estaba reduciendo la distancia que los separaba, con su estela de seguidores trotando tras él. Su hermano estaba rojo de rabia y Jochi apenas había abierto la boca para volver a hablar cuando el joven se abalanzó contra él y derribó a Jochi con un fuerte golpe.

Mientras rodaban por el suelo, Jochi perdió los estribos y empezó a responder a su hermano, pero sus puñetazos aporreaban en vano. Se separaron y ambos se pusieron en pie de un salto con furia asesina en la mirada. Sin embargo, los antiguos hábitos estaban muy enraizados y no buscaron sus espadas. Chagatai se acercó a Jochi con los puños en alto y Jochi le dio una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas.

Chagatai se desplomó, ciego de dolor, pero su rabia era tan intensa que, para estupefacción de Jochi, consiguió levantarse y avanzó tambaleante hacia él. Para entonces, sus compañeros habían desmontado y separaron a los dos generales. Jochi se limpió una mancha de sangre de la nariz y escupió con desprecio en el suelo, a los

pies de Chagatai. Observó cómo su hermano recobraba una cierta apariencia de calma y sólo entonces su mirada se posó en Gengis.

El khan estaba pálido de ira y, cuando sus ojos encontraron los de Jochi, hundió los talones en su montura y se acercó al trote.

Paralizados por su presencia, ninguno de los guerreros osó alzar la vista. Su cólera era legendaria entre las familias y los más jóvenes se percataron de pronto de que sus propias vidas podían depender de una palabra o un gesto.

Sólo a Chagatai parecía no importarle su llegada. Cuando su padre se aproximó, dio un paso adelante y trató de darle una bofetada a su hermano. Jochi se agachó instintivamente y perdió el equilibrio y en ese momento Gengis le dio una fuerte patada entre los omóplatos, tirándole al suelo.

Incluso Chagatai se quedó inmóvil entonces, aunque el aire despectivo no desapareció de su rostro. Gengis desmontó despacio. Se obligó a abrir los puños que aferraban con fuerza las riendas.

Cuando se volvió hacia sus hijos, su ira era suficientemente evidente como para hacer que Chagatai diera un paso atrás. No le bastó. Gengis puso la mano en el pecho de Chagatai y le empujó, tirándole al suelo junto con Jochi.

—¿Es que todavía sois unos niños? —gruñó Gengis. Temblaba visiblemente ante esos dos estúpidos que osaban pelearse delante de sus hombres. Sintió deseos de coger un palo y golpearles hasta que espabilaran, pero el último rastro de su autocontrol le contuvo. Si les daba una paliza, nunca volverían a recuperar el respeto de sus guerreros. Susurros maliciosos les acompañarían durante el resto de sus vidas.

Ni Jochi ni Chagatai reaccionaron. Al fin conscientes del peligro que corrían, eligieron no decir nada.

—¿Cómo podéis comandar...? —Gengis se detuvo antes de destruirlos a los dos, y su boca se abrió y se cerró sin emitir ningún sonido.

Kachiun había cruzado el campamento al galope en cuanto se enteró del altercado y su llegada permitió al khan suavizar su mirada.

—¿Qué harías tú con unos tontos como éstos? —le preguntó Gengis a Kachiun—. Con todos los enemigos a los que nos enfrentamos, con nuestro propio campamento en peligro, se enzarzan en una pelea como si fueran dos críos.

En silencio, sus ojos le suplicaron a Kachiun que encontrara un castigo para ellos que no significara su fin. Si se hubiera tratado únicamente de Jochi, habría ordenado su muerte, pero había sido a Chagatai a quien había visto saltar de su caballo para arrastrar a su hermano al polvoriento suelo.

La expresión de Kachiun era severa, pero comprendía el dilema del khan.

—Hay más de treinta kilómetros hasta Otrar, mi señor khan. Les ordenaría que hicieran el viaje a pie, antes de que anochezca. —Miró hacia el sol, calculando el tiempo que quedaba—. Si no lo consiguen, tal vez no estén preparados para liderar a sus hombres.

Gengis dejó salir el aire poco a poco, con un alivio que no podía dejar traslucir.



Era una buena solución. El sol era implacable y una carrera así podía matar a un hombre, pero eran jóvenes y fuertes y les serviría de castigo.

—Estaré allí esperando a que volváis —le dijo a la atónita pareja. Chagatai lanzó una mirada de odio a Kachiun por la idea, pero cuando abrió la boca para hacer una objeción, Gengis se agachó y lo levantó con un solo movimiento. El puño de su padre se apoyó justo debajo de su barbilla mientras hablaba de nuevo.

—Quitaos la armadura y partid —ordenó—. Si os vuelvo a ver peleando, mi heredero será Ogedai. ¿Entendéis?

Ambos hermanos asintieron y Gengis miró fijamente a Jochi, lleno de rabia porque pudiera creer que aquellas palabras le incluían a él también. Su ánimo se enardeció una vez más, pero Kachiun eligió deliberadamente ese momento para ordenar a los hombres que formaran para cabalgar hacia Otrar y Gengis soltó a Chagatai.

Pensando en todos aquéllos que podían oírle y repetir esas palabras mil y una vez, Kachiun esbozó una sonrisa forzada cuando Jochi y Chagatai echaron a correr bajo el terrible calor.

—Me acuerdo de que tú ganaste una carrera así cuando éramos sólo unos niños.

Gengis meneó la cabeza, irritado.

—¿Qué importa eso? Hace mucho tiempo. Dile a Khasar que traiga a las familias de vuelta a Otrar. Tengo deudas que saldar allí.

El sah Ala-ud-Din Mohamed tiró de las riendas al ver las delgadas estelas de humo que se elevaban de las fogatas del campamento mongol. Había cabalgado despacio hacia el este, cubriendo muchos kilómetros desde que la primera luz gris iluminara el cielo antes del amanecer. Mientras el sol ascendía y comenzaba a hacer desaparecer los jirones de niebla matutina, observó las sucias tiendas de las familias mongolas. Durante un instante, las ganas de atacar a las mujeres y a los niños con su espada fueron abrumadoras. Si hubiera sabido que el khan los había dejado tan indefensos, habría enviado a veinte mil hombres a matarlos a todos. El sah apretó los puños, frustrado, bajo la luz creciente del día. Los guerreros se apiñaban en los extremos del campamento, y sus ponis olfateaban apaciblemente el polvoriento terreno buscando hierba. Por una vez, la alarma de los cuernos de los malditos exploradores mongoles no había sonado.

Con un gruñido, el sah le dio la vuelta a su montura para alejarse del campamento. Esos mongoles se reproducían como conejos y él sólo contaba con sus valiosos cuatrocientos para garantizar su seguridad. El sol seguía subiendo y su guardia pronto quedaría a la vista.

Uno de sus hombres gritó algo y Ala-ud-Din giró la cabeza. La luz solar reveló lo que las sombras habían ocultado y el sah esbozó una ancha sonrisa, súbitamente animado. Los guerreros no eran más que muñecos de paja atados a los caballos. El

sah entornó los ojos bajo el creciente resplandor, pero no pudo ver ni un solo hombre armado. A su alrededor, la buena nueva se difundió y los hijos nobles se rieron y señalaron los espantajos, empezando ya a desenvainar sus espadas. Todos ellos habían tomado parte en expediciones de castigo contra algunas aldeas cuando el pago de impuestos se había retrasado. Esas incursiones eran grandes fuentes de diversión y el deseo de venganza era fuerte.

Mientras cabalgaba hacia su padre, Jelaudin no compartía las risas de los hombres.

—¿Vas a dejar que los hombres desperdicien medio día aquí cuando nuestros enemigos están tan cerca?

Como respuesta, su padre desenfundó el sable y miró un instante hacia el sol.

—Este khan debe aprender el precio de su arrogancia, Jelaudin. Matad a los niños y quemad cuanto podáis.

## XVIII

**L**entamente, con una parsimonia casi ritual, Chakahai se envolvió la mano en una tira de seda, atándola a la empuñadura de una larga daga. Borte le había dicho que tuviera cuidado con el momento del impacto, que un fuerte golpe podía hacer que la mano de una mujer se abriera y que la piel podía sudar tanto que el arma resbalara entre sus dedos. Mientras contemplaba a los jinetes del sah aproximarse hacia las gers, el proceso de enrollar la seda alrededor de sus dedos y morder uno de los extremos para hacer un nudo, en cierto modo, tuvo un efecto tranquilizador sobre ella. Sin embargo, el nudo de terror de su estómago estaba fuera de su control.

Borte, Hoelun y ella habían hecho cuanto habían podido para disponer la defensa del campamento. Habían tenido muy poco tiempo y las trampas más elaboradas no estaban listas. Al menos tenían armas y Chakahai murmuró para sí una oración fúnebre mientras se preparaba. La mañana era fría, aunque el aire flotaba pesado y prometía otro día de calor. Había escondido a sus hijos en su tienda lo mejor que había podido. Estaban tumbados en perfecto silencio debajo de unas pilas de mantas. Con un enorme esfuerzo, Chakahai apartó de sus pensamientos el temor por sus vidas, dejándolo en un rincón separado para que su mente estuviera despejada. Algunas cosas las decidía el destino, lo que los indios budistas llamaban karma. Tal vez todas las mujeres y niños morirían asesinados aquel día; no podía saberlo. Todo lo que deseaba era tener la oportunidad de matar a un hombre por primera vez, cumplir con su deber hacia su marido y sus hijos.

Cuando alzó el puñal, su mano derecha, ya vendada, estaba temblando, pero la sensación de sostener el arma le gustó y le infundió fuerzas. Gengis la vengaría, estaba segura. A menos que él también hubiera sido asesinado. Ése era el pensamiento que más se esforzaba en reprimir cada vez que aparecía en su cerebro. ¿Cómo si no habían llegado los árabes a su campamento si no era sobre el cadáver de su esposo? Si Gengis siguiera con vida, sin duda habría movido montañas para proteger el campamento. Para un mongol, las familias lo eran todo. Y, sin embargo, no había ni rastro del khan en el horizonte y Chakahai luchó contra la desesperación, imponiéndose una calma que iba y venía a ráfagas.

Por último, respiró hondo y sintió cómo su corazón adoptaba un ritmo lento y fuerte y notó los miembros extrañamente fríos, como si la sangre se le hubiera helado en las venas. Los jinetes trotaban hacia la ciudad de gers. La vida era sólo un sueño febril y agitado, un corto suspiro entre largos periodos de sueño. Se despertaría de nuevo y renacería sin la agonía de la memoria. Eso, al menos, era una bendición.

La manada de ponis mongoles se removió nerviosa cuando el sah entró a caballo con sus hombres. Vio que la inquietud se iba propagando como una onda de un animal a

otro y, en el extraño silencio, tuvo un mal presentimiento. Miró a los demás para ver si ellos también habían sentido el peligro, pero el ansia de cazar los cegaba, y ya se echaban hacia delante en sus sillas de montar.

Frente a ellos, las columnas de humo de los guisos se elevaban perezosamente en el aire. Ya empezaba a hacer calor y, cuando llegó a las primeras tiendas, el sah notó unas gotas de sudor resbalando por su espalda. Al entrar en el laberinto de gers, sus guardias se separaron formando una ancha línea y sintió cómo su cuerpo se tensaba. Los hogares mongoles eran suficientemente altos para ocultar cualquier cosa. Ni siquiera un hombre a caballo podía ver qué había al otro lado de la tienda más próxima, y eso le perturbaba.

El campamento parecía desierto. Si no hubiera sido por las hogueras, Ala-ud-Din habría pensado que en el lugar no había ni un alma. Su intención había sido atravesarlo con un gran barrido, matando a cualquiera que se cruzara en su camino. Pero las calles y los senderos estaban en silencio y los caballos árabes continuaron adentrándose más y más sin ver a ningún ser humano. Muy por encima de su cabeza, un águila volaba en círculos, moviendo la cabeza adelante y atrás mientras buscaba a su presa.

No se había percatado de las inmensas dimensiones del campamento mongol. Habría unas veinte mil tiendas en ese lugar, o incluso más, una auténtica ciudad surgida de la nada en esas desiertas llanuras. Habían ocupado unas tierras a la orilla de un río cercano y, al pasar, Ala-ud-Din vio algunos pescados secándose al aire, atados a arzones de madera. Incluso las moscas permanecían mudas. Se encogió de hombros, intentando librarse de ese ánimo oscuro. Algunos de sus hombres estaban ya desmontando para entrar en las tiendas. Había oído a los mayores hablar de amenazar a los niños para que las mujeres se mostraran más dóciles. El sah suspiró irritado. Puede que Jelaudin tuviera razón. Una vez en las gers, la mañana estaba perdida. Los mongoles no podían estar muy lejos de allí y no tenía ninguna intención de que le pillaran en aquel lugar desolado. Por primera vez, deseó haber pasado de largo sin más.

Ala-ud-Din observó cómo uno de los amigos de su hijo se agachaba para abrir de un empujón la puerta de una de las tiendas. La entrada era casi demasiado estrecha para sus enormes hombros. El soldado árabe metió su cara barbuda por la abertura, entrecerrando los ojos para ver en la penumbra. Ala-ud-Din parpadeó cuando, de repente, el soldado se estremeció y sus piernas se sacudieron como si le hubiera dado un ataque. Presenció estupefacto cómo caía de rodillas y luego se desplomaba boca abajo en el interior de la ger, su cuerpo todavía sacudido por temblores.

Mientras tomaba aliento para dar órdenes, Ala-ud-Din percibió un movimiento por el rabillo del ojo y giró blandiendo su espada con un amplio movimiento. Una mujer se había aproximado sigilosamente a él y la punta de su sable le había cortado la cara, abriéndole un tajo en la mandíbula y rompiéndole varios dientes. Cayó hacia atrás con la sangre manando a chorros de su boca pero el sah, horrorizado, vio cómo

saltaba hacia él desde el suelo y le hundía una daga en el muslo. Su segundo mandoble le cortó la cabeza con limpieza y, después, el silencio se rompió en mil fragmentos de caos a su alrededor.

Las tiendas habían entrado en erupción y sus guerreros se encontraron luchando por sus vidas. Haciendo caso omiso del dolor de su herida, el sah hizo girar a su caballo y utilizó su peso para derribar a una mujer y a un muchacho que se lanzaron a la carrera contra él, chillando y blandiendo cuchillos de cocina. Sus hombres eran jinetes veteranos, acostumbrados a defender sus monturas de hombres a pie, pero parecía que las mujeres mongolas no temían a la muerte. Se aproximaban al máximo y clavaban el arma o en el caballo o en una pierna antes de desaparecer en la ger más cercana. Ala-ud-Din vio a más de una recibir un tajo mortal y abalanzarse tambaleante con su último aliento para hundir la hoja en la carne de su enemigo.

En unos pocos instantes, todos y cada uno de sus cuatrocientos estaban tratando de rechazar a más de una y, a veces, hasta cuatro o cinco mujeres. Los caballos se desbocaban, enloquecidos por los cortes en las ancas, y los hombres gritaban aterrados al sentir que tiraban de ellos para derribarlos de sus monturas y apuñalarlos.

Los guardias árabes mantuvieron la calma. Más de la mitad de ellos cabalgaron sin protegerse para rodear al sah y el resto adoptó una formación cerrada en la que cada hombre vigilaba que los demás no fueran atacados. De todas las tiendas salían mujeres a la carrera, que aparecían y desaparecían como fantasmas. El sah se sintió acorralado, pero no podía librarse dándose a la fuga y dejar que el khan le contara al mundo entero que había salido huyendo de mujeres y niños. Una tienda se había hundido cuando un caballo se estrelló contra ella y vio cómo se rompía una estufa de hierro. Le dio una orden a su criado, Abbas, y se quedó observando ansioso cómo arrancaba una larga tira de fieltro y lo encendía en las ascuas desperdigadas.

Los ataques se fueron tornando más desesperados, pero para entonces sus hombres estaban preparados. El sah vio que algunos salvajes habían desmontado para violar a una muchacha en el suelo y se dirigió airado hacia ellos, empujándolos con su caballo.

—¿Os habéis vuelto locos? —rugió—. ¡Arriba! ¡En pie! ¡Quemad las tiendas!

Al notar su furia, pasaron la hoja de un cuchillo por el cuello de la mujer y se pusieron de pie, avergonzados. Abbas ya había prendido fuego a una ger. Los guardias más próximos recogieron algunas tiras de tela en llamas y se alejaron al trote para sembrar el terror tan lejos como pudieran. Al respirar el denso humo gris, Ala-ud-Din empezó a toser, pero se sintió exultante al imaginar al khan regresando y encontrándose ante un campo de cenizas y varias pilas de fríos cadáveres.

Jelaudin fue el primero en ver a los chicos que corrían. Serpenteaban entre las tiendas cerca del río, zigzagueando entre los senderos, pero sin dejar de acercarse. Jelaudin vio cientos de diablillos corriendo con el torso desnudo y el cabello al viento. Tragó saliva, nervioso, cuando vio que llevaban arcos, como sus padres. Jelaudin tuvo tiempo de advertir a sus hombres con un grito y alzaron los escudos

antes de lanzarse a la carga por los senderos contra esa nueva amenaza.

Los muchachos mongoles mantuvieron sus posiciones cuando los árabes se abalanzaron como una tromba contra ellos. Los hombres de Jelaudin oyeron a una voz aguda dar una orden, los arcos se tensaron y una descarga de flechas salió volando en la brisa. Jelaudin lanzó una maldición cuando vio que varios hombres eran derribados, aunque fueron sólo unos pocos. Los disparos de los chicos eran tan certeros como los de los adultos, pero no tenían la fuerza suficiente para lograr que las saetas horadaran las armaduras. Las únicas muertes las producían los disparos a la garganta, lo que reducía mucho sus probabilidades. Mientras Jelaudin se acercaba hacia allá, los muchachos se dispersaron ante la mirada de sus hombres y desaparecieron en el laberinto. Maldijo la disposición de las tiendas, que hacía que sólo tuvieran que dar la vuelta a una esquina para perderse de vista. Tal vez era eso lo que los mongoles pretendían cuando plantaban sus campamentos.

Jelaudin se dirigió al trote a una de las gers y se topó con tres chicos acurrucados. Dos de ellos dispararon en cuanto le vieron y las flechas pasaron muy lejos de él. El otro esperó un instante más y soltó la flecha justo cuando el caballo de Jelaudin chocaba contra él, destrozándole las costillas y arrojándolo a un lado. Jelaudin rugió asustado, mirando con incredulidad la flecha que había pasado rozándole el muslo y penetrando bajo su piel. No era una herida grave, pero entró en cólera y sacó la espada y mató a la paralizada pareja antes de que pudieran reaccionar. Desde atrás, otra flecha pasó silbando junto a su cabeza, pero cuando se giró con su montura, no vio a nadie.

A lo lejos, el humo ascendía en gruesas nubes desde las tiendas a las que los hombres de su padre habían prendido fuego. Las chispas estarían ya aterrizando en otras gers, hundiéndose en el fieltro seco. Jelaudin estaba completamente solo, pero a su alrededor percibía movimiento. Cuando era niño, una vez se había perdido en un campo de trigo dorado, donde las espigas eran más altas que él. Por todas partes a su alrededor, había oído el correteo susurrante de las ratas. El antiguo terror reapareció y, de pronto, sintió que no podía soportar estar solo en un lugar así, con el peligro acechando en todos los rincones. Pero ya no era un niño. Bramó un desafío al aire y, por el sendero más cercano, se lanzó al galope hacia la zona donde el humo era más espeso buscando a su padre.

Los hombres del sah habían acabado con cientos de mujeres mongolas, pero éstas seguían viniendo y muriendo. Cada vez menos de ellas lograban herir a los guardias, ahora que estaban preparados. A Ala-ud-Din le había dejado atónito su ferocidad, tan intensa como la de los hombres que habían destrozado sus ejércitos. Su espada goteaba sangre y ardía en deseos de castigarlas. Inhaló el denso humo y se atragantó un momento, mientras se deleitaba con la visión de las llamas arrasando tienda tras tienda. El centro del campamento estaba ardiendo y sus hombres habían desarrollado una nueva táctica. Se quedaban a la puerta de la tienda a la que habían prendido fuego, observando cómo se quemaba hasta que los habitantes salían huyendo. A

veces, las mujeres y los niños escapaban atravesando las paredes de fieltro, pero la mayoría eran asesinados al lanzarse sobre hombres montados y armados. Algunos de ellos ya estaban en llamas y elegían morir bajo las espadas antes que perecer quemados.

Chakahai corrió con los pies desnudos hacia un guerrero que le daba la espalda. Al acercarse, el caballo árabe le pareció enorme y el hombre sentado sobre él le pareció tan alto y lejano que no veía el modo en que podría herirle. El crepitar de las llamas escondió el sonido de sus pasos avanzando por la hierba. El hombre seguía sin volverse y lanzó un grito a otro hombre. La princesa se fijó en que llevaba una túnica de cuero decorada con placas de metal oscuro. El mundo se ralentizó cuando Chakahai llegó a los cuartos traseros de su montura y él percibió su presencia. El guerrero empezó a volverse, moviéndose como si estuviera en un sueño. La joven vio un centímetro de carne de su cintura entre su cinturón y la armadura de cuero y se arrojó contra esa mínima franja sin vacilar, hincando la hoja hacia arriba como Borte le había dicho que hiciera. El temblor del impacto le recorrió todo el brazo y el hombre lanzó un grito ahogado, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al cielo. Chakahai tiró de la daga y descubrió que se había atascado, atrapada en la carne del árabe. Tiró de ella de nuevo, frenéticamente, sin atreverse a mirar al guerrero que levantaba la espada para matarla.

La hoja bajó y ella cayó de espaldas, con el brazo cubierto con la sangre del árabe, que se desplomó muy cerca de ella de modo que, durante un instante, sus miradas se encontraron. Chakahai le clavó otra vez el cuchillo presa del pánico, pero el hombre ya estaba muerto.

Entonces se puso en pie, con el pecho palpitante, embargada de un oscuro placer. ¡Todos tenían que morir así, con las tripas abiertas y sus vejigas manchando el suelo! Oyó cascos al galope y alzó la vista aturdida: un semental árabe se arrojó sobre ella para derribarla. No pudo retirarse a tiempo y la euforia del asesinato la abandonó, siendo sustituida por una inmensa fatiga.

Frente al soldado árabe, Chakahai descubrió a Yao Shu antes que su enemigo. El monje budista golpeó al caballo en una de las patas delanteras con un pesado palo. Oyó un crujido y el animal se desplomó con fuerza contra el suelo. Mientras Chakahai observaba, aún atontada, dio media vuelta y aplastó al hombre que llevaba encima. La princesa Xi Xia no podía retirar la vista de las patas, que se agitaban, una de ellas con un ángulo extraño. Luego sintió las manos de Yao Shu arrastrándola entre las tiendas y, a continuación, el mundo regresó como un torbellino y la joven empezó a vomitar débilmente.

El pequeño monje se movía con pequeñas sacudidas, como un pájaro, buscando con la vista la siguiente amenaza. Se dio cuenta de que le estaba mirando y simplemente asintió, alzando el palo que había empleado como saludo.

—Gracias —dijo ella, inclinando la cabeza. Se prometió que le recompensaría, si sobrevivían. Gengis le honraría delante de todos.

—Ven conmigo —ordenó Yao Shu, poniéndole la mano en el hombro un instante antes de guiarla a través de las tiendas, lejos de las llamas.

Chakahai miró la sangre que manchaba la tela que llevaba en la mano derecha y lo único que sintió fue una gran satisfacción al recordar lo que había hecho. Gengis estaría orgulloso de ella, si aún estaba con vida.

Ala-ud-Din giró la cabeza al oír una serie de sonidos, cortos y ásperos. No comprendió las palabras, sólo supo que se acercaban unos hombres. Se le encogió el estómago temiendo que el khan los hubiera encontrado tan pronto. Ordenó a sus hombres a grandes gritos que se alejaran de las tiendas y se enfrentaran al enemigo. Muchos de ellos estaban sordos a sus órdenes, inmersos en una orgía de destrucción, con los rostros desfigurados por una fanática locura. Sin embargo, Jelaudin oyó cómo se aproximaban y otros dos hijos del sah repitieron la orden, gritando hasta quedarse roncós.

El humo era muy denso y, al principio, Ala-ud-Din no podía ver ni oír nada aparte de los cascos que se aproximaban. El ruido resonó en todo el campamento y la boca se le quedó seca. ¿Serían miles de guerreros viniendo a por su cabeza?

De la nube de humo, empezaron a salir caballos a galope tendido. Se les veía claramente el blanco de los ojos desorbitados. No había hombres sobre sus lomos, pero en aquel lugar tan estrecho, no podían detenerse para evitar a los hombres del sah. Junto con Jelaudin, Ala-ud-Din fue suficientemente rápido para protegerse tras una tienda, pero otros reaccionaron con excesiva lentitud. Los caballos corrían como un río desbordado por todo el campamento y muchos de los guardias del sah fueron derribados y pisoteados.

Detrás de las monturas mongolas iban los hombres mutilados.

Ala-ud-Din oyó sus gritos de batalla mientras corrían tras la manada de caballos. Había jóvenes y mayores, y a muchos les faltaba un brazo o una pierna. Uno de ellos se giró para atacar al sah y Ala-ud-Din vio que llevaba sólo un pesado palo en la mano izquierda. Mano derecha no tenía. El guerrero mongol murió al instante bajo la espada de Jelaudin, pero otros llevaban arcos y el sah se estremeció al oír el canto de las flechas. Lo había oído demasiado a menudo en los pasados meses.

A medida que más y más gers eran incendiadas, el olor a sangre y fuego iba acumulándose en el aire, que se estaba tornando tan denso que era casi irrespirable. Ala-ud-Din buscó a sus oficiales, pero todos ellos estaban defendiendo sus propias vidas. Se sintió rodeado, impotente en aquel laberinto de tiendas.

—¡A mí! ¡Seguid a vuestro sah! ¡A mí! —rugió, hincando los talones en su montura. Le había costado contener a su caballo. Liberado, el animal se movió como si lo hubieran disparado con un arco, corriendo a toda velocidad por el campamento y



dejando atrás el humo y el terror.

Jelaudin repitió la orden y los supervivientes le siguieron, tan aliviados como su amo de alejarse de la lucha. El sah cabalgaba a ciegas, de pie sobre los estribos, buscando algún indicio de que avanzaba en la dirección adecuada. ¿Dónde estaba el río? Habría dado un segundo hijo por tener la altura de un elefante para poder ver cuál era el camino para salir del campamento. Incluso ahora, que escapaba con sus hombres de la estampida de caballos, vio a ambos lados hileras de niños, tanto varones como hembras, corriendo entre las gers. Siguieron arrojando flechas y cuchillos contra sus soldados, pero ninguno cayó y el sah no se detuvo hasta que el río estuvo a la vista.

No había tiempo para buscar un vado. El sah se sumergió en el agua helada, sintiendo cómo se le entumecía todo el cuerpo mientras el agua salpicaba en todas direcciones.

«¡Alá sea loado! ¡No es demasiado hondo!», pensó mientras su caballo subía por la otra orilla. Casi se cayó de la silla de montar con los bandazos del animal, que se resbaló una y otra vez en su esfuerzo por atravesar el barro, reblandecido por el agua del río. Por fin había tierra firme bajo sus pies y descansó, jadeante, volviéndose hacia el campamento en llamas.

Kokchu se encogió bajo la sombra de una tienda mientras los guerreros árabes pasaban a la carrera, sin percatarse de su presencia. Los mongoles mutilados, que los perseguían lanzando gritos guturales, eran una visión terrorífica. Kokchu había curado muchas de las heridas y cortado muchos de esos miembros y les había oído gritar, indefensos como un bebé. Pero los que sobrevivieron no tenían nada que perder. Los hombres que no podían caminar, podían cabalgar y muchos de ellos entregaron sus vidas con gusto, sabiendo que nunca volverían a tener otra oportunidad de luchar por su khan. Kokchu vio a uno al que le faltaba la pierna derecha hasta la rodilla. Su cuerpo estaba totalmente descompensado, pero cuando los árabes redujeron la velocidad por los estrechos senderos, el guerrero cazó a uno de los fugitivos y se lanzó sobre él, haciendo que ambos cayeran al suelo. El guerrero lo agarró con todas sus fuerzas y trató de matarlo antes de que su enemigo se pusiera de nuevo en pie. Habían caído cerca de Kokchu y el chamán vio que la mirada del guerrero se posaba en él, pidiendo ayuda con desesperación.

Kokchu se echó para atrás, aunque empezó a jugar con su cuchillo con dedos nerviosos. El árabe hundió un puñal en el costado del guerrero y lo movió de arriba abajo con salvaje energía. Aun así, el mongol siguió peleando: años de soportar todo su peso habían fortalecido sus brazos. Uno de ellos rodeó la garganta del árabe y se cerró con una convulsión, clavándole los dedos en el cuello.

Kokchu salió como un rayo y le cortó el cuello al árabe con su cuchillo, cercenando a la vez los dedos del guerrero. La sangre empezó a manar mientras

ambos hombres morían juntos, pero Kokchu se plantó ante ellos y su miedo se convirtió en ira ante el enemigo indefenso. Cuando el árabe se desplomó, Kokchu le clavó el cuchillo una y otra vez, gimoteando inconscientemente para sí hasta que descubrió que llevaba un rato picando carne muerta.

Se puso de pie, jadeante, y apoyó las manos en las rodillas mientras absorbía grandes bocanadas del cálido aire. En la penumbra de una ger vecina, vio a Temulun, la hermana de Gengis, mirándole con fijeza y se preguntó qué creería haber visto. Entonces le sonrió y el chamán se relajó. No podría haber salvado al lisiado, estaba casi seguro.

Las llamas que rodeaban a Kokchu parecieron incendiar su sangre y quizá también le afectara la salvaje emoción que había sentido al notar la muerte latiendo bajo sus manos. Mientras avanzaba a grandes Zancadas hacia la ger, se sintió lleno de fuerza y empujó a Temulun hacia el interior, cerrando la puerta tras de sí con un golpe. El recuerdo de su flexible y dorada piel pintada con sangre seca inundó su mente, enloqueciéndole. Ella no tenía fuerza suficiente para resistirse a él y el chamán le arrancó la túnica de los hombros, desnudándola hasta la cintura. Las líneas que había dibujado seguían allí, una patética prueba de su fe. Comenzó a devorarla, lamiendo ese sabor amargo. Notó que sus manos le golpeaban, pero los golpes le llegaban como desde lejos y no sentía dolor. Cuando la lanzó con un empujón contra la cama baja, se dijo que ella sentía su misma pasión, ignorando los gritos desesperados que nadie más podía oír. Parte de él gritaba que era una locura, pero, mientras se movía dentro de ella con los ojos brillantes como un oscuro cristal, su voluntad estaba temporalmente perdida.

Tsubodai y Jebe habían visto el humo desde la distancia. Cuando llegaron al campamento a media tarde, sus caballos estaban agotados y completamente cubiertos de sudor. Casi diez mil tiendas habían sido arrasadas por el fuego y un hedor agrio flotaba en la brisa. Aun entonces, vieron a cientos de mujeres y niños atravesando el campamento con cubos de cuero y arrojando agua de río sobre todo cuanto aún ardía.

Docenas de guardias del sah yacían muertos por el suelo y los niños los insultaban y les daban patadas al pasar por su lado. Tsubodai se topó con los cadáveres de cinco niñas amontonados en desorden entre dos gers. Desmontó y, arrodillándose junto a ellas durante un tiempo, les rogó que le perdonaran en susurros que ya no podían oír.

Cuando se levantó, Jebe estaba a su lado y ambos hombres se comprendieron sin hablar. Por mucho que corriera, el sah no escaparía.

## XIX

**L**a nación se había reunido en torno a Otrar, envolviéndola en un puño. En circunstancias normales, la idea de que los hijos del khan compitieran en una carrera habría sido un acontecimiento que los guerreros habrían disfrutado. Habrían apostado fortunas a cuál hermano sería el primero en tocar los muros de la ciudad. Al final, cuando Jochi entró tambaleándose, con Chagatai a cierta distancia por detrás de él, su llegada pasó prácticamente inadvertida. La nación esperaba ansiosa la noticia de que el campamento estaba indemne y todos los hombres tenían padres, esposas o hijos allí. Ninguno de los guerreros del tumán de Jochi le había mirado a los ojos cuando la vista del joven se posó en la piel de tigre que cubría su caballo: la cabeza de la bestia había sido arrancada con tosquedad, el único signo de que Gengis no había olvidado que sus hijos se habían peleado delante de las tropas. Jochi había acariciado la piel desgarrada durante un instante y luego había dado media vuelta y se había alejado.

Un día más tarde, cuando llegaron los primeros jinetes, los tumanes quedaron destrozados al oír su relato: sus peores temores se habían hecho realidad. Durante un tiempo, todos pudieron aún atesorar la esperanza de que sus familias se hubieran salvado, pero al poco llegó Khasar con los supervivientes y con los muertos. Los guerreros echaban a correr hacia los carros según iban entrando, buscando en ellos a sus esposas e hijos. Otros aguardaban en silenciosa agonía a que las cansadas mujeres pasaran por su lado, desesperados por distinguir un rostro conocido. Algunos se vieron recompensados con un agudo grito y un abrazo. La mayoría se quedaron donde estaban, solos.

Tardaron más de un mes en reunir a todos los guerreros que habían caído a lo largo del camino que llevaba hacia el sur a través de las colinas. Los cadáveres árabes fueron abandonados allí, pudriéndose, pero los que habían luchado por Gengis fueron recogidos y tratados con honor. Sus cuerpos fueron despojados de la armadura y envueltos en suave fieltro blanco antes de trasladarlos en carros a las más altas cumbres de esas tierras y entregarlos a los halcones y a las águilas de ese reino. Los cuerpos de las mujeres que habían muerto fueron atendidos por sus hermanas y madres, mientras Chakahai, Borte y Hoelun supervisaban la lúgubre tarea.

Gengis se había acercado a mirar el rostro muerto de su hermana cuando la trajeron. Había sido hallada desnuda, con la garganta cortada de un solo tajo. Fue terrible presenciar su dolor. Era un crimen más acumulado a los pies del sah. Al conocer la noticia, de la noche a la mañana, su madre se había convertido en una vieja, había entrado en un estado de constante aturdimiento y era necesario llevarla del brazo allá donde fuera. Había perdido a un hijo muchos años antes y las antiguas heridas sangraron de nuevo, dejándola solada por las lágrimas. Cuando Gengis

volvió la mirada a Otrar, los que le observaban supieron que la ciudad quedaría reducida a polvo y pronto estaría flotando en el cálido viento.

Las catapultas de la colina habían sido destruidas, la guarnición de Otrar las había incendiado deliberadamente antes de escapar, alejándose a toda velocidad hacia su propia destrucción. Doce hombres valerosos habían sido hallados entre las maderas carbonizadas, muertos por mantener sus posiciones hasta el final. Gengis había soltado un mero gruñido al oír la noticia y ordenó a sus artesanos Chin que construyeran más catapultas con los árboles de Koryo.

El final del verano discurrió tranquilo mientras descansaban y se recuperaban, con una furia latente hirviendo siempre en sus corazones. La ciudad los esperaba y nadie volvió a acercarse nunca más a los altos muros, todavía marcados de negro por el aceite ardiendo que Samuka había lanzado contra ellos.

Ho Sa y Samuka habían sido encontrados en una de las pilas de cadáveres y habían sido honrados por los muchos enemigos que se habían llevado consigo. Los contadores de historias convirtieron sus hazañas en baladas que se entonaban por las noches, mientras que su carne vacía fue llevada con los demás, sin más ceremonia que el más humilde guerrero de las tribus. A lo lejos, los picos estaban cubiertos de muertos y las aves de presa se cernían como una nube oscura sobre ellos, preparándose para el festín.

El invierno en aquel lugar era suave comparado con el frío glacial que habían conocido en el norte. Gengis no podía leerle la mente al gobernador de Otrar, pero el inicio de los meses fríos pareció traer cierta agitación en la ciudad mientras los mongoles esperaban a que se reconstruyeran las catapultas. No había sensación de urgencia entre las tribus. No necesitaban moverse para vivir y aquel lugar era tan bueno como cualquier otro. La ciudad caería y si los habitantes sufrían mientras aguardaban, también ese dolor era merecido.

A medida que los días se fueron haciendo más cortos, en ocasiones Gengis veía algunas figuras distantes sobre las murallas, señalando y hablando entre ellas. Tal vez hubieran descubierto las estructuras que estaban construyendo sobre la colina a las afueras de la ciudad. No lo sabía, ni le importaba. A veces su estado era casi de apatía absoluta y ni siquiera cuando los artesanos terminaron las catapultas salió a dar la orden de atacar y prefirió quedarse en su tienda y beber, sumido en una oscura depresión. No quería ver la mirada acusadora de aquéllos que habían perdido a sus familias. La decisión había sido suya y se torturaba, lleno de dolor y de furia, durmiendo sólo cuando la bebida le hacía perder el sentido.

Las puertas de Otrar se abrieron sin previo aviso un día de nubes grises que amenazaban lluvia. El ejército mongol montó un enorme escándalo, haciendo chocar las lanzas y los arcos contra los escudos, mostrando su ira con ese estruendo discordante. Antes de que Gengis o los generales supervivientes pudieran reaccionar, un pequeño grupo de hombres salió a pie de la ciudad y las puertas se cerraron rápidamente a sus espaldas.

Gengis estaba hablando con Khasar cuando oyó el aullido de los guerreros. Se dirigió lentamente hacia su caballo y montó muy rígido en la silla, con la mirada clavada en Otrar.

Sólo doce hombres habían abandonado la protección de los muros. Mientras Gengis los observaba, vio cómo sus guerreros se lanzaban al galope contra ellos con las espadas en ristre. Podría haberlos detenido, pero mantuvo la boca firmemente cerrada.

Los doce árabes llevaban a uno de los suyos atado detrás de ellos, con los pies arrastrando por el polvoriento terreno. Se encogieron cuando los guerreros empezaron a girar a su alrededor y levantaron sus manos libres para mostrar que estaban desarmados. Para los mongoles, eso también era una provocación. Cualquiera que fuera lo suficientemente estúpido para aventurarse a salir ante ellos sin una espada o un arco no hacía sino excitar su deseo de matar.

Gengis observaba impasible a sus guerreros, que cabalgaban delante de los doce hombres, como escoltando su avance. Iban cabalgando cada vez más cerca hasta que uno de ellos golpeó a un árabe con el hombro de su caballo, haciéndole rodar por el suelo.

Los miembros del grupo se detuvieron a la vez, súbitamente asustados, y Gengis vio cómo llamaban a su compañero caído, que se incorporó con dificultad. Algunos guerreros obligaron al resto a continuar, silbando y animándoles como lo harían con una oveja o una cabra descarriada. El hombre fue abandonado atrás y los guerreros desmontaron y lo mataron.

El sonido de sus chillidos resonó en los muros de Otrar. El grupo de árabes siguió adelante, lanzando miradas horrorizadas hacia atrás. Otro de ellos fue derribado con un golpe propinado con la empuñadura de una espada, que le levantó una rebanada del cuero cabelludo, cubriéndole la cara de sangre. Él también quedó atrás y fue rodeado al instante por una marabunta de hombres que se lanzó sobre él dándole patadas y puñaladas. Gengis permanecía silencioso sobre su caballo, contemplando el progreso del grupo.

Dos mujeres mongolas se aproximaron a uno de los árabes y tiraron de él separándolo del resto. Gritó algo en su extraña lengua y extendió ambas manos con las palmas abiertas, pero ellas se rieron y le retuvieron, sin permitir que se reuniera con sus compañeros. Cuando continuaron camino, el hombre empezó a aullar y esta vez no fue una muerte rápida. Los sonidos crecieron en intensidad y se prolongaron largos minutos.

Cuando sólo quedaban seis miembros del grupo inicial, Gengis levantó la mano, adoptando una postura muy erecta bajo el sol de la mañana. Los que vieron su señal se retiraron de los ensangrentados árabes y abrieron un pasillo para el khan. Los restantes componentes del grupo avanzaron tambaleándose, pálidos por lo que habían visto. Cuando llegaron hasta Gengis, se arrojaron al suelo, humillándose ante él mientras su prisionero se retorció en el polvo, enseñando el blanco de los ojos.

Gengis observó con frialdad cómo uno de los árabes alzaba la cabeza y hablaba en la lengua Chin, pronunciando lentamente las palabras.

—¡Mi señor! ¡Hemos venido a debatir los términos de la paz! —dijo.

Gengis no contestó, sino que simplemente miró de nuevo a Otrar, donde lo alto de las murallas había vuelto a ennegrecerse con diminutos espectadores. El que había hablado tragó saliva mezclada con polvo antes de hacer otro intento.

—El consejo de la ciudad ha votado y ha decidido entregarte a nuestro gobernador, señor. Nos han llevado a la guerra contra nuestra voluntad y somos inocentes. Te suplicamos que nos perdones la vida y que te lleves sólo al gobernador Inalchuk, que es el responsable de nuestros problemas.

Una vez concluyó su discurso, el hombre volvió a arrojarse al polvo. No podía entender por qué sus compañeros y él habían sido atacados. Ni siquiera estaba seguro de que el khan hubiera comprendido sus palabras. Gengis no hizo ningún gesto para confirmarlo y el silencio se dilató.

El gobernador había sido amordazado, además de atado. Gengis oyó el apagado sonido de su voz y le indicó a Khasar con un gesto que cortara la mordaza. Su hermano no fue cuidadoso y la hoja cortó los labios de Inalchuk además de la tela, haciéndole gritar y escupir sangre.

—¡Estos hombres no tienen ningún poder sobre mí! —exclamó Inalchuk en medio de su dolor—. Deja que sea yo quien negocie por mi vida, señor khan.

Gengis había aprendido sólo unas pocas palabras de árabe y no le entendió. Esperó pacientemente a que trajeran a un mercader árabe que sabía hablar muchas lenguas. Cuando llegó, el comerciante parecía estar tan nervioso como los hombres arrodillados en el polvo. Gengis le ordenó con un ademán al gobernador que volviera a hablar y escuchó atentamente la traducción al idioma de los Chin. Pensó que más le valía encargar a Temuge la tarea de preparar a más hombres en el oficio de intérpretes si pretendía quedarse un tiempo en tierras árabes. Le costaba conseguir que algo le importara.

Cuando entendió a Inalchuk, Gengis se rió con crueldad, alejando de un manotazo a una mosca que le rondaba la cara.

—¿Te han atado como a una oveja que va a ser sacrificada y te entregan a tus enemigos, pero dices que no tienen poder sobre ti? —preguntó—. ¿Y qué otro poder hay?

Mientras el intérprete traducía la respuesta a trompicones, Inalchuk se incorporó con esfuerzo hasta quedarse sentado y se llevó las manos atadas a su ensangrentado rostro, haciendo una mueca de dolor.

—No existe ningún consejo en Otrar, señor. Éstos que ves aquí son simples mercaderes de mi ciudad. No hablan por nadie que haya designado el propio sah.

Uno de los árabes empezó a escupir una respuesta, pero Khasar arremetió contra él, propinándole una patada en la espalda.

—¡Cállate! —ordenó Khasar. Desenfundó la espada y los maltrechos árabes

siguieron aquel movimiento con ojos inquietos.

No fue necesaria ninguna traducción y el aludido no intentó hablar de nuevo.

—Perdóname la vida y haré que te entreguen seis mil oka de plata —declaró Inalchuk.

El intérprete dudó al llegar a la suma y Gengis giró la cabeza hacia él. Bajo la mirada amarilla del khan, el mercader árabe se postró en el suelo con los demás.

—Señor, no conozco la palabra en la lengua Chin. Es un término de peso utilizado por los orfebres.

—Sin duda está ofreciendo una buena cantidad —contestó Gengis—. Al fin y al cabo acaba de poner precio a su propia vida.

El intérprete asintió desde el suelo.

—El peso en plata de muchos hombres, señor. Tal vez de cien, o incluso más.

Gengis consideró la cantidad, alzando la vista hacia los muros de Otrar que seguían irguiéndose imponentes ante su ejército. Tras un momento, cortó el aire con la mano.

—Ésos serán entregados a las mujeres, para que hagan con ellos lo que deseen. El gobernador vivirá, por ahora —anunció. Vio la sorpresa de Khasar por el rabillo del ojo, pero no dijo nada—. Traedme a Temuge —continuó Gengis—. Nos están observando desde las murallas de Otrar. Les daré algo para ver.

Su hermano Temuge respondió con premura al llamamiento, evitando en lo posible mirar el polvo ensangrentado o al gobernador, que seguía sentado, moviendo sus ojos con rapidez de un hombre a otro.

—¿Cuánta plata tenemos en el campamento, Temuge? —preguntó Gengis.

—Puede que cien carromatos llenos, mi señor khan —respondió Temuge—. He tomado nota de cada moneda, pero tendría que traer mis libros de registro si...

—Tráeme el peso de un hombre en ese metal —ordenó Gengis. Notó que Inalchuk le miraba fijamente y poco a poco esbozaba una sonrisa—. Y una de las forjas móviles que trajo Tsubodai. Quiero que la plata corra como agua antes de la puesta del sol. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto, señor khan —contestó Temuge, aunque no entendía en absoluto, y se apresuró a cumplir el encargo de su hermano.

La población de Otrar se apiñaba contra los muros de la ciudad para ver qué le pasaba al gobernador después de que le hubieran entregado al ejército mongol. Habían sufrido muchas penalidades durante la batalla entre la guarnición y los hombres de Samuka. Cuando la guarnición había salido por fin, se habían sentido llenos de júbilo. El sah llegaba para liberar la ciudad y serían salvados. Pero, en vez de eso, el ejército mongol había regresado desde el sur y los había rodeado. No sabían si el sah seguía con vida, pero si era así, ¿cómo podía estar el khan en el exterior de las murallas? A los mercaderes les había llevado meses formar un consejo y sólo tras días de

conversaciones secretas tuvieron la oportunidad de sorprender a Inalchuk en su lecho y atarle de pies y manos para entregarle al enemigo. Los mongoles no tenían ninguna cuenta pendiente con los ciudadanos de Otrar, sólo con el hombre que les había provocado. Las familias se apretaban contra los muros y rezaban pidiendo su salvación.

Antes de que se pusiera el sol, Gengis hizo que llevaran a Inalchuk a la distancia de un disparo de arco de las murallas. Era una acción peligrosa, pero acertó en su intuición de que la gente del interior no se arriesgaría a disparar al hombre que podía decidir perdonarles la vida. A sólo unos cien metros de las puertas de hierro, obligó a Inalchuk a arrodillarse, con las manos, de nuevo atadas, hacia delante.

La visión de la humeante forja no había pasado inadvertida al gobernador de Otrar. La habían colocado cerca de él, empujándola sobre una plataforma con ruedas hasta su misma posición la brisa le llevó el penetrante olor del metal caliente. Dobló su oferta y, luego, la volvió a doblar, hasta que Gengis le dijo al intérprete que mantuviera la lengua quieta o se la cortarían.

Conformaban un extraño grupo, allí solos ante la ciudad. Tres hombres fornidos hacían funcionar los fuelles de la forja bajo la dirección de Temuge. Gengis, con Khasar, estaba situado junto al prisionero, pero el resto del ejército mongol se había quedado atrás, observando en silencio desde las filas.

Por fin, los herreros indicaron con un asentimiento que las monedas de plata se habían fundido y pusieron el metal líquido en un caldero de hierro negro. Uno de ellos sumergió un palo, que se carbonizó al entrar en contacto con el líquido, mientras algunas gotas de plata salpicaban y siseaban. Dos de los hombres pasaron largas varas de madera por las asas del caldero y lo sacaron de la estructura de hierro, alejándolo del calor blanco del carbón y los fuelles.

Inalchuk gimió aterrado cuando les vio sacar el caldero, que calentó el aire creando una extraña niebla que sobrevolaba el hirviente contenido.

—Cien mil oka de plata, señor —dijo, sudando. El intérprete alzó la vista, pero no habló, y entonces Inalchuk empezó a rezar en voz alta.

Cuando los portadores se aproximaron, Gengis clavó la mirada en el recipiente de plata líquida y asintió para sí.

—Dile estas palabras en su propia lengua —le ordenó al intérprete—. La plata y el oro no me sirven para nada.

Cuando el traductor empezó a hablar, Inalchuk levantó la vista aferrándose desesperadamente a un último rayo de esperanza.

—¿Qué está haciendo, amigo mío? En nombre de Alá, ¡dime si voy a morir!

El intérprete contuvo el aliento durante un instante, mirando con inquieta fascinación cómo la plata chocaba contra las paredes de hierro y las cubría de una capa reluciente.

—Creo que sí —admitió—. Al menos será una muerte rápida, así que prepara tu alma para Dios.



Haciendo caso omiso del breve intercambio de palabras, Gengis continuó.

—Acepta este regalo que te hago, gobernador de Otrar —dijo—. Puedes quedarte toda la plata que puedas coger. —Con una expresión fría en el rostro, Gengis se volvió a Khasar—. Haz que extienda las manos, pero ten cuidado de no quemarte.

Khasar le propinó a Inalchuk un golpe en la cabeza que le dejó aturdido. Luego, hizo con mímica el gesto de extender las manos y el gobernador empezó a chillar, negándose. Ni siquiera una espada contra su garganta le hizo levantar las manos. Cada vez más furioso, Khasar le cogió por el codo y el hombro y le rompió los huesos con la rodilla, como si quebrara un palo. Inalchuk aulló de dolor, todavía debatiéndose. Gengis asintió y Khasar dio la vuelta para romperle el otro brazo.

—¡Haz lo que te dicen, hermano! —exclamó el intérprete—. ¡Puede que así sobrevivas! —A través de su locura, Inalchuk alcanzó a oírle y, entre sollozos, extendió las manos atadas, una sosteniendo la otra, que colgaba sin fuerzas. Gengis hizo un gesto de asentimiento a los herreros, que inclinaron el caldero, llevando la plata hacia el borde de hierro.

Una ola de metal burbujeante cubrió las manos del gobernador y, por un momento, pareció que estuviera sosteniendo una lluvia resplandeciente. Abrió la boca para gritar, pero ningún sonido brotó de ella. Los dedos se le soldaron los unos a los otros por el calor, su carne se disolvió.

Cayó de espaldas, dio una sacudida y cayó sobre su cara, babeando y masticando el polvo, que se convertía en pasta entre sus labios. Tenía los ojos en blanco y Gengis se acercó a él, observando con interés sus manos, que parecían tener el doble del tamaño habitual.

—Fuiste tú quien me trajo a esta seca tierra —le dijo Gengis a la temblorosa figura—. Te ofrecí la paz y comercié contigo y me enviaste las cabezas de mis hombres. Ahora te he hecho entrega de tu valiosa plata.

Inalchuk no dijo nada, aunque sus labios se movieron sin emitir sonido alguno.

—¿No me das las gracias? —continuó Gengis—. ¿Tienes la garganta demasiado seca? Acepta esta bebida para aplacar tu sed. Entonces sentirás un pequeño eco del dolor que has causado.

El intérprete, horrorizado, se había quedado mudo, pero hacía tiempo que Inalchuk ya no oía nada. El khan no se preocupó siquiera de mirar mientras los herreros acercaban el caldero y vertían el resto del metal en la cara del gobernador. Su aceitada barba se prendió y la boca abierta se llenó, pero Gengis miraba ahora fijamente a la gente que aguardaba sobre las murallas. Muchos de ellos se alejaron, comprendiendo al fin que nada los libraría de la muerte.

—Las catapultas están listas, Khasar —dijo Gengis, sin retirar la vista de la ciudad—. Empieza a derribar los muros mañana al amanecer. Quiero que sean destrozados piedra a piedra. Otrar no será reconstruida cuando nos marchemos. Esta ciudad será borrada de la faz de la tierra, con todo ser vivo que haya en su interior.

Khasar compartía la hondura del odio de su hermano. Inclino la cabeza ante él.

—Como deseas, mi señor khan.

El Anciano escuchaba desde una minúscula rejilla situada en lo alto del muro de la celda. Sólo podía ver siluetas en la penumbra, pero oyó los sonidos de un cuerpo joven removiéndose al despertar de un sueño drogado. Fue paciente y esperó. ¿Cuántas veces había guiado a un muchacho a través del ritual del Despertar? Le había mostrado el jardín a su nuevo recluta, que contempló su esplendor acentuado por el efecto de la droga del vino, que el Anciano había azucarado hasta convertirlo casi en un sirope. Le había mostrado el paraíso y ahora, en la oscuridad, le enseñaría el infierno.

El viejo sonrió para sí al oír un grito de horror proveniente de abajo. Podía imaginarse la impresión y la confusión del muchacho recordando cómo se había sentido él mismo tantos años atrás. El olor a podredumbre era potente en aquella pequeña celda y la carne ya estaba desprendiéndose de los huesos de los grasientos cadáveres que yacían sobre el joven guerrero. El Anciano le oyó susurrar y sollozar mientras se deshacía de los lacios miembros que le cubrían. Le habría parecido que había trascendido sólo un momento desde que estuviera en aquel lugar tan hermoso que casi hacía daño. El Anciano había perfeccionado el jardín y elegido bien a las mujeres, hasta el último detalle. Eran criaturas exquisitas y la droga había inflamado de tal modo al joven que cada leve roce en su piel le habría llevado prácticamente al delirio. Después, habría cerrado los ojos durante un instante para despertar rodeado de muertos putrefactos.

El Anciano entornó los ojos para ver mejor en la penumbra de la celda. Vio cómo el chico se movía agitado y palpaba ansiosamente a su alrededor. En la oscuridad, sentiría la blanda materia bajo sus dedos, quizá notara los gusanos agitarse en la carne. El muchacho gimió y el viejo le oyó vomitar. El hedor era espantoso y el Anciano apretó una pequeña bolsa de pétalos de rosa contra su nariz mientras aguardaba. El momento era siempre delicado, pero él era un maestro en su arte.

El chico estaba desnudo en esa estancia de resbaladizos cadáveres. El Anciano vio que se quitaba jirones de piel brillante que se le habían quedado pegados a la suya propia. Su mente estaría en un estado de gran fragilidad, su corazón latiendo a una velocidad próxima a la muerte. El Anciano pensó que sólo los muy jóvenes podían sobrevivir a una experiencia así, pero incluso a ellos les perseguía su recuerdo durante el resto de sus vidas.

El chico lanzó un grito repentino al descubrir un amasijo de carne podrida que se movía. El Anciano sonrió presenciando el terror del muchacho ante los productos de su imaginación y preparó el farol a sus pies, donde ningún brillo podía arruinar el efecto de la lección. Debajo de él, el chico rezaba a Alá pidiéndole que le liberara de ese hediondo abismo infernal.

El Anciano abrió la puerta de la celda de golpe, haciendo añicos la oscuridad y

cegando al muchacho, que cayó hacia atrás cubriéndose la cara con las manos. Para placer del Anciano, oyó el ruido de un chorro de orina caliente que le reveló que la vejiga del chico había cedido. Había elegido bien el momento. Las lágrimas rodaban entre sus manos unidas.

—Te he mostrado el paraíso —dijo el Anciano—. Y te he mostrado el infierno. ¿Debo dejarte aquí durante mil vidas o llevarte de regreso al mundo? Lo que te espera depende de lo bien que me sigas. Por tu alma, habla con sinceridad. ¿Dedicarás tu vida a mí tal y como yo determine?

El chico tenía quince años. Mientras se arrodillaba lloroso, los últimos restos del pegajoso hachís fueron abandonando su joven cuerpo, dejándole tembloroso y débil.

—¡Por favor! ¡Lo que me pidas! Soy tuyo —contestó, sollozando. Todavía no se atrevía a abrir los ojos, por miedo a descubrir que la visión se había ido y había vuelto a quedarse solo una vez más.

El Anciano le puso una copa en los labios y le hizo oler la resina, de la que se decía que infundía coraje. El muchacho le dio un sorbo y el vino púrpura se derramó por su pecho y brazos desnudos. El Anciano gruñó con satisfacción cuando el chico, perdiendo el sentido, se desplomó hacia atrás.

Cuando se despertó, estaba tumbado entre sábanas limpias en una habitación de muros de piedra, en algún lugar del baluarte que era el santuario donde el Anciano se alejaba del mundo. Solo, lloró por lo que había visto, sin saber que seguía siendo observado. Cuando bajó las piernas e intentó ponerse en pie, estaba totalmente resuelto a no volver a ver jamás a los demonios de la estancia de la muerte. Se estremeció al recordar el modo en que se habían movido los cadáveres y le habían mirado fijamente, y cada recuerdo era más vivido y terrorífico que el siguiente. Pensó que se habría vuelto loco si el jardín no hubiera permanecido también en su mente. Su paz le había protegido, incluso en el infierno.

La puerta de madera de la habitación se abrió y el chico respiró hondo al encontrarse frente al poderoso hombre que le había sacado de aquel lugar. El Anciano era bajo y corpulento, con una mirada feroz en un rostro tan oscuro como la caoba. Tenía la barba aceitada y perfecta, pero sus ropas eran sencillas, como siempre, apropiadas para alguien que rechazaba todos los ostentosos y vanos símbolos de la riqueza. El muchacho se tiró cuan largo era sobre la fría piedra, postrándose para rogar por su salvación.

—Por fin has comprendido —dijo el Anciano con suavidad—. Te he llevado de la mano y te he mostrado la gloria y el fracaso. ¿Cuál elegirás cuando llegue el momento?

—Elegiré la gloria, maestro —respondió, temblando.

—Tu vida es sólo el vuelo de un pájaro por una habitación iluminada. Pasas de la infinita oscuridad a la noche eterna, con sólo un breve espacio entre ambas. La habitación no importa. Tu vida no importa, sólo cómo te preparas para después.

—Comprendo —aseguró el chico. Aun entonces sentía el grasiento tacto de los

miembros muertos en su piel y se estremeció.

—Compadece a aquéllos que no sepan qué hay después de la muerte. Puedes erguirte, poderoso, entre ellos, porque has visto tanto el cielo como el infierno y no vacilarás. —El líder de los Asesinos ayudó al chico a levantarse con una mano amable.

—Ahora puedes unirme a tus hermanos. Hombres como tú, a los que se les ha permitido acercarse a una grieta en las paredes de la realidad. No les fallarás, ni a ellos ni a mí, cuando ofrezcas una muerte perfecta a los pies de Alá.

—No, amo —respondió el muchacho, más seguro de lo que había estado nunca en su joven vida—. Dime a quién tengo que matar. No fallaré.

El Anciano sonrió, siempre se conmovía por la sincera fe de los jóvenes guerreros que enviaba al mundo. Una vez había sido uno de ellos, y cuando las noches eran oscuras y frías, en ocasiones echaba de menos el jardín que le habían enseñado. Cuando la muerte se lo llevara al fin, sólo deseaba que el auténtico paraíso fuera tan maravilloso como el que él había creado. Ojalá hubiera resina de hachís en el paraíso, se dijo. Ojalá fuera tan joven y ágil como aquel muchacho que tenía ante sí.

—Viajarás con tus hermanos al campamento del khan mongol, el que se hace llamar Gengis.

—¿Entre los infieles, amo? —tartamudeó el joven, sintiéndose ya impuro.

—Entre ellos, sí. Tu fe te mantendrá fuerte. Para eso y sólo para eso has sido entrenado por nosotros durante cinco años. Has sido elegido por tu habilidad con las lenguas. Puedes servir bien a Alá con el talento del que te ha dotado. —El Anciano apoyó la mano, que parecía irradiar calor, en el hombro del chico—. Acércate al khan y, cuando llegue el momento adecuado, arráncale la vida con una única puñalada en el corazón. ¿Comprendes el precio del fracaso?

El muchacho tragó saliva, inquieto: el recuerdo del foso aún estaba fresco en su mente.

—No fallaré, amo. Lo juro.

## SEGUNDA PARTE

**E**ra un verano sin brisa. El aire estaba inmóvil y el ardiente sol vaciaba las calles durante horas todos los mediodías. La ciudad de Almashan era poco más que una fortaleza amurallada, antigua y polvorienta, aunque un río reluciente recorría uno de sus flancos. Ese día no había mujeres ni niños en sus orillas. Almashan estaba cerrada, atrancada, repleta de personas y de los animales de las granjas circundantes. Los mercados olían a miedo y a cloacas que rezumaban inmundicia hasta la superficie y no podían ser vaciadas.

A lo lejos, los comerciantes de la ciudad oyeron un susurro atronador, que fue creciendo más y más. Los que estaban a nivel de suelo sólo podían alzar la vista hacia los puestos de guardia de las murallas y rezar para que los salvaran. Incluso los mendigos habían dejado de pedir limosna.

—¡Listos! —gritó Ibrahim a los hombres situados abajo, en las puertas. Observó fijamente el terreno que se extendía al otro lado de las murallas, con el corazón batiéndole fuertemente en el pecho. Las tierras que circundaban Almashan eran muy pobres, tanto que no se podían cultivar bien. Pero su riqueza nunca había dependido de las cosechas.

En la cálida bruma, una línea negra de jinetes se aproximaba a velocidad vertiginosa. Ellos eran el motivo por el cual la amada ciudad de Ibrahim estaba plagada de extraños. Los comerciantes y sus caravanas de mercancías se habían precipitado hacia el interior de sus muros buscando refugio. Ibrahim les hizo pagar un impuesto a todos ellos, la mitad de los bienes que intentaban proteger. Nadie se había atrevido a protestar. Si sobrevivían al ataque mongol, Ibrahim sabía que sería un hombre extremadamente rico, pero no las tenía todas consigo.

Su pequeña ciudad llevaba setecientos años junto a la ribera de aquel río. Sus mercaderes habían viajado hasta las tierras Chin e incluso a Hispania, y habían traído de allí tesoros y conocimientos de valor incalculable, aunque nunca de forma tan evidente que despertara el interés de los reyes y los sahs. La pequeña ciudad había construido sus murallas y graneros con esos beneficios, convirtiéndose en un centro especializado en la venta de carne. Cultivar la tierra no le habría proporcionado a Ibrahim la fortuna de la que ya disfrutaba, ni siquiera una pequeña porción de ella.

Esforzó la vista bajo el brutal resplandor, aferrándose con las manos extendidas a las oscuras rocas que habían formado parte de un fuerte más antiguo que nada que conociera. Antes de eso, la ciudad había sido sólo un lugar junto al río en el que los traficantes de esclavos descansaban antes de dirigirse al sur o al este hacia los grandes mercados. Almashan había crecido de la nada y reivindicado como suyo ese comercio.

Ibrahim suspiró para sí. Por lo que había oído, los mongoles no comprendían el concepto de comercio. Todo cuanto verían en Almashan sería una ciudad enemiga. Su turbante estaba empapado en sudor, pero siguió enjugándose con la mano las

pertinaces gotas, dejando una mancha oscura en el fresco tejido blanco de su túnica.

Frente a los jinetes mongoles, corría un beduino solitario, que se volvía de vez en cuando a mirar por encima del hombro mientras galopaba. Ibrahim notó que montaba un excelente caballo negro, pero el tamaño y la velocidad del animal le mantenían apenas unos metros por delante de sus perseguidores. Ibrahim tamborileó con los dedos en la áspera piedra mientras consideraba si debía abrir la puerta pequeña que existía en el portón de entrada. Era evidente que el guerrero del desierto corría hacia allí para ponerse a salvo, pero si las puertas permanecían cerradas, tal vez los mongoles no atacaran. Si permitía que el hombre entrara, ¿cuánto tiempo resistiría Almashan el asalto que sin duda se produciría a continuación?

Las dudas atormentaban a Ibrahim cuando se giró y miró hacia abajo. Los zocos y bazares aún bullían con noticias de la derrota del sah y estaba deseando recibir información actualizada, pero no a costa de su ciudad. No. Ibrahim decidió mantener la puerta cerrada y dejar que el jinete muriera. Su mente se enfureció al imaginar a los infieles atrapando a un musulmán justo delante de la ciudad, pero había muchas familias en Almashan que confiaban en que Ibrahim los mantendría sanos y salvos. Tal vez los mongoles pasaran de largo una vez hubieran derramado la sangre de aquel infeliz. Ibrahim rogaría por su alma.

La línea mongola se había aproximado lo suficiente como para permitir que Ibrahim distinguiera los jinetes uno a uno. Se estremeció al ver a los feroces guerreros que habían vencido al sah Ala-ud-Din Mohamed y destruido su inmenso ejército a la vista de la ciudad de Otrar. Sin embargo, no vio ninguna catapulta ni ningún carro, ningún signo de la gran nación de móviles guerreros que había brotado de las montañas que se elevaban al este. Unos tres mil hombres cabalgaban hacia su ciudad, pero un simple grupo de hombres a caballo no sería un problema para Almashan. La piedra que sentía bajo sus manos reflejaba la riqueza de siglos de tráfico de esclavos. Las murallas mantenían la riqueza a salvo, así como a todos los que habitaban allí.

El corazón de Ibrahim se llenó de amargura cuando vio al jinete árabe frenar su caballo delante de la puerta de la ciudad. El hombre le hizo señas desesperadas, dando vueltas con su caballo en el sitio mientras gritaba a los que le observaban.

—¡Dejadme entrar! —chilló—. ¡Me están persiguiendo!

Ibrahim sintió la mirada de los demás hombres posarse sobre él. Se irguió y negó con la cabeza. Los mongoles se encontraban a apenas un kilómetro de distancia y ya se oía el estruendo de los cascos de sus monturas. Almashan era independiente y siempre lo había sido. No podía arriesgarse a atraer sobre ella la ira de ese khan extranjero.

El árabe miraba boquiabierto hacia arriba, lanzando alguna mirada fugaz a los guerreros que estaban a punto de alcanzarle.

—¡Por el amor de Alá! —rugió—. ¿Me vais a dejar aquí para que me maten? ¡Traigo noticias que debéis oír!

Ibrahim apretó el puño, temblando. Vio que el caballo del desconocido iba cargado con alforjas. ¿Es que era un mensajero? ¿Qué noticias podían ser tan importantes? Los mongoles, los infieles, estaban a pocos minutos de ellos. Ibrahim podía oír ya los resoplidos de sus animales y las voces guturales que intercambiaban sus jinetes mientras tensaban los arcos. Maldijo entre dientes y desvió la mirada. ¿Qué era una vida en comparación con toda una ciudad? Almashan sobreviviría.

Abajo, Ibrahim oyó voces altas y se retiró del parapeto para mirar hacia la fuente del sonido. Horrorizado vio cómo su hermano abofeteaba brutalmente a un guardia, derribándole y, aunque Ibrahim lanzó un rugido airado, su hermano levantó la tranca de la puerta y un rayo de sólida luz solar iluminó la oscuridad del interior. Antes de que Ibrahim pudiera gritar de nuevo, la puerta se cerró y el jadeante beduino estaba dentro, a salvo. Rojo de ira, Ibrahim bajó a la carrera los escalones de piedra que comunicaban las murallas con la calle.

—¡Estúpidos! —bramó—. ¿Qué habéis hecho?

Los guardias no osaron mirarle a los ojos, pero su hermano, simplemente, se encogió de hombros. De repente, la puerta pequeña se sacudió, haciendo que todos ellos dieran un respingo. La tranca tembló bajo un impacto y, desde arriba, alguien cayó de la muralla con una flecha en el hombro. A Ibrahim se le crispó el rostro cuando oyó los aullidos de frustración de los jinetes mongoles.

—Nos has matado a todos —dijo Ibrahim, furioso. Sintió sobre sí la fría mirada del hombre que su hermano había dejado entrar en Almashan y la ignoró—. Devuélvelo ahí fuera con ellos y puede que todavía nos perdonen.

Su hermano volvió a encogerse de hombros.

—Inshallah —murmuró. Su destino estaba en manos de Dios. Había actuado y aquel hombre estaba dentro de su ciudad. El volumen del ruido proveniente del exterior se incrementó, haciendo que todos empezaran a sudar.

El mensajero jadeaba, todavía no del todo recobrado de la impresión de haberse salvado por tan poco. Permaneció un momento con las manos apoyadas en las rodillas e Ibrahim vio que había traído las alforjas consigo.

—Mi nombre es Yusuf Alghani —dijo mientras recuperaba el aliento. No le había pasado inadvertida la conversación entre los dos hermanos y su mirada era glacial cuando se posó en Ibrahim—. No temas por la ciudad. Los animales mongoles no tienen máquinas de asedio. Tus muros están a salvo. Da las gracias por no haber contrariado a Alá con tu cobardía.

Ibrahim contuvo su rabia y frustración antes de responder.

—Sólo por ti, mi hermano nos ha puesto a todos en peligro. Somos una ciudad de mercaderes y nuestra única protección son estas murallas. ¿Cuáles son esas noticias tan importantes que han hecho que arriesgues tu vida para llegar a Almashan?

Yusuf sonrió, mostrando una dentadura muy blanca en su bronceado rostro.

—Traigo noticias de una gran victoria, pero no son para tus oídos. Llévame ante el sah y alegraré su corazón.



Ibrahim parpadeó, confuso, y su mirada pasó de su hermano a aquel joven tan seguro de sí.

—El sah Mohamed no está en Almashan, hermano. ¿Pensabas que estaba aquí? Yusuf esbozó una ancha sonrisa, impertérrito.

—No juegues conmigo, amigo mío. Querrá oír la información que traigo. Llévame con él y no mencionaré que casi me dejáis morir frente a vuestros muros.

Ibrahim empezó a farfullar, confuso.

—No te miento, no está en Almashan. ¿Va a venir aquí? Deja que te traiga algo de comer y de beber. Dime lo que sabes e informaré al sah cuando llegue.

—Pagaría bien por oír esos mensajes —dijo Ibrahim de pronto. Para su sorpresa, el mensajero vaciló—. En oro —prosiguió Ibrahim, percibiendo la primera flaqueza en el joven.

—Muy bien, amo —contestó Yusuf—. Necesito fondos para continuar la búsqueda del sah. Pero debe ser rápido.

Mientras Ibrahim se esforzaba para ocultar su placer, el mensajero le pasó las riendas a un guardia y le siguió hasta la casa más próxima. La familia que la habitaba no profirió ninguna queja cuando Ibrahim les dijo que se marcharan. Al poco, estaba solo con el mensajero, casi temblando ante la perspectiva de conocer las noticias.

—¿Y el oro que me has prometido? —preguntó Yusuf con suavidad.

En su emoción, Ibrahim no dudó ni un momento. Sacó una bolsa de debajo de su túnica, todavía caliente y húmeda por el contacto con su piel. El joven la tomó en su mano, sopesándola y echó un vistazo al contenido con una sonrisa irónica antes de hacerla desaparecer.

—Esto es sólo para ti, amo —dijo Yusuf, casi susurrando—. Mi pobreza me fuerza a hablar, pero lo que voy a decir no es para todos los oídos.

—Habla —le instó Ibrahim—. Lo que digas no saldrá de aquí.

—Bujará ha caído, pero la guarnición de Samarcanda ha logrado una gran victoria. El ejército del khan fue arrollado en el campo de batalla y no estará recuperado hasta dentro de un año. Si el sah regresa a liderar sus ciudades leales, conseguirá las cabezas de los mongoles. Si es que viene, amo. Por eso tengo que encontrarlo enseguida.

—Alá sea loado —susurró Ibrahim—. Ahora veo por qué no puedes retrasarte ni un momento.

El emisario se llevó las manos a la frente, los labios y el corazón reproduciendo el antiguo gesto.

—Soy el siervo del sah en esto, amo. La bendición de Alá esté contigo y con tu honorable casa. Ahora debo partir.

Entonces, Ibrahim se movió con rapidez, caminando con más confianza de vuelta hacia la puerta. Sintió que los ojos de todos sus hombres se posaban sobre él e incluso su tonto hermano se le quedó mirando como si así pudiera discernir de qué hablaban los mensajes.

Una vez más, la pequeña puerta se abrió y dejó entrar la luz y el aire en aquel rincón asfixiante bajo las murallas. El mensajero inclinó la cabeza ante Ibrahim y, a continuación, guió a su montura a través del vano. La puerta fue cerrada y candada a sus espaldas y el joven hincó los talones en su caballo y se lanzó al galope a través del polvoriento terreno.

El sol se había puesto antes de que Yusuf alcanzara al tumán de Tsubodai y Jebe. Penetró en el campamento improvisado que habían preparado, respondiendo a los saludos de los guerreros. Tenía diecinueve años y estaba más que complacido consigo mismo. Hasta Tsubodai sonrió al ver la confianza del joven árabe cuando desmontó con un salto elegante y se inclinó ante los dos generales.

—¿Está allí el sah? —preguntó Tsubodai.

Yusuf negó con la cabeza.

—Me lo habrían dicho, general.

Tsubodai frunció los labios, irritado. El sah y sus hijos eran como espectros. Los mongoles habían estado persiguiendo al sah y a sus guardias durante todo el verano pero todavía no habían dado con él. Tsubodai había confiado en que se escondiera en aquella ciudad junto al río, cuyas murallas eran demasiado elevadas para un asalto.

—Es un pez muy resbaladizo ese viejo —dijo Jebe—. Pero al final lo cazaré. No puede ir hacia el sur atravesando nuestras líneas sin que alguien le vea, ni siquiera con los pocos hombres que le quedan.

Tsubodai emitió un gruñido.

—Me gustaría poder estar tan seguro como tú. Tuvo el ingenio suficiente para mandar a sus hombres por otro lado para dejar un rastro falso. Entonces casi lo perdemos y es mucho más difícil seguir el rastro de un grupo pequeño de hombres. —Se frotó el brazo en el lugar en que uno de los guardias del sah había logrado sorprenderle. Había sido una emboscada muy bien organizada, pero los efectivos de los guardias eran muy inferiores a los suyos. Aunque habían tardado bastante, Tsubodai y Jebe los habían eliminado hasta el último hombre. Habían revisado los rostros de todos los árabes muertos, pero todos ellos eran jóvenes y fuertes. Tsubodai se mordió el labio al recordarlo—. Podría esconderse en una cueva y borrar sus huellas. Podríamos haberlo dejado ya atrás.

—En la ciudad no saben nada, general —aseguró Yusuf—. El sah no se detuvo a recopilar provisiones en ningún lugar de las proximidades. Los traficantes de esclavos lo habrían oído y me lo habrían dicho. —Había esperado que le felicitaran por el éxito de su artificiosa actuación, aunque había sido idea de Tsubodai, pero los dos generales habían reanudado sus conversaciones como si no hubiera sido nada. No mencionó la bolsa de oro que había ganado con unas pocas mentiras. Se habían fijado en la nueva yegua que había traído y considerarían que ésa sería suficiente recompensa por su trabajo.

Los generales mongoles no necesitaban saberlo todo.

—Los batidores han informado de la existencia de una docena de aldeas y

pueblos al oeste —respondió Jebe después de echar una ojeada a Yusuf—. Si ha logrado atravesar nuestras filas, alguien recordará a un grupo armado y un hombre viejo. Haremos que siga avanzando, alejándose más y más de sus ciudades. No puede huir eternamente.

—Hasta ahora sí que ha podido —soltó Tsubodai. Se volvió hacia Yusuf, que seguía allí balanceándose, cambiando el peso de una pierna a otra—. Lo has hecho bien, Yusuf. Ahora, déjanos.

El chico hizo una profunda reverencia. Era estupendo que pagaran bien, esos mongoles. Si el sah conseguía esquivarlos hasta que retornara el invierno, Yusuf sería un hombre rico. Mientras recorría a pie el campamento, hizo varias inclinaciones de cabeza y sonrió a algunos de los guerreros que conocía. Se quedaban inmóviles cuando caía la noche, como los lobos cuando no había presas a su alcance. Vio que estaban afilando las espadas y reparando flechas, trabajando a un ritmo pausado y constante. Yusuf se estremeció ligeramente. Había oído la historia del ataque sufrido por sus mujeres e hijos. Preferiría no ver lo que sucedía cuando por fin capturaran al sah y a sus hijos.

Jelaudin se frotó los ojos, enfadándose consigo mismo por su debilidad. No podía dejar que sus tres hermanos vieran cómo se marchitaba su aire de seguridad, no cuando todos los días le miraban con los ojos llenos de miedo y esperanza.

Hizo una mueca en la oscuridad al oír la afanosa respiración de su padre, el aire entrando y saliendo con un lento silbido que parecía durar eternamente. Cada vez que cesaba, Jelaudin aguzaba el oído con desesperación, sin saber qué haría si el silencio se alargara y alargara a su alrededor.

Los mongoles le habían arrebatado las fuerzas, exactamente igual que si le hubieran atravesado con una de sus flechas. La persecución a través de llanuras y montañas no le había permitido descansar y recuperarse en ningún momento. Por culpa del húmedo terreno y de las lluvias torrenciales, todos tenían catarros y dolor en las articulaciones. Con más de sesenta años de edad, el viejo era como un toro, pero la humedad le había calado hasta los pulmones y le había quitado toda la energía. Jelaudin sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y se las secó con excesiva fuerza, clavándose las palmas de las manos en las cuencas para que el dolor disminuyera su ira.

Nunca antes había sido perseguido. Durante el primer mes, fue como un juego para él. Sus hermanos y él se habían reído de los mongoles que les seguían el rastro, discutiendo planes ridículos sobre cómo podrían despistarlos. Cuando comenzaron las lluvias, habían dejado pistas falsas, se habían dividido una vez y luego una segunda. Habían enviado a la muerte a varios grupos de hombres ordenándoles que organizaran distintas emboscadas que apenas parecían ralentizar al implacable enemigo que corría tras ellos.

En la oscuridad, Jelaudin escuchaba el ligero ronquido que emitía su padre al respirar. Tenía los pulmones llenos de espesos mocos y pronto se despertaría, ahogándose. Jelaudin le daría unos golpecitos en la espalda como había hecho muchas veces ya, hasta que la piel del anciano hubiera perdido su aspecto céreo y fuera capaz de afrontar otro día de huida.

—Que se vayan todos al infierno —susurró Jelaudin. Los mongoles debían tener hombres que sabían seguir el rastro del vuelo de un pájaro. En cuatro ocasiones, Jelaudin se había arriesgado a redirigir a su padre hacia el sur y, cada una de las veces, habían avistado una lejana línea de exploradores dispuestos en formación amplia precisamente para vigilar por si hacían un intento así. La última vez, se habían visto forzados a correr hasta el agotamiento, perdiéndose finalmente en el mercado de una ciudad. Jelaudin había estado a punto de morir y la tos de su padre había empezado dos noches más tarde, después de haber tenido que dormir sobre el suelo húmedo.

A los hermanos les había dolido despedirse de los últimos guardias. Era demasiado fácil rastrear a grupos grandes de hombres, o incluso a las últimas docenas que habían permanecido obstinadamente junto al sah al que habían prometido servir. Ahora, sólo quedaban Jelaudin y sus tres hermanos menores para cuidar de su padre. Habían cambiado de ropa y de cabalgadura más veces de las que Jelaudin podía recordar. Sólo les quedaba un poco de oro para comprar comida y provisiones y, cuando eso se acabara, realmente no sabía qué iba a suceder. Alargó la mano hacia una bolsita de gemas que escondía bajo la túnica, reconfortándose con el ruidito de cristal que emitían cuando las hacía rodar unas contra otras. Lejos de los prestamistas de las grandes ciudades, no estaba seguro de cómo lograría vender ni siquiera una de ellas con seguridad. Era exasperante. Sus hermanos y él no podían vivir de la tierra del mismo modo que lo hacían los mongoles. Él había nacido envuelto en sedas, atendido por criados que satisfacían hasta su más mínimo deseo.

Su padre se atragantó en la oscuridad y Jelaudin se inclinó sobre él, ayudándole a incorporarse. No podía recordar el nombre de la aldea en la que habían decidido hacer un alto. Era posible incluso que los mongoles estuvieran llegando a las afueras del pueblo, mientras el sah se esforzaba por recuperar el aliento.

Jelaudin meneó la cabeza, desesperándose. Estaba seguro de que una noche más durmiendo en el suelo habría matado a su padre. Si era el deseo de Alá llevárselo ese mismo día, al menos sería con ropa seca y una comida dentro de sus encogidas tripas. Mejor que permitir que los lobos cayeran sobre ellos mientras dormían en los campos como corderos.

—¿Hijo mío? —preguntó su padre, con voz quejumbrosa.

Jelaudin puso su fresca mano en la frente de su padre y casi tuvo que retirarla al notar el calor que desprendía. La fiebre le devoraba y no estaba seguro de que el anciano le reconociera siquiera.

—Shh, padre. Despertarás a los mozos de cuadra. Esta noche estamos a salvo.

Su padre trató de decir algo más, pero un ataque de tos convirtió sus palabras en incomprensibles estampidos. El sah se inclinó sobre el borde de la cama para expectorar y escupir con debilidad en un cubo. Jelaudin hizo una mueca al oírle. El alba estaba próxima y no había dormido: no podía dormir cuando su padre le necesitaba.

El mar Caspio estaba a más de ciento cincuenta kilómetros al oeste de aquel pueblucho perdido entre campos que ahora iluminaba la luz de la luna. Jelaudin nunca había viajado hasta el otro lado del lago. Apenas podía imaginar aquellas tierras o aquellos pueblos, pero se escondería entre ellos si la línea mongola continuaba alejándolos más y más de su hogar. Sus hermanos y él estaban desesperados por atravesar aquella barrera de mongoles que les hacía avanzar como si fueran ganado, pero ¿cómo hacerlo?

Había dejado incluso a tres hombres ocultos bajo la hojarasca mojada por donde iban a pasar los mongoles. Si hubieran sobrevivido, habrían traído ayuda ahora que se aproximaba el invierno, ¿no? Todos y cada uno de los ruidos de la noche aterrorizaban al sah y a sus hijos y ya no sonreían al pensar en ese enemigo que no se detenía, que no se detendría jamás hasta que hubiera acabado con ellos.

El sah Ala-ud-Din Mohamed se echó de nuevo para atrás en el camastro de paja que Jelaudin había encontrado para él. Sus hijos dormirían en el mugriento establo que, con todo, sería la mejor cama que habían probado durante meses. Jelaudin notó cómo la respiración de su padre se iba calmando y maldijo en silencio al viejo por haber enfermado. Tenía la impresión de que recorrían una distancia más corta cada día y Jelaudin dudaba que los mongoles se movieran igual de despacio.

Mientras su padre dormía, Jelaudin se planteó continuar a pie, como había hecho todo el tiempo durante los meses de calor. Había necesitado los caballos mientras habían confiado en la posibilidad de pasar a través de las filas mongolas, pero si vendían o mataban a los animales y entraban en una ciudad como un grupo de viajeros, ¿cómo podrían los mongoles encontrarlos? Sólo eran hombres, por muy endemoniadamente hábiles que fueran sus rastreadores. Había instado al sah a detenerse en la antigua ciudad esclavista de Almashan, pero el viejo no quiso saber nada de ocultarse como mendigos. La sola idea parecía herirle. Había sido suficientemente difícil impedir que su padre anunciara su presencia a los mayores de la ciudad y desafiara a los mongoles desde las murallas.

Detenerse significaba la muerte, Jelaudin no tenía ninguna duda. El ejército que perseguía a su padre traía consigo el terror y pocas ciudades sacrificarían sus propias familias por el sah y sus hijos. En el momento en que los mongoles cercaran una ciudad, Jelaudin sabía que le entregarían, o que le asesinarían mientras dormía. Le quedaban pocas opciones. Jelaudin miró en la oscuridad a aquel hombre que había dado órdenes durante toda su vida. Era difícil aceptar que el sah estaba demasiado débil para saber cuál era el mejor modo de esquivar a los animales que seguían su rastro. A pesar de que Jelaudin fuera el hijo mayor, no se sentía preparado para desoír

la voluntad de su padre.

—Pararemos, padre —susurró de repente—. Nos esconderemos con los caballos en algún pueblo. Tenemos suficiente dinero para vivir con sencillez mientras recuperas tus fuerzas. Pasarán por nuestro lado sin vernos. Haz que estén ciegos, Alá. Si es tu deseo, pasarán de largo sin descubrimos.

En su delirio, su padre no podía oírle: la fiebre estaba abriéndose paso en el interior de sus pulmones y dejando cada vez menos espacio para coger aliento.

**E**n las afueras del pueblo de Nur, junto a sus esposas y hermanos, Gengis caminaba con amplias zancadas tras un carro arrastrado por camellos. Aunque en invierno los días eran cortos, la brisa apenas se había refrescado. Para aquéllos que habían vivido entre hielo y nieve todos los años de su infancia, era casi un día de primavera. Su mente estaba clara y calmada por primera vez en meses y miró con orgullo cómo el pequeño Tolui manejaba a los animales con un golpe de las riendas. Su hijo menor apenas había cumplido los catorce años, pero la ceremonia nupcial se había celebrado por petición del padre de la muchacha. Era dos años mayor que Tolui y ya amamantaba a un bebé en su ger y estaba embarazada de otro niño. Habían sido necesarias unas palabras de Borte a Gengis para hacer que el matrimonio se produjera antes de que uno de los parientes de la niña se viera obligado a declarar, a regañadientes, la enemistad de su clan con el hijo del khan.

A la chica se le estaba empezando a notar el embarazo, aunque su familia había hecho lo que había podido para ocultarlo vistiéndola con ropas muy amplias. Sin duda su madre estaba cuidando del primer niño, pensó Gengis mientras caminaba. Tolui y la chica, Sorhatani, parecían perdidamente enamorados el uno del otro, aunque también indiferentes a las leyes de las tribus. No era raro que chicas muy jóvenes se quedaran embarazadas, pero Sorhatani había demostrado tener un temple especial al unirse a Tolui sin el consentimiento de su padre. Incluso se había dirigido a Borte para pedirle que Gengis le pusiera el nombre al primer hijo. El khan siempre había admirado esa especie de valor descarado y se sintió complacido con la elección de Tolui. Había llamado al niño Mongke, que significa «eterno», un nombre apropiado para alguien que llevaba su sangre. Mientras avanzaba, Gengis consideró declarar legítimos a todos los niños, tanto si habían nacido dentro del matrimonio como si no. Les ahorraría problemas en el futuro, estaba seguro.

—Cuando yo era pequeño —dijo Gengis con cierta añoranza—, un joven podía llegar a viajar durante días para alcanzar a la tribu de su prometida.

Khasar soltó un resoplido al pensar en ello.

—Tengo cuatro esposas, hermano. Si tuviera que hacer eso cada vez que quisiera una nueva, nunca haría otra cosa.

—Me asombra que cualquiera de ellas te aguante —intervino Borte, con una dulce sonrisa en los labios. Le hizo un gesto con el índice a Chakahai, que se echó a reír disimuladamente.

Gengis sonrió a su primera esposa. Le alegraba verla sonreír, tan alta y fuerte, con los brazos desnudos bronceados por el sol. Hasta la pálida tez de Chakahai había adquirido un tono dorado durante los meses cálidos y ambas mujeres rebosaban salud. Se sintió complacido al ver que Borte le guiñaba un ojo al darse cuenta de que la estaba mirando. Chakahai y ella parecían haber llegado a entenderse después del ataque del sah contra las familias. Al menos ya no tenía que vigilarlas demasiado

cuando estaban juntas para evitar que se pelearan como perro y gato. Se podría decir que habían firmado la paz.

—La nación necesita niños, Borte —contestó.

Khasar soltó una risita lasciva como respuesta, haciendo que Borte y Chakahai se miraran y pusieran los ojos en blanco. Khasar había engendrado a diecisiete hijos, que él supiera, y estaba justamente orgulloso de que catorce de ellos siguieran con vida. Con la excepción de Temuge, los hermanos de Gengis habían contribuido al crecimiento de la nación con un buen grupo de mocosos berreantes que corrían asilvestrados por entre las gers. Temuge también se había casado, pero la unión no había producido ningún hijo de momento. Su hermano menor se dedicaba más bien a la administración de las disputas tribales. Gengis le miró, pero Temuge hacía caso omiso de Khasar y observaba cómo Tolui descendía del carro. Por una vez, sintió que su corazón se conmovía hacia su hermano pequeño. Temuge había creado su propio pequeño imperio dentro de la nación y contaba con un grupo de ochenta hombres y mujeres que trabajaba para él. Gengis había oído que incluso les enseñaba a leer y escribir. Todo parecía funcionar y Gengis estaba encantado de que su hermano no acudiera a él a consultarle los problemas con los que se enfrentaba todos los días. A diferencia de caminar con largas zancadas como sus hermanos guerreros, Temuge caminaba con pasos cortos y nerviosos y llevaba los largos cabellos recogidos al estilo Chin. Se lavaba demasiado a menudo y Gengis detectó un aroma a aceite perfumado a su alrededor cuando sopló la brisa. Había habido un tiempo en el que Gengis se había avergonzado de él, pero Temuge parecía satisfecho y, poco a poco, las tribus habían ido aceptando su autoridad.

La familia de la novia había establecido su pequeño campamento al oeste de Nur, plantando las tiendas al estilo tradicional. Gengis vio que Tolui vacilaba cuando un grupo de hombres armados apareció a la carrera para interceptarle. La camisa azul y la túnica dorada de su hijo eran inconfundibles incluso desde la distancia.

Gengis sonrió mientras los hombres de la familia llevaban a cabo su representación. Parecían no ser conscientes de los miles de personas que se habían reunido para presenciar la unión y agitaban sus espadas como si estuvieran genuinamente ofendidos. Tolui hizo una honda reverencia ante el padre de Sorhatani y Gengis no pudo evitar torcer el gesto. Al fin y al cabo, Tolui era el hijo del gran khan. Teniendo en cuenta que Sorhatani ya era madre, su padre no habría rechazado a Tolui por no mostrar suficiente respeto.

Gengis suspiró mirando a Borte, sabiendo que ella le entendía. Tolui era un buen hijo, aunque parecía carecer del fuego de su padre y sus tíos. Tal vez estuviera creciendo a la sombra de Jochi y Chagatai. Gengis echó un vistazo sigiloso a su derecha, donde los dos jóvenes caminaban con Ogedai. Sus dos hijos mayores no habían dejado a un lado sus diferencias, pero ése era un problema para otro día.

Finalmente, el padre de la novia se ablandó, dejando que Tolui entrara en sus tiendas para saludar a su futura esposa. Gengis y sus mujeres se aproximaron a la



reunión familiar mientras Kokchu bendecía la tierra y arrojaba al aire gotas de airag negro para los espíritus, que los observaban.

—Es un hijo excelente —aseguró Kachiun, palmeando a su hermano y a Borte en la espalda—. Debes estar orgulloso de él.

—Lo estoy —respondió Gengis—. Aunque dudo que pudiera llegar a ser un líder. Es demasiado blando para tener las vidas de los hombres en sus manos.

—Todavía es joven —dijo Borte de inmediato, meneando la cabeza con mirada de reprobación—. Y no ha tenido tu vida.

—A lo mejor debería haberla tenido. Si hubiera dejado que los chicos lucharan por su vida en los inviernos del hogar en vez de traerlos aquí, a lo mejor todos ellos serían khanes. —Había notado que Jochi y Chagatai estaban escuchando, aunque fingían no hacerlo.

—Y aún llegarán a serlo, hermano —intervino Khasar—. Ya lo verás. Las tierras que hemos conquistado necesitan hombres que las gobiernen. Dale unos cuantos años y nómbrale sah de uno de esos reinos desiertos. Deja un tumán con él para que le respalde y hará que te sientas orgulloso de él, no tengo ninguna duda.

Gengis asintió, complacido ante el cumplido para su hijo. Vio a Temuge volverse con repentino interés por las palabras de Khasar.

—Ésa es una buena idea —admitió Temuge—. En las tierras Chin, con frecuencia tenemos que conquistar la misma ciudad más de una vez. Algunas se resistieron incluso después de un segundo ataque y tuvieron que ser destruidas. No podemos pasar por encima de ellas sin más y esperar que consideren la derrota como algo definitivo. Gengis hizo una pequeña mueca al oír el «podemos». No recordaba a Temuge abalanzándose con su montura sobre las ciudades, pero en un día como aquél lo dejó pasar. Su hermano menor continuó con aire risueño y despreocupado.

—Dame tu autorización y haré que algunos hombres buenos se queden en cada una de las ciudades que le arrebatamos a su ausente sah, para gobernar en tu nombre. En diez o veinte años, tendrás un imperio tan grande como el de los Chin y los Sung juntos.

Gengis se acordó de una antigua conversación con el líder de un tong en la ciudad Chin de Baotou que había sugerido algo similar en aquel momento, muchos años atrás. Era un concepto difícil para él. ¿Por qué querría un hombre gobernar una ciudad cuando las llanuras estaban abiertas y vacías? Sin embargo, la idea le intrigaba y no se burló de las palabras de su hermano.

La familia de la novia no podía alimentar a tantos invitados, pero Temuge había ordenado que todos los fogones del campamento se encendieran para el banquete nupcial. Amplias alfombras de fieltro fueron desenrolladas sobre el polvoriento suelo y Gengis y sus hermanos se sentaron en una de ellas. Con una breve inclinación de cabeza, aceptaron un odre de airag y un cuenco humeante. A su alrededor, el ánimo era festivo y las canciones empezaron a brotar de las gargantas de su pueblo, que celebraba con él el matrimonio de su benjamín. En aquel lugar, sólo dos días después

de que la ciudad de Nur se hubiera rendido ante él, Gengis se sintió más relajado de lo que había estado en meses de guerra. La destrucción de Otrar no había servido para sajar el quiste de su ira. Al contrario, había crecido. Había presionado a todos con dureza, pero, sabiendo que el sah seguía con vida, a Gengis le movía el irrefrenable impulso de sembrar la destrucción en sus tierras. Una línea invisible había sido cruzada cuando los árabes atacaron a las mujeres y a los niños y, en ausencia del propio sah, Gengis había castigado a su pueblo de la única manera que sabía.

—No me gusta la idea, Temuge —dijo por fin. La desilusión se pintó en el rostro de su hermano mientras Gengis proseguía—. Pero no lo prohíbo. No quiero que esos árabes se arrastren con sigilo hasta nosotros y nos ataquen por la espalda cuando hayamos pasado. Si sobreviven, será como esclavos. —Hizo un esfuerzo para contener la ira que volvía a reavivarse en él antes de continuar—. Tal vez gobernar una ciudad sea una buena recompensa para algunos viejos guerreros. Un hombre como Arslan podría sentir que sus energías se renovaban ante el desafío.

—Enviaré a unos exploradores a buscarle —contestó Temuge al instante.

Gengis frunció el ceño. Estaba hablando en general, no pensaba en el propio Arslan. Pero seguía añorando a aquel viejo y no encontró ninguna razón para oponerse a la propuesta.

—Muy bien, hermano. Pero manda buscar también a Chen Yi, en Baotou, aunque no sé si sigue vivo.

—¡Ese pequeño criminal! —exclamó Temuge, farfullando—. No me refería a darle poder a cualquiera, sin más. Él ya tiene la ciudad de Baotou, hermano. Puedo nombrar a una docena de hombres más apropiados para el trabajo que tengo en mente.

Gengis agitó una mano, con impaciencia. No pretendía iniciar una discusión y ahora la pelea amenazaba con afectar su ánimo y arruinarle el día.

—Chen Yi comprendía ese tipo de cosas a las que te refieres, Temuge, y eso lo hace valioso. Ofrécele oro y poder. Puede que, aun así, rechace la proposición, no sé. ¿Tengo que repetir lo que he dicho?

—Por supuesto que no —aseguró Temuge—. Hemos pasado tanto tiempo luchando que se me hace difícil pensar qué habrá después, pero...

—Precisamente tú no has pasado demasiado tiempo luchando —dijo Khasar, dándole un codazo—. Tú más bien has pasado mucho tiempo rodeado de fajos de papeles, o jugando a ser el khan con tus criadas.

Temuge se sonrojó al instante, y habría replicado si Gengis no hubiera alzado la mano para imponer la paz.

—Hoy no —ordenó, y sus dos hermanos se calmaron, aunque se fulminaban mutuamente con la mirada.

Cerca de la ciudad, Gengis vio que un grupo de sus guerreros se ponía en pie. Los imitó de inmediato, recelando súbitamente al ver que tres de ellos se dirigían al trote hacia él atravesando entre la animada muchedumbre. Fuera lo que fuera lo que había

perturbado su comida, todavía no se había propagado al resto de los invitados y más de una familia maldijo en voz alta mientras los guerreros saltaban por encima de ellos o pasaban como una flecha por su lado. Muchos invitados habían traído a sus perros al banquete y algunos, nerviosos, se habían puesto a ladrar.

—¿Qué pasa? —preguntó Gengis en tono autoritario. Si algún muchacho idiota había iniciado una riña en el día de la boda de su hijo, le arrancaría los pulgares.

—Hay gente saliendo de la ciudad, señor —contestó el guerrero, haciendo una profunda reverencia ante él.

Sin decir nada más, Gengis, Kachiun y Khasar atravesaron la multitud a grandes zancadas dirigiéndose hacia el extremo que daba a la ciudad. Aunque iban a pie, estaban bien armados, como acostumbraban a hacer aquéllos que siempre habían tenido una espada o un arco al alcance de la mano.

Los hombres y mujeres que salían de Nur no parecían peligrosos. Gengis observó con curiosidad a aquel grupo de unas sesenta personas que cruzaban a pie el terreno que separaba la ceremonia nupcial y la ciudad. Estaban vestidos con colores vivos, que hacían juego con la túnica matrimonial de Tolui y no parecía que llevaran armas.

Los invitados a la boda se habían quedado en silencio y muchos más hombres habían empezado a caminar hacia su khan, listos para matar en su nombre si era necesario. Para cuando el grupo de Nur había logrado acercarse, se había formado ante ellos una fila de feroces veteranos, hombres que Gengis había honrado con su invitación. Al ver a tantos guerreros ante sí, su paso vaciló, pero uno de ellos habló a los demás en su extraña lengua y el efecto tranquilizador de sus palabras sobre ellos resultó evidente.

Cuando estuvieron suficientemente cerca como para hablar, Gengis reconoció a algunos de los ancianos del pueblo que le habían comunicado que se rendían. Hizo que Temuge se adelantara para hacer de intérprete entre ellos.

Su hermano escucho al líder de Nur y luego asintió para sí antes de hablar.

—Han traído regalos para el hijo del khan, en el día de su boda —tradujo Temuge.

Gengis soltó un gruñido, y se sintió tentado de mandarles de regreso a sus casas. Quizá debido a la conversación que acababa de tener, se ablandó. Los enemigos debían ser destruidos, por supuesto, pero éstos se habían declarado a su favor y no habían hecho nada que despertara sus sospechas. Era consciente de que el hecho de que hubiera un ejército acampado en torno a la ciudad hacía que las conversaciones de paz discurrieran con sorprendente fluidez, pero al final asintió con la cabeza.

—Diles que les damos la bienvenida entre nosotros, sólo por hoy —le dijo a Temuge—. Pueden entregarle los regalos a Tolui cuando acabe el festín.

Su hermano soltó una retahíla de sonidos guturales y los miembros del grupo de Nur, visiblemente más relajados, se unieron a los mongoles en las alfombras de fieltro y aceptaron té y airag.

Gengis se olvidó de ellos cuando vio al pequeño Tolui salir de la tienda de su

suegro y esbozar una ancha sonrisa hacia la multitud. Había tomado el té con la familia y había sido formalmente aceptado por ellos. Llevaba a Sorhatani de la mano y, aunque su túnica se abultaba claramente por delante, nadie lo comentó estando Gengis allí. Kokchu estaba preparado para dedicar la unión al padre cielo y a la madre tierra para que bendijera a la nueva familia y les diera hijos gordos y fuertes que llenaran sus gers.

Cuando el chamán comenzó su salmodia, Chakahai se estremeció y retiró la vista de él. Borte pareció comprenderla y le puso la mano en el brazo.

—No puedo mirarle sin pensar en la pobre Temulun —murmuró Chakahai.

Al oír ese nombre, el buen humor de Gengis se desvaneció al instante. Había vivido con la muerte toda su vida, pero la pérdida de su hermana había sido dura. Su madre ni siquiera había abandonado la reclusión que se había autoimpuesto para la boda de su nieto. Sólo por eso, las ciudades árabes lamentarían el día que se burlaron de sus hombres y le obligaron a presentarse en sus tierras.

—Éste es un día para nuevos comienzos —dijo Gengis con voz fatigada—. No hablaremos de muerte aquí.

Kokchu danzaba y giraba mientras cantaba y su voz flotaba hasta muy lejos en la brisa que secaba su sudor. La novia y su familia permanecieron inmóviles, con las cabezas agachadas. Sólo el pequeño Tolui se movía mientras acometía su primera tarea como marido. Gengis observó con frialdad cómo Tolui empezaba a montar la tienda con los entramados de mimbre apilados a sus pies y el grueso fieltro. Era una labor ardua para alguien que apenas era un hombre, pero su hijo era hábil con las manos y la morada pronto empezó a tomar forma.

—Vengaré a Temulun y a todos los demás —añadió Gengis de repente, en voz baja.

Chakahai le miró y asintió.

—Eso no la hará resucitar —se lamentó.

Gengis se encogió de hombros.

—No es por ella. El sufrimiento de mis enemigos será un festín para los espíritus. Cuando sea viejo, recordaré las lágrimas que han derramado y el recuerdo calmará mis huesos.

El ánimo alegre de la boda se había perdido y Gengis contempló, con impaciencia, cómo el padre de la novia se aproximaba para ayudar al pequeño Tolui a erigir el poste central de la tienda, blanca y nueva. Cuando terminaron, su hijo abrió la puerta pintada para dejar paso a Sorhatani hacia el interior de su nuevo hogar. En teoría, sellarían el matrimonio esa noche, aunque era obvio que esa tarea en particular ya había sido llevada a buen término. Gengis se preguntó distraídamente cómo se procuraría su hijo un paño ensangrentado para mostrar a los demás que ella había perdido la virginidad. Confiaba en que el muchacho fuera lo suficientemente sensato para dejarlo correr.

Gengis dejó a un lado un odre de airag y se puso en pie, sacudiéndose las migas

del deel. Podría haber maldecido a Chakahai por estropearle el día, pero al menos la boda había sido una breve pausa en el difícil trabajo que tenía ante sí. Notó que su mente empezaba a llenarse de planes y estrategias y adoptaba el frío ritmo que le serviría para conquistar nuevas ciudades y limpiar aquellas tierras de arena de todos aquéllos que se le resistieran.

Los que le rodeaban parecieron percibir el cambio. Ya no era el padre devoto. Ante ellos se erguía de nuevo el gran khan y ninguno de ellos osaba mirar directamente a sus tranquilos ojos.

Gengis recorrió el campamento con la vista, contemplando a los que seguían tendidos, comiendo o bebiendo, disfrutando del calor y de la ocasión. Por algún motivo, su indolencia le irritó.

—Dile a los guerreros que regresen al campamento, Kachiun —ordenó—. Haz que pierdan la grasa del invierno con una larga cabalgada y prácticas de arco. —Su hermano hizo una breve inclinación de cabeza y se alejó, empezando a dispersar los grupos de hombres y mujeres con órdenes secas y directas.

Gengis respiró hondo y estiró los hombros. Después de Otrar, la ciudad del sah, Bujará, había caído casi sin que se hubiera intercambiado un solo golpe. Toda su guarnición, formada por diez mil hombres, había desertado y los soldados enemigos seguían merodeando en algún lugar en las colinas, aterrorizados ante Gengis.

El khan chasqueó la lengua para hacer que Jochi alzara la vista.

—Lleva tu tumán a las colinas, Jochi. Encuentra esa guarnición y destrúyela.

Cuando Jochi se hubo marchado, Gengis experimentó un ligero alivio. Tsubodai y Jebe retenían al sah en el oeste, muy lejos. Aun cuando lograra esquivarlos y regresar, su imperio sería reducido a cenizas y escombros.

—¿Temuge? Ordena a tus batidores que viajen hasta Samarcanda y se informen de todos los detalles posibles sobre las defensas. Lideraré el ataque con Chagatai y con Jochi cuando vuelva. Convertiremos en polvo sus preciadas ciudades.

Jelaudin estaba de pie, apoyado contra la puerta de una de las habitaciones que habían alquilado en la ciudad de Khuday, tratando de olvidarse del ruido y el hedor del zoco. Odiaba ese rincón mugriento situado al final de una gran extensión de arena donde sólo vivían lagartos y escorpiones. Se estremeció. Había visto mendigos antes, por supuesto. En las grandes ciudades de Samarcanda y Bujará proliferaban como ratas, pero nunca había tenido que caminar entre ellos, o soportar sus manos infectas tirándole de la ropa. No se había parado para dejarles una moneda en las palmas y todavía estaba furioso por las maldiciones que le habían lanzado. En otro momento, habría ordenado que quemaran toda la ciudad por la ofensa, pero, por primera vez en su vida, Jelaudin estaba solo, despojado de un poder y una influencia que apenas había notado hasta que desaparecieron.

Jelaudin dio un respingo al oír un golpe justo al lado de su cabeza. Desesperado,

recorrió con la vista la minúscula habitación, pero su padre estaba tumbado en la otra y sus hermanos habían salido a comprar comida para la cena. Jelaudin se enjugó el sudor de la cara con gesto brusco y luego abrió la puerta de par en par.

Frente a él estaba el propietario de la casa, escudriñando con expresión desconfiada el interior como si Jelaudin hubiera podido meter a escondidas otra docena de hombres en la diminuta casucha que había alquilado. Jelaudin se agachó al mismo tiempo que el propietario, bloqueando su visión.

—¿Qué quieres? —preguntó.

El casero frunció el ceño ante el arrogante joven y habló con un aliento acre, cargado de especias.

—Es mediodía, señor. He venido a cobrar el alquiler.

Jelaudin asintió, con fastidio. Le parecía un signo de desconfianza cobrar a diario en vez de cada mes. Supuso que no venían demasiados forasteros a la ciudad, sobre todo desde que los mongoles habían llegado a la zona. Aun así, para un príncipe era irritante ser tratado como alguien que podía salir huyendo durante la noche dejando una deuda atrás.

Jelaudin rebuscó en su bolsa sin hallar ninguna moneda y tuvo que cruzar la habitación hasta una desvencijada mesa de madera. Allí halló un montoncito, que había contado la noche anterior. Sólo les duraría una semana más y su padre seguía demasiado enfermo para poderle trasladar. Jelaudin cogió cinco monedas de cobre, pero no se movió con suficiente rapidez para impedir que el propietario entrara en la habitación.

—Aquí tienes —dijo Jelaudin, poniéndole el dinero en la mano.

Le habría ordenado que saliera, pero no parecía tener ninguna prisa por marcharse y Jelaudin era consciente de que sus propias maneras eran inapropiadas en alguien que se había visto reducido a un alojamiento tan pobre. Intentó parecer humilde, pero el propietario se quedó donde estaba, pasándose las monedas grasientas de una mano a la otra.

—¿Sigue mal su padre, señor? —preguntó el hombre, de pronto. Jelaudin avanzó un paso para no dejarle ver lo que había en la otra habitación mientras continuaba—. Conozco a un buen médico. Es caro, pero se formó en Bujará antes de volver con su familia aquí. Si puede pagarle...

Jelaudin miró otra vez el pequeño montón de monedas. En la bolsa que escondía, tenía un rubí del tamaño de medio pulgar. Con él podría comprar aquella casa, pero, por encima de todo, buscaba no llamar la atención sobre su familia. Su seguridad dependía del anonimato.

En la habitación de atrás, oyó la respiración sibilante de su padre y asintió, rindiéndose.

—Sí, puedo pagarle. Antes necesito encontrar a un joyero, uno que compre.

—Hay muchos hombres de éstos, señor. ¿Puedo preguntarle si hay alguna demanda sobre la joya que desea vender?

Por un momento, Jelaudin no comprendió lo que le estaban preguntando. Cuando lo hizo, se sonrojó lleno de ira.

—¡No es robado! Yo... lo heredé de mi madre. Quiero un hombre honesto que me dé un buen precio por él.

El dueño de la casa agachó la cabeza, avergonzado por haber causado una ofensa.

—Mis disculpas, señor. Yo mismo he atravesado momentos difíciles. Le recomiendo a Abbud, el que tiene el puesto rojo en el zoco. Trata con oro y artículos valiosos de todo tipo. Si le dice que le envía su cuñado, le ofrecerá un precio justo.

—¿Y un médico? —continuó Jelaudin—. Hazle venir esta noche.

—Lo intentaré, señor, pero hay pocos hombres con su preparación en Khuday. Está muy ocupado.

Jelaudin no estaba acostumbrado a regatear, ni a pagar sobornos. Transcurrió un tiempo prolongado y el propietario lanzó una mirada intencionada al montón de dinero antes de que el joven príncipe cayera en la cuenta de lo que sugería. Jelaudin arrastró las monedas por la mesa dejándolas caer en su mano y se las entregó al hombre, esforzándose por no retroceder cuando las manos de ambos se tocaron.

—Le diré que es un favor para mí, señor —contestó el propietario con una enorme sonrisa—. Vendrá cuando se ponga el sol.

—Bien. Ahora, sal de aquí —dijo Jelaudin, a quien se le estaba agotando la paciencia. Aquél no era su mundo. Casi no había visto monedas antes de la edad adulta y aun entonces sólo las había utilizado para apostar con los oficiales de su padre. Se sintió contaminado por el comercio realizado, como si se hubiera permitido un contacto excesivamente íntimo. Cuando la puerta se cerró de nuevo, suspiró para sí, desesperanzado.

## XXII

**E**l joyero Abbud sopesó al hombre que tenía ante sí casi con tanto cuidado como el rubí que le había entregado. Ambos despertaban sus sospechas, aunque su cuñado tenía un olfato para los buenos negocios que igualaba el del propio Abbud.

Aquel hombre, que decía ser el hijo de un mercader, no tenía ninguna experiencia comercial, eso era evidente. La expresión pasmada con la que se había quedado mirando a los vendedores del zoco mientras se abría paso hasta la tiendecita de Abbud había sido realmente extraña. ¿Qué tipo de hombre no ha visitado nunca un Zoco? Después, su arrogancia había erizado el vello de la nuca de Abbud: todos sus instintos le alertaban de que había algún peligro. Para empezar, las manos mostraban los callos de los que están habituados a blandir espadas. Su aspecto era más de soldado que de comerciante y caminaba por el mercado como si esperara que los demás se apartaran a su paso. Abbud había observado divertido cómo todos se quedaban en su sitio hasta que el joven había chocado contra dos bravucones que vendían pollos. Si no hubiera sido por la espada que colgaba de su cadera, sus burlas podrían haber dado paso a una buena paliza.

La espada también era de excelente calidad. Abbud se moría por tomarla entre sus manos y no lograba entender que alguien fuera tan estúpido como para llevar algo así en el zoco. A juzgar por la plata labrada de la vaina, valía todavía más que el rubí que había dejado en el cajón exterior del puesto, a la vista de todos. Abbud había tapado la gema con la mano y le había indicado con un gesto que entrara antes de que aquel necio consiguiera que los mataran a los dos, aunque igual lo hacía la espada de todos modos. Las vidas eran mercancía barata en Khuday y, para algunos pobres diablos armados con cuchillos, una espada así merecería la pena correr el riesgo. Si se la vendían al hombre adecuado, alimentaría a sus familias durante todo un año. Abbud suspiró para sí, preguntándose si debía avisar a su cliente. Lo más probable es que acabaran ofreciéndole la espada a él mismo antes de que acabara el día, quizá con la mancha de sangre todavía fresca en su hoja.

Su rostro no dejaba intuir ninguno de sus pensamientos mientras conducía a Jelaudin hasta la trasera de su pequeño puesto. Allí tenía una mesa, lejos de las indiscretas miradas del mercado. Dio unos golpecitos en una silla ofreciéndosela a Jelaudin y él mismo tomó asiento en otra antes de alzar la gema hacia la llama de una vela, buscando defectos antes de pesarla con gran delicadeza sobre una minúscula balanza de bronce.

¿Era robada? No lo creía. Un ladrón no la hubiera dejado sobre la tela tan abiertamente. Aquel hombre era su dueño, sin duda, y, sin embargo, la punzada de inquietud no abandonaba a Abbud. Sabía que el motivo de su éxito residía en su habilidad a la hora de medir la desesperación de aquéllos que acudían a él. Ya le habían contado que su cliente necesitaba a un médico. Sospechaba que podría obtener



la gema por una mínima parte de su valor, pero la apoyó en la mesa como si le quemara. Había demasiadas cosas que no cuadraban en aquel hombre y su rubí. Abbud se dijo que debería pedirle que se marchara. Lo habría hecho si la gema hubiera sido menos perfecta.

—No puedo vender una joya como ésta en Khuday —dijo a su pesar—. Lo siento.

Jelaudin parpadeó. ¿Aquel viejo estaba diciéndole que se marchara?

—No entiendo —espetó.

Abbud extendió las manos.

—Mi negocio se basa en obtener un porcentaje en la venta de artículos de oro de calidad. Khuday es pobre y es muy poco probable que alguien de aquí me dé más de lo que yo podría darte. Tendría que enviar la joya con una caravana a Bujará o a Samarcanda, o quizá a Ashgabad o Mashhad, al sur. —Hizo girar la gema con un dedo como si fuera sólo una pieza de bisutería—. Tal vez en Kabul hubiera un comprador, pero el coste de llevarlo tan lejos anularía el beneficio que podría sacar. Como digo, lo siento, pero no puedo comprarla.

Jelaudin no supo cómo reaccionar. Nunca en la vida había regateado para conseguir nada. No era un idiota y se daba cuenta de que era muy posible que aquel hombre estuviera jugando con él, pero no sabía qué ofrecer. En un repentino arrebato de ira, pensó en cogerlo y largarse. Sólo la idea del médico para su padre llegando al caer la noche le mantuvo en su asiento. Abbud lo observó con detenimiento, ocultando su propio deleite ante las transparentes emociones de su joven interlocutor. No pudo resistirse a retorcer el cuchillo un poco más y empujó la joya a través de la mesa como si pusiera fin al encuentro.

—¿Pido que traigan un té? —sugirió Abbud—. No me gustaría despedir a un cliente sin haberle dado siquiera un refrigerio.

—Tengo que venderlo —dijo Jelaudin—. ¿No puedes recomendarme a alguna otra persona que lo acepte esta noche y me dé un buen precio?

—Haré que nos traigan té —Abbud respondió como si la pregunta no hubiera sido formulada.

Hizo caso omiso de las voces de alerta que le habían preocupado al principio. «¿Tengo que venderlo?». Ojalá Alá le enviara una fila de necios como ése. Se retiraría a un palacio bendecido por frescas brisas.

Mientras el muchacho que le hacía de criado les traía el té en una tetera de plata, Abbud tomó nota de que su cliente se asomaba buscando el sol en el cielo. Su ingenuidad era embriagadora.

—Tu situación es muy apurada, amigo mío —continuó Abbud—. No me gustaría que dijeran que me he aprovechado de esa situación, ¿comprendes? Mi reputación lo es todo.

—Por supuesto, lo entiendo —respondió Jelaudin. El té era muy bueno y dio un sorbo de la caliente bebida. Confundido, se preguntó qué debía hacer. El viejo joyero

se inclinó hacia delante y se atrevió a darle unas palmaditas en el brazo como si fueran amigos.

—Mi cuñado me ha dicho que tu padre está enfermo. ¿Tengo que rechazar a un buen hijo? Nunca en la vida. Te haré una oferta por la gema, suficiente para pagar al menos al médico. Si me quedo el rubí, quizá encuentre a un comprador en los próximos años, ¿no? Mi negocio no se basa en absoluto en el provecho rápido. Hay veces en las que tengo que pensar en mi alma. —Abbud suspiró de forma audible. Pensó que tal vez se hubiera excedido con la última sensiblería, pero el joven se animó y le sonrió.

—Eres muy amable, señor —dijo Jelaudin, y su alivio era tan evidente que daba pena.

—¿No seremos todos juzgados? —añadió Abbud hipócritamente—. Mi puesto no ha sido rentable últimamente, con toda esta palabrería sobre la guerra. —Entonces hizo una pausa, observando cómo la cara del joven se tensaba—. ¿Has perdido a alguien, amigo mío? Alá da y quita. Todo cuanto podemos hacer es soportar esta vida.

—No, no es nada —dijo Jelaudin—. He oído hablar de grandes batallas en el este.

—En efecto. Son tiempos difíciles. —La alerta había vuelto a encenderse en su cabeza y de nuevo Abbud consideró decirle a aquel hombre que se marchara. El rubí relució sobre la mesa y su mirada volvió a ser atraída hacia él—. Por ser tú, amigo mío, te voy a ofrecer cuatro monedas de oro. No es lo que vale la gema, no es siquiera la mitad de su valor, pero cubrirá tu deuda con el médico. No puedo ofrecer nada más.

Se echó hacia atrás esperando empezar el regateo, pero, para su asombro, Jelaudin se puso en pie.

—Muy bien. Eres un buen hombre —dijo.

Abbud ocultó su turbada confusión poniéndose también de pie y estrechando la mano que le tendían. ¿Era posible? ¡La piedra valía cuarenta veces lo que le había ofrecido!

Abbud escondió su alegría lo mejor que pudo mientras le pasaba cuatro monedas pequeñas. La funda de la espada resplandeció fulgurante en la penumbra y tuvo que retirar la vista de ella. Le debía algo a ese tonto.

—Amigo, te daré un trozo de tela para tapar la espada que llevas. Hay ladrones en el Zoco, aunque me duela admitirlo. Puede que ya hayan notado tu llegada aquí. Si tienes amigos, permíteme que les haga llamar para que te acompañen a tu lugar de alojamiento.

Jelaudin asintió con aire vacilante.

—Muy amable, señor. Más de lo que podría haber esperado de un lugar así.

Abbud se rió entre dientes.

—Yo mismo tengo hijos. Rezaré por la pronta recuperación de tu padre.

El criado de Abbud tardó casi hasta el atardecer en traer a tres hombres de la casa

de su cuñado. Eran tan altivos y extraños como el que había traído la gema y Abbud se preguntó si debería poner vigilancia en la casa. Si tenían más gemas para vender, no quería que acudieran a uno de sus competidores. Desplumarían a esos inocentes. Sí, sería conveniente estar sobre aviso si iba a haber problemas. Algo en los cuatro jóvenes le decía que los problemas estaban a punto de llegar. Mientras se abría paso con amplias Zancadas entre la muchedumbre con sus hermanos, Jelaudin se sintió eufórico. Casi había anochecido y el médico estaría de camino. Había negociado y había conseguido regresar con el oro en la bolsa. Era una sensación vertiginosa y al principio no vio la expresión nerviosa de sus hermanos. Caminaban deprisa a su lado y la visión de sus adustos rostros fue suficiente para disuadir a un par de jovencitos flacuchos que andaban merodeando por el puesto de Abbud, mirando descaradamente.

Cuando estaban cerca de la casita en la que habían tomado habitaciones, Jelaudin percibió por fin la tensión de sus hermanos.

—¿Qué pasa? —murmuró.

Sus hermanos intercambiaron una mirada.

—Los mongoles, Jelaudin. Los hemos visto en los mercados. Están aquí.

El médico presionó el vientre del sah con sus largos dedos, manipulando sus órganos. Jelaudin observó con desagrado cómo se arrugaba y caía la piel de su padre, como si ya no estuviera pegada a la carne. No podía recordar haber visto a su padre tan desnudo y vulnerable como en aquel momento. El médico parecía fríamente profesional, pero Jelaudin estaba habituado a los médicos de la corte. Todos ellos se habían labrado una reputación establecida antes de que el sah los aceptara. Jelaudin suspiró en silencio. Por lo que sabía, aquel hombre era un mero charlatán.

El médico masajeó la carne de su paciente, escudriñándolo con detenimiento y escuchando su torturada respiración. El padre de Jelaudin estaba despierto, aunque en torno al iris sus ojos estaban amarillos y su tez pálida. Todo cuanto Jelaudin podía hacer era observar mientras aquel hombre bajaba con un dedo el párpado inferior de su padre y chasqueaba la lengua para sí con gesto de preocupación.

El médico murmuró velozmente unas cuantas órdenes y el criado puso agua a hervir y le añadió unas hierbas desmenuzadas. Para Jelaudin era un alivio dejar a su padre al cuidado de otros y, por primera vez en meses, no se sintió completamente impotente.

Por fin, el examen concluyó y el médico se incorporó.

—Su hígado se ha debilitado —le dijo a Jelaudin—. Puedo daros algo para eso, pero sus pulmones son el problema más urgente.

Jelaudin no señaló que cualquiera podría haber llegado a ese diagnóstico. Estaba pagando en oro la atención de ese hombre y absorbía cada una de sus palabras. El médico le tomó del brazo y le llevó hasta el hornillo, donde las hojas oscuras saltaban

y burbujeaban en su jugo.

—Dile a tus compañeros que le mantengan incorporado y que le enrollen una tela en la cabeza. Estas hierbas despiden un poderoso aroma que le ayudará a respirar.

Jelaudin asintió mirando a sus hermanos y éstos ayudaron a su padre a incorporarse. El silbido, al instante, empeoró.

—¿Le curará con rapidez? —preguntó Jelaudin.

El médico parpadeó.

—No le curará con rapidez en absoluto, jovencito. Tu padre está muy, muy enfermo. Debe sentarse y aspirar esos vapores hasta que el líquido se enfríe, al amanecer, a mediodía y por la noche. Dale caldo de ternera para que recupere las fuerzas y asegúrate de que bebe tanta agua como pueda aguantar. Dentro de una semana, volveré a veros y juzgaré hasta qué punto ha mejorado.

Jelaudin hizo una mueca al pensar en pasar otra semana en aquellas estrechas habitaciones. ¿Habrían pasado los mongoles por allí para entonces? Seguro que sí. Dio gracias por haber tomado la decisión de esconderse en la ciudad. A menos que los mongoles la destruyeran por pura maldad, estaban tan a salvo en Khuday como en cualquier otro sitio.

Con alfombras enrolladas como sostén, su padre se encorvó sobre sus piernas extendidas. Jelaudin observó cómo tendían otra manta en el regazo del sah para protegerle del calor. Con unas pinzas metálicas, el asistente del médico alzó el recipiente humeante y lo situó frente al anciano. El sibilante resuello sonó ligeramente amortiguado cuando los hermanos de Jelaudin colocaron una tela sobre su cabeza. El sah tosió dos veces al aspirar los acres gases, pero luego pareció acostumbrarse y el silbido realmente mejoró.

El médico escuchó con atención antes de asentir para sí.

—Puedo dejaros suficientes hierbas para unos cuantos días. Después de eso, tendréis que comprarlas vosotros mismos en los mercados. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Pedid bordi o pala. No conocerán su nombre latino. Para el hígado, la silimarina, el cardo mariano, nos vendrá bien. Haced que lo beba con un poco de miel.

—Gracias —contestó Jelaudin. Intentó no dejar traslucir su alivio, pero el médico pareció percibirlo de todos modos.

—No te preocupes demasiado por tu padre. Es viejo, pero fuerte. Un mes de descanso y volverá a ser él mismo. Veo que no tenéis hornillo propio.

Jelaudin negó con la cabeza. Sus hermanos habían estado comprando comida de los puestos callejeros del zoco.

—Os prestaré éste, aunque tendréis que conseguir vosotros el carbón.

Jelaudin hizo una inclinación de cabeza y se quedó mirando cómo el médico recogía sus materiales y medía varias dosis de las amargas hierbas, guardándolas en paquetes sellados de papel encerado. Fue el joven criado el que se ocupó de extender la mano para recibir el pago y Jelaudin se sonrojó porque hubieran tenido que

recordárselo. Puso cuatro monedas de oro en la mano del muchacho, notando lo limpias que estaban en comparación con las de los golfillos de la calle.

Cuando el dinero cambió de manos, el médico se enderezó de forma apenas perceptible, relajándose.

—Excelente. Haced lo que os he dicho y todo irá bien, Inshallah. —Salió de las minúsculas habitaciones a la brillante luz solar, dejando a los hijos con su padre.

—No tenemos más oro —dijo de pronto el hermano pequeño de Jelaudin—. ¿Cómo podremos comprar las hierbas y el carbón?

Jelaudin torció el gesto al pensar en volver al mercado, pero al menos contaba con un amigo allí. Seguía teniendo una docena de rubíes de menor tamaño, aunque a la velocidad que los estaba gastando, dudaba de que le fueran a durar mucho. Aun así, sus hermanos y él estaban a salvo. Dentro de un mes, seguro que los mongoles se habrían ido y, una vez su padre hubiera recuperado las fuerzas, podrían dirigirse por fin hacia el este. En cuanto llegara a una guarnición leal, haría que el infierno y la destrucción cayeran sobre la cabeza del khan mongol. Muy lejos, al sur, había muchos hombres del islam que cabalgarían bajo su estandarte contra el infiel. Sólo tenía que mandar llamarlos. Jelaudin rezó en silencio, para sí, mientras su padre se atragantaba y respiraba con dificultad sobre los gases. La piel del cuello estaba roja por el sudor y el vapor. Les habían ofendido en mil y una maneras, pero se vengarían.

Al atardecer, dos hombres habían pasado por separado a tomar el té por el puesto rojo de Abbud. Era poco habitual en él retrasar el proceso de recoger el toldo y caminar hacia la pequeña mezquita del pueblo como acto final del día. Mientras los últimos rayos de sol encendían los callejones del zoco, oyó la llamada a la oración resonando en toda la ciudad. Abbud despidió al último de los hombres, poniendo unas monedas en su mano como obsequio por la información que le había dado. Perdido en sus pensamientos, Abbud se lavó las manos en un pequeño cuenco mientras se preparaba para la oración vespertina. El ritual liberó su mente y le permitió reflexionar sobre lo que había oído. Los mongoles habían estado haciendo preguntas. Abbud se alegró de haber puesto a un muchacho a vigilar la casa de su último cliente. Se preguntó cuánto valdría esa información.

A su alrededor, el mercado estaba desapareciendo. Algunos de los puestos fueron cargados sobre los lomos de burros y camellos mientras que otros negocios más establecidos abrían puertas de madera situadas en el propio suelo que podían ser bloqueadas y candadas hasta el amanecer. Mientras terminaba de enrollar el último rollo de tela, Abbud saludó con un gesto al guardia armado que había contratado para dormir a la puerta de su puesto. Le pagaba bien para poder completar sus rezos y Abbud dejó al hombre extendiendo su alfombra y frotándose las manos simbólicamente con polvo.

El súbito incremento de actividad que se produjo al llegar el ocaso pareció

sorprender a los mongoles que merodeaban por la ciudad. Mientras los vendedores embalaban los puestos, los forasteros quedaron revelados uno tras otro, reunidos en pequeños grupos y mirando en derredor como niños fascinados. Abbud evitó que sus miradas se cruzaran mientras caminaba con amplias zancadas hacia la mezquita. Su esposa estaría entrando en el ornamentado edificio a través de otra entrada y no podría verla hasta que los rezos hubieran concluido. Sabía que las mujeres no entendían los negocios de los hombres. Sólo veían los riesgos y no las recompensas que sólo se obtienen corriendo riesgos. Como para recordárselo, sintió cómo el rubí golpeaba contra su muslo mientras avanzaba, la prueba de que Alá bendecía su casa.

Por el rabillo del ojo, Abbud vio a un alto joven árabe junto a los guerreros mongoles. La multitud que se dirigía a la mezquita hacía caso omiso de ellos, como si no estuvieran allí, una combinación de desprecio y de miedo. Abbud no pudo resistirse a echar un vistazo al beduino mientras pasaba por su lado, notando los característicos pespuntos de su túnica que le marcaban como morador del desierto con tanta exactitud como una señal en su pecho.

Al forastero no se le perdía nada y captó la rápida mirada de Abbud: dio un veloz paso a un lado para cerrarle el paso. El joyero se vio obligado a detenerse o perder la dignidad tratando de esquivarle con un gesto rápido.

—¿Qué pasa, hijo mío? —preguntó Abbud con irritación. No había tenido tiempo para considerar cuál era el mejor modo de utilizar la información que había comprado. Los mejores beneficios nunca se obtenían con acciones precipitadas y su intención había sido dedicar el tiempo de la mezquita para meditarlo. Observó con recelo cómo el beduino hacía una profunda reverencia. No se podía confiar en ninguno de los habitantes del desierto.

—Discúlpame, maestro. No te molestaría en tu camino hacia la oración si el tema no fuera importante.

Abbud notó las miradas de los demás comerciantes posarse en él al pasar. Ladeó la cabeza para escuchar la llamada a la oración, calculando que sólo tenía unos momentos.

—Rápido, hijo mío, rápido.

El joven hizo otra reverencia.

—Estamos buscando a cinco hombres, cuatro hermanos y su padre. ¿Sabes de algunos forasteros que hayan llegado a la ciudad en los últimos días?

Abbud permaneció muy quieto mientras pensaba.

—Toda información puede comprarse, hijo mío, si estás dispuesto a pagar el precio.

Vio cómo cambiaba la cara del joven, revelando su interés. Se giró y pronunció unas extrañas palabras hacia los mongoles, que los observaban. El joyero sabía quién era el líder antes de que hablara por la forma en que los demás deferían a él. Era extraño pensar que esos hombres estuvieran dejando un rastro de fuego por todo el mundo. No parecían capaces de algo así, aunque todos ellos llevaban arco, espada y

puñal, como si esperaran que la guerra estallara en el propio zoco.

La cháchara del beduino fue recibida con un encogimiento de hombros del líder. Abbud observó con atención cómo desataba una bolsa que llevaba colgando del cinturón. Se la lanzó casi con desdén al joyero y éste la cogió en el aire. Una mirada al oro que contenía fue suficiente para que el sudor empezara a brotar de su frente. ¿Con qué se había topado aquel día? Necesitaría contratar a guardias armados en la mezquita incluso para llegar a casa con esa fortuna. Sin duda algunos ojos peligrosos habrían visto la bolsa y no sería difícil adivinar los contenidos.

—Te veré después de las oraciones, en este lugar —dijo, volviéndose para irse. Como una serpiente del desierto atacando, el líder mongol le cogió el brazo, sujetándole incluso mientras le gruñía al beduino.

—No lo entiendes —le espetó Yusuf a Tsubodai—. Tiene que irse para asistir a las oraciones. Pese a la edad que tiene, luchará si intentamos mantenerle aquí. Déjale ir, general. No puede escapar —Yusuf señaló con deliberación hacia el guardia de Abbud, que estaba sentado en la trampilla que guardaba sus bienes. El gesto no pasó inadvertido al joyero, aunque sintió una punzada de ira al ver que su estúpido guardia ni siquiera estaba haciéndoles frente. El hombre ya podía ir buscándose otro trabajo, se juró a sí mismo. Que le pusieran las manos encima en plena calle ya era bastante malo, pero ver a ese tonto en babia toda la tarde hacía que el insulto fuera casi insoportable. Casi. El oro que llevaba en la mano le repitió esa palabra mil veces más.

Con un brusco gesto, Abbud liberó su brazo, con el corazón palpitante. Se sintió tentado de devolver el oro y alejarse con dignidad, pero la verdad era que Khuday era un pueblo pequeño y en aquella bolsa llevaba los beneficios de cinco años o más. Podía incluso plantearse retirarse y dejarle el negocio a su hijo. Realmente, Dios era bondadoso.

—Mi amigo no te dejará marcharte con el oro —aseguró Yusuf, con la cara colorada—. No comprende que se haya ofendido tu honor, maestro. Estaré aquí, si tienes la información que necesitamos.

Muy a su pesar, Abbud devolvió la bolsa, deseando haber podido contar antes las monedas. Se dijo que sabría si la habían aligerado para cuando regresara.

—No hables con nadie más —sentenció Abbud con firmeza—. Soy el hombre que necesitas.

Captó el fantasma de una sonrisa en el rostro del joven mientras se inclinaba una tercera vez ante él y Abbud pasó entre los guerreros que, nerviosos, no separaban la mano de la empuñadura de sus espadas.

Cuando el joyero se marchó, Yusuf soltó una risita.

—Están aquí —le dijo a Tsubodai—. Tenía razón, ¿eh? Éste es el único pueblo en sesenta kilómetros a la redonda y se han escondido aquí.

Tsubodai asintió con un gesto. No le gustaba depender de Yusuf, pero la lengua seguía siendo un guirigay de sonidos para él, más parecido al canto de los pájaros que a un idioma real.

—No tendremos que pagar a este hombre si los encontramos nosotros mismos — aseguró.

Las calles se habían vaciado a su alrededor y el mercado, lleno de bullicio durante todo el día, había desaparecido. La llamada ululante desde la mezquita había concluido para ser sustituida por un canto débil y sordo.

—Yo diría que vosotros, los árabes, no mataríais unos buenos caballos —dijo Tsubodai—. Estarán por aquí cerca, en algún sitio, en unos establos. Mientras todos rezan, nos dedicaremos a registrarlos. ¿Cuántas buenas monturas puede haber en este sucio pueblucho? Si encontramos a los caballos, encontraremos al sah.



## XXIII

**T**endido en la oscuridad, Jelaudin no conseguía conciliar el sueño: su mente le atormentaba con multicolores imágenes. Era difícil no caer en la melancolía mientras se rascaba picaduras de pulgas y se ponía de nuevo la delgada manta alrededor de los hombros tratando de calentarse. Al menos en la oscuridad, ninguno de sus hermanos le estaría mirando esperando que les dijera qué debían hacer, y la mirada de su padre, que una vez fuera tan penetrante, no le encontraría. Se retiraba a descansar tan pronto como podía todas las noches, buscando el sueño como una liberación y deseando que cada día se disolviera en la nada. Sin embargo, no conseguía dormir y su mente trabajaba como si fuera un ente aparte que se agitaba con vida propia en su cabeza. Cuando cerró los ojos, distintas visiones de celebraciones en los palacios de su padre, iluminados por mil velas y lámparas, siguieron hostigándole. En muchas ocasiones había bailado hasta el amanecer y ni una sola vez pensó en el coste del sebo o del aceite. Ahora necesitaban restringir el consumo de su única vela para que no se les acabara, del mismo modo que el de la comida o el carbón. Ocuparse de llevar una casa estaba siendo una revelación para él, incluso una tan pobre y exigua como las habitaciones de Khuday.

Cuando Jelaudin, frustrado, abrió los ojos, vio la luz de la luna a través de las grietas del tejado. El aire estaba cargado del hedor del cubo de desechos. En su primera noche en Khuday lo había sacado a la calle, pero se lo habían robado por la mañana y habían tenido que comprar otro. Había aprendido a pagar a un chico para que lo llevara a una fosa comunal en las afueras del pueblo, pero, por supuesto, a sus hermanos se les había olvidado llamarlo. Todo costaba dinero en Khuday. La vida era más complicada de lo que había creído y, en ocasiones, se preguntaba cómo podían sobrevivir aquellos pobres mercaderes.

Jelaudin se incorporó de un salto al oír un ruido y notar cómo la pequeña puerta se estremecía en su marco. Alguien estaba llamando y el corazón le dio un vuelco en el pecho mientras alargaba la mano hacia su espada.

—¿Jelaudin? —dijo uno de sus hermanos, aterrado.

—Prepárate —susurró Jelaudin, vistiéndose a tientas. Los pantalones olían a sudor, pero el cubo del agua estaba tan vacío como el otro lleno, no había ni unas gotas con las que salpicarse la cara. Los golpes sonaron de nuevo y respiró hondo antes de aferrar su espada. No quería morir en la oscuridad, pero si los mongoles los habían encontrado, sabía que no podía esperar compasión.

Jelaudin abrió la puerta de un tirón con la espada en ristre. Su pecho desnudo subía y bajaba agitadamente. La luna brillaba lo suficiente para permitirle ver a un muchacho de pie frente a él y el alivio inundó al joven príncipe.

—¿Por qué perturbas nuestro sueño? —le preguntó en tono severo.

—Mi amo Abbud me ha mandado venir mientras estaba en la mezquita para los rezos vespertinos, amo. Me ha dicho que os avise de que los mongoles saben dónde

os alojáis. Debéis abandonar Khuday.

Una vez transmitido el mensaje, el chico se volvió para irse. Jelaudin alargó el brazo y le agarró, haciéndole soltar un grito asustado. La vida de un muchacho en Khuday era todavía más precaria que las suyas y el pequeño se retorció bajo su mano.

—¿Vienen para acá? —exclamó Jelaudin—. ¿Ahora?

—Sí, amo —contestó el chico intentando quitarse de encima la mano de Jelaudin con sus menudos dedos—. Por favor, tengo que volver corriendo.

Jelaudin soltó al chico, que se alejó tambaleándose. Por un momento miró la calle iluminada por la luna, viendo enemigos en todas las sombras. Pronunció una breve oración de gracias por la bondad del viejo joyero, luego volvió dentro y cerró la puerta como si así pudiera frenar el avance de su temor.

Sus tres hermanos estaban vestidos y listos, una vez más esperando que él actuara como líder. Jelaudin los miró con el rostro crispado por la preocupación.

—Encended la vela y vestid a padre. Tamar, corre a los establos y trae los caballos.

—¿Tienes alguna moneda, hermano? —preguntó Tamar—. El propietario del establo querrá que le pague.

Jelaudin sintió como si una soga se estuviera cerrando en torno a su cuello. Abrió la bolsa y le entregó un pequeño rubí a su hermano, tras lo cual toda su riqueza terrenal se reducía a cinco gemas.

—Dale esto y dile que somos devotos seguidores del profeta. Dile que no habrá honor para un hombre que ayude a nuestros enemigos.

Su hermano menor salió como una flecha hacia la oscura calle y Jelaudin empezó a ayudar a los demás a preparar a su padre. Cuando le movieron, el sah Ala-ud-Din gruñó y su respiración afanosa se aceleró en la penumbra. Jelaudin torció el gesto al notar el calor enfermizo que despedía la piel del anciano, pero no había nada que pudiera hacer. Su padre murmuró algunas palabras sin sentido, pero ninguno de ellos se detuvo a escucharle.

Una vez que su padre estuvo vestido y la vela encendida, dos de sus hijos lo sostuvieron en pie mientras Jelaudin echaba un vistazo al cuchitril que había sido su hogar durante un tiempo. A pesar de ser muy humilde, les había dado refugio. La idea de retornar a la vida de acoso continuo les horrorizaba a todos, pero Jelaudin no podía desoír el aviso. El joyero le había hecho ese favor y no lo desperdiciaría.

Posó la vista en el pequeño hornillo, pero el médico se lo había dejado de buena fe y Jelaudin no robaría por primera vez en su vida. Aunque cogió los paquetes de hierbas amargas, eso lo dejó allí. Le consumía la urgencia de salir y apenas osó pararse a pensar en la enfermedad de su padre. No estaba bien que el anciano tuviera que salir huyendo de nuevo. Las esperanzas de Jelaudin murieron en su interior en aquel momento y fueron reemplazadas por una furia desesperada. Si se le brindaba al menos una oportunidad de vengarse del khan mongol, la aprovecharía aunque supusiera perder la propia vida. Rezó para que esa oportunidad se presentase ante él.

Jelaudin cerró la puerta cuando se marchó con su padre y hermanos. No quería que los ladrones robaran el hornillo del médico, aunque si alguien quería el cubo de residuos, podía quedárselo, con su contenido incluido.

La noche acababa de empezar y las calles no estaban vacías. Jelaudin vio a muchos hombres que volvían de las oraciones a reunirse con sus familias, deseando confortarse con el calor y la comida. Sólo él y sus hermanos habían intentado hacer desaparecer una noche más hundiéndose en el sueño. Los establos estaban a cierta distancia, una decisión que había tomado pensando en su protección. Su padre avanzaba entre ellos dando tumbos y Jelaudin no sabía si entendía siquiera lo que estaba pasando. Cuando oyó que le formulaba una pregunta arrastrando las palabras, Jelaudin le hizo callar con suavidad.

—Los hombres que buscáis están ahí dentro —dijo Abbud.

Tsubodai dio unas cuantas órdenes breves y secas y los guerreros obedecieron como un resorte, abriendo la puerta de una patada y desapareciendo en el interior.

Abbud aguardó, sudando, escuchando extraños ruidos. Los guerreros regresaron casi tan deprisa como habían entrado y no le pasaron inadvertidas las miradas de ira que le lanzaron. El joven beduino agarró a Abbud del brazo, tan fuerte que casi le hacía daño.

—Viejo, ésta no es una noche para jugar, ¿entiendes? He registrado los establos durante la mitad de la noche mientras te esperaba. Ahora me conduces a una casa vacía. Será difícil impedir que te maten.

El rostro de Abbud se crispó, pero no intentó liberarse.

—¡Estaban aquí! Es la casa de mi cuñado y me habló de ellos en el mercado. Cuatro jóvenes y un viejo que estaba muy enfermo. Eso es todo lo que sé, lo juro.

A la luz de la luna, los ojos del beduino estaban en sombra, su expresión más fría que la noche. Soltó el brazo de Abbud y luego intercambió una ráfaga de palabras con Tsubodai que Abbud no podía entender.

El que Abbud había identificado como líder clavó la mirada en el viejo joyero durante un largo momento de silencio. Después, dio nuevas órdenes. Todo cuanto Abbud podía hacer era mirar cómo abrían otras puertas a patadas y la noche se llenaba de chillidos. En una casa vecina se inició una pelea y Abbud gritó horrorizado al ver que uno de los guerreros desenvainaba y le clavaba la espada en el pecho a un hombre joven, pasando por encima de él para registrar su casa.

—¡Eso no es necesario! —gritó Abbud—. ¡No están aquí!

El beduino se giró hacia él y, para asombro de Abbud, parecía sonreír mientras le decía:

—Ya no puedo pararlos, viejo. Registrarán todas las casas de la calle, quizá todo el pueblo. Luego quemarán Khuday a tu alrededor.

Aquello era demasiado para el joyero.

—Hay unos establos cerca. Si han ido a algún sitio, será allí.

—Llévame, viejo —ordenó el beduino—. Si estás en lo cierto, puede que Khuday no sea destruido.

Jelaudin llevó su caballo a un grupo desordenado de arbustos en la cima de una colina. En el aire flotaba el dulzor de las hojas del limonero y el corazón le pesaba cuando se volvió a mirar el pueblo que los había acogido. A su derecha, la estrella polar relucía en el firmamento sobre un aire limpio y claro.

Al este, muy lejos, podía vislumbrar el apagado fulgor de las hogueras del campamento mongol. Al oeste aguardaba el mar Caspio, la barrera final para su familia de fugitivos. Sabía que no podía cabalgar a lo largo de sus orillas durante más de cien kilómetros con los mongoles buscándolos. Los atraparían tan fácilmente como a liebres. Al mirar el este sintió como un hambre, una urgencia desesperada por volver y visitar las ciudades que había conocido de niño.

La noche estaba tranquila y daba pena oír la torturada respiración de su padre. Jelaudin y sus hermanos habían atado al viejo a la silla y conducido a su caballo fuera del pueblo, atravesando una zona desierta de matorrales y evitando el camino del este.

Si los mongoles hubieran estado seguros de que estaban en Khuday, habrían rodeado la ciudad. Pero ése no era el caso y los hijos del sah habían guiado a sus caballos a pie hacia la salida del pueblo sin ver ni un alma. No obstante, escapar de un lugar así era una victoria pequeña. Si no podían desviarse hacia el sur, el mar los atraparía tan firmemente como una red. Por un momento, al notar un empeoramiento en el sibilante resuello de su padre, Jelaudin se sintió abrumado. Estaba demasiado cansado para salir huyendo de nuevo, demasiado cansado incluso para montar.

Su hermano Tamar oyó el sonido de su llanto y le puso la mano en el hombro.

—Tenemos que irnos, Jelaudin —dijo—. Mientras estemos vivos, siempre habrá esperanza.

Restregándose los ojos, Jelaudin no pudo evitar asentir. Se colocó a horcajadas en la silla y tomó las riendas del caballo de su padre. Mientras se adentraban en la oscuridad, oyó a Tamar emitir un grito ahogado y se volvió hacia Khuday.

El pueblo resplandecía en la noche. Al principio, Jelaudin no comprendía qué era aquella extraña luz que parpadeaba en las estrechas callejuelas. Meneó la cabeza mientras veía cómo se propagaba la luz y entonces supo que los mongoles habían prendido fuego al pueblo.

—Se regodearán destruyendo ese lugar hasta el amanecer —dijo otro de sus hermanos.

Jelaudin percibió una nota de triunfo en su voz y sintió deseos de golpearle por su estupidez. Se preguntó si Abbud y su pequeño criado sobrevivirían a las llamas que él había traído a Khuday, y sintió que él y sus hermanos dejaban a su paso una estela de

pestilencia y destrucción.

Todo cuanto podían hacer era cabalgar hacia el mar. Aunque sentía su propia muerte batiendo sus oscuras alas sobre él, Jelaudin hincó los talones en su caballo y bajó al trote la pendiente que descendía ante él.

Pasaron otros cuatro días antes de que los hermanos, que se turnaban a la hora de tirar del caballo de su padre, vieran a un grupo de jinetes siguiéndolos. No podían esconder su rastro en un suelo tan polvoriento, por lo que Jelaudin ya había contado con que los seguirían, aunque había albergado una pequeña esperanza de que los mongoles les hubieran perdido la pista. Había cabalgado hasta el agotamiento noche y día hasta que olió el aroma de la sal y oyó chillar a las gaviotas. Por un momento, el limpio aire hizo que todos ellos revivieran y, entonces, Jelaudin había avistado las oscuras figuras en la distancia, una masa de guerreros a sus espaldas, a punto de alcanzarlos.

El príncipe miró el rostro ceroso de su padre. No habían tenido tiempo para hacer un alto y encender un fuego para hervir las hierbas amargas y la enfermedad del anciano había empeorado. Más de una vez, Jelaudin había acercado el oído a los labios de su padre, escuchando para asegurarse de que aún respiraba. No podía abandonarle y dejar que la jauría del khan le hiciera pedazos, pero su padre los retrasaba a todos.

Durante un instante, Jelaudin, lleno de odio y terror, deseó rugir hacia las lejanas líneas de los que le perseguían. Apenas le quedaban fuerzas, ni siquiera para eso, y meneó la cabeza fatigado, alzando la vista cuando sus hermanos y él subieron una duna y vieron la brillante inmensidad azul del mar abriéndose ante ellos. La oscuridad se aproximaba y contaban con una noche más antes de que los mongoles los encontraran y les dieran muerte. Jelaudin recorrió la orilla con la vista y vio sólo unas cuantas casuchas y barcas de pesca. No había ningún lugar donde esconderse, ya no había ningún lugar hacia donde huir.

Todo su cuerpo se resintió mientras desmontaba y su caballo se estremeció al ser liberado de su carga. Las costillas del animal sobresalían y Jelaudin palmeó el pescuezo de su montura premiando su lealtad. No podía recordar cuándo había comido por última vez y se tambaleó, mareado.

—Entonces, ¿vamos a morir aquí? —preguntó uno de sus hermanos con voz lastimera.

La respuesta de Jelaudin fue apenas un gruñido. Cuando partió, era joven y fuerte, y había perdido hombres y fuerza a cada paso durante la mayor parte del año. Allí, en esa remota orilla, se sintió viejo. Tomó un guijarro gris y lo arrojó al agua salada. Los caballos inclinaron las cabezas para beber y Jelaudin no se molestó en impedirselo. ¿Qué importaba que bebieran sal cuando los mongoles estaban llegando para matar a los hijos del sah?

—¡No me quedaré aquí parado esperándolos! —gritó Tamar, el hermano que seguía a Jelaudin. Caminaba arriba y abajo por la arena a grandes Zancadas, tratando de agudizar la vista para encontrar una vía de escape. Con un suspiro, Jelaudin se dejó caer al suelo y hundió los dedos en el húmedo terreno.

—Estoy cansado, Tamar —dijo—. Demasiado cansado para ponerme en pie de nuevo. Dejemos que acabe aquí.

—¡No! —chilló su hermano. La falta de agua había hecho que la voz de Tamar sonara ronca y tenía los labios escareados, cubiertos de delgadas llagas sangrantes. Aun así, sus ojos relucían bajo el sol del atardecer—. Allí hay una isla. ¿Saben nadar esos mongoles?

Cojamos uno de esos botes y destruyamos los demás. Así estaremos a salvo.

—A salvo como un animal atrapado está a salvo —se lamentó Jelaudin—. Mejor sentarnos aquí a descansar, hermano.

Para su sorpresa, Tamar se acercó a él y le abofeteó con fuerza.

—¿Permitirás que nuestro padre sea descuartizado en esta playa? Levántate y ayúdame a colocarle en una barca o lo haré yo mismo.

Jelaudin se rió con amargura, sin responder. No obstante, se levantó, aturdido, y ayudó a sus hermanos a transportar al sah hasta la orilla. Mientras avanzaba con dificultad por la arena húmeda, sintió que sus miembros se recobraban un poco y parte de su desesperación se desvaneció.

—Lo siento, hermano. Tienes razón —se disculpó.

Tamar sólo asintió con la cabeza, todavía furioso.

Los pescadores salieron de sus cabañas de madera gritando y haciendo gestos cuando vieron a los jóvenes destrozando sus botes. Al verles desenvainar las espadas, quedaron reducidos a un hosco silencio y, conteniendo su ira, observaron cómo aquellos extraños rompían los mástiles, agujereaban los cascos y luego arrastraban los restos hasta aguas profundas haciéndolos desaparecer bajo espumosas burbujas.

Cuando se puso el sol, los hermanos empujaron la última barca hasta el mar en calma, adentrándose en el agua y trepando por los costados. Jelaudin izó la pequeña vela y la brisa la hinchó, y ese momento hizo que sus espíritus se reanimaran extrañamente. Habían dejado atrás a sus caballos y los pescadores los sujetaron por las riendas, atónitos, sin dejar de maldecirlos a gritos a pesar de que las bestias valían mucho más que aquellas rudimentarias barcas. La brisa se fue enfriando poco a poco y Jelaudin se sentó y hundió el timón en el agua, atándole una cuerda para mantenerlo en su sitio. A la última luz del día, vieron la blanca línea de la rompiente de una pequeña isla mar adentro. Jelaudin miró a su padre, puso rumbo hacia allí y sintió que le invadía un calmo entumecimiento mientras la tierra iba quedando atrás. El anciano no duraría mucho más y era cierto que merecía una muerte tranquila.

## XXIV

**S**amarcanda significaba «ciudad de piedra» y Gengis comprendió por qué mientras contemplaba sus poderosos muros, reforzados con contrafuertes. De todas las ciudades que había conocido, sólo Yenking estaba más fortificada. Vio los minaretes de numerosas mezquitas detrás de las murallas. Construida en el terreno de crecida de un río que discurría entre dos enormes lagos, Samarcanda estaba rodeada por la tierra más fértil que Gengis había visto desde que llegara a tierras árabes. No se sorprendió al saber que el sah Ala-ud-Din había hecho de aquel lugar su joya más preciada. Allí no había polvo ni arena. La ciudad estaba en una encrucijada de caminos y las caravanas de mercaderes que viajaban a lo largo de miles de kilómetros se detenían en ella, sintiéndose seguras bajo su protección. En tiempos de paz, avanzaban lentas y pesadas por las llanuras, llevando seda desde las ciudades Chin y recogiendo grano en Samarcanda que llevarían aún más lejos hacia el oeste. Ese comercio no existiría durante un tiempo. Gengis había destruido la línea de ciudades que se enriquecían y apoyaban entre sí. Otrar había caído, luego Bujará. Hacia el noreste, había enviado a Jelme, Khasar y Kachiun a atacar otras ciudades hasta que se rindieran. Estaba a punto de borrar del mapa la espina dorsal de las rutas comerciales del sah. Sin comercio ni mensajes, todas las ciudades estaban aisladas unas de otras y sufrían sin remedio mientras ellos esperaban a sus guerreros. Mientras el sah siguiera con vida, todavía no era suficiente, todavía estaba muy lejos de ser suficiente.

A lo lejos, Gengis vio una columna de humo blanco elevándose en el aire desde la última de las caravanas comerciales que había intentado llegar a Samarcanda antes de que él entrara en la zona. Ninguna más vendría ahora, no mientras los mongoles no continuaran camino. Una vez más, consideró las palabras de Temuge sobre la necesidad de establecer un gobierno más permanente. El concepto le intrigaba, pero seguía sin ser nada más que un sueño. Con todo, ya no era joven y, cuando le doliera la espalda por las mañanas, pensaría que el mundo había seguido avanzando sin él. A su pueblo nunca le había interesado la permanencia. Cuando morían, los problemas del mundo los abandonaban. Tal vez porque había visto imperios, podía imaginar uno que perdurara después de su muerte. Le gustaba la idea de que otros hombres gobernarán en su nombre, mucho después de que él se hubiera ido. Había algo en ella que aliviaba algo en él que apenas se había dado cuenta de que estaba allí.

Mientras Gengis miraba, los tumanes de Jochi y Chagatai regresaron a caballo desde las murallas de la ciudad, tras pasar la mañana cabalgando lo suficientemente cerca para aterrorizar a la población. Habían plantado una tienda blanca frente a Samarcanda cuando comenzó el asedio, pero las puertas habían permanecido cerradas. Con el tiempo, la sustituirían por una roja y, a continuación, por la tela negra que significaba la muerte de todos los habitantes.

Con el sah ausente, los árabes no tenían a nadie que organizara la defensa de

Corasmia y todas las ciudades luchaban solas. Ese tipo de estado de las cosas convenía extraordinariamente a Gengis. Mientras las ciudades temblaban de miedo, podía llevar dos o tres tumanes a un único punto, rompiendo su resistencia y avanzando hasta el siguiente, dejando sólo la muerte y las llamas a su paso. Ésa era la forma de guerra que prefería, arrasando ciudades y pequeñas guarniciones. Sus intérpretes árabes afirmaban que, tras los muros de Samarcanda, vivía medio millón de personas, quizá más ahora que las granjas de los alrededores habían quedado vacías. Los intérpretes esperaban que la cifra impresionara a Gengis, pero había visto Yenking y no dejaba que los números le preocuparan.

Sus hombres y él cabalgaban impunemente por aquellas tierras y todo cuanto podían hacer los que vivían detrás de las murallas de piedra era aguardar y temer. Era difícil imaginar que alguien eligiera esa clase de vida frente a la capacidad de moverse y golpear cuando se quisiera, pero el mundo estaba cambiando y Gengis se esforzaba por comprender nuevos conceptos todos los días. Sus hombres habían llegado hasta los páramos del norte y hasta Koryo en el este. Se paró a pensar en esas tierras conquistadas. Pero estaban muy lejos. Serían reconstruidas y sus habitantes olvidarían que le debían tributo y obediencia.

Apretó los labios al pensar en los habitantes levantando nuevos muros y enterrando a sus muertos. Ese pensamiento fastidiaba al khan de los mongoles. Cuando derribaba a un hombre, éste permanecía en el suelo, pero una ciudad podía ser reconstruida. Entonces pensó en Otrar, en los yermos territorios que habían dejado atrás. No había permitido que ni una piedra quedara colocada sobre otra y no creía que establecieran ninguna ciudad allí de nuevo, ni en un plazo de cien años. Quizá para matar una ciudad era necesario clavar el cuchillo muy hondo y retorcer la hoja dentro hasta que soltara su último aliento. Ésa era también una perspectiva que le complacía.

Mientras daba lentamente la vuelta a Samarcanda a caballo, los pensamientos de Gengis se vieron interrumpidos por las débiles notas de varios cuernos. Tiró de las riendas, moviendo la cabeza de un lado a otro para oír el sonido con más claridad. Vio que Jochi y Chagatai los habían oído. También ellos, que estaban entre Gengis y la ciudad, se habían detenido para escuchar.

En la distancia, Gengis vio a los exploradores acercándose a galope tendido. Habían sido ellos quienes habían hecho sonar los cuernos. ¿Podía haber un enemigo a la vista? Era posible.

Cuando su montura se agachó para arrancar un bocado de hierba seca, Gengis vio las puertas de Samarcanda abrirse y una columna salir. Desnudó los dientes, sonriendo ante el exceso de confianza del enemigo. Contaba con el tumán de Jebe, además de diez mil de sus propios veteranos. Entre ellos y los tumanes de Jochi y Chagatai, aplastarían a cualquier ejército que Samarcanda pudiera enviarles.

Cuando los exploradores alcanzaron a Gengis, sus caballos estaban medio muertos por la loca carrera.



—Hombres armados al este, señor —exclamó el primero antes que sus otros dos compañeros—. Hasta tres tumanes de guerreros árabes.

Gengis maldijo con suavidad. Una de las otras ciudades había respondido al sufrimiento de Samarcanda, después de todo. Jochi y Chagatai tendrían que enfrentarse a ellos. Tomó sus decisiones con rapidez, de modo que sus guerreros sólo percibieran seguridad en sus reacciones.

—Id a buscar a mis hijos —ordenó Gengis al explorador, aunque el joven guerrero seguía jadeando como un perro al sol—. Diles que ataquen a los del este. Yo resistiré ante cualquier ejército que Samarcanda saque al campo de batalla.

Los tumanes de sus hijos se alejaron rápidamente, dejando a Gengis con sólo veinte mil hombres. Sus líneas formaron con el khan en el centro de una delgada media luna, listos para convertirse rápidamente en dos cuernos envolventes.

Más y más jinetes y hombres salieron de la ciudad, casi como si Samarcanda fuera un cuartel de una de las alas del ejército del sah. Mientras ponía a su montura a un lento trote y comprobaba sus armas, Gengis deseó no haberse desprendido de tantos guerreros. La victoria era posible, pero si atacaba sólo una ciudad cada vez, someter las tierras árabes sería una labor que llevaría tres vidas. Las ciudades de los Chin habían sido más numerosas incluso, pero sus generales y él habían tomado noventa en un solo año antes de llegar a Yenking. El propio Gengis había conquistado veintiocho de ellas.

Si Tsubodai o Jebe hubieran estado allí, o incluso Jelme o uno de sus hermanos, no se habría preocupado. Mientras la llanura se oscurecía con un rugiente hormiguero de árabes, Gengis lanzó una sonora carcajada ante su propia cautela, haciendo que los guerreros que le rodeaban se rieran entre dientes. No necesitaba a Tsubodai. No temía a su enemigo, ni a una docena de ejércitos como ése. Él era el khan del mar de hierba y ellos eran sólo hombres de ciudad, blandos y gordos por mucho que bramaran y blandieran hojas afiladas. Los aplastaría.

Jelaudin estaba sentado con las piernas cruzadas en una estrecha playa, observando a través de las agitadas aguas del Caspio la negra orilla que había dejado hacía apenas unas horas. Distinguió unas hogueras encendidas con maderas arrastradas por el mar y numerosas sombras en movimiento a su alrededor. Los mongoles habían llegado al mar y no había ningún lugar a donde huir. Abstraído, Jelaudin se preguntó si sus hermanos y él deberían haber matado a los pescadores y a sus familias. Los mongoles no habrían sabido dónde había llevado al sah y quizá hubieran abandonado la búsqueda. El rostro de Jelaudin se crispó, consciente de lo desesperado que estaba. No le cabía ninguna duda de que los pescadores habrían luchado. Armados con cuchillos y palos, aquella docena de barqueros probablemente habría vencido a su pequeña familia.

La isla estaba a poco más de una milla de la costa. Jelaudin y sus hermanos

habían arrastrado el bote hasta el amparo de un desordenado bosquecillo, pero les hubiera dado igual dejarlo a la vista. Sin duda las familias de pescadores les habían dicho a los mongoles dónde habían ido. Jelaudin suspiró para sí, más cansado de lo que recordaba haber estado nunca. Incluso los días en Khuday parecían un vago sueño. Había llevado a su padre hasta allí para morir, y después de eso, empezaba a sospechar que su propio fin llegaría enseguida. Nunca había conocido enemigo tan implacable como los mongoles, que les seguían el rastro por nieve y lluvia, acercándose siempre más y más hasta que había empezado a oír el ruido de sus caballos en sueños. El sonido viajaba por el agua que los separaba y, de vez en cuando, Jelaudin oía gritos atiplados o voces que entonaban una canción. Sabían que estaban a punto de concluir la cacería, después de perseguirlos durante más de mil quinientos kilómetros. Sabían que la presa finalmente se había ocultado, con toda la indefensión de un zorro que desaparece en su guarida, aguardando aterrorizado a que lo saquen de allí.

Una vez más, Jelaudin se preguntó si los mongoles sabrían nadar. Si sabían, al menos no lo harían con la espada. Oyó a sus hermanos hablando entre ellos y no logró reunir la energía necesaria para alzarse y decirles otra vez que se callaran. Los mongoles ya sabían dónde estaban. El deber final de los hijos del sah era estar a su lado mientras moría, conseguir que disfrutara de la dignidad que merecía.

Jelaudin se puso en pie y, cuando se enderezó e hizo crujir su cuello, sus rodillas protestaron. Aunque la isla era diminuta, estaba cubierta de árboles y espeso follaje, por lo que sus hermanos y él se habían visto obligados a abrirse camino a golpes de espada. Siguió la ruta que habían abierto, arrancando con las manos las ramitas que se le enganchaban a la túnica al pasar.

En un claro creado por un árbol caído, su padre yacía tendido de espaldas, con sus hijos en derredor. Jelaudin se alegró al ver que el anciano estaba despierto y miraba las estrellas, aunque cada vez que inspiraba y espiraba su pecho temblaba por el esfuerzo. A la luz de la luna, vio que los ojos de su padre se volvían hacia él y Jelaudin inclinó la cabeza en señal de saludo. Le hizo un débil gesto con las manos y Jelaudin se aproximó para oír las palabras del hombre que siempre creyó demasiado vital para caer. Aquellas verdades de su infancia se habían desmoronado a su alrededor. Se arrodilló para escucharle y aun allí, tan lejos de casa, parte de él añoró oír la antigua fuerza de su padre, como si su enfermedad pudiera desterrarse con voluntad y por necesidad. Sus hermanos se aproximaron arrastrando los pies y, por un instante, olvidaron a los mongoles que acechaban al otro lado de las aguas.

—Lo siento —dijo el sah de forma entrecortada—. No por mí. Por vosotros, hijos míos. —Se interrumpió para coger aire, con el rostro enrojecido y un reguero de sudor cayendo por su frente.

—No tienes que hablar —murmuró Jelaudin. La boca de su padre se estremeció levemente.

—Si no hablo ahora —contestó casi sin aliento—, entonces ¿cuándo? —Tenía los

ojos brillantes y a Jelaudin se le encogió el corazón al ver el destello de su antiguo humor mordaz—. Estoy... orgulloso de ti, Jelaudin —continuó el sah—. Lo has hecho bien. De repente, el anciano se atragantó y Jelaudin le puso de costado y utilizó los dedos para sacarle un trozo de flema de los labios. Mientras giraba la espalda de su padre, tenía los ojos húmedos. El sah exhaló un largo suspiro y luego llenó poco a poco sus pulmones.

—Cuando me vaya... —susurró el viejo. Jelaudin empezó a objetar, pero las palabras murieron en sus labios—. Cuando me vaya, me vengarás —sentenció.

Jelaudin asintió, aunque hacía mucho tiempo que había dejado atrás sus esperanzas. Sintió la mano de su padre agarrarle la túnica y la tomó con firmeza en la suya.

—Sólo tú, Jelaudin. Te seguirán —dijo el sah.

El esfuerzo de pronunciar aquellas palabras estaba precipitando el final y cada aliento que tomaba era más difícil. Jelaudin quería que el anciano encontrara la paz, pero no podía retirar la vista de él.

—Ve al sur y organiza la guerra santa contra... este khan. Llama a los devotos a la yihad. A todos ellos, Jelaudin, a todos.

El sah intentó incorporarse, pero el esfuerzo fue excesivo para él. Jelaudin hizo un gesto a Tamar y juntos ayudaron a su padre a sentarse. Cuando lo hicieron, echó todo el aire de los pulmones y la boca cayó, flácida. Su delgado cuerpo tembló entre sus manos al luchar por coger aire y Jelaudin lloró al sentir la barba de su padre rozarle los dedos. El sah echó la cabeza hacia atrás en un gran espasmo, pero no salió aire y el temblor se convirtió en pequeñas sacudidas y luego nada. Jelaudin oyó el siseo de aire fétido que salió al exterior cuando las tripas del viejo se aflojaron y su vejiga se liberó, dejando escapar un chorro de acre orina en el terreno arenoso.

Con delicadeza, los dos hermanos posaron de nuevo al viejo en el suelo. Jelaudin aflojó los dedos que se le clavaban en la carne, acariciándole la mano mientras lo hacía. Observó cómo Tamar le cerraba los ojos a su padre. Seguían esperando, casi sin creer que se hubiera ido realmente. Su pecho estaba inmóvil y, uno a uno, los hijos se alzaron y lo miraron desde arriba. El mundo estaba silencioso y las estrellas brillaban en el cielo. Jelaudin sentía que no debería ser así, que debería haber algo más que el suave vaivén de las olas para marcar la muerte de un gran hombre.

—Se ha acabado —dijo Tamar, con la voz contenida.

Jelaudin asintió y, para su sorpresa y su vergüenza, sintió que se le retiraba un gran peso de los hombros.

—Las bestias mongolas acabarán llegando hasta aquí —habló con voz suave, girándose para mirar en dirección a donde sabía que estaban acampados, aunque los oscuros árboles los ocultaban—. Encontrarán el... encontrarán a nuestro padre. Tal vez les baste.

—No podemos dejarle aquí a su merced —contestó Tamar—. Tengo un barril de pólvora, hermano. Hay suficiente leña seca y ahora, ¿qué importa si nos ven?

Deberíamos quemar el cadáver. Si vivimos para regresar, construiremos un templo para honrarle.

—Es una buena idea, hermano —admitió Jelaudin—. Muy bien, pero cuando la hoguera esté ardiendo, abandonaremos esta isla y cruzaremos el mar. Los mongoles no son navegantes. —Se acordó de los mapas que había visto en la biblioteca de su padre en Bujará. Allí el mar no parecía tan ancho—. Que traten de seguimos a través de las hondas aguas, donde no dejamos ninguna huella.

—No conozco las tierras al otro lado del mar, hermano —contestó Tamar—. ¿Dónde iremos?

—Al sur, Tamar, como nos ha dicho nuestro padre. Provocaremos una tempestad con los afganos y en India. Regresaremos con un ejército para aplastar a Gengis. Por el alma de mi padre, lo juro.

Jochi y Chagatai alcanzaron al ejército árabe cuando empezaba a descender hacia una hondonada entre colinas al este de Samarcanda. La cifra de efectivos calculada por los exploradores, si acaso, había sido baja. Mientras Jochi hablaba brevemente con su hermano menor, se dijo que más de cuarenta mil hombres habían acudido en ayuda de la preciada ciudad del sah. No dejó que aquel pensamiento le abrumara. En las tierras árabes y Chin, Gengis había demostrado que la calidad de los guerreros era más importante que los números. Tsubodai era famoso por haber conseguido ganar en situación de enorme desventaja cuando había arrasado la guarnición de una ciudad de doce mil con sólo ochocientos hombres en una incursión de reconocimiento, pero todos los generales habían probado su valía contra fuerzas mayores a las suyas. Sus tropas siempre luchaban contra ejércitos superiores en número.

La hondonada era un regalo y, tras avistar al enemigo, ninguno de los hermanos quiso perder tiempo. Veteranos de muchas batallas a caballo, conocían el inmenso beneficio de encontrarse en una posición elevada. Las flechas llegaban más lejos y los propios caballos se convertían en proyectiles imparables cuando caían sobre sus rivales. Chagatai y Jochi intercambiaron impresiones, dejando su enemistad a un lado temporalmente. Chagatai emitió un mero gruñido de asentimiento cuando Jochi le sugirió que rodeara el pequeño valle con sus jinetes y atacara las formaciones árabes por el flanco izquierdo. Sería tarea de Jochi lanzarse sobre ellos de frente al pie del valle.

Siguiendo sus órdenes, los hombres de Jochi formaron en una línea que ocupaba tanto espacio como el terreno permitía, mientras el resto se reunía en un bloque tras los guerreros provistos de las armaduras más pesadas. Jochi vio lanzas y arcos en las filas árabes, pero se sintió decepcionado al ver que no habían traído consigo a sus elefantes. Los príncipes árabes parecían muy apegados a la idea de emplear elefantes en la guerra. Por su parte, los mongoles se deleitaban volviéndolos locos con sus flechas y observando después con regocijo cómo pisoteaban a sus propias tropas.

Jochi observó la hondonada que se abría a sus pies valorando la empinada ladera que tendría que descender. La atravesaban infinidad de caminos de cabras en zigzag, pero estaba cubierta de matorrales y los caballos no tendrían problemas cargando en ese tipo de suelo. Echó una ojeada a izquierda y a derecha a lo largo de sus filas mientras se situaba en el mismo centro de la fila del frente. Sería su arco el que marcará la primera descarga de flechas y sintió la creciente confianza de los hombres a su alrededor mientras observaban el ejército que marchaba impasible hacia ellos. Los árabes hacían sonar sus cuernos y tambores mientras avanzaban, y era evidente que los jinetes de los flancos estaban nerviosos. El terreno en declive ya les estaba obligando a comprimirse y Jochi pensó que su líder tenía que ser un joven necio ascendido por su linaje y no por su talento. Cuando dio la orden de empezar a descender por el desfiladero central, la ironía de su propia posición le pareció divertida. Debía de haber muy pocos hijos de reyes o khanes que comandaran un ejército a pesar de sus padres, en vez de gracias a ellos.

Mientras su tumán adoptaba un lento trote, Jochi no dejó de vigilar la formación de las líneas para detectar cualquier fallo. Sus batidores estaban situados en un radio de muchos kilómetros, como Tsubodai le había enseñado. No se produciría ninguna emboscada, ninguna súbita aparición de reservas. Fuera quien fuera el líder de aquellas tropas que se encaminaban a liberar Samarcanda, se había tomado a los mongoles demasiado a la ligera y pagaría por ello. Jochi tocó una única nota en el cuerno que colgaba de su cuello y vio cómo sus guerreros extraían las pesadas lanzas de las vainas de las sillas de montar y se las colocaban sobre hombros y brazos entrenados y poderosos. Jochi aumentó la velocidad al medio galope, hizo un gesto de asentimiento a un portaestandartes y observó cómo la orden de ampliar la línea se propagaba entre sus hombres.

Se oyó una orden seca como un ladrido y el ejército rival lanzó una lluvia de flechas contra ellos. Demasiado pronto, pensó Jochi, viendo que la mitad se quedaban cortas mientras que el resto rebotaba inútil en los escudos y los cascos. Entonces aceleró su galope y, a partir de ese momento, le habría sido imposible detener a sus hombres aunque hubiera querido. Se deshizo de su nerviosismo y, de pie sobre los estribos, dejó que el ritmo de su montura controlara sus movimientos mientras colocaba una flecha en la cuerda de su arco.

A todo lo largo de las líneas mongolas, los hombres le imitaron. Los lanceros bajaron los afilados extremos de sus armas, calculando el mejor momento para golpear y matar.

Jochi disparó su flecha y otras seiscientas la siguieron al instante. Mientras alargaban la mano para coger otra, los lanceros hincaron los talones en sus cabalgaduras y se unieron formando una punta blindada que se adelantó al resto del ejército. Se lanzaron a galope tendido, atravesando o aplastando cualquier cosa que tocaban, abriendo un orificio como una boca roja. Los que les seguían no podían detenerse y Jochi, arrastrado hacia las entrañas del enemigo, perdió de vista a los

hombres que caían mientras preparaba una vez más su arco.

Frente a él, sus lanceros arrojaron al suelo los astillados mástiles y, todos a una, desenfundaron sus espadas. Los arqueros que iban tras ellos dispararon otra descarga hacia los lados, ampliando la brecha y haciendo que los hombres se retiraran a su paso como si quemaran. Jochi había dado con el mejor uso posible de las lanzas y los arcos y se sentía exultante ante la destrucción que había causado en apenas unos instantes. Sus filas de retaguardia se abrieron para envolver a las alas enemigas en una táctica que era casi la inversa de la maniobra de media luna que prefería su padre. Al poco, la cabeza de la columna rival empezó a bullir y, replegándose, perdió todo orden.

La montura de Jochi frenó hasta casi pararse, incapaz de avanzar más entre las filas que tenía delante, y el joven general desenvainó la espada. Presintió que aquél era el momento perfecto para iniciar el ataque por los flancos y alzó la vista hacia su hermano. Sólo tuvo tiempo para una mirada veloz y ya estaba defendiéndose con desesperación, desviando la punta de una lanza que amenazaba con derribarle de la silla. Volvió a mirar, incrédulo, pero el tumán de Chagatai seguía donde estaba, en la pendiente.

Jochi distinguió con total claridad la figura de su hermano menor, sentado sobre su caballo, con las manos relajadas apoyadas en la cabeza de cuero de su silla. No habían acordado ninguna señal para indicarle que debía atacar el flanco, pero Jochi hizo sonar su cuerno de todos modos y la nota vibró largamente por encima de las cabezas de sus hombres. También ellos vieron la inmovilidad de sus compatriotas y los que no comprendían lo que estaba sucediendo empezaron a hacer ademanes furiosos instándoles a que se unieran a la batalla antes de que las tornas se volvieran.

Lanzando una maldición, Jochi dejó caer el cuerno y la ira le invadió con tal virulencia que los siguientes dos golpes no le costaron ningún esfuerzo, como si la fuerza brotara sola de su brazo derecho. Al clavarle la espada a su rival en la juntura entre la armadura y el cuello, abriéndole un profundo tajo y haciéndole caer entre los móviles cascos de las monturas, deseó que aquel hombre fuera Chagatai.

Jochi se levantó sobre los estribos una vez más, buscando una salida por la que liberar a sus hombres del tumulto. Con las filas del frente enemigo todavía enredadas en los cuernos formados por sus mejores guerreros, lo más probable es que pudieran retirarse a tiempo. Si no los hubieran traicionado, podrían haberse liberado luchando, pero notó que el impacto de la traición sacudía las filas de sus hombres y se estaba cobrando su precio en vidas. El enemigo no tenía ni idea de por qué un general mongol había decidido quedarse quieto y no hacer nada, pero no tardó mucho en aprovechar esa ventaja.

Frustrado, Jochi gritó algunas órdenes, pero las líneas de jinetes árabes se abrieron, formando un arco de caballería pesada que ascendió por el terreno en cuesta para luego abalanzarse como una avalancha contra sus fatigados guerreros. Aun entonces, no se atrevieron a pasar demasiado cerca del flanco izquierdo, donde

Chagatai aguardaba para poder ver cómo despedazaban a Jochi. En fugaces momentos entre golpes, Jochi vio que algunos de los hombres de más rango discutían con su hermano, pero luego se vio absorbido de nuevo por la lucha.

Sus propios oficiales le miraban esperando que ordenara la retirada, pero Jochi era presa de la ira. Le dolía el brazo y la espada de su padre había perdido parte de su filo contra las armaduras de sus enemigos, pero sentía una furia desenfrenada y todo el que mataba era su hermano o el propio Gengis.

Sus hombres se dieron cuenta de que ya no miraba hacia las colinas. El hijo de Gengis peleaba con los dientes desnudos y blandía su espada con ligereza mientras clavaba los talones en su montura y ordenaba a su poni avanzar sobre los muertos. Su falta de miedo pintó una ancha sonrisa en sus rostros y le siguieron con un rugido. Los que habían sido heridos ignoraron sus heridas o dejaron de sentir las. También ellos se sumergieron en la lucha cuando su sangre respondió a la llamada. Un juramento había ligado sus vidas a Jochi y habían derrotado juntos a un inmenso ejército. No había nada que no pudieran hacer.

Sus soldados Chin luchaban con desahogada intensidad, abriendo una brecha cada vez más honda en la columna enemiga. Cuando la caballería árabe los empalaba con sus lanzas, aferraban las armas, arrancaban a los jinetes de sus monturas y hundían sus filos en ellos salvajemente hasta que ambos morían. No rehuirían las espadas y las flechas del enemigo con sus amigos rodeándolos. No podían.

Bajo la implacable presión de aquellos dementes guerreros, que agarraban con la mano las hojas ensangrentadas que los mataban, los árabes se desmoronaron y dieron media vuelta, propagando su terror a aquéllos que todavía no se habían unido a la lucha. Jochi vio a uno de sus oficiales Chin blandir una lanza rota como un garrote y pisotear a un moribundo para golpear con ella la cara de un árabe que montaba un excelente semental. El árabe cayó y el soldado Chin rugió triunfante, gritando un desafío en su propia lengua a hombres que no podían entenderle. Los mongoles se rieron al oír su tono fanfarrón y siguieron peleando mientras sus brazos se iban tornando pesados como el plomo y las heridas iban mermando su fuerza.

Más y más enemigos huyeron del feroz ataque y, durante un instante, Jochi quedó cegado por un chorro de sangre ajena. Le invadió el pánico al pensar que podían golpearle mientras no veía, pero entonces oyó el gemido de los cuernos de Chagatai atravesar el valle, seguidos por fin por el sonido atronador de sus caballos.

El tumán de Chagatai se abalanzó sobre un enemigo ya desesperado por escapar de sus atacantes. Jochi observó jadeante cómo se abría un espacio a su alrededor y nuevas flechas se clavaban en sus rivales, que huían en desbandada. Por un instante, vio de nuevo a su hermano, cabalgando como un rey antes de alcanzar el pie del valle y desaparecer de su vista. Jochi escupió una flema caliente y su cuerpo maltrecho deseó ardientemente asestar un golpe en el cuello de Chagatai. Sus hombres sabían lo que había sucedido. Le iba a resultar difícil evitar que se enfrentaran con aquéllos que se habían quedado parados observando, a salvo. Jochi maldijo para sí al imaginar a

Chagatai defendiendo el retraso, las palabras brotando como suave grasa de sus labios.

No había enemigos cerca de Jochi cuando pasó un pulgar por el filo de su espada, notando las muescas en el acero. Estaba rodeado de cadáveres, muchos de ellos hombres que habían cabalgado a través de las colinas y destruido a los mejores jinetes del sah. Otros hombres le miraron con la cólera todavía viva en los ojos. Chagatai se dedicó a destripar el resto de la columna árabe, derribando y pisoteando con sus caballos las banderas y estandartes en un suelo empapado de sangre.

Si trataba a Chagatai como su hermano merecía, ambos tumanes lucharían hasta la muerte, se alertó Jochi a sí mismo. Los oficiales de su hermano no le dejarían aproximarse a él con una espada, no cuando sabían la razón de su furia. Su vergüenza no impediría que desenfundaran las espadas y, entonces, sus propios hombres responderían. Jochi luchó contra el poderoso deseo de atravesar al galope el campo de batalla y hacer pedazos a su hermano. No podía acudir a Gengis para pedir justicia. Era demasiado fácil imaginar a su padre desdeñando sus quejas, considerando que se trataba de una crítica a la táctica de su hermano en vez de una acusación de asesinato. La frustración le cortaba la respiración mientras notaba cómo los sonidos de la batalla se alejaban de él, dejándole vacío. Y aun así, había obtenido la victoria, a pesar de la traición. Sintió que el orgullo por el valor de sus hombres se mezclaba con un odio y una impotencia que no podía evitar.

Poco a poco, Jochi limpió la sangre de la espada que le había ganado a Chagatai. Aquella noche se había enfrentado a la muerte luchando contra un tigre y este día lo había vuelto a hacer. No podía dejar pasar sin más lo que le habían hecho.

Salpicó el suelo con las gotas de sangre y empezó a cabalgar lentamente hacia su hermano. Intercambiando adustas miradas, sus hombres le siguieron, listos para volver a luchar.



**S**amarcanda era una ciudad atractiva. Gengis recorrió con su poni una amplia calle flanqueada de casas, seguido por el repicar de los cascos sin herrar sobre el irregular empedrado. En algún lugar, más adelante, había humo flotando en el cielo y se oía el fragor de una pelea, pero esa parte de la ciudad estaba desierta y sorprendentemente tranquila.

Sus hombres velaban por él, caminando a ambos lados con los arcos en ristre, dispuestos a castigar el más mínimo amago de movimiento. Habían hecho que la guarnición se retirara al interior de la ciudad en un orden que habría honrado a sus propios tumanes. Gengis se sorprendió al descubrir que habían preparado una segunda posición dentro de la propia ciudad, pero, después de todo, Samarcanda era un lugar sorprendente. Como con Yenking, había empezado a pensar que tendría que sitiarlos para vencerlos por el hambre, pero lo habían arriesgado todo en cuanto el ejército de liberación estuvo cerca. Su insistencia en la velocidad había dado fruto una vez más, al enfrentarse a un enemigo que subestimaba enormemente la fuerza de los tumanes.

Si se quedaba en las tierras del sah, sospechaba que en algún momento las ciudades árabes acabarían comunicándose entre sí y los oficiales más capaces idearían maneras de responder a sus ataques. Sonrió para sus adentros al pensarlo. Para cuando lo hicieran, toda Corasmia estaría bajo su control.

Había árboles a los lados de las calles, totalmente desarrollados, pero bien cuidados. Al pasar, Gengis vislumbró los discos de pálido blanco de las ramas podadas, así como las oscuras manchas en las polvorientas raíces que marcaban el nivel alcanzado por el agua de riego esa misma mañana. Meneó la cabeza, fascinado ante la dedicación que eso implicaba. Supuso que los hombres de ciudad disfrutaban de la sombra que los árboles arrojaban en el verano y tuvo que admitir que en la cálida brisa flotaba un aroma agradable. Tal vez incluso los hombres de ciudad necesitaban ver el extremo de las verdes hojas desde los balcones de piedra. De pie sobre los estribos, Gengis vio una pequeña hondonada de tierra rodeada de bancos de madera escalonados. Samarcanda albergaba muchas cosas extrañas en el interior de sus muros. Tal vez fuera un lugar donde los árabes se reunían para escuchar a sus oradores, o incluso para celebrar carreras de caballos. Sus hombres estaban llevando allí a los prisioneros y ya se había oscurecido con la apretada masa de gente, atados y enmudecidos por el terror.

Pasó junto a un pozo de piedra situado en un cruce de caminos y desmontó para examinarlo. Al asomarse, vio un oscuro círculo de agua al fondo. Siguiendo un impulso, cogió el cubo de cuero con su cuerda y lo dejó caer en el interior, sólo para oír el ruido del agua. Cuando lo sacó, bebió un largo trago, limpiándose el polvo de la garganta antes de pasárselo a uno de sus arqueros y regresar a la silla. Samarcanda estaba bien emplazada, en su posición entre un río y unos lagos. En ese tipo de

terreno se podía cultivar cualquier cosa y Gengis había visto mercados desiertos llenos de fruta y verdura fresca junto a la puerta principal. Se preguntó qué harían los habitantes de la ciudad con su tiempo si la comida y el agua eran tan abundantes. Después de la forma en la que la guarnición se había retirado, era evidente que no lo dedicaban a practicar con las armas. Sus tumanes, simplemente, los habían seguido hasta el interior de la ciudad, situándose demasiado cerca como para que pudieran cerrar las puertas. Era difícil abarcar las inmensas dimensiones de Samarcanda. Gengis estaba rodeado de caminos y casas, edificios grandes y pequeños. El palacio del sah dominaba el laberinto que lo circundaba, pero Gengis dirigió su montura hacia un minarete en forma de aguja al oeste de la ciudad: ese tipo de extrañas estructuras que se cernían sobre el resto despertaba su curiosidad. Si acaso, pareció crecer aún más a medida que se aproximaba.

El minarete se erguía sobre una amplia plaza rodeada de edificios achaparrados con contraventanas. Gengis casi no se dio cuenta de que sus oficiales iban abriendo las puertas de una patada y las inspeccionaban una a una buscando enemigos. Se oyeron gruñidos y refriegas, pero los guerreros conocían su oficio y los ruidos no duraron mucho. Más prisioneros fueron maniatados y arrastrados a la pista de carreras, y algunos de ellos miraron con ferocidad al hombre solitario que examinaba el minarete.

Gengis pasó la mano por la base de la estructura, disfrutando del tacto de los intrincados azulejos de la superficie. Cada uno estaba entrelazado con el siguiente y se sintió tentado de coger su cuchillo y extraer uno para mirarlo bien. La delgada torre brillaba bajo la luz del sol y, desde donde estaba, tenía que alargar el cuello para ver la parte superior. Al echarse hacia atrás, el sombrero que llevaba se desequilibró y cayó a sus pies. Sonrió, admirado de que los hombres pudieran construir cosas así, y luego se agachó para recogerlo.

Gengis se rió entre dientes mientras se volvía a colocar el sombrero en la cabeza. Uno de los hombres oyó el sonido.

—¿Mi señor khan? —preguntó, listo para recibir una orden.

—Estaba pensando que no me he inclinado ante nadie desde que llegué a estas tierras —respondió Gengis en tono despreocupado—, hasta que me he topado con esta torre.

El hombre sonrió al ver a su khan de tan buen humor. Tal vez se debiera a la naturaleza abierta de la ciudad que estaban recorriendo. En las ciudades chinas había muy poco espacio entre casa y casa en comparación con las ciudades árabes y Gengis no había conseguido imaginarse gobernar un lugar así. Allí, bajo el sol, lo veía posible. Los ciudadanos tendrían agua potable y los víveres de los mercados para alimentar a sus familias. Los granjeros los traerían todas las mañanas antes del amanecer y recibirían su pago en monedas de bronce y plata. Durante un instante, Gengis imaginó con claridad el funcionamiento de la ciudad, desde los mercaderes hasta los artesanos, los profesores y los escribas. De algún modo, todo el sistema

funcionaba, aunque todavía no lograba comprender de dónde llegaban todas las monedas en primer lugar. ¿Había minas en las proximidades? Y si las había, ¿quién convertía el metal en monedas y las entregaba para dar comienzo al comercio en Samarcanda? ¿El sah? Los detalles eran confusos y complejos, pero volvió el rostro hacia el sol y se sintió en paz. Había ganado otra batalla aquella mañana y enviado a sus hijos a destruir un ejército más que había llegado a liberar Samarcanda. Era un buen día.

El olor del humo se intensificó al llegar a la plaza y Gengis dejó a un lado sus divagaciones. Sus hombres deambulaban por todas partes haciendo prisioneros, pero la guarnición seguía luchando y volvió a montar para ir a supervisar la lucha. Con su línea de arqueros, se dirigió hacia las nubes de humo gris que se elevaban sobre la aturdida ciudad. Mientras cabalgaba, apretó con firmeza la boca. ¿Para qué servían los pozos y los patios si no podías defenderlos? Siempre había hombres hambrientos dispuestos a robar lo que tú habías construido. Un gobernante tenía que ser un necio para permitir que espieran sus ciudades y tomaran cuanto quisieran de ellas. No obstante, Gengis sabía que era posible defender una ciudad. Había derribado suficientes murallas a lo largo de su vida como para tener una idea clara de qué era más resistente frente a sus catapultas y ganchos. Se sintió tentado de probar su idea con uno de sus generales el invierno siguiente, Tsubodai preferentemente. Su general favorito disfrutaría del desafío. Si Tsubodai podía defender una de esas ciudades contra los tumanes mongoles, quizá Gengis consideraría dejarlas intactas para que las gobernara su propia familia. Si no, podría dejarlas atadas a una estaca, como las cabras que se utilizaban para cazar lobos en su patria.

Al entrar en una calle principal, Gengis vio cadáveres despatarrados en el suelo, la mayoría con la armadura que solían emplear los árabes de Samarcanda. Había un umbral salpicado de sangre que, aún brillante, se iba secando al sol, pero no había ningún indicio de cómo había llegado hasta allí. El chasquido de los arcos sonaba cada vez más fuerte y el khan pasó dos calles más antes de alcanzar el terreno del palacio del sah y los altos muros que lo circundaban. El humo era más denso allí, aunque parecía limitado a unas cuantas casas cercanas. Seguro que alguien había tirado al suelo una lámpara durante una pelea o le había dado una patada a un hornillo encendido al escapar a la carrera. Las llamas rugían con fuerza, aumentando la temperatura del ya caluroso día. Sus hombres pululaban en torno a la muralla del sah como hormigas furiosas, y redoblaron sus esfuerzos al descubrir de repente que su khan los estaba observando.

Gengis frenó para contemplar cómo sus hombres asaltaban el hogar del sah Alaud-Din. Al otro lado del muro, divisó una colina adornada con jardines de flores y, sobre la cumbre, vio un gran palacio. Ya fuera por azar o por diseño, los muros del terreno llegaban justo hasta la propia calle, interrumpidos sólo por amplias puertas de pesados barrotes de hierro a lo largo de toda su extensión. Gengis recorrió con la vista la calle que discurría junto a las dependencias palaciegas. Las casas tenían un

tono oscuro, pero estaban más limpias de lo que había esperado. Quizá la gente de Samarcanda tuviera cloacas bajo las viviendas o algún sistema para deshacerse de los residuos nocturnos. Reunir a tanta gente en un solo lugar tenía sus problemas y Gengis estaba empezando a apreciar la compleja inteligencia de Samarcanda.

Después de que sus hombres se hubieran esforzado para arrastrar las catapultas por las calles hasta aquel lugar, no había espacio para situarlas. Aunque los muros no medían ni tres metros de alto, la guarnición había elegido un buen emplazamiento para defender el palacio hasta la muerte.

Gengis observó cómo los mejores arqueros daban un paso atrás y disparaban sus flechas contra todo rostro que aparecía sobre el borde superior. ¿Había una plataforma al otro lado? Tenía que haberla. Gengis vio a algunos hombres dotados de armadura agachándose mientras las saetas pasaban silbando junto a sus cabezas. Pocos sobrevivían a esa distancia, a pesar de que llevaban pesados escudos y empuñaban las espadas y arcos desde detrás de aquella protección. Gengis vio a su chamán, Kokchu, exhortando a los guerreros a esforzarse al máximo. Todo cuanto llevaba era un taparrabos cubriéndole las caderas, mientras que el resto de su piel, pintada con líneas azul oscuro, se contorsionaba cada vez que se movía.

Con el chamán y el khan presentes, el ánimo de los guerreros se exaltó hasta el frenesí y golpearon la parte superior del muro con palos acabados en pinchos intentando derribarlo. Ya habían derribado parte y Gengis vio que una enorme grieta aparecía en el aparejo. Había estado a punto de ordenarles que se detuvieran mientras traían las catapultas. Las casas más próximas podrían haberse arrasado para crear una plataforma y entonces la muralla habría caído fácilmente, pero al ver la grieta se relajó. No tardaría mucho.

Por supuesto, Kokchu le había visto. Gengis notó cómo el chamán le observaba por el raballo del ojo. Recordó la vez que se conocieron, cuando Kokchu había llevado al khan naimano hasta la cima de una colina, alejándole de la batalla. Gengis le había otorgado sólo un año de vida, pero habían pasado muchos más desde entonces y su influencia había aumentado, hasta el punto de que ahora formaba parte del puñado de hombres leales que gobernaban a las órdenes del khan. A Gengis le gustaba la descarnada ambición del chamán. Le venía bien que sus guerreros respetaran a los espíritus, ¿y quién podía decir realmente si el padre cielo había bendecido a su khan? Las victorias se habían producido y Kokchu había desempeñado su papel.

De repente, Gengis frunció el ceño: sus pensamientos se detuvieron en otro recuerdo. Algo le daba vueltas en la cabeza pero no conseguía dar con las palabras que lo expresaran con claridad. Con un brusco gesto, llamó a uno de sus exploradores, siempre alerta a la espera de órdenes.

—Ve al campamento situado fuera de la ciudad —le dijo Gengis al saludable y joven guerrero—. Busca a mi esposa, Chakahai, y pregúntale por qué no puede mirar a Kokchu sin pensar en mi hermana. ¿Entiendes?

El joven hizo una profunda reverencia y asintió, memorizando la pregunta. No sabía por qué el khan estaba tan alterado en el día en el que habían conquistado una nueva ciudad, pero su tarea era obedecer y lo hizo sin cuestionar nada, alejándose al galope enseguida, sin volverse siquiera cuando el muro cayó hacia fuera, aplastando a dos guerreros que no se habían retirado a tiempo. Bajo la fría mirada del khan, Kokchu saltaba como una araña pintarrajeada y los guerreros entraron a la carrera con un bramido.

Chagatai observó cómo su hermano se dirigía hacia él. El grueso de su tumán estaba recorriendo a pie el campo de batalla, saqueando a los muertos o acabando con aquéllos que todavía se movían. Un núcleo de guerreros y oficiales seguían junto a él y Chagatai no tuvo que dar ninguna orden. Sabían por qué se aproximaba Jochi y se desplazaron sutilmente para rodear a su general. Muchos de los hombres de más edad envainaron deliberadamente sus espadas para no enfrentarse a un general con la hoja desnuda, aunque Chagatai se burló de ellos y les gritó enfadado cuando les vio hacerlo. Los que estaban más cerca de él eran jóvenes y estaban seguros de sí. Mantenían las armas en alto, bien visibles, con una expresión arrogante dibujada en el rostro. No les importaba que Chagatai hubiera dejado a su hermano en la estacada para que lo mataran. Su lealtad no estaba con el hijo de una violación, sino con el auténtico hijo, que un día heredaría el poder de su padre y sería khan.

Hasta los guerreros más jóvenes se pusieron nerviosos al ver a los hombres de Jochi. La guardia personal de Chagatai no había peleado ese día y los que venían con Jochi estaban húmedos de sangre, desde el pelo hasta las caras manchadas, pasando por la empapada tela de sus pantalones. Apestaban a sudor y a muerte y las sonrisas burlonas desaparecieron de los rostros de los jóvenes guerreros de Chagatai a medida que se iban acercando. Aquello no era ningún juego. Jochi temblaba, presa de una fuerte emoción, y ese día ya había matado.

No disminuyó la marcha al llegar a los guerreros que rodeaban a Chagatai. Su mirada no se separó ni un instante de su hermano mientras su montura empujaba a dos hombres que estaban a su lado y habían abierto la boca para advertirle de que no se acercara. Si se hubiera detenido un momento, sus nervios se habrían templado y le habrían hecho parar, pero no lo hizo. Pasó junto a dos hombres más antes de que un oficial más antiguo hiciera girar con brusquedad a su caballo y bloqueara el camino de Jochi hacia Chagatai.

El oficial era uno de los que había enfundado su hoja. Al situarse al alcance de la espada de Jochi, empezó a sudar y rezó para que el general no le derribara de un golpe. Notó que la mirada de Jochi se retiraba de su hermano y se posaba en el que se interponía en su camino.

—Quítate de mi camino —le ordenó Jochi.

El oficial palideció, pero negó con la cabeza. Jochi oyó cómo Chagatai se reía y

su mano apretó la empuñadura con cabeza de lobo.

—¿Tienes algún problema, hermano? —exclamó Chagatai, con un brillo malicioso en los ojos—. ¿Aun después de una victoria así? Hay demasiadas manos nerviosas por aquí. A lo mejor deberías regresar con tus hombres antes de que haya un accidente.

Jochi suspiró, ocultando bien la intensidad de su furia. No quería morir en un sitio así, pero se habían burlado de él demasiadas veces en su vida. Había contenido su ira hasta que los músculos se le habían agarrotado, pero aquel día se llevaría con él a su hermanito y su sonrisa.

Hincó los talones en su montura y el caballo dio un salto hacia delante. Jochi abofeteó al oficial, tirándole de la silla y dejando el paso libre para su montura. Detrás de él, sus hombres rugieron y atacaron.

Jochi tuvo el placer de ver la expresión de susto pintarse en el rostro de Chagatai antes de que varios hombres se interpusieran entre ellos. Los guerreros que le rodeaban se quedaron boquiabiertos ante el súbito choque de armas y se unieron a la lucha a la carrera. Jochi sabía que lo harían, pero sus propios hombres estaban lo suficientemente cerca para abrirse paso a la fuerza y su sangre ya estaba encendida. Asesinaron sin ningún reparo, pues su cólera era tan honda como la suya.

La respuesta de los exaltados jóvenes de Chagatai no fue lenta. En apenas unos instantes, estaban luchando y dando tajos a los hombres que los atacaban con sus espadas. Jochi sintió que su caballo desaparecía bajo sus piernas y resbalaba hasta el suelo. La rodilla le falló y se tambaleó. Tenía la pierna derecha amoratada por la sangre de una herida anterior. Dio otro paso hacia delante, se agachó ante un golpe salvaje y hundió profundamente su irregular filo en la axila de un rival.

Chagatai vio a su hermano herido y a pie y gritó, espoleando a su caballo a través de sus propios hombres. Los hombros del animal los derribaron y, de repente, estaba frente a Jochi. Dio un golpe en forma de arco y, al apartarse, Jochi estuvo a punto de caer bajo los cascos de su caballo cuando la pierna le volvió a fallar. Chagatai abandonó cualquier pretensión de estilo y blandió la espada como un loco. Le habían atacado mientras estaba con sus propios hombres y nunca había tenido una oportunidad mejor para sacarse esa espina que era su hermano.

Con un escalofriante crujido, un guerrero enloquecido que estaba junto a Jochi le rompió la pata al caballo de Chagatai. El animal se desplomó hacia un lado y a Chagatai no le dio tiempo a sacar los pies de los estribos. Cuando su barbilla chocó contra el suelo, chilló y estuvo a punto de perder el conocimiento por el dolor. Sintió que alguien le quitaba la espada de la mano con una fuerte patada y, cuando levantó la vista, se encontró a Jochi frente a él con una terrible expresión de triunfo en el rostro.

El tumán de Chagatai bramó al verle caer y en aquel momento perdieron toda precaución, atacando a los hombres de Jochi con una furia enardecida.

Jochi sentía que la sangre que manaba de sus heridas le iba arrebatando las

fuerzas. Alzó la espada con gran esfuerzo clavando la mirada en los ojos de Chagatai. La dejó caer sin pronunciar palabra. No notó la flecha que le golpeó en el pecho, haciéndole girar antes de poder descargar la hoja. Su conciencia empezó a abandonarle y no sabía si había matado al hermano que deseaba con tanta desesperación matarle a él.

Chagatai lanzó nuevas órdenes y, si acaso, la lucha se intensificó a medida que llegaban más y más hombres de Jochi. La contienda continuó y cientos de hombres murieron para vengar a su general caído, o para salvarle. No lo sabían. Un apretado grupo de hombres de Jochi lograron liberarse de la melé llevándose entre ellos su cuerpo lacio, del que la flecha todavía sobresalía. Mientras se alejaban, en ambos bandos, algunos guerreros de más edad hicieron sonar la señal de retirada.

Entre gruñidos y gemidos de dolor, los tumanes se separaron y por fin se abrió un terreno vacío entre ellos. Los oficiales minghaan insultaron y alejaron a sus hombres a puntapiés, recurriendo a la empuñadura de sus espadas para derribar a más de uno que trataba de colarse entre ellos. La cadena de mando fue recuperando a los hombres y en cada jagun de cien, en cada arban de diez, los respectivos oficiales bramaban ordenando a sus guerreros que no atacaran.

Los tumanes se miraron, jadeantes, horrorizados al ver a los muertos, al comprender lo que habían hecho. El nombre de Gengis podía oírse en susurros y todos los hombres empezaron a temer la reacción de su khan cuando se enterara de lo sucedido. Nadie se movió mientras los guerreros de Jochi comprobaban su estado y, de pronto, un desordenado coro de gritos de júbilo retumbó en toda la hondonada entre colinas. La flecha no había penetrado en su armadura. Todavía vivía, y cuando Chagatai lo oyó escupió en el suelo, furioso por la suerte que seguía a aquel cachorro nacido de una violación. Aguantó el dolor mientras le entablillaban la pierna con una larga astilla de una lanza rota, mordiéndose el labio mientras le ataban la carne inflamada a la madera en tres lugares entre la rodilla y el tobillo. Le ayudaron a montar y el mismo eco de júbilo se escuchó cuando los suyos le vieron con vida, aunque sonaba apagado por el miedo. Habían obtenido la victoria en la batalla y ahora se marcharían juntos de aquel valle entre colinas, pero había surgido una enemistad a muerte que sólo podía concluir con la sangre o las llamas.

Por la noche, Chakahai atravesó sobre su poni gris las oscuras calles, con hombres más oscuros aún cabalgando a su lado. El aire en la ciudad era más cálido que en el campo, como si el empedrado mantuviera el calor para luego dejarlo salir poco a poco en la oscuridad. Era fácil dejar volar la imaginación mientras avanzaba hacia el palacio de la colina, donde Gengis la esperaba. La ciudad estaba llena de pájaros que murmuraban desde todas las cornisas y tejados. Se preguntó si les habría inquietado el movimiento de los soldados, o si siempre se posaban en las cálidas tejas de Samarcanda. Por lo que ella sabía, se trataba de un hecho benigno, natural, pero su

presencia le hacía sentirse incómoda y le inquietaba el continuo sonido de alas batiéndose sobre su cabeza.

Lejos, a su derecha, se oyó el grito de una mujer, invisible. Vislumbró el débil refulgir de las antorchas de los guerreros sin esposa, que se habían dirigido a las pistas de carreras y estaban arrancando a las muchachas de los brazos de padres y maridos, dejando al resto allí para que Gengis decidiera sobre su destino al próximo amanecer. El rostro de Chakahai se crispó al imaginarse la escena, afligiéndose por las que aquella noche sentirían las ásperas manos de los guerreros. Había vivido entre los mongoles durante muchos años y había encontrado numerosos motivos para amar al pueblo del mar de hierba. Y, sin embargo, seguían robando a las mujeres de los que conquistaban sin darle la más mínima importancia. Suspiró para sí mientras llegaba al agujero en el muro que daba paso a los perfumados jardines del sah. El deseo que despertaban, que movía a los hombres a secuestrarlas durante la noche, era la tragedia de las mujeres. Sucedió en el reino de su padre, en las tierras Chin, y también entre los árabes. Su marido no veía nada reprochable en esa costumbre, decía que las razias en busca de mujeres mantenían despiertos a sus hombres. Chakahai se estremeció como si un frío repentino le hubiera rozado los brazos desnudos.

Olió el aroma de la muerte ahogando el de las flores en los jardines del sah. Los cadáveres yacían amontonados en enormes pilas junto al muro, y ya habían empezado a corromperse por el calor. Allí el aire parecía arder, olía a viciado y no podía refrescar a la princesa, que respiraba por la nariz y trataba de no pensar en los ojos fijos de los muertos. Sabía que el hedor transmitía la enfermedad. Por la mañana se aseguraría que Temuge hiciera que los alejaran de allí y los quemaran antes de que alguna plaga hiciera estragos en el ejército de su esposo.

Flanqueado por los guardias armados, su caballo ascendió con cuidado los amplios escalones diseñados para la anatomía humana en dirección al palacio que se alzaba imponente sobre la cumbre de la colina. Mientras avanzaba, reflexionó sobre la pregunta de Gengis y su posible significado. No la comprendía y eso le provocaba una sensación de náusea en el estómago de la que no podía deshacerse. Kokchu no estaría presente cuando hablara con su marido, ¿no? La idea de los feroces ojos del chamán atravesándola hizo que sus náuseas se acentuaran. Suspiró, preguntándose si se habría vuelto a quedar embarazada, o si el mareo era sólo la consecuencia de tanto dolor e ira a su alrededor durante tanto tiempo.

Su amigo Yao Shu no tenía demasiado talento para la medicina, pero conocía los principios del estado de equilibrio. Chakahai decidió ir a visitarle cuando regresara al campamento. Los mongoles no buscaban la paz interior, pero ella creía que era peligroso concentrarse en la violencia y en la sangre caliente durante largos periodos de tiempo. El descanso y la calma eran necesarios, incluso para quienes no tuvieran ninguna noción de las enseñanzas de Buda.

Chakahai desmontó cuando los escalones llegaron a un patio cercado por unos muros. Sus guardias la cedieron a otros guerreros que estaban esperándola y



Chakahai los siguió a través de oscuros pasillos, preguntándose por qué nadie se había preocupado de encender las lámparas que colgaban a ambos lados. En verdad la raza de su marido era un pueblo extraño. La luna ascendió en el cielo y arrojó una luz gris que se filtraba por las altas ventanas en forma de arco, haciéndole sentir como un fantasma que caminaba entre los muertos. Todavía podía oler los cadáveres en el pesado aire y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

Chakahai encontró a Gengis sentado en un trono en una gran cámara abovedada. Aunque llevaba unas zapatillas ligeras, sus pasos resonaron como susurros en todos los rincones. Los guardias se detuvieron a la puerta y ella se aproximó a su marido, buscando nerviosamente con la mirada algún rastro del chamán.

Gengis estaba solo en la sala del trono del sah, contemplando la ciudad que se revelaba ante él bajo un gran arco. La luna hacía que Samarcanda pareciera una intrincada maqueta que se extendía en todas direcciones.

Chakahai siguió su mirada y por un momento permaneció de pie, en silencio, absorbiendo lo que veía. Su padre había gobernado desde un palacio así y las vistas le provocaron una punzada de nostalgia sorprendentemente intensa. Sin duda su marido continuaría avanzando pronto y tendría que volver a la vida en las gers, pero allí, por un momento, le fue posible recordar la paz y la belleza de un gran palacio y olvidar a los muertos que cubrían los terrenos que lo circundaban.

—Aquí estoy, esposo mío —dijo por fin Chakahai.

Gengis se giró hacia ella, saliendo de su ensueño.

—¿Has visto? —inquirió, señalando con un gesto la ciudad iluminada por la luna —. Es muy hermosa.

Chakahai sonrió y asintió.

—Me recuerda un poco a los Xi Xia y a la capital de mi padre.

Gengis asintió, pero Chakahai notó que algo le atormentaba y que su mente apenas estaba con ella.

—Enviaste a un hombre a hacerme una pregunta —le animó.

Gengis suspiró, apartando sus pensamientos sobre el futuro. El día había comenzado tan bien, pero había terminado con Jochi y Chagatai peleando delante de los hombres, abriendo heridas en su ejército que incluso a él le costaría cerrar. Volvió sus fatigados ojos hacia su segunda esposa.

—Sí. Estamos solos —dijo. Chakahai lanzó una mirada hacia los guardias que todavía ocupaban las esquinas de la estancia, pero Gengis no pareció consciente de su presencia mientras proseguía—. Dime por qué no puedes mirar a Kokchu sin pensar en mi hermana. ¿Qué quieres decir con eso?

Chakahai dio un paso hacia Gengis y posó sus frescas manos en la frente de su marido mientras él abría los brazos para acogerla.

El khan emitió un suave gruñido al sentir su tacto, y dejó que la princesa le aliviara.

—Él fue quien la encontró, esposo, después del ataque contra el campamento.

Cuando le veo, veo el momento en el que Kokchu salió de la tienda de Temulun. Su rostro estaba desfigurado por el dolor y esa imagen todavía me persigue.

El khan permaneció inmóvil como una estatua mientras hablaba y Chakahai notó que se alejaba de ella. Gengis le tomó las manos y las separó con suavidad, pero las apretó tanto que casi le hizo daño.

—No fue él quien la encontró, Chakahai. Uno de mis hombres me dio la noticia cuando inspeccionaba las gers después de que el sah saliera huyendo.

Bajo la luz de la luna, sus ojos despedían un resplandor frío mientras meditaba sobre lo que su mujer le había dicho.

—¿Le viste? —susurró Gengis.

Chakahai asintió, con un nudo de horror cerrándole la garganta. Tragó saliva para poder responder, empujando las palabras para que brotaran de su boca.

—Fue cuando terminó la lucha. Yo iba corriendo y le vi salir de la tienda de tu hermana. Cuando oí que había sido asesinada, pensé que era él quien te había comunicado la noticia.

—No —contestó Gengis—. Él no me dijo nada, ni entonces ni más tarde.

Gengis le soltó las manos y Chakahai se tambaleó ligeramente, abrumada por lo que acababa de comprender.

—No digas nada, Chakahai —le pidió su esposo—. Trataré con el chamán a mi manera. —Maldijo en voz baja, ladeando de repente la cabeza y dejándole ver la pena que le invadía—. Éste ha sido un día aciago.

Una vez más, la princesa avanzó hacia sus brazos, acariciándole el rostro para suavizar el dolor.

—Lo sé, esposo mío, pero ahora ha acabado y podrás dormir.

—Esta noche no, no después de esto —dijo Gengis en un susurro.

## XXVI

**P**asaron tres días antes de que Gengis convocara a sus hijos en la cámara de audiencias del palacio de Samarcanda. Por orden suya, Kachiun, Khasar y Jelme habían regresado con sus tumanes, dejando tras de sí ciudades en ruinas.

El día había sido caluroso y el olor a fuego, sudor y grasa era penetrante en el espacio cerrado. También Temuge había recibido orden de asistir y con él casi setecientos oficiales de alta graduación llenaban la sala de ecos mientras aguardaban la llegada de Gengis. Yao Shu estaba presente, quizá el único hombre entre ellos que no tenía a otros bajo su mando. El chamán, Kokchu, estaba acucillado al pie del trono de frente a la multitud, con la mirada vacía clavada en el suelo.

Cuando el sol se puso y se encendieron las antorchas de las paredes, Gengis entró sin fanfarria ni séquito alguno y su mirada fue recorriendo la muchedumbre reunida y fijándose en los rostros de sus hermanos e hijos, desde Jochi, Chagatai, Ogedai y Tolui hasta la niña de menos edad que le había dado su esposa Chakahai. Los más pequeños estaban con su madre y con Borte, mirando asombrados el alto techo. Nunca antes habían visto una ciudad y alzaban los ojos con nerviosismo, preguntándose qué impedía que se desplomara sobre sus cabezas. Uno de los niños de Chakahai empezó a berrear, pero fue Borte quien lo cogió en brazos y le canturreó para serenarle. Otras esposas de hombres de alto rango aguardaban también allí, aunque faltaba la madre de Gengis, Hoelun, que seguía aislada en el dolor por la pérdida de su hija. Desde que Temulun había muerto, Hoelun se había retirado de los asuntos de las tribus y tanto Chakahai como Borte notaban vivamente la pérdida que suponía no contar con su sabiduría.

Aquel día el khan había prescindido de la armadura y había adoptado el sencillo atuendo que llevaban sus pastores. Un deel le cubría la túnica y los pantalones que acompañaban sus flexibles botas de cuero. Su limpia tez, sobre la que acababa de extender grasa de cordero, relucía saludable. Llevaba los cabellos atados a la espalda bajo un sombrero cuadrado, con un bordado ornamental apenas perceptible. A medida que la estancia se iba inundando de luz amarilla, los que estaban más cerca de él notaron el tono gris en las sienes, pero su aspecto era vital y alerta, y su presencia suficientemente poderosa para hacer que cualquier movimiento de la multitud cesara al instante. Sólo faltaban Tsubodai y Jebe, junto con todos sus oficiales minghaan y sus jaguns. A Gengis le habría gustado esperarles, pero no se había sabido nada de la persecución del sah y los demás asuntos se presentaban ante él, insoslayables, cada uno más urgente que el siguiente.

Con el trono a su espalda, Gengis miró a Jochi y a Chagatai, situados en la primera fila de la silenciosa multitud. Ambos exhibían las marcas de la batalla que habían entablado. Chagatai se apoyaba con todo su peso en un bastón para aliviar su pierna entablillada y sudaba visiblemente. En la cara de Jochi había graves

magulladuras y también cojeaba. Sus cortes acababan de dejar de sangrar y se empezaban a formar costras. No consiguieron leer la expresión de su padre. Había adoptado la expresión impasible del guerrero y ni siquiera los que le conocían bien podían juzgar cuál era su estado de ánimo o adivinar para qué los había llamado. Mientras Gengis le miraba, Jochi alzó la cabeza con una expresión idéntica a la de su padre. Al menos, él no tenía esperanzas de que el resultado de la reunión fuera favorable, pero se negaba a mostrarse asustado. Había pasado tres días aguardando un llamamiento de algún tipo. Ahora que había llegado, era casi un alivio.

Gengis dejó que el silencio creciera mientras se situaba frente a ellos. Conocía a muchos de los hombres y mujeres que llenaban la sala. Aun aquéllos que eran extranjeros pertenecían ahora a su pueblo. Conocía sus defectos y debilidades tan bien como los suyos propios, o mejor. Los había llevado hasta allí desde las colinas de su hogar, había tomado los distintos senderos de sus vidas y los había unido a la fuerza en un solo camino. Mientras esperaban a que el khan hablara, ya no eran un grupo de tribus independientes entre sí. Todos ellos eran suyos, hasta el último niño. Cuando por fin tomó la palabra, su voz llenó la estancia, con un tono más calmado de lo que ninguno de ellos hubiera esperado.

—Esta noche nombraré a un heredero —anunció.

El hechizo se mantuvo y nadie osó moverse, aunque Chagatai y Jochi intercambiaron una silenciosa mirada furtiva, ambos muy conscientes de la presencia del otro.

—No viviré eternamente —continuó Gengis—. Soy suficientemente viejo para recordar la época en la que todas las tribus estaban enfrentadas entre sí. No permitiré que esos días regresen cuando yo no esté. En esta habitación, he reunido a todos los hombres y mujeres de poder que posee la nación, salvo los que están con Tsubodai y Jebe. Todos vosotros habéis prestado juramento ante mí, entregándome vuestras vidas y vuestro honor. Haréis lo mismo con mi hijo.

Hizo una pausa, pero nadie se atrevió a moverse. En el asfixiante aire, algunos contuvieron el aliento. Gengis asintió para sí.

—Doy las gracias delante de todos a mi hermano Kachiun, quien asumió la carga de ser mi heredero mientras mis hijos crecían hasta alcanzar la edad adulta. —Buscó a su hermano con la mirada y éste le contestó con una mínima inclinación de cabeza—. Tus hijos no gobernarán la nación, Kachiun —dijo Gengis, sabiendo que su hermano comprendía la necesidad de pronunciar aquellas palabras en voz alta—. Puede que lleguen a gobernar otros pueblos y otras tierras, pero el Gran Khan surgirá únicamente de mi elección y mi semilla. Serás el primero en prestar juramento ante mi hijo, después mis hermanos Khasar y Temuge y, a continuación, todos los demás hombres y mujeres congregados en esta estancia.

Volvió a alzar la vista para mirarlos y todos sintieron como si sus ojos ambarinos los dejaran desnudos.

—No somos nada más que la palabra que damos. Si no podéis arrodillaros ante

mi hijo, podéis marcharos y llevaros vuestras vidas con vosotros antes de que salga el sol. Ésa es la única elección que permitiré.

Volvió a hacer una pausa, cerrando los ojos durante un instante cuando el dolor y la furia amenazaron con abrirse paso y salir al exterior.

—Da un paso adelante, Ogedai, mi heredero —ordenó.

Todos los ojos se posaron en el guerrero de dieciséis años. Durante el tiempo pasado en tierras árabes, casi había alcanzado la estatura de su padre. El esbelto muchacho que había regresado con Kachiun de una ciudad Chin apenas era ya visible en los duros trazos de su rostro, pero, conmocionado por las palabras de su padre, seguía pareciendo muy joven. Tenía los ojos tan pálidos como los del khan, grandes y fijos. No se movió y Borte tuvo que darle un suave empujón para que avanzara a través de la abarrotada sala, mientras hombres de más edad se hacían a un lado para dejarle pasar. Sólo Chakahai y ella sabían lo que iba a suceder. Ambas mujeres habían aconsejado a Gengis a lo largo de los anteriores días y, por una vez, había escuchado. Lágrimas de orgullo asomaban a los ojos de ambas.

Gengis hizo caso omiso de la airada mirada de Chagatai y Jochi mientras hacía que su tercer hijo, estupefacto, diera la vuelta para situarle de frente a la muchedumbre.

—El hombre que lidere la nación no deberá ser débil —dijo Gengis—. No debe ser propenso a actuar de manera impetuosa o por rencor. Debe utilizar su mente primero, pero cuando decida actuar, debe ser tan rápido como las fauces de un lobo, y no tener piedad. Las vidas de muchos hombres dependen de él y una decisión equivocada puede destruir todo lo que mis hermanos y yo hemos construido.

Los puños apretados de Gengis dejaban traslucir un poco de la furia que le embargaba por dentro y respiró profundamente.

—Soy el khan del mar de hierba, del pueblo de plata. He elegido a mi heredero, como es mi derecho. Que el padre cielo y la madre tierra destruyan a cualquier hombre o mujer que se interponga en su camino.

Las cabezas se inclinaron con nerviosismo entre la multitud, que Kachiun atravesó para situarse ante Gengis y Ogedai. Gengis esperaba con la mano apoyada en la empuñadura de su espada, pero Kachiun se limitó a sonreír. Al ver a Ogedai tan inquieto, Kachiun le guiñó el ojo antes de postrar una rodilla ante él.

—Presto mi juramento por propia voluntad, Ogedai, ante ti, el hijo de mi hermano y su heredero. Esperemos que el día que heredes el puesto llegue dentro de muchos años, pero hasta entonces, prometo honrar la orden de tu padre. Ese día juraré seguirte con gers, caballos, sal y sangre.

Khasar había seguido a Kachiun de cerca y él también se arrodilló y habló, con la mirada llena de orgullo. No podían prestar el juramento completo al khan mientras Gengis viviera, pero todos juraron honrar al chico como su heredero. Cuando la tensión disminuyó, Gengis retiró su mano derecha de la espada y la posó en el hombro de Ogedai. Temuge finalizó el juramento y Jochi y Chagatai dieron un paso

adelante. De todos los presentes en aquella habitación, era de aquellos dos generales de quienes Gengis necesitaba oír cómo daban su palabra públicamente, para que no hubiera ningún tipo de duda. Por encima de todo, los hombres y mujeres de más rango de la nación estaban allí como testigos de ese momento.

Jochi hizo una mueca de dolor al arrodillarse, aunque se obligó a sonreír a Ogedai. En lo más hondo de su corazón, Jochi siempre había sabido que él no sería el heredero. Todavía no estaba seguro de si su padre dejaría las cosas así, o si le impondría algún otro castigo por la locura de su pelea con Chagatai. Allí al menos había salido triunfante: Chagatai tampoco heredaría el poder y él sí se había sentido seguro de que algún día lideraría la nación. Las esperanzas truncadas de Chagatai actuaban como airag caliente en la sangre de Jochi.

Con la pierna rota, Chagatai no podía arrodillarse como los demás. Vaciló ante la mirada de su padre y los oficiales que los rodeaban le miraron fascinados cuando el problema se hizo evidente.

—Toca el suelo al estilo Chin, tendido en el suelo, Chagatai —ordenó Gengis con frialdad—. Ya que estás herido, puedes hacer eso.

El rostro de Chagatai se tiñó de rojo intenso mientras descendía con cuidado y tocaba la fría piedra con la frente. No era difícil adivinar que su padre le infligiría un castigo brutal si intentaba demorarse.

Por su parte, Ogedai parecía estar encantado de ver a Chagatai tendido a todo lo largo en el suelo. Esbozó una ancha sonrisa mientras su hermano pronunciaba las palabras rituales antes de apoyarse en su bastón para volver a ponerse en pie con dificultad. En la muchedumbre, Yao Shu tampoco pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro. Verdaderamente, el karma tenía su lugar en el mundo si él había vivido para ver a ese estúpido joven humillarse delante de toda la nación. La necesidad de venganza le abandonó, dejándole vacío y usado. Yao Shu meneó la cabeza con tristeza al darse cuenta de en lo que había permitido que le convirtieran los campamentos mongoles. Aquélla era su segunda oportunidad y se prometió renovar sus estudios y volver a enseñar a los hijos del khan. Su rostro se iluminó al pensar en trabajar con Ogedai. El muchacho era ingenioso y si la violencia que llevaba en la sangre podía templarse, algún día sería un excelente khan.

Pasó mucho tiempo hasta que todos los hombres y mujeres de la sala hicieron su juramento ante Ogedai. Cuando terminaron, la noche casi había acabado y hacia el este el cielo brillaba gris. Gengis no se había preocupado de hacer que les trajeran agua. Cuando el último oficial de un arban se puso en pie, el resto de los presentes prorrumpió en vítores, comprendiendo que aquella noche habían visto el comienzo de una dinastía, en una ciudad situada sobre una colina. Bajo la mirada del gran khan, incluso los oficiales de Jochi y Chagatai se unieron con entusiasmo al júbilo general, aliviados de que no hubiera habido derramamiento de sangre. Gengis alzó la mano para hacerles callar.

—Ahora marchaos, y decidles a vuestras familias lo que habéis visto aquí. Hoy

celebraremos una fiesta en Samarcanda para marcar la ocasión.

Su gesto se tornó tirante mientras el gentío empezaba a charlar y a sonreír, dirigiéndose hacia las grandes puertas que se abrían en ambos extremos de la sala.

—¿Kachiun? Khasar y tú quedaos. Tú también, Temuge. Necesito a mis hermanos a mi lado para hacer lo que me queda por hacer.

Mientras sus tres hermanos se detenían, con expresión sorprendida, Gengis se volvió hacia donde Kokchu seguía acucillado junto a él.

—He preparado unos caballos ahí fuera, chamán. Me acompañarás.

Kokchu inclinó la cabeza, ocultando su confusión.

—Como deseas, mi señor khan.

Cuando salió el sol, Gengis abandonó lentamente Samarcanda, sus tres hermanos y el chamán iban con él y les acompañaba una montura extra. Al principio, Temuge había hecho varias preguntas, pero cuando Gengis no respondió, se había quedado tan callado como su hermano. Ninguno de ellos sabía hacia dónde les conducía Gengis, o por qué su estado de ánimo parecía tan oscuro aquel día.

Las familias de la nación habían acampado a unos cuantos kilómetros de Samarcanda, lejos del alcance de las líneas de batalla. Gengis no vaciló cuando llegó a las primeras filas de gers, cada una de ellas adornada por una línea de humo blanco que ascendía con morosidad en el aire. Ya había bullicio en el campamento. Los mongoles disfrutaban de esa parte del verano, antes de que el calor se intensificara. Con el río y los lagos al norte, había incluso suficiente humedad en el aire para cubrir la hierba de rocío y el sol lo hacía relucir por un breve periodo antes de que se evaporara a causa de su calor.

Los que ya estaban levantados y fuera de las tiendas saludaron con respeto al khan y a sus hermanos cuando pasaron por su lado, manteniendo las cabezas gachas y evitando mirar a los grandes de la nación. Los perros ladraron, nerviosos, pero Gengis hizo caso omiso de todos ellos mientras avanzaba con su caballo a través del laberinto. Pasó junto a su propia tienda sobre el carro y, por fin, desmontó junto al pequeño hogar de su madre.

—Nokhoi Khor —dijo con suavidad, un saludo tanto como una petición a su madre para que agarrara a su viejo perro antes de que pudiera salir corriendo y atacar. A Gengis nunca le habían gustado los perros y no tenía ninguno propio. Esperó unos momentos y luego se volvió hacia el pequeño grupo que lo acompañaba. Entre ellos, representaban el poder gubernamental de la nación mongola. Únicamente Ogedai estaba por encima de ellos y eso sólo después de aquella noche.

—Esperadme —ordenó Gengis y se agachó antes de abrir la puerta de madera pintada que daba a la casa de su madre.

El interior estaba oscuro. Su madre todavía no había retirado la cobertura de fieltro que dejaba entrar la luz en la ger durante el día. La claridad que penetraba a

través de la puerta abierta le permitió ver una figura acurrucada en la cama. Su viejo perro dormía hecho un ovillo junto a sus piernas y le enseñó los dientes cuando se acercó, haciendo brotar un suave y sordo gruñido de su garganta.

Gengis tragó saliva.

—Dile a tu perro que salga, madre. Tengo que hablar contigo.

Con cara de sueño, Hoelun abrió los ojos. Todavía los tenía enrojecidos por el airag que utilizaba para poder dormir sin soñar. Volvió a cerrar uno casi inmediatamente, crispando el rostro por el dolor que martilleaba su cabeza. Gengis percibió el penetrante olor a orina de la tienda y el olor más fuerte a carne que llevaba tiempo sin lavarse. Le entristeció ver los cabellos canos de su madre revueltos y descuidados y supo que debería haberla hecho salir de su pena mucho antes de ese momento. Cuando le miró, parecía una anciana agotada. Mientras que él había enterrado su tristeza en el ataque a la ciudad, llenando sus días con planes y acción, ella se había quedado sola con el dolor y el proceso había ido desgastándola.

Gengis suspiró para sí. Sacó la cabeza fuera de la tienda una vez más, parpadeando por el cambio de luz.

—Necesito que cojas a su perro, Kachiun. Y necesito comida y té y leña para la estufa. ¿Puedes traerlos tú, Khasar?

Dio un paso atrás para permitir que Kachiun cogiera al viejo can de la cama de su madre. Cuando Kachiun alargó los brazos hacia él, el perro dio un salto e intentó morderle. Kachiun simplemente le propinó un golpe en el morro y lo arrastró fuera de la cama. Luego le dio un puntapié en dirección a la puerta y el perro salió corriendo hacia el exterior, todavía ladrando.

—Deja al perro en paz —dijo Hoelun, irritada.

Cuando se incorporó y se dio cuenta de que dos de sus hijos estaban en la ger, se pasó una mano por el pelo de manera automática y les lanzó una mirada furiosa. Gengis notó que, a lo largo de los últimos meses, había perdido peso de manera alarmante. La culpa le inundó por no haberse asegurado de que alguien la cuidaba. Chakahai y Borte le habrían traído comida y le habrían cambiado la ropa, ¿no?

—¿Qué pasa? —preguntó Hoelun, haciendo una mueca al sentir cómo el dolor de cabeza se redoblaba. Renunció a intentar arreglarse el pelo y dejó que sus manos cayeran sobre las mantas que había en su regazo, dejando a la vista unas uñas amarillas y sucias.

Se había dirigido a Kachiun, pero éste sólo se encogió de hombros y miró a Gengis.

—Métete un poco de té salado caliente en el cuerpo y después hablaremos —pidió Gengis en tono neutro. En la pequeña tienda, oyó cómo la barriga de su madre rugía llena de gas y no se sorprendió cuando retiró las grasientas mantas y se puso en pie. No habló mientras metía los pies en un par de suaves botas y abandonaba la ger para visitar unas letrinas cercanas.

Kachiun miró a su hermano con expresión avergonzada.



—¿Por esto nos has llamado? —inquirió—. No sabía que su estado era tan malo; lo siento.

—Ni yo tampoco —confesó Gengis—. ¿No he tenido las manos ocupadas con mil y una cosas desde que Temulun murió?

Entonces apartó la mirada, consciente de la debilidad de sus palabras.

—Lo arreglaremos, después de hoy —afirmó Gengis.

Khasar regresó justo antes que su madre, de modo que ella le siguió al interior de la tienda. También él se sintió impresionado por la esquelética figura que se acomodó en la cama. Khasar la abrazó formalmente, pero hizo una mueca para sí mientras preparaba el fuego en la estufa y encendía la yesca con pedernal y acero, soplando hasta que una pequeña llama apareció en su mano.

Tenían la sensación de que el té estaba tardando años en hacerse y fue el propio Gengis quien sirvió la primera taza para su madre. Ella dio un sorbo y sus ojos fueron perdiendo parte de su vacuidad a medida que el calor se propagaba por su anciano cuerpo.

—¿Qué quieres, Temujin? —preguntó por fin, utilizando su nombre de niño, algo que nadie más en el campamento se atrevía a hacer.

—Venganza para mi hermana —contestó Gengis, con una voz que era casi un susurro.

Los ojos de Hoelun, grandes y oscuros en la penumbra, se cerraron como si le hubiera pegado.

—No quiero oírlo —dijo Hoelun—. Vuelve mañana y estaré más fuerte.

Pero Gengis fue implacable. Tomó el tazón vacío de té de sus manos y negó con la cabeza.

—No, madre. Vístete o enviaré a un criado para que lo haga. Vendrás con tus hijos hoy, lejos del campamento.

—Sal de aquí, Temujin —ordenó ella, con la voz más potente que antes—. Llévate contigo a tus hermanos. Estoy esperando para morir, ¿no lo entiendes? He desempeñado mi papel en vuestra vida y en la de vuestra nación. He estado allí desde el principio y sólo me ha traído dolor. Marchaos y dejadme atrás como siempre habéis hecho.

Cuando Gengis contestó, su tono era amable.

—No me iré, madre. ¿Kachiun? Dile a Temuge que tendrá que esperarnos un rato. La lavaré y la vestiré para el viaje.

Vencida, Hoelun se dejó caer hacia atrás en la cama como un fardo. No movió ni un músculo mientras Gengis le arreglaba el pelo con un cubo de agua y un paño. Su hijo encontró un peine de hueso en el suelo de la tienda y ella se sentó, en silencio, mientras él empezaba a pasarlo por la enmarañada masa gris, prestando un cuidado infinito para no hacerle aún más daño.

Para cuando terminaron de vestir a Hoelun, el sol ya había ascendido en el cielo. No había vuelto a hablar, aunque le había dado la bienvenida a su perro cuando,

entrando como una flecha en cuanto vio una oportunidad, regresó a su lugar junto a ella. La voluntad para resistirse parecía haber abandonado a su madre y tanto Gengis como Kachiun permanecieron callados mientras la ayudaban a subir a la silla y le colocaban los pies en los estribos. Hoelun se sentó en una mala postura, así que Khasar pasó las riendas por encima de la cabeza del caballo y las enganchó al cuerno de su silla para llevarla.

Gengis montó también y recorrió con la mirada a los supervivientes de aquella familia que se había escondido de sus enemigos en una grieta perdida y distante de una colina cuando sólo era un niño. En aquellos días habían caminado junto a la muerte y los recuerdos emergieron fríos en su piel. Imaginó que el espíritu de Bekter estaba con ellos y supo que el hermano que había matado aprobaría lo que iba a suceder ese día. Confió en que Bekter pudiera verlo. También faltaba Temulun en ese pequeño grupo de supervivientes, aunque cuando se habían visto obligados a salir huyendo, ella era sólo un berreante bebé. En su lugar, el chamán cabalgaba inmerso en un silencio hosco, observando al khan desde debajo de sus pesados párpados. Cuando inició el trote y el campamento empezó a alejarse a sus espaldas, Gengis oyó los chillidos de los halcones sobre sus cabezas. Sus agudas voces le recordaron a los chillidos infantiles de Temulun, cuando toda comida era una victoria y todas las batallas estaban aún por luchar.

Cabalaron hacia el sureste a través del caluroso día, bebiendo agua de los odres con los que Gengis había provisto a cada una de las monturas. Había preparado bien el viaje y las alforjas estaban llenas de cordero seco y queso duro. Por la tarde, cuando el terreno empezó a hacerse más elevado, Gengis hizo un alto para partir el queso en una piedra plana, utilizando la empuñadura de su cuchillo para desmenuzar los bloques antes de mezclarlos en un odre de agua tibia y pasarles los paquetes para que los colocaran debajo de las sillas de montar. El amargo caldo sería su sustento cuando se detuvieran de nuevo al atardecer, aunque lo hacía principalmente por su madre, que no estaba habituada a cabalgadas largas.

Hoelun había salido de su estupor matutino, pero el intenso sol aún hacía que crispara el rostro por el dolor y tuvo que parar en una ocasión para vomitar débilmente antes de continuar. Sus ojos buscaron a Gengis cuando prosiguió la marcha y ella también recordó los primeros días de penurias, cuando toda mano de hombre se alzaba contra ellos. Cinco hijos y una hija la habían acompañado entonces, y ahora sólo le quedaban cuatro. ¿No había hecho suficiente para que se cumplieran las ambiciones y los sueños de Gengis? Vio las montañas elevarse frente a ella mientras cabalgaba, entrando en una zona en la que su caballo, desaparecidos incluso los senderos de cabras, tenía que elegir con cuidado donde pisaba. Mientras el sol caía implacable sobre ellos, el terreno fue haciéndose más y más empinado y, entretanto, Hoelun seguía sin dirigir la palabra a los hombres que montaban con ella.

Kokchu sudaba profusamente y bebía más que Gengis y Khasar juntos. Tampoco él estaba acostumbrado a cabalgar sobre terreno accidentado, pero, observando el silencio de Hoelun, no osó quejarse, sabiendo que eso sólo lo humillaría a los ojos de su khan. No tenía ni idea de por qué le habían llamado para acompañar a Gengis, aunque al alzar la vista hacia la línea de nieve de las cumbres, supo que los espíritus eran poderosos en los lugares elevados. Los mongoles nunca estaban realmente contentos en tierras cálidas, donde les acosaban las moscas y el sudor y extraños sarpullidos y se pudría la carne limpia. En el límpido aire de las montañas, Kokchu supo que se encontrarían más próximos a su hogar. Quizá le hubieran llamado para interceder por Gengis en aquel lugar.

Treparon por un risco hasta que el sol estuvo bajo en el oeste, arrojando largas sombras frente a ellos como si caminaran por la oscuridad. La marcha era dura, pero los caballos avanzaban con paso firme, siguiendo a Gengis por la cresta del risco. Sólo en contados puntos el desnivel era tan pronunciado como para tener que desmontar para poder seguir adelante. Habían guiado a sus caballos a pie únicamente en dos ocasiones y el sombrío silencio parecía haber calado en todos ellos. A sus gargantas y secos labios les resultaría difícil volver a hablar.

El lúgubre ánimo terminó al alcanzar la línea de nieve, al menos para Temuge, Khasar y Kachiun. No habían visto la nieve desde que abandonaron las montañas de su hogar y aspiraron con gusto el frío aire, disfrutando al sentir cómo su filo penetraba hondamente en sus pechos.

Gengis no parecía sentirlo ni oír cómo el golpeteo de los cascos en la piedra se convertía en el mudo y lento avance sobre la nieve. La cumbre del peñasco todavía estaba lejos. El khan fijó allí la mirada y no bajó la vista ni siquiera una vez a las vastas tierras reveladas por esa altura.

El largo y fatigoso día estaba tocando a su fin cuando por fin tiró de las riendas para frenar a su montura. El sol estaba medio oculto tras el horizonte occidental y la dorada luz luchaba contra las sombras, obligándoles a entornar los ojos al desmontar. Khasar ayudó a su madre a descender del caballo y le pasó un odre de airag, que ella aceptó con gratitud. El potente licor reavivó un poco su agotado rostro, pero empezó a temblar allí de pie, mirando a su alrededor con expresión desconcertada. A través de las tierras de cultivo, vieron Samarcanda como una mancha borrosa y, todavía más lejos, una brillante línea de lagos al norte. Hoelun tuvo la sensación de que podría llegar a avistar su hogar y aquel pensamiento hizo que se le saltaran las lágrimas.

Gengis desenfundó su espada y el sibilante sonido atrajo sobre él todas las miradas. Él también notó cómo la nieve le reconfortaba. En lugares elevados, era más fácil sentir el aliento del padre cielo y la presencia susurrante de los espíritus. Aun en una tierra tan distante, podía sentirlos en la piel. Aunque la sensación le confortó, apenas logró rozar el duro nudo de ira que le había lacerado el pecho durante tantos días.

—Sítuate frente a mí, Kokchu —ordenó, observando con detenimiento al chamán

mientras se aproximaba. Su rostro tenía una expresión recelosa y una línea de sudor relucía en lo alto de su cuero cabelludo, pero Gengis reconoció el brillo de algo más en sus ojos. El viento arreció súbitamente cuando los hermanos se reunieron con su madre en torno a Gengis, lanzando unos cuantos copos de nieve contra ellos.

Gengis no retiró la mirada del chamán mientras hablaba con sus hermanos y con Hoelun.

—Éste es el hombre que mató a Temulun y no uno de los guardias del sah. El asesino es él.

Tal vez Kokchu habría intentado escabullirse de un salto si Khasar no hubiera estado detrás de él.

—¡Eso es mentira! —escupió el chamán—. Sabéis que es mentira.

—No, yo creo que no —dijo Gengis. Estaba preparado para reaccionar si Kokchu atacaba o trataba de huir, y todos sus nervios se tensaron mientras proseguía—. El cadáver de mi hermana no fue hallado hasta la noche y ese hombre vino a mí directamente. Y, sin embargo, te vieron saliendo de su ger mucho antes de eso.

—¡Más mentiras! Mi señor khan, alguien está intentando destruirme. Hay gente que cree que me otorgas demasiada confianza, que me favoreces demasiado abiertamente. Tengo muchos enemigos, señor, por favor...

Temuge habló de repente y Kokchu se volvió hacia él con una esperanza desesperada.

—Podría tener razón, hermano —sugirió Temuge—. ¿Quién puede decir en qué tienda le vieron cuando había incendios por todo el campamento?

Kokchu cayó de rodillas y sus manos, similares a garras, temblaron mientras cogían puñados de nieve.

—Lo que dice es verdad, señor. Te he dado todo, gers, caballos, sal y sangre, todo. Esto es un terrible error.

—No —murmuró Gengis—. No lo es.

El chamán alzó su rostro aterrorizado cuando vio la espada del khan levantarse en el aire.

—No puedes derramar la sangre de un chamán, señor. ¡Está prohibido!

No se volvió a tiempo de ver a Hoelun darle una bofetada. El golpe fue débil, pero Kokchu lanzó un grito al caerse de espaldas en la nieve. Cuando se puso en pie frente a los pies de Khasar, el general arremetió contra él sin pensar, dándole una fuerte patada en las costillas.

Gengis permaneció muy quieto y su familia se volvió hacia él con aire inquisitivo cuando dejó caer la espada a su lado.

—No puedes dejarle vivir, Temujin —dijo Hoelun, con los ojos mucho más brillantes que al principio del día. Había recuperado parte de su antigua vitalidad al ver al chamán sufriendo en esa fría cima y ya no parecía notar el viento. Gengis le entregó la espada y detuvo su muñeca cuando pensó que podría atacar con ella al asesino.

Flexionó sus manos vacías por un instante y Kokchu se encogió ante él, atrapado entre las piernas de la familia a la que había servido. Su mente giraba enloquecida, buscando nuevas palabras. El necio rostro de Temuge estaba lleno de dudas y debilidad e incluso el khan había dejado a un lado la espada. Todavía había esperanza.

—No he hecho nada, señor. Fuera quien fuera quien me acusara comete un error y eso no debería costarme la vida, o impedirme servirte más. Si muero aquí, la mala suerte te seguirá hasta el final de tus días. Sabes que estoy diciendo la verdad.

Gengis se agachó y le tomó por los hombros con manos férreas. Por un momento, Kokchu pensó que le iba a poner en pie y suspiró aliviado. Luego, notó cómo la mano de Gengis se desplazaba a una de sus huesudas piernas y los duros dedos agarraban su rodilla y se hundían en la carne. El chamán se debatió con violencia mientras su khan lo levantaba con un gruñido.

—Por favor, mi señor, ¡soy inocente! —chilló Kokchu.

Gengis levantó todavía más al chamán y luego lo dejó caer, al tiempo que se apoyaba en el suelo con una rodilla. Kokchu chocó con limpieza contra el muslo extendido del khan. Todos oyeron cómo se rompía la columna vertebral y vieron cómo la boca de Kokchu se abría sin emitir sonido alguno. Sus piernas cayeron lacias mientras sus manos arañaban la nieve bajo la pálida luz del sol. En aquel momento, Temuge dio media vuelta y se alejó, mareado, pero Kachiun y Khasar no desviaron la mirada ni un instante, como si se hubieran propuesto recordar todos y cada uno de los detalles.

Gengis se arrodilló al lado del chamán y le habló en voz baja.

—Hay lobos en estas montañas —dijo—. Algunos de mis hombres los han cazado para quitarles la piel. Esta noche te encontrarán aquí y, al principio, sólo te observarán. A medida que el frío te vaya debilitando, se irán acercando más y más y empezarán a rozar con su hocico tus piernas y tus manos. Se dispersarán cuando grites y rebullas, pero no irán lejos y regresarán con valor renovado. Cuando empiecen a desgarrarte la carne, cuando el olor de la sangre los excite, entonces, piensa en mí.

Se puso en pie y los desesperados ojos del chamán siguieron sus movimientos, nublados por las lágrimas. Abrió la boca, dejando al descubierto sus marrones dientes. Vio a Hoelun rodear con su brazo a Gengis y apretar su hombro con afecto mientras retornaban junto a sus caballos. Kokchu no podía oír las palabras que intercambiaba la familia. Nunca había experimentado un dolor así y todos los trucos y rituales que conocía se desmoronaron ante la llama que le atravesaba.

La oscuridad cayó con rapidez después de eso y, al descubrir que las piernas no le respondían, el chamán emitió un largo gemido. En una ocasión, casi logró sentarse impulsándose con los brazos, pero la nueva ola de dolor le hizo perder el sentido. Cuando se despertó de nuevo, la luna había ascendido y oyó el sordo sonido de unas patas sobre la nieve.

## XXVII

**G**engis permaneció en Samarcanda hasta que el verano terminó, aunque sus generales recorrieron la región rugiendo como el trueno en su nombre. Las ciudades de Merv, Nishapur, Balkh y Urganj cayeron en veloz sucesión y su población fue asesinada o apresada como esclavos. Ni siquiera las noticias de la muerte del sah o el regreso de Tsubodai y Jebe lograron animarle. Quería regresar a su hogar en las estepas que conoció de niño, pero trató su propia urgencia como una debilidad. Su tarea era ahora preparar a Ogedai para liderar la nación, enseñarle todo lo que había aprendido mientras era khan, durante décadas de guerra. Se había resarcido de los insultos del sah más de mil veces, pero a lo largo del proceso había descubierto también las tierras más vastas que jamás había visto.

Se sentía como un lobo en un redil y no podía llevarse a la nación a casa sin más. Ogedai gobernaría a su pueblo, pero había otros tronos. Con energías renovadas, Gengis recorrió el palacio y la ciudad del sah, aprendiendo todo cuando podía sobre cómo mantenía a su pueblo un lugar así.

Temuge le entregaba los nuevos mapas que iba recopilando o que trazaban los prisioneros. Cada uno de ellos revelaba más y más de las tierras que rodeaban Samarcanda y la forma del propio mundo. A Gengis le costaba creer que al sur hubiera montañas tan altas que ningún hombre las hubiera escalado jamás, donde se decía que el aire estaba tan enrarecido que respirarlo significaba morir. Oyó hablar de extrañas bestias y de príncipes indios que harían que el sah de Corasmia pareciera un gobernador local. La mayoría de la población de Samarcanda había sido liberada y les había permitido regresar a sus hogares. En otras ciudades, Gengis permitió que los jóvenes guerreros practicasen golpes de espada sobre los prisioneros atados. No había mejor manera de demostrar el daño que una espada podía hacer y les ayudaba a prepararse para las batallas reales. En Samarcanda, las calles estaban atestadas de gente, aunque se cuidaban de apartarse de su paso cuando caminaba por ellas con sus guardias y sus mapas. Su curiosidad era insaciable, pero, cuando volvía al palacio cada noche, sentía cómo se cerraba sobre él como una tumba hasta que casi no podía respirar. Había enviado a un explorador a las montañas al lugar donde había dejado a Kokchu. El guerrero había traído consigo un haz de huesos astillados y Gengis los había quemado en un hornillo. Ni siquiera eso le había devuelto la paz. Los muros de piedra del palacio parecían burlarse de las ambiciones basadas en hombres y caballos. Cuando Ogedai fuera khan, ¿qué importaría si su padre había conquistado una vez una ciudad o si la había dejado intacta? Gengis practicaba diariamente con la espada, ejercitándose hasta estar bañado en sudor contra los mejores entre sus guardias. Le deprimía notar cuánta velocidad había perdido con los años. Su aguante todavía estaba a la altura de los hombres más jóvenes, pero después de cada asalto le dolía la pierna derecha y cuando oteaba en la distancia su vista no era tan aguda como antes.

Una mañana en la que flotaba ya el primer aliento del invierno, en su cuarto año

en Corasmia, Gengis apoyó las manos en las rodillas tras haber llegado a un punto muerto en una pelea contra un guerrero de veinte años.

—Si te ataca ahora, estás muerto, amigo mío. Deja siempre algo, si puedes.

Gengis alzó la vista sorprendido y luego sonrió lentamente al ver al nervudo anciano al borde del terreno de entrenamiento. Arslan tenía la tez tostada por el sol y estaba flaco como un palo, pero tenerlo ante sus ojos era un placer del que Gengis no había pensado volver a disfrutar.

El khan lanzó una mirada a su oponente, que tenía la espada lista para golpear y apenas jadeaba.

—Confiaba en sorprender a este joven tigre cuando me diera la espalda —dijo—. Me alegro de verte. Pensé que no nos echarías de menos teniendo a tu esposa y a tus cabras.

Arslan asintió.

—Los lobos mataron a las cabras. Por lo visto, no sirvo para pastor. —Entró en el cuadrado de piedra y agarró el brazo de Gengis con gesto familiar, mientras juzgaba con mirada atenta los cambios que se habían producido en el khan.

Gengis vio que el viejo general estaba cubierto de una gruesa capa de polvo que revelaba los largos meses de marcha. Apretó con más fuerza su brazo, mostrándole cuánto se alegraba de verle.

—Come conmigo esta noche. Quiero oír noticias de las estepas de mi hogar.

Arslan se encogió de hombros.

—Siguen igual. Del oeste al este, los mercaderes Chin no se atreven a cruzar tus tierras sin pedir permiso a una de las estaciones del camino. Allí reina la paz, aunque hay idiotas que afirman que nunca regresarás, que los ejércitos del sah son demasiado fuertes incluso para ti. —Arslan sonrió al recordar al comerciante Xi Xia y cómo se había reído en su cara. Gengis era un hombre difícil de matar y siempre lo había sido.

—Quiero que me lo cuentes todo. Invitaré a Jelme a comer con nosotros —dijo Gengis.

El rostro de Arslan se iluminó al oír nombrar a su hijo.

—Me gustaría verle —contestó—. Y hay varios nietos que no conozco.

Gengis hizo una mueca apenas perceptible. La esposa de Tolui había dado a luz a su segundo hijo pocos meses después de que naciera el primogénito de Chagatai. Había sido abuelo tres veces, aunque parte de él no estaba demasiado entusiasmado con la idea.

—Mis hijos son padres ahora —dijo—. Incluso el pequeño Tolui tiene dos bebés, dos niños, en su tienda.

Arslan sonrió, comprendiendo a Gengis mejor de lo que éste creía.

—El linaje debe continuar, amigo mío. Ellos también serán khanes algún día. ¿Cómo los ha llamado Tolui?

Gengis meneó la cabeza, divertido por el interés paternal de Arslan.

—Llamé al primero Mongke y Tolui llamó al segundo Kublai. Tienen mis ojos.

Gengis le mostró Samarcanda al hombre que la gobernaría con un extraño sentimiento de orgullo. Arslan se quedó fascinado por el sistema hidráulico y los mercados, así como por la intrincada red de proveedores que se extendía miles de kilómetros a la redonda. Para entonces, Gengis ya había descubierto las minas de oro que nutrían las arcas del sah. Cuando se dio cuenta de su importancia en los mapas, los guardias originales ya habían sido asesinados y la mina saqueada, pero había puesto a trabajar a un nuevo grupo de hombres y algunos de sus más brillantes jóvenes guerreros estaban aprendiendo el proceso de extraer el oro y la plata del suelo. Había descubierto que ése era uno de los beneficios de la ciudad. Podía sustentar a más hombres que la forma de vida que se practicaba en las estepas. Esos hombres podían servir para construir otras cosas, quizá incluso más grandiosas que Samarcanda.

—Tienes que ver la mina —le dijo Gengis a Arslan—. Han excavado el suelo como marmotas y han fabricado unas enormes forjas para separar la plata y el oro de la roca. Más de mil hombres cavan y unos quinientos se ocupan de machacar la roca y convertirla en polvo. Es como un hormiguero, pero de él proceden las monedas de metal que hacen funcionar esta ciudad. Todo lo demás depende de eso. Hay veces que estoy a punto de entender cómo han llegado a tener valor. Parece algo construido a partir de mentiras y promesas, pero funciona, de algún modo, funciona.

Arslan asintió, observando a Gengis más que escuchar con verdadera atención su descripción de cosas que no le importaban en absoluto. Había respondido a su llamado porque sabía que Gengis no le habría convocado sin ninguna razón. Todavía no había conseguido entender por qué las ciudades se habían convertido de repente en algo importante para su amigo. Durante dos días, recorrió Samarcanda con Gengis, hablando y constatando la tensión interior del khan. A la esposa de Arslan se le habían entregado varias estancias del palacio y parecía extasiada con los amplios baños y con las esclavas Chin que Gengis le había procurado. A Arslan le resultó interesante que ninguna de las esposas de Gengis hubiera abandonado el campamento de gers que se extendía a las afueras de la ciudad.

El tercer día, a mediodía, Gengis se detuvo en un mercado y se sentó en un viejo banco con Arslan. Había mucho bullicio en los puestos, cuyos propietarios parecían nerviosos por la presencia de los mongoles entre sus tenderetes. Ambos estaban sentados relajada y cómodamente, y alejaban con un gesto de la mano a aquéllos que se acercaban a ofrecerles zumo de fruta o pan con sal y carne.

—Samarcanda es una ciudad maravillosa, Gengis —admitió Arslan—, pero a ti antes nunca te habían importado las ciudades. He visto cómo miras el campamento de tiendas cada vez que caminamos por las murallas y no creo que te quedes aquí mucho más tiempo. Dime entonces por qué yo sí debería quedarme.

Gengis disimuló una sonrisa. El paso de los años no había mermado la aguda inteligencia de aquel viejo.



—Durante un tiempo pensé que conquistaría ciudades para mi pueblo. Que ése sería nuestro futuro. —Meneó la cabeza—. No lo es, al menos para mí. El lugar tiene su belleza, sí. Es quizá el más bello nido de ratas que nunca haya visto. Pensé que si llegaba a comprender de verdad cómo funciona, quizá pudiera gobernar desde una ciudad y pasar mis últimos días en paz, mientras mis hijos y mis nietos se dedicaban a la conquista de otras tierras. —Gengis se estremeció como si una brisa le hubiera rozado la piel—. Pero no puedo. Si tú sientes lo mismo, puedes marcharte y regresar a las estepas con mi bendición. Destruiré Samarcanda y continuaré mi camino.

Arslan miró a su alrededor. No le gustaba estar rodeado de tanta gente. Estaban por todas partes y para un hombre que había pasado gran parte de su vida en amplias llanuras con sólo un hijo o una esposa, su cercanía le resultaba incómoda. Sospechaba que Samarcanda no era lugar para un guerrero, aunque podría haber sido un lugar para un anciano. Eso pensaba su esposa, desde luego. Arslan no estaba seguro de si alguna vez llegaría a sentirse a gusto allí, pero intuyó que Gengis estaba tratando de llegar a algún sitio y se esforzó en entender.

—Hubo un tiempo en que lo único que querías era asaltar ciudades —dijo por fin.

—Entonces era más joven —contestó Gengis—. Pensé que un hombre podía dedicar sus mejores años a luchar contra sus enemigos y luego morir, temido y amado a la vez. —Se rió entre dientes—. Sigo pensándolo, pero cuando me haya ido, las ciudades serán reconstruidas y no me recordarán.

Arslan parpadeó sorprendido ante las palabras que había pronunciado el gran khan, el hombre que conocía desde que era un muchacho.

—¿Y qué importa? —preguntó incrédulo—. Me parece que has estado escuchando a Temuge. Siempre hablando sobre la necesidad de la historia, de que quede constancia de lo vivido en documentos.

Gengis cortó el aire con la mano, impaciente por el giro que estaba tomando la conversación.

—No, es una idea que ha surgido de mí. He luchado durante toda mi vida y lucharé una y otra vez hasta que sea viejo y débil. Después, mis hijos gobernarán tierras aún más extensas que las mías y después de ellos, lo harán mis nietos. Ése es el camino que hicimos juntos, Arslan, cuando no tenía nada más que el odio para sustentarme y Eeluk era el jefe de los Lobos.

Notó el asombro de Arslan y prosiguió, eligiendo las palabras para dar voz a sus confusos pensamientos.

—El pueblo que habita en esta ciudad no caza para comer, Arslan. Viven más que nosotros y su vida es menos dura, sí, pero no hay ningún mal en eso por sí mismo.

Arslan resopló, cortándole sin preocuparse por el arrebató de ira que provocaba. Hacía mucho tiempo que nadie interrumpía a Gengis mientras hablaba, ni siquiera los miembros de su familia.

—Hasta que nosotros llegamos y matamos a sus reyes y a sus sahs y derribamos sus murallas —aseguró Arslan—. De todos los hombres del mundo, tú eres el que

más claramente ha demostrado la debilidad de las ciudades. ¿Y ahora quieres protegerlas? Tal vez quieras que te hagan una estatua como las que hay en las murallas. Así, todos podrían mirar ese rostro de piedra y decir: «Ése era Gengis». ¿Es eso?

El khan se había quedado muy quieto mientras Arslan hablaba y los dedos de su mano derecha tamborileaban sin ruido en el banco de madera. Arslan percibió peligro irradiando de Gengis, pero el anciano guerrero no temía a nadie y se negó a dejarse intimidar.

—Todos los hombres mueren, Gengis. Todos. Piensa lo que eso significa por un momento. Ninguno de nosotros es recordado por más de una o dos generaciones. — Alzó la mano cuando Gengis abrió la boca para hablar otra vez—. Oh, sé que recitamos los nombres de los grandes khanes junto a las hogueras y que los Chin poseen bibliotecas que se remontan a miles de años. ¿Y qué? ¿Crees que a los muertos les importa algo que leamos sus nombres en voz alta? No les importa, Gengis. Se han ido. Lo único que importa es lo que hicieron mientras estaban vivos.

Gengis asintió con lentitud mientras Arslan hablaba. Le confortaba más de lo que podía expresar poder escuchar el consejo de aquel anciano una vez más. Se había perdido a sí mismo durante un tiempo con el sueño de las ciudades. Oír a Arslan era como un jarro de agua fría sobre sus sueños, pero lo recibió con deleite. Oír aquella voz era casi como ser joven de nuevo, cuando el mundo era más sencillo.

—Cuando tienes miedo y no haces nada, es importante —continuó Arslan—. Pensar que son unos cobardes consume a los hombres. Cómo educas a tus hijos e hijas es importante. La esposa que te abraza por las noches es importante. La alegría que te produce estar vivo, el placer de las bebidas fuertes, la compañía y las historias... todo eso es importante. Pero cuando eres polvo, los demás hombres continúan sin ti. Déjalo todo, y encuentra la paz.

Gengis sonrió ante la severidad de su tono.

—Intuyo que no gobernarás Samarcanda en mi nombre, viejo amigo.

Arslan negó con la cabeza.

—Oh, aceptaré tu oferta, pero no para ser recordado. La acepto porque estos viejos huesos están cansados de dormir sobre el duro suelo. A mi esposa le gusta esto y quiero que ella sea feliz también. Ésas son buenas razones, Gengis. Un hombre debería preocuparse siempre de agradar a su esposa.

Gengis se rió entre dientes.

—Nunca sé si estás hablando en broma o en serio —dijo.

—Siempre en serio, Gengis, soy demasiado viejo para bromas. Soy casi demasiado viejo para mi esposa también, pero eso no importa hoy.

Gengis le dio una palmada en el hombro y se puso en pie. Estuvo a punto de tenderle su brazo a Arslan para ayudarlo a levantar, pero lo retiró justo antes de que el viejo general se ofendiera.

—Te dejaré cinco mil hombres. Puede que tengas que arrasar parte de la ciudad

para construirles barracones. No permitas que se ablanden, anciano. —Sonrió al ver el desdén con el que Arslan recibía la mera mención de esa posibilidad.

Gengis cruzó al trote los mercados hasta la puerta principal de Samarcanda. La simple idea de cabalgar junto a las familias y los tumanes otra vez bastaba para apartar de sí la sensación de opresión que había experimentado en el interior de la ciudad. El invierno, en su versión árabe, había llegado de nuevo a las tierras del sah, aunque seguía habiendo días cálidos. Sin darse cuenta, Gengis se rascó una llaga de la mano mientras conducía a su montura por el camino pavimentado. Sería un placer sentir la hierba fresca bajo los cascos de su caballo una vez más. Ocho tumanes le aguardaban, listos para dejar la ciudad, dispuestos en formación de batalla en las tierras de cultivo que circundaban Samarcanda. Llenando los huecos en las filas con muchachos que apenas habían cumplido los catorce, al final había reunido cinco mil buenos hombres para dejarle a Arslan.

Detrás de los tumanes, las gers estaban empaquetadas sobre los carromatos y el pueblo estaba listo para moverse de nuevo. Todavía no sabía dónde los llevaría. No importaba y se repitió a sí mismo la antigua idea nómada mientras se aproximaba a la puerta bajo la luz invernal. No tenían que defenderse para vivir, no como los que estaban a su alrededor. En las tribus, las partes importantes de la vida continuaban tanto si estaban acampados en una soleada ribera como si estaban asaltando una ciudad enemiga o esperando a que pasara un cruel invierno. En Samarcanda había perdido de vista eso durante un tiempo, pero Arslan le había ayudado a reordenar sus ideas.

Las multitudes que habitaban la ciudad se mantenían a distancia del hombre que podría ordenar la muerte de cualquiera sobre el que posara la vista. Gengis apenas había notado las miradas que se clavaban en él mientras se acercaba a la puerta y se asomaba para ver las filas de sus guerreros.

Su poni dio un respingo sin previo aviso y el cuerpo de Gengis se vio impulsado hacia delante. Vio que un hombre había salido del gentío y había agarrado las tiras de cuero atadas al bocado. Con un fuerte tirón, había girado la cabeza de su montura y detenido el avance del khan. Sus guardias estaban desenvainando sus espadas y abriendo la boca para gritar, pero Gengis se volvió con demasiada lentitud para ver a un segundo agresor aparecer como un rayo a su lado, un rostro imberbe que aullaba en un idioma extranjero. Sintió el impacto de un cuchillo: el joven trataba de llegar a la carne atravesando las capas metálicas de la armadura.

Instintivamente, Gengis le dio un fuerte golpe en la cara. Con la armadura completa, llevaba el antebrazo cubierto por láminas de hierro batido y el metal rasgó la mejilla del chico y le tiró al suelo. Gengis desenfundó su espada. La violencia de la muchedumbre estallaba a su alrededor. Vio más cuchillos en diversos puños y atacó al que sostenía su caballo, hincando la hoja hacia abajo en su pecho. Aquel hombre

iba a morir, pero aferró el pie de Gengis y movió el brazo con fuerza, abriendo un tajo con un cuchillo en la cadera del khan. Gengis rugió de dolor y volvió a golpear, casi seccionándole la cabeza esta vez. Oía a los atacantes aullando a su alrededor, pero sus guardias habían avanzado para proteger a su khan. Ni sabían ni les importaba especialmente quién entre el gentío estaba atacándole. Se abalanzaron contra todos ellos, despedazando a hombres y mujeres hasta que hubo cadáveres por todas partes.

Mientras Gengis se subía jadeante a su montura, el muchacho de la mejilla herida se recuperó y saltó sobre él. Uno de sus guardias lo empaló desde atrás y luego le sacó de la espada de una patada, arrojándole al montón con los demás. En aquel momento, el mercado ya estaba vacío, aunque en las calles cercanas seguían resonando los gritos y el rápido golpeteo de pies que corrían. Gengis alargó la mano para tocar la herida que había recibido. La había tenido peores. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en dirección a los guardias, sabiendo que temían su ira por haber permitido que recibiera un corte, grande o pequeño. De hecho, Gengis ya había decidido hacer que los colgaran a todos por su falta de atención, pero el momento para informarles no era ése, cuando estaban tan cerca y aún preparados para matar.

Gengis aguardó a que llegaran hasta él nuevos soldados de los tumanes, a los que acompañaban Tsubodai y Kachiun. Con una breve mirada a los guardias, se pasó un dedo por la garganta y todos se hundieron en sus sillas, perdiendo toda la energía de la lucha mientras les quitaban las armas.

—Debería haberlo previsto —dijo Gengis, furioso consigo mismo. Puede que la propia ciudad le hubiera hecho descuidado. Un hombre que destruye imperios siempre tendría enemigos que le odiaran. Nunca debería haberse relajado en el interior de una ciudad, ni siquiera en Samarcanda. Maldijo entre dientes al pensar que sus enemigos habían sabido exactamente dónde encontrarle durante meses. Ésa era una de las ventajas de la vida nómada: los enemigos tenían que esforzarse incluso para localizarte.

Kachiun había desmontado para comprobar el número de muertos. Casi cuarenta personas habían sido derribadas por los guardias, y algunos de ellos aún vivían y sangraban. El general no tenía ningún interés en distinguir a culpables de inocentes, ni le despertaban ninguna piedad. Su hermano había sido atacado y estaba a punto de ordenar a sus hombres que acabaran con aquéllos que todavía se arrastraban cuando vaciló, alzando una mano.

Dos jóvenes habían caído muy juntos, justo al lado del lugar del primer ataque. Los dos llevaban una de esas túnicas que protegen a los árabes del desierto de las tormentas de arena. Debajo llevaban el pecho desnudo y, en ambos muertos, Kachiun descubrió la misma marca al final de sus cuellos. Abrió aún más la prenda y, a continuación, indicó con un gesto a un guerrero que hiciera lo mismo con el resto de los cadáveres. Las ropas de hombres y mujeres por igual fueron desgarradas. Kachiun encontró otros seis hombres con esa marca, ninguno de ellos con vida.

Gengis vio cómo se volvía hacia un joven árabe que estaba junto a Tsubodai.

—Tú. ¿Qué significa?

Yusuf Alghani negó con la cabeza, apretando los labios.

—No la había visto nunca —contestó.

Gengis le miró fijamente, sabiendo que ocultaba algo.

—Es una palabra en tu lengua —dijo—. Léemela.

Yusuf fingió inspeccionar al primer hombre que Kachiun había revisado. La leyó de derecha a izquierda y Kachiun notó que le temblaban las manos.

—Amo, es la palabra «serenidad». Es todo lo que sé.

Gengis asintió como si aceptara su palabra. Cuando Yusuf no miró a los demás muertos, emitió un ruido áspero con la garganta y desmontó, dejando los dientes al descubierto cuando el peso cayó sobre su pierna herida.

—Sujetadle —ordenó.

Antes de que Yusuf pudiera reaccionar, tenía la espada de Tsubodai en la garganta, el tacto del metal, caliente contra su piel.

—Sabías que todas las demás marcas serían iguales, chico —dijo Gengis—. Dime quién llevaría esa palabra escrita en el pecho. Dímelo y vivirás.

A pesar de la amenaza, los ojos de Yusuf recorrieron el desierto mercado, buscando a alguien que pudiera estar vigilando. No vio a nadie, pero sabía que habría alguien. Sus palabras llegarían hasta los hombres que habían ordenado el asesinato.

—¿Vas a marcharte de esta ciudad, amo? —preguntó, con la voz ligeramente ahogada por la presión de la hoja de Tsubodai.

Gengis enarcó las cejas, sorprendido por el valor del joven. O su locura, o su miedo, aunque no sabía qué podía inspirar más miedo que una espada en la garganta.

—Me marcharé hoy, chico, sí. Ahora, habla.

Yusuf tragó con dificultad.

—Los Asesinos llevan esa marca, esa palabra, amo. Eso es, de verdad, todo cuanto sé.

Gengis asintió lentamente.

—Entonces será fácil encontrarlos. Baja la espada, Tsubodai. Le necesitamos.

—Me ha sido útil, señor —respondió Tsubodai—. Con tu permiso, enviaré a un corredor con las noticias al general. Querrá inspeccionar a todo su personal en busca de esa marca, quizá a todos los habitantes de la ciudad. —A la vez que el pensamiento se dibujaba en su mente, se giró y agarró a Yusuf, tirándole de la túnica antes de que pudiera reaccionar. La piel estaba limpia y Yusuf lanzó una mirada hostil al general mientras recomponía sus ropas.

—Eso sería muy sensato —aprobó Gengis. Recorrió con la mirada los cadáveres, que ya habían empezado a atraer a las moscas. Samarcanda había dejado de ser su problema.

—Cuelga a mis guardias antes de reunirme conmigo, Tsubodai. Hoy me han fallado.

Haciendo caso omiso del dolor de su cadera, volvió a subir a su caballo y salió para unirse a los tumanes.

## XXVIII

**E**l balanceo de la tienda del khan sobre su carromato era una extraña sensación para Yusuf Alghani. El joven beduino había visto muchas cosas asombrosas desde que ofreciera sus servicios a los mongoles. A medida que avanzaba el día y los tumanes se alejaban de Samarcanda con sus tumanes, había esperado ser llamado una vez más ante el khan. Yusuf había observado con interés cómo todo hombre y mujer árabe era inspeccionado buscando la marca de la palabra serenidad. Cuando, por primera vez, Yusuf se fijó en ello, descubrió que había un sorprendente número de rostros de tez oscura en el campamento. A lo largo de los años que los mongoles habían pasado en Corasmia, habían recogido a casi mil árabes en su camino, tanto jóvenes como ancianos. En su mayoría, trabajaban como intérpretes, aunque algunos practicaban la medicina y otros se habían unido a los Chin como ingenieros y artesanos al servicio del khan. A Gengis no parecía importarle que interrumpieran sus tareas para desenrollar las alfombras para orar, aunque Yusuf no estaba seguro de si su tolerancia se debía al respeto o a la indiferencia. Sospechaba que se trataba de esto último, porque el campamento contenía budistas y cristianos nestorianos además de musulmanes, con muchos más infieles que auténticos creyentes.

Yusuf aguardó a que el khan le hablara mientras éste terminaba de comer. Incluso había permitido que los carniceros musulmanes mataran cabras y ovejas de la forma que deseaban y a los mongoles parecía darles igual cómo vivían o comían siempre que obedecieran. Yusuf no podía entender al hombre que estaba sentado frente a él, sacándose algo distraídamente de entre los dientes con un palito. Cuando le habían informado de que debía acudir ante el khan, Tsubodai le había cogido del brazo y le había dicho que hiciera lo que le dijeran.

A Yusuf no le hacía mucha falta la advertencia. Ése era el hombre que había matado a su pueblo, a decenas de miles, o más. Con todo, el difunto sah había hecho lo mismo en sus guerras y persecuciones. Yusuf aceptaba ese tipo de cosas. Mientras él sobreviviera, no le importaba si el khan tenía éxito o quedaba a merced de los cuervos.

Gengis apartó su plato pero dejó el largo cuchillo en su regazo, listo. La advertencia no pasó inadvertida al joven que le observaba.

—En el mercado, parecías nervioso —comenzó Gengis—. ¿Tan larga es la mano de esos Asesinos?

Yusuf respiró hondo. Seguía sintiéndose incómodo hasta hablando de ellos, pero si no estaba seguro allí, rodeado de varios tumanes de guerreros, entonces ya estaba muerto.

—He oído decir que pueden alcanzar a un hombre esté donde esté, amo. Cuando los traicionan, su venganza sobre aquéllos que los desafiaron, sus familiares, amigos, pueblos enteros incluso, es terrible.

Gengis esbozó, una leve sonrisa.

—Yo he hecho lo mismo —sentenció—. El miedo puede encadenar a hombres que, de otro modo, lucharían hasta la muerte. Háblame de ellos.

—No sé de dónde vienen —se apresuró a decir Yusuf—. Nadie lo sabe.

—Alguien tiene que saberlo —le interrumpió Gengis, con la mirada cada vez más fría—, o no podrían aceptar el pago de sus muertes.

Yusuf asintió, nervioso.

—Eso es cierto, amo, pero protegen sus secretos y no me cuento entre los que los conocen. Todo lo que he oído son rumores y leyendas.

Gengis guardó silencio mientras el joven continuaba, deseando encontrar algo que satisficiera a aquel viejo diablo que jugaba con un cuchillo.

—Se dice que los lidera el Anciano de las Montañas, amo. Creo que es un título más que el nombre de alguien, porque ha sido el mismo durante generaciones. Entrenan a jóvenes para matar y los envían a cambio de altas sumas de dinero. Nunca se detienen hasta que han acabado con la vida de su víctima.

—Esta mañana los detuvieron —replicó Gengis.

Yusuf vaciló antes de responder.

—Habrá otros, amo, siempre vienen más hasta que se cumple el contrato.

—¿Todos ellos llevan esa marca en la piel? —preguntó Gengis. Pensó que no sería demasiado difícil proteger a su familia de hombres que se identificaban de esa forma. Para su decepción, Yusuf negó con la cabeza.

—Pensé que era parte de la leyenda, amo, hasta que lo vi en el mercado. Para ellos es un pecado contra Dios marcarse el cuerpo de ese modo. Sólo verlo me sorprendió. No creo que todos ellos lleven la marca, en especial ahora que han visto que la has descubierto. Los que vengan ahora serán jóvenes, con la piel intacta.

—Como tú —dijo Gengis con suavidad.

Yusuf soltó una risa forzada, que resonó hueca en el aire.

—Te he sido fiel amo. Pregúntale a tus generales Tsubodai y Jebe. —Se golpeó el pecho—. Mi alianza es sólo contigo.

Gengis resopló ante aquella mentira. ¿Qué otra cosa iba a decir, aunque fuera uno de ellos? La idea de que cualquiera de los árabes de su campamento pudiera ser un asesino a sueldo era preocupante. Tenía esposas y niños pequeños, al igual que sus hermanos. Podía protegerse de los ejércitos, pero no de enemigos que llegaban por la noche y entregaban sus vidas para quitarle la suya.

Gengis recordó al asesino Chin que había salido de Yenking para matarle en su ger. La suerte le había salvado aquella noche, pero por los pelos. El puñal envenenado le había causado más dolor y debilidad de los que había experimentado jamás. Sólo recordarlo hizo que el sudor brotara de su frente mientras miraba con gesto torvo al joven árabe. Se planteó ordenar que alejaran a Yusuf, que lo separaran de las mujeres y los niños. Sus hombres podrían hacer que les contara todo lo que quisieran oír en cuestión de segundos.



Yusuf se retorció bajo aquella feroz mirada: sus sentidos le alertaban de que estaba en un peligro terrible. Tuvo que hacer el mayor esfuerzo de su vida para no salir como una flecha de la tienda y echar a correr hacia su caballo. Sólo la certidumbre de que los mongoles podían dar caza a cualquier fugitivo le mantuvo en su sitio. El carromato dio una sacudida cuando las ruedas pasaron sobre un surco en el terreno y Yusuf estuvo a punto de lanzar un grito.

—Preguntaré a todo el mundo, amo. Te prometo que si alguien que sepa cómo encontrarlos se cruza en mi camino, te lo enviaré.

Cualquier cosa para hacerse más valioso para el khan, se dijo. No le importaba si los mongoles destruían a los Asesinos, sólo que Yusuf Alghani estuviera en pie cuando parara la matanza. Después de todo, eran ismailíes, una secta Shia, ni siquiera eran auténticos musulmanes. No les debía ninguna lealtad.

Gengis gruñó, jugueteando con el cuchillo.

—Muy bien, Yusuf. Haz eso e informa de inmediato de lo que oigas. Yo investigaré de distintos modos.

El joven notó la despedida implícita en su tono y se marchó con presteza. Cuando estuvo solo, Gengis maldijo entre dientes. Lanzó el cuchillo contra el poste central de la tienda y allí quedó clavado, temblando. Podía destruir ciudades que estuvieran a la vista. Podía arrasarse ejércitos y naciones. La idea de unos asesinos dementes atacándole durante la noche le daba ganas de empezar a repartir golpes a diestro y siniestro. ¿Cómo podría proteger a su familia de unos hombres así? ¿Cómo podría mantener a Ogedai a salvo para heredar su puesto? Sólo había un camino. Gengis alargó la mano hacia el puñal y lo extrajo de la madera. Tendría que encontrarlos y hacerlos arder, se escondieran donde se escondieran. Si se movían como su propio pueblo, daría con ellos. Si tenían un hogar, lo arrasaría. La conquista de nuevas ciudades tendría que esperar.

Convocó a sus generales, que se presentaron ante él en su tienda antes de la puesta del sol.

—Éstas son mis órdenes —les dijo Gengis—. Me quedaré con un tumán para proteger a las familias. Si vienen a por mí aquí, estaré listo para ellos. Vosotros saldréis en todas direcciones. Encontrad información sobre esos Asesinos, la que sea, y regresad. Los hombres ricos pueden contratarlos, así que tendréis que tomar pueblos y ciudades ricos para llegar hasta ese tipo de hombres. No hagáis prisioneros, excepto aquéllos que afirmen saber algo. Quiero la localización de los Asesinos.

—La noticia de que hay una recompensa viajará tan rápido como nuestros caballos —afirmó Tsubodai—. Tenemos carros cargados de oro y jade y ésa podría ser su utilidad. Con tu permiso, señor, prometeré también una gran suma a cualquiera que pueda decirnos dónde se forman los Asesinos. Tenemos suficiente riqueza para tentar incluso a los príncipes.

Gengis agitó la mano, aceptando la idea.

—Ofrece la amnistía de las ciudades que nos brinden información si quieres. No

me importa cómo se haga, simplemente conseguí la información que necesito. Y llevaos a los árabes del campamento con vosotros. No quiero que se me acerquen hasta que hayamos encontrado y destruido esa amenaza. Hasta entonces, todo lo demás pasa a un segundo plano. El sah ha muerto, Tsubodai. Ésta es ahora la única amenaza a la que nos enfrentamos.

Jelaudin sintió que la muchedumbre se inflamaba como si sostuviera sus corazones en la mano. Escuchaban con total atención cada palabra que pronunciaba y la sensación era embriagadora, a la vez que nueva para él. En el ejército de su padre, había tratado con hombres que habían jurado obediencia. Nunca había tenido que reclutarlos, o convencerlos de seguir su causa. Descubrir en él ese don, descubrir que tenía un gran talento persuasivo le había sorprendido a él casi tanto como a sus hermanos.

Había empezado visitando mezquitas en las ciudades afganas, lugares pequeños en los que había sólo unas centenas de fieles. Había hablado con los imanes y se había sentido satisfecho al ver cómo se horrorizaban cuando les relataba las atrocidades cometidas por los mongoles. Así había ido aprendiendo qué es lo que funcionaba mejor y sus relatos fueron haciéndose cada vez más exagerados. Había salido ya del primer pueblo con cuarenta fornidos hombres de la tribu de los patanes. Hasta que se habían presentado ante ellos, ni siquiera sabían que los infieles habían invadido las tierras árabes, no digamos que habían asesinado al sah de Corasmia. Al principio, su justa ira había sorprendido a Jelaudin, hasta que la vio de nuevo en cada pueblo y ciudad que visitaba. Las cifras de hombres leales habían crecido y más de dos mil se sentaban ahora sobre el polvo, esperando al carismático líder que habían prometido seguir.

—Con mis propios ojos —dijo—, vi cómo los mongoles destruían una mezquita. Los hombres sagrados alzaron sus manos vacías para detenerlos, pero fueron asesinados y empujados a un lado, y sus cuerpos quedaron en el suelo, pudriéndose.

La multitud, la más grande a la que se había dirigido desde que llegara del sur, murmuró indignada. La mayoría de ellos eran jóvenes y entre ellos había numerosos niños, con las cabezas desprovistas de los turbantes que llevaban los hombres. Jelaudin había notado que los jóvenes eran los primeros a los que lograba llegar, aunque habían traído a guerreros experimentados desde las colinas para que le escucharan hablar. Si su padre estuviera vivo, Jelaudin pensó que habría intentado lo mismo, pero su muerte era el acontecimiento perfecto para hacer que los hombres fuertes tomaran las espadas. Habló con pasión de los extranjeros que se habían reído de la fe y habían saqueado los lugares sagrados. Estaban pendientes de cada una de sus palabras. Jelaudin levantó las manos para pedir silencio y le obedecieron, observándole con perfecta atención. Los tenía en sus manos.

—Vi a nuestras mujeres y niños asesinados y secuestrados por sus guerreros,

arrancados de las manos de sus esposos y padres. Las que llevaban velo fueron desnudadas y abusaron de ellas en público. En Bujará, mataron a un imán en los escalones de la mezquita Azul y sus jóvenes orinaron sobre el cadáver. ¡Me arrancaría los ojos por lo que han visto, si no necesitara la venganza de Alá!

Muchos de los congregados se pusieron en pie, dominados por la ira y la excitación. Alzaron las espaldas y agujerearon con ellas el aire, entonando palabras sagradas de guerra. Jelaudin se giró para intercambiar una mirada con sus hermanos y descubrió que estaban en pie y rugiendo junto con el resto. Se sorprendió, no esperaba en absoluto que a ellos sus palabras les afectaran tanto. Pero ellos también habían desenfundado sus espadas y sus ojos relucían de furia. Habían visto lo mismo que Jelaudin había visto, pero las palabras, el aire caliente e inmóvil y la necesidad encendía su sangre. Incluso Tamar empezó a cantar con los guerreros del islam, entonando las palabras del profeta. El corazón de Jelaudin se hinchó mientras el estruendo le atravesaba como una ola. ¿Estaba su padre al tanto de esto? Se sentía como si estuviera sosteniendo en equilibrio una espada: si se le caía, lo perdería todo, pero el peso de la fe de aquellos hombres confería realidad a sus sueños. Los hombres habían empezado ya a llegar hasta él desde que las nuevas empezaran a propagarse por la región. Había convocado la guerra santa contra el agresor mongol y sus palabras y promesas habían incendiado aquellas tierras. En mezquitas que nunca había visto, los imanes predicaban que él era un guerrero de Dios. Su tarea era sólo alimentar ese fuego y luego enviarlo hacia el norte.

Jelaudin sonrió al gentío que se había reunido ante él esa noche, sabiendo que partirían con él hacia la siguiente ciudad y después hacia la siguiente. Llegaría a Kabul como el líder espiritual de un ejército y pensó que la ciudad incrementaría sus efectivos hasta una cifra nunca vista. Quizá la mano de Dios realmente le guiara en su empresa, no lo sabía. Era un pobre vasallo de Alá, pero ¿cómo trabajaba Dios si no a través de las manos de los hombres? Tal vez él fuera el instrumento de la venganza. Alá era realmente bondadoso por haberle dado una segunda oportunidad.

Los tumanes mongoles recorrieron cientos de kilómetros en todas direcciones, una explosión de hombres y caballos que atacaban todo lugar en el que hubiera hombres y mujeres a los que atemorizar. La noticia de su búsqueda se difundió casi tan deprisa como ellos y los rumores de los grandes tesoros que ofrecían a cambio de información parecían tener alas. Al décimo día, Jebe encontró a un hombre que decía saber cuáles eran las montañas donde los Asesinos tenían su base de operaciones. Jelme halló otros dos que afirmaban ser parientes de una familia que les servía en su fortaleza. En cada uno de los casos, la destrucción de sus ciudades se detuvo al instante y eso movió a más gente todavía a acercarse a hablar con los generales mongoles, tratando desesperadamente de salvarse. En ambas ocasiones los exploradores mongoles retornaron de expediciones infructuosas, sin haber encontrado

rastros alguno de una ciudad de Asesinos. Los hombres que les habían dado las pistas falsas eran necios o mentirosos, pero igualmente fueron asesinados y los tumanes prosiguieron su camino.

Chagatai se había dirigido al norte con Tsubodai, casi por la misma ruta tomada por el general para perseguir y dar caza al sah. Al pie de unas empinadas montañas, encontraron una aldea y la arrasaron por completo, para seguir de inmediato hacia la siguiente. Allí se encontraron con un grupo de ancianos que solicitaron una audiencia privada. Tsubodai la organizó y, cuando oyó lo que tenían que decir, uno de los hombres no regresó a su hogar, sino que partió con el general mongol, cabalgando tan rápido como pudieron de vuelta a donde estaba Gengis. Para cuando alcanzaron al khan, otros tres se habían presentado ante él para reclamar el oro prometido, cada uno de ellos dando una localización distinta del paradero de los Asesinos.

Cuando entró a caballo en su campamento, Gengis saludó a Tsubodai con expresión cansada.

—¿Otro más, Tsubodai?

La excitación del general se desvaneció.

—¿Hay otros? —preguntó.

Gengis asintió.

—O todos son ladrones que creen que voy a entregarles carros de oro a cambio de mentiras, o los Asesinos han dejado caer una serie de localizaciones distintas en una docena de sitios. Si son una secta tan antigua como afirma Yusuf, creo que se trata de esto último.

—Traigo a un hombre que dice que sabe dónde encontrarlos, señor. No creo que sea un tonto o un ladrón como el resto.

Gengis enarcó las cejas, sabiendo que el juicio de Tsubodai era de fiar.

—Llévale a mi ger cuando le hayan cacheado —contestó.

Todavía cubierto de polvo por la larga cabalgada de vuelta al campamento, Tsubodai se presentó con Yusuf, para que hiciera de intérprete. Al enfrentarse al khan, el anciano de la aldea se puso tan nervioso que daba pena. Había empezado a sudar profusamente y despedía un fuerte olor a excremento y ajo que era imposible de ignorar en un lugar tan reducido. Cuando se acercó a él, Gengis respiró superficialmente.

—¿Y bien? Le has dicho a mi general que sabes algo —le dijo con brusquedad, cansado de recibir a hombres que venían con el brillo del oro en los ojos.

Aguardó impaciente a que Yusuf convirtiera sus palabras en un galimatías y el forastero asintió, ya aterrorizado. Había tres cadáveres tirados en una zanja en el exterior de la tienda. Gengis se había asegurado de que el recién llegado viera sus rostros, vueltos hacia arriba, al entrar en la ger del khan. Eso explicaba el olor acre que le rodeaba como una neblina.

—Mi hermana vive en un pueblo de las montañas, amo, a unos dos días al norte de donde encontré a tus hombres. —Tragó saliva, nervioso, mientras Yusuf traducía y

Gengis le lanzó un odre de airag para que se aclarara la garganta.

El hombre bebió y se atragantó, creyendo que era agua. Con la cara roja, fue necesario darle un golpe en la espalda para que pudiera continuar.

—Lo siento, amo. Los licores fuertes me están prohibidos —jadeó. Yusuf esbozó una ancha sonrisa al transmitir la información.

—Dile que eso no es un licor fuerte —gruñó Gengis—. Y dile que hable antes de que le arroje a la zanja y le entierre en ella mientras todavía respira.

Cuando Yusuf terminó de hablar, el menudo anciano estaba pálido y ya había empezado a balbucear.

—Mi hermana dice que hay hombres viviendo en las montañas y que cogen comida y criados del pueblo. No responden ante nadie, amo, pero mi hermana dice que a veces transportan rocas de una cantera hasta las altas cumbres.

Mientras escuchaba a Yusuf, Gengis se irritó aún más.

—Pregúntale si eso es todo lo que sabe. No es suficiente.

El árabe palideció de nuevo y negó con la cabeza.

—Me dijo que dos jóvenes del pueblo habían seguido los carros una vez hace tres o cuatro años. Y no volvieron, amo. Fueron hallados muertos cuando sus familias salieron a buscarlos. Les habían degollado.

Gengis le miró fijamente mientras escuchaba la última parte de la traducción. No era una confirmación, pero era el más prometedor de todos los descabellados relatos que le habían contado.

—Es posible, Tsubodai. Has hecho bien trayéndolo ante mí. Dale un carro lleno de oro y dos bueyes para arrastrarlo. —Se quedó pensando un momento—. Tú y yo nos vamos hacia el norte, Tsubodai. Este hombre nos acompañará hasta el pueblo de su hermana. Si encontramos lo que necesitamos, se puede quedar con el oro. Si no, perderá su vida.

El hombrecillo escuchó a Yusuf y cayó de rodillas, aliviado.

—Gracias, amo —gritó mientras Gengis salía de la ger, con la mente ya ocupada por planes de ataque.

## XXIX

**G**engis se obligó a ser paciente mientras se preparaba para enfrentarse a un enemigo distinto a cualquier otro contra el que hubiera luchado nunca. Volvió a llevar a las familias hasta el refugio cerca de Samarcanda, dejando a Jelme y a Kachiun con ellos como protección. Jelme se presentó ante él para agradecerle personalmente que le hubiera encomendado esa misión, lo que pintó en el rostro de Gengis una expresión de sorpresa que rápidamente ocultó. No se le había ocurrido que el general prefiriera pasar un tiempo con su padre en la ciudad en vez de salir a buscar a los Asesinos que los amenazaban.

Para esa tarea, llevó consigo a su propio tumán, así como el de Tsubodai. Una cifra próxima a los veinte mil hombres seguía siendo una fuerza respetable para él cuando recordaba sus primeras bandas de asalto, de apenas unas docenas de guerreros. Con ellos, podía derribar una montaña si era necesario. Un grupo así podía también atravesar de cien a ciento treinta kilómetros diarios si viajaban con poco bagaje, pero Gengis no tenía ni idea de qué les esperaba. Los artesanos de Samarcanda estaban allí a su servicio y les había hecho construir equipamiento para asedios y carromatos nuevos, en los que amontonaron todo lo que le pareció que podrían necesitar, atándolo con unas cuerdas tras cubrirlo con un lienzo. Mientras planificaba el ataque, el khan desarrollaba la energía de un torbellino y a ninguno de sus hombres les quedó ninguna duda de lo grave que juzgaba aquella amenaza. Entre todos los hombres de la tribu, Gengis era el que mejor comprendía el peligro que constituían los Asesinos, y estaba deseoso de lanzarse sobre ellos.

Los nuevos carros tenían las ruedas reforzadas con radios que Tsubodai había traído de Rusia, pero empezaron a crujir y chirriar cuando ambos tumanes se pusieron en marcha por fin. Aun después de un mes de preparativos, Jochi no había regresado al campamento. Era posible que todavía estuviera buscando información sobre los Asesinos, pero los acontecimientos habían seguido su curso. Gengis envió a dos guerreros en dirección al este a buscarle y luego otros dos más a buscar a Khasar, dándoles mano libre. La región estaba llena de ricas ciudades y, mientras él daba caza a los Asesinos, Gengis sabía que Khasar y Jochi disfrutarían conquistándolas como les viniera en gana.

Chagatai había solicitado ayudar a su padre en la búsqueda del bastión en la montaña, pero Gengis le había rechazado. Nada de lo que sabía sobre los Asesinos hacía pensar en grandes efectivos. Su fuerza residía en el secreto y, una vez roto, Gengis esperaba sacarlos de su guarida como quien mete un puñal en un hormiguero de termitas. Chagatai todavía no había recuperado el favor de su padre y Gengis apenas podía mirarle sin sentir ira y sin que sus esperanzas frustradas resurgieran. No había tomado a la ligera la decisión de elegir a Ogedai. El khan llevaba muchos meses pensando en su legado, pero el tiempo durante el que había pensado que Chagatai heredaría su puesto era mucho más largo. La decisión había sido tomada.

Sin embargo, Gengis conocía bien su propio mal genio. Sabía que si Chagatai mostraba el más mínimo resentimiento, existía la posibilidad de que lo matara.

En vez de permitirle que le acompañara al norte, le mandó al sur con Jebe para arrasarse esas tierras en su nombre. Todos sus generales fueron alertados de no dejar que los árabes se les acercaran demasiado, aun aquéllos que conocían y en quienes confiaban como intérpretes. Gengis dejó a casi todos los árabes de su tumán tras los muros de Samarcanda, prohibiéndoles aproximarse en absoluto al campamento. Arslan sería implacable con cualquiera que desobedeciera esa orden y, mientras se dirigía hacia el norte, Gengis tenía la sensación de que había protegido a su pueblo en todos los modos posibles.

Con los carros cargados, apenas avanzaban cincuenta kilómetros diarios, empezando al amanecer y cabalgando al paso durante todas las horas del día. Dejaron atrás los verdes campos que rodeaban Samarcanda, cruzando con los carros por un vado de escasa profundidad del río que estaba situado más al norte antes de entrar en tierras de polvo y matorral, colinas y valles.

Al cuarto día, a Gengis empezó a irritarle la lentitud del paso. Cabalgaba arriba y abajo de las filas de carromatos, instando a los conductores a ir tan veloces como pudieran. Lo que le había parecido sentido común y moderación en Samarcanda ahora estaba minando su confianza. Los Asesinos sabrían que estaba llegando, sin duda. Le preocupaba pensar que abandonarían su posición en las montañas sin más y se la encontrarían vacía al llegar.

Tsubodai estaba de acuerdo con su opinión, aunque no dijo nada, sabiendo que un buen general no critica a un khan, ni siquiera ante alguien de confianza. Pero Tsubodai estaba convencido de que Gengis había manejado mal la situación. Lo único que podría funcionar era un ataque masivo, sorprendiendo a los Asesinos donde eran más fuertes antes siquiera de que supieran que había enemigos en la zona. Esa pesada caravana de carros era casi exactamente lo contrario de lo que Tsubodai hubiera querido. Cabalgando con poco más que polvo con sangre y leche de yegua como alimento, sus hombres y él habían tardado doce días en llegar hasta Gengis desde las montañas. Ahora que la luna había crecido y menguado en un ciclo casi completo, Tsubodai albergaba cada vez más dudas sobre el futuro mientras la observaba.

Cuando llegaron a la última aldea que habían saqueado, Tsubodai ya estaba planeando qué hacer si los Asesinos se habían evaporado. Esta vez Gengis no se detuvo, aunque había varias figuras manchadas de ceniza escondiéndose y escarbando entre los escombros, buscando cualquier cosa de valor que pudieran rescatar. Los tumanes mongoles pasaron junto a ellos sin dedicar ni un solo pensamiento a los que se ocultaban de ellos.

Las montañas estuvieron a la vista durante días antes de que alcanzaran sus estribaciones. Para consumir su propio nerviosismo y energía, Tsubodai obtuvo permiso de Gengis para cabalgar hasta los exploradores que habían partido en busca

de nueva información. Encontró el segundo pueblo cuando los carros todavía estaban a más de sesenta kilómetros y más de un día de marcha detrás de él. Allí era donde Tsubodai se había reunido con el consejo del pueblo y el hombre que había llevado ante Gengis.

Nadie vivía allí ya. El corazón de Tsubodai se encogió en su pecho mientras pasaba con su caballo entre las cáscaras vacías de los antiguos hogares. No había sido obra de sus hombres y en ese lugar muerto no había siquiera golfillos removiendo las ruinas buscando alimento o monedas. Si Tsubodai hubiera necesitado alguna confirmación final de la presencia de los Asesinos, la halló en los cadáveres que yacían por todas partes, despedazados y quemados allí donde habían caído. En la aldea sólo quedaban con vida las moscas, los pájaros y los perros salvajes, y el zumbido y el batir de alas resonaba a su alrededor, elevándose en densas nubes por donde él pasaba con su montura.

Gengis llegó cuando los jinetes de Tsubodai le dieron la noticia. Mantuvo la expresión impasible mientras cabalgaba hacia su general, dando sólo un súbito respingo cuando una mosca se posó en sus labios.

—Es una advertencia —dijo Tsubodai.

Gengis se encogió de hombros.

—Una advertencia o un castigo. Alguien te vio hablando con el mercader. —Se rió entre dientes al pensar en la llegada del comerciante, que no sabía nada, con un carro lleno de oro. Su repentina riqueza no valdría nada en aquel lugar.

—Podríamos encontrarnos la misma escena en el siguiente pueblo de las colinas del que nos habló, donde vive su hermana.

Gengis asintió. No le importaba en especial que las aldeas hubieran sido destruidas. Si las casas quemadas significaban realmente una advertencia, había pocos hombres en el mundo que la habrían asumido con tanta despreocupación como él. Había visto cosas mucho peores a lo largo de sus años como khan. Ese pensamiento le recordó a Gengis algo que su madre solía decirle cuando era pequeño y sonrió.

—Nací con un coágulo de sangre en la mano derecha, Tsubodai. Siempre he caminado con la muerte. Si me conocen, aunque sea poco, sabrán eso. Esta destrucción no es una advertencia para mí, sino para cualquiera que pudiera estar considerando negociar conmigo. —Entonces frunció el ceño para sí y tamborileó en su silla de montar—. De hecho, es lo que yo haría si fuera a marcharme de la zona.

Tsubodai asintió, sabiendo que el khan no necesitaba escuchar en voz alta que coincidía con él.

—Aun así, tenemos que continuar para ver el lugar donde se escondían —prosiguió Gengis, y su humor empezó a agriarse—, aunque lo hayan abandonado.

Tsubodai simplemente inclinó la cabeza y llamó con un silbido a los batidores para que le acompañaran a las montañas. El pueblo de la hermana se encontraba a un día de marcha al ritmo de un guerrero rápido y quizá a tres para los carros. Cada dos



por tres, era necesario comprobar que no había emboscadas apostadas en los senderos y Tsubodai tuvo que contener la urgencia que sentía por adelantarse para ver si los Asesinos habían dejado a alguien atrás. Las montañas eran muy empinadas a partir de ese punto y sólo había un estrecho camino que llevaba a los exploradores a través de los profundos valles y las cumbres. Era un terreno difícil para el asalto y preocupantemente fácil de defender. Incluso el sonido quedaba ahogado en ese tipo de lugar, absorbido por empinadas laderas a ambos lados, de manera que los cascos de los caballos resonaban como un eco, mientras que el resto del mundo se alejaba. Tsubodai avanzaba con pies de plomo, sin separar ni por un momento la mano de su arco y su espada.

Jochi detuvo a su tumán cuando oyó una nota de aviso procedente de los cuernos de los exploradores. Llevaba más de un mes cabalgando sin apenas hacer altos y había cubierto una vasta distancia en dirección al este, tantos kilómetros que estaba convencido de que las estepas de su patria estaban a mil quinientos kilómetros de distancia hacia el norte. Más allá, el mundo era interminable, desconocido incluso para Tsubodai.

Jochi sabía que su padre enviaría hombres a buscarle antes o después. Parte de él se había planteado girar hacia el norte antes de aquel punto, aunque habría importado muy poco. Todos los exploradores podían rastrear a un único jinete, no digamos a los siete mil que componían su tumán. Hasta un ciego podría haber seguido el rastro que dejaban. Si hubieran llegado las lluvias, las huellas de los cascos se habrían borrado, pero, para frustración de Jochi, el cielo se había mantenido frío y azul durante todo el camino, exhibiendo sólo mínimas volutas de nubes.

Sus guerreros permitieron que sus ponis mordisquearan la hierba seca que crecía a sus pies mientras aguardaban nuevas órdenes. Hasta que llegaron los batidores, se habían sentido contentos y relajados, sin pensar más en el futuro que una manada de perros salvajes. Jochi no podía decir si adivinaban su lucha interna. En ocasiones, creía que tenían que haberlo notado. Sus ojos parecían saber, pero intuía que era probable que se tratara de una ilusión. Mientras los exploradores del khan se aproximaban, Jochi convocó a sus oficiales, desde los que comandaban a mil hombres hasta los que lideraban sólo a diez. Todos ellos habían estado presentes en el palacio de Samarcanda y habían jurado honrar a Ogedai como khan, y las palabras todavía estarían frescas en sus mentes. No sabía qué decidirían hacer.

Más de setecientos acudieron a su orden, alejando sus monturas de aquéllos a quienes lideraban. Todos ellos habían sido ascendidos por el propio Jochi, que les había honrado otorgándoles la confianza de poner las vidas de otros en sus manos. Sintió sus miradas inquisitivas posarse sobre él mientras esperaban a que llegaran los batidores de su padre. Las manos le temblaban ligeramente y las detuvo agarrando con fuerza las riendas.

Los exploradores eran dos jóvenes del propio tumán de Gengis. Llevaban túnicas ligeras que el sudor y el uso continuado habían oscurecido y engrasado. Entraron juntos y desmontaron para saludar con una reverencia al general de Gengis. Jochi se mantuvo muy quieto sobre su montura y le inundó una gran calma. Había pensado que estaba preparado para lo que iba a suceder, pero no lo estaba. Ahora el momento finalmente había llegado y sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Comunicad vuestro mensaje —ordenó Jochi, mirando al hombre que estaba más cerca.

El explorador volvió a inclinarse, todavía moviéndose con la relajación y la espontaneidad que confería una larga cabalgada.

—El gran khan ha avanzado para atacar a los Asesinos, general. Posee información fiable sobre dónde se encuentra su baluarte. Eres libre de nuevo para someter ciudades y ampliar las tierras bajo su control.

—Habéis cabalgado mucho hoy —dijo Jochi—. Os doy la bienvenida a mi campamento. Tenéis que quedaros para comer y descansar.

Los batidores intercambiaron una mirada veloz antes de que el primero contestara.

—Mi señor, no estamos cansados. Podemos partir de nuevo.

—No lo permitiré —exclamó Jochi en tono autoritario—. Quedaos. Comed. Volveré a hablar con vosotros al atardecer.

Era una orden clara y los exploradores no podían hacer otra cosa que obedecer. Ambos hombres inclinaron la cabeza antes de volver a montar y encaminarse al trote hacia el grueso del tumán, alejándose de la reunión de oficiales. Ya habían encendido fogatas improvisadas para cocinar y los que querían conocer las últimas noticias les hicieron hueco entre ellos.

Jochi alzó la mano indicándoles a sus oficiales que le siguieran, haciendo descender a su montura por una colina para apartarse de sus guerreros. Un río fluía al fondo, a la sombra de viejos y retorcidos árboles cuyas ramas se combaban sobre el agua. Jochi desmontó y dejó que su caballo bebiera antes de alargar la mano y tomar varios tragos de agua en las manos ahuecadas.

—Sentaos conmigo —pidió con voz suave.

Sus hombres no entendían qué sucedía, pero ataron sus monturas a los árboles y se congregaron a su alrededor sobre el polvoriento terreno hasta que la mitad de la ladera estuvo cubierta de guerreros. El resto del tumán podía verse a lo lejos, demasiado lejos para oír sus palabras. Nervioso, Jochi tragó saliva. Tenía la garganta seca a pesar del agua que había bebido. Conocía el nombre de cada uno de los hombres que le miraban desde aquel claro junto al río. Habían luchado con él contra los caballos árabes, el ejército del sah, ciudades, guarniciones. Habían acudido en su ayuda cuando estaba perdido y solo entre los guerreros de su hermano. Estaban ligados a él por algo más que un juramento, pero no sabía si eso sería suficiente. Respiró hondo.

—No voy a regresar —dijo.

Del primero al último de los hombres, todos se quedaron inmóviles, algunos de ellos a mitad del gesto de masticar un trozo de carne o sacar un odre de airag de sus alforjas.

Para Jochi, pronunciar aquellas palabras fue como si se hubiera roto una presa. Volvió a tomar aire con ansia, como si hubiera estado corriendo. Sentía el corazón latiéndole con fuerza y una gran tensión en la garganta.

—No es una decisión repentina. Llevo años pensando que este día llegaría, desde el día que luché contra el tigre e iniciamos nuestro viaje por estas tierras. He sido leal a mi padre, al khan, en todas y cada una de mis acciones. Le he dado mi sangre y la de los hombres que me seguían. Le he dado suficiente.

Recorrió con la vista los silenciosos rostros de sus oficiales, evaluando cómo habían recibido sus palabras.

—Después de esto, me dirigiré al norte. No deseo entrar en las tierras meridionales de los Chin, ni acercarme a los Xi Xia, al este. Veré el hogar de nuevo y me refrescaré en los arroyos que nos han dado la vida durante diez mil años. A continuación, cabalgaré tan lejos y tan rápido que ni siquiera los sabuesos de mi padre me podrán encontrar jamás. Hay cientos de tierras que todavía no conocemos. Vi algunas de ellas con el general Tsubodai. Le conozco bien y ni siquiera él será capaz de encontrarme. Cabalgaré hasta el fin del mundo y estableceré allí mi casa, mi propio reino. No dejaré rastros de adónde voy. Para cuando mi padre averigüe que no voy a volver, estará perdido para él.

Podía ver el blanco de los ojos de muchos de sus hombres mientras le escuchaban, atónitos.

—No os ordenaré que permanezcáis a mi lado —continuó—. No puedo. No tengo familia en las gers, mientras que muchos de vosotros tenéis esposas e hijos a los que no volveríais a ver. No os exijo nada, estáis vinculados por vuestro juramento a mi padre y a Ogedai. Incumpliríais vuestra promesa si os unís a mí y sabed que no regresaremos con la nación ni habrá reconciliación con mi padre. Gengis enviará hombres a darnos caza y nos buscarán durante años. No mostrará piedad. Soy su hijo y lo sé mejor que nadie.

Mientras hablaba, retorció con los dedos el duro pelo de la piel de tigre junto al cuerno de la silla de montar, sintiendo el áspero borde del sitio donde Gengis había arrancado la cabeza. Vio que uno de los oficiales minghaan Chin se ponía lentamente de pie y Jochi se detuvo para escucharle.

—Mi señor... general —dijo el hombre, con la voz entrecortada por la inmensa tensión—. ¿Por qué consideras algo así?

Jochi sonrió, aunque le embargaba una honda amargura.

—Porque soy el hijo de mi padre, Sen Tu. Creó su tribu reuniendo a todos los que le rodeaban. ¿Por qué yo tengo que ser menos? ¿Debería seguir también a Ogedai hasta que sea viejo y en mi vida no quede más que arrepentimiento? Os lo digo ahora:

no está en mi naturaleza. Mi hermano pequeño será el khan de la nación. No me buscará cuando llegue el momento. Hasta entonces, encontraré a mis esposas e hijos en un lugar donde no hayan oído el nombre de Gengis.

Recorrió con la vista al grupo de hombres que se habían congregado junto al río. Todos ellos sostuvieron su mirada aunque algunos se habían quedado estupefactos al oír sus palabras.

—Seré mi propio dueño, quizá durante sólo unos años, hasta que me den caza y me maten. ¿Quién puede decir cómo acabará esto? Sin embargo, durante un tiempo, podré decir que soy libre. Por eso estoy aquí.

El oficial Chin se sentó, despacio, con aire meditativo. Jochi esperó. Todos y cada uno de sus oficiales habían adoptado la impasibilidad del guerrero, ocultando sus pensamientos a los que les rodeaban. Nadie haría una arenga en un sentido o en otro en aquel lugar junto al río. Cada uno tomaría la decisión solo, como él mismo había hecho.

De pronto, Sen Tu habló de nuevo.

—Tendrás que matar a los exploradores, general.

Jochi asintió. Aquellos dos jóvenes habían metido la cabeza en la boca del lobo, sin saberlo. No podía permitirles que regresaran junto a Gengis y le informaran de su posición, aunque cambiara el rumbo y se dirigiera hacia el norte cuando se marcharan. Jochi se había planteado mandarlos de vuelta con alguna historia falsa para su padre, pero matarlos era mucho más seguro que arriesgarse a jugar y confiar en despistar a hombres como Tsubodai. No subestimaba su aguda inteligencia, ni la de su padre. Si los batidores desaparecían sin más, aguardarían meses antes de enviar a otros. Para entonces ya estarían muy lejos.

Sen Tu estaba inmerso en sus pensamientos y Jochi le observó con atención, presintiendo como los demás que el oficial Chin hablaría por muchos de ellos. Sen Tu había conocido épocas de gran agitación, desde la aparición del khan en su patria Chin, hasta la llegada a las naciones árabes y a aquel apacible rincón junto al río. Se había mantenido en primera línea de batalla contra los mejores jinetes del sah y Jochi todavía no sabía qué iba a decir.

—Tengo esposa y dos hijos en las tiendas, señor —dijo Sen Tu, alzando la cabeza—. ¿Estarán a salvo si no regreso?

Jochi deseó poder mentir, decir que Gengis no tocaría a las mujeres y a los niños. Luchó consigo mismo un instante y luego se relajó. Le debía la verdad a aquel hombre.

—No lo sé. No nos engañemos. Mi padre es un hombre vengativo. Puede perdonarles la vida o no, según decida.

Sen Tu asintió. Había visto a aquel joven general atormentado por su propio pueblo durante años. Sen Tu respetaba al gran khan, pero quería a Jochi como a un hijo. Había entregado su vida al joven que ahora se estaba desnudando ante ellos, vulnerable, esperando otro rechazo más. Sen Tu cerró los ojos un momento,

suplicando a Buda que sus hijos conservaran la vida y que un día conocieran a un hombre a quien seguir, como él mismo.

—Estoy contigo, general, vayas donde vayas —anunció Sen Tu.

Aunque habló en voz baja, las palabras llegaron hasta los que le rodeaban. Jochi tragó saliva.

—Te doy la bienvenida, amigo mío. No quería cabalgar solo.

Otro oficial minghaan tomó entonces la palabra.

—No estarás solo, general. Yo estaré allí.

Jochi asintió y los ojos empezaron a escocerle. Su padre había conocido esa alegría, esa promesa solemne de seguir a un hombre, incluso si eso significaba la muerte y la destrucción de las demás cosas amadas. Valía más que el oro, más que las ciudades. Una ola se propagó a través del grupo de oficiales a medida que uno a uno fueron gritando su nombre, uniéndose a él. Para cada uno de ellos había sido una elección personal, pero los tenía a todos y siempre los había tenido. Cuando concluyeron, lanzaron un vítor estentóreo, un grito de batalla que pareció estremecer el terreno sobre el que se encontraban.

—Cuando los exploradores hayan muerto, se lo comunicaré a los hombres —dijo.

—General —intervino de pronto Sen Tu—. Si alguno de ellos decide no seguirnos, si decide volver junto al khan, nos traicionarán.

Jochi miró a los oscuros ojos del oficial Chin. Llevaba mucho tiempo meditando sobre sus planes. Parte de él sabía que debería ordenar que mataran a aquellos hombres. Era menos peligroso dejar a los exploradores vivos que permitir que sus propios hombres regresaran junto a Gengis. Si los dejaba con vida, sus propias posibilidades de supervivencia se reducían hasta casi desaparecer. Sabía que su padre habría tomado la decisión en un segundo, pero Jochi se debatía entre las dos opciones. Sentía los ojos de los oficiales posados en él, esperando para saber cuáles eran sus órdenes.

—No los detendré, Sen Tu —replicó—. Si alguno de los hombres quiere retornar con su familia, dejaré que se marche.

Sen Tu hizo una mueca.

—Vamos a ver qué sucede, señor. Si sólo son unos pocos, puedo apostar a unos cuantos de mis arqueros para acabar con ellos.

Jochi sonrió ante la implacable lealtad del oficial Chin. Su corazón estaba colmado cuando miró al nutrido grupo de hombres que se habían reunido a su alrededor en la orilla del río.

—Mataré a los exploradores —contestó—, y después veremos.

**E**l pueblo de las montañas estaba intacto. Durante tres días, Tsubodai había cabalgado con Gengis y los tumanes, en ocasiones siguiendo un estrecho sendero por el que apenas cabían tres caballos. Los mongoles no podían comprender cómo un pueblo podía siquiera sobrevivir en un lugar así, aunque antes del mediodía del tercer día se habían topado con un carro cargado hasta los topes tirado por una mula. Con el precipicio que se abría a uno de los lados, los tumanes no podían pasar sin riesgo de caer y Jebe obligó al propietario a soltar a la mula mientras sus hombres arrojaban el carro por el borde. Tsubodai observó con interés cómo caía hasta estrellarse contra las rocas, desparramando el grano y los rollos de tela por un área muy amplia.

El aterrorizado propietario no se atrevió a protestar y Tsubodai le lanzó una bolsa de oro por su estoicismo, que se deshizo al instante cuando se dio cuenta de que poseía más riqueza de la que había visto nunca.

La aldea en sí había sido construida con rocas sacadas de las montañas y las casas y la única calle estaban hechas con bloques del color de las colinas, de modo que se mezclaban con ellas, quedando camufladas como si se tratara de formaciones rocosas naturales. Detrás de la pequeña colección de edificios, un delgado curso de agua caía desde alturas vertiginosas, creando una húmeda neblina en el aire. Los pollos escarbaban el polvo y la gente, horrorizada, se quedaba mirando un momento a los mongoles para luego agachar la cabeza y echar a correr.

Tsubodai observaba todo con curiosidad, pero no podía evitar una sensación de inquietud. Los guerreros y los carros formaban una hilera que se extendía muchos kilómetros por el sendero de las montañas y, si se desencadenaba una batalla, sólo los hombres del frente podrían luchar. El terreno obligaba al general a romper todas las normas que había concebido para la guerra a lo largo de los años y le era imposible relajarse mientras recorría la calle con Gengis.

Tsubodai envió a un explorador a buscar al hombre cuya hermana vivía en la aldea. Con él fueron una docena de guerreros para recoger el oro y tirar el carro por el precipicio. Si no lo hubiera hecho, todos los hombres situados detrás habrían quedado bloqueados y el ejército habría quedado seccionado por la mitad. Tal y como estaban las cosas, Tsubodai no veía cómo podrían llevar los suministros que iban en la cola. Sin una zona de parada, la fila de carromatos tenía que permanecer detrás de los guerreros. Tsubodai continuó dándole vueltas al problema de las posiciones y el terreno.

Cuando llegó el comerciante, estaba al borde de las lágrimas por la emoción de ver que la aldea seguía intacta, habiendo temido durante los días de viaje que hubiera sido destruida. Encontró enseguida la casa de su hermana e intentó calmar el terror que le inspiraban a la mujer los mongoles que deambulaban por la calle. Ella observó boquiabierta cómo los mongoles dejaban caer bolsas repletas de monedas de oro en el

umbral de su casa, pero aquella visión no la tranquilizó. Al contrario, se fue poniendo más y más pálida a medida que el montón crecía. Cuando los guerreros se retiraron, le propinó un bofetón a su hermano y trató de cerrar la puerta para impedirle entrar.

—¡Me has matado, imbécil! —gritó mientras forcejeaban en la entrada.

El mercader retrocedió un paso, estupefacto ante su arrebató de ira, y al hacerlo, la puerta se cerró de un portazo y todos pudieron oírla llorar en el interior.

—Muy conmovedor —murmuró Gengis a Tsubodai.

Tsubodai no sonrió. El pueblo estaba rodeado de cerros rocosos y estaba seguro de que los estaban vigilando. Desde luego, eso era lo que pensaba la llorosa mujer. Tsubodai había visto cómo sus ojos se alzaban como una flecha hacia los picos circundantes durante un instante antes de cerrarle la puerta en la cara a su hermano. Tsubodai levantó la cabeza y revisó todos los puntos altos, pero no vio nada que se moviera.

—No me gusta este lugar —dijo Tsubodai—. Este pueblo existe para servir a los Asesinos, no tengo ninguna duda. ¿Por qué si no estaría tan lejos de cualquier otro sitio en las montañas? ¿Cómo pagan siquiera los víveres que traen por carro? —Al pensarlo, acercó a su caballo al de Gengis, sintiendo cómo la estrecha calle se cerraba sobre él. Una sola flecha con suerte podría acabar con todo si los aldeanos eran lo suficientemente estúpidos o estaban suficientemente desesperados.

—No creo que debamos detenernos aquí, mi señor khan —continuó—. Hay dos senderos que se adentran en las montañas y sólo uno de regreso. Permite que mande exploradores a recorrerlos y encontrar la manera de entrar.

Gengis asintió y en aquel momento sonó una campana cuyo apagado repiqueteo les llegó rebotando contra las montañas. Los mongoles habían empuñado espadas y arcos antes de que las notas se desvanecieran por completo y dieron un respingo, atónitos, cuando las puertas del pueblo se abrieron con un golpe y empezaron a salir de ellas hombres y mujeres armados.

En cuestión de segundos, el pueblo pasó de ser un lugar silencioso y desierto para convertirse en un sangriento campo de batalla. El caballo de Tsubodai coceó a una mujer que estaba a su espalda, haciendo que saliera volando por los aires. Todos los atacantes se dirigían hacia Gengis que, dibujando un gran arco, acababa de darle un tajo en el cuello a un joven que se había lanzado aullando sobre él.

Para sorpresa de Tsubodai, los aldeanos se mostraban resueltos y desesperados. Sus hombres tenían experiencia enfrentándose a multitudes descontroladas, pero hoy no podían sofocar la violencia con el impacto de un repentino derramamiento de sangre. Vio que uno de sus guerreros era derribado de su montura por un hombre que llevaba una flecha clavada en el pecho y que moría mientras tiraba del mongol con cada vez menos fuerza. Algunos de ellos no dejaban de gritar ni un solo instante mientras luchaban y el ruido, que brotaba de cien gargantas diferentes y rebotaba en las colinas circundantes, resultaba casi doloroso. Pero no eran guerreros. Tsubodai recibió un golpe de un largo cuchillo en el protector de su antebrazo y transformó el

bloqueo en un breve puñetazo que se estrelló contra la mandíbula de su atacante. Los aldeanos no tenían defensa contra unos hombres provistos de armadura y sólo su ferocidad hacía difícil detenerlos. Tsubodai luchaba con fanática concentración, arriesgando su vida para proteger a Gengis. Únicamente estuvieron solos durante unos momentos, hasta que más guerreros del tumán del khan se abrieron paso con esfuerzo hasta alcanzarlos y se giraron hacia fuera con sus espadas y sus arcos. A partir de entonces, las flechas silbaron atravesando las gargantas de todo el que se movía y el círculo de hierro fue avanzando entre ellos, desplazándose con Gengis en el centro.

Las calles quedaron cubiertas de muertos tan deprisa que el sol no se había movido sobre las colinas cuando acabaron. La hermana del mercader yacía entre ellos, había sido una de las primeras en caer. Su hermano había sobrevivido y estaba arrodillado ante su cuerpo desgarrado, llorando sin disimulo. Cuando uno de los guerreros desmontó para abrirle la ropa, el hombre luchó brevemente con una furia llorosa antes de que lo tiraran de espaldas de un empujón. Los hombres de Tsubodai no encontraron a nadie con la palabra «serenidad» grabada junto a sus gargantas.

Tsubodai se apoyó en la silla, jadeando por el esfuerzo y el alivio de haber sobrevivido. Realmente odiaba ese estrecho espacio entre colinas, y la sensación de que había unos ojos posados sobre él era aún más fuerte que antes.

—Si no son Asesinos, ¿por qué nos han atacado con tanta brutalidad? —preguntó a uno de sus oficiales minghaan, que, al no poder responder a una pregunta así, simplemente inclinó la cabeza y desvió la mirada.

Gengis se acercó al trote a Tsubodai, que miraba en todas direcciones a su alrededor, todavía impresionado por lo que había sucedido.

—Imagino que les ordenaron que se interpusieran en nuestro camino —dijo Gengis, despreocupado. Estaba exasperadamente calmado y ni siquiera respiraba con dificultad—. Contra unos ladrones, o contra una banda de asalto, les habría ido muy bien. Haría falta un ejército lleno de determinación para cruzar este pueblo y llegar al baluarte de nuestros enemigos —sonrió de oreja a oreja—. Por suerte, yo tengo un ejército así. Ordena a tus exploradores que salgan, Tsubodai. Encuéntrame el camino hasta allí.

Bajo la mirada amarilla de su khan, Tsubodai se recuperó al instante y envió a dos arbans de diez hombres hacia las profundidades de las montañas. Ambas rutas giraban bruscamente tras un corto trecho, de manera que los guerreros desaparecieron enseguida de su vista. Ordenó a otros guerreros que registraran todas las casas para asegurarse de que no había más sorpresas escondidas en su interior.

—Espero que esto signifique que los Asesinos no han abandonado sus hogares —masculló.

El rostro de Gengis se iluminó todavía más al pensarlo.

Al atardecer, los hombres de Tsubodai habían apilado los cadáveres en un extremo del pueblo, junto a la helada cascada. Allí se creaba una poza antes de que el



agua siguiera su camino de descenso entre las peñas. Tsubodai se ocupó de que los caballos abrevaran, una tarea que era fastidiosamente lenta y laboriosa, pero vital. Para los que estaban demasiado lejos para poder entrar, empleó cubos del pueblo y ordenó a sus guerreros que caminaran kilómetros hasta llegar a ellos. Muchos se verían obligados a dormir en el estrecho sendero, a escasos metros de una caída hacia la muerte. No hubo protestas, a menos ninguna que alcanzara los oídos del general. Aceptaron su suerte como siempre habían hecho.

Sólo un grupo de los batidores de Tsubodai regresó cuando las colinas estaban encendidas de oro y el sol estaba a punto de desaparecer. El otro se había desvanecido en el aire y Tsubodai hizo un gesto de asentimiento en dirección a Gengis al ver que el camino permanecía vacío. Un único explorador podría haberse caído, o haberse roto una pierna. Para que diez guerreros jóvenes desaparecieran en las montañas tenía que existir otra fuerza, implacable y paciente.

Los mongoles habían encontrado el camino que llevaba hacia los Asesinos y durmieron allí donde se encontraban, medio congelados y con sólo unos pocos bocados de carne seca para mantenerse con vida mientras aguardaban el amanecer.

Tsubodai se levantó antes de que rayara el alba, en parte para estar seguro de que podía poner a una fila de hombres en el estrecho sendero antes de que Gengis intentara liderarlo. El general estaba convencido de que los primeros morirían y eligió a varios arqueros provistos de buenas armaduras que pertenecían a su propio tumán, dándoles las mejores posibilidades a su alcance. No quería que Gengis se arriesgara contra un enemigo invisible en un lugar así. Era demasiado fácil defender las paredes de piedra que flanqueaban el sendero. Mientras Tsubodai clavaba la mirada en la oscuridad, que iba clareando, intuyó que tendrían que enfrentarse a piedras y flechas como mínimo. Confiaba en que los Asesinos no contaran con reservas de aceite inflamable, pero no las tenía todas consigo. No tenía sentido lamentar decisiones del pasado, pero los Asesinos habían dispuesto de mucho tiempo para preparar el sendero. Si habían decidido luchar, sería muy duro recorrer ese camino y muchos de sus hombres no volverían de las montañas.

El sol estuvo oculto durante gran parte de la mañana en ese lugar de cimas y de piedra y Tsubodai se asombró al darse cuenta de que la existencia de los aldeanos discurría en la penumbra. Hasta en pleno verano, sus hogares estarían fríos durante la mayor parte del día. Sólo cuando el sol estaba en lo alto, la luz y el calor alcanzarían aquella calle. Para entonces, no dudaba de que los aldeanos eran siervos de aquéllos a quienes iba a sacar de su guarida. Ninguna otra cosa explicaría por qué elegían ese tipo de vida.

Tsubodai cabalgaba en la segunda fila y sólo se volvió en una ocasión cuando el ejército empezó a avanzar, una vasta y lenta hilera que se extendía casi hasta la primera aldea que habían hallado destruida. Algunos de sus hombres todavía no

sabían nada de lo que había sucedido el día anterior, pero siguieron sus pasos y se adentraron serpenteando en el terreno hostil.

Cuando el pueblo quedó atrás, el sendero se estrechó todavía más obligando a sus hombres a montar de dos en dos. Era poco más de una grieta en la montaña y el aire soplaba frío por la penumbra y la sombra constantes. Tsubodai mantenía sus armas en ristre, agudizando la vista en busca de algún indicio del arban. Sólo quedaban las huellas de los cascos y los hombres de Tsubodai los siguieron lentamente, previendo una posible emboscada, pero sin dejar de avanzar.

La sensación de encierro pasó a resultar asfixiante cuando la pendiente empezó a ascender. Para preocupación de Tsubodai, el camino se estrechó de nuevo haciendo que sólo pudiera pasar un hombre con su caballo de cada vez. Las huellas de pezuñas siguieron guiándolos. Tsubodai nunca se había sentido tan impotente en su vida y tuvo que luchar contra su creciente pánico. Si los atacaban, los primeros en caer bloquearían el camino de los que los seguían, convirtiéndolos en blancos fáciles. No creía que pudiera siquiera hacer girar a su montura en un paso tan estrecho y su rostro se crispaba cada vez que sus piernas rozaban las rocas cubiertas de musgo a ambos lados.

Tsubodai levantó la cabeza con brusquedad cuando uno de sus hombres emitió un suave silbido que hizo que los caballos frenaran en seco. Lanzó una maldición entre dientes cuando se dio cuenta de que ni siquiera podía cabalgar hasta el frente para ver qué habían encontrado. El mejor ejército del mundo había quedado reducido a una sola fila de hombres nerviosos. No era de extrañar que los Asesinos no hubieran abandonado su fortaleza. Entornando los ojos, Tsubodai alzó la vista hacia la luminosa franja de cielo que se extendía sobre su cabeza. Sólo hacían falta unos cuantos hombres con piedras allí arriba y las montañas se convertirían en una tumba para todas sus esperanzas y ambiciones. Tragó aire con brusquedad cuando un guijarro cayó de algún lugar ahí arriba, pero eso fue todo.

Uno de sus hombres regresó a pie, agachándose para pasar por debajo de las patas de los caballos y haciéndoles respingar con nerviosismo. Los animales también se sentían encerrados por las rocas que los rodeaban por todas partes y Tsubodai temió que alguno de ellos fuera presa del pánico. En un espacio tan pequeño, sería el caos.

—Hay un muro que atraviesa el sendero más adelante, general —informó el guerrero—. Tiene una puerta, pero es de hierro. Si ordenas que envíen hacia delante los martillos, podemos arrancar los goznes, pero no será tarea rápida.

Tsubodai asintió, aunque la idea de hacer que las órdenes fueran pasando a lo largo de una línea de caballos parados habría sido cómica si no fuera por la constante amenaza de un ataque. A su pesar, volvió a mirar hacia arriba con una mueca.

—Tendrás que ir personalmente. Haz que los martillos vayan pasando de hombre a hombre y que un oficial le arranque los manteletes al carro más próximo que los lleve. —Al menos las barricadas de madera portátiles resultarían útiles. Gengis había insistido en que trajeran docenas de cosas fabricadas en Samarcanda para proteger a

sus arqueros, una decisión que sólo ahora empezaba a dar fruto.

Tsubodai aguardó con impaciencia mientras el corredor recorría con dificultad la hilera de hombres y monturas. Los carromatos con los suministros para el asedio estaban muy atrás y el tiempo pasaba despacio mientras los hombres conversaban entre sí y aguardaban. Cuando Tsubodai se volvió hacia él, sólo Gengis parecía de buen humor. El khan estaba afilando su espada con una piedra que había sacado de su alforja, levantando la hoja cada cierto tiempo para inspeccionar el filo. Pilló a Tsubodai mirando y se rió, y el eco de su risa resonó en el aire mientras continuaba con la tarea.

En aquella quietud, el instinto hizo que Tsubodai levantara la vista una tercera vez. Vio que en la franja de cielo azul aparecían unas motas oscuras. Se quedó boquiabierto y gritó a los que le rodeaban que se agacharan, levantando sus antebrazos blindados por encima de la cabeza justo antes de que la primera piedra le golpeará.

Los impactos de las piedras, que caían en oleadas, hicieron que los mongoles gruñeran y rugieran de dolor. Los que tenían escudos los alzaron, pero eran sólo unos pocos. Sus caballos corcoveaban y pataleaban soportando la descarga sin cascos ni armadura, asustados y doloridos. Muchos de ellos se habían quedado aturcidos, desplomándose y escarbando la tierra al notar que les fallaban las patas. Tsubodai apretó los puños sobre la cabeza al ver que algunos, con el cráneo abierto, ya no se levantarían más. Vio que los brazos de varios hombres colgaban sin fuerza: sus huesos se habían roto a pesar de la coraza, y las piedras seguían cayendo en el limitado espacio. Lo único por lo que Tsubodai podía dar las gracias era el hecho de que las piedras fueran pequeñas. Las rocas que podrían romper la columna vertebral de un hombre o bien se atascaban en el paso que había sobre sus cabezas, o rebotaban y se desmenuzaban en pedazos más menudos. Justo cuando tomaba nota de eso, una de las piedras grandes sobrevivió a la caída y golpeó la testuz de un caballo a pocos metros de él, matando al animal de manera instantánea. El general recordó el primer fuerte que había conquistado con Gengis. En aquella ocasión había hombres apostados sobre ellos en un agujero infernal, arrojando flechas hacia abajo en una línea recta casi completa. Se habían salvado sosteniendo barricadas de madera sobre la cabeza. Tsubodai sintió que el corazón le latía dolorosamente cuando se dio cuenta de que se había olvidado de los carros que iban detrás de ellos. No podían arrastrarlos hasta el estrecho camino y tuvo una visión en la que todo el ejército quedaba bloqueado, incapaz de dar marcha atrás con esas paredes de roca cerrándose sobre ellos. Sus hombres se tambaleaban a su espalda bajo el aluvión de piedras, aullando de dolor y frustración.

—¿Dónde están esos manteletes? —rugió Tsubodai—. ¡Necesitamos manteletes aquí! —Su voz llegó hasta muy lejos en las líneas, chocando y rebotando en los muros de piedra. Donde el camino giraba, vio a varios hombres hacer ademanes urgentes a los que estaban tras ellos, pasando su orden. ¿Tan lejos estaban los carros?

Aguardó, torciendo el gesto al oír cómo se estrellaban las piedras a su alrededor mientras se encogía sobre la silla protegiéndose la cabeza con los brazos.

Pensó que llevaba toda la vida oyendo gemidos y el sonido de su propia respiración cuando oyó un grito. Tsubodai se arriesgó a mirar por encima del hombro. Las piedras siguieron golpeando su armadura, haciendo que se balanceara. Hasta las pequeñas hacían daño. Suspiró aliviado al ver los pesados escudos de madera pasando de jinete a jinete por encima de sus cabezas. Por muy deprisa que avanzaran, nunca sería demasiado rápido.

La cola de barricadas de madera se detuvo cuando los hombres sobre los que caían las piedras se las quedaron en vez de pasarlas a lo largo de la fila. Tsubodai les gritó, furioso. Había visto que venían más. Ya se oía el choque de las piedras contra la madera, lo suficientemente fuerte para herir los oídos. Tsubodai agarró el primer mantelete que llegó a él tras comprobar que Gengis ya estaba a salvo. No creía que el khan fuera a renunciar al suyo y le costó un gran esfuerzo de voluntad pasarle el suyo a los que estaban delante. Sólo podían moverlos inclinándolos. Cuando los manteletes estaban colocados como caparazones para proteger a los hombres, con frecuencia se atascaban en los muros y apenas era necesario sostenerlos.

Con la cabeza descubierta una vez más, Tsubodai miró a Gengis y vio que el khan había perdido la calma. Gengis hizo una mueca cuando vio a su general desprotegido y luego se encogió de hombros como si no pasara nada. Levantó su mantelete de donde lo habían colocado y se volvió para coger otro. Tsubodai vio varias rocas cayendo alrededor del khan. Una empujó la cabeza de Gengis hacia atrás al golpear su casco, pero otro mantelete se adelantó y el general respiró con alivio al verle a salvo una vez más.

La lluvia de piedras disminuyó y luego se detuvo, dejando a hombres maltrechos y moribundos bajo los pesados tableros. Sin armadura, habrían quedado destrozados. Tsubodai no sabía si los Asesinos habían visto las barreras de madera o si simplemente se les habían agotado los proyectiles. Lo que sí sabía es que movería cielo y tierra para vengarse por el tormento de la impotencia.

Uno a uno, los hombres fueron pasando los martillos bajo el caparazón de manteletes hasta que unos sonoros golpes empezaron a resonar en un punto situado más adelante. Tsubodai comprobó exasperado que no podía ver las filas del frente. El muro que intentaban derribar estaba a doce cuerpos de caballo por delante de él y todo lo que podía hacer era aguardar y sudar.

Tsubodai pensó que podía ordenar que descuartizaran a los caballos muertos y que fueran pasando los trozos a lo largo de la línea. Rechazó la idea tan rápido como se le había ocurrido. Necesitaban salir de la chimenea de roca y destripar a los caballos llevaría demasiado tiempo, aun cuando tuvieran espacio para blandir las hachas.

En vez de eso, Tsubodai se dio cuenta de que los manteletes podían ser utilizados para cubrir los cadáveres de hombres y animales, permitiendo que los demás

caminaran sobre ellos. Sería una experiencia truculenta, pero sin un camino por el que avanzar, no importaría si la puerta de hierro podía ser echada abajo o no.

El eco del estruendo de la puerta al caer se oyó hasta casi el final de la fila, despertando una oleada de vítores en los guerreros.

Tsubodai vio que los hombres que estaban en primera línea se abalanzaban hacia delante y luego los oyó gritar al ser golpeados por algo invisible. Tsubodai entrecerró los ojos para ver mejor, pero había poca luz en aquel lugar y los manteletes la reducían a prácticamente nada con su sombra. Justo delante de él yacía el caballo que había visto desplomarse bajo el impacto de las rocas. Su jinete había quedado clavado contra el muro cuando el animal cayó. Le salía sangre de la nariz y estaba pálido e inmóvil. Tsubodai no sabía si aún vivía, pero repartió órdenes sin vacilar.

Pasó su propio mantelete hacia delante para cubrir a la destrozada pareja. Con Tsubodai alentándole, el guerrero más próximo hincó los talones en su montura, obligando al caballo a subir y avanzar por la inestable plataforma.

La tabla se tambaleaba bajo el peso y el aterrorizado poni se resistió, pero Tsubodai y el jinete le gritaron. El guerrero le pegó en los flancos con la funda de su espada hasta que el animal avanzó vacilante, lanzando nerviosos relinchos. El rostro de Tsubodai se crispó y le siguió, tratando de no oír el sonido de huesos rompiéndose bajo su peso. Se dijo que seguro que el hombre de debajo estaba muerto.

El caballo de Tsubodai casi se escapó desbocado al ver el sendero vacío que se abría ante él. Desesperado, tiró de las riendas para frenar, sabiendo que fuera lo que fuera lo que había silenciado a sus hombres seguía allí, esperando. Sólo un guerrero cabalgaba por delante de él y ese hombre corría como un loco, lanzando un grito de guerra y blandiendo su espada.

Tsubodai atravesó la chatarra de la puerta y la luz del sol le hirió los ojos, casi cegándole. Más allá, vislumbró una amplia mancha en el camino. Su caballo corría hacia allí, desesperado por alejarse del terror y el hedor a sangre del paso. Tsubodai tiró de las riendas con un ímpetu salvaje, haciendo girar a su montura mientras las flechas silbaban junto a él. El otro guerrero se había adentrado de lleno y varias flechas brotaron de su pecho. Tsubodai lo vio tambalearse, pero su armadura resistió y tuvo tiempo para matar a un arquero antes de que otra saeta se le clavara bajo la barbilla en un disparo de corto alcance.

El general jadeó tratando de coger aire y parpadeó mientras más guerreros salían con estruendo del paso para unirse a él. Los que tenían brazos y clavículas rotas eran incapaces de utilizar sus armas, pero se dirigieron hacia las flechas para despejar el paso a sus espaldas.

Los arqueros a los que se enfrentaban estaban vestidos con túnicas blancas, que se abrían por la acción de tensar los arcos. Tsubodai vio que llevaban la marca de la serenidad y la furia le invadió. Hundió los talones en su montura dirigiéndola hacia las masas de hombres en hileras. No había espacio para huir o para maniobrar. Sus guerreros debían romper la línea o morirían en parejas y tríos al salir del paso.

El hecho de que los caballos corrieran como locos les ayudaba. Los guerreros mongoles apenas intentaron frenarlos al cargar. El caballo de Tsubodai se abalanzó sobre un arquero que intentaba poner otra flecha en la cuerda. El disparo pasó junto al general y le golpeó con su espada al dejarle atrás, mientras su caballo pisoteaba al siguiente hombre de la fila. Tsubodai enseñó los dientes con cruel placer mientras sus guerreros empezaban a penetrar en las filas de enemigos. El pecho de todos los hombres se erizó de flechas, pero la armadura era buena y los arqueros eran malos. Los Asesinos no eran guerreros, por mucho miedo que supieran inspirar. No habían entrenado todos los días desde el mismo momento en que aprendieron a andar. No podían reprimir el miedo y el dolor para abrir un último tajo en un rival. Los guerreros del khan podían y lo hacían.

El paso que se abría más adelante era suficientemente ancho para permitir que los caballos galoparan de cinco en fondo. Habría unos cien arqueros situados en distintas alturas en las rocas, que estaban cortadas casi como escalones. Si hubieran lanzado descargas en grupo, habrían destruido las primeras filas, pero Tsubodai comprobó que cada arquero disparaba solo. Dio un mandoble con su espada a otro enemigo, abriendo un enorme corte en su costado mientras pasaba velozmente por su lado. Su caballo, con dos flechas hundidas hasta el fondo en el pecho, estaba dando traspiés. Sólo el pánico hacía que continuara corriendo, pero Tsubodai estaba listo cuando las fuerzas abandonaron al animal y cayó como un plomo contra el suelo. Saltó con agilidad, pero fue a caer prácticamente en brazos de un árabe. Con un veloz y energético impulso, giró en el aire de modo que su espada golpeó a su rival a la altura del cuello. El hombre se desplomó muerto y Tsubodai se topó con el siguiente, que estaba indefenso, en el intervalo entre dos disparos. El general dio dos rápidas zancadas y le hundió la hoja en el pecho desnudo, justo a la altura del tatuaje de la serenidad. Un guerrero que había logrado pasar sin perder su montura lanzó una patada cuando Tsubodai se preparaba para bloquear a un tercero, tirando de espaldas al atacante. Tsubodai levantó la vista con agradecimiento y vio a Gengis, ensangrentado y exultante.

Tsubodai pensó que los arqueros habrían conseguido la victoria contra hombres desarmados, aun cuando los efectivos hubieran sido muchos. La chimenea de roca era la mejor defensa que había visto nunca y comprendió por qué los Asesinos habían permanecido allí para luchar. Sin duda creyeron que podrían rechazar a cualquier enemigo. Tsubodai se limpió la boca, donde notaba el sabor de algo inmundo y pegajoso. Retiró la mano teñida de rojo y escupió en el suelo.

A su alrededor, los últimos arqueros eran eliminados y los jinetes mongoles lanzaron un grito de victoria, liberando todo el miedo y la ira que no habían mostrado antes. Tsubodai no se unió a ellos. Tenía el cuerpo dolorido por cien impactos y se sentó en las gradas de piedra, empujando un cadáver con el pie para hacerse sitio. Se dio cuenta de que estaba resollando, esforzándose por tomar suficiente aire, como si no pudiera llenar del todo los pulmones. El sol estaba alto sobre sus cabezas, sin

haber llegado siquiera al mediodía, y Tsubodai se rió débilmente al verlo. Tenía la sensación de haber estado atrapado en aquel oscuro lugar durante años y cada aliento que tomaba era una lucha por recobrar la calma.

Miró hacia la parte superior del sendero, más allá de los guerreros y de los muertos. Mientras peleaba, había visto todo el tiempo la fortaleza que se alzaba sobre ellos, pero sólo ahora penetró en sus pensamientos.

Los Asesinos habían construido su baluarte con las rocas de la montaña, erigiéndola justo en medio del camino de manera que no hubiera modo de rodearla. Los despeñaderos que se abrían a ambos lados eran demasiado lisos para trepar por ellos y Tsubodai suspiró mientras estudiaba la única, enorme, puerta que seguía bloqueando el paso.

—¡Martillos, aquí! —gritó—. ¡Martillos y manteletes!

**L**as catapultas que Gengis había ordenado traer desde Samarcanda no podían pasar a través del estrecho paso, ni siquiera por piezas, y el trabajo recayó en hombres que blandían martillos y ganchos para escalar muros. El portón de la fortaleza estaba hecho de bronce y latón, enmarcado en unas columnas de piedra de mucho grosor. El progreso era increíblemente lento y la labor era agotadora. Tsubodai organizó equipos de hombres para trabajar con los martillos, mientras que otros guerreros traían los manteletes para que pudieran hacerlo bajo su protección. Al final del primer día, las columnas de ambos lados de la puerta estaban desportilladas y abolladas, con grandes boquetes donde las barras de hierro habían recibido el envite de los martillos. Todavía seguía en pie. Por encima de sus cabezas llegaban a intervalos las lluvias de flechas, pero los mejores arqueros de la nación estaban apostados para responder al ataque y enviaban sus propios proyectiles antes de que los Asesinos pudieran apuntar. Aun entonces no había demasiados defensores y Tsubodai se preguntó si la fuerza principal de los Asesinos yacería ya muerta sobre los ensangrentados escalones que conducían a la fortaleza. El campo de batalla ideal de los Asesinos eran la oscuridad y el sigilo. No contaban con suficientes efectivos para defenderse de un enemigo resuelto, como había dicho Gengis. Toda su fuerza residía en que su hogar nunca fuera descubierto.

Transportar los suministros a través de aquella grieta en las montañas era una tarea tediosa, pero Tsubodai preparó antorchas y comida cuando fue a relevar a sus hombres y nuevos guerreros asumieron la labor de derribar las columnas de la puerta. A los arqueros de las murallas les era más fácil trabajar por la noche. Podían ver a los mongoles trabajando, aunque seguían sosteniendo los manteletes sobre sus cabezas. Los guerreros que pasaban cerca de la luz de las antorchas se arriesgaban a que, de repente, una flecha cayera zumbando sobre ellos. Cuando llegó el alba, siete de los hombres de Tsubodai habían sido heridos y uno de los que sostenía las barras de hierro se había resbalado y se había roto la muñeca con un martillo. Sólo había tres muertos. Los otros fueron arrastrados a la zona inferior de los escalones, donde los asistieron y vendaron sus heridas, mientras esperaban la luz del día.

Cuando vio que por la mañana la puerta todavía resistía, Gengis dio orden de allanar el pueblo de piedra que se encontraba a sus espaldas. Sus oficiales minghaan regresaron para allá con instrucciones de derribar las casas de piedra y tirarlas por el barranco para que más hombres pudieran utilizar el espacio abierto. Casi veinte mil hombres aguardaban impotentes, incapaces de llegar hasta el enemigo mientras unos pocos sudaban junto al muro. Tsubodai parecía seguro de que sus hombres lograrían entrar, pero a medida que avanzaba el segundo día, Gengis tuvo que obligarse a adoptar una expresión impasible para ocultar su impaciencia.



El Anciano de las Montañas observaba cómo los soldados trabajaban bajo el sol. Apenas podía contener la furia que lo embargaba. A lo largo de su vida, había sido honrado por príncipes y sahs, desde el Punjab en India hasta el mar Caspio. Exigía respeto, incluso deferencia, de los escasos hombres que sabían quién era, independientemente de su riqueza o linaje. Su fortaleza no había sido atacada ni una sola vez desde que su antepasado encontrara aquella grieta en las montañas y formara el clan que llegaría a ser la fuerza más temida en las tierras árabes.

El Anciano se aferró al alféizar de piedra de la ventana a la que estaba asomado con la vista clavada en las hormigas que trataban de llegar hasta él. Maldijo al sah de Corasmia, que había intentado comprar la muerte de ese khan, así como su propia suerte por haber prestado oído a su petición. En aquel momento no había sabido que las ciudades del sah caerían ante el invasor y que las reservas de oro se perderían con ellas. Había enviado a varios hombres selectos para eliminar a uno solo, pero, de algún modo, todo cuanto había conseguido había sido espolear al khan para emprender aquella profanación. El Anciano había recibido noticia del fracaso en Samarcanda a los pocos días. Sus seguidores se habían confiado en exceso, seducidos por el hecho de tener a su enemigo a tan fácil alcance. Habían muerto, como merecían, pero, al hacerlo, habían traído a esos salvajes atacantes hasta las puertas de su santuario.

A los mongoles no parecía preocuparles cuántas vidas perdían. El Anciano casi llegaba a admirarlos por ello, si no fuera porque los consideraba menos que humanos. Parecía que era su destino ser derrotado por unos lobos impíos, después de todo cuanto había logrado. El khan era un enemigo implacable y compulsivo y las antiguas normas estaban desmoronándose a su alrededor. Llevaría una generación reconstruir el clan después de aquel día, quizá más. Juró entre dientes que sus Asesinos se cobrarían algún día esa deuda de sangre, pero al mismo tiempo se sintió asustado, casi aterrorizado ante ese hombre que se arrojaba con tal dureza contra las rocas de su fortaleza. Ningún árabe lo habría hecho. Habrían sabido que el fracaso suponía la destrucción de tres generaciones de todos sus seres queridos. Incluso el gran Saladín había dejado de importunar a los Asesinos después de que le visitaran en su propia tienda de mando.

El Anciano oyó ruido de pasos detrás de él y, a regañadientes, se retiró del arco de la ventana. Allí, en la fría estancia, estaba su hijo, con ropa de viaje. A sus cuarenta años de edad, conocía todos los secretos del clan. Y los necesitaría todos para empezar de nuevo. Con él se marchaba la última esperanza del Anciano. Intercambiaron una mirada de dolor y furia antes de que su hijo se tocara la frente, los labios y el corazón y se inclinara ante él respetuosamente.

—¿No vendrás conmigo? —preguntó su hijo una última vez.

El Anciano meneó la cabeza.

—Estaré aquí hasta el final. Nací en esta fortaleza. No me expulsarán de aquí.

Pensó en el jardín del paraíso en la parte trasera del baluarte. Las mujeres ya habían muerto por orden suya: un vino envenenado les había permitido dejarse ir en el sueño. Con los últimos de sus hombres sobre la muralla, no había nadie que retirara los cadáveres y en el aire del jardín pesaba el olor de la carne en proceso de putrefacción. Con todo, ese destino era mejor para ellas que caer en manos de los invasores. El Anciano pensó que podría pasar un rato allí mientras aguardaba al khan. El jardín siempre había calmado la turbulencia de su alma.

—Recuérdame y reconstruye esto, hijo mío. Si sé que tú alargarás la mano y eliminarás a ese khan del mundo, o a sus hijos, puedo morir en paz.

Los ojos de su hijo se posaron ardientes en él antes de hacer otra reverencia.

—No lo olvidaré —prometió.

El Anciano observó cómo se alejaba con amplias, seguras y fuertes zancadas. Había un sendero oculto tras la fortaleza y su hijo lo tomaría, dejando atrás únicamente destrucción. Dos hombres viajarían con él, Asesinos experimentados, bien versados en todas las formas de muerte. Hasta ellos habían necesitado que él les diera la orden para marcharse. Para ellos no había ningún deshonor en morir defendiendo su hogar. Sólo treinta hombres más esperaban a que los mongoles derribaran el muro. Sabían que serían asesinados y entrarían en el paraíso y se sentían llenos de gozo.

De nuevo a solas, el Anciano de las Montañas se volvió hacia el sol poniente. Descendió los escalones de mármol que conducían al jardín por última vez, inspirando el aire con placer mientras se iba cargando del aroma de las flores y de los muertos.

La columna situada a la derecha de la puerta se rompió en dos pedazos al mediodía del siguiente día, combándose hacia fuera por el peso de las piedras que se apoyaban sobre ella. El khan dio un paso adelante, deseoso por ver qué había en el interior. La puerta se abrió con un crujido sin el soporte de la columna y los hombres de Tsubodai introdujeron en el vano sus varas terminadas en ganchos y tiraron de ella, de modo que el borde frontal hizo un surco en el polvoriento terreno.

Gengis llevaba la armadura completa y tenía la espada y el escudo en ristre mientras aguardaba a que se abriera el paso. Tsubodai notó que tenía la intención de ser el primero en entrar en la fortaleza y el general se unió a sus hombres junto a la puerta, agarrando el borde con sus manos desnudas para estar más cerca. No sabía si Gengis le había leído el pensamiento, pero fue Tsubodai el primer hombre que entró en el patio que había más allá de la puerta. Oyó el repiqueteo de flechas rompiéndose contra las piedras del suelo y se agachó hacia un lado mientras inspeccionaba la fortaleza que tanto habían luchado por conquistar. Todavía había hombres sobre las murallas, pero cuando Gengis traspasó el umbral, se protegió con su escudo de las

flechas, que fue recogiendo del aire como flores y quedaron vibrando, clavadas en su superficie.

A continuación entraron en el patio los arqueros de Tsubodai, caminando de espaldas y lanzando saetas hacia cualquier cosa que se moviera en lo alto de las murallas. En el interior, los Asesinos no contaban con ninguna protección. La silueta de las figuras, vestidas de negro, destacaba contra el color más claro de la roca y cayeron enseguida. Gengis observó cómo chocaban contra el suelo del patio sin ninguna expresión en el rostro, y luego asintió, satisfecho, cuando el silencio retornó. Los hombres de los martillos avanzaron también, con el rostro todavía colorado y sudoroso, mientras el general y el khan se adentraban aún más en la fortaleza. Otros ascendieron por las escaleras de piedra hasta los muros, determinados a acabar con todo posible superviviente, además de comprobar que los caídos estaban realmente muertos. Tsubodai no miró atrás cuando oyó cómo forcejeaban sobre las murallas antes de que alguien se desplomara con un grito. Sabía que sus hombres arrasarían el patio y las siguientes estancias. No tenía que vigilarlos, pero tampoco habría podido permitírsele mientras su khan caminara tan despreocupadamente hacia el nido de los Asesinos.

Al otro lado del patio, un claustro rodeado de pilares soportaba el edificio principal. Gengis halló una puerta allí, pero era de simple madera y los martillos la destrozaron con unos pocos golpes. No había nadie esperándoles, pero Tsubodai contuvo el aliento cuando Gengis caminó hacia las sombras como si paseara entre sus gers. El khan parecía resuelto a enfrentarse con su miedo de cabeza y Tsubodai sabía que no debía intentar detenerle mientras registraban el bastión.

El hogar de los Asesinos era un laberinto de habitaciones y pasillos. Tsubodai atravesó salas llenas de armas y pesos de hierro, un espacio abierto con arcos colocados en estantes, e incluso una fuente seca, con el agua recogida en un estanque en el que todavía nadaban unos peces dorados. Encontraron habitaciones individuales con camas de fino lino, así como dormitorios en los que había toscas literas pegadas a las paredes. Era un lugar extraño y Tsubodai tuvo la sensación de que hacía muy poco que lo habían abandonado, que en cualquier momento los ocupantes regresarían y llenarían las estancias vacías de ruido y de vida. A sus espaldas, oyó a sus hombres llamándose entre sí, sus voces amortiguadas a medida que más y más hombres iban entrando en la fortaleza y empezaban a buscar cualquier cosa que mereciera la pena llevarse. En una sala con rejillas en las ventanas, Tsubodai y Gengis hallaron una copa de vino caída con el vino apenas seco en el fondo. Gengis siguió avanzando, asimilándolo todo, pero sin pararse en ningún momento a descansar.

Al final de una sala adornada con estandartes de seda, otra pesada puerta les bloqueaba el paso. Tsubodai ordenó a los hombres de los martillos que avanzaran, pero cuando levantó la barra de hierro que la candaba, corrió sin dificultad y la puerta se abrió de par en par dejando ver unos escalones. Gengis se demoró sólo un instante, pero Tsubodai se adelantó con presteza y subió tan rápido como pudo, con la espada

en ristre. Notó que en el aire flotaban densos y extraños aromas, pero, aun así, no estaba preparado para lo que se encontró y frenó en seco.

El jardín estaba situado en la parte trasera de la fortaleza, mirando a las montañas que se extendían hacia la azul lejanía. Había flores por todas partes, pero su perfume no escondía el olor a muerte. Tsubodai encontró a una mujer de incomparable belleza tendida junto a un parterre de flores azules. Sus labios estaban teñidos de oscuro por el vino tinto que también había manchado su mejilla y garganta. Empujó su cuerpo suavemente con el pie, olvidando por un momento que Gengis estaba justo detrás de él.

El khan no miró hacia abajo al pasar. Recorrió con amplias zancadas los cuidados senderos como si las mujeres no estuvieran allí, adentrándose más en el jardín. Había numerosas jóvenes yaciendo en el suelo, todas hermosas y todas ataviadas con muy pocas prendas, dejando al descubierto la mayor parte de la perfecta musculatura de sus cuerpos. Incluso para alguien acostumbrado a la muerte, resultaba escalofriante, y Tsubodai se encontró a sí mismo alzando la cabeza y aspirando profundamente en busca de aire puro. Gengis no parecía notar el hedor: tenía la mirada clavada en las distantes montañas, limpias y coronadas de nieve.

Al principio, Tsubodai no vio al hombre que estaba sentado en un banco de madera. La figura, vestida con una túnica, estaba tan quieta que podría haber sido otro ornamento en aquel extraordinario escenario. Gengis estaba casi a su altura cuando Tsubodai dio un respingo y gritó una advertencia.

El khan se detuvo y alzó la espada, casi tan rápido como cuando era joven. No vio que el anciano supusiera ninguna amenaza y bajó la hoja mientras Tsubodai los alcanzaba.

—¿Por qué no has salido huyendo? —le preguntó al hombre.

Habló en el idioma Chin y el anciano levantó la cabeza y esbozó una sonrisa cansada antes de responder en la misma lengua.

—Éste es mi hogar, Temujin.

El cuerpo de Gengis se puso rígido al oír su nombre de infancia en labios de un extraño. La espada se agitó en su mano por instinto, pero el hombre del banco alzó lentamente las palmas vacías y luego las dejó caer.

—Lo voy a dismantelar de arriba abajo, ¿sabes? —le dijo Gengis—. Tiraré las rocas por el precipicio para que nadie recuerde siquiera que una vez hubo una fortaleza en estas montañas.

El Anciano se encogió de hombros.

—Por supuesto. La destrucción es todo cuanto conoces.

Tsubodai se aproximó más al hombre, cerniéndose sobre él, listo para matarlo al primer movimiento brusco que hiciera. No parecía representar ninguna amenaza, pero tenía una mirada oscura bajo las pobladas cejas y sus hombros eran enormes a pesar de las arrugas que surcaban su rostro. Por el rabillo del ojo, vio a Gengis enfundar la espada y Tsubodai, que no se atrevió a alejarse al ver que el khan se sentaba en el

banco, lanzó un largo suspiro de alivio.

—Aun así, me sorprende que no hayas salido huyendo —insistió Gengis.

El Anciano se rió entre dientes.

—Cuando hayas entregado tu vida a construir algo, entonces quizá lo entiendas, no sé. —Su voz adquirió un timbre amargo mientras proseguía—. No, no lo entenderías, ni siquiera entonces.

Gengis sonrió y luego se echó a reír a carcajadas hasta que tuvo que enjugarse las lágrimas de los ojos. Mientras le observaba, la cara del Anciano se transformó en una máscara de odio.

—Ay, cómo necesitaba reírme —dijo Gengis—. Necesitaba sentarme en un jardín rodeado de mujeres muertas y que un Asesino me dijera que no he construido nada en mi vida. —Volvió a reírse y entonces incluso Tsubodai sonrió, aunque su espada seguía estando lista para atacar.

La intención del Anciano de las Montañas había sido demostrar su desprecio hacia el khan antes de ir hacia la muerte con la dignidad intacta. Ver a un hombre lanzando risotadas ante su cara le hizo sonrojarse y destruyó su sensación de fría superioridad.

—¿Crees que has conseguido algo con tu vida? —siseó el Anciano—. ¿Crees que te recordarán?

Gengis meneó la cabeza y la hilaridad estuvo a punto de invadirle de nuevo. Cuando volvió a levantarse, todavía se reía entre dientes.

—Mata a este viejo tonto por mí, ¿quieres, Tsubodai? No es más que un odre lleno de viento.

El Asesino resopló, furioso, mientras trataba de contestar, pero Tsubodai ya había descargado un fuerte mandoble contra él y sus palabras quedaron gorgoteando en la sangre. Gengis ya había alejado al hombre de sus pensamientos.

—Me dejaron un aviso destruyendo aquella aldea, Tsubodai. No puedo hacer menos por ellos, si alguno todavía sigue vivo. Quiero que recuerden el coste de atacarme. Haz que los hombres comiencen por el tejado y tiren las tejas y las piedras por los despeñaderos. No quiero que quede nada que recuerde que alguna vez hubo un hogar aquí.

Tsubodai asintió, inclinando la cabeza.

—Como deseas, mi señor khan —dijo.

Jelaudin encendió un cono de incienso por su padre, recordándole en el aniversario de su fallecimiento. Sus hermanos vieron lágrimas en sus ojos cuando se enderezó y pronunció con suavidad unas palabras en la brisa matutina.

—¿Quién dará la vida a los huesos cuando sean polvo? Les dará vida el que los hizo por primera vez. —Hizo una pausa y se agachó, tocando el suelo con la frente para honrar al sah que, al morir, se había convertido en la luz de los seguidores de su

hijo.

Jelaudin sabía que había cambiado en el año transcurrido desde que fuera presa de la desesperación en aquella diminuta isla del Caspio. Había hallado una vocación y muchos de los hombres que se habían presentado para defender la fe le consideraban un hombre santo. Su número había crecido, y muchos habían recorrido cientos de kilómetros para unirse a su guerra contra el khan invasor. Suspiró cuando notó que no conseguía mantener la mente despejada para la oración en ese preciso día. Sus hermanos se habían convertido en su Estado Mayor, aunque ellos también parecían mirarle con reverencia. Sin embargo, a pesar de toda su fe, alguien tenía que conseguir alimento y tiendas y armas para los que no tenían nada. Era por ese tipo de cosas por lo que había aceptado la invitación de reunirse con el príncipe de Peshawar. Se habían conocido una única vez en Bujará, cuando ambos eran unos niños mimados, gordos de tanto comer golosinas. Jelaudin conservaba sólo un recuerdo borroso del chico y no sabía nada del hombre en el que se había convertido. Con todo, el príncipe gobernaba una región cuyos campos estaban rebosantes de grano y Jelaudin se había desplazado más al sur de lo que nunca había estado. Había caminado hasta que se le rompieron las sandalias, y luego, había seguido avanzando, hasta que las suelas de sus pies estaban tan curtidas como lo había estado una vez el cuero de sus zapatos. Las lluvias habían saciado su sed y el ardiente sol había quemado su delgada figura, haciendo que sus ojos relucieran con fiereza sobre una barba que crecía poblada y negra.

El humo ascendía del hornillo mientras recordaba a su padre. El sah se sentiría orgulloso de su hijo, se dijo Jelaudin, aunque desconcertado por los harapos que había elegido como atuendo. Su padre no comprendería que ahora desdeñara toda ostentación de riqueza y se sintiera más limpio por ello. Cuando Jelaudin echaba la vista atrás hacia la blanda vida que había llevado, no podía evitar estremecerse. Ahora leía el Corán y rezaba y ayunaba hasta que sus pensamientos se centraban completamente en la venganza y en el ejército que crecía en derredor suyo. Apenas podía imaginar al presumido joven que debía haber sido, con su excelente caballo negro y sus ropajes de seda y oro. Todas esas cosas habían desaparecido y Jelaudin las había sustituido por una fe que ardía con suficiente intensidad para destruir a todos los enemigos de Dios.

Cuando retiró la vista del fuego, vio que sus hermanos aguardaban pacientemente con las cabezas gachas. Posó la mano en el hombro de Tamar al pasar por su lado para subir los escalones que conducían al palacio del príncipe. Los soldados que lo guardaban desviaron la mirada y luego la clavaron en la espalda de la harapienta figura que había venido a visitar a su amo. Nadie alzó la mano para detener al hombre santo que había traído un ejército a Peshawar. Jelaudin caminó con paso firme hasta alcanzar la sala de audiencias. Unos esclavos le abrieron las puertas y cuando vio al hombre que le había llamado para invitarle a su hogar, no se inclinó ante él.

El rajá de Peshawar era un guerrero esbelto que llevaba una túnica de seda atada

con un fajín que le caía, flojo, sobre la cadera y que ocultaba apenas la dorada empuñadura de una espada. Sus rasgos eran suaves y carnosos a pesar de su estrecha cintura, y había poco en él que le recordara a Jelaudin al muchacho que había conocido tanto tiempo atrás. Cuando Jelaudin se aproximó, el príncipe indio despidió a sus dos consejeros y descendió de su trono haciendo una reverencia.

Jelaudin hizo que se levantara con una mano, aunque el gesto le agradó.

—¿No somos iguales, Nawaz? Me haces un gran honor con tu hospitalidad. Mis hombres no habían comido tan bien en meses.

El joven rajá se sonrojó complacido. Su mirada se posó en los morenos pies de Jelaudin, endurecidos por los callos y la suciedad.

Jelaudin esbozó una ancha sonrisa, preguntándose cómo habría recibido él a un visitante tan andrajoso cuando era el hijo de Corasmia.

—He oído contar cosas maravillosas, Jelaudin —contestó al fin el rajá—. Algunos soldados de mi propia guardia se han presentado voluntarios para servir contra ese khan extranjero.

—Son bienvenidos, amigo mío, pero necesito provisiones más que hombres. Si tienes caballos y carros para mí, me lanzaré a tus brazos, lleno de gratitud. Si tienes alimento para mi ejército, incluso besaré esas zapatillas doradas que llevas en los pies. El príncipe Nawaz, abrumado, se puso aún más colorado ante el tono irónico.

—Tendrás todas esas cosas. Sólo te pido que me dejes cabalgar a tu lado cuando vayas hacia el norte.

Jelaudin sopesó al joven y vio en él un destello del mismo fuego que había en el ejército que aguardaba a las afueras del palacio. Esos jóvenes ardían, tanto ricos como pobres, tanto los que habían sido bendecidos en la vida como los que habían sido maldecidos. Querían ser guiados. Ése era el gran secreto que había descubierto, que las palabras adecuadas podían encender en ellos un fervor que ya no podía apagarse de nuevo. Bajo el influjo de su calor, se volverían contra sus tribus, incluso contra sus familias, para seguirle. Había presenciado cómo padres se alejaban de esposas e hijos deshechos en lágrimas sin mirar atrás ni una sola vez mientras avanzaban hacia él. Si su padre hubiera descubierto alguna vez las palabras correctas, Jelaudin estaba seguro de que habría liderado a sus ejércitos hasta el fin del mundo.

Jelaudin cerró los ojos un instante. Estaba agotado por la larga marcha a través de las montañas y ni siquiera la visión del río Indo, que regaba un continente, había podido hacerle olvidar su fatiga. Al principio, había caminado porque no tenía caballo. Después de eso, había caminado porque haciéndolo impresionaba a sus hombres. Sin embargo, los kilómetros y las colinas habían socavado sus energías y era tentador pedir sólo una noche en una cama fresca antes de enviar a sus hermanos de aquí para allá para alimentar al ejército y de tener que caminar por esas colinas de nuevo. Se resistió, sabiendo que eso le haría parecer menos a los ojos del príncipe. El joven no se sentía su igual, independientemente de que llevara una túnica que podría despreciar un mendigo. Muy al contrario, Nawaz veía su fe y se sentía humillado en

su presencia.

Jelaudin volvió en sí con un sobresalto al darse cuenta de que llevaba largo tiempo sin hablar, balanceándose ante el príncipe en silencio.

—¿No se opondrá tu padre, Nawaz? —dijo por fin—. He oído que él no sigue la gran fe. —Observó que el rostro del príncipe se torcía en un gesto de disgusto.

—Él no entiende nada, con sus mil santuarios y sus estúpidos templos. Me ha prohibido que vaya contigo, ¡pero no tiene ningún poder sobre mí! Estas tierras son mías y toda su riqueza te la entrego. Mis hombres me han jurado lealtad a mí y sólo a mí y mi padre no puede arrebátarmelos. Permíteme que te llame amo y que recorra a tu lado este camino.

Jelaudin esbozó una sonrisa cansada, sintiendo cómo el entusiasmo del joven aliviaba parte del dolor de sus huesos.

—Muy bien, Nawaz. Llevarás a tus hombres a una guerra santa para expulsar al infiel. Te situarás a mi derecha y juntos obtendremos el triunfo.



# TERCERA PARTE

## XXXII

**G**engis sonrió al ver a su nieto Mongke chapoteando a la orilla del lago. Sus exploradores habían hallado la masa de agua a unos cientos de kilómetros al noreste de Samarcanda y había llevado hasta allí las gers y las familias, mientras su ejército administraba las tierras y las ciudades de Corasmia. Las caravanas se habían puesto en marcha de nuevo, desde tierras tan remotas como Rusia o los territorios Chin, pero ahora se encontraban en su ruta con los oficiales mongoles entrenados por Temuge, respaldados por tropas de guerreros. Los mongoles tomaban una parte de la carga de todos los comerciantes, pero, a cambio, éstos no necesitaban llevar guardias propios. Desde Samarcanda, la palabra del khan protegía los caminos en todas direcciones a lo largo de miles de kilómetros.

Había montañas rodeando el lago y la llanura, lo suficientemente lejos para que Gengis no se sintiera encerrado. Sabía que sus guerreros estarían vigilando cada uno de los picos y colinas, pero no estaban a la vista. Era una sensación reconfortante en cierto modo saber que las montañas seguirían allí cuando todos los vivos se hubieran convertido en polvo.

Ogedai se había adaptado bien a su nueva posición como heredero. Gengis le había mandado salir con los tumanes para aprender todos los detalles de los hombres a los que comandaría. Eso era lo esperable, pero Gengis también había situado a Ogedai junto a Temuge, que le enseñaba cómo mantener a un ejército alimentado y vestido. Ogedai estaba absorbiendo todas las destrezas que las tribus podían enseñar, además de varios idiomas e incluso la escritura. Nunca se veía al heredero sin un grupo de tutores a sus espaldas, pero al muchacho aquello parecía sentarle muy bien.

Gengis estiró la espalda, sintiéndose en paz. Los sonidos de la guerra resonaban distantes en aquel lugar y estaba disfrutando de los chillidos y las risas de los niños en el agua, tostándose al sol y aprendiendo a nadar como peces. Algunos incluso se sumergían bajo la superficie del lago, arrojándose desde unas rocas con ruidosos chapuzones. Cuando lo hacían, sus madres los llamaban y escudriñaban ansiosas las profundidades, pero los críos siempre volvían a la superficie, soplando y riéndose de los que se habían preocupado por ellos.

Gengis notó que una manezuela le tiraba de los pantalones y se agachó para coger a Kublai y lanzarle por los aires. El muchachito tenía sólo tres años de edad, pero desde que tenía apenas unos meses, en su rostro se dibujaba una ancha sonrisa cada vez que veía a su abuelo. Gengis le había cogido simpatía.

Con un impulso, Gengis se colocó a su nieto sobre los hombros y caminó hacia la orilla, haciendo una leve mueca de dolor cuando Kublai se le agarró al pelo con demasiada fuerza.

—No te voy a dejar caer, hombrecito —aseguró Gengis. Vio que Mongke había visto ese mimo tan poco habitual y alargaba los brazos para que le cogiera a él también. Gengis negó con la cabeza—. Un momento. Por ahora, el que cabalga es

Kublai.

—¡Otra historia! —exclamó Kublai desde lo alto de su cabeza.

Gengis se quedó pensando un rato. La madre de Kublai le había dicho que sus relatos eran demasiado violentos para un niño pequeño, pero, a pesar de todo, a Kublai parecían gustarle. Gengis vio que Sorhatani le observaba desde la orilla, a cierta distancia de ellos. Con diecinueve años, se había convertido en una mujer de extraordinaria belleza. A veces Gengis se preguntaba cómo había podido atraparla el pequeño Tolui.

—¿Quieres que te cuente la del khan y los Asesinos?

—¡Cuéntamela! —gritó Kublai, encantado.

Gengis sonrió, y empezó a hacer esos mientras caminaba para hacer reír al niño, que se divertía con los irregulares movimientos.

—Era un hombre enorme —empezó Gengis—, con los brazos tan fuertes que podía doblar una barra de hierro. ¡Su barba era dura como si estuviera hecha de alambres negros y le llegaba casi a la cintura! Me lo encontré hace dos años en su fortaleza. Saltó sobre mi espalda cuando pasaba por debajo de un arco y se agarró a mí de forma que no podía zafarme. ¡Sentí sus manos rodearme la garganta, apretando y apretando hasta que creí que los ojos se me iban a salir de las cuencas!

Imitó la terrible llave mientras Mongke salía del agua y le miraba con ojos como platos.

—¿Cómo te lo quitaste de encima? —preguntó Mongke.

Gengis bajó la vista hacia él y se quedó un instante pensando.

—No pude, Mongke. Intenté liberarme sacudiéndome, como estoy haciendo ahora con Kublai, pero era demasiado fuerte para mí. Apretó con más fuerza todavía y, de repente, vi que mis ojos salían rodando por el suelo delante de mí.

—¿Cómo pudiste verlos si estaban en el suelo? —preguntó de inmediato Kublai.

Gengis se rió y le bajó de sus hombros.

—Eres un chico muy listo, Kublai, pero tienes razón. No podía verlos. De hecho, podía verme a mí, con agujeros donde antes estaban mis ojos y el Asesino todavía aferrado a mi espalda. Pero entonces, mientras mis ojos rodaban, vi un gran rubí que destellaba desde su frente. No sabía que aquél era su punto débil, pero estaba desesperado. Alargué las manos hacia arriba y se lo arranqué. Al quitárselo perdió toda su fuerza porque la gema era la fuente de su poder. Recogí mis ojos y vendí el rubí para comprar un caballo blanco. Sobreviví, pero todavía hoy tengo que tener cuidado para que no se me salgan los ojos cuando estornudo.

—Eso no es verdad —dijo desdeñoso Mongke.

—Sí que es verdad —replicó Kublai, decidido a defender a su abuelo.

El khan se rió entre dientes.

—¿Quién puede decir si me he acordado de todos los detalles correctamente? A lo mejor no tenía barba.

Mongke soltó un bufido y le dio un empujón en la pierna, que Gengis no pareció

notar. Cuando Kublai y Mongke alzaron la vista, vieron que su abuelo oteaba la distancia, donde habían aparecido dos hombres a caballo cruzando la playa de guijarros en dirección al khan. Al verlos se había producido un cambio instantáneo en él y ambos niños se miraron divertidos, sin entender por qué se habían acabado las bromas.

—Id con vuestra madre ahora. Os contaré otra historia esta noche, si tengo tiempo.

Gengis no los miró mientras echaban a correr, levantando nubes de arena y pequeños guijarros con los pies desnudos, y, en vez de eso, se enderezó todo lo alto que era para recibir a los exploradores. Conocía a los hombres que se dirigían hacia él. Los había enviado lejos de las familias hacía más de un año, con órdenes claramente formuladas. Su regreso significaba o bien que habían fracasado, o que habían encontrado a su hijo desaparecido. Cuando llegaron hasta él y desmontaron e hicieron una reverencia, le resultó imposible distinguir por sus rostros cuáles eran las noticias.

—Mi señor khan —dijo el primero.

Gengis no tenía paciencia para saludos educados.

—¿Le habéis encontrado? —preguntó con brusquedad.

El hombre asintió nervioso, tragando saliva.

—Muy al norte, señor. No nos detuvimos a comprobarlo cuando vimos tiendas y ponis de la clase que conocemos. Tiene que ser él.

—¿Tiendas? No se llevó ninguna consigo —respondió Gengis—. Entonces, ha creado un hogar, tan lejos de mi recuerdo. ¿Os vieron sus hombres?

Ambos exploradores negaron la cabeza con absoluta certidumbre, manteniéndose en silencio. El khan no querría conocer los detalles de cómo se habían arrastrado hasta las inmediaciones del rudimentario asentamiento de Jochi, escondiéndose en la nieve hasta casi congelarse y morir.

—Bien —contestó Gengis—. Habéis trabajado bien. Tomad seis caballos frescos de mi manada como recompensa: dos yeguas, dos sementales y dos de los caballos castrados más jóvenes. Os elogiaré ante vuestro general por esta misión.

Los exploradores volvieron a hacer una reverencia, exaltados por su éxito mientras montaban y cabalgaban hacia el laberinto de gers que se extendía a lo largo de las orillas del lago. Gengis se quedó solo por un momento, contemplando las aguas. En toda su vida, ninguno de sus generales había rechazado una orden o ni siquiera se había planteado traicionarle. No hasta que Jochi había desaparecido, llevándose a siete mil valiosos guerreros consigo. Gengis había enviado batidores en todas direcciones, registrando tierras exploradas e inexploradas en busca de su hijo. Había tardado casi dos años, pero por fin le había encontrado. Gengis meneó la cabeza a medida que sus pensamientos se ensombrecían. Acabaría en un derramamiento de sangre, después de todo cuanto había hecho para criar al hijo de otro hombre como si fuera suyo. Toda la nación hablaba del ejército desaparecido,

aunque no en presencia del khan. Jochi no le había dado elección.

Recorrió la orilla con la vista: a lo largo de kilómetros de tierra en torno al lago, se agrupaban las gers. Era un buen lugar, pero el pasto era muy escaso y todos los días tenían que llevar a sacrificar a varias de sus valiosas cabras y ovejas para alimentarse. Era el momento de continuar avanzando, se dijo, deleitándose en la idea. Su pueblo no estaba hecho para quedarse en un solo lugar, con sólo un paisaje, no cuando el mundo se extendía a su alrededor con un conjunto infinito de cosas extrañas por descubrir. Gengis arqueó la espalda, sintiendo un crujido desagradable. Vio a otro jinete salir de las gers y suspiró para sí. Aunque su vista no era tan aguda como antes, sabía que era su hermano Kachiun por la manera de cabalgar.

Gengis esperó a su hermano bajo el implacable sol, disfrutando de la brisa que salía del agua. No se volvió cuando Kachiun saludó con voz potente a Sorhatani y a los niños.

—Te has enterado, ¿no? —dijo Gengis.

Kachiun se situó junto a él y contempló las mismas pálidas aguas.

—¿Por los exploradores? Les mandé yo a buscarte, hermano. Han encontrado a Jochi, pero no estoy aquí por eso.

Entonces Gengis por fin se giró, enarcando las cejas ante la grave expresión de su hermano.

—¿No? Pensé que vendrías cargado de consejos sobre cómo tratar a mi hijo el traidor.

Kachiun resopló.

—Nada de lo que diga cambiará lo que hagas, Gengis. Eres el khan y quizá deberías convertirle en un ejemplo para los demás, no lo sé. Eso eres tú quien debe decidirlo. Traigo otras noticias.

Gengis estudió a su hermano, advirtiendo cómo en su terso rostro se habían ido dibujando arrugas en torno a la boca y a los ojos. La edad se notaba sobre todo cuando sonreía, lo que había sucedido cada vez con menos frecuencia desde que llegaron a tierras árabes. Gengis no poseía ningún espejo de los que tenían los Chin, pero suponía que su propia cara había envejecido igual que la de Kachiun, o incluso más.

—Dime pues, hermano —pidió.

—¿Has oído hablar de ese ejército del sur? Hace tiempo que tengo algunos hombres vigilándolo.

Gengis se encogió de hombros.

—Tanto Tsubodai como Chagatai han enviado hombres a vigilarlos. Sabemos más sobre esa congregación de campesinos que ellos mismos.

—No son campesinos, Gengis, o si lo son, tienen armaduras y armas de soldado. Los últimos informes hablan de sesenta mil hombres, si mis exploradores han aprendido a contar hasta tan alto.

—¿Debería tener miedo de sólo sesenta mil? Eso es que están creciendo. Los

hemos observado durante un año o más. Gritan y entonan cánticos y agitan sus espadas. ¿Van a lanzarse contra nosotros por fin?

Pese a la ligereza de su tono, Gengis sintió que una mano fría le apretaba el estómago. Había oído hablar del ejército que se estaba reuniendo y de su reverenciado líder durante casi un año después de volver del bastión de los Asesinos. Sus generales se habían preparado para el ataque, pero las estaciones se habían sucedido lentamente y ningún ejército había marchado contra ellos. En ocasiones, pensaba que era sólo esa amenaza lo que le mantenía en aquellas tierras en las que el calor y las moscas le molestaban todos los días.

—Mis hombres han capturado a tres de los suyos —respondió Kachiun, interrumpiendo sus pensamientos—. Eran salvajes, hermano, casi echaban espuma por la boca al darse cuenta de quiénes éramos.

—¿Les hiciste hablar? —preguntó Gengis.

—No pudimos; eso es lo que me sorprendió. Sólo escupieron amenazas contra nosotros y murieron mal. Sólo el último me dio algo: el nombre del hombre que los lidera.

—¿Qué me importan los nombres? —inquirió Gengis, en tono incrédulo.

—Éste lo conoces: Jelaudin, cuyo padre era el sah de Corasmia.

Gengis se quedó muy quieto mientras digería la información.

—Lo ha hecho bien. Su padre estaría orgulloso de él, Kachiun. ¿Sesenta mil hombres? Al menos sabemos seguro que vendrá hacia el norte, a por mi cabeza. No hablaremos más sobre purgas en India, no ahora que sabemos que se trata de Jelaudin.

—No pueden avanzar ni un paso sin que yo lo sepa, hermano.

—Eso si nos quedamos esperándolos —dijo Gengis, pensativo—. Me siento tentado de concluir su griterío con mis tumanes.

Kachiun hizo una mueca, sabiendo que si quería guiar a Gengis, tenía que ser sutil.

—El ejército del sah era mucho más grande, pero entonces no teníamos elección. La eficacia de tu propio tumán y el mío están probadas. Los Jóvenes Lobos de Tsubodai y los Pielas de Oso de Jebe traen veinte mil más al campo de batalla. Chagatai, Khasar y Jelme otros treinta mil. Siete tumanes de veteranos. Ogedai casi no ha participado en ninguna batalla. No quiero lanzar a sus hombres contra un enemigo así.

—Le he dado buenos oficiales, Kachiun. No me decepcionarán.

Gengis contempló las gers que habían levantado en la orilla del lago. Cada año las familias tenían miles de hijos, pero muchos de ellos se incorporaban a los tumanes para reemplazar a los muertos y los heridos. Había sido difícil formar un nuevo tumán para Ogedai, pero su heredero tenía que aprender a mandar y los otros generales tuvieron que esperar durante un año. No mencionó sus planes de crear un noveno tumán para que Tolui lo liderara. La esposa de su hijo menor se le había

acercado para hablar sobre ello hacía unos cuantos meses. Gengis echó una ojeada hacia donde jugaba con Kublai y Mongke, haciéndoles chillar de gozo, tirándoles al agua a uno después del otro.

—Encuéntrole un buen lugarteniente a Ogedai, Kachiun. Alguien que pueda impedir que haga alguna estupidez mientras aprende.

—Aun así, ¿ocho tumanes contra un número casi igual? —respondió Kachiun—. Perderíamos muchos hombres buenos —vaciló y Gengis se volvió hacia él.

—Antes nunca te habían preocupado las cifras, hermano. Escúpelo, lo que sea. Kachiun respiró hondo.

—Nos trajiste aquí para vengar a los hombres que mató el sah. Lo has hecho y le has pagado sus muertes con creces. ¿Por qué deberíamos quedarnos y arriesgarnos a que nos destruyan? No quieres esas tierras y ciudades. ¿Cuánto hace que viste las montañas del hogar? —Hizo una pausa para señalar las cumbres que circundaban el lago—. Esto no es lo mismo.

Durante largo tiempo, Gengis no contestó. Cuando por fin habló, sopesó cada palabra con cuidado.

—Reuní a las tribus para retirar el pie de nuestros cuellos. Luego, lo quité y humillamos a su emperador en su capital. Ése era mi camino, el que he recorrido, el que he elegido y por el que he luchado. Quería hacer que los Chin huyeran aún más, Kachiun, hasta el mar, en todas direcciones. Ni siquiera habría venido hasta aquí si no me hubieran provocado.

—No tenemos que luchar contra el mundo entero —dijo Kachiun en voz baja.

—Estás envejeciendo, Kachiun, ¿lo sabías? Estás pensando en el futuro, en el de tus esposas y tus hijos. No resoples, hermano, sabes que tengo razón. Te has olvidado de por qué hacemos esto. Yo estuve igual durante un tiempo en Samarcanda. Le dije a Arslan que esa gente vive más que nosotros, que sus vidas son menos duras. Y es verdad, igual que los camellos y las ovejas, viven felices en las llanuras. Podríamos elegir eso durante un tiempo, pero los lobos seguirían viniendo a por nosotros al final. Somos pastores, Kachiun. Sabemos cómo funciona el mundo realmente y todo lo demás es sólo una ilusión.

Volvió la vista hacia sus nietos, contemplando cómo Sorhatani les peinaba el pelo mientras se retorcían y luchaban por zafarse de sus brazos. Su propio cabello era largo y negro y Gengis le dio vueltas a la idea de buscarse otra esposa joven, como ella, para calentar su cama. Le daría energías renovadas, estaba seguro.

—Hermano —continuó—, podemos vivir nuestras vidas en paz, para que nuestros hijos y nietos vivan sus propias vidas en paz, pero ¿qué sentido tiene eso? Si todos vivimos hasta los ochenta años en unos campos verdes, sin sostener nunca un arco o una espada, habremos desperdiciado nuestros años buenos. Deberías saber la verdad que eso encierra. ¿Nuestros nietos nos darán las gracias por una vida apacible? Sólo si están demasiado asustados para empuñar las armas. No les desearía una vida tranquila a mis enemigos, Kachiun, así que no digamos a mi propia familia.

Incluso las ciudades prosperan únicamente cuando hay hombres duros sobre las murallas, hombres dispuestos a resistir y morir para que otros puedan dormir en paz. En nuestro pueblo, todos luchamos, desde el primer llanto hasta el último estertor. Es la única manera de que podamos enorgullecernos de quiénes somos.

—¡Y estoy orgulloso! —soltó Kachiun—. Pero eso no significa...

Gengis levantó una mano.

—No hay ningún pero, hermano. Ese Jelaudin se desplazará hacia el norte con sus hombres y nosotros podemos correr delante de ellos. Podemos dejarle que recupere todas las ciudades que hemos conquistado y se llame a sí mismo sah en el palacio de su padre. Puede que se lo piense dos veces antes de provocarme de nuevo cuando le envíe unos emisarios. Pero llegué a estas tierras porque, cuando un hombre me amenaza y miro hacia otro lado, me ha quitado algo importante. Si lucho y muero, todo lo que puede robarme es la vida. Mi valor, mi dignidad se mantiene. ¿Debería hacer menos por la nación que he creado? ¿Debería permitirles menos honor que el que exijo para mí?

—Lo entiendo —murmuró Kachiun.

—Asegúrate de entenderlo, hermano, porque cabalgarás junto a mí contra esas huestes. Venceremos o moriremos, una cosa o la otra. Pero no miraré hacia otro lado cuando vengan. No inclinaré la cabeza ni dejaré que me pisoteen. —Hizo una pausa y soltó una áspera carcajada—. ¿Sabes?, iba a añadir que nadie dirá nunca que rehuí una batalla, pero Arslan me recordó algo en Samarcanda. No importa lo que los demás piensen sobre cómo viví mi vida. No importa si entramos en las historias de Temuge como tiranos o incluso como cobardes. Lo único que importa es lo que hacemos ahora. Somos nuestros únicos jueces, Kachiun. Recuerda eso. Los que vengan después tendrán otras penurias, otras batallas por las que preocuparse.

Se percató de que Kachiun le había escuchado con atención y al menos estaba intentando comprenderle. Gengis le dio una palmada en el hombro.

—Hemos recorrido un camino muy largo, Kachiun. Todavía me acuerdo de los primeros días, cuando éramos sólo nosotros y nos estábamos muriendo de hambre. Recuerdo matar a Bekter y, a veces, me gustaría que estuviera aquí para ver todo lo que hemos hecho. Quizá tú y yo hayamos creado algo que perdurará durante mil generaciones, o quizá desaparezca con nosotros. No lo sé. Ni siquiera me importa, hermano. Me he hecho fuerte para derrotar a los enemigos más poderosos. Doy la bienvenida a esta horda que viene del sur para hacerme más fuerte todavía.

—Eres un hombre extraño —aseguró Kachiun—. No hay nadie como tú, ¿lo sabías? —Esperaba que Gengis sonriera al oírle, pero su hermano meneó la cabeza.

—Ten cuidado de no ponerme demasiado alto, hermano. No tengo ningún punto fuerte en especial, a menos que se trate de elegir a los mejores hombres para que me sigan. La gran mentira de las ciudades es que somos demasiado débiles para enfrentarnos a los que nos oprimen. Todo lo que he hecho es descubrir esa mentira. Yo siempre lucho, Kachiun. Los reyes y los sah dependen de que sus súbditos sigan



siendo corderos, demasiado asustados para rebelarse. Todo lo que hice fue darme cuenta de que puedo ser un lobo para ellos.

Kachiun asintió y sus preocupaciones se disiparon bajo la mirada pálida de los ojos de su hermano. Llevó a su caballo de las riendas junto a Gengis mientras ambos regresaban a pie hacia las tiendas para comer y descansar. Cuando estuvieron cerca, Kachiun recordó la llegada de los batidores.

—¿Y Jochi? ¿Has tomado una decisión?

Gengis apretó la boca al oír mencionar ese nombre.

—Me ha quitado a siete mil hombres, Kachiun. No puedo perdonarle eso. Si se hubiera marchado solo, quizá le habría dejado que encontrara su propio camino. Tal y como están las cosas, me ha robado una décima parte de mi ejército y quiero que me los devuelva.

—¿Los aceptarías de nuevo? ¿En serio? —preguntó, Kachiun, sorprendido.

—Al principio pensé que haría que los mataran, pero he tenido tiempo para reflexionar mientras esperaba información, Kachiun. Abandonaron a sus esposas y a sus hijos y le siguieron, igual que otros me siguieron a mí y dejaron atrás todo lo que conocían y amaban. Yo mejor que nadie sé lo que puede hacer un líder. Ellos permitieron que los guiaran, pero ahora los necesito, si Jelaudin está preparando una tormenta. Envía a unos exploradores a decirle a Tsubodai que venga. Jochi le admiraba más que a ningún otro hombre. A él le dejaré hablar.

Tsubodai se presentó al llamado de su khan, pero tenía el corazón encogido. Por todas partes en el gran campamento se comentaba la noticia de que habían encontrado a Jochi y Tsubodai había confiado en que Gengis no le haría llamar. Se encontró a Gengis con Ogedai, observando a su hijo mientras entrenaba a sus jóvenes guerreros. El khan le indicó con un gesto que le siguiera y se alejaron a caballo de los tumanes, llevando a sus monturas una junto a la otra como Viejos amigos.

El corazón de Tsubodai batía con fuerza mientras le escuchaba. Había reverenciado a Gengis desde la primera vez que conoció al hombre que había forjado una nación a partir de un montón de tribus enfrentadas. Había estado allí cuando tomaron su primera fortaleza en el reino Xi Xia y después conquistaron toda la región. Tsubodai no tenía falsa modestia. Sabía que había desempeñado un papel vital en el éxito del khan. Gengis le trataba con respeto y Tsubodai se lo devolvía como no hacía con ningún otro hombre vivo. Aun así, lo que le pedía le causaba una gran amargura y dolor. Tragó aire de repente mientras Gengis le miraba, aguardando una respuesta.

—Mi señor khan, no quiero hacer lo que me pides. Pídeme cualquier otra cosa y la haré, lo que sea.

Gengis tiró de las riendas para detener a su caballo e hizo que se girara para ponerse frente a su general. Era un hombre brillante, con más talento para la guerra

que nadie que Gengis conociera, pero antes de nada exigía obediencia y sólo la sorpresa que sentía le impidió dar una respuesta cortante.

—Si mando a Khasar, o a Kachiun, creo que Jochi se resistirá. Sus hombres han roto sus juramentos para seguirle. No rehusarán la lucha para impedir que se lo lleven. Tú eres el único hombre al que dejará hablar, Tsubodai. Eres el único que puede acercarse a él.

Tsubodai cerró los ojos un momento, abrumado. Gengis debía haberse dado cuenta del respeto con el que Jochi le miraba o no le habría elegido para la tarea.

—Mi señor, nunca me he negado a obedecer ninguna de tus órdenes, nunca. Recuérдалo cuando me pides que haga esto.

—Tú le entrenaste cuando era sólo un muchacho enfadado, pero te advertí entonces que tenía mala sangre, que podría volverse contra nosotros en cualquier momento. Tenía razón, ¿no? Confié en él entregándole guerreros y autoridad y los aceptó y huyó con ellos. ¡Cómo mi general, dime cómo debería actuar con un hombre así!

Tsubodai aferró con fuerza las riendas, apretando los puños. No dijo que Gengis se lo había buscado, que el orgullo que mostraba por Chagatai había consumido a Jochi hasta que no quedó en él nada más que odio. Nada de eso le importaría al khan que estaba frente a él. Intentó otra táctica, a la desesperada.

—Al menos espera hasta que nos hayamos enfrentado al hijo del sah, señor. Mis hombres son vitales en esa batalla. Si me envías lejos ahora, estaré fuera seis meses o más. Si nos atacan antes de que regrese, no podré servirte de nada.

Gengis frunció el entrecejo, enfadándose al ver que su general todavía se resistía.

—Este príncipe cuenta con sólo sesenta mil hombres, Tsubodai. Podría enviar dos o tres tumanes y derrotarle allí donde se encuentra. Esto me preocupa más. Eres el único hombre al que Jochi permitirá hablar. Te respeta.

—Lo sé —admitió Tsubodai con suavidad. Se sentía enfermo, debatiéndose entre la obediencia a su khan y su amistad con Jochi. No ayudaba el hecho de que su táctica mente percibiera la verdad de las palabras de Gengis. Tsubodai sabía que podría acercarse a Jochi como ningún otro podría. Siguió sentado sobre su caballo, hundido, junto a la orilla del lago. Gengis pareció intuir el suplicio que estaba experimentando y su rostro y su voz se suavizaron ligeramente.

—¿Creías que todas las órdenes que recibirías serían sencillas, Tsubodai? ¿Que nunca te pediría nada difícil? Dime cuándo es sometido a prueba un hombre. ¿Es cuando su khan le ordena que luche en una batalla con guerreros de demostrada destreza y valor? ¿O es ahora, cuando le imponen una tarea que no desea cumplir? Tienes la mejor mente de todos mis generales, Tsubodai. Eso lo reconozco. Si ves algún otro modo de abordar esto, dímelo ahora y lo probaré.

Tsubodai había considerado y desechado una docena de planes, pero ninguno de ellos merecían que gastara su saliva planteándolos. Desesperado, probó otra vez.

—Los tumanes se están reuniendo, señor. Déjame que me quede con ellos e

iremos a la guerra contra el príncipe en el sur. Soy más valioso para ti allí. Si me envías al norte, perderás también mi tumán, justo cuando necesitas a todos tus hombres.

—Me ha llevado más de un año encontrarlo la primera vez, Tsubodai. Si mis exploradores fueron avistados por sus hombres, ya se habrá marchado. Puedes seguir su rastro, pero ¿podrías encontrarle si partieras dentro de un año? Éste es el momento para atraparlo con las mínimas complicaciones. Eres mi general, pero empezaré esta guerra sin ti si los árabes nos atacan. Únete a mí cuando vuelvas o ¡dame las insignias de rango que te di!

Su ira había salido por fin a la superficie y Tsubodai casi se encogió ante ella. Los argumentos del khan eran débiles y ambos lo sabían. Gengis estaba obsesionado con castigar a Jochi. Ésa era la verdad que susurraba detrás de las palabras. Era imposible llegar al khan razonando cuando su corazón estaba lleno de resentimiento. Tsubodai agachó la cabeza, derrotado.

—Muy bien —dijo—. Cabalgaré rápido y lejos, señor. Si el príncipe llega con su ejército desde el sur, búscame en las colinas.

## XXXIII

**E**l batidor mongol percibió algo. Había seguido a dos hombres hasta las montañas durante tres días enteros, manteniéndose a buena distancia mientras observaba su progreso. Le habían conducido hasta el interior de un laberinto de cañones y altas montañas en torno al valle de Panjshir y la ciudad afgana de Parwan, con su antigua fortaleza. Era un país duro, pero era un explorador experimentado y conocía cada rincón del terreno. La oscuridad era cada vez mayor y, en vista de que ya no podía seguir el rastro, buscó un lugar seguro donde pasar la noche. Le molestaba haber perdido a ambos hombres. Algo en ellos había despertado su curiosidad desde el primer momento en que los vio. Desde la distancia, le había parecido que pertenecían a una de esas tribus afganas de las colinas que se envolvían en telas para proteger sus rostros del sol y del viento. Aun así, había algo extraño en ellos y se había sentido impelido a seguirlos. En el cañón, sintió una punzada en el estómago, como si alguien le estuviera observando. ¿Le habrían preparado una emboscada? Era posible. Las tribus de las colinas conocían el terreno mejor que él mismo. Se movían como fantasmas cuando querían y el explorador se sintió tentado de dar marcha atrás y volver a buscar el rastro cuando saliera el sol. Vaciló y se quedó sentado muy quieto mientras agudizaba el oído para percibir cualquier sonido que destacara sobre el gemido del viento que paseaba girante entre las colinas.

Oyó el chasquido de un arco, pero no se tiró al suelo lo suficientemente rápido. La flecha le golpeó con fuerza en el pecho, donde no tenía armadura que le protegiera. El explorador gruñó, cayendo hacia atrás en la silla. Tomó con las dos manos el cuerno de la silla que tenía entre las piernas, enderezándose mientras su caballo relinchaba, nervioso. Tomó una breve bocanada de aire, escupió sangre y tiró de las riendas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas de dolor y, sin ver nada, hizo que su yegua diera media vuelta y confió en ella para encontrar la salida.

Otra saeta salió zumbando de la penumbra y se le hundió en la espalda, perforándole el corazón. El impacto le derribó y su cuerpo se desplomó, deslizándose por delante de la cabeza de su montura. La yegua estuvo a punto de desbocarse, pero unos hombres salieron corriendo hacia ella y agarraron las riendas.

—Ha muerto —le dijo el arquero al hombre que le acompañaba.

Jelaudin le puso una mano en el hombro.

—Buen trabajo, con esta luz era un disparo difícil.

El arquero se encogió de hombros, le quitó la cuerda a su arco, la dobló cuidadosamente y la guardó en una bolsita que colgaba de su cintura. Sabía que era un excelente tirador, quizá el mejor que el príncipe de Peshawar podía ofrecer. Su amo le había puesto al servicio de Jelaudin, pero la lealtad del arquero era sólo para el príncipe, no para aquel harapiento hombre sagrado. Con todo, era evidente que Jelaudin conocía al enemigo. Había sido capaz de predecir el movimiento del explorador, atrayéndole justo lo necesario para que se pusiera a tiro.

Jelaudin pareció leer el rumbo que estaban tomando los pensamientos del arquero, a pesar de la oscuridad que reinaba en el cañón.

—Si les quitas los ojos, los mongoles son mucho menos temibles —aseguró con voz suave—. Dios guiaba tu flecha, amigo mío.

El arquero inclinó la cabeza en señal de respeto, aunque era un artesano y se enorgullecía de sus habilidades.

—¿Seremos capaces de liberar la fortaleza de Parwan, amo? Tengo un viejo amigo que vive en la ciudad. Me gustaría pensar que podré sacarle con vida de allí.

Jelaudin sonrió en la oscuridad.

—No lo dudes ni por un momento, amigo. Por la mañana, con sus batidores muertos, los mongoles estarán ciegos. Saldremos de las colinas y caeremos sobre ellos como una avalancha.

Cuando amaneció, el sol reveló las polvorientas tierras que rodeaban Parwan y la fortaleza que se alzaba a su espalda. Cuatro minghaans mongoles rodeaban la alta torre de su castillo, un vestigio de los días en los que había partidas de asalto procedentes de las colinas deambulando por la región. La población había abandonado sus posesiones y había corrido a protegerse en el interior de sus murallas, a salvo por un tiempo.

Los guerreros mongoles habían cercado la fortaleza por completo, sabiendo que allí dentro dispondrían de poca agua. Un río bastante hondo discurría a través del valle y los mongoles dieron de beber a sus caballos libremente mientras los de la fortaleza sentían sólo polvo en sus gargantas. Algunos de los mongoles deambulaban por la ciudad desierta mientras esperaban. Otros construyeron un puente sobre el río para poder cazar en las arboladas colinas que había al otro lado. No tenían prisa. La fortaleza caería y otra ciudad aceptaría a su nuevo gobernante o sería destruida de raíz. Los oficiales disfrutaban complacidos de ese tiempo de ocio mientras observaban cómo los rayos del sol formaban largas sombras en la arena. No necesitaban la ciudad, ni nada que poseyera, pero se encontraba en mitad de su ruta hacia el oeste y Gengis había ordenado que despejaran el camino.

En los dos años transcurridos desde que Gengis y Tsubodai se enfrentaran a los Asesinos, ese tipo de tarea se había convertido en algo común. Siempre contaban con hombres mutilados o ancianos para dejarles al mando de los fuertes del camino. Recibían tributos en forma de oro, esclavos o caballos y, con el paso de cada nueva estación, su control sobre las tierras afganas era mayor. Siempre había pueblos que se negaban a inclinar la cabeza ante sus nuevos gobernantes, pero si luchaban, eran asesinados hasta el último de sus hombres. La antigua torre de piedra de Parwan era perfecta para las necesidades de los mongoles y, a medida que los días fueron pasando y el único pozo se secó, los habitantes de la ciudad perdieron toda esperanza. No sabían nada de las grandes guerras que se estaban desarrollando a su alrededor,

sólo que una implacable fuerza de guerreros despiadados les aguardaba al otro lado de los muros.

Jelaudin abandonó las montañas cuando despuntó el alba, con las palabras de la oración matutina todavía frescas en los labios. Sus mejores rastreadores conocían esa región mejor que cualquier explorador mongol y les habían perseguido por valles y cañones hasta que el último de ellos había caído bajo la atenta mirada del príncipe. Así pues, la fuerza mongola no había recibido aviso alguno del ataque. Jelaudin estaba exultante mientras observaba cómo sus hombres invadían en tropel el valle de Panjshir mientras su río relucía al sol. Los mongoles apenas habían tenido tiempo para correr hacia sus caballos antes de que su ejército formara. Había apelado a sus hombres con fe y ellos habían respondido, llegando hasta él a pie o a caballo desde miles de kilómetros de distancia. Se le habían unido grupos de nómadas turcomanos, algunos de ellos tan buenos con el arco como los propios mongoles. A su izquierda cabalgaban los guerreros bereberes, que compartían su fe aunque no la sangre árabe que corría por las venas de Jelaudin. Auténticos árabes, beduinos, persas, incluso turcos: a todos ellos los había unido a los hombres de Peshawar y su príncipe. En torno a ese núcleo, Jelaudin había entrenado a su ejército.

Los mongoles respondieron lanzando silbantes descargas de flechas, pero Jelaudin conocía bien a sus rivales y todos sus hombres llevaban largos escudos hechos con varias capas de madera y cuero curtido. Con el oro del príncipe respaldándole, había creado un diseño que resistía bien ante los arcos mongoles y sólo unos pocos de sus hombres cayeron en las primeras tandas de certeros disparos. La distancia iba disminuyendo y Jelaudin cabalgaba con coraje, gritando a voz en cuello cuando los mongoles cambiaron de blanco de los hombres a sus valiosos caballos. Ellos también llevaban la mejor armadura que Peshawar podía fabricar, escamas de metal superpuestas que les cubrían el pecho y los largos hocicos. La nueva estrategia ralentizó su carga, pero las flechas no conseguían derribarlos fácilmente.

Se abalanzaron sobre la formación de líneas mongolas que brotó ante ellos del caos, estrellándose con contundente fuerza contra hombres que no cedían ni un milímetro. La última descarga de flechas había mermado sus efectivos y, a escasos pasos de distancia, ni siquiera sus corazas y escudos podían protegerlos. Jelaudin los vio caer pero, de repente, estaba en medio del enemigo, golpeándoles con la espada. En su hambre de venganza, calculó mal su primer golpe, de manera que chocó contra el casco de un guerrero mongol. Su velocidad imprimió potencia a su espada y el mongol salió volando, cayendo de espaldas contra el suelo, donde inmediatamente fue pisoteado por los cascos de un caballo. El ejército de Jelaudin había sobrevivido al primer encontronazo y el centro mongol se retiró, presa de la confusión.

Jelaudin vio cómo se formaban cuernos en las alas mongolas y el príncipe de

Peshawar reaccionó enviando a sus hombres por el exterior, envolviendo los cuernos casi antes de que pudiera empezar la maniobra. Los mongoles nunca habían luchado contra hombres que conocieran sus trucos y tácticas tan bien como Jelaudin, que gritó loco de furia y de gozo mientras los mongoles, obedeciendo el toque de retirada de sus cuernos, se replegaban.

Aun así, continuaron luchando y, cada vez que los árabes se acercaban demasiado para luchar, se producía una terrible matanza. Los guerreros mantenían una formación apretada, retrocediendo en grupos mientras las líneas más próximas cubrían sus espaldas con flechas y espadas. Jelaudin alzó una mano y los arcos se tensaron en la primera línea de su ejército. Cuando la separación entre ambas fuerzas aumentó, lanzaron una descarga contra los mongoles, en la que cada uno de los arqueros apuntó contra los arqueros enemigos, que no llevaban escudo. Docenas de ellos cayeron y los hombres de Jelaudin siguieron presionando y avanzando, paso a paso, obligándoles a alejarse de la fortaleza en medio de los vítores de los ciudadanos de Parwan, que observaban desde lo alto de las murallas.

El río que discurría junto a la ciudad estaba a poco más de un kilómetro de distancia cuando los mongoles renunciaron a seguir luchando, huyeron y se dirigieron a galope tendido hacia el puente. Jelaudin los seguía a la carrera con sus hombres, resuelto a darles muerte. Los había visto cabalgar triunfantes demasiadas veces para no disfrutar de aquella visión. Se sentía ligero sobre su montura, con la brisa fresca acariciándole la cara.

Los mongoles no se pararon en el puente. Los guerreros supervivientes cruzaron sin reducir la marcha, arriesgando sus vidas en el tumulto. El puente estaba bien construido y los hombres de Jelaudin no vacilaron en seguirlos.

Jelaudin vio a los guerreros mongoles saltar de sus caballos y empezar a golpear con sus hachas las cuerdas y maderos del puente, ignorando a los que los perseguían. Tal vez cien de sus jinetes habían cruzado y, con terrible claridad, Jelaudin comprendió que pretendían partir al ejército en dos, dejando indefensos a los de la fortaleza mientras ellos se giraban contra el resto como perros salvajes. Al presenciar aquel calmado cálculo, su exaltación se suavizó y tiró de las riendas. Podía mandar a sus hombres a matar a los guerreros que hacían trizas los soportes del puente. Si aguantaba, destruiría las fuerzas mongolas hasta el último hombre, pero si caía, muchos de sus hombres morirían. Había hecho suficiente, pensó. Había herido de gravedad a un enemigo que nunca antes había conocido la derrota. Cogió el cuerno que llevaba colgando de su cintura. Había pertenecido a un explorador mongol, pero sus hombres estaban listos para la estridente nota.

Aquéllos que aún no habían llegado al puente dieron media vuelta y formaron en relucientes filas, celebrando ya con vítores la victoria. Los que ya habían cruzado, se alejaron del enemigo y empezaron a retirarse a través del río. Jelaudin observó con orgullo cómo seguían sus órdenes sin preguntar, alzando sus escudos para recibir las flechas que arremetían contra ellos.

El puente cayó, desplomándose en el río con una enorme salpicadura. Unos cincuenta de sus hombres seguían todavía al otro lado y Jelaudin cabalgó hasta el borde y estudió las aguas: demasiado profundas, se dijo. Otro día tal vez los hombres pudieran haber cruzado a nado con sus caballos, pero no hoy, con los arqueros enemigos listos para atacarlos cuando obligaran a sus monturas a descender por la orilla. Jelaudin alzó su espada como saludo a los que le observaban desde el otro lado del río, tanto enemigos como amigos.

Sus hombres devolvieron el gesto e hicieron que sus caballos dieran la vuelta, cabalgando hacia los mongoles en una última carga. Fueron eliminados, aunque todos y cada uno de ellos se abalanzaron sobre sus rivales sin miedo, matando tantos hombres como pudieron.

Las dos fuerzas quedaron cara a cara a ambas orillas del torrente, jadeantes y ensangrentadas. Jelaudin apenas podía describir el éxtasis del momento. Vio que el oficial mongol trotaba hasta el borde del agua y, por un momento, los dos hombres se miraron. El mongol se encogió de hombros ante el reguero de cadáveres, que llegaba hasta la lejana fortaleza. Entonces alzó su espada, copiando el gesto de respeto del príncipe, antes de hacer girar a su montura y alejarse al galope. Aquello llegaría a oídos de Gengis y el derrotado oficial no tenía que proferir amenazas en su nombre.

—Las noticias van de boca en boca en todas las ciudades, Gengis —dijo Kachiun con resentimiento—. Hasta ahora nos consideraban invencibles. Esto es una grieta abierta en esa creencia, hermano. Si dejamos esa provocación sin respuesta, aunque sea sólo por una estación, su confianza crecerá y más hombres se unirán bajo los estandartes de Jelaudin.

—El éxito de una sola incursión no hace a un general, Kachiun. Esperaré a que regrese Tsubodai. —Gengis señaló con un ademán irritado la llanura abierta que había encontrado, a unos ciento treinta kilómetros al sur del lago donde Kublai y Mongke habían aprendido a nadar. La nación no podía permanecer en ningún lugar durante mucho tiempo. Era difícil encontrar hierba exuberante en tierras árabes, pero el mundo era grande y Gengis había elegido dos lugares hacia los que dirigirse al mes siguiente. Ésa era sencillamente la forma en que vivían y no le daba más vueltas aparte de tomar rápidas decisiones cuando llegaba el momento. La voz de Kachiun le había irritado, interrumpiendo sus pensamientos sobre Jochi y Tsubodai. Era cierto que el ejército de Jelaudin había matado a más de mil de sus hombres y que aquel hecho había provocado una oleada de inquietud en todas las ciudades árabes. El primer tributo que debía entregar la ciudad afgana de Herat no había llegado y Gengis se preguntó si se había retrasado o si habían decidido esperar para ver lo que hacía.

Kachiun aguardó, pero cuando Gengis no dijo nada, volvió a hablar con voz dura.

—Los hombres perdidos eran de mi tumán, Gengis. Permite al menos que me dirija a aquella zona y ponga nervioso a ese príncipe bastardo. Si no me dejas llevar



al ejército, déjame lanzar una razia contra sus líneas y desaparecer en la noche como hemos hecho en otras ocasiones.

—No debes temer a esos campesinos, hermano. Me ocuparé de ellos cuando sepa que Tsubodai ha encontrado a Jochi.

Kachiun se quedó muy quieto, tragándose las preguntas que todavía quería hacer. Gengis no había compartido con él las órdenes que le había dado a Tsubodai y no le suplicaría para que lo hiciera, por mucho que deseara conocerlas. Todavía le resultaba difícil creer que Jochi se hubiera llevado a sus hombres y hubiera intentado perderse para siempre. Los espíritus sabían que Jochi había sufrido provocaciones y, en ocasiones, Kachiun no podía por menos de maldecir la ceguera del padre que le había conducido a aquella situación, pero la realidad de la traición los había dejado atónitos a todos. Nadie se había vuelto jamás contra el hombre que había formado la nación. A pesar de sus defectos, Gengis era reverenciado y a Kachiun le costaba imaginar la fuerza de voluntad que había permitido a Jochi separarse de todo cuanto conocía. Vio que Gengis apretaba la mandíbula con gesto obstinado, adivinando sus pensamientos mientras Kachiun volvía a intentar hacerle comprender.

—Eres el que ha construido un imperio en este lugar, Gengis, en vez de dejar sólo ruinas. Has puesto a Arslan en Samarcanda y a Chen Yi en Merv. Gobiernan en tu nombre, del mismo modo que los reyes y los sahs gobernaron antes que ellos en esos lugares. Sin embargo, sigue habiendo invasores y siempre habrá quienes deseen verlos muertos. Muéstrales a esos árabes el más mínimo signo de debilidad y tendremos rebeliones en todas las plazas que hemos tomado. —Suspiró—. Soy demasiado viejo para hacerlo todo de nuevo, hermano.

Gengis parpadeó despacio y Kachiun fue incapaz de decidir si le había escuchado realmente o no. El khan parecía estar totalmente obsesionado por el hijo que se había vuelto contra él, quizá porque hasta entonces nadie lo había hecho jamás. Todos los días inspeccionaba el horizonte buscando algún indicio de Tsubodai. Kachiun sabía que era demasiado pronto. Aunque Tsubodai hubiera cabalgado tan deprisa como los exploradores más ligeros, como mucho acabaría de llegar a la tierra del norte donde Jochi se había escondido. Una vez más, notó que se moría por saber qué le había ordenado hacer a Tsubodai. Sospechaba que lo sabía y Kachiun compadeció a Tsubodai por la tarea encomendada. Kachiun era consciente de que Tsubodai pensaba en Jochi casi como en un hijo. Era típico de Gengis poner a prueba la lealtad de un hombre llevándolo al límite. Su hermano siempre había sido implacable con los que le rodeaban y consigo mismo.

Kachiun se preparó para intentarlo una vez más, desesperado por lograr que Gengis entendiera la importancia de lo que le decía.

Tragó saliva con dificultad, dándose cuenta de que Tsubodai le habría venido bien en aquel momento. Gengis escuchaba a Tsubodai más que a ningún otro y ahora no estaría demorándose allí mientras se abrían grietas en todo cuanto habían construido.

—Rechazaron nuestra formación en cuernos, Gengis, cuando avanzaron para

envolverlos. Tienen los mejores escudos que he visto jamás y sus caballos llevan unas corazas que resisten los disparos de nuestras flechas. No es el número de hombres lo que temo, hermano, sino la forma en que Jelaudin los utiliza. Si no vienes, déjame obligarles a dar media vuelta y huir. No sorprenderán a mi tumán con las mismas tácticas. Seremos nosotros los que los rechazemos esta vez y enviaremos un mensaje a cualquiera que imagine que podemos ser derrotados.

Gengis abrió la boca para quitarse algo de una muela trasera.

—Haz lo que quieras, Kachiun —dijo, pero luego se lo pensó dos veces antes de darle completa autoridad para actuar a su hermano—. Llévate tres tumanes, el tuyo y otros dos. Ni el de Ogedai ni el de Tolui. Sus hombres acaban de soltar la teta y no quiero que vayan contigo.

Kachiun respondió enseguida.

—Entonces Jelme, y Khasar.

Gengis asintió, sin retirar la vista del norte, donde seguían estando sus pensamientos, con Tsubodai.

—Una escaramuza, Kachiun, ¿lo entiendes? Si son tan terribles como he oído, no quiero perder a tus hombres en las montañas. Merma un poco sus efectivos, como has hecho otras veces, como hiciste en Yenking y contra el sah. Yo apareceré con Tsubodai.

Kachiun inclinó la cabeza, más aliviado de lo que podía expresar con palabras.

—Así lo haré, hermano —contestó y, cuando estaba a punto de marcharse, se detuvo—. Tsubodai no fracasará. En el pasado pensé que estabas loco por haberle ascendido, pero es el mejor guerrero que conozco.

Gengis gruñó.

—El problema es, Kachiun, que no sé si quiero que fracase o que tenga éxito.

Vio que Kachiun abría la boca para preguntarle qué quería decir y Gengis, irritado, lo despidió agitando la mano.

—Vete, hermano. Enséñale a esos moradores del desierto que no deben interferir conmigo nunca más.

## XXXIV

**D**esde lo alto, entre dos pilares de roca, Kachiun observó el valle de Panjshir, donde se extendían las tiendas y los caballos del ejército de Jelaudin. La mañana, ya avanzada, era calurosa, y el hermano menor del khan estaba sudando y rascándose sin darse cuenta una axila, donde tenía un forúnculo que había que sajar. Junto a Jelme y Khasar, había cabalgado tan deprisa como el mejor explorador, forzando brutalmente a los caballos para vengar lo antes posible la derrota de Parwan.

El ejército de Jelaudin sabía que los mongoles habían llegado. Kachiun había descubierto a diversas figuras ataviadas con túnicas observándolos desde todos los picos, hombres que habían trepado por la roca desnuda con la sola ayuda de sus manos hasta situarse en sus posiciones. Uno de ellos estaba muy por encima de su cabeza, fuera del alcance de cualquier flecha. Kachiun no podía derribarlos y se sentía incómodo bajo su silencioso escrutinio. Todos los ojeadores estaban girados hacia él y algunos hacían señales ocasionales con sus banderas al ejército del valle, manteniendo informado a Jelaudin.

También en eso reconoció Kachiun la evidencia de que había una mente controlándolo todo, una mente que finalmente había aprendido de su enemigo. El campamento árabe estaba a unos cinco kilómetros de la ciudad de Parwan, al otro lado del río, en una abierta llanura con una cadena de montañas al fondo que se elevaban como espadas del plano terreno. La posición no le permitía organizar una emboscada ni rodear al ejército y atacar por atrás. Tampoco contaba con el refuerzo de unas murallas, aunque Kachiun vio que habían arrastrado algunos bloques de piedra y estacas de madera y los habían colocado frente al campamento enemigo, perfectamente dispuestos para obstruir una carga. Los cuadrados de tiendas ondeaban en la brisa matutina y, mientras Kachiun los observaba, los hombres se habían ido situando en sólidas filas tras recibir las señales enviadas desde las cumbres con las banderas. Desde su protegida posición, se mostraban confiados, desafiando a los mongoles a que cargaran contra ellos.

—Tenemos que cruzar el río —dijo Jelme, junto al hombro de Kachiun—. Ahora sabemos dónde están. Podemos buscar un vado.

El mando general de los tres tumanes era de Kachiun, que asintió, sin dejar de mirar fijamente el valle mientras Jelme enviaba a los exploradores a buscar el mejor lugar para cruzar el obstáculo. Se mordió el labio mientras pensaba, sabiendo que Jelaudin habría marcado los vados a lo largo de kilómetros. No había ninguna posibilidad de realizar un ataque sorpresa cuando el hijo del sah sabía exactamente por dónde iban a aparecer. Con todo, tenían que cruzar. Jelaudin había elegido el lugar donde se desarrollaría la batalla. Conocía el terreno, los números estaban de su parte, así como cualquier otra ventaja de importancia. Una vez más, Kachiun deseó que Gengis le hubiera permitido traer más hombres, al menos en esta ocasión.

Kachiun entornó los ojos para ver mejor al ojeador que le vigilaba desde lo alto, a cientos de metros por encima de su cabeza. Llevaba una larga túnica blanca y se había puesto en cuclillas después de haber escalado la cara de una roca que acababa prácticamente en punta. Kachiun resistió el vivo deseo de enviar a unos guerreros a acabar con él. Posiblemente, el hombre hubiera tardado días en alcanzar esa precaria posición sobre la entrada del valle. Si llevaba odres de agua y provisiones, podría defenderla frente a los que se aventuraran a escalar tras él tanto tiempo como quisiese.

Su hermano Khasar se aproximó con su caballo a la línea del frente. Kachiun vio que él también lanzaba una mirada hostil al hombre de las alturas.

—No podemos quedarnos aquí todo el día, hermano —dijo Khasar tras frenar a su lado—. Yo podría descender y destruir aquel pueblecillo, al menos. Tal vez los árabes se desanimen si ven ascender una columna de humo desde allí.

Kachiun recorrió el valle con la vista. Los oficiales minghaan que habían sido derrotados habían descrito el terreno con gran lujo de detalles, penosamente deseosos de agradarle tras la vergüenza de su fracaso. Kachiun no vio ninguna figura moviéndose en el pueblo y supuso que la gente se había vuelto a retirar a la fortaleza que se alzaba imponente sobre la planicie. Si hubiera pensado que tenía el más mínimo sentido, habría enviado a Khasar hacia allá como un rayo, pero negó con la cabeza.

—¿Qué importancia tiene un pueblo más, para nosotros o para ellos? Cuando hayamos vencido a este ejército, podremos tomar la fortaleza como queramos.

Khasar se encogió de hombros ante su respuesta y Kachiun continuó, expresando sus pensamientos en voz alta para que fueran comprendidos con claridad.

—Se siente seguro, Khasar, con las montañas a su espalda.

—Entonces es un idiota —aseguró Khasar, con ligereza.

—No es ningún idiota, hermano. Ese hombre nos ha visto arrasar el ejército de su padre. Conoce nuestras tácticas y nuestros puntos fuertes, quizá también nuestras debilidades. Mira cómo ha colocado esos bloques de piedra para interponerse en el camino de nuestros lanceros y líneas de arqueros. Se siente seguro y eso me preocupa.

—Piensas demasiado, Kachiun. Cuando Jelme haya encontrado un lugar por donde cruzar el río, le clavaremos contra esas colinas. Servirá de ejemplo para los demás.

Kachiun asintió con cautela. Gengis no había pedido una victoria rápida, sino que sangraran un poco al enemigo. No obstante, la primera regla de la guerra era evitar que el enemigo eligiera el terreno y las condiciones de la lucha. Kachiun hizo crujir los nudillos de ambas manos, luego su cuello, y deseo que Tsubodai estuviera allí para preguntarle cuál era su opinión.

No pasó mucho tiempo antes de que los batidores de Jelme regresaran, informando de que había un vado de escasa profundidad a apenas ocho kilómetros

más abajo en el curso del río. Kachiun ordenó a los tumanes que avanzaran sin poder evitar lanzar una rápida mirada a las brillantes banderas que empezaron a ondear de una cima a otra informando del movimiento de sus tropas.

—Ya vienen —murmuró Jelaudin, leyendo las banderas.

—No tienen alternativa —respondió Nawaz.

Jelaudin miró al rajá desde debajo de su ceño fruncido, disimulando una sonrisa divertida mientras recorría en un instante con la vista al pavo real a quien había nombrado su lugarteniente. Bajo su armadura, el raja iba vestido de seda púrpura y oro, e iba tocado con un turbante azul pálido. A los ojos de Jelaudin, parecía que había sido vestido por una prostituta o un actor, pero no ponía en duda su determinación.

De nuevo, Jelaudin pasó revista a los hombres en formación, aunque los había inspeccionado un millar de veces ya. No había fallos, estaba seguro. Las montañas protegían su retaguardia, mientras que, delante de ellos, había montones de pesados bloques sacados de los muros de Parwan, situados exactamente donde más obstaculizarían el paso de los jinetes mongoles. Si el enemigo había enviado a alguien al pueblo, habrían descubierto que faltaban grandes secciones de muro, que flotaban en el río sobre balsas fabricadas con tablones tomados de las casas. La población de aquel lugar había perdido mucho en los preparativos de esa defensa, pero no lamentarían el sacrificio, no cuando el ejército ya había obtenido un éxito contra los infieles. La fortaleza en la que se refugiaban estaba demasiado lejos para que Jelaudin pudiera distinguir rostros individuales, pero sabía que observaban desde las alturas. Ellos, al menos, tendrían unas vistas espectaculares de la batalla que estaba a punto de comenzar.

—Tenemos hasta el comienzo de la tarde si utilizan el primer vado para cruzar el río —dijo Jelaudin—. Vamos a caminar entre los hombres una vez más. Algunos estarán nerviosos y les ayudará vernos a nosotros calmados y alegres.

Sus propios ojos desdecían sus palabras, pero Nawaz no hizo ningún comentario, sino que simplemente agachó la cabeza y desmontó para caminar a su lado.

—Había esperado más de treinta mil hombres —aseguró Nawaz mientras pasaban entre dos tiendas—. ¿Tan arrogantes son?

Jelaudin asintió.

—Su arrogancia está justificada, amigo mío. Destrozaron el ejército de mi padre cuando los superaba tres veces en número. Ésta será una dura batalla, aun después de mis preparativos.

Nawaz dejó salir un soplo, mostrando su seguro desdén ante esa posibilidad.

—He vaciado las arcas de mi tesoro para darte los escudos y las armaduras que querías. A cambio, tú has encendido los corazones de los hombres. —Vio que Jelaudin le miraba y continuó—. No soy ningún idiota. Los conoces mejor que

ningún otro hombre, pero esta misma noche estaremos quemando pilas de cadáveres mongoles.

Jelaudin sonrió ante la confianza del rajá. Era cierto que conocía bien la impresionante fuerza que eran los mongoles en la guerra. Podía albergar la esperanza de obtener la victoria, pero nada en este mundo estaba garantizado.

—Guiaré a los hombres en sus oraciones hoy a mediodía. Si Alá nos observa con clemencia, arrasaremos la leyenda de este khan, robándole toda su fuerza. Ganemos aquí y todas esas ciudades que están observando, a la expectativa, se unirán a nosotros para expulsar para siempre a ese hombre de nuestras tierras. Perdamos y nunca jamás podremos volver a desafiarle. Eso es lo que se juega aquí hoy, Nawaz.

El rajá bajó la cabeza, abstraído. Admiraba enormemente a Jelaudin, incluso antes de que hiciera que los mongoles salieran huyendo por aquel puente. Más que ninguna otra cosa, deseaba impresionar a aquel hombre que conoció cuando era un muchacho, sólo un año mayor que él. Su mirada recorrió las líneas de hombres que Jelaudin había reunido bajo un único estandarte. Turcomanos, bereberes, beduinos de los distantes desiertos y guerreros de tez oscura de Peshawar, diferenciados del resto por la armadura de su guardia personal. También había afganos en las filas, hombres adustos que habían descendido de las colinas con pesadas espadas curvas. Ninguno de ellos llevaría montura en la batalla de hoy. Jelaudin había elegido una posición que eliminaría la ventaja de los caballos mongoles. Su ejército lucharía a pie. Vencerían o serían destruidos.

Había trabajado mucho a lo largo de los anteriores días para preparar la posición, sabiendo que la respuesta de los mongoles no se demoraría. Nawaz había colaborado incluso físicamente con sus hombres a llevar las piedras de Parwan al otro lado del río. El rajá esperaba que notaran que podía dejar a un lado su dignidad para trabajar con ellos, aunque sus afectados esfuerzos habían despertado las risas de Jelaudin. Nawaz se ruborizó al recordar las palabras de Jelaudin sobre el tema del orgullo. ¡Él era un príncipe de Peshawar! El orgullo nacía en él de forma natural, aunque se esforzaba en ser humilde.

Nawaz arrugó la nariz mientras Jelaudin y él pasaban junto a una hilera de letrinas, en torno a la que volaban nubes de moscas airadas ante los hombres que echaban tierra sobre ellas. Incluso en eso había desempeñado Jelaudin un papel: había elegido la localización para que cuando estuvieran llenas, crearan un tosco banco de tierra en su flanco derecho. Nawaz retiró la vista de los hombres que echaban tierra en la zanja, pero Jelaudin los saludó por su nombre y disminuyó su vergüenza por estar realizando una labor tan impura. Nawaz lo observaba con febril intensidad, tratando de aprender todo cuanto pudiera. Para equipar al ejército, había gastado el oro de su padre como si fuera agua. De algún modo, no era suficiente y confiaba en demostrarle a Jelaudin que podía comandar y luchar con tanto valor como cualquiera de los hombres que los rodeaban.

El sol se desplazó a través de los cielos, arrojando una sombra sobre el ejército

que aguardaba. Se iría desvaneciendo hasta desaparecer a medida que se acercara el mediodía, pero hasta entonces, los hombres estaban frescos. Los tumanes mongoles estarían acalorados y sedientos para cuando hubieran cruzado el río y cabalgado de vuelta hasta ellos. Jelaudin había pensado en todo y asintió con gesto aprobador en dirección a los jóvenes que esperaban con odres llenos de agua para salir corriendo entre los hombres cuando la lucha comenzara. Los caballos estaban a salvo, atados en retaguardia, donde no pudieran ser presa del pánico y desbocarse. Vio los haces de flechas amarrados con cuerdas, así como miles de escudos y espadas nuevas.

—Esta mañana no he comido nada, Nawaz —dijo Jelaudin de repente—. ¿Compartirías un bocado conmigo?

De hecho, no tenía apetito en absoluto, pero sabía que sus hombres sonreirían y señalarían a los demás a su líder al verle comer despreocupadamente mientras el temido enemigo se aproximaba.

Nawaz le condujo a su propia tienda, más grande que las demás. Era tan opulenta como las ropas que vestía y Jelaudin volvió a sonreír para sus adentros ante la ostentación que rodeaba al príncipe. Cuando llegó a la entrada, Jelaudin miró hacia la llanura que había elegido para vengar al sah de Corasmia, buscando algo que no estuviera en su sitio o que pudiera mejorar. No encontró nada. Todo lo que quedaba por hacer era esperar.

—Diles a tus criados que saquen la comida ahí fuera, Nawaz —murmuró—. Que los hombres me vean sentado como uno más de ellos. Pero que la comida sea simple, como la que podrían tomar ellos mismos.

El rajá de Peshawar inclinó la cabeza, precipitándose hacia el interior de la tienda para cumplir los deseos de Jelaudin.

Tras cruzar el vado, los tumanes salieron chorreando agua y lodo, pero el sol absorbió la humedad mientras recorrían los ocho kilómetros que los separaban del valle de Panjshir. Hacía tiempo que el sol había pasado el mediodía cuando volvieron a ver al enemigo en la distancia. Con Jelme y Khasar a su lado, Kachiun avanzaba al paso al frente de los tres tumanes, conservando la fuerza del animal.

—Va a ser una batalla muy dura, hermano —dijo Kachiun a Khasar—. Sigue mis órdenes y quítate de la cabeza la idea de que va a ser una victoria fácil.

Khasar se encogió de hombros mientras el valle se abría ante ellos. Habían encontrado otra entrada a la llanura central, pero también había un hombre apostado en lo alto de uno de los picos que, al avistarlos, se puso en pie y alzó en el aire un estandarte que podría ser visto a kilómetros de distancia. El río discurría a su izquierda mientras trotaban hacia el campamento de Jelaudin. Los tres generales vieron que su ejército había formado a pie formando un arco sobre el terreno. Sesenta mil hombres de pie eran una visión formidable y los mongoles siguieron cabalgando con una sombría concentración, atentos a las órdenes de sus generales.

Mientras cruzaban la llanura, Kachiun notó que tenía la vejiga llena. Si tuvieran ante sí una larga cabalgada, sencillamente dejaría que el líquido se deslizara por el flanco del caballo. Con el enemigo tan cerca, hizo una mueca y se contuvo antes que permitir que sus hombres pensaran que se orinaba de miedo.

Cuando las líneas enemigas se encontraban a unos dos kilómetros de distancia, Khasar y Jelme retrocedieron con sus monturas por entre los tumanes para retornar a sus posiciones. Habían escuchado con atención a Kachiun mientras cabalgaban hacia el vado y tras salir del río, y ambos sabían lo que tenían que hacer. Al menos en eso, Kachiun no tenía ninguna duda de que estaba bien servido. Alzó una mano y treinta mil guerreros se pusieron al trote. Frente a ellos, la primera línea de Jelaudin levantó espadas y escudos, apoyando sobre los hombros las pesadas hojas, que relumbraban bajo el sol vespertino.

Kachiun clavó la mirada en los bloques de piedra que salpicaban el terreno. No sabía si Jelaudin había cavado fosas delante de sus hombres y se torturó tratando de adivinar dónde podían estar localizadas. ¿Debería dejar el centro abierto y concentrarse sólo en los flancos? Era desesperante saber que Jelaudin conocía sus tácticas. Sin duda esperaba que adoptaran la formación de media luna, en cuyo caso, Kachiun debería enviar a los tumanes por el centro. Eso dejaría en situación de vulnerabilidad sus propios flancos y sintió un sudor frío resbalando por sus axilas mientras cabalgaba. Sus generales conocían el plan, pero estaban preparados para cualquier cosa y podía cambiar las órdenes en cualquier momento antes de que se lanzaran contra el enemigo.

Jelaudin había visto luchar a Gengis, se dijo Kachiun. O bien uno o ambos flancos encontrarían trampas en su camino. A menos de un kilómetro de sus rivales, lo supo de repente con absoluta certeza. Ese príncipe pensaba que se había puesto a salvo colocándose en una posición en la que no podía maniobrar. Kachiun decidió demostrarle el defecto existente en su razonamiento.

—¡Todos hacia la derecha! —bramó, levantado el brazo y agitándolo en círculo. Los exploradores que estaban a su lado alzaron sus banderas rojas por la derecha y los tumanes obedecieron. Atacarían sólo el flanco derecho, enviando todo cuanto tenían únicamente contra esa parte del ejército de Jelaudin. Entretanto, que los otros se pusieran nerviosos detrás de sus rocas y sus trampas con pinchos.

Eran necesarios años de práctica para mover a tantos hombres sin obstaculizar las líneas de los demás. Los mongoles lo hacían como si no les costara ningún esfuerzo: como deslizándose, los tumanes adaptaron otra formación lejos del ala del enemigo. Aumentaron su velocidad hasta el medio galope imitando a Kachiun y tendieron sus arcos. A sus espaldas, una columna de humo se elevó lo suficiente para atravesar el valle con su sombra. Tenían el sol detrás y, al avanzar, negras siluetas corrían frente a ellos.

Kachiun vio cómo las espadas enemigas se sacudían airadas cuando pasó como un trueno junto a las primeras pilas de piedras a su izquierda y las dejó atrás. Si él



hubiera liderado a los hombres de Jelaudin, ya habría hecho que avanzaran, como una puerta cerrándose de golpe sobre los tumanes. Pero allí estaban, de pie, inmóviles, como les habían ordenado.

A cuatrocientos pasos, Kachiun iba contando en voz alta mientras la distancia disminuía a una velocidad terrorífica. Cabalgaba en la quinta fila, sin exponerse en exceso para poder dirigir la batalla. El corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía la boca seca. Se obligó a respirar por la nariz: cada aliento, un resoplido. Los tres tumanes se abalanzaban a toda velocidad sobre el enemigo. Se habían abierto tanto que golpearían a los árabes prácticamente junto a la hilera de colinas.

Las primeras filas se toparon con las zanjias ocultas con juncos y tierra. A galope tendido, los caballos cayeron con violencia, haciendo que sus jinetes salieran despedidos por los aires. A algunos se les quedaron los pies atrapados en los estribos y se dislocaron las piernas al frenar de forma tan repentina. El ejército de Jelaudin rugió, pero los mongoles se recuperaron con rapidez. Más de cien hombres habían caído, pero los que todavía seguían vivos se hicieron un ovillo y utilizaron sus monturas como protección mientras las filas que los seguían saltaban sobre ellos. Unos cuantos más cayeron al calcular mal la barrera de maltrechos caballos, pero la línea apenas redujo el paso. Ningún otro ejército habría podido disparar una lluvia de flechas en la franja de terreno que separaba las zanjias del enemigo. Los mongoles lanzaron una descarga tan densa como una nube de moscas contra los árabes, derribando la primera fila. Cuando llegaron a las líneas de espadas, algunos de los guerreros arrojaron sus arcos, aunque la mayoría dedicaron un momento a asegurarlos en un gancho de la silla de montar, mientras empuñaban la espada con la otra mano. En su impulso no había preocupación por los muertos que habían dejado en aquellas fosas, sino sólo el deseo de vengarlos.

La atronadora línea se abalanzó sobre los soldados de Jelaudin casi a la máxima velocidad posible, de manera que el peso y la potencia de los caballos eran tan peligrosos para un ejército a pie como las propias espadas. Los mongoles utilizaron a sus monturas sin piedad como arietes para romper en pedazos las filas enemigas.

Kachiun vio cómo se defendían los árabes: sus espadas curvas ondeaban destellando al sol. Sus tumanes habían atacado sólo una pequeña parte de la línea y a más de la mitad de sus hombres les era imposible utilizar sus armas y lo que hicieron fue lanzar una descarga de flechas por encima de sus propias filas que se elevó en lo alto buscando como blanco cualquier punto de las huestes enemigas. Los proyectiles mermaron las filas árabes, pero, tal y como le habían relatado a Kachiun, los escudos enemigos eran de excelente calidad y mantuvieron la disciplina. Vio varios escudos elevándose por encima de las cabezas de los soldados para formar un muro contra las flechas que llovían sobre ellos mientras los hombres se resguardaban debajo.

Los hombres de Jelaudin luchaban con furia y disciplina mientras les obligaban a retroceder un paso y luego otro más pasando por encima de sus propios muertos. La carga mongola perdió velocidad contra sus apretadas filas y las espadas curvas

siguieron alzándose y cayendo al unísono. Algunos guerreros fueron derribados de la silla por el golpe de sus hojas y Kachiun contempló horrorizado cómo oleadas de soldados hacían retroceder a sus hombres y los iban rodeando uno a uno, dejándolos solos a merced de la marea árabe, como islas en el mar.

El resto del ejército de Jelaudin empezó a arremeter contra él. Habían abandonado la seguridad de su posición, pero no avanzaban en una loca avalancha, sino en orden. Al ver cómo se adelantaba el flanco más alejado, Kachiun maldijo entre dientes. Su columna había chocado contra una sola parte del ejército enemigo y alargó la mano hacia el cuerno que llevaba colgado al cuello para responder a esta nueva amenaza. Cuando hizo sonar la nota, Khasar respondió, haciendo que sus hombres se retiraran con una única orden que fue descendiendo por la cadena de mando. Kachiun captó su mirada inquisitiva y señaló hacia la cortina de hombres que se cerraba sobre ellos en la planicie. Los hombres de Jelaudin sabían dónde estaban las zanjas y atravesaron el terreno casi sin detenerse. En escasos momentos habrían rodeado a los tumanes mongoles y, a partir de entonces, empezaría la verdadera matanza.

Khasar contaba con diez mil arqueros, cada uno de ellos con un carcaj de treinta flechas a la espalda. Formaron la línea más amplia posible, pero el extremo delantero fue rápidamente absorbido por la batalla del ala. El resto tensó sus arcos y apuntaron hacia los que marchaban contra ellos. Khasar dejó caer su brazo y mil flechas surcaron el aire, penetrando en hombres y armaduras. Al instante, lanzaron otra descarga, y luego otra más.

Kachiun gritó, frustrado, mientras observaba cómo se estremecían las líneas árabes. Cientos de ellos cayeron, pero caminaban con los escudos en alto y apenas gruñeron al recibir los disparos. Kachiun estaba expuesto y, por primera vez, temió verdaderamente la derrota.

Volvió a hacer sonar el cuerno, una doble nota repetida que haría que sus hombres echaran a correr. Los que estaban más cerca fueron los primeros que reaccionaron, pero la orden se fue propagando como una onda por los tumanes. Khasar chilló enfadado, pero luego él también hizo que su caballo diera media vuelta y, dejando atrás a sus enemigos, se retiró.

Las fuerzas árabes bramaron triunfantes al ver cómo huían sus rivales. Miles de ellos intentaron derribar a los mongoles que se alejaban al galope, saliendo tras ellos con las espadas listas para descargar un golpe brutal. Kachiun aguardó a sus hombres, asegurándose de no cabalgar tan deprisa que los demás quedaran atrás. La falsa retirada habría sido más fácil contra hombres a caballo, donde cada jinete cabalga solo en un frenesí salvaje y ávido de sangre.

Kachiun tomó una rápida bocanada de aire cuando una nueva señal del cuerno resonó en la llanura. No era una de las suyas. Para su asombro, vio que las líneas árabes que habían salido corriendo tras ellos se detenían con una sacudida y regresaban a sus puestos. Un príncipe con ropajes chillones había soplado la nota entre sus filas y sus hombres abandonaron la persecución al instante. Kachiun ya

había planeado el punto en el que daría media vuelta y los despedazaría, lejos de la protección del terreno que habían preparado. En vez de eso, vio cómo volvían a formar colocándose en sus posiciones iniciales y los tumanes se quedaban solos en la planicie, jadeando ensangrentados mientras se ahogaban en frustración.

Sólo unos cuantos árabes fueron demasiado lentos para reaccionar a tiempo y fueron eliminados por los guerreros mongoles. El resto se mantuvo en sus sólidas filas y rugieron insultos hacia ellos, alzando sus espadas y escudos como si desafiaran a los mongoles a acercarse y llevárselos. Kachiun notó la expresión consternada de Khasar cuando ambos hermanos se encontraron a menos de un kilómetro del campo de batalla.

—Jelaudin —dijo Khasar, respirando con dificultad—. Ese bastardo nos conoce demasiado bien.

Kachiun asintió con gesto sombrío. El hijo del sah había visto las falsas retiradas cuando se enfrentó a su padre y estaba preparado para ellas. Los mongoles habían quedado como unos idiotas al salir huyendo del enemigo y el general tuvo que hacer un esfuerzo para recobrar la calma que necesitaba.

El sol había recorrido un trecho sorprendentemente largo en el cielo durante la lucha y las primeras sombras de la tarde brotaron con un salto de él cuando desmontó y se llevó un odre de agua a la boca. Había tiempo para otro ataque, pero Jelaudin había previsto cada paso que habían dado y toda su confianza se había desvanecido. Khasar percibió su confusión y volvió a hablar, sabiendo que lo que necesitaban era que su hermano empezara a pensar.

—¿Y si adoptamos una posición alejada de sus líneas durante la noche y les lanzamos descargas de flechas? Podría hacer que se separaran de las colinas que resguardan su retaguardia.

Kachiun negó con la cabeza.

—Sin otra amenaza, simplemente se agruparían bajo los escudos. Desperdiciaríamos las flechas.

—¿Entonces qué, hermano? ¿Dejamos que celebren su triunfo? —preguntó Khasar. Cuando Kachiun no respondió, se le abrieron los ojos como platos. Estaba escandalizado—. ¿Permitirás que esos campesinos follaperros obtengan la victoria?

—A menos que tengas una idea mejor —soltó Kachiun con brusquedad.

Khasar lo miró atónito y ambos alzaron la vista agradecidos cuando apareció Jelme a caballo, cubierto de polvo.

—Por fin hemos cortado la ruta que los comunicaba con el río —anunció Jelme—. Por muchas reservas de agua que tengan, se les acabarán con el tiempo. Podemos esperar.

La expresión de Khasar mostró su desdén por la idea.

—Ojalá estuviera aquí Tsubodai —dijo—. Con él no esperaríamos a que el enemigo se muriera de sed o de viejo.

Kachiun hizo una mueca, aunque pensaba lo mismo que él.

—La situación está así —sentenció—. Sin trucos ni maniobras. Sólo arcos y espadas contra un enemigo que nos dobla en número.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó Khasar, incrédulo—. Gengis te cortará los pulgares como sigas un plan como ése. Perderemos más de la mitad de nuestros hombres.

—Nunca antes nos hemos enfrentado a un enemigo así, Khasar, y es imprescindible que ganemos. —Se quedó pensativo un momento mientras los otros dos hombres lo miraban con gesto ansioso—. Si no abandonan su posición, podemos acercarnos despacio, despejando el terreno a medida que avanzamos. —Alzó la vista y vieron que había recobrado la confianza—. Los arqueros al frente, para mantenerlos agachados bajo los escudos mientras arremetemos contra ellos. Los lanceros tras los arqueros, listos para cargar. Sin las zanjas y las rocas, son sólo un ejército de soldados a pie. Acabaremos con ellos. —Echó una ojeada al sol, que se aproximaba a las colinas occidentales y su rostro se crispó—. Pero no será hoy. Tenemos que esperar a que amanezca. Que los hombres descansen y coman y se venden las heridas. Mañana será una prueba para todos nosotros, pero no podemos fallar en este lugar.

Cuando Khasar habló, en su voz no había ni rastro de su habitual tono burlón.

—Hermano, debes enviar a unos hombres a hablar con Gengis. Haz que traiga refuerzos.

—No llegaría hasta nosotros en menos de medio mes, Khasar.

—¡Pues esperemos! Esperemos y veamos cómo a esos campesinos les entra la sed mientras nos bebemos su río.

Jelme se aclaró la garganta y ambos hermanos se sintieron aliviados cuando su intervención rompió la tensión entre los dos.

—Las pérdidas serían menores si tuviéramos con nosotros al resto de los tumanes. Eso es verdad.

Kachiun sabía que era un buen consejo, aunque todo en él deseaba reanudar la batalla. No podía recordar que nadie le hubiera puesto en una posición así y dolía. Maldijo durante un buen rato, en tres idiomas.

—¡Que se pudran en el infierno! Muy bien, enviaré unos jinetes a ver a Gengis.

Khasar sabía que la decisión había obligado a su hermano a dejar a un lado su orgullo y por una vez eligió no burlarse de él, sino que solamente le palmeó el hombro.

—El objetivo de una guerra es ganarla, Kachiun. No importa cómo lo hacemos, o cuánto tardemos. Para cuando llegue Gengis, tendrán la garganta seca como pollos al sol. Disfrutaré de lo que suceda después de eso.

Cuando salió el sol al día siguiente, arrojando una luz gris sobre el valle de Panjshir, los mongoles se levantaron en su campamento al otro lado del río, donde no podían atacarlos durante la noche. Al principio, Kachiun no podía comprender por qué sus

exploradores estaban gritando. Había helado por la noche y había dormido con los brazos metidos dentro del deel que llevaba encima de la armadura. Se metió las mangas para liberar la mano de la espada y la cogió por instinto cuando los exploradores llegaron corriendo hasta él.

—¿Nos atacan? —preguntó, todavía entumecido por el sueño y el frío. Los exploradores parecían aterrorizados por tener que darle la noticia.

—No, general. El enemigo se ha marchado durante la noche. La llanura está vacía.

El cuerpo de Kachiun desfalleció. El valle de Panjshir era un laberinto de grietas y de pasos. Sin duda los hombres de Jelaudin los conocerían todos.

Su mente saltó a los exploradores que había enviado a buscar a Gengis la noche anterior. No había hecho una gran labor en el valle de Panjshir y ahora tendría que mandar a más hombres para mantener informado a Gengis. Aún peor era el pensamiento que no quería escuchar, que los hombres de Jelaudin se habían llevado consigo otra victoria a las colinas. Era un terreno difícil para rastrear a un enemigo en movimiento. La perspectiva de buscarlos en el laberinto de rocas y valles que conformaban esa parte del mundo casi le enfermaba de furia. No importaba que la mayor parte de su ejército estuviera intacto. El enemigo les había visto batirse en retirada. Kachiun tragó con dificultad cuando se dio cuenta de que había dejado escapar del valle una chispa que podría hacer arder el mundo. Se correría la voz de que los mongoles podían ser derrotados y, le gustara o no, Gengis tendría que ser informado.

—Que vengan los rastreadores —exclamó con voz áspera—. Tendremos que darles caza.

**L**a nieve se arremolinaba a su alrededor, pero Tsubodai agradecía el frío. Había nacido en un lugar como aquél y ese frío armonizaba con el entumecimiento que sentía desde que había aceptado las órdenes del khan. Su rostro estaba tenso, el hielo de su aliento se acumulaba sobre su labio superior por muchas veces que se lo limpiara.

Con diez mil hombres a sus espaldas, no había intentado ocultar su presencia. Jochi no era ningún idiota y Tsubodai sospechaba que sabía exactamente dónde estaba el tumán. Se dijo que había una posibilidad de que todo cuanto encontrara fuera un campamento abandonado y que, entonces, se viera obligado a perseguir al hijo del khan a través del paisaje helado bajo el sol. Se aseguró de que sus estandartes ondearan bien alto, banderines de seda amarillo brillante que serían visibles en varios kilómetros a la redonda. Jochi sabía que había llegado un tumán en su busca, pero también sabía que lo comandaba Tsubodai.

Tsubodai agachó la cabeza, ciñéndose más el deel que llevaba sobre la armadura. Le castañeaban los dientes y apretó la mandíbula. No parecía poseer ya la fuerza que recordaba tener de muchacho y se preguntó si el paso del calor al frío le habría robado parte de su resistencia. El cuerpo necesitaba tiempo para acostumbrarse a esos extremos, incluso el de aquéllos que han nacido en el crudo invierno.

Había estado lidiando con sus órdenes durante todo el viaje hacia el norte, mientras escalaba montañas y atravesaba valles vacíos, además de pasar pueblos que dormían en la oscuridad. Ése no era un viaje de conquista y sus hombres y él habían ignorado varios asentamientos listos para ser saqueados. Habían robado ovejas y cabras cuando los encontraron, pero eso era mero sentido común y necesidad de carne fresca. Diez mil hombres tenían que ser alimentados, independientemente de hacia dónde se dirigieran. Sus ponis habían nacido para la nieve y parecían adaptarse con más rapidez que los que los montaban, utilizando sus cascos para atravesar el hielo y llegar a la hierba cada vez que les permitían un descanso.

El explorador que había encontrado a Jochi cabalgaba justo delante de Tsubodai. Durante treinta y ocho días de duro camino, había sido un compañero prácticamente mudo. Ahora giraba la cabeza constantemente, y Tsubodai notó que su estado de alerta se había acentuado. Habían recorrido más que mil quinientos kilómetros desde que dejaran a Gengis, utilizando con precaución las monturas libres. Por fin estaban cerca y ninguno de los dos sabía cómo los recibirían. El primer indicio de Jochi podría ser un pueblo desierto o la canción de unas flechas saliendo de la blancura. Siguieron cabalgando y el general siguió luchando consigo mismo, concibiendo y descartando decenas de planes diferentes cada día. En ocasiones, se atormentaba imaginándose su encuentro con el joven que había acogido y entrenado durante tres años, gran parte de los cuales transcurrieron casi a la misma altura en el norte. Los recuerdos eran poderosos y se dio cuenta de que estaba deseando ver a Jochi de

nuevo, exactamente igual que un padre querría ver a su hijo. Sostuvo conversaciones enteras en su cabeza, una tras otra, pero no le tranquilizaron.

Cuando sus exploradores llevaron a un extraño a su tumán, fue casi un alivio saber que estaban acercándose al final de su viaje, aunque Tsubodai sintió que el estómago se le encogía. No estaba listo para lo que iba a suceder, aun después de haberlo esperado durante tanto tiempo.

No reconoció a aquel hombre, aunque llevaba la armadura mongola y un deel por encima, como el propio Tsubodai. Por otro lado, un aire de autoridad lo envolvía mientras se acercaba entre los dos exploradores y no inclinó la cabeza cuando llegó junto a Tsubodai, que dio por supuesto que se trataba de un oficial minghaan y no retiró la vista de él en ningún momento mientras le desarmaban y le permitían aproximarse. El tumán se detuvo y el fuerte viento pareció intensificarse a su alrededor, aullando a través de la tierra y acumulando nieve en torno a los cascos de sus caballos.

—General Tsubodai —dijo el hombre como saludo—, vimos tus estandartes.

Tsubodai no contestó. Sabía que aquel hombre no tendría autoridad para actuar por su cuenta y simplemente aguardó para ver cómo jugaba sus cartas Jochi.

—Me han enviado a decir que no eres bienvenido aquí, general —continuó el oficial. Los guerreros que rodeaban a Tsubodai levantaron la cabeza ante las desafiantes palabras, pero el hombre no se inmutó—. No tenemos nada en contra de ti, contra ti menos que contra nadie, pero por respeto, pedimos que des media vuelta y abandones este lugar.

Tsubodai apretó los labios, sintiendo el hielo romperse y pegarse a su piel.

—Tu amo ha dicho más que eso, minghaan —respondió. El oficial parpadeó y Tsubodai supo que había adivinado correctamente su rango—. ¿Qué te dijo que hicieras si no me marchaba?

El oficial carraspeó, recordando de pronto que estaba hablando con el hombre más reverenciado de la nación después de Gengis. A pesar de la tensión, esbozó una fugaz sonrisa.

—Dijo que no te irías, que me harías esta pregunta, casi palabra por palabra.

—¿Y bien? —preguntó Tsubodai. Sentía cómo el frío iba calando en sus huesos y estaba cansado por la cabalgada. Sentía la mente atontada y quería resguardarse del viento.

—Me dijo que te dijera que no estará allí cuando vayas a por él. Si luchas contra nosotros, no encontrarás nada. Ni siquiera tú puedes rastrearnos en la nieve y conocemos estas tierras. Empezarás una cacería que te alejará todavía más del khan, pero será un tiempo perdido. —El hombre tragó, y su nerviosismo fue creciendo bajo las hostiles miradas de los guerreros de Tsubodai. Reunió valor para continuar—. Dijo que le has enseñado bien y que no sobrevivirás a la cacería si la inicias.

Tsubodai alzó la mano para detener a aquéllos que se habían puesto en pie para matar al mensajero. Muchos de ellos sacaron las espadas con manos entumecidas por

el frío, llenándose de furia por él. Había llegado el momento, y aunque le dolía más que el frío, sabía exactamente cómo llegar a Jochi.

—No he venido a cazar, minghaan. Llévame a un lugar donde mis hombres puedan acampar, comer y descansar. Luego, yo solo iré contigo. Me llevarás ante él.

Al principio, el oficial no respondió. Los que estaban con Tsubodai empezaron a gritarle, exigiéndole que les otorgara el derecho a protegerle mientras estaba entre enemigos. El general meneó la cabeza y se callaron.

—Me verá, minghaan —prosiguió Tsubodai—. ¿Dijo eso Jochi? ¿Qué me vería si iba solo? Le he entrenado yo. Seguro que ya había pensado en esa posibilidad.

El oficial inclinó la cabeza. Le temblaban las manos mientras agarraba las riendas, pero no por el frío.

—Yo te guiaré hasta allí, general —contestó.

Pasó otra noche y otro amanecer antes de que Tsubodai y el oficial minghaan llegaran al campamento de Jochi. Movido por un instinto arraigado durante años, el general no pudo evitar tomar nota de las defensas. Habían elegido un emplazamiento rodeado de poblados bosques y colinas arboladas. Incluso el camino que llevaba al campamento serpenteaba sobre nieve recién caída entre grandes árboles. El respeto de Tsubodai por el explorador que los había encontrado se incrementó tremendamente. Recomendaría a aquel hombre si vivía para que pudiera unirse a su tumán.

En el campamento había numerosas gers: el fieltro grueso era mucho mejor que la piedra o la madera para mantener el frío a raya. Una empalizada de madera resguardaba el asentamiento del azote del viento. Al atravesar una sección abierta de la valla, Tsubodai vio que tenían ovejas y cabras en rediles de madera, amontonadas en grupos blanquecinos. Había pocas y no le sorprendió ver cabañas de madera construidas con troncos de pinos atados entre sí. Salía humo de ellas y el pueblo transmitía una sensación de calidez y confortabilidad que agradó a Tsubodai. Había crecido en un lugar exactamente así, donde cada hogar estaba separado de los demás por senderos helados y cubiertos de barro.

Su llegada no había pasado inadvertida. Hombres cuyas caras reconocía vagamente aparecieron frente a él, observándole. Su memoria era legendaria entre las tribus, pero, fuera de los tumanes, sólo podía recordar susurros de nombres y ninguno con la suficiente fuerza como para estar seguro. Algunos de ellos, con deliberación, siguieron trabajando mientras pasaba el general, pero la mayoría de los hombres se quedaron parados y le miraron fijamente, casi con añoranza, al recordar un mundo diferente. Vio montones de pieles curtidas y cómo recortaban y lavaban en tinajas de madera las pieles recién traídas. Para su sorpresa, vio también a mujeres de piel pálida, algunas de ellas embarazadas. Trabajaban con tanto esfuerzo como los hombres para dar vida a ese pueblo congelado y no alzaron la vista cuando pasó por su lado. El nombre de Tsubodai no significaba nada para ellas.



Jochi le aguardaba a la puerta de una cabaña de madera, un edificio pequeño y achaparrado pero de aspecto sólido en comparación con las gers. Los hombros de Jochi eran más poderosos de lo que Tsubodai recordaba, quizá por el duro trabajo de levantar el asentamiento. Tsubodai notó cómo su corazón se aceleraba por la alegría de verle, a pesar de las circunstancias. Habría llevado su montura al trote, pero el oficial minghaan alargó la mano y tomó sus riendas antes de que pudiera hacerlo. Percibiendo una advertencia muda en el hombre, Tsubodai desmontó bajo la mirada atenta de Jochi.

El general mantuvo una expresión fría mientras permitía que dos guerreros le cachearan para ver si llevaba armas. Fueron muy concienzudos, inspeccionando el forro de su deel y quitando todo reborde afilado de su armadura, aunque tuvieran que cortarlo con cuchillos. Soportó la inspección sin mirarlos. Uno de ellos dio un violento tirón para soltar una pieza de hierro de su armadura y Tsubodai posó en él la mirada, haciendo que se ruborizara mientras concluía su tarea. Cuando acabaron, había un montón de cortantes escamas sobre la nieve, junto con su espada y dos dagas. El pesado lienzo que había bajo la armadura había quedado al descubierto en numerosos puntos y le habían arrebatado parte de su dignidad. Sólo entonces se acercó Jochi, mientras sus hombres permanecían cerca con las espadas listas para cortarle la cabeza al general.

—No deberías haber venido, Tsubodai —dijo Jochi. Le brillaban los ojos y, durante un instante, Tsubodai creyó ver en ellos una oleada de afecto, que fue rápidamente reprimida.

—Sabías que vendría —respondió Tsubodai—. Aunque te marches de este lugar cuando yo me haya ido.

Jochi miró a su alrededor.

—Pensé que merecía la pena pagar el precio, aunque muchos de mis hombres querían matarte en los bosques. —Se encogió de hombros—. Tengo otros lugares elegidos, muy lejos. Reconstruiremos el campamento. —Su expresión se endureció—. Pero ya me has costado algo, Tsubodai, porque sabías bien que a ti te dejaría pasar.

Tsubodai se mantuvo muy quieto, sabiendo que un único movimiento brusco sería el final de su vida. Además de las espadas que tenía a la espalda, no le cabía ninguna duda de que había arqueros vigilándole.

—Entonces, asegúrate de no desperdiciar la ocasión, Jochi. Dame la bienvenida a tu campamento y hablaremos.

Jochi vaciló. El que estaba ante él era uno de sus más antiguos amigos, alguien a quien respetaba más que a ningún otro hombre. Y, sin embargo, no podía deshacerse de la sensación de terror que le infundía su presencia. No podía pensar más rápido ni mejor que Tsubodai y era difícil sofocar el creciente miedo que le estaba invadiendo.

—Me alegro de verte —murmuró Tsubodai, con suavidad.

Jochi asintió.

—Y yo de verte a ti, viejo amigo. Te doy la bienvenida a mi campamento. Toma conmigo té con sal. Te dejaré vivir de momento.

Jochi despidió con un gesto a los guerreros que los rodeaban y Tsubodai subió los dos escalones que mantenían la pequeña casa separada del fangoso terreno. Jochi se echó a un lado para dejarle pasar primero y Tsubodai entró en la habitación que había tras el umbral.

Mientras Jochi cerraba la puerta, Tsubodai alcanzó a vislumbrar movimiento de hombres armados congregándose en el exterior. El mensaje era suficientemente claro y trató de relajarse mientras una tetera de hierro empezaba a silbar en la cocina y Jochi le servía un té aguado y le añadía una pizca de sal de una bolsa que colgaba de la puerta. Sólo había una cama baja en aquel lugar y Tsubodai se sentó en un taburete, le dio un sorbo al tazón de té y se deleitó al sentir cómo la infusión iba deshaciendo el frío de su pecho. Jochi parecía nervioso y, mientras sostenía su propio tazón, le temblaban las manos.

—¿Mi madre está bien? —preguntó Jochi.

Tsubodai asintió.

—A ella le encantan las tierras cálidas, más que a la mayoría de nosotros. Tus hermanos están más fuertes cada año que pasa. Ahora Ogedai tiene un tumán propio y Tolui también, aunque sus hombres no son más que muchachos. No me gustaría tener que verlos luchar. Tu padre...

—No me importa cómo está mi padre, Tsubodai —soltó Jochi, interrumpiéndole—. ¿Te ha enviado para matarme?

El rostro de Tsubodai se crispó como si se hubiera quemado los labios. Con cuidado, dejó a un lado el tazón, todavía medio lleno. Había repasado esa conversación muchas veces, pero nada podía haberle preparado para la sensación de desolación que sentía al ver a Jochi de nuevo. En aquel momento, habría dado cualquier cosa por estar muy lejos, conquistando tierras para su khan.

—Gengis me ha dado órdenes muy duras, Jochi. Yo no las quería.

—Y, sin embargo, aquí estás, su fiel sabueso —replicó Jochi, sin ablandarse—. Dime pues qué quiere de mí.

Tsubodai respiró hondo.

—Apenas tienes siete mil hombres, Jochi. Nunca podrían vencer a mi tumán. Su destino depende de lo que tengo que pedirte.

Jochi permaneció quieto como una estatua, sin darle nada hasta que Tsubodai continuó.

—Si regresas solo, les dejaremos en paz. Si no, tengo que matarlos a todos.

—Eso si puedes —gruñó Jochi, montando en cólera.

—Sí, pero sabes que sí puedo.

—No si ordeno que te maten aquí, general. Conozco estos bosques. Mis hombres lucharán para defender sus hogares.

—Si rompes la tregua —continuó Tsubodai con voz calmada—, los míos

lucharán para vengarme. Piensa como un líder, Jochi. Les has traído hasta aquí, alejándolos de tu padre. Esperan que tú les des honor y vida. ¿Permitirás que todos ellos mueran?

Jochi se puso en pie, tirando al suelo su tazón de té, que se rompió en mil pedazos.

—¿Esperas que regrese para que mi padre me mate? ¿Que deje todo lo que he construido aquí? Estás loco.

—Tu padre no quiere a tus hombres, Jochi. Al traicionarle, le has ofendido públicamente. No le importa darles caza o no, si tú regresas. Sí, morirás. ¿Esperabas que te mintiera? Serás ejecutado como ejemplo para cualquier otro hombre que pudiera pensar en volverse contra él. Pero a tu pueblo lo dejaré en paz. Cuando abandonen este campamento, nadie vendrá a buscarlos, no mientras yo viva. —Él también se puso en pie y se situó frente a Jochi, con expresión severa—. Tú los has llevado a esta situación, Jochi. Su vida está enteramente en tus manos. O bien morirán, o bien vienes conmigo y vivirán. Ésa es la elección que debes hacer, y debes hacerla ahora.

El pecho de Tsubodai se encogió al ver el dolor en el rostro del joven. Él mismo también lo sentía, pero, como Jochi, no tenía elección. Vio que Jochi concluía la lucha interna expulsando una lenta bocanada de aire y sentándose de nuevo sobre la cama. Sus ojos miraban muertos hacia la nada.

—Debería haber sabido que mi padre nunca me dejaría marchar —dijo casi en un suspiro—. Le he dado todo y, aun así, continúa persiguiéndome.

La cansada sonrisa que volvió hacia Tsubodai estuvo a punto de romper el corazón del general.

—¿Qué es una vida después de todo, Tsubodai? Incluso la mía.

Jochi enderezó la espalda y se frotó la cara con fuerza con las manos para que Tsubodai no viera el brillo de sus ojos.

—Éste es un buen sitio, Tsubodai. Hemos empezado incluso a comerciar con pieles, vendiéndolas a otros lugares. Mis hombres han encontrado esposas en sus razias y, en poco tiempo, habrá niños aquí que nunca habrán oído el nombre de Gengis. ¿Te lo imaginas?

—Sí. Les has dado una buena vida, pero esa vida tiene un precio.

Jochi le miró fijamente, en silencio, durante largo rato. Por fin, cerró los ojos.

—Muy bien, general. Parece que mi padre ha enviado al hombre adecuado para hacerme regresar.

Se levantó de nuevo, recobrando parte de su compostura mientras abría la puerta y dejaba que el viento entrara rugiendo en la pequeña estancia.

—Recoge tus armas, general —musitó, señalando el montón sobre la nieve.

Muchos hombres se habían reunido alrededor de la cabaña. Al ver a Jochi, sus rostros se iluminaron. Tsubodai salió y se agachó a recoger su espada y sus puñales haciendo caso omiso de los hostiles guerreros que los custodiaban. Dejó las escamas

rotas de la armadura donde estaban mientras se colgaba la espada y se metía las dagas en las botas. No miró a Jochi mientras hablaba con los hombres de más rango. Creía que no podría soportarlo. Su caballo estaba listo para él, sus riendas en manos de un extraño. Tsubodai le dio las gracias con una inclinación de cabeza por costumbre, pero el hombre estaba mirando hacia otro lado, por encima de su hombro.

Tsubodai se giró al ver que Jochi se aproximaba. El joven parecía fatigado y, de algún modo, de menor estatura, como si le hubieran robado algo.

—Vuelve con tu tumán, general. Me reuniré contigo dentro de tres días. Hay algunas cosas que tengo que decir aquí.

Tsubodai inclinó la cabeza desde la silla, devorado por la vergüenza.

—Esperaré por ti, general —dijo.

Jochi dio un ligero respingo al oír el término, pero luego asintió y, dando media vuelta, se alejó de él.

En el tercer atardecer, la nieve seguía cayendo bajo la luz cada vez más débil del sol. Tsubodai no estaba seguro de si Jochi se presentaría ante él como había prometido, pero no había desperdiciado el tiempo. Sus hombres estaban listos para atacar, helados y expectantes. Sus batidores se habían desperdigado en todas direcciones y no había modo de que le sorprendieran. Se había situado en un extremo del tumán, observando cómo el sendero desaparecía bajo los copos de nieve. Deseó poder borrar sus recuerdos por completo, rehacerlos de nuevo, limpios y frescos, en vez de soportar que le torturaran mientras le daba vueltas a lo que podría haber hecho. Todavía se acordaba de cómo se sintió al recibir el paitze de oro de manos del propio Gengis, cuando tenían todo el mundo ante ellos. Se había entregado al khan, esforzándose siempre por demostrar que era merecedor de ese honor. Tsubodai suspiró. El khan era un líder nato, pero no le habría gustado ser su hijo.

Sus exploradores llegaron hasta él antes que Jochi, e informaron que un jinete solitario se abría paso entre los bosques. Durante un momento, Tsubodai deseó que no fuera Jochi, que hubiera decidido utilizar las vidas de sus hombres para obtener la libertad. Gengis habría hecho exactamente eso, pero Jochi había vivido una vida diferente y Tsubodai le conocía demasiado bien.

Cuando vio que era Jochi, Tsubodai se quedó sentado sobre su montura. Aun entonces, confió en que Jochi cambiaría de opinión, pero siguió acercándose más y más hasta detener su caballo frente al general.

—Llévame a casa, entonces, Tsubodai. Llévame a mí y deja que ellos se vayan.

Tsubodai asintió y Jochi guió a su montura entre los guerreros de Tsubodai, que le miraban fijamente, sin llegar a entender qué había hecho. El tumán dio media vuelta para regresar y los dos generales atravesaron las filas para situarse al frente de los hombres.

—Lo siento —murmuró Tsubodai.

Jochi le miró con una expresión extraña, luego suspiró.

—Eres mejor hombre que mi padre —sentenció. Vio que la mirada de Tsubodai se posaba en la espada con cabeza de lobo que llevaba ceñida a la cintura—. ¿Me permitirás conservarla, Tsubodai? La gané justamente.

Tsubodai negó con la cabeza.

—No puedo. La llevaré yo por ti.

Jochi titubeó, pero estaba rodeado de hombres de Tsubodai. De repente, en su rostro se dibujó una mueca terrible, estaba cansado de toda la lucha que había conocido en su vida.

—Tómala, pues —dijo, desabrochando el cinturón con la funda.

Tsubodai alargó la mano como si fuera a aceptar la espada. Jochi la estaba mirando, con la cabeza gacha, cuando Tsubodai le cortó el cuello con un rápido gesto: antes de caer del caballo, el joven ya estaba inconsciente. La blanca nieve quedó salpicada por su brillante sangre.

Mientras desmontaba para inspeccionar el cadáver, Tsubodai lloraba, sacudido por sollozos que apenas le permitían respirar.

—Lo siento, amigo mío —musitó—. Soy el hombre de tu padre. —Se arrodilló ante el cuerpo despatarrado durante largo rato. Sus hombres sabían muy bien que no debían decir nada.

Por fin, recuperó el control y se puso en pie, inspirando una larga bocanada de aire helado, como si pudiera limpiarle la sangre que le manchaba las manos. Había obedecido órdenes de Gengis, pero eso no era ningún consuelo.

—Al amanecer, regresaremos a su campamento —ordenó—. Atacarán, ahora que ha muerto.

—¿Qué haremos con el cuerpo? —preguntó uno de sus oficiales minghaan. Él también había conocido a Jochi cuando era un muchacho y Tsubodai fue incapaz de mirarle a los ojos.

—Lo llevaremos con nosotros. Tratadlo con suavidad. Era el hijo del khan.

## XXXVI

**G**engis tiró de las riendas para frenar a su caballo al llegar al valle de Panjshir. El aullido del viento levantaba remolinos de polvo en el vacío y a un lado del río, huestes de aves carroñeras saltaban y se peleaban, chillándose unas a otras. Gengis gruñó al verlas antes de hincar los talones en su montura y seguir avanzando. Jebe lideraba a los hombres que le acompañaban, incluyendo los tumanes comandados por sus hijos menores. Los guerreros de Ogedai ya habían visto las consecuencias de batallas y razias en otras ocasiones, pero la mayoría de los miembros del tumán de Tolui eran sólo unos críos, algunos de apenas catorce años de edad, y se quedaron mirándolo todo con los ojos muy abiertos hasta que varios de los guerreros mayores les clavaron la empuñadura de la espada en las costillas a los que se quedaban más embobados.

Cuarenta mil hombres seguían a Gengis hacia Panjshir, delgados y polvorientos tras la dura cabalgada. Sólo el tumán de Chagatai había permanecido en el campamento para proteger a las familias y desplazar la nación a terrenos con nuevos pastos. Gengis se había llevado a todos los demás hombres que estuvieran disponibles, con dos caballos extra para cada uno de ellos. Cargada con agua y provisiones, la vasta hilera de monturas trotaba tras los guerreros, con sólo unos cuantos hombres en retaguardia para arrearlas.

Mientras recorría el polvoriento terreno, Gengis notó cómo el calor se incrementaba hasta que parecía golpear directamente sobre sus cabezas. El río discurría a su izquierda: la única fuente de vida en un lugar de total desolación. Mientras se aproximaba al campo de batalla, Gengis vio estandartes pisoteados en el suelo y, a lo lejos, gente que se alejaba a la carrera del pueblo de Parwan buscando la protección de la fortaleza al otro lado del río. Gengis avanzó hacia los carroñeros sin detenerse, dispersando a los cuervos y los buitres, que empezaron a chillar y a revolotear enfadados frente a los caballos de sus hombres.

Quedaban dos hombres en ese lado del río para recibir al khan, sentados sobre sus caballos como estatuas. Kachiun los había dejado allí para guiar a Gengis hacia las montañas, pero sus rostros estaban pálidos y tensos mientras aguardaban a que los tumanes se acercaran. Rodeados de aves, decidieron como un solo hombre que sería una buena idea desmontar y postrarse en el suelo. Gengis vio el movimiento y dirigió su caballo hacia ellos, con Ogedai y Tolui tras él. A diferencia de su padre, ambos lo observaban todo fijamente, y Tolui parecía algo mareado, aunque trataba de ocultarlo.

Gengis desmontó, dejando traslucir su humor sólo cuando un cuervo se le aproximó demasiado con paso contoneante y le propinó un golpe furioso, que mandó al pájaro dando tumbos por el aire. Muchos de los carroñeros estaban casi demasiado ahítos para volar y solamente saltaban de un cadáver a otro, abriendo sus negras alas y picos como advirtiéndoles de que no se acercaran.

Gengis no miró los cadáveres más que para calcular las pérdidas. Lo que vio no le

satisfizo. Se dirigió a los dos exploradores y sintió que su paciencia empezaba a agotarse bajo el calor.

—De pie. Informadme —ordenó con voz áspera.

Se pusieron en pie de un salto, y se enderezaron ante el khan como si se prepararan para ser ejecutados. Nadie sabía cómo iba a reaccionar Gengis ante una derrota.

—El general Kachiun ha seguido al enemigo hacia las montañas, señor. Dijo que dejaría a otros hombres atrás para llevarte hasta él.

—¿Seguís estando en contacto? —preguntó Gengis.

Ambos hombres asintieron sin hablar. La práctica de establecer una línea de comunicación de un escenario a otro hacía necesario utilizar guerreros valiosos, pero no era nada nuevo. Apenas ocho kilómetros separaban a los exploradores y podían pasar información a veinte veces esa distancia en poco tiempo.

—Había senderos falsos, señor, pero los tumanes están inspeccionando todos y cada uno de los valles —dijo uno de los exploradores—. No tengo noticias de un avistamiento auténtico, todavía no.

Gengis soltó una maldición y el miedo tensó los rostros de ambos exploradores.

—¿Cómo se pierden sesenta mil hombres? —preguntó con voz autoritaria.

Ninguno de los exploradores estaba seguro de si la pregunta requería una respuesta y se miraron entre sí, desesperados. Su alivio fue evidente cuando Jebe, recorriendo con mirada experimentada el campo de batalla, se aproximó con su montura para unirse a Gengis. Además de los bloques de piedra colocados para romper la carga, vio que habían cavado zanjas, en algunas de las cuales todavía podían verse guerreros y caballos muertos. Las estacas de madera atadas estaban rotas o caídas a un lado, pero en algunas de ellas todavía se distinguían las manchas de sangre oxidada. Había cientos de cadáveres vestidos con túnicas árabes, amontonados en lastimosas pilas mientras los pájaros y otros animales les iban arrancando pequeños pedazos de carne. No era suficiente, ni con mucho, y Gengis apenas podía contener su indignación. Sólo la idea de que no debía criticar a sus generales en voz alta hizo que se mordiera la lengua. Sabía que Jebe podía verlo por sí mismo, pero Ogedai y Tolui estaban suficientemente cerca para oírle y Gengis permaneció en silencio. El ejército de Jelaudin había fortificado una posición, como si fuera una ciudad o un pueblo. Kachiun había intentado romper las defensas por la fuerza en vez de no atacar y esperar a que se murieran de hambre. Gengis lanzó una mirada fugaz al sol que le quemaba la nuca. La sed los habría matado antes, independientemente de lo bien que estuvieran pertrechados. Atacar una posición como ésa era un intento temerario, aunque suponía que él podría haber hecho lo mismo. Con todo, su hermano había perdido la cabeza. Gengis se giró hacia Jebe con el rostro crispado y vio los mismos pensamientos reflejados en su oscuro rostro.

—Repasa los defectos de la estrategia con mis hijos cuando acampemos, general —ordenó—. Este príncipe debería haber sido detenido aquí. Ahora tenemos que

perseguirle.

Se volvió hacia los exploradores, que tragaron saliva con dificultad.

—Aquí no hay nada más que ver, nada que me complazca. Mostradme el camino hacia mi hermano y el siguiente batidor de la cadena.

Ambos hombres inclinaron la cabeza y Gengis partió con ellos, mientras sus tumanes los seguían en perfecto orden a través del valle de Panjshir y después, al interior de una estrecha grieta, casi invisible entre las pardas rocas. Su anchura apenas permitía que pasaran los caballos.

Pasaron otros ocho días antes de que Gengis alcanzara los tumanes de Kachiun. En ese tiempo, no había permitido a sus hombres que se detuvieran el tiempo suficiente para cocinar, aun cuando hubieran conseguido encontrar leña para hacer un fuego. Las montañas de esa región parecían desprovistas de vida, pobladas sólo por lagartos y elevados nidos de aves. Cuando los guerreros se toparon con un árbol raquíto, lo talaron con sus hachas y ataron la leña a los lomos de los caballos extra para utilizarla más tarde.

Mientras avanzaban, adentrándose cada vez más en el laberinto de cañones y valles, Gengis iba recogiendo y uniendo a sus tumanes la línea de batidores que Kachiun había dejado como guías. En ocasiones, tenían que hacer pasar sus monturas por pendientes de roca casi demasiado empinadas para permanecer en la silla. Allí no habían dejado ningún rastro. Gengis y Jebe empezaron a apreciar la dificultad de la tarea de Kachiun. Era difícil saber incluso en qué dirección estaban avanzando, sobre todo de noche, pero la línea de exploradores conocía el camino y el progreso era rápido. Cuando alcanzaron la retaguardia de los tumanes de Kachiun, Gengis se dirigió hacia el frente en busca de Kachiun llevando consigo a Jebe y a sus hijos. Le encontró en la mañana del octavo día, junto a un lago salobre rodeado de imponentes montañas.

Gengis se acercó a Kachiun y, deliberadamente, le abrazó delante de todos, haciendo que los hombres vieran que no le guardaba ningún rencor por la derrota.

—¿Estás cerca? —le preguntó sin más preámbulos.

Kachiun notó la ira contenida de su hermano y su rostro se crispó. Sabía que no debía empezar a justificarse, no le cabía duda de que Gengis hablaría de sus errores con todo detalle cuando estuvieran solos.

—Tres falsos senderos llevan hacia el este, hermano, pero la fuerza principal se dirige hacia el sur, estoy seguro —Kachiun le enseñó a Gengis un trozo de excremento de caballo y lo rompió en dos con los dedos—. Sigue húmedo, a pesar del calor. No podemos estar a más de un día por detrás de ellos.

—Y, sin embargo, hemos parado —dijo Gengis, enarcando las cejas.

—Se me están acabando las reservas de agua, hermano. Este lago es salado y no nos sirve. Ahora que estás aquí, podemos compartir los odres y avanzar más deprisa.

Gengis dio la orden al instante, sin detenerse a esperar a que llegaran los primeros odres hasta allí. Llevaba miles en sus caballos extra y los animales estaban



acostumbrados a chupar de ellos como si nunca hubieran olvidado la teta de sus madres. Cada retraso era una chispa más que alimentaba su creciente irritación. Era difícil no amonestar a Kachiun, pero no podía hacerlo con tantas personas presenciando su diálogo. Cuando Khasar y Jelme se acercaron a saludarle, Gengis casi no pudo ni mirarlos.

—Tsubodai tiene orden de reunirse con nosotros cuando regrese —informó a los tres generales—. El pasado es pasado. Luchad conmigo ahora y reparad vuestro error.

Un movimiento apenas perceptible le entró por el rabillo del ojo y Gengis miró hacia allá entrecerrando los ojos bajo el sol. Sobre un pico, distinguió una distante figura agitando una bandera sobre su cabeza. Se volvió hacia Kachiun, incrédulo.

—¿Y eso qué es?

—El enemigo —respondió Kachiun, en tono sombrío—. Tienen ojeadores vigilándonos todo el tiempo.

—Envía a seis buenos escaladores y que lo maten —ordenó Gengis, esforzándose por mantener la calma.

—Eligen lugares que pueda defender un hombre. Pasamos junto a ellos con demasiada rapidez como para perder el tiempo eliminándolos.

—¿Es que el sol te ha ablandado el cerebro, hermano? —preguntó Gengis, en tono autoritario. De nuevo tuvo que luchar para controlar su mal humor—. Ésos son los ojos de Jelaudin. Haz que varios hombres se adelanten y los derriben con flechas cuando los encuentren. No importa si alguno de los guerreros cae intentando alcanzarlos. Cuando nuestro enemigo esté ciego, nos será más fácil encontrarle.

Jelaudin fijó la vista en la distancia, observando la señal de la bandera, que se elevó y se hundió cuatro veces.

—El khan se ha unido a la lucha —sentenció. Se le encogió el estómago mientras hablaba y, de repente, toda la fuerza de su ejército le pareció insignificante. Ése era el hombre que había destruido los regimientos de su padre, que había herido a sus elefantes, volviéndolos locos y se había abierto paso hasta las ciudades doradas. Jelaudin sabía que llegaría, y esa certeza había empañado sus victorias. El orgullo del khan demandaba su presencia y Jelaudin no había dudado nunca de que no tardaría en aparecer.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Nawaz junto a su hombro. No se había preocupado de aprender a leer las señales, pero Jelaudin no le reprendió.

—Cuatro tumanes, lo que significa cuarenta mil guerreros más detrás de nosotros. Ahora avanzarán más deprisa.

A lo largo de doce días, había guiado a los mongoles al interior de cañones ciegos y de falsos senderos, perdiendo sólo unos cuantos hombres mientras progresaban serpenteando por entre las colinas afganas. La repentina retirada de Panjshir había sido una apuesta arriesgada, pero Jelaudin sabía que la noticia se propagaría casi tan

rápidamente como él podía hacer que se desplazara su ejército. En miles de kilómetros a la redonda, las ciudades esperaban oír que los hombres del khan habían sido derrotados. Jelaudin pensó en ellos mientras contemplaba la puesta de sol. Se levantarían cuando lo supieran. Aquellos lugares donde las guarniciones mongolas todavía mantenían la paz estarían en guerra otra vez. Cada día que él permanecía con vida debilitaba el control del khan sobre las tierras árabes. Allí mismo, Jelaudin hizo un juramento silencioso: rompería ese yugo con sus manos.

Había ordenado a varios hombres que se adelantaran, dejando atrás las colinas para transmitir las noticias. Jelaudin sabía que si conseguía esquivar al khan durante sólo una estación, su ejército se incrementaría con todo hombre y muchacho capaz de sostener una espada. Haría arder la tierra con la posibilidad de devolverle el golpe al invasor. Eso si sobrevivía. Sonrió a Nawaz, que permanecía a su lado, como un servidor leal. Estaba cansado y le dolían los pies. Había caminado muchos kilómetros ese día, pero ahora el khan había llegado. Era el momento de cabalgar, a toda velocidad, y alejarse de las montañas.

Gengis no logró encontrar ningún fallo en la forma en que Kachiun desplazaba a sus tumanes a través del laberinto de pasos. Su hermano había enviado hombres en todas direcciones, que se comunicaban en cadena con los generales, como los hilos de una delicada red extendida sobre las colinas. Se producían pocos errores una vez que las rutinas habían sido aprendidas y, mientras Gengis estaba allí, evitaron dos callejones sin salida y un sendero falso que los habría desviado quince kilómetros de su camino. En Gengis nació un resentido respeto por el príncipe que perseguía. Le habría gustado preguntarle a Tsubodai sobre la persecución hasta el mar Caspio. A Gengis se le ocurrió que Jelaudin bien podría haber sido la mente que había mantenido a salvo a su familia en vez de su padre, como habían supuesto.

Era extraño con cuánta frecuencia surgía el nombre de Tsubodai en la conversación entre los generales. Gengis desvió su interés con respuestas cortantes o el silencio, no queriendo discutir la tarea que había impuesto. Algunas cosas no debían ser anotadas en las historias que Temuge estaba escribiendo. Mientras cabalgaba, Gengis se preguntó si debería ejercer mayor control sobre los archivos que llevaba su hermano acerca de las tribus. Parte de él seguía pensando que era una estupidez atrapar palabras de esa manera, por mucho que pudieras controlarlo. Aunque recordaba el silencioso desprecio de Arslan por la fama, a Gengis le gustaba bastante la idea de dar forma a sus propios recuerdos. En Samarcanda, había mencionado la posibilidad de duplicar las cifras de enemigos en el relato de Temuge de las batallas, dejando a su hermano boquiabierto ante la idea.

Los tumanes empezaron a moverse más deprisa entre las colinas, dejando la peor parte del laberinto a sus espaldas. Gengis los presionaba para que continuaran avanzando y, bajo su mirada, encontraron nuevos límites a su resistencia. Nadie

quería ser el primero que ordenara un alto y sobrevivían con sólo unas cuantas horas de sueño diarias, quedándose a veces traspuestos sobre la silla mientras los que seguían despiertos los guiaban.

Ahora que los valles y las rocosas pendientes habían quedado atrás, seguían un sendero auténtico en el que eran visibles las marcas de un nutrido ejército de hombres y caballos. Además de montones de excrementos de caballo en proceso de secado, había heces humanas rodeadas de moscas dándose un festín en el vaho, más frescas cada día que pasaba. Los tumanes sabían que se estaban acercando al enemigo. Con su khan allí, estaban deseosos de vengar las derrotas de Panjshir: no volverían a fallar, no con Gengis observándolos. En privado, Gengis pensó que Kachiun podría haberlos llevado a través de las colinas sin él, pero él lideraba la nación y no podía dejar esa tarea en manos de ningún otro.

Cada día recibían nuevas noticias de la cadena de exploradores que mantenían a lo largo de mil quinientos kilómetros. Los antiguos días en los que un ejército se movía solo y aislado habían desaparecido con su sometimiento de las tierras árabes. Era raro el día en que no venían dos o más mensajeros polvorientos de lugares tan distantes como Samarcanda y Merv, o de zonas remotas del oeste. La nación mongola había dejado profundas huellas en el polvo de las tierras árabes.

A Gengis le gustaba pero también le inquietaba ese constante flujo de información. Se había criado y había alcanzado la edad adulta en una época en la que una banda de asalto podía moverse sin ser vista a través de la tierra, sin responder ante nadie. Ahora, llegaban hasta él problemas sobre los que no podía hacer nada y, en ocasiones, deseó haber traído consigo a Temuge para encargarse de los detalles de los informes. Oyó que la ciudad afgana de Herat había expulsado a su guarnición mongola, dejándolos con vida. Otro baluarte, Balkh, había cerrado sus puertas y se negaba a volver a mandar el tributo anual. Las grietas se estaban abriendo y no había nada que pudiera hacer al respecto. Su tarea era encontrar y aniquilar al enemigo que había desencadenado esa oleada de confianza en ciudades que los hombres de Gengis habían abandonado derrotadas. Con el tiempo, se ocuparía de recordarles las obligaciones que habían contraído con él.

Los siete tumanes avanzaban cada vez más deprisa, impulsando a los hombres y a los caballos extra. Jebe había organizado el cambio a monturas frescas cada dos días y ese momento en que sentían un caballo impaciente entre las piernas siempre suponía una inyección de energía para los guerreros. Detrás del ejército cabalgaban los muchachos más jóvenes con las provisiones. Gengis no se había fijado en ellos hasta que Jebe llevó a dos menudos pilluelos en su silla de montar hasta el mismo khan. Estaban tan ennegrecidos por la suciedad que, al principio, Gengis no los reconoció. Siempre había niños acompañando a su ejército, aunque éstos eran muy pequeños. Hacían recados para los guerreros y a los más fornidos se les permitía tocar los tambores cuando formaban para entrar en batalla.

Uno de los niños esbozó una ancha sonrisa y Gengis frenó en seco, estupefacto.

Mongke estaba sentado delante de Jebe y Kublai se asomaba por detrás de su espalda. Rebosaban la inagotable energía de los niños, pese a estar delgados como ratas y quemados por el intenso sol. Gengis los miró frunciendo el ceño y sus sonrisas desaparecieron al instante. Su expresión se suavizó ligeramente, recordando una época en la que todo el mundo era una aventura. Eran demasiado pequeños para participar en un viaje así y sospechó que su madre, Sorhatani, les arrancaría la piel del culo cuando se reunieran de nuevo con las familias. Se preguntó si su padre, Tolui, sabía que estaban allí. Lo dudaba.

—¿Qué quieres hacer con ellos? —preguntó Jebe.

Le brillaban los ojos cuando miró a Gengis y ambos hombres compartieron un momento de humor. Nadie le había dicho a los dos niños que debían quedarse con su madre. A nadie se le había ocurrido dar una orden así a unos niños tan pequeños. No podían imaginarse el peligro que rodeaba a su abuelo. Gengis bajó las cejas, adoptando una expresión severa.

—No los he visto, general —dijo.

En los ojos de Kublai se encendió una súbita esperanza. Gengis eligió ignorar su carita, incluyendo el moco pegado que llevaba entre la nariz y el labio superior. Jebe asintió también serio, aunque una de las comisuras de la boca se le levantaba en una sonrisa.

—Mi señor khan —contestó, inclinando la cabeza mientras se alejaba para dejar otra vez a los niños en el rebaño de caballos extra que llevaban en retaguardia.

Gengis sonrió para sí y continuó avanzando. Sospechaba que era mejor abuelo de lo que había sido padre, pero no permitió que la idea le preocupara demasiado.

Los tumanes cabalgaron con obstinación hasta alcanzar el final de la región montañosa. Gengis pensó que la distancia real desde el valle de Panjshir no podía ser más de trescientos kilómetros, aunque habían recorrido muchos más por las interminables curvas y recodos. No sabía si la intención de Jelaudin había sido abrir una brecha entre ambos ejércitos. Casi lo había conseguido durante los primeros días, pero después los tumanes habían ganado terreno a su ejército, acercándose a ellos día tras día. Para cuando las montañas terminaron, los excrementos de caballos y hombres todavía estaban calientes. Gengis cabalgaba con sus generales a la cabeza de las tropas, entre los primeros que notaron que el terreno rocoso daba paso a una zona de tierra dura y matorral. Por sus mapas, sabía que la llanura de hierba llevaba hasta India hacia el sur. Era una tierra que no conocía, pero eso no le importaba en absoluto. Sus exploradores llegaban a informar a intervalos más cortos y sabía dónde se encontraba el enemigo.

Los hombres de Jelaudin corrían delante de sus perseguidores. Gengis llevaba presionando la marcha de su ejército durante más de un mes y estaban cansados y delgados y, hacia el final, las exiguas raciones de leche y sangre apenas servían para sustentarlos. El río Indo discurría frente a ellos y hacia allí se dirigían las huestes de Jelaudin, desesperados por escapar de la tormenta que habían atraído sobre sus

cabezas.

## XXXVII

Jelaudin contempló la caída de doce metros hasta el crecido Indo, la gran arteria que alimentaba un continente a lo largo de más de mil quinientos kilómetros hacia el sur. Las colinas que rodeaban sus orillas estaban cubiertas de verdor, de exuberantes acacias centenarias y olivos salvajes. Percibió en la brisa el aroma de las flores. Había pequeños pájaros volando en todas direcciones y, a medida que su ejército se fue reuniendo, se advertían entre ellos con sus trinos de la llegada de intrusos. Era un lugar lleno de vida, pero el agua corría veloz y tenía una gran profundidad, convirtiendo el Indo en una especie de muralla. La región de Peshawar se encontraba a poca distancia al otro lado del río y Jelaudin, furioso, se volvió hacia el joven rajá que estaba a su lado, mirando con congoja las orillas vacías.

—¿Dónde están los botes que me prometiste? —inquirió Jelaudin.

Nawaz hizo un débil gesto con las manos, sin saber qué decir. Habían conducido a un ritmo agotador a hombres y caballos hasta aquel lugar del río, sabiendo que cuando cruzaran, los mongoles no podrían seguirlos durante meses, si es que lo lograban alguna vez. India era una tierra desconocida para el khan mongol y si se atrevía a poner el pie allí, cien príncipes responderían con los ejércitos más grandes que hubiera visto nunca. Jelaudin había planeado distribuir sus victorias como joyas entre los príncipes, para poder regresar con una fuerza todavía mayor. No pudo evitar mirar hacia atrás, a la nube de humo que se elevaba a lo lejos como un mal augurio.

Sin previo aviso, Jelaudin agarró la chaqueta de seda del rajá y lo sacudió con rabia.

—¿Dónde están los botes? —le gritó en la cara. Nawaz estaba pálido de miedo y Jelaudin le soltó con igual rapidez a como le había agarrado, haciéndole perder pie.

—No lo sé —tartamudeó el rajá—. Mi padre...

—¿Dejaría que te murieras aquí? —preguntó Jelaudin—. ¿Teniendo tan cerca tus propias tierras? —Sintió una histeria creciente invadirle y le costó un gran esfuerzo resistirse a golpear al necio y joven príncipe que tanto había prometido.

—A lo mejor están en camino —masculló Nawaz.

Jelaudin estuvo a punto de lanzarle un bufido, pero en vez de eso asintió. Poco después, enviaría a unos jinetes hacia el sur por la orilla del río, buscando la flota de comerciantes que podría transportarles y ponerles a salvo. No osó mirar la nube de polvo que flotaba a sus espaldas, sabiendo que los mongoles estarían allí, llegando como lobos con dientes de hierro para despedazarle.

Gengis cabalgaba a medio galope, con la mirada clavada frente a sí. Había seguido perdiendo vista, y ya no podía confiar en sus ojos en las largas distancias, así que le pedía constantemente a Ogedai que describiera en voz alta el ejército al que se enfrentaban. La voz de su hijo temblaba de excitación.

—Se han reunido junto a las orillas del río. Veo caballos, quizá diez mil o más en el ala derecha para nosotros, a su izquierda. —Ogedai hizo una pausa y entornó los ojos—. Veo... filas formando en torno al centro. Se están volviendo hacia nosotros. Todavía no puedo ver qué hay al otro lado del río.

Gengis asintió. Si Jelaudin hubiera dispuesto de algunos días más, podría haber puesto a sus hombres a salvo, pero el terrible ritmo que Gengis había impuesto había dado su fruto. Había atrapado al príncipe antes de que hubieran cruzado el río. Eso bastaba. El khan se giró en la silla hacia el explorador más próximo.

—Lleva este mensaje al general Kachiun. Yo me ocuparé del centro con Jebe y Ogedai. Kachiun tomará el ala derecha, con Khasar, luchando contra su caballería. Dile que puede devolverles la derrota de Panjshir y que no aceptaré menos. Ahora, vete.

Otro batidor sustituyó al primero cuando éste se alejó al galope. El segundo estaba listo y Gengis continuó.

—Los generales Jelme y Tolui atacarán abriendo las filas por mi izquierda. Quiero inmovilizar al enemigo en un solo lugar, dejando el río a su espalda. La tarea de los generales es bloquear cualquier posible línea de retirada hacia el norte.

Los guerreros del tumán de Tolui seguían siendo demasiado jóvenes para luchar contra soldados veteranos. Mantener al ejército inmovilizado sería suficientemente honorable para hombres que apenas habían batallado. A Jelme no le gustaría la tarea, pero Gengis sabía que obedecería. Los tumanes se abalanzarían sobre el ejército de Jelaudin por tres puntos, clavándoles contra el Indo.

Gengis redujo el paso mientras las líneas se formaban, volviendo la cabeza a derecha e izquierda para observar cómo los tumanes adoptaban su ritmo. Ogedai empezó a hablar otra vez cuando distinguió nuevos detalles en la escena enemiga, pero Gengis no escuchó nada que pudiera interferir con la sensación de anticipación que había empezado a crecer en su pecho. Recordó la presencia de sus nietos entre los caballos de repuesto y envió a otro explorador a toda velocidad hasta retaguardia para asegurarse de que se mantuvieran alejados de la lucha.

Siguió avanzando despacio hasta que pudo ver las filas enemigas con tanta claridad como Ogedai e hizo callar a su hijo con un gesto de la mano. Jelaudin había elegido el escenario de la anterior batalla. No había sido capaz de elegir el terreno para ésta.

Gengis desenfundó su espada, levantándola y manteniéndola en alto mientras sus hombres aguardaban la señal de cargar. No le cabía ninguna duda de que el ejército congregado en la orilla del río sabría que rendirse no les serviría de nada. El príncipe lo había apostado todo al volver del mar Caspio y no tenía ningún otro lugar donde escapar. Gengis vio los tumanes de Jelme y Tolui adelantándose a las líneas del ejército principal, listos para aislar y contener al enemigo desde el ala izquierda. A su derecha, Kachiun y Khasar imitaron la maniobra, de modo que el ejército mongol cabalgaba formando una copa vacía, con Gengis en la parte más honda. Se

enfrentaban a sesenta mil fanáticos y Gengis les vio levantar las espadas como un solo hombre, esperándole. Con el río a su espalda, pelearían por cada centímetro de terreno.

Gengis se echó hacia delante en la silla, estirando los secos labios para mostrar los dientes. Dejó caer el brazo y los tumanes se abalanzaron hacia el enemigo, espoleando a sus monturas para ponerlas al galope.

Jelaudin no podía despegar la mirada de las líneas de jinetes mongoles que avanzaban arrastrando el polvo de las montañas. Cuando se volvió a mirar de nuevo el río vacío, le temblaban las manos de rabia y frustración. La orilla opuesta y la seguridad estaban tan cerca que dolía pensarlo. Podría nadar para atravesar las aguas a pesar de la poderosa corriente, pero la mayoría de sus hombres no habían aprendido esa habilidad. Durante unos momentos desesperados, consideró quitarse la armadura y dirigirles hacia el río, lejos de la muerte que venía corriendo hacia ellos. Sabía que le seguirían, confiando en que Alá los mantendría a salvo. Era imposible. Para todos aquéllos que habían crecido en las colinas afganas, en desiertos y ciudades, cursos de agua con esa profundidad eran una visión rara. Se ahogarían a miles al entrar en la veloz corriente.

Vio numerosos rostros volviéndose hacia él, buscando escuchar unas palabras de ánimo mientras el odiado enemigo formaba los extremos de la media luna en ambas alas. Sus hermanos estaban entre ellos, con las caras iluminadas por la fe. Jelaudin luchó para evitar la desesperación.

—¡Tenemos que demostrarles que pueden ser derrotados! —bramó—. Son muchos, pero no son tantos como para que no podamos destruirlos de nuevo. Matad a ese khan por mí y conoceréis el paraíso. Que Alá guíe vuestras espadas y que ningún hombre huya de la batalla o no podría enfrentarse a Dios con orgullo. ¡Son sólo hombres! —gritó—. Que vengan. Les demostraremos que esta tierra no se deja conquistar.

Los que habían oído a Jelaudin se volvieron hacia el khan mongol con un fuego nuevo en sus miradas. Mientras el suelo temblaba bajo sus pies, alzaron los escudos y las espadas curvas.

A galope tendido, Gengis bajó la espada cortando el aire. Las flechas partieron en una oleada desde ambos lados de las líneas, con el leve retraso producido hasta que cada tumán registraba la orden y disparaba. Frente a sí, vio las filas de Jelaudin caer en cuclillas y alzar los escudos por encima de sus cabezas. Gengis gruñó, irritado, y lanzó otra descarga silbante sobre ellos. Muchos de los hombres de Jelaudin sobrevivieron a la primera y luego se pusieron en pie demasiado pronto, de modo que la segunda remesa dio en el blanco. Flechas que podían horadar una escama de hierro



los derribaron.

Al llegar al enemigo, los guerreros de su ala sujetaron los arcos en los ganchos de la silla de montar con gesto rápido y violento y desenvainaron las espadas. A su derecha, delante de él, Gengis vio los tumanes de Kachiun y Khasar arremeter contra las líneas de a pie, mientras Tolui y Jelme formaban muy cerca de la orilla del río a su izquierda. Desde allí, lanzaron flecha tras flecha en una lluvia constante. Con los escudos levantados a ciegas hacia el frente, los árabes cayeron al recibir el ataque desde un lado.

La nariz de Gengis se llenó del olor del río y del sudor de miles de hombres atemorizados mientras dirigía su montura al galope hacia el mismo centro de la batalla. Confiaba en encontrar al príncipe allí, esperándole. Los hombres de Jelaudin se habían dispuesto en formación de diez en fondo, pero los ponis mongoles habían sido entrenados para un asalto de ese tipo y se abalanzaron sobre ellos sin vacilar. Gengis arrasó las tres primeras filas, blandiendo su espada a derecha e izquierda y derribando a varios hombres con el impacto. Con las rodillas, sintiendo la conexión con su yegua, la hizo girar bruscamente, tirando al suelo a un enemigo invisible. Un grupo de sus mejores guerreros en formación de cuña llegó junto a él, protegiendo al khan con su ferocidad y abriéndose paso en la palpitante masa de hombres.

Gengis vio a un príncipe tocado con un turbante y vestido con tela brillante y se lanzó contra él antes de que los soldados de Jelaudin le rechazaran con la pura fuerza de su peso. Por el rabillo del ojo vislumbró un escudo cerniéndose sobre él y su propietario lo dejó caer contra la testuz de su caballo, desviando su trayectoria. Gengis le mató, pero tuvo que retroceder un paso más cuando aparecieron más soldados, utilizando los escudos con destreza y repartiendo golpes a su alrededor.

Muy pocos hombres llegaban hasta el khan para ser asesinados por él. Mil guerreros avanzaban a su lado, todos ellos veteranos de más batallas de las que podían recordar. La apuntada cuña que formaban se fue hundiendo más y más en las filas de Jelaudin hasta que pudieron ver el río frente a sí. Jebe y Ogedai se movían en el centro de otras dos puntas de flecha a ambos lados del khan, formando tres afilados dientes que perforaban al ejército enemigo. Cualquiera que se enfrentará a los extremos delanteros era derribado, mientras que los que pasaban eran asesinados por los hombres que iban detrás.

El ruido era ensordecedor en el núcleo de hombres agolpados: un rugido que martilleaba los oídos. Gengis notó que se le estaba cansando el brazo y no pudo rechazar una espada que se deslizó entre las escamas de su muslo y le abrió un tajo hasta la rodilla. La cicatriz que se formaría en su pierna se añadiría a la red de piel abultada que cubría su cuerpo. El dolor acentuó su velocidad y golpeó con su espada el rostro del atacante.

Los hombres de Jelaudin no se desmoronaban, quizá porque no tenían ningún lugar a donde huir. Al principio, Gengis se dio por satisfecho con el avance conjunto de las tres cuñas que, como garras, abrían rajas en las filas del enemigo. Desde sus

monturas, se cernían imponentes sobre los hombre a pie, utilizando el peso de las espadas para golpear con más fuerza aún a los de abajo y previendo siempre el próximo ataque del enemigo. Con todo, Gengis se sintió encerrado entre los árabes y supo que sus hombres estarían sintiendo lo mismo. Vio a un caballo desplomarse con las patas delanteras cercenadas: su guerrero permaneció en la silla hasta que una espada se hundió en su garganta. Una avalancha de rugientes enemigos entró por el hueco en la cuña, esforzándose por llegar hasta el mismo Gengis. El khan se giró, listo para responder al ataque, pero sus hombres eran rápidos y jóvenes. Bloquearon el camino abierto casi antes de que se hubiera formado. Se levantaron sobre los estribos y muchos de ellos también recibieron terribles heridas y fueron derribados de sus monturas.

La retaguardia de Jelaudin estaba girando y más y más hombres convergían sobre el khan. Alzaban sus rostros hacia él mientras se abrían camino entre los suyos con furia desenfrenada. Gengis vio cómo la parte izquierda de su cuña era rechazada y se replegaba bajo las afiladas hojas del enemigo. Algunos utilizaban incluso sus escudos en grupos de tres o cuatro, empujándolos juntos y haciendo que los jinetes se replegaran. Más y más árabes se colaron dentro de la cuña mongola, avanzando directamente hacia él. Gengis tuvo tiempo para echar un vistazo hacia Ogedai, pero la presión en su zona no era ni mucho menos tan intensa.

Gengis hizo que su caballo diera tres pasos hacia atrás para tener espacio de maniobra frente a la ola de árabes que se aproximaba hacia él. Su montura respondía a cada orden que le daba presionando las rodillas y, a un gesto suyo, se desplazó en círculo haciendo que el primer golpe fuera muy amplio. Gengis decapitó a un hombre, pero el siguiente hirió la pata delantera de su yegua. La hoja giró cuando el animal se movió, pero el peso del hierro bastó para romper el hueso. El caballo relinchó y Gengis cayó mal, estrellándose contra el suelo con el brazo de la espada extendido. Oyó un desagradable crujido e intentó en vano ponerse en pie sin comprender que se le había desencajado el brazo. Por todas partes no veía más que rivales aullando y se sentía desorientado.

Los hombres de su cuña volvieron a formar luchando por proteger al khan. Más y más enemigos conseguían abrirse camino desde atrás cuando un guerrero desmontó e izó a Gengis hasta su propia silla. Murió por su esfuerzo, con una espada clavada en la espalda, pero Gengis volvía a estar sentado sobre un caballo. La espada del khan había desaparecido, su brazo colgaba sin fuerza y cada movimiento era terriblemente doloroso. Gengis sacó un puñal de su bota con la mano izquierda y se alejó dando media vuelta a su montura. Sus hombres entraron rugiendo en el espacio que había dejado libre, usando su fuerza en una carga salvaje que llevaría a la muerte a muchos de ellos a medida que perdieran velocidad por el cansancio.

Gengis se retiró a través de sus propias filas, furioso por la debilidad de su brazo. Por un instante, deseó que Kokchu estuviera allí para curarle, pero había otros hombres que entendían de heridas de guerra. Vio a uno de sus propios oficiales

minghaan y le gritó, llamándole por su nombre a través de las líneas de batalla.

El oficial estuvo a punto de perder la cabeza al volverse hacia el khan, pero respondió con un rápido tajo en las piernas de su atacante antes de obligar a su montura a dar media vuelta con un fuerte tirón y abrirse camino hacia él.

—¿Mi señor? —dijo el oficial, jadeante.

—Ponme el brazo en su sitio —contestó Gengis.

Para entonces el dolor era insoportable. Gengis estaba quieto sobre su caballo mientras los guerreros corrían a su alrededor, lanzando miradas curiosas al khan. Gengis volvió a meter el puñal en la bota y se agarró con fuerza a la perilla de la silla con la mano izquierda para pasar una pierna por encima y resbalar hasta el suelo. El oficial cerró la boca que había abierto por la sorpresa y adoptó una expresión seria.

—Tumbate boca arriba en el suelo, mi señor —pidió, envainando la espada.

Gengis le obedeció con un gruñido y se mantuvo impassible mientras el oficial le cogía el brazo suelto y apretaba con los dedos la articulación.

—¡Rápido! —exclamó Gengis.

El oficial colocó su bota en la axila de Gengis y tiró, girando al mismo tiempo. Se oyó un chasquido amortiguado y Gengis vio blanco durante un instante antes de que el dolor se desvaneciera. Permitted que el oficial le ayudara a levantarse y comprobó el estado de su brazo.

—Todavía puedes golpear hacia abajo, pero evita levantar el brazo separándolo del cuerpo, ¿entiendes?

Gengis le ignoró. Sentía el brazo más débil que antes, pero cerró el puño y sonrió. Podía sostener una espada.

A su derecha, Kachiun y Khasar habían destruido la caballería de Jelaudin y las pocas docenas de supervivientes habían echado a correr cuando volvieron sus espadas y flechas contra el centro. Los hombres de Jelaudin estaban atrapados entre unas tenazas, pero continuaron luchando, resueltos a llevarse consigo a la muerte a tantos mongoles como pudieran. El ritmo de la batalla se había ido ralentizando a medida que ambos bandos empezaron a acusar la fatiga y Gengis vio que habría perdido muchos más hombres cuando el día hubiera acabado. Flexionó el brazo y miró hacia delante, donde Ogedai y Jebe seguían peleando. Sus cuñas estaban intactas y el enemigo retrocedía ante ellas. En una llanura despejada, tal vez habría seguido presionando a sus rivales, sabiendo que se desmoronarían pronto, pero teniendo el río delante, Gengis meneó la cabeza y agarró el cuerno que colgaba sobre su pecho.

Tocó una larga nota descendente, luego la repitió. Al poco, se oyó el eco de los demás cuernos repartidos por todo el campo de batalla y sus hombres la oyeron. Se retiraron sin dejar de matar a los árabes que seguían atacándolos. Los que todavía estaban a caballo fueron los primeros en liberarse y alejarse, mientras que los que iban a pie tuvieron que defender cada paso frente a los hombres que se abalanzaban sobre ellos. Era una labor difícil, pero cuando empezó a oscurecer, había un terreno vacío entre los tumanes y el ejército de la orilla.

Gengis buscó a sus mensajeros con la mirada, pero no los vio entre los que estaban más cerca. Ordenó a varios guerreros que los buscaran y le pareció que pasaban siglos hasta que los encontraron. Después, hizo que alzaran el estandarte que indicaba a sus generales que debían reunirse con él. Dio orden de que establecieran el campamento a apenas un kilómetro del río y, cuando puso en marcha su caballo, sus hombres le acompañaron. Habían perdido la expresión impasible del guerrero durante la lucha, y estaban sonrojados y llenos de vida. Algunos de ellos se reían a carcajadas. Otros cabalgaban embargados por un ánimo sombrío por haber visto su propia muerte demasiado próxima aquel día.

Tras ellos dejaron una línea irregular de cadáveres, entre los que había muchos más muertos de Jelaudin que de los suyos. El ejército del príncipe había sido arrasado y aunque seguían gritando y aullando, sus gritos carecían de entusiasmo, eran sonidos provenientes de hombres jadeantes, cansados. Vieron a los mongoles desmontar a sólo unos ochocientos pasos de distancia. Los tumanes se desentendieron del ejército que tenían a su espalda, en la orilla del río, y acercaron al frente a los animales de tiro con las provisiones de agua y alimento mientras se preparaban para acampar.

Jelaudin seguía con vida, aunque su armadura estaba llena de cortes y brillaba en muchos puntos. Jadeaba como un perro al sol mientras observaba cómo los mongoles se alejaban sin volver la vista atrás. Los rayos del sol se estaban tiñendo de gris y, aunque se sentía aliviado por la tregua concedida, sabía que volverían al amanecer. Sus hombres y él tendrían que ver cómo todo se repetía de nuevo.

—Mañana moriré —susurró para sí.

Ninguno de sus hombres, que habían hecho una cadena para pasarse odres de agua desde el río, le oyó. Sintió que sus miradas se posaban sobre él mientras contemplaba con mirada fija la llanura, confiando tal vez en que todavía pudiera idear algo que los salvara a todos.

El rajá de Peshawar atravesó las filas para unirse a él en el frente, demorándose en dar unas palmadas en el hombro a algunos de los hombres y dirigirles unas cuantas palabras de ánimo. Los que habían sufrido heridas graves estaban empezando a gritar de dolor, y el ruido sonaba repentinamente alto tras acallarse el estrépito de la batalla. Muchos de ellos estarían muertos antes de que llegara la mañana. Jelaudin había reunido provisiones de opio para aliviar el dolor, lo suficiente al menos para aturdir sus sentidos mientras morían. Era todo cuanto podía hacer por ellos y sintió que le invadía un odio enfermizo por el khan de los mongoles.

Se volvió hacia su amigo y, al enfrentarse al conocimiento de la verdad que brillaba en los ojos del otro, ambos supieron que todo había acabado.

—Creo que mi padre ha ordenado que quemaran los botes —reconoció Nawaz con voz suave—. Es un idiota, apegado a sus antiguas costumbres y a sus antiguos dioses hindúes. No entiende por qué he decidido seguirte.

Jelaudin asintió, sin retirar la vista del campamento mongol, tan próximo que parecía que podía tocarlo. Los hombres del khan los rodeaban formando un gran arco. No habría ninguna huida sigilosa desde las orillas durante la noche.

—Siento haberte traído a este lugar —respondió Jelaudin—. ¡Tenía tantas esperanzas, amigo mío! Y ver que han quedado reducidas a esto... —Carraspeó y escupió en el suelo y el rostro de Nawaz se crispó al percibir el pesar en su voz.

—Cuando eras niño, sabías nadar, Jelaudin. ¿Podrías llegar al otro lado del río?

—¿Y dejar a los hombres aquí? No lo haré. Tú te hundías como una piedra, Nawaz, si no recuerdo mal. Alguna vez tuve que sacarte yo mismo del agua.

Su amigo sonrió, recordando. Suspiró para sí y fijó la mirada en los mongoles, que descansaban envueltos en la creciente penumbra.

—Les hemos demostrado que pueden ser derrotados, Jelaudin. Sigues siendo un talismán para los hombres. Si puedes cruzar el río, ellos darán sus vidas con gusto. No tiene que acabar aquí. Llévate a tus hermanos contigo y vive. —Vio que Jelaudin apretaba la mandíbula y habló enseguida para adelantarse a sus objeciones—. Por favor, Jelaudin. Permite que sea yo quien comande las tropas mañana. Si pensara que vas a escapar, lucharía sin sentirme culpable. Prometí que las barcas estarían aquí. No me dejes morir con esta culpa, amigo mío. Es demasiado para mí.

Entonces, Jelaudin esbozó una amable sonrisa y dejó que su cuerpo sintiera el cansancio y el dolor de todas sus articulaciones.

—Tu padre estaría orgulloso de ti, si supiera todo lo que has hecho —dijo—. Yo estoy orgulloso de ti. —Agarró a Nawaz por la nuca un instante mientras le miraba. Luego le soltó.

Cuando amaneció, Gengis se despertó, irritándose al instante al notar que tenía el brazo tan rígido como un trozo de madera. Mientras se incorporaba en el frío suelo, con cautela, hizo unas cuantas pruebas. Si mantenía el codo junto a su costado, podía moverlo bien arriba y abajo, pero si separaba el brazo del cuerpo, el brazo quedaba como colgando, sin fuerza. Maldijo entre dientes, odiando su debilidad mucho más que el dolor. El oficial minghaan se había vuelto a acercarse a él antes de que Gengis se fuera a dormir y, tras comprobar el estado de la articulación, le había advertido que necesitaba un mes de reposo y luego otros dos más para recuperar el músculo que perdería.

Gengis se puso en pie con dificultad y aceptó un tazón de té salado de un guerrero que había estado aguardando a que despertara. Lo sorbió despacio, sintiendo cómo su calor deshacía el frío de sus miembros. Había hablado con sus generales, elogiando a Kachiun delante de ellos para reparar el daño que había sufrido la reputación de su hermano. Había alabado también a Ogedai y se sentía realmente satisfecho por su actuación. La talla moral de su hijo parecía haber crecido desde que lo designara heredero. Le envolvía una tranquila dignidad que Chagatai nunca había tenido y

Gengis se maravilló ante las misteriosas vueltas del destino. Quizá había sido guiado para que eligiera al hijo adecuado para heredar sus tierras.

Cuando el sol lució con más fuerza en el cielo, el ejército de Jelaudin se distinguió con claridad junto al río. Habían retirado a muchos de los muertos y Gengis supuso que los cadáveres habían sido arrojados al río para que se los llevara la corriente. Se dijo que ya no parecían tan temibles. Casi la mitad de sus efectivos habían sido eliminados el día anterior y, aunque tal vez lo hubiera imaginado, creyó ver resignación en la forma en que se quedaban allí, en silencio, aguardando. No tenían expectativas de sobrevivir y eso le complacía. Pensó en las ciudades que se habían rebelado enseguida, precipitándose. Las noticias de aquel día llegarían hasta ellas y comprenderían lo que eso significaba. Herat y Balkh serían las que primero verían a sus ejércitos y esta vez no aceptaría un tributo o la rendición. Servirían de lección para las demás: el khan mongol no aceptaba que se burlaran de él.

Gengis tiró el tazón a la hierba e hizo ademán de que le acercaran un caballo descansado. Los tumanes habían adoptado la formación en cuadrados y Gengis apenas los miró, sabiendo que sus oficiales habrían trabajado durante la noche para proveer de nuevas flechas y espadas a aquéllos que las necesitaran. Ya no era un hombre joven, capaz de pasar dos o tres días sin descansar. Mientras él dormía, muchos de sus guerreros habían estado trabajando, afilando espadas y atendiendo a los caballos.

Cuando Gengis montó, vio a Mongke y a Kublai sentados con otros niños allí cerca, compartiendo un pedazo de cordero seco. Frunció el ceño y miró a su alrededor buscando al oficial más próximo para ordenarle que los llevara a lugar seguro. Antes de que pudiera encontrar a uno, el ejército de Jelaudin lanzó un desafiante grito que hizo que varias bandadas de pájaros, sobresaltados, salieran volando de los árboles de la ribera.

El khan se puso de pie en los estribos, entornando los ojos para ver si se disponían a atacar. En vez de eso, las tropas de Jelaudin se dividieron y Gengis observó atónito como un hombre avanzaba cabalgando por el terreno que separaba los dos ejércitos.

El khan miró fijamente al solitario jinete. No conocía el aspecto de Jelaudin, pero no podía ser otro. Mientras Gengis contemplaba la escena, Kublai y Mongke se pusieron de pie para ver qué había captado la atención de su abuelo. Ambos niños observaron fascinados cómo Jelaudin cogía un puñal y empezaba a cortar los cordones que sujetaban su armadura, haciendo que cayera al suelo en pedazos.

Gengis enarcó las cejas, preguntándose si estaba asistiendo a algún tipo de ritual. En cuestión de instantes, Jelaudin se quedó sobre el caballo vestido con una túnica hecha jirones y Gengis intercambió una mirada con los oficiales que tenía más cerca, perplejo. Vio que el príncipe alzaba la espada en señal de saludo y luego la arrojaba al suelo hundiendo la punta en la tierra. ¿Se estaba rindiendo? Tres jóvenes salieron de las filas y el príncipe les habló, ignorando las huestes mongolas. Jelaudin parecía

relajado en su presencia y se rió con ellos. Gengis observó con curiosidad cómo los tres tocaban los estribos de Jelaudin con la frente y, a continuación, regresaban a sus puestos.

El khan abrió la boca para ordenar a los tumanes que avanzaran, pero el príncipe dio media vuelta y clavó los talones en su montura. Su ejército había abierto una clara ruta hacia la orilla del río y Gengis por fin comprendió que es lo que iba a hacer Jelaudin. El khan había visto el precipicio el día anterior y su rostro se contrajo, admirado.

Jelaudin llegó a la enlodada orilla al galope. Sin vacilación, caballo y hombre saltaron, lanzándose al vacío. Los tumanes estaban suficientemente cerca para oír el fuerte ruido que hicieron al chocar contra el agua y Gengis asintió para sí.

—¿Habéis visto eso, Kublai? ¿Mongke? —exclamó, despertando a los muchachos de su admirada estupefacción.

Kublai fue el primero en responder.

—Sí. ¿Está muerto?

Gengis se encogió de hombros.

—Quizá. Había una larga caída hasta el río.

Se quedó pensando unos instantes, deseando que sus nietos apreciaran el dramático gesto de desdén. Jelaudin podría haber descendido en cualquier momento durante la noche, pero había querido que el khan presenciara el temerario valor de su carrera. Como jinete nato, Gengis había disfrutado de aquel momento más que de cualquier otra parte de la campaña, pero era difícil explicárselo a los dos mocosos.

—Recuerda el nombre de Jelaudin, Kublai. Era un enemigo poderoso.

—¿Eso es bueno? —preguntó Kublai, desconcertado.

Gengis asintió.

—Incluso los enemigos pueden tener honor. Su padre era afortunado por tener un hijo así. Recuerda este día y quizá con el tiempo tú también hagas que tu padre se sienta orgulloso de ti.

Frente a él, los soldados de Jelaudin cerraron el pasillo y alzaron las espadas. Con lágrimas de alegría en los ojos, sus tres hermanos avanzaron hacia la batalla.

Gengis sonrió, aunque no olvidó mandar a los niños a retaguardia antes de dar la orden de atacar.

## XXXVIII

**L**as lluvias habían llegado por fin a Samarcanda, cayendo sobre los tejados de la ciudad en un aguacero constante que había durado días y no daba muestras de ir a cesar. Ríos de agua corrían por las calles y los habitantes de Samarcanda no podían hacer otra cosa que aguantar. La enfermedad se propagó cuando las cloacas se desbordaron y añadieron sus hediondos contenidos al agua estancada, llegando incluso a corromper los pozos de la ciudad. Aun así, el aire no se había refrescado y Gengis abandonó el palacio del sah cuando apareció una nueva y terrible pestilencia. Empezaba con vómitos y diarrea, matando primero a los niños y a los ancianos después de debilitarlos. Nadie estaba a salvo y no habían descubierto ningún patrón en su manera de atacar: en una zona, morían cientos, mientras que nadie enfermaba en las calles que la rodeaban. Los médicos Chin le dijeron a Gengis que todo cuanto se podía hacer ante un azote así era dejar que siguiera su curso.

El khan instó a Arslan a que abandonara Samarcanda, pero el viejo general se negó, como era su derecho. La ciudad era suya. Arslan no había mencionado los primeros indicios en sus tripas mientras acompañaba a Gengis a las puertas y esperaba a que las cerraran con clavos. Una vez el khan estuvo a salvo, Arslan había cerrado los ojos, sintiendo que un hierro ardiente se le hundía en las entrañas mientras retornaba a pie al palacio a través de calles desiertas. Gengis recibió la noticia de su muerte sólo unos días más tarde.

Después de eso, cada vez que Gengis miraba a Samarcanda lo hacía con furia y dolor, como si la propia ciudad fuera responsable del desastre. Los que permanecieron en su interior, lloraban a los muertos o se unían a ellos, mientras el khan y sus generales se refugiaban en las gers que habían instalado en el exterior de sus muros. Allí no murió nadie. Las familias recogían el agua de los lagos que había al norte la enfermedad no afectó al campamento.

Tsubodai fue avistado cuando la cifra de muertes en la ciudad empezó a descender y el aire se refrescó por primera vez en muchos meses. A medida que el general se aproximaba, la tensión fue creciendo de manera palpable en el campamento. La irritabilidad de Gengis también fue aumentando cada vez más hasta que nadie se atrevía a dirigirse a él. La muerte de Arslan había sido la puntilla que acabó de rematar un mal año y el khan no estaba seguro de querer oír cuál había sido el desenlace del encuentro con Jochi. Durante cuatro días, nadie había fallecido y finalmente permitió que la ciudad abriera sus puertas y los putrefactos cadáveres fueran quemados. Arslan se encontraba entre ellos y Gengis se sentó junto a la pira funeraria mientras su más viejo amigo era reducido a cenizas y huesos. Los chamanes de la nación se congregaron solemnemente para entonar sus letanías al padre cielo por el alma del general, aunque Gengis apenas los oía. Las altas hogueras quemaban



el aire, arrasando los últimos rastros de la pestilencia. En cierta manera, fue una especie de renacimiento. Gengis deseaba dejar atrás los malos recuerdos, pero no podía evitar que Tsubodai regresara al hogar.

Cuando Tsubodai llegó al fin a los muros de Samarcanda, el khan le estaba esperando en el interior de su tienda, perdido en una nube de lúgubres pensamientos. Alzó la vista cuando el general atravesó la pequeña puerta y, aun entonces, una pequeña parte de él confiaba en que hubiera fracasado.

Tsubodai le entregó la espada con la cabeza de lobo, con los ojos bajos ocultos en la sombra, sin revelar sus sentimientos. Gengis la tomó casi con reverencia, dejando la funda en su regazo y dejando salir un largo suspiro. Parecía mayor de lo que Tsubodai recordaba, adelgazado por la batalla y el tiempo.

—¿Y el cadáver? —preguntó Gengis.

—Quería haberlo traído hasta aquí, pero el calor... —La mirada de Tsubodai se posó en un basto saco que había dejado a su lado. Había transportado sus marchitos contenidos durante cientos de kilómetros—. Tengo la cabeza de Jochi.

El rostro de Gengis se crispó.

—Llévatela y entiérrala o quémala —contestó—. No quiero verla.

Los ojos de Tsubodai relampaguearon durante un instante. Se sintió tentado de sacar la cabeza de la bolsa y hacer que el khan mirara el rostro muerto de su hijo. Reprimió el impulso con rapidez, sabiendo que era fruto del agotamiento.

—Después... ¿Sus hombres se resistieron? —preguntó Gengis.

Tsubodai se encogió de hombros.

—Algunos de los oficiales Chin eligieron quitarse la vida por propia mano. El resto se unieron a mí, como supuse que harían. Todavía temen que los mandes matar. —Lanzó un hondo suspiro—. Les he prometido que eso no sucedería. —Tsubodai notó que Gengis estaba a punto de hablar y dejó a un lado su prudencia—. No permitiré que se rompa mi palabra, mi señor khan —dijo.

Ambos hombres se quedaron mirándose a los ojos durante largo rato, cada uno midiendo la voluntad del otro. Por fin, Gengis asintió.

—Vivirán, Tsubodai. ¿Volverán a luchar a mi lado, verdad?

—Se rió entre dientes, aunque el sonido de su risa resultó forzado y desagradable. Se hizo un incómodo silencio entre ellos que Tsubodai rompió volviendo a hablar.

—Me llegaron noticias de tu victoria.

Gengis dejó a un lado la espada, aliviado de poder hablar de cosas prosaicas.

—Jelaudin escapó —dijo—. He enviado a varios exploradores a buscarle, pero no han encontrado ni rastro de él. ¿Quieres encargarte de esa tarea?

—No, señor. Ya he tenido bastante de este calor. Lo único bueno de ir al norte ha sido sentir de nuevo el frío. Allí todo es más limpio.

Gengis vaciló unos segundos mientras consideraba cómo responder. Percibía una enorme amargura en su general y no sabía cómo aliviarla. Recordó los peores momentos de su propia vida y supo que sólo una temporada a solas podría curarle,

más que cualquier cosa que él pudiera decir. Tsubodai había obedecido sus órdenes y se sintió tentado de decirle que se reconfortara con ese pensamiento.

Pero Gengis se mordió la lengua. El sombrero general desprendía un sutil aire de amenaza y Gengis sintió cómo unas cerdas invisibles se erizaban en él mientras se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Trasladaré la nación a Herat, al oeste. Un golpe fuerte y rápido allí hará que otras ciudades se tranquilicen. Después, creo que regresaré a casa durante unos años. Ha pasado mucho tiempo y estoy cansado.

Tsubodai inclinó la cabeza ligeramente y Gengis notó que estaba empezando a perder la paciencia. El general había obedecido sus órdenes y Jochi estaba muerto. ¿Qué más quería oír?

—¿Te enteraste de que Arslan murió en la ciudad? —le preguntó.

Tsubodai asintió.

—Era un gran hombre —añadió con suavidad.

Gengis frunció el ceño ante el tono calmado de sus palabras.

—Aun así, no fue una buena muerte —dijo.

Tampoco esta vez Tsubodai añadió nada a la forzada conversación y el mal genio del khan empezó a aflorar.

—¿Qué quieres de mí, Tsubodai? Te he dado las gracias. ¿Crees que me alegra tener que haber llegado a esto? —Gengis lanzó una mirada fugaz al saco que Tsubodai tenía entre los pies y estuvo a punto de alargar la mano hacia él—. No había alternativa, general.

—Todavía estoy llorando su muerte —respondió Tsubodai.

Gengis le miró fijamente y luego bajó la mirada.

—Como quieras, Tsubodai. Habrá muchos que lamentarán su pérdida. Jebe era su amigo, y Kachiun. Su madre está destrozada, pero todos saben que fue una orden mía.

—Aun así, soy el hombre que mató al hijo del khan —respondió Tsubodai con gravedad.

Gengis meneó la cabeza.

—Jochi no era mi hijo —sentenció con voz dura—. Olvídate de esto y ven conmigo a Herat.

Tsubodai negó con la cabeza.

—No me necesitas allí.

Gengis acalló el creciente sentimiento de ira contra su general que le estaba invadiendo. No llegaba a comprender el dolor de Tsubodai, pero tenía una deuda con él que debía ser saldada y se dio cuenta de que el general no podía reunirse sin más con los miembros de la nación.

—Entonces te lo pregunto una vez más, Tsubodai —dijo, sin suavizar su tono—. Por el servicio que me has prestado, te lo pregunto. ¿Qué quieres de mí?

Tsubodai suspiró. Había confiado en que encontraría la paz al entregar la espada y

la cabeza de Jochi al khan. Pero el alivio no había llegado.

—Déjame llevarme los tumanes al norte otra vez, hacia el limpio frío. Conquistaré ciudades para ti allí y me redimiré de lo que he hecho.

Por fin, Tsubodai agachó la cabeza ante el khan, clavando la mirada en el suelo de madera mientras Gengis consideraba su petición. Jebe había estado planeando una razia en el norte antes de que el ejército de Jelaudin hubiera atacado Panjshir. En tiempos normales, Gengis habría enviado hacia allá a los dos generales sin pensárselo dos veces. La pena enfermiza que veía en Tsubodai le preocupaba enormemente, en parte porque él mismo la sentía, pero se resistía a ella. Había vengado las ofensas de reyezuelos extranjeros. El sah había muerto, con todos los demás excepto su hijo mayor, y Gengis había arrasado sus ciudades desde el este hasta el oeste. Buscó en su interior la sensación de satisfacción del vencedor, pero no la encontró. De algún modo, la traición de Jochi y su muerte habían envenenado los simples placeres de la conquista.

Una eternidad después, Gengis asintió.

—Muy bien, Tsubodai. Llévate a Jebe y a los hombres de Jochi. En todo caso, tendría que mandarlos lejos, para que reaprendieran la disciplina que espero de los que me siguen.

Tsubodai levantó la mirada del suelo, captando la advertencia que encerraban sus palabras.

—Soy leal, señor. Siempre te he sido leal.

—Lo sé —dijo Gengis, suavizando su tono con un esfuerzo.

Sabía que carecía de la delicadeza con la que Kachiun habría abordado el encuentro. Gengis apenas pensaba en cómo gobernaba a hombres como Tsubodai, más capaz que nadie que hubiera conocido jamás. En la quietud de la ger, sintió la urgencia de pronunciar las palabras apropiadas para aliviar el dolor del general.

—Eres un hombre de palabra, Tsubodai, enorgullécete de ello.

Tsubodai se puso en pie e hizo una rígida reverencia. Su mirada se demoró un instante en el saco que había transportado hasta allí antes de ponérselo al hombro.

—Tengo que hacerlo, señor —respondió—. Es todo cuanto me queda.

Herat se encontraba a casi ochocientos kilómetros al suroeste de Samarcanda y era necesario atravesar dos anchos ríos y una docena de cursos más pequeños para llegar a ella. Tras montar las tiendas de la nación en carros, Gengis decidió encaminarse hacia la ciudad fortificada por esa ruta en vez de regresar a las montañas que rodeaban Panjshir y avanzar hacia el oeste a través del laberinto de valles y colinas. Tsubodai y Jebe se habían marchado hacia el norte desde Samarcanda, llevándose con ellos el tumán de Jochi y una oscura sombra. La historia de la persecución y muerte de Jochi se contaba en susurros en miles de gers, pero siempre asegurándose de que el khan no oyera nada.

Pasaron más de dos meses antes de que las familias avistaran la piedra naranja de Herat, una ciudad erigida junto a un río. Surgía de un afloramiento de granito y, a ojos mongoles, era terriblemente antigua. En las primeras razias emprendidas sobre la zona, Herat se había rendido sin derramamiento de sangre: sus habitantes habían conservado la vida a cambio de un tributo y de la aceptación de la conquista. Kachiun había dejado una guarnición de sólo ochenta hombres y luego se había olvidado de Herat hasta que la ciudad los expulsó, en un arrebato imprudente provocado por las victorias de Jelaudin.

Mientras se aproximaba a ella por primera vez, Gengis admiró la inmensa masa que constituía la fortaleza de Herat. Estaba construida con una planta cuadrada sobre una roca, y las murallas se elevaban más de treinta metros desde la escarpada base, con grandes torres redondas situadas en cada esquina y en distintos puntos de todas sus caras. Contó doce torres, cada una de ellas tan grande como la que había acogido a la población de Parwan. Era una construcción gigantesca, que daría refugio a miles de árabes cuando echaran a correr tras ver a los tumanes. Gengis suspiró para sí, sabiendo por experiencia que no sería una victoria rápida. Como sucedió con Yenking y Yinchuan, tendría que cercarla y esperar a que los de dentro empezaran a morir de hambre. Las puertas de la fortaleza estaban cerradas, pero Gengis envió a varios oficiales e intérpretes a que exigieran la rendición mientras los tumanes se preparaban para acampar. No recibieron respuesta y Gengis apenas hizo caso mientras sus oficiales levantaban una tienda blanca justo fuera del alcance de las flechas. No sabía si la gente de Herat conocía sus rituales y le era indiferente. La tienda blanca estaría allí durante un día, seguida por una tienda roja y, a continuación, una de tela negra que indicaba la destrucción absoluta de todos los que se encontraban en la fortaleza.

Transcurrieron otros dos días antes de que las catapultas fueran reunidas delante de las murallas y la población de Herat mantenía el silencio. Gengis se preguntó si confiaban en sus muros o simplemente comprendían que no podían aceptar una rendición pacífica una segunda vez. Aguardó en estado de tensión hasta que las primeras rocas salieron volando, rebotando de los muros anaranjados y dejando sólo una marca borrosa allí donde habían golpeado.

Cuando la tienda negra empezó a agitarse en la brisa, Gengis se relajó y se preparó para un largo asedio como los que había organizado muchas veces antes. Era el método bélico que menos le gustaba, pero ese tipo de fortalezas habían sido erigidas para impedir ser asaltadas por ejércitos como el suyo y la solución rápida no existía.

Para la nación de las gers, la vida continuó alrededor de Herat, puntuada por el rítmico crujido de las catapultas tanto de día como de noche. Las familias llevaban a sus animales a abrevar al río, contentas de dejar la destrucción de la ciudad en manos de los guerreros. Las lluvias habían hecho brotar hierba fresca, aunque en algunas zonas ya estaba empezando a marchitarse bajo el fuerte sol. Ya estaban familiarizados con ese tipo de problemas y, si la ciudad tardaba mucho en caer, enviarían a los

rebaños a pastos más lejanos, dejando las colinas más próximas para el final.

Gengis descansaba, mientras sus heridas iban palideciendo y dando paso a blancas cicatrices en sus brazos y piernas. Apenas pensaba en Jochi y, cuando lo hacía, era sólo con alivio porque aquella traición contra él hubiera terminado. Después de que Tsubodai se hubiera marchado, el khan pareció cobrar nuevas energías, y se llenó de deseos de atacar Herat y empezar de nuevo. Con el tiempo, el hombro se le había curado y salía a cabalgar todos los días para fortalecer su cuerpo, haciendo caso omiso de los achaques de la edad. Había enviado a Chagatai y a Kachiun a sitiar la ciudad de Balkh, al este, pero la mayor parte de la nación le había acompañado hasta la fortaleza y ver el inmenso campamento le subía la moral. Su esposa Borte no le había dirigido la palabra después de conocer el destino de Jochi, pero él no se había dado cuenta. El mundo estaba a sus pies y se sentía poderoso mientras aguardaba la caída de Herat.

Al cuarto mes de asedio, Gengis estaba cazando con sus oficiales de más rango alrededor de la base de la ciudad. Después de pasar tanto tiempo en un lugar, pocas cosas vivas habían escapado de las ollas de las familias. Sólo quedaban unos cuantos conejos y se habían convertido en precavidos supervivientes, habituados a echar a correr al oír el sonido de un caballo o de un hombre.

Balkh había caído dos meses atrás y sus tumanes habían matado a todos sus habitantes y tirado abajo cada piedra de sus murallas. Sólo Herat se resistía y Gengis estaba cansado del asedio y de aquellas calurosas tierras. Se había hecho ilusiones de que el fin estaba próximo cuando regresaron Kachiun y Chagatai, pero la fortaleza de Herat era una de las más impresionantes que había tratado de tomar.

Mientras avanzaba la estación, Gengis había trasladado las catapultas en tres ocasiones, concentrando las rocas en las secciones planas de los muros. Habían aparecido grietas en ellos para enorme júbilo del campamento mongol, pero el khan a veces tenía la sensación de estar asaltando una montaña, a juzgar por el efecto causado. Las murallas aguantaban, a pesar de tener agujeros y marcas en mil y un sitio. Para entonces, Gengis sabía que el hambre y la sed serían las que derrotarían la ciudad, pero mantuvo en marcha sus máquinas de sitio.

—Cuando acabemos con esto, nos iremos a casa —murmuró para sí, alzando la vista hacia las murallas.

Kachiun y Khasar habían oído a su hermano pronunciar esa misma frase cientos de veces antes y, simplemente, intercambiaron una breve mirada. Un conejo salió como una flecha de su refugio a muchos metros de ellos y los tres hincaron los talones en su montura para salir tras él. Por encima del ruido de los cascos, Gengis oyó un agudo grito sobre ellos y miró hacia arriba. Siempre había alguien observando el campamento desde lo alto de las murallas, pero vio que esta vez alguien se había asomado en exceso. El desafortunado había conseguido aferrarse de forma precaria a

la piedra y colgaba del borde exterior sujetándose sólo con las puntas de los dedos. Gengis llamó con un silbido a sus hermanos y señaló al hombre que pedía ayuda a gritos por encima de sus cabezas.

Khasar y Kachiun volvieron y alzaron la mirada con interés.

—¿Apostamos? —preguntó Khasar—. ¿Dos caballos a que se cae?

—No serán los míos, hermano —contestó Gengis.

Había varias personas intentado llegar hasta él con las manos y tirar de él para salvarle, pero el hombre notó que se le resbalaban las manos y lanzó un grito de horror. Gengis y sus hermanos observaron fascinados cómo caía, sin dejar de chillar durante toda la caída. Durante un instante, pareció que una ventana de piedra en forma de arco podría salvarle. Se agarró con las manos al alféizar, pero no consiguió sujetarse. Los hermanos hicieron una mueca cuando golpeó el muro de nuevo, cayendo hacia fuera y estrellándose contra la base rocosa de la fortaleza. El cuerpo salió rodando hasta detenerse bastante cerca de Gengis. Para su sorpresa, Gengis vio que un brazo se sacudía.

—¡Está vivo! —exclamó.

—Durante unos instantes, quizá —respondió Khasar—. Esa caída mataría a cualquiera.

Gengis y sus hermanos se acercaron al trote al lugar donde yacía. Uno de sus tobillos estaba claramente roto, con el pie girado en una postura antinatural. Su cuerpo era un amasijo plagado de cortes y arañazos, pero parpadeó aterrorizado al ver llegar a los generales, incapaz de creer que había sobrevivido.

Khasar desenfundó la espada para acabar con su vida, pero Gengis alzó una mano.

—Si los espíritus no lo matan después de esa caída, no seremos nosotros quienes lo hagamos. —Levantó la mirada, calculando admirado la distancia desde la que aquel hombre había caído, antes de dirigirse a él en un árabe titubeante.

—Tienes una suerte increíble —aseguró Gengis.

Al intentar moverse, el hombre lanzó un grito y él también alzó la vista hacia las murallas.

—Me cuesta verlo así... —contestó.

Gengis le miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Llévale a un curandero, Khasar. Cuando le hayan vendado las heridas, dale una buena yegua y cualquier otra cosa que desee.

Sobre las murallas se habían ido reuniendo más y más hombres que se asomaban para observar la escena, algunos de ellos arriesgándose casi tanto como el que ahora yacía a los pies de Gengis.

—Cuando la ciudad caiga, sabrás hasta qué punto tienes suerte —dijo el khan en su propia lengua. El árabe lo miró sin comprender mientras Khasar desmontaba para ayudarle a subir a su silla.

Los muros de Herat se desplomaron por fin al sexto mes de asedio. Una de las torres se desmoronó con toda su sección, estrellándose contra las rocas de abajo y haciendo un enorme boquete de entrada a la ciudad. Los tumanes se congregaron con prontitud, pero no hallaron resistencia. Cuando entraron en Herat, encontraron las calles y edificios llenos de muertos y moribundos. Los que aún seguían con vida fueron llevados a la llanura exterior y allí les obligaron a arrodillarse y los ataron. Esa labor por sí sola duró muchos días debido a la ingente cantidad de hombres, mujeres y niños que había acogido la fortaleza. Temuge encomendó a sus criados la tarea de registrar el número de prisioneros en tablillas de cera y la cifra total llegó a los ciento sesenta y tres mil, mientras que la cifra de muertos por hambre o sed durante el sitio ascendió a casi la mitad de esa cantidad. Asustados y desesperados, gritaban y gemían mientras los ataban y preparaban para la ejecución y el sonido de sus voces llegaba hasta el campamento de gers. Los guerreros del khan registraron cada habitación, sala y sótano de la ciudad hasta que no fue más que una cáscara vacía que llenaban los muertos. El olor de la ciudad después del asedio era insoportable e incluso a los guerreros más curtidos les daban arcadas mientras sacaban los cadáveres en proceso de putrefacción.

El sol acababa de ponerse cuando Temuge se dio por satisfecho con el recuento y Gengis dictaminó que la matanza empezaría al amanecer. Se retiró a su tienda para comer y dormir, pero su esposa Chakahai fue a buscarlo cuando cayó la noche. Al principio, la princesa Chin no dijo nada y él se alegró de su presencia. Encendió el hornillo y empezó a hacer té y a calentar los panecillos sin levadura, el cordero y las hierbas que había preparado esa mañana. Gengis no percibió la tensión que ella ocultaba, hasta que, al pasarle una bandeja de comida, le cogió la mano y la notó temblar.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Chakahai inclinó la cabeza. Sabía que respondería mejor a la franqueza, pero el corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. Se arrodilló ante él y el khan dejó a un lado su hambre, intrigado.

—Marido, quiero pedirte un favor —dijo.

Gengis alargó la mano y tomó la de su esposa en las suyas.

—Pues pídemelo —respondió.

Chakahai se obligó a sí misma a tomar una lenta bocanada de aire.

—Las mujeres y los niños —prosiguió—. Déjalos libres. Harán correr la voz de que la ciudad ha caído y...

—No quiero hablar de eso esta noche —cortó Gengis con brusquedad, soltándole la mano.

—Marido —rogó ella, suplicante—, los estoy oyendo gritar.

Gengis la había escuchado cuando le dio la clave de la traición de Kokchu. La había escuchado cuando le instó a nombrar a Ogedai su heredero. Sus ojos le imploraban.

Gengis emitió un gruñido desde el fondo de su garganta, sintiéndose repentinamente furioso con ella.

—No lo entiendes, Chakahai —dijo. La princesa levantó la cabeza y Gengis vio que tenía lágrimas en los ojos. Sin poder evitarlo, continuó—. Para mí no es ningún placer. Pero puedo convertir esta masacre en un grito que se propagará más rápido de lo que yo pueda cabalgar. La voz correrá desde aquí, Chakahai, tan veloz como un pájaro. Dirán que maté a todo ser viviente en Herat, que mi venganza fue terrible. Con sólo oír mi nombre, aquéllos que se me resistan se llenarán de terror.

—Sólo los hombres... —empezó a decir Chakahai.

Gengis resopló.

—Los hombres siempre mueren en las batallas. Eso es lo que esperan sus reyes. Quiero que sepan que si se resisten contra mí, están metiendo la mano en las fauces de un lobo. Que perderán todo y no podrán esperar compasión. —Alargó la mano hacia ella de nuevo y le cogió el rostro. Chakahai percibió el duro callo que tenía en la palma—. Es bueno que llores por ellos, Chakahai. Es lo que esperaría de mi esposa y la madre de mis hijos. Pero mañana habrá sangre, para no tener que hacerlo de nuevo, cientos de veces más. Estos árabes no me envían el tributo porque, reconozcan mi derecho a gobernarlos. Inclinan la cabeza ante mí porque, si no lo hacen, mi furia caerá sobre ellos y todo lo que aman quedará reducido a cenizas.

Las lágrimas rodaban por la mejilla de la princesa y Gengis la acarició con suavidad.

—Me gustaría concederte lo que pides, Chakahai. Pero si lo hiciera, habría otra ciudad al año próximo y diez más después. Ésta es una tierra dura y la gente está acostumbrada a morir. Si quiero ser su amo, deben saber que enfrentarse a mí significa ser destruido. Deben tener miedo, Chakahai. Es la única forma.

Ella no contestó y Gengis se sintió súbitamente excitado por la visión de su rostro bañado en lágrimas. Dejó la bandeja de comida en el suelo de la tienda para la mañana y la tomó en sus brazos, notando cómo le crujía el hombro mientras la llevaba a la cama baja que había a un lado. Cuando su boca encontró la de ella, Chakahai se estremeció, pero Gengis no sabía si por deseo o por miedo.

Al alba, Gengis dejó a Chakahai en la ger y salió a contemplar la matanza. Había encargado la misión a los tumanes de sus hijos Ogedai y Tolui. Veinte mil guerreros habían limpiado y afilado sus espadas para la tarea, pero, cuando todo hubiera terminado, incluso un grupo tan elevado de hombres estarían agotados.

Los prisioneros estaban sentados, apretados unos contra otros bajo la sombra matutina de la ciudad derruida, cuando los tumanes los rodearon. Muchos de ellos rezaban en voz alta y los que tenían frente a sí a los adustos guerreros extendían las manos y gritaban hasta que las hojas caían sobre ellos. No fue un trabajo rápido. Los guerreros iban moviéndose entre ellos y se veían obligados a dar muchos tajos con la



espada porque los prisioneros, aun estando atados, se revolvían y luchaban por escapar. Hombres y mujeres trepaban unos por encima de los otros y los guerreros estaban empapados de sangre. Muchas de las hojas se estropearon al chocar contra el hueso: los bordes de acero se rompieron o se doblaron. Llegó el mediodía y la masacre continuaba, impregnando el aire inmóvil de un intenso olor a sangre. Jadeantes, los guerreros se apartaron de la masa de muertos y de vivos para beber agua tibia y amarga antes de volver a la carga de nuevo.

El sol del mediodía caía con fuerza cuando por fin acabaron y la llanura quedó en silencio. Los tumanes de los hijos de Gengis se tambaleaban de cansancio, como si hubieran luchado una larga y difícil batalla. Sus oficiales los enviaron al río para que se lavaran la sangre y limpiaran y aceitaran sus armas. La ciudad los observaba en silencio desde lo alto, vacía de toda vida.

El hombre que había caído desde las murallas había llorado durante gran parte del día. Sus lágrimas se secaban al instante por el calor y, en un momento dado, empezó a emitir sollozos secos y ninguna lágrima más brotó de sus ojos. Le habían entablillado el tobillo roto y un oficial mongol anónimo le entregó una montura y provisiones siguiendo las órdenes del khan. El árabe se alejó sobre su caballo mientras las moscas y las aves se congregaban sobre Herat. Gengis observó su partida, sabiendo que llevaría la noticia de la masacre a todos cuantos le prestaran oídos.

Gengis pensó en las lágrimas de Chakahai mientras observaba la llanura bajo la sombra de Herat. No le había dicho dónde planeaba llevar a la nación. Las familias sabían que tenía la intención de volver a casa, pero había otro lugar que había dejado de pagar su tributo hacía mucho tiempo y llevaría allí a su ejército antes de volver a ver aquellas colinas y aquellos ríos. Era en Xi Xia donde había visto por primera vez a la pálida hija del rey, y esa región había sido el primer paso en su camino hacia la capital del emperador. Como los ancianos de Herat y Balkh, el padre de Chakahai había creído que el khan no sobreviviría a los ejércitos árabes que se habían abalanzado contra él.

Gengis sonrió levemente para sí mientras daba orden de que la nación levantara el campamento por fin. Llevaba demasiado tiempo alejado de las tierras Chin y Xi Xia sería el sangriento ejemplo que les haría entrar en vereda.

## XXXIX

**T**oda la nación viajó unida hacia el este, dejando un rastro de fuego y sangre por las ciudades y pueblos árabes que atravesaba. Después, los tumanes continuaron solos, atacando ciudades que seguían siendo poco más que ruinas después de su primera experiencia con el khan mongol. Justo cuando los supervivientes habían empezado a reconstruir sus vidas y sus hogares, llegaban de nuevo los tumanes asesinando e incendiando por doquier.

Aquéllos que viajaban en los carros de la nación tenían ante sí un paisaje salpicado de columnas de humo oscuro, que crecían cuando se acercaban para finalmente quedar atrás, a la vez que nuevos hilos negros surgían a lo lejos. Avanzaban a través de una terrible desolación y, al contemplarla, el khan se sintió muy satisfecho. Las ciudades árabes ya no le servían para nada, ni aquéllos que las habitaban. La destrucción que Gengis traía consigo convertiría la tierra en un desierto durante más de una generación y no volverían a levantarse ni a desafiarle. Las únicas ciudades que dejó intactas fueron Merv y Samarcanda, con hombres de su confianza gobernándolas en su nombre. Aun entonces, Temuge se había visto obligado a suplicarle que dejara en Samarcanda una guarnición que la mantuviera a salvo, con sus bibliotecas y su palacio. Gengis se marchaba de las tierras árabes y no pasaría mucho tiempo antes de que hasta el último ocupante de las gers supiera que su siguiente destino era el territorio Chin y que entraría en guerra con ellos de nuevo. Habían pasado doce años desde la caída de Yenking y Gengis estaba deseando volver a ver a sus enemigos ancestrales. La fuerza de la nación había crecido y esta vez nada le impediría poner el pie sobre la garganta Chin.

Seis lunas habían completado su ciclo para cuando terminaron de bordear un enorme desierto al sur. La patria mongola estaba al norte, detrás de una cadena montañosa, y Gengis sintió un deseo acuciante de ver su propia tierra, pero siguió adelante. La nación recorrió más de tres mil kilómetros durante el frío invierno que, a las familias, hartas del calor constante, les pareció refrescante. Xi Xia se encontraba al este, lejos todavía, pero Gengis agradeció complacido el cambio de paisaje, disfrutando de los campos inundados de arroz verde casi como si estuviera llegando a su hogar. La caza mejoró y él y sus hombres limpiaron la zona de todo lo que se moviese, matando rebaños de yaks y de cabras con la misma facilidad con que incendiaban aldeas en las proximidades del territorio Chin.

Una cálida tarde, mientras el sol se ponía en un cielo sin nubes, Chakahai se dirigió una vez más a la tienda del khan. Gengis alzó la vista, contento de verla, y la princesa percibió en él la fuerza de una nueva vitalidad. Sobre los pantalones llevaba una túnica que dejaba al descubierto los brazos y vio la telaraña de cicatrices que los cruzaba, desde el hombro hasta los dedos.

Gengis sonrió al ver la bandeja de comida que había traído y se la cogió de las manos, aspirando el aroma de carne fresca con deleite. Chakahai no habló mientras su

marido comía con los dedos y se relajaba visiblemente tras una larga jornada. Los apacibles sonidos de las familias los rodeaban: miles de guerreros comían y descansaban con sus esposas y niños, preparándose para otro día de cabalgada.

Cuando Gengis acabó la comida, abrió la boca en un bostezo que hizo que le crujiera la mandíbula. Le devolvió la bandeja a Chakahai y ella la recibió con una inclinación de cabeza.

—Estás cansado —le dijo.

Gengis se rió entre dientes y dio unas palmaditas a su lado, en la cama.

—No estoy tan cansado —contestó.

A pesar de haberle dado cuatro hijos, la princesa había conservado la esbelta figura que era legado de su raza. Gengis pensó por un momento en la cintura de Borte, cada vez más gruesa, mientras alargaba los brazos hacia Chakahai y buscaba el nudo de su fajín.

Con suavidad, ella retiró los brazos de su marido.

—Déjame a mí, esposo —pidió.

Le temblaba la voz, pero el khan, mientras veía cómo ella misma se abría el deel y la túnica abotonada, no se dio cuenta. Gengis metió los brazos dentro de la ropa y tomó la cintura desnuda en sus fuertes manos. Chakahai sentía los duros dedos de su esposo hundiéndose en su carne y lanzó un grito ahogado, que complació a Gengis. Sus alientos se acompasaron y ella se arrodilló ante él para quitarle las botas. No vio cómo sacaba un largo puñal de una de ellas y, si la notó estremecerse, supuso que era porque le estaba acariciando los pechos. Vio cómo los pezones se le ponían firmes en el aire fresco de la noche y bajó la cara hacia ellos, saboreando el amargo jazmín de su piel.

Khasar y Kachiun estaban sentados sobre sus caballos al borde del campamento, vigilando el inmenso rebaño de animales que acompañaba la nación. Los hermanos estaban de buen humor, disfrutando del final del día y charlando despreocupadamente antes de regresar con sus familias para cenar en su compañía.

Fue Kachiun el primero que vio a Gengis. Se estaba riendo ante algo que había dicho Khasar cuando vio cómo Gengis montaba y cogía las riendas de su yegua favorita. Khasar se giró para ver qué había captado la atención de su hermano y ambos se quedaron en silencio al ver que Gengis avanzaba con su caballo entre las gers de su pueblo, tomando un camino que lo alejaba de ellos.

Al principio, no hicieron nada y Khasar acabó la historia en la que la esposa de uno de sus oficiales de mayor rango le hacía una cierta proposición. Kachiun apenas sonrió al oír el final del relato y, cuando Khasar volvió a girarse, vio que Gengis había llegado al extremo del campamento y había salido solo a la verde pradera.

—¿Qué está haciendo? —se preguntó Kachiun en voz alta.

Khasar se encogió de hombros.

—Averigüémoslo —dijo—. Eres muy mal público para mis problemas, hermano. Gengis sí que los encontrará graciosos.

Kachiun y Khasar avanzaron al trote a través del vasto campamento, eligiendo una ruta que les permitiera interceptar a Gengis antes de que dejara atrás la nación. La luz estaba menguando, la llanura tenía un color dorado y el aire era cálido. Se sentían relajados mientras se aproximaban a él y lo llamaron con un grito.

Gengis no respondió y Kachiun frunció el ceño por primera vez. Acercó aún más su caballo, pero Gengis no le miró. Su cara estaba reluciente de sudor y Kachiun intercambió una mirada con Khasar mientras ambos se situaban a ambos lados del khan y adoptaban el mismo paso que él.

—¿Gengis? —farfulló Khasar.

Tampoco ahora obtuvieron respuesta y Khasar se calmó, dispuesto a esperar a que su hermano se explicara cuando se sintiera preparado. Los tres se adentraron con sus monturas en la vacía pradera, hasta que las tiendas no fueron más que un montículo blanquecino a sus espaldas y el balido de los animales se convirtió en un distante murmullo.

Kachiun se dio cuenta de que el khan sudaba profusamente. Su hermano tenía una palidez antinatural y a Kachiun se le encogió el estómago temiendo que ocultara una noticia terrible.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Gengis? ¿Qué ha pasado?

Su hermano siguió cabalgando como si no hubiera oído nada y Kachiun se sintió abrumado por la preocupación. Se preguntó si debería hacer que el caballo del khan diera la vuelta empujándolo con el suyo, poniendo fin así a esa lenta caminata que los alejaba de las familias. El khan sostenía las riendas sin aferrarlas, sin apenas controlar a la yegua. Kachiun, confuso, meneó la cabeza mirando a Khasar.

La última luz del día caía sobre ellos cuando Gengis se inclinó hacia un lado y resbaló desde la silla hasta el suelo. Khasar y Kachiun se quedaron estupefactos y horrorizados al darse cuenta y Kachiun saltó de su montura dando un grito y se agachó hacia su hermano.

En la penumbra, no habían visto la mancha que iba creciendo en su cintura, una viscosa y reluciente mancha de sangre que también marcaba la silla y el flanco de la yegua. Cuando cayó, se le abrió el deel dejando al descubierto la terrible herida.

Kachiun cogió a Gengis en brazos, presionando con la mano sobre la herida en un vano intento de impedir que la vida saliera por ella. Mudo, alzó la vista hacia Khasar, que seguía subido a su caballo, paralizado por el horror.

Gengis cerró los ojos. El dolor de la caída le despertó de su estupor. Su respiración era irregular y Kachiun le sujetó con más fuerza.

—¿Quién ha hecho esto, hermano? —inquirió Kachiun, sollozando—. ¿Quién te ha hecho esto? —No envió a Khasar a buscar a un médico. Los hermanos habían visto demasiadas heridas.

Khasar desmontó con movimientos rígidos, sintiendo una súbita debilidad en las

piernas. Se arrodilló junto a Kachiun y alargó la mano para coger la de Gengis. La sangre estaba empezando a enfriarse sobre su piel. Un tibio viento atravesó la desierta llanura, trayendo consigo una nube de polvo y el olor de los campos de arroz.

Gengis se agitó en los brazos de Kachiun y apoyó la cabeza, que colgaba sin fuerza hacia atrás, en el hombro de su hermano. Su rostro estaba casi totalmente blanco cuando abrió los ojos. Había en ellos un destello de reconocimiento y Kachiun le apretó más fuerte, desesperado por parar el flujo de sangre. Cuando Gengis habló, su voz era apenas un susurro.

—Me alegro de que estéis aquí, conmigo —dijo—. ¿Me he caído?

—¿Quién ha sido, hermano? —preguntó Kachiun, y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

Gengis parecía no oírles.

—Hay un precio para todas las cosas —replicó.

Sus ojos volvieron a cerrarse y Kachiun emitió un sonido sin palabras, consumido por el dolor. Una vez más, el khan se despertó y, cuando habló, Kachiun tuvo que acercarse el oído a los labios de su hermano para poder escucharle.

—Destruid Xi Xia —ordenó Gengis—. Por mí, hermano, destruidlos a todos. — La respiración se convirtió en un estertor y los ojos amarillos perdieron su vida. El khan había muerto.

Khasar se puso en pie sin darse cuenta de que lo hacía, su mirada fija en aquellos dos hombres unidos en un abrazo deslavazado, tan pequeños de repente en la inmensa llanura. Con rabia, se limpió las lágrimas de los ojos, tomando una larga bocanada de aire para contener la ola de pesar que amenazaba con aplastarle. Había llegado con una rapidez tan brutal que no podía asimilarlo. Se tambaleó al bajar la mirada hacia sus manos, cubiertas con la sangre del khan.

Lentamente, Khasar desenvainó su espada. El sonido hizo que Kachiun levantara la vista y viera el rostro juvenil de su hermano marcado por una furia que parecía estar a punto de estallar de un momento a otro.

—¡Espera, Khasar! —gritó Kachiun, pero su hermano estaba sordo a cualquier cosa que pudiera decirle. Se volvió hacia su caballo, que mordisqueaba suavemente la hierba. De un salto, subió al animal, sobresaltándole y haciéndole regresar al galope a las gers de su pueblo, dejando a Kachiun solo, acunando en sus brazos el cuerpo sin vida de Gengis.

Chakahai estaba sentada en la cama, pasando la mano sobre las manchas de sangre de la manta y mirando fijamente la marca roja. Se movía como si estuviera en trance, incapaz de creer que todavía estuviera con vida. Las lágrimas rodaron por sus mejillas al recordar la expresión de Gengis. Cuando le había atacado, había lanzado un grito ahogado, retirándose con el puñal profundamente hundido en la carne. La había mirado con una expresión de pura estupefacción.

Chakahai se había quedado mirando cómo se sacaba la hoja y arrojaba el cuchillo a una esquina de la tienda, donde seguía estando todavía.

—¿Por qué? —había preguntado.

Las lágrimas caían incesantes de sus ojos mientras cruzaba la ger para recoger el puñal.

—Xi Xia es mi hogar —había contestado, ya llorando. En ese momento podría haberla matado. En vez de eso, se había puesto de pie sin dejar de mirarla. Chakahai estaba segura de que Gengis sabía que iba a morir. La certeza estaba en sus ojos amarillos y en la repentina palidez de su rostro. La princesa había observado cómo se ceñía el deel en torno a la herida, apretándolo con fuerza sobre una mancha de sangre cada vez mayor. La había dejado sola con el puñal y Chakahai se tumbó en la cama y lloró por el hombre que había conocido.

Khasar regresó al campamento y entró al galope por los senderos entre las tiendas sin preocuparse de los que debían apartarse para no ser aplastados. Los que le vieron se quedaron paralizados, comprendiendo al instante que algo iba mal. Sólo unos cuantos habían visto al khan alejarse de las familias a caballo, pero fueron más los que vieron a Khasar retornar con el rostro desfigurado por la furia.

Llegó a la ger del khan. Le pareció que hacía sólo unos momentos que había visto a Gengis salir de allí, pero todo había cambiado. Khasar bajó de un salto del caballo, antes de que se detuviera, tambaleándose ligeramente al subir los escalones a la carrera y, abriendo la puerta de una patada, penetró en la sombra de la tienda.

Lo que encontró ante sí le cortó la respiración. Chakahai estaba tendida en la cama baja, con los ojos abiertos y vidriosos. Khasar avanzó dos pasos y se situó sobre ella, observando el corte en su garganta y el cuchillo ensangrentado que había caído a su lado. Era una escena apacible y esa paz le ofendió.

Lanzó un bramido inarticulado y se arrojó sobre ella, sacudiéndola y tirándola al suelo, donde cayó como una muñeca rota. Ciego de ira, Khasar le clavó la espada en el pecho y siguió dando tajos hasta que, jadeante y lleno de sangre, separó la cabeza de la princesa de su cuerpo.

Cuando volvió a aparecer en el hueco de la puerta destrozada, los guardias del khan se habían reunido, alertados por su grito. Echaron un vistazo a la sangre de su rostro y a su mirada salvaje y, por un instante, Khasar pensó que cargarían contra él.

—¿Dónde está el khan? —exigió saber uno de ellos, apuntando con una flecha al pecho de Khasar.

Khasar no podía hacer caso omiso de la amenaza, aunque sólo pensar en hablar le costaba un inmenso esfuerzo. Señaló con un gesto vago la llanura en penumbra que se extendía más allá del círculo de antorchas y fogatas que habían surgido por todo el campamento.

—Está muerto —sentenció—. Está tendido en la hierba y la puta Chin que lo

mató está muerta ahí dentro, detrás de mí. Ahora, quitaos de mi camino.

Descendió los escalones con amplias Zancadas y cruzó entre los guardias, que dieron un paso atrás, confusos y horrorizados. No vio a uno de ellos precipitarse al interior de la ger para comprobar la verdad de sus palabras ni prestó atención a su grito de angustia, que siguió a Khasar mientras montaba y volvía a atravesar a la carrera el campamento. Destrozar aquella carne muerta no había saciado su ira.

La tienda de Chakahai estaba cerca y el hermano del khan buscó a sus hijos, resuelto a hacer que pagara el precio por lo que había hecho. Cuando la encontró, entró y salió en cuestión de instantes: la tienda estaba vacía. Vio a una de las criadas Chin, que se encogió al ver al ensangrentado general, y la agarró por la garganta mientras ella, aterrorizada, intentaba arrodillarse.

—Los hijos de Chakahai —gritó, apretándole el cuello sin piedad—. ¿Dónde están?

La mujer estaba asfixiándose y su rostro fue poniéndose más y más rojo hasta que Khasar la soltó. Cayó al suelo tosiendo y el general alzó la espada para matarla.

—Con Borte, señor. Por favor. No sé nada.

Cuando terminó de hablar, Khasar ya estaba en movimiento. El olor de la sangre había inquietado a su montura y se había alejado de él. Khasar echó a correr con la punta de la espada hacia abajo mientras trotaba entre las gers en dirección a la que buscaba. Pensó en el cadáver de su hermano enfriándose en la llanura con lágrimas en los ojos. Eso tenía su precio.

Había muchas personas rodeando la tienda de Borte. La noticia ya había empezado a propagarse por el campamento y los guerreros y las familias habían salido de sus gers, abandonando sus comidas y sus lechos. Khasar apenas los veía: su mirada buscaba algo concreto y por fin se posó en el hogar que buscaba. De su interior brotaban los sonidos de la vida, voces y risas. No vaciló un instante y se abalanzó contra la puerta derribándola y arrancando los goznes de cuero.

Se agachó para entrar y de repente se encontró cara a cara con la sorprendida familia de su hermano. Borte estaba allí, con Ogedai, que antes de que Khasar se hubiera enderezado del todo ya se había puesto en pie y tenía la mano en la empuñadura de la espada. Khasar apenas lo miró: su mirada se posó en los cuatro pequeños que había tenido Chakahai, dos niñas y dos niños. Bajo la luz de la lámpara, se quedaron mirando fijamente la ensangrentada aparición, paralizados.

Khasar se abalanzó hacia ellos con la espada en alto, lista para matar. Borte gritó y Ogedai se arrojó contra su tío, sin tiempo para sacar su propia espada. Los dos hombres cayeron al suelo, pero no era fácil parar a Khasar, rebosante de ira como estaba. Se quitó de encima a Ogedai como si no pesara nada y se levantó con agilidad. En su delirio, percibió el sonido de una espada desenfundándose y sus ojos se giraron con lentitud para descubrir a Ogedai frente a él, listo para luchar.

—¡Fuera de mi camino! —exclamó Khasar.

Ogedai se estremeció, con el corazón latiendo a toda velocidad, pero no se movió.

Fue Borte quien rompió la escena entre ambos hombres. La muerte flotaba en el aire y, aunque estaba aterrorizada, habló en el tono más amable del que fue capaz.

—¿Has venido a matarme, Khasar? —preguntó—. ¿Delante de los niños?

Khasar parpadeó como si regresara de muy lejos.

—A ti no —dijo—. Gengis ha muerto. Éstos son los hijos de su puta.

Con infinita parsimonia, Borte se levantó también frente a él, moviéndose como haría ante una serpiente a punto de atacar. Extendió los brazos para proteger a los niños detrás de ella.

—Tendrás que matarme, Khasar —aseguró—. No permitiré que les hagas daño.

Khasar vaciló. La violenta furia que le había conducido de vuelta al campamento y de ger en ger empezaba a debilitarse y trató de aferrarse a ella, añorando la sencillez de la venganza. Sus ojos se cruzaron con los de Ogedai y, en medio de un terrible pesar, vio que en ellos se encendía una luz. El joven se alzó un poco más delante de su tío y el temblor de sus manos desapareció.

—Si mi padre ha muerto, Khasar —intervino Ogedai—, ahora soy el khan de la nación.

Khasar hizo una mueca, sintiéndose enfermo y viejo cuando la ira le abandonó por fin.

—No hasta que hayas reunido a las tribus y te hayan prestado juramento, Ogedai. Hasta ese momento, hazte a un lado. —Apenas podía soportar mirar los ojos amarillos del heredero de Gengis. Había en ellos un eco demasiado fuerte de su padre y, cuando Ogedai volvió a hablar, Khasar lo percibió también en su voz.

—No matarás a mis hermanos y hermanas, general —sentenció—. Aléjate y lávate la sangre de la cara. Iré contigo junto a mi padre, para verle. No tienes nada más que hacer aquí esta noche.

Khasar agachó la cabeza y el dolor le atravesó como una enorme ola oscura. La espada resbaló de su mano y Ogedai se movió con rapidez para sostenerle antes de que cayera. Ogedai le ayudó a dar media vuelta hacia la puerta abierta y sólo miró hacia atrás una vez, a su madre, que los observaba, temblando aliviada.



## EPÍLOGO

**T**odo era distinto. Los hermanos e hijos de Gengis no llevaron al khan a las colinas de una tierra extranjera para que lo devoraran los cuervos y las águilas. Envolvieron su cadáver en sábanas de lino blanco y lo sellaron con aceite mientras reducían la región de los Xi Xia a una ruina humeante y desolada. Pasó un año entero hasta que toda ciudad, toda aldea, todo ser vivo había sido cazado y estaba pudriéndose bajo el sol.

Sólo entonces la nación avanzó hacia el norte, hacia las heladas planicies, llevando al primer khan a las montañas Khenti, donde había llegado al mundo. La historia de su vida fue cantada y relatada mil y una veces, y también leída en una ocasión, cuando Temuge narró el relato completo de su historia. Había atrapado las palabras en láminas de piel de becerro y siempre eran las mismas independientemente de las veces que las repitiera.

Ogedai era el khan. No reunió a las tribus para que le prestaran juramento de lealtad mientras su padre estaba envuelto en la tela aceitada. Sin embargo, fue su voz la que gobernó al resto y si su hermano Chagatai se sintió ofendido por el ascenso al poder de Ogedai, no se atrevió a dejarlo traslucir. La nación lloró a su khan y ni uno solo entre ellos habría cuestionado el derecho de Gengis a elegir su heredero ahora que no estaba a su lado. Ahora que su vida estaba completa, supieron de nuevo lo que había hecho y lo que había significado para ellos. Su pueblo había prosperado y sus enemigos habían quedado reducidos a polvo. Nada más importaba en el último repaso de una vida.

En un amanecer glacial, con un viento helado llegando del este, los hijos y los hermanos de Gengis cabalgaron a la cabeza de su columna funeraria, dejando a la nación detrás. Temuge había planeado cada detalle, tomando prestadas ideas de los rituales mortuorios de más de un pueblo. Cabalgaba junto a Khasar y Kachiun tras un carro tirado por los mejores caballos. Un oficial minghaan situado sobre un asiento elevado guiaba a los animales, instándoles a avanzar con un largo palo. Detrás de él, en el carro, había una sencilla caja de olmo y hierro, que a veces parecía demasiado pequeña para contener a un hombre como Gengis. A lo largo de los días anteriores, todo hombre, mujer y niño de la nación se había aproximado a posar su mano en la cálida madera.

La guardia de honor estaba compuesta por sólo cien hombres, bien formados y jóvenes. Cuarenta muchachas cabalgaban con ellos y, a cada paso, gritaban y gemían ante el padre cielo, marcando el fallecimiento de un gran hombre y obligando a los espíritus a asistir y escuchar. El gran khan no se adentraría solo en las colinas.

Llegaron al lugar que Temuge había preparado y los hermanos e hijos del khan se congregaron en sombrío silencio mientras la caja era elevada hasta una cámara excavada en la roca. Nadie habló mientras las mujeres se cortaban el cuello y se tendían a su alrededor, listas para servir al khan en el otro mundo. Sólo salieron los

guerreros que supervisaban el ritual, muchos de ellos con lágrimas en los ojos.

Temuge hizo un gesto de asentimiento mirando a Ogedai y el heredero alzó la mano con suavidad, mirando largo tiempo el último lugar de descanso de su padre. Se tambaleó un poco cuando se puso en pie, con los ojos vidriosos por la bebida, que no conseguía aliviar su dolor. El hijo de Gengis habló, en un susurro y arrastrando las palabras, pero nadie le oyó. Entonces dejó caer su brazo.

Los guerreros tiraron de unas cuerdas que se elevaban hacia las colinas. Sus músculos se tensaron y juntos se esforzaron hasta oír un estruendo sobre sus cabezas. Las barreras de madera cedieron y, durante un instante, pareció que la mitad de las montañas se desmoronara para bloquear la entrada de la cámara, levantando una nube de polvo tan densa que no podían respirar ni ver nada.

Cuando el aire se aclaró, Gengis ya no estaba entre ellos y sus hermanos se sintieron satisfechos. Había nacido a la sombra de la montaña conocida como Deli'un-Boldakh y le habían enterrado en ese mismo lugar. Su espíritu vigilaría a su pueblo desde aquellas verdes pendientes.

Kachiun asintió para sí, soltando un gran suspiro y aliviando la tensión que hasta entonces no se había dado cuenta que sentía. Al igual que sus hermanos, hizo que su caballo diera media vuelta y echó la vista atrás sólo en una ocasión mientras avanzaban entre los gruesos árboles que cubrían las faldas de las montañas. Los huesos de Gengis serían parte de las propias colinas. Mientras miraba hacia allá por encima de las cabezas de los jóvenes guerreros que cabalgaban con él, a Kachiun le invadió un ánimo sombrío. El khan no sería molestado en su reposo.

A sólo unos cuantos kilómetros del campamento de la nación, Khasar se dirigió hacia el oficial de rango superior y le dijo que detuviera a sus hombres. Todos lo que se habían reunido en la tienda del khan la noche anterior avanzaron en un único grupo: Temuge, Khasar, Tsubodai, Jebe, Kachiun, Jelme, Ogedai, Tolui y Chagatai. Esos hombres eran las semillas de una nueva nación y cabalgaban bien.

Desde el campamento, el tumán de Ogedai llegó a su encuentro. El heredero tiró de las riendas para frenar su montura y sus oficiales inclinaron la cabeza ante él. A continuación, el nuevo khan los envió a matar a la guardia de honor. Gengis necesitaría a buenos hombres en su camino. Los generales no miraron hacia atrás mientras las flechas cantaban de nuevo. Los guerreros de la guardia de honor murieron en silencio.

A la entrada del campamento, Ogedai se volvió hacia los hombres que lideraría en los próximos años. La guerra y el sufrimiento los había curtido y le devolvieron la mirada a aquellos ojos amarillos con sencilla confianza, conscientes de su valía. Llevaba la espada con cabeza de lobo que habían llevado su padre y su abuelo. Su mirada se demoró en Tsubodai. Necesitaba al general, pero Jochi había muerto por su mano y Ogedai se prometió que habría un día en que pagaría por lo que había hecho. Ocultó sus pensamientos, adoptando la expresión impasible que Gengis le había enseñado.

—Está hecho —anunció Ogedai—. Mi padre se ha ido. Estoy listo para aceptar el juramento de mi pueblo.

## NOTA HISTÓRICA

Podemos dormir seguros en nuestras camas porque hay hombres duros que permanecen alerta durante la noche para defendernos con violencia de aquéllos que nos harían daño.

GEORGE ORWELL

Decir que una tierra fue «conquistada» por Gengis Khan siempre requiere algún tipo de matización. Cuando los romanos conquistaron Hispania y la Galia, trajeron consigo caminos, comercio, ciudades, puentes, acueductos... todos los símbolos de la civilización tal como ellos la conocían. Gengis no fue nunca un constructor. Ser conquistado por el ejército mongol significaba perder tus reyes, tus ejércitos y tus ciudades más preciadas, pero los mongoles nunca contaron con suficientes efectivos para dejar una fuerza nutrida tras ellos cuando continuaban su avance. Los guerreros mongoles aparecían en los mercados de las ciudades Chin, o se retiraban a lugares tan distantes como Corea y Afganistán, pero, en general, una vez que la lucha había concluido, apenas ejercían un gobierno activo sobre las tierras conquistadas. En esencia, ser conquistado por los mongoles significaba que todas las fuerzas armadas locales tenían que abandonar cualquier operación militar. Si corría la voz de que alguien estaba desplazando soldados, podían esperar ver aparecer a un tumán en el horizonte. Los mongoles aceptaban el pago de tributos y controlaban las tierras, pero nunca renunciaron a su estilo de vida nómada mientras Gengis vivió.

Es un concepto difícil de comprender ochocientos años más tarde, pero el terror que despertaban las tropas móviles de Gengis era tal vez tan efectivo a la hora de controlar una provincia vencida como la imperturbable presencia de los romanos. En el siglo XVII, el cronista musulmán Abu al-Ghazi escribió:

Bajo el reinado de Gengis Khan, todo país situado entre Irán y la tierra de los turcos disfrutó de una paz tal que un hombre podría haber viajado desde la salida hasta la caída del sol con una bandeja de oro en la cabeza sin sufrir el más mínimo ataque por parte de nadie.

El gran nivel de velocidad y de destrucción del que eran capaces eran elementos cruciales del éxito mongol. Después de todo, en la campaña contra el emperador Chin, los ejércitos de Gengis Khan atacaron más de noventa ciudades en un solo año. El propio Gengis participó en el asalto de veintiocho de ellas, siendo rechazado sólo por cuatro. Históricamente, se benefició del hecho de que China todavía no hubiera comenzado a utilizar la pólvora en la guerra con efectividad. Sólo seis años después de la caída de Yenking, en 1221, un ejército Chin utilizó recipientes de hierro

explosivos contra la ciudad Sung meridional de Qizhou, con un efecto de metralla muy similar a las modernas granadas. Los que le sucedieron tuvieron que enfrentarse a las armas de una nueva era.

La escena contra los guerreros rusos del primer capítulo tiene lugar aproximadamente en la misma época que la quinta cruzada hacia Tierras Santas. Para colocar a Rusia en perspectiva histórica, ya en 1045, la enorme catedral de Santa Sofía se estaba construyendo en Novgorod, sustituyendo a una iglesia de madera con trece cúpulas que había sido erigida un siglo antes. La Rusia medieval y, desde luego, Europa estaban a punto de entrar en el gran periodo de la construcción de catedrales y expansión cristiana que chocaría con el islam durante los siguientes cuatro siglos. He descrito las corazas y armas de la época de los caballeros con tanta precisión como me ha sido posible.

Los mongoles no llegaron a Corea, aunque en todo momento he utilizado la grafía más antigua de «Koryo». El nombre significa «tierra alta y hermosa». Las fuerzas mongolas destruyeron a los Kara-Kitai, una rama de los Chin que se habían alejado de su tierra natal para adentrarse en las montañas de Corea, donde aquella dinastía fue incapaz de acabar con ellos.

En hombres como su hermano Khasar, Jebe y Tsubodai, el khan había encontrado un grupo de generales que justificaban el nombre de «los sabuesos de Gengis». Eran prácticamente imparables... y, sin embargo, Gengis marchó hacia Asia central, dominada por los musulmanes, antes de concluir la conquista de China, o incluso del norte de China. En realidad, Jebe, la flecha, asumió su puesto antes de lo que yo lo he situado, pero la presión del argumento hace que a veces los cambios sean inevitables. Tsubodai y él se convirtieron en los generales más famosos de su tiempo: idénticos en capacidad, implacabilidad y absoluta lealtad al khan.

Gengis no guerreaba para hacerse con el gobierno de las ciudades que conquistaba, que no le ofrecían nada que él necesitara. Su propósito era casi siempre personal, el deseo de derrotar o matar a enemigos individuales, independientemente de cuántos ejércitos y ciudades se interpusieran en su camino. En una ocasión se mostró dispuesto a negociar con el emperador Chin sobre Yenking, pero cuando el emperador huyó a Kai-Feng-Fu, Gengis prendió fuego a la ciudad y mandó a un ejército tras él. Por muy amplia y terrible que fuera la destrucción ocasionada, no dejó de ser una batalla entre Gengis y una familia.

Otros acontecimientos hicieron que Gengis se desviara de su decidida y personal perspectiva sobre la guerra. Es cierto que una de las caravanas diplomáticas, léase espías, de los mongoles fue destruida por el sah de Corasmia. Gengis envió entre cien y cuatrocientos cincuenta hombres (dependiendo de la fuente consultada), sólo para

encontrarse con que el gobernador de Otrar, un pariente del sah, los retenía contra su voluntad. Aun entonces, Gengis dio por supuesto que el gobernador actuaba en solitario y envió a otros tres hombres para aceptar al gobernador como prisionero y negociar la liberación del primer grupo. Ellos también fueron asesinados y fue ese acto el que llevó a Gengis a invadir las naciones islámicas. En aquel momento, es casi seguro que su intención era terminar la conquista de China. No deseaba abrir un frente totalmente nuevo contra un enemigo tan ingente. Pero no era de los que ignoran un desafío directo a su autoridad. El ejército mongol avanzó y millones de personas murieron. Gengis se dirigió solo a la cima de una montaña y le rezó al padre cielo, diciendo: «No soy el causante de este problema, pero dame la fuerza necesaria para vengarme».

Al enfurecer a Gengis, el gobernador de Otrar tomó la que quizá sea una de las peores decisiones militares de la historia. Puede que pensara que podía burlarse del khan de los mongoles con impunidad. Como primo del sah y teniendo a su disposición un vasto ejército, tal vez la amenaza mongola le pareciera insignificante.

La ciudad original de Otrar sigue en ruinas hoy en día y nunca ha sido reconstruida. Inalchuk fue ejecutado vertiendo plata líquida en sus ojos y oídos. Aunque he alterado el orden de caída de las ciudades, el sah sufrió una derrota aplastante y tuvo que salir huyendo con Tsubodai y Jebe siguiéndole la pista, como he descrito. Se mantuvo delante de ellos durante más de mil kilómetros, cruzando los actuales Uzbekistán e Irán en dirección a las orillas del mar Caspio, donde se montó en un bote con sus hijos hasta arribar a una pequeña isla. Agotado, falleció de neumonía y su hijo Jelaudin (o Jalal-ud-Din) asumió el liderazgo de los ejércitos árabes. Se enfrentó finalmente a Gengis junto al río Indo y escapó prácticamente solo, mientras su ejército era arrasado. Es cierto que el muchacho que llegaría a ser Kublai Khan estaba allí y se dice que Gengis se preocupó de hacerle notar la valentía de Jelaudin, como ejemplo de cómo un hombre debería vivir y morir.

Los Asesinos árabes son conocidos principalmente por darnos la palabra en inglés *hashish*<sup>[1]</sup>, de «Hashishin», a través del «Ashishin» de Marco Polo, por su costumbre de inducir un delirio frenético con esa droga. No obstante, puede que tomara una ruta más sencilla y provenga de *assasseen*, la palabra árabe para «guardia». Como musulmanes Shia, eran diferentes de la rama principal del islam. La práctica de mostrar a los reclutas aturdidos por la droga una versión del cielo y el infierno es auténtica. Es fácil imaginar el resultado de ese tipo de experiencias en las impresionables mentes de los jóvenes. Sin duda su reputación era que mostraban una feroz lealtad al «Viejo de las Montañas». En su apogeo, su influencia era inmensa y es cierto que dejaron un pastel envenenado sobre el pecho de Saladín mientras

dormía, un claro mensaje de que no se acercara a ellos en su impulso conquistador. Aunque sus bastiones fueron destruidos por Gengis y los khanes que le sucedieron, la secta siguió activa durante muchos años.

Los elefantes fueron utilizados contra los mongoles en Otrar, Samarcanda y otras batallas, lo que resultó ser una táctica inútil frente a guerreros cuya primera arma era el arco. Los mongoles no se dejaron intimidar en absoluto por los enormes animales de asalto y los derribaron con sus flechas. Todas las veces, los elefantes salieron en estampida y aplastaron sus propias filas. En un momento dado, Gengis tuvo en su poder a varios elefantes capturados, pero los soltó en vez de emplear a criaturas tan poco de fiar.

Por motivos argumentales, trasladé el minarete ante el que Gengis se «inclinó» a Samarcanda. De hecho, se encontraba en Bujará y sigue irguiéndose allí con sus casi cuarenta y seis metros. Se dice que Gengis habló con los ricos mercaderes de esa ciudad, diciéndoles a través de traductores que era evidente que habían cometido grandes pecados y si necesitaban alguna prueba, no tenían más que pensar en su propia presencia entre ellos. No podemos saber si realmente se veía como el castigo de Dios o estaba bromeando sin más.

Nota: en la fe islámica, Abraham es considerado el primer musulmán, el que se sometía a un solo dios. Como sucede con Moisés y Jesús, la descripción de su vida en el Corán difiere en puntos significativos de la de la Biblia.

El hijo mayor de Gengis, Jochi, fue el único general que se volvió contra él en toda su vida. Se llevó a sus hombres y se negó a regresar a casa. Aunque el hecho está bien documentado, un escritor de ficción histórica a veces tiene que explicar cómo pudo suceder algo así. Sus hombres dejaron atrás a sus esposas e hijos y eso resulta extraordinario para la sensibilidad moderna. ¿Es posible que realmente fuera tan carismático? Puede parecer un ejemplo extraño, pero me he acordado del líder sectario David Koresh, cuyos seguidores murieron en un cerco policial en Waco, Texas, en 1993. Antes del final, se había llevado a las esposas de los seguidores casados a su propia cama. Los maridos no sólo no se opusieron, sino que incluso aceptaron su norma de que ellos ya no yacerían con sus mujeres. Ése es el poder de un líder carismático. Para aquéllos de nosotros que no exigimos ese tipo de lealtad, hombres como Nelson, César y Gengis siempre tendrán un algo misterioso. No se conoce la forma exacta en que murió Jochi, aunque si hubiera sido por orden de su

padre, no habría quedado documentado. Sin embargo, el momento es sospechosamente conveniente. Fue muy conveniente para Gengis que el único hombre que le traicionara muriera poco después de haberse llevado a sus hombres al norte. Podemos estar seguros de que Gengis no habría empleado a los Asesinos para llevarlo a cabo, pero eso es todo.

La esposa de Tolui, Sorhatani, posee uno de esos nombres que tienen varias grafías. Probablemente, la más exacta sea Sorkhakhtani, pero decidí no utilizarla por resultar demasiado difícil a simple vista (además, el sonido «k» se pronunciaba como «h» de todos modos). Sorhatani desempeña un papel reducido en este libro, pero como madre de Mongke y Kublai, tuvo una enorme influencia en el futuro de la nación mongola. Siendo cristiana, fue una de las influencias sobre los nietos de Gengis y, sin embargo, permitió que Yao Shu, un budista, se convirtiera en el mentor de Kublai. Entre ellos, crearían a un hombre que adoptó la cultura china como Gengis nunca fue capaz de hacer.

Tras la muerte de su padre, Jelaudin reunió aproximadamente sesenta mil hombres bajo su bandera. Considerando que estaba separado de sus propias tierras, debe de haber sido también un líder extraordinario. En el valle de Panjshir, en Afganistán, obligó al ejército mongol a retirarse a través de un río. Infravalorándole, Gengis envió sólo a tres tumanes a sofocar la rebelión. Por única vez en la vida de Gengis, su ejército tuvo que huir en desbandada. En sólo un año, el aura de invencibilidad que tanto había trabajado para crear había quedado hecha añicos. El propio Gengis salió al campo de batalla con todos sus efectivos. Desplazó a sus hombres tan deprisa que no pudieron ni cocinar y alcanzaron finalmente a Jelaudin en la ribera del río Indo en la actual Paquistán. Gengis inmovilizó a los soldados del príncipe contra sus orillas. No he continuado la historia de Jelaudin, pero después de sobrevivir a la batalla del Indo, atravesó Irán y llegó a Georgia, Armenia y Kurdistán, reclutando seguidores hasta que fue asesinado en 1231. Fue su ejército el que invadió, sin él, Jerusalén, que quedó bajo control musulmán hasta 1917.

El hombre que se cayó de las murallas de Herat es una parte curiosa de las historias. La abandonada ciudad fortificada sigue en pie hoy en día, muy similar a como yo la he descrito. Gengis realmente le perdonó la vida a aquel hombre, asombrado de que hubiera sobrevivido a una caída así. Como sucede en muchas otras ocasiones, Gengis el hombre era muy distinto de Gengis el despiadado khan. Como hombre, admiraba las exhibiciones de valor, como cuando Jelaudin se lanzó con su caballo por un precipicio. Como khan, Gengis ordenó la matanza de todo ser viviente en Herat,



sabiendo que enviaría un mensaje a todos los que pensaban que su control se había visto mermado por la rebelión de Jelaudin. La masacre de Herat fue su última gran acción en Afganistán. Como esa ciudad, la región china de Xi Xia creyó que los mongoles estaban demasiado desperdigados para defender los puestos de avanzada que estuvieran muy distantes, así que dejaron de enviar el tributo. Su negativa fue lo que haría que el khan abandonara las tierras árabes al fin, resuelto a reanudar la absoluta subyugación del imperio Chin, que había comenzado hacía más de una década.

En 1227, sólo doce años después de conquistar Yenking en 1215, Gengis Khan murió. De esos doce años, pasó unos ocho guerreando. Aun cuando no había un enemigo evidente, sus generales siempre estaban en movimiento, y llegaron incluso a Kiev, en Rusia, donde Tsubodai lideró el único ataque invernal de éxito. De todos los generales de Gengis, Tsubodai es conocido justamente como el de más talento. Este libro apenas le hace justicia.

Gengis falleció tras caerse de un caballo durante el segundo ataque a los Xi Xia. Su última orden fue arrasar Xi Xia. Existe una persistente leyenda que cuenta que el gran khan fue apuñalado por una mujer antes de esa última cabalgada. Puesto que se dirigía a destruir Xi Xia, tenía sentido darle ese papel a la princesa que había tomado por esposa. Dado que su fecha de nacimiento no puede saberse con exactitud, sabemos que tendría entre cincuenta y sesenta años. Para haber tenido una vida tan corta y unos inicios tan humildes, dejó una marca increíble en el mundo. Su legado inmediato fue que sus hijos no hicieran pedazos la nación intentando decidir quién sería el líder. Aceptaron a Ogedai como khan. Tal vez se habría desencadenado una guerra civil si Jochi todavía hubiera estado vivo, pero no lo estaba.

El ejército de Gengis Khan estaba organizado en múltiplos de diez, con una rígida cadena de mando:

Arban: 10 hombres, con dos o tres gers entre ellos si avanzaban con todo el equipo.

Jagun: 100.

Minghaan: 1000.

Tumán: 10 000.

Los comandantes de 1000 y 10 000 hombres recibían el rango de «noyan», aunque he utilizado el término «minghaan» y «general» para simplificar las cosas. Por encima de ellos, hombres como Jebe y Tsubodai eran «orloks», o águilas, el equivalente de los mariscales de campo.

Es interesante destacar que, aunque a Gengis no le interesaba demasiado el oro, unas placas de la sustancia conocidas como paitze se convirtieron en el símbolo del

rango en los ejércitos y la administración mongoles. Los oficiales jagun llevaban una de plata, pero los noyan llevaban una que pesaba aproximadamente veinte onzas de oro. La de los orlok pesaba cincuenta onzas.

Al mismo tiempo, el aumento de la organización del ejército, las armas de campo y las rutas con mensajeros requirió que se creara un rango ocupado de la intendencia. A los que ocupaban esos cargos se les llamaba «yurtchis», y su misión era elegir el lugar donde se instalaría el campamento y organizar a los mensajeros que mantenían la comunicación entre los ejércitos a lo largo de miles de kilómetros. El yurtchi de más rango se ocupaba de la labor de reconocimiento, de la inteligencia y de la gestión diaria del campamento de Gengis.

Por último, a aquéllos que deseen saber más sobre Gengis y sus seguidores, les recomiendo el fantástico libro de John Man *Gengis Khan: Vida, muerte y resurrección*, *The Mongol Warlords* de David Nicolle, *The Devil's Horsemen: The Mongol Invasion of Europe* de James Chambers, *Jenghiz Khan* de C. C. Walker y, por supuesto, *La historia secreta de los mongoles* (obra de autor desconocido; he utilizado la traducción al inglés de Arthur Waley).



CONN IGGULDEN, londinense, nacido en 1971, estudió en la St. Martin's School y en la Taylor's School, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la St. Gregory's Roman Catholic School de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Irrumpió con fuerza en la escena literaria con *Emperador*, una serie de gran éxito sobre Julio César. Dentro del género de no ficción, su obra *El libro peligroso para los chicos*, escrita en colaboración con su hermano, fue el *best seller* del año en Reino Unido.

La serie *Conquistador*, sobre Gengis Khan y sus descendientes, una apasionante saga épica iniciada con *El lobo de las estepas* le ha reportado un gran éxito internacional.

Vive en Hertfordshire con su esposa y sus hijos.

# Notas

[1] En español, «hachís». <<